

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

III
NARRATIVA

CPEP
COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS
2009

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH
Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2009

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-03-6 (T. III)
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Arqueología de un mundo imaginario	
<i>Guillermo Piña-Contreras</i>	VII

LA MAÑOSA

PRIMERA PARTE: REVOLUCIÓN	3
I	5
II	17
III	23
IV	31
V	35
VI	45
VII	55
VIII	61
IX	67
X	71
XI	79
XII	85
SEGUNDA PARTE: LOS VENCEDORES	97
I	99
II	113
III	123
IV	129
V	143
VI	159
VII	173

VIII	179
IX	191
APÉNDICE A	
Primer manuscrito (fragmento)	199
Segundo manuscrito (completo)	245
Tercer manuscrito (fragmento)	311
Cuarto manuscrito (completo)	333
APÉNDICE B	
Palabras del autor para la tercera edición	453
Palabras para la edición especial	455

ARQUEOLOGÍA DE UN MUNDO IMAGINARIO

Guillermo PIÑA-CONTRERAS

Preliminar

A los franceses, y eso data de antes del Siglo de las Luces, les gustan las fórmulas. En matemática y física, por ejemplo, es lógico que existan, pero aplicarle a la literatura una fórmula nos parece, por su naturaleza misma, algo descabellado. Y, sin embargo, le han encontrado varias. El conocido crítico y novelista Jean Ricardou tiene una fórmula que se ajusta perfectamente a lo que he tratado de hacer con *La Mañosa*, la primera novela de Juan Bosch, publicada en 1936. Para Ricardou, una novela es la historia de una aventura y, al mismo tiempo, la aventura de una escritura. Es esta segunda parte de esa fórmula tan atractiva que me interesa, pues el trabajo que he llevado a cabo con esta fabulosa historia de la aventura que Bosch nos quiso contar es la historia de su escritura; es decir, la historia de la novela.

En 1985, por azar, Aída Guerrero viuda Sánchez encontró los tres primeros manuscritos de *La Mañosa* en el cielo raso de la casa paterna de su esposo Mario Sánchez Guzmán. Estaban escondidos y allí permanecieron por más de cuarenta años, luego de que Bosch renunciara, el 27 de febrero de 1938, como Jefe del Servicio de Información de la Dirección General de Estadísticas, y se declarara enemigo de la dictadura de Trujillo. Si la edición que circulaba desde el 23 de junio de 1936 era ya una obra subversiva, los manuscritos debían ser

considerados como las armas de un complot para derrocar al nefasto régimen. Por suerte, la naturaleza no se hizo cargo de esos papeles que Aída Guerrero encontró en septiembre de 1985. Años más tarde, en Puerto Rico, Isabel Freire obsequió al crítico dominicano Bruno Rosario Candelier el manuscrito de la segunda versión completa de *La Mañosa*.

El hallazgo de la viuda de Mario Sánchez Guzmán y el préstamo del cuarto manuscrito que tan gentilmente me hiciera Rosario Candelier son de mucha importancia en la historia de la ya clásica novela, pues no se tenía información de que Bosch hubiera escrito dos versiones antes de que *La Mañosa* viera la luz a mediados de 1936 en Santiago de Los Caballeros. Entonces, a partir de la primera versión, en otras palabras, del primer manuscrito, nos damos cuenta de que la obra publicada no conserva ni siquiera el título de esa primera redacción, por la sencilla razón de que el nombre de la mula al iniciar el primer manuscrito era la Melada. Se le denomina la Mañosa en la segunda parte lo que nos hace suponer que ese cambio también le dio el título a la novela.

Ahora bien, si hay alguien que se dio a la tarea de maltratar a *La Mañosa*, no a la mula, a la novela, fue Juan Bosch. La veía como un error de juventud, llena de lirismo y de referencias biográficas. Sin embargo, como los grandes escritores, *La Mañosa* siempre estuvo, valga la contradicción, entre sus obras literarias preferidas, como lo podemos ver en el trabajo de orfebre y el tiempo que le dedicó, por más de cuarenta años, a su primera ficción de largo aliento.

Los que tengan la paciencia de leer la presente edición de *La Mañosa*, varias décadas después de su publicación en Santiago, podrán apreciar en las variantes que aparecen al pie de página que ese conjunto corresponde a más de veinte y tres ediciones de la obra; pero fundamentalmente a la edición que hiciera la Imprenta La Verónica, la del poeta espa-

ñol Manuel Altolaguirre en La Habana, en la que Bosch realizó una intensa labor de revisión para eliminar lo que él mismo llamaba “exceso de lirismo” de *La Mañosa*.

La edición de *La Verónica* no se conocía en República Dominicana. Algo extraordinario, pues la edición de la Librería Dominicana en 1966 es una reimpresión de la de 1936 con algunas correcciones de Bosch, cuando en realidad la que debió haber sido publicada era la edición de 1940 en Cuba. Sobre esto no hay otra explicación que el olvido de Bosch y el descuido editorial de La Librería Dominicana. Sin embargo, la obra siguió su camino y, al decir del mismo Bosch, *La Mañosa* era, de sus obras literarias, la que más se vendía.

Tampoco yo, que llevo años trabajando con la obra de Bosch, había reparado en ese olvido y descuido editorial y daba por sentado que *La Mañosa*, la edición cubana de 1940, sólo había perdido el subtítulo, “la novela de las revoluciones”, y nada más. Fue al comenzar a comparar los diferentes manuscritos originales de la novela hallados en la casa paterna de Mario Sánchez Guzmán en 1985, así como el que había sido conservado por Isabel Freire en Puerto Rico que, también por azar, me di cuenta de que la edición de La Habana era la que había que tomar como edición definitiva y que los manuscritos me permitirían reconstruir el camino histórico de la primera novela de Juan Bosch. Una historia que permitirá a los que se inician en la literatura conocer lo arduo que es la aventura de la escritura para escribir la historia de una aventura.

DE *LA MELADA* A *LA MAÑOSA*

“En *La Mañosa* no tuve que utilizar ningún método porque lo único que tenía que hacer era recordar. Todos sus personajes los conocía en carne y hueso.”

Juan BOSCH

Los manuscritos dactilografiados de La Mañosa

Como toda obra de arte, *La Mañosa*, primera novela de Juan Bosch, tiene un origen. No escapa a este axioma. Antes de su primera edición en 1936 había que suponer, naturalmente, que hubiera por lo menos una versión anterior y que, aún antes de ésta, existieran algunas notas que habían servido para la redacción de lo que podría llamarse desde ahora —por razones que veremos más adelante— su primera versión definitiva.

No se tiene constancia sin embargo de que Bosch se expresara, a lo largo de su carrera literaria, a propósito de la existencia de otras versiones que no fuera la que terminó siendo la publicada por la imprenta El Diario de Santiago de los Caballeros el 23 de junio de 1936 y cuyo título completo es: *La Mañosa, la novela de las revoluciones*. Pero, a pesar de su mutismo con respecto al proceso de elaboración de la obra, se conservan, repartidas en cuatro textos dactilografiados que nos dan una idea del parsimonioso y

arduo trabajo creativo del entonces joven escritor dominicano, dos versiones de su primera ficción de largo aliento.

A esas etapas anteriores a la publicación de la novela le llamaremos, aún habiendo sido redactadas directamente a maquinilla, “manuscritos” sencillamente porque Bosch, desde muy temprana edad, se servía de ese instrumento para escribir: “[...] fue a los doce años cuando aprendí a escribir con todos los dedos en la primera escuela de mecanografía que conoció La Vega, la de un haitiano de origen inglés llamado Lewis Cartwright,” explica a Rafael Herrera poco después de haber cumplido 80 años de edad.¹

Haber adquirido tan temprano el dominio de la dactilografía, así como el hecho de que en la casa de comercio de su padre hubiera una máquina de escribir, le permitió a Bosch iniciarse en la literatura redactando directamente a máquina sus textos, así pues, antes de publicar algunos cuentos y poemas en un periódico de Barahona, *Las Brisas del Birán*, recuerda que “había escrito un libro de cuentos que yo mismo escribí a maquinilla e ilustré con dibujos en colores. Los personajes eran animales que yo conocía, como el búcaro, el cucú —yo no sé como le llamarán aquí—; creo que ha desaparecido de la fauna dominicana; es una especie de búho pequeño que se alimenta de cucarachas y lagartijos. Hasta las hormigas intervenían como personajes. Pero eso fue un solo libro, desde luego; fue una edición de un solo ejemplar. Yo mismo lo hice a maquinilla, lo ilustré en colores, lo encuaderné, porque a nosotros nos enseñaban a encuadernar —la escuela hostosiana aspiraba a ser una escuela que hiciera de los estudiantes artesanos—, y este es un oficio que puedo ejercer en cualquier momento porque lo aprendí muy bien. Pero en el fuego de la biblioteca de

¹ HERRERA, Rafael, “Conversaciones con Juan Bosch. Recuerdos de infancia y adolescencia (III)”, Santo Domingo, *Listín Diario*, 1 de julio de 1989, p.8.

don Federico García Godoy, en La Vega, se quemó el libro, pues mi padre se lo había llevado a don Federico...”².

Esto, claro está, era posible cuando las circunstancias se lo permitían, pues existen algunos de sus cuentos, escritos en septiembre de 1929 e inéditos hasta ser incluidos en el tomo XII de sus *Obras completas*³ que fueron redactados a mano y con lápiz. Pero esa es una excepción que tiene su fundamento en la época en que se encontraba residiendo, de manera ocasional, en Constanza descansando de un agotamiento físico que le afectaba desde hacía unos meses y, al parecer, no tenía maquinilla de escribir a su alcance: “Me fui a vivir de Santo Domingo a Constanza,” expresa, “porque mi madre, que era una mujer muy inteligente encontró que yo estaba enfermo. En realidad no estaba enfermo, era el problema del paso de la pubertad a la juventud y me angustiaba mucho la situación de la gente en el país. En el país había una situación muy difícil, muy mala, que a mí me angustiaba⁴ y entonces mi madre decidió que yo necesitaba aire puro. Se montó ella en un caballo, me montó a mí en otro y fuimos a dar a Constanza. Allí en Constanza estuve

² Piña-Contreras, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, Santiago, R.D., UCMM, 1982, pp.61-62.

³ “Sin quererlo”, “Lo insospechado”, “Lo inútil” y “La tragedia”, en Bosch, Juan, *Obras completas T-XII: cuentos, poemas y otros textos literarios*, Presentación de Guillermo Piña-Contreras, Santo Domingo, Editora Corripio, 2007, pp.37-49.

⁴ A propósito de esa situación “que le angustiaba”, Bosch escribe en “Los dos caminos de la hora” (*El Mundo*, Santo Domingo, 16 de septiembre de 1929, pp.1-2): “Es innegable que en la Mansión Presidencial se está gestando una tiranía que amenaza al pueblo dominicano. Y esta tierra que tantos machos ha parido ve impasible la formación de una hidra de cabezas trágicas. [...] Los gestos de venganza de los pueblos, sí se improvisan. Desgraciadamente no saben matar las tiranías en su cuna y por ello, en la República Dominicana veremos resucitadas, si no se trata de evitar, no importa el proceso a seguir para ello, el desarrollo de ese monstruo terrible que se mueve en las entrañas, los días aciagos de monstruosas tiranías acabadas a sangre y fuego por hombres que dan hoy la espalda a su pasado glorioso.”

viviendo casi un año. Sucedió que como era la única persona que llegaba de La Vega los constanceros que se enfermaban creían que debía saber de medicina. No había puesto inyecciones nunca en mi vida pero tuve que poner inyecciones; tuve que atender a niños enfermos y tuve que sacarle una muela a Felipito Cosma. Ese es un episodio increíble: yo había hecho un viaje rápido a La Vega y cuando volví, ya al atardecer, me estaban esperando porque Felipito Cosma tenía un dolor desesperado de muela. Entonces concebí una especie de tenaza, pues allí no había instrumentos. Digo eso para que se den cuenta de lo que era el atraso dominicano en el año 1929. Constanza era un municipio. Entonces se llamaban comunes. No era un campo, creo que no llegaría a 30 casas, pero era un municipio.”⁵ Es natural, entonces, que allí no hubiera una máquina de escribir al alcance del novel escritor.

Luego de su regreso del extranjero en agosto de 1931, y por todos los textos originales que se conservan, se verifica que al margen de las cartas personales, por lo general manuscritas, tenía por algo más que costumbre el hábito de escribir a máquina.

De manera que cuando emprendió la redacción de *La Mañosa* la fabulosa invención del siglo XIX formaba parte de los instrumentos de trabajo del joven escritor Juan Bosch. Así se explica que las dos versiones anteriores a la primera edición de la obra que hemos examinado hayan sido redactadas directamente a maquinilla en cuyas páginas abundan las notas y cambios manuscritos de Bosch. Para no abusar pues únicamente del término “redacción” hemos preferido llamar, aunque impropriamente por supuesto, “manuscritos” a los cuatro originales de las diferentes etapas de la novela que se conservan.

⁵ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch*, Santo Domingo, 1986.

Cosas del azar

Tres de esas cuatro fases de la escritura de *La Mañosa* fueron encontradas en septiembre de 1985, por azar, en el cielo raso de la casa paterna de Mario Sánchez Guzmán en La Vega. Estaban en un sobre en el que se leía una inscripción manuscrita que decía: “Señor / Juan Bosh [sic] / Ciudad”; y a la derecha del mismo otra que hacía mención a su contenido: “JUAN BOSCH / LA MAÑOSA / ORIGINALES”. En su interior estaban, pues, un fragmento de la primera versión, otro completo de la misma con algunas variantes y supresiones del primer manuscrito y dos fragmentos de la segunda versión, la que daría pie (suponemos por su similitud), al cuarto manuscrito (completo) conservado por la escritora puertorriqueña Isabel Freire, a quien Bosch obsequiara una copia dactilografiada el 22 de enero de 1939 en San Juan de Puerto Rico y que ella, años después, donara a su vez al escritor y crítico dominicano Bruno Rosario Candelier. De esta versión es que sale la que podría ser considerada como la definitiva, publicada, según el colofón, el 23 de junio de 1936 por la imprenta El Diario de Santiago de los Caballeros.

La redacción de las versiones encontradas en casa de Sánchez Guzmán, entrañable amigo de Bosch, en La Vega datan, según se puede colegir de declaraciones del autor, de unos meses después de su matrimonio con Isabel García Aguiar, el 19 de junio de 1934, en Santo Domingo o, a más tardar, de principios de 1935: “La conocí allí [*en el parque Independencia*],” relata Bosch, “y nos casamos. Estuvimos viviendo al principio en la calle 16 de agosto y después de cierto tiempo nos mudamos a la calle Doctor Báez número 13, ahí estuvimos viviendo y allí fue donde yo escribí *La Mañosa*. *La Mañosa* que la escribí a *maquinilla* [iénticas, GPC] ahí, en el comedor de esa casa.”⁶

⁶ *Ibid.*

Para ese entonces ya había publicado su primera colección de cuentos, *Camino Real* (1933), e *Indios, apuntes históricos y leyendas* (1935), y era asiduo visitante de la casa del poeta Rafael Américo Henríquez en donde iban también, además de Bosch, Franklin Mieses Burgos, Héctor Incháustegui Cabral y Manuel del Cabral, entre otros. Es a partir de las conversaciones que sostenía con sus amigos de La Cueva⁷ que le surge la idea de escribir *La Mañosa*: “No salió nada concreto de La Cueva. Excepto ese periódico mensual que hacía yo, pero era estimulante. Sin dudas la elaboración de *La Mañosa*, la intención de escribir esa novela y el hecho de ponerme a escribirla tuvo su origen en La Cueva. ¿Por qué razón en La Cueva? Porque yo quería darle a entender a los compañeros de La Cueva lo que había sido el país en los años en que yo era niño...”⁸

⁷ “Debo empezar explicando cómo nació el nombre de ‘La Cueva’, porque eso es interesante. Puchungo, como le decíamos a Rafael Américo Henríquez, que era de los poetas buenos de su época en el país, aunque poco prolífico, vivía en la casa de su padre (Enrique Henríquez, poeta autor del *Never More* y *El Avaro*), y tenía su habitación separada y una saleta; pero Puchungo se levantaba muy tarde en el día; prácticamente dormía de día y despertaba de noche, cosa que les pasa a muchos poetas, no sólo de aquella generación sino también de ésta. Un día llegó Fabio Fiallo más temprano que de costumbre, preguntó por Puchungo y le dijeron que estaba durmiendo; entonces dijo: ‘Bueno, esto no es una casa, esto es una cueva, porque aquí lo que vive no es una persona sino un culebrón’. A partir de ahí llamamos al grupo ‘La Cueva’. En realidad, ‘La Cueva’ no tenía para nosotros más atractivos que el de sentarnos allí un grupo de escritores de varias generaciones. Allí iban Fabio Fiallo, Ricardo Pérez Alfonseca, que era muy buen poeta; iban de nuestra generación Franklin Mieses, Héctor Incháustegui, Manuel del Cabral, a quien le decíamos Cunito; iba un poeta, un ser encantador, que era Manuel Llanes, que la gente ha olvidado (no sé si vive o si ha muerto) pero era un ser encantador, muy dulce, de una naturaleza muy dulce. En fin... lo que hacíamos era hablar de literatura, mantener vivo el entusiasmo literario; porque en realidad no había ningún otro lugar en donde hablar de literatura en Santo Domingo.” PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, op. cit., pp.68-69.

⁸ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch*, op. cit.

En los “originales” (como le llama Bosch al cuarto manuscrito) obsequiados a Isabel Freire y José Ferrer, según la fecha de la página de título, habían sido terminados en 1936, igualmente podemos afirmar que la versión definitiva de *La Mañosa* estaba terminada antes de la Semana Santa de ese mismo año por lo que dice el autor de cómo se le ocurrió pensar en lo que años después sería *Judas Iscariote, el calumniado* (Chile, 1955): “[...] el primero [de los temas bíblicos] fue el Judas que comencé a elaborar estando yo en Santiago de los Caballeros, trabajando en la publicación de *La Mañosa* que se estaba componiendo en la imprenta El Diario. Un día el tipógrafo me dijo: ‘Mañana no vamos a trabajar’, y le digo: ‘¿Por qué?’ ‘Porque es Jueves Santo.’ Le pregunto: ‘¿Qué pasó el Jueves Santo?’ ‘Bueno, que mataron a Jesucristo’. ‘¿Quién lo mató?’ ‘¡Oh! lo mataron los judíos’. ‘¿Y por qué lo mataron?’ ‘Bueno, porque Judas lo denunció’.”⁹ Según el colofón, la novela se terminó de imprimir el 23 de junio de 1936.

Siguiendo la cronología de la redacción y publicación de *La Mañosa*, la novela le ocupó, probablemente, unos meses de 1934, todo 1935 y el primer tercio de 1936 cuando entregó la versión definitiva de la obra, cuyos originales desaparecieron probablemente en manos de los tipógrafos de la imprenta El Diario de Santiago. Por suerte para los que les interesa la arqueología literaria, han sido encontrados cuatro manuscritos: los tres de La Vega y el conservado por Rosario Candelier. Es evidente, al compás de estos textos, que Bosch corrigió su novela por lo menos dos veces antes de la Semana Santa de 1936 (según la fecha que figura en la copia obsequiada a Isabel

⁹ ROSARIO CANDELIER, Bruno, “Entrevista con Juan Bosch”, en *En primera persona, entrevistas con Juan Bosch*, (Guillermo PIÑA-CONTRERAS, Editor), Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2000, p.77.

Freire y José Ferrer en San Juan, P.R.), pues el manuscrito difiere considerablemente, como veremos luego, de la obra publicada en junio del mismo año.

El sobre con la inscripción encontrado en casa de Sánchez Guzmán es el único elemento que nos permite deducir, en los tres primeros manuscritos, el título de la obra. Ninguno tiene portada. Sólo tiene página de título la versión que Bosch llevó consigo a Puerto Rico al salir al exilio en enero de 1938 (la misma que luego, el 22 de enero de 1939, regalara a sus amigos de allí), y evidentemente la que utilizaron los tipógrafos de la imprenta El Diario de Santiago en 1936. En los dos primeros textos del génesis de la novela se utiliza indistintamente el nombre de Melada y Mañosa para llamar a la mula. Parece que por descuido del escritor, al pasar en limpio el texto, se le quedara el nombre de Melada que ya había sido sustituido en el quinto episodio de la primera redacción. Sin embargo, a pesar de que los textos encontrados en casa de Sánchez Guzmán no llevan títulos, se puede deducir que desde el primer proyecto de ficción narrativa ya estaba decidido que la obra llevaría el nombre de la mula, porque ésta podía encarnar lo que esas revueltas significaban para los personajes: “Nosotros no sabíamos a qué atenernos. La verdad es que hubiéramos deseado el triunfo de uno o de otro inmediatamente: la revuelta estancaba las fuerzas en marcha; entre los conucos iba haciendo estrago el bejuco bravo; el maíz ennegrecía al sol, sin que la mano que lo sembró viniera a recojerlo[*sic*]; en su propio tallo se hacía tripa oscura e inútil la fragante hoja del tabaco: por los callejones de cada campo venía rodando el fantasma del hambre” (p.300)¹⁰.

¹⁰ He respetado la ortografía de los manuscritos de *La Mañosa* (GPC). Las citas en las que sólo figura el número de página corresponden a la presente edición.

Lo de “la novela de las revoluciones” pudo haber surgido en la segunda versión, con el tercer manuscrito, pues el nombre de la mula, “Mañosa”, está estrechamente relacionado con ese tipo de híbrido y, al mismo tiempo, con las revoluciones que eran una maña nacional, según explica el propio autor en la presentación de la tercera edición de la novela en 1966.¹¹

En el encuentro fortuito que hiciera Aída Guerrero viuda Sánchez en el cielo raso de la casa paterna de su esposo en 1985, se encontraban los tres primeros manuscritos de las dos versiones de lo que sería, en 1936, *La Mañosa, la novela de las revoluciones*.¹²

El primero consta pues de 38 páginas sin foliar ni título, redactadas a un espacio. De tamaño irregular, las primeras 15 hojas miden 212 x 277mm; luego siguen 4 que corresponden a lo que serían los números del 16 al 19, de 212 x 322mm y las 19 últimas encabezadas por el título “Segunda parte. Revolución” tienen la misma dimensión que las primeras 15. A pesar de que no se indica expresamente el orden de estos originales resulta fácil establecerlo. Al cotejar uno y otro, y tomando como referencia la novela publicada, así como las supresiones y tachaduras que luego no aparecen en el segundo, podemos escoger esas 38 hojas a un espacio como el primer manuscrito. Sin embargo, vale aclarar, que este texto está incompleto¹³.

El segundo, además de ser la primera versión completa, es más regular: 94 hojas tamaño carta (226 x 280mm), a doble

¹¹ En realidad debía ser cuarta edición y segunda dominicana, pues no se toma en cuenta la segunda edición cubana de la Editorial Lex de La Habana en 1941.

¹² Santiago, Imprenta El Diario, 1936, 205p.; 20cm.

¹³ *Cfr.* el Apéndice A de esta edición, pp. 197-332, correspondiente a los tres primeros manuscritos.

espacio. Tampoco, como el primero, tiene título, pero las hojas están foliadas a partir de la segunda, y presenta, como en el primer manuscrito, un título en la p.36: “Segunda parte. Revolución”. La ausencia de número en la primera página y la limpieza del texto nos hace suponer que existió una portadilla. Esta versión que es, podríamos decir, la pasada en limpio de la anterior, comporta grandes correcciones manuscritas así como importantes mutilaciones. Tal como la primera, a pesar de algunos descuidos al principio, la mula se llama ya la Mañosa y no la Melada, como en realidad, según el propio Bosch en “Palabras del autor para la tercera edición”, se llamaba la de montar de su padre.¹⁴ Sólo una negligencia del autor justifica que el nombre de Melada aparezca una vez al inicio de la segunda parte del texto. Es preciso señalar que no se conoce el título de la primera parte de estas dos etapas iniciales de la obra, pero sí la segunda: “Revolución”. Es la fusión de estas dos partes que constituirán la primera (también titulada “Revolución”), de la segunda versión y de la definitiva.

Los 15 folios de diferentes tamaños del tercer manuscrito de los originales de *La Mañosa* tienen las siguientes características: ocho hojas cuyas dimensiones son 212 x 284mm; tres de 214 x 328mm y cuatro de 216 x 280mm, mecanografiadas a un espacio sin foliar y sin título. Se trata, como es evidente, de un texto incompleto que corresponde a los dos primeros capítulos de la primera parte así como un fragmento del primer capítulo de la segunda parte de lo que sería más tarde la versión definitiva de la novela. De esta redacción de *La Mañosa* sólo se conservan esas páginas sueltas. La mula no es llamada, ni por descuido, la Melada. Hay que suponer,

¹⁴ *Cfr.* p.454.

por simple deducción, que en este estadio de la redacción de la obra ambas partes llevan los títulos que aparecen en el cuarto manuscrito.

Todo cuanto precede confirma la existencia de ese cuarto manuscrito que Bosch llevó consigo al partir a Puerto Rico el 13 de enero de 1938 y que un año más tarde, el 22 de enero, obsequiara a sus amigos Isabel Freire y José Ferrer en San Juan. Lo extraño es que hiciera ese regalo como si se tratara de los originales definitivos de la novela: “A Isabelita Freire, chiquita como Puerto Rico, linda como Puerto Rico, acogedora como Puerto Rico, estos originales de ‘La Mañosa’, en prenda de simpatía entrañable. Y a José Ferrer, para que sea guardián de lo que vale en el cariño de Juan Bosch. San Juan de P. R. 22 de enero de 1939”¹⁵.

Sin embargo, se trata simplemente de una cuarta redacción de la segunda versión de *La Mañosa* y que muestra muy bien la evolución de los manuscritos anteriores que desembocarían

¹⁵ Esta dedicatoria tiene también una importancia extraliteraria, pues en ella se vierte luz sobre la fecha en que fue fundado el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en La Habana, Cuba, en 1939. De manera que si Bosch estuvo presente en dicho acto (como hasta sus enemigos políticos y compañeros de entonces reconocen), no fue el 21 de enero (una fecha simbólica para los dominicanos por ser el día de la Virgen de La Altagracia, razón por la cual tal vez haya tenido éxito), ya que, al día siguiente, se encontraba en Puerto Rico. Si tomamos en consideración los medios de transporte de la época, no es posible que en tan poco tiempo se pudiera desplazar a San Juan y dedicar el manuscrito a Isabel Freire y José Ferrer. Se puede aceptar, en cambio, que el PRD se fundara algunos días antes o unos cuantos después del 21 de enero de 1939, pero no el 21. La fecha que propone, por su parte, Juan Isidro Jimenes-Grullón, 1941, se refiere tal vez a la Unión Democrática Antinazista Dominicana, nombre que adoptó en 1943 la organización política durante los años de la Segunda Guerra Mundial.

A propósito de la fundación del PRD, Ángel Miolán nos cuenta en *El perredé desde mi ángulo*: “Se habla mucho del encuentro de El Cano, en la casa del Dr. Virgilio Mainardi Reyna. En esa ocasión, se conoció y aprobó la Doctrina del Partido. Junto al anfitrión, se menciona al Dr. Juan Isidro Jiménez [sic] Grullón, al Prof. Juan Bosch, a Lucas Pichardo —caído en la invasión de Estero Hondo y Maimón— y al Dr. Enrique Cotubanamá Henríquez,

en este texto que es ya casi definitivo. Esta apreciación es tan válida que el autor hace encuadernar las 66 páginas dactilografiadas a un espacio que lo componen y que, según parece, luego de haberlo hermosamente encuadernado en piel y papel es que corrige de nuevo. Se puede decir también, que corrige y pasa en limpio el que terminaría siendo el texto de que se sirvieron los tipógrafos de la imprenta El Diario de Santiago para componer la primera edición de *La Mañosa, la novela de las revoluciones* poco antes de la Semana Santa de 1936 y que vio la luz en junio de ese año.

El texto encuadernado, como ya hemos dicho, consta de 66 páginas de tamaño regular de 214 x 327 mm. La numeración es continua hasta el folio 50 y dividido en capítulos que van del I al XIII indicados con tinta manuscrita. Luego siguen 16 páginas numeradas a máquina de 1 a 16; después, a mano y con lápiz, se le hace la numeración correspondiente. Este cambio de numeración muestra, además de un error en la numeración a mano de los capítulos, una interrupción en la redacción de la novela. En lo que concierne a la numeración manuscrita de los capítulos, el que corresponde al “XIV” aparece como “XVI” y el error persiste hasta el final de la obra. Este cuarto manuscrito, como la primera edición, comporta una página de título: “Juan Bosch / *La Mañosa, la novela de las revoluciones* / 1936”. Se divide en dos partes: “Primera parte.

autor del anteproyecto de dicho documento. Se ha dicho que esa reunión tuvo lugar el 21 de enero de 1939 [itálicas GPC]. Y esa fecha ha sido admitida como la fecha de la fundación del Partido. En el informe que el autor hubo de rendir ante la Primera Convención Nacional del PRD —celebrada en el Ensanche Ozama—, correspondiente a su actuación de diez años como Secretario General del Comité Político del Partido, se refirió a esa fecha, y, también, lo hizo en el periódico *El Sol* (5 de julio de 1978), en entrevista sobre los orígenes de la Organización” (MIOLÁN, Ángel, *El perredé desde mi ángulo*, 2da edición, Caracas, Ávila Arte, S.A., 1985, p.27).

Revolución” y “Segunda Parte. Los vencedores”, aunque no se trata de la misma división de los capítulos, pues en la publicación de 1936 ésta no es corrida. Cada parte tiene una numeración independiente: de I al XI, para la primera; y de I a IX para la segunda. En el manuscrito de Puerto Rico (llamémosle así) va de I a XIX o, si corregimos el error de numeración, de I a XVII (*Cfr.* pp. 333-450).

Un trabajo de orfebre

Como en toda obra en proceso de elaboración es frecuente observar en *La Mañosa* correcciones de simples errores gramaticales, supresiones de palabras, de frases, de párrafos, de episodios, de personajes, etc.; pero también inversiones de palabras, de frases, nuevos episodios, nuevos capítulos, mutaciones de personajes..., igualmente podemos llegar a constatar que, de una versión a otra, ciertos episodios se transforman en capítulos o, más aún, que hasta la novela misma, luego del segundo manuscrito, cambia no sólo de rumbo sino también de estructura. Una segunda versión cuya nueva estructura arrastra consigo cambios de nombres y de función de algunos personajes e incluso de título si tomamos en cuenta que la mula que le da título a la obra se llamó en un principio “Melada”. Ese trabajo de orfebre ante una piedra preciosa es el que Juan Bosch nos muestra en cada uno de los pasos que le llevan a concebir dos versiones de *La Mañosa* antes de dar por terminada *la novela de las revoluciones*.

Bosch, en su proceder, se detiene en una primera versión que podría ser una suerte de plan general de la obra, pues según sus propias palabras no tuvo que “utilizar ningún método porque lo único que tenía que hacer era recordar. Todos los personajes los conocía en carne y hueso.” No hay duda de que esto sea cierto, pero esa primera redacción se convierte en un plan que irá sufriendo las modificaciones que la creación

literaria exige. Así, los cambios realizados en el texto inicial se reportarán en la segunda redacción de la novela. De igual manera, en el tercer manuscrito comienza entonces a tomar forma lo que sería la versión definitiva¹⁶ como es evidente en el cuarto. En esta edición crítica de *La Mañosa* se puede observar, en las variantes y en las correcciones gramaticales realizadas por el autor de una versión a otra, el minucioso trabajo del escritor en la elaboración de su obra.

En las 38 hojas que componen el primer manuscrito el escritor interviene por lo menos en treinta ocasiones, pero únicamente con la finalidad de hacer algunas precisiones para mejorar la obra. En esta parte no hay una transformación en la estructura de la novela. Se trata más bien de mejorar esa redacción que sería, en cierto modo, el plan de la misma. Para ilustrar lo que precede tomemos algunos ejemplos que dan una idea de la preocupación del escritor en busca de mejorar su novela en esta primera revisión. “*A la vista del río se detuvo el Grande*”, por ejemplo, es una oración aparentemente sin más atributo que el hecho de que el mulo, al ver el río, se detuvo. Sin embargo, este sintagma narrativo ya transformado en el primer manuscrito es menos claro y explícito que el que reemplaza en el mismo texto: “*Entonces se detuvo el Grande*” (p.204). Se trata de una reflexión a propósito de la acción, pues “Entonces” no ayuda de ningún modo a la narración, ya que no se sabe por qué se detuvo el animal. Al reemplazar el adverbio “Entonces” por “A la vista del río” tenemos así una explicación de la razón por la que se detuvo el mulo, aunque este primer cambio llevará a Bosch a darse cuenta, como veremos

¹⁶ En los manuscritos del Apéndice A hemos conservado la ortografía de la época e insertado entre [] letras o palabras que faltan y mantenido el uso irregular de la forma arcaica de “i” en lugar de “y” que utiliza Bosch en el segundo manuscrito.

más adelante, que al enunciar el río la descripción que precede se hacía redundante. Esto podría parecer banal y sin interés si no fuera por la frecuencia con que nuestro escritor realiza este tipo de corrección desde la primera hasta la última versión de la novela.

Ejemplos de este género abundan en el primer manuscrito, pero es necesario comentar unos cuantos más para tener una idea del tipo de corrección que hace el autor a su texto. Así, cuando reemplaza un adjetivo nos damos cuenta de esa búsqueda de precisión: "...su imagen 'vaga' entre las sombras..." (p.206). "Vaga" reemplaza "ambigua", lo que hace más precisa y menos oscura, por así decirlo, la descripción. De las sombras cualquier imagen se hace difusa más que ambigua. Este adjetivo se puede prestar a confusión. Tenemos también el caso de enriquecimiento de la descripción al agregar elementos que proporcionan detalles de un rincón de la cocina de la casa: "...había una barbacoa alta, con latas de sal, de azúcar; con paquetes de orégano, de cilantro, de cebollas, *platos, vasos y cucharas*. Allí..." (itálicas GPC, p.206). O la eliminación de un participio adjetivo, "imposibilitada de competir", para hacer más activa la narración: "Y allí nos pescaba ella, cada vez que *en su competir* con nuestra agilidad, a la amenaza de una pela, volvíamos confiados después de haberle huido por entre los alambres" (p.207). Hay gerundios y comparaciones que el ojo revisor del autor suprime en beneficio de la narración. Asimismo descarta diminutivos que no son importantes en la descripción. Para enunciar ternura en la descripción de su hermano, la voz del niño-narrador, no tiene, por ejemplo, que decir sus "azules ojitos" (*ibid.*), por lo que, al revisar el texto, sustituye el diminutivo. De igual manera emprenderá, más en la segunda redacción y la segunda versión, un cambio en los tiempos verbales de la narración a favor del pretérito. Cosa normal

si se toma en cuenta también que el narrador se sitúa en una época ulterior a los acontecimientos que relata.

En esta lectura que hace Bosch de su primera redacción observamos sólo cambios de adjetivos, de verbos, del habla de los campesinos dominicanos a favor de un español menos localista (que luego retomará en la edición de *La Habana* en 1940), etc.; pero el más importante de todos es que la mula deja de llamarse la “Melada” para convertirse en la “Mañosa”, lo que implica que tan pronto como se le ocurriera cambiar el nombre de la mula ya podía comenzar a asomar en su mente el cambio de título de la obra. No es tan evidente que lo hiciera desde el primer manuscrito porque aún en el segundo la Melada se mantiene, con excepción de una mención de la Mañosa en la primera parte de la segunda redacción (*cf.* p.252), pero Melada permanece unos cuatro episodios de la segunda parte de la misma (*cf.* p.271).

Todavía en esta etapa de la escritura de *La Mañosa* Bosch no ha emprendido los cambios que se operan en la novela luego de incorporar las correcciones al pasar en limpio el texto. Las sustituciones de verbos, adverbios, adjetivos, sustantivos, etc., son, es evidente, más frecuentes en el segundo manuscrito que en el anterior. Para tener una idea de conjunto sólo hay que anotar que de las 94 páginas dactilografiadas del segundo unos 300 cambios se operan en la obra y que van de una simple coma hasta grandes mutilaciones textuales pasando por nombres de personajes y fusiones de episodios.

Recordemos que en el primer manuscrito ya había reemplazado “Entonces...” por “A la vista del río...” (p.204). En esta nueva redacción de la misma versión el cambio conlleva a la supresión del párrafo que precede y a la fusión de dos episodios, pues el escritor se da cuenta de que al designar al río como lo que provoca que el animal se detenga, tal vez por

temor a la corriente de agua, la descripción que antecede al hecho es redundante e innecesaria¹⁷. La fusión de los episodios, al eliminar la descripción, es el primer cambio estructural que experimenta la segunda redacción de la novela. Gracias a la elipsis, las mutilaciones de extensos pasajes del relato son frecuentes en las diferentes etapas de la concepción de la novela, como veremos en la medida en que su mención sea oportuna.

Es interesante detenerse en algunas de las mutilaciones que hace el autor en la segunda redacción de la obra, pues en su mayoría reemplazan descripciones redundantes del relato. Para el primer viaje de la mula juzga necesario únicamente contar: “Nos fuimos a la ventana, para verle montar. Lo hizo de un salto, con elegancia; removi6 una mano, volvi6ndonos el frente, y clav6 a la mula. Llevaba la rienda en alto, entre sus dedos diestros” (p.258). Este segmento sustituye, junto con la descripción, un episodio, pues no era necesario dar detalles de ese viaje que era una costumbre en la casa del narrador¹⁸. Lo importante aqu6 era el primer viaje de la Melada. Asimismo en lo que concierne a la vida de los ni6os en la casa cuando el padre estaba de viaje: “Mamá parec6 haberse vaciado de espinas. Se hab6a endulzado un poco; rezaba a menudo y los p6mulos le hac6an esquinas en la cara” (p.261). Suprime el episodio que sigue porque lo importante era lo que la madre hac6a en la casa mientras el padre estaba ausente. Como hemos

¹⁷ “Se o6a mugir ya el tercer r6o grande. Era el Yuna, que bajaba hinchado por las lluvias. Aqu6 parec6 no haber diluviado como en casa, porque se adivinaba tras las lomas de la derecha el sol de la tarde; pero la tierra conservaba la huella honda de las monturas que pasaron cuatro o cinco d6as antes” (p.204).

¹⁸ ...mano, volviendo el frente, y clav6 a la mula. Llevaba en alto, entre sus dedos diestros, la rienda.

Nosotros salimos tambi6n al patio. Mongo se meci6 sobre el mulo Grande. Era s6lo una sombra oscura con reflejos claros. Grit6:

dicho, este tipo de intervención en la obra es muy frecuente. Por lo general obedece a un mismo criterio. En otra ocasión es para evitar la repetición de un mismo hecho. Tomemos, para ilustrar mejor, la supresión del párrafo en que José Veras, al ver al niño-narrador enfermo, explica cómo se le puede curar: “Entonces se diri[gió] a mí para decirme que yo tenía cara de calentura. Papá dijo que, efectivamente, yo estaba sufriendo fiebres. El comentó que lo más fácil era cortarlas: bastaban tisanas de albahaca y suelda con suelda” (p.282). El remedio propuesto por Veras no es necesario, pues será el general Nazario (Macario en la segunda versión) quien preparará un brebaje “de hombres” para curar al niño.

Bosch comprende, desde esta segunda redacción, que hay que dejarle al lector una parte activa en la lectura de la novela. Con la descripción que tenemos de José Veras no era necesario el relato pormenorizado que figuraba en la anterior¹⁹ del suceso en que fue herido, pues es de todos conocido que Veras era un pendenciero y por demás valiente. Otra elipsis de importancia es la que se refiere a la

—Mulooo...

E hizo restallar el fuele, que resonó en la casa como un tiro. A la orilla del camino, agarrados de la falda maternal, vimos la recua alejarse al trocete. Era como si la noche se fuera con ellos.

Padre se ad[i]vinaba como algo inseguro, mecido por el buen paso de Melada La Mañosa. Todavía nos decía adiós. Pero en la encrucijada había árboles que llenaba de sombras el camino. Y la encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, para robárselo a nuestro cariño.

***” (p.258)

¹⁹ “Hubo que coser retazos de conversaciones para aclarar el suceso; José jugaba con un hombre del Bonaio. El otro ganaba, ganaba. Las manos de aquel hombre aparecían vengadoras: iban a ella los productos de las rapacidades de José Vera[s]. Este se incomodó al fin. Dijo que él jugaba grueso nada más. El de su frente abrió la cartuchera y extrajo tres onzas. En la próxima parada José protestó.

—¡Yo no juego con ladrones! —estalló.

captura del viejo Dimas luego de haber robado el revólver de Pepe (*cf.* nota 249, p.298-299), en ella se suprime también un episodio pues se hacía redundante con el relato de José Veras de cómo recuperó el arma robada por el viejo. Dimas, como veremos en la segunda versión, tiene otra función en el relato. Ejemplos de este tipo son legión en esta etapa de *La Mañosa*.

Todas las intervenciones del autor en este segundo manuscrito son, vale redundar, de suma importancia. Unas son naturalmente más relevantes que otras, pero debemos detenernos en la que le da, por así decirlo, una independencia a la obra: suprime toda alusión y explicación sobre los caudillos políticos de la época en que tiene lugar la acción de la novela: Juan Isidro Jimenes y Horacio Vásquez²⁰. Esta mutilación tendrá repercusiones en la versión siguiente, pues del mismo modo que hace desaparecer la mención explícita de los jefes de los bandos que mantenían en zozobra la región y el país, también se verá obligado a atribuir nombres ficticios a los generales que actúan en la novela. Así, desde la segunda versión,

Y sin esperar contestación, como quien se hace justicia a sí mismo, tomó el oro, se puso en pié, y empezó la retirada de acuerdo con su fama: a tiro limpio y dando el pecho.

Pero la víctima debía tener hermanos. Se le fueron encima, bien montados.

De nada valió que la gente les corriera detrás, dando voces. El final fue en el camino, con José Veras hendido, casi de arriba abajo.

La gente no acusaba a José. Se había portado como un hombre, aunque arrebatara lo ageno [*sic*]. Lo cobarde era no saber pelearle de uno a uno, como lo hacen los hombres" (p.287).

²⁰ "...ciudad, y un retrato de don Juan Isidro.



En la litografía parecería la cara amplia, buena y dulce de un hombre mayor, cuyas cabeza y bigotes eran blancos, como el algodón reventón. Debajo había dos gallos, el uno erguido para cantar, bolo, altivo y espoludo; el otro tendió en tierra, manando sangre por recio espolazo, desplumado y ridículo.

los nombres de Nazario Suardí, Vicente —Tentico— Luna y Demetrio Rodríguez (éste es sólo mencionado una vez), serán

José Veras me explicó la alegoría. El gallo bolo representaba a don Juan Isidro Jiménez, jefe del partido bolo, que sostenía ahora una sangrienta revolución contra el gobierno de Bordas; el gallo coludo, a don Horacio Vásquez, jefe del partido horacista o rabú. Nazarito, por ejemplo, era un general bolo. Su potente voz de protesta alzaba en un momento toda amplia región del Bonaó hasta La Vega. Generalmente esas revoluciones se hacían sin el consentimiento de don Juan.

Cuando José Veras nombraba al jefe tenía el mismo tono de respeto que Carmita y que Dimas. Parecía que aquel hombre era, verdaderamente, un bueno.

—¿Tu ve lo bueno que e tu taita? —preguntaba el ratero—. Bueno —explicaba— po don Juan e mejor mil vese.

Hablaba como si realmente conociese a aquel hombre, que, para ser sinceros, tenía expresión santa y noble.

Papá simpatizaba también con don Juan. A menudo contaba anécdotas del venerable viejo; y cuando alguien mencionaba en su presencia a don Horacio, encojía [*sic*] el entrecejo. No decía palabra; pero uno podía verle el disgusto en la cara.

Parece, sin embargo, que no todos los generales alzados en nombre de don Juan lo hacían por simpatías al caudillo o por noble motivo. Tentico, por ejemplo, cacique joven, audaz y sanguinario, que dominaba en los alrededores del Cotuy, tomada las revoluciones como excusas para sus correrías. Depredaba, incendiaba, robaba, violaba. Por aquellos mismos días nos vino el cuento de que había hecho comer a unos soldados del gobierno, sorprendidos por asalto, sus propias orejas guisadas. Tenía sí fama de valiente. Pero por donde Tentico pasaba con sus fuerzas, hasta los pajonales ardían y las ciguas piaban desesperadas. Sus marchas estaban jalonadas por cruces que los campesinos llamaban del 'calvario': cada una de aquellas cruces marcaba el lugar donde Tentico había fusilado cuatro o cinco hombres pacíficos, que se negaron a servirle sucias causas.

Otros de menor importancia, caminaban en grupos menudos por los caminos de la noche, en busca del enemigo para vengarse a la bandera de la revolución. Otros recorrían los conucos, los potreros, las pulperías, arrasando ávidamente con lo que los vividores de brega habían logrado crear en escasos paréntesis de paz.

Las manchas de sus partidarios no lograban, sin embargo, caer sobre la blanca cabeza de don Juan Isidro.

Muchas madres, como Carmita, por ejemplo, que confiaban en el viejo caudillo para un mejor porvenir del país, no sentían dolor si sus hijos caían al pie del estandarte bolo. Generalmente, casi todos los hombres que iban a la revolución le hacían con ese pensamiento.

finalmente Fello Macario²¹ y Monsito Peña. Nombres que representan más su función en la obra que sus referencias reales. Los nombres ficticios en lugar de los reales dan a la novela una dimensión que va más allá de la idea original de proporcionar a sus amigos de La Cueva una idea del país en los años de su niñez.

La novela termina, en esta primera versión, con la desbandada de los revolucionarios y el préstamo de la Mañosa al general Nazario: “Nosotros mirábamos aquella [*la derrota*] sin un comentario. Estábamos frente a la derrota como a orillas de un río profundo y manso. Bajo aquel sol de bendición no tenía justificación posible tal aspecto de miedo” (p.300). Sin embargo, esas correcciones de que es objeto esta primera versión no se detienen ahí. Una nueva lectura de la misma se traduce en una segunda que es la que dará un giro total a la novela.

“Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche en que unas nubes bandoleras robaban estrellas” (p.311). Con estas palabras se inicia el tercer manuscrito de *La Mañosa*, un íncipit que señala el nuevo rumbo que tomará la novela en esta nueva versión y que será el camino definitivo. De esta tercera redacción sólo sobrevivieron 15 páginas, de las cuales los primeros

Hasta el mismo José Veras, jugador, pendenciero, bebedor y ladrón, se sentía tocado de luz y de virtudes, cuando sus labios irónicos decían, mientras el grueso índice señalaba la litografía:

—Ese sí e bueno, vale Juan.

***” (nota 236, pp.295-296)

²¹ La referencia real del general Macario estaba tan presente en Bosch que treinta años después, en “Palabras del autor para la tercera edición”, en 1966, se equivoca con el nombre: “El mismo jefe del movimiento armado, Fello *Nazarío* [itálicas, GPC], sería otra víctima de la fuerza que había desatado, puesto que su imagen de combatiente leal a ciertos principios debería quedar destruida al final” (p.453).

once episodios serán los dos primeros capítulos, con algunos cambios evidentemente, de la primera parte; y cuatro episodios (el primero aunque incompleto) del primer capítulo de la segunda parte. Todavía en esta redacción Bosch no había dividido la novela en capítulos y se servía de marcas para establecer elipsis de tipo espacio-temporales.

El simple hecho de iniciar la nueva redacción con el relato de la culebra que hace el viejo Dimas y cómo, junto a su hijo, le habían dado muerte al reptil, le imprime una trayectoria diferente a la narración que será muy distinta a la de la primera versión. No se trata ya del robo de la mula como el acontecimiento que perturba la tranquilidad de la familia de Juan, el narrador. La normalidad de la familia y de la acostumbrada tertulia de la prima noche es interrumpida, en esta versión, por el anuncio de un posible levantamiento armado. En medio de la historia de Dimas llega el alcalde y, al notarle cierta preocupación, Pepe le comenta que parece que andan ladrones por los alrededores, a lo que Dimas replica. “Ni tiznados ni nada. Están diciendo que de noche tirotean al pueblo” (p.315). Y luego, por invitación del dueño de la casa, prosigue su relato de la culebra. Contrariamente a la versión anterior, en ésta la revolución está presente desde el primer capítulo.

Aunque sólo se conservan los dos primeros capítulos de la primera parte no hay duda de que la novela ha experimentado un cambio importante. Entre la historia de Dimas y su hijo sobre la caza de la culebra se introduce, por medio de un cuento del mismo género que el del viejo, la manera cómo Pepe adquirió la casa en donde estaban contando esas historias.

Los siete episodios que en el manuscrito siguiente serán el segundo capítulo se constituye de relatos sobre el padre y la madre del narrador. Del padre proporciona detalles psicológicos que suprimirá luego, tal vez por ese criterio de la economía de palabras que le hemos visto aplicar en todo el

proceso de la escritura de la novela (*cf.* pp.319-320). La descripción de la madre, en cambio, sólo sufrirá algunas modificaciones, pero lo esencial permanecerá como la describió en la tercera redacción.

Es en el episodio seis (capítulo II del cuarto manuscrito y de la edición de 1936) que se introduce la Mañosa gracias a lo que Gérard Genette llama una analepsis completiva²²: “A Río Verde llegó padre un día con una mulita nuevecita, incapaz todavía para la brega de la recua. Era un animalillo vivo, nervioso, casi todo cabeza, que movía nerviosamente las orejitas y el rabo cuando le molestaba algún ruido” (p.321). Desde el momento mismo en que el animal aparece más tarde que la revolución es un hecho significativo en la novela pues esto indica un cambio fundamental con respecto a la versión precedente. La historia toma entonces un nuevo rumbo. En este estadio de la construcción de la novela nos podemos entonces aventurar a decir que ya Bosch había decidido que la misma se titularía *La Mañosa* y no es osado adelantar que también había agregado *la novela de las revoluciones*. Un título que figura explícitamente en el cuarto manuscrito, el que Bosch regalara tres años después, en 1939, a Isabel Freire y José Ferrer en Puerto Rico.

En los once primeros episodios del tercer manuscrito, que luego serán los dos primeros capítulos, se introduce un relato de la vida cotidiana de la casa del niño-narrador y que funcionará de manera iterativa en toda la novela: las tertulias y preparación del viaje de Pepe y su recua, que es al mismo tiempo el primero de la Mañosa.

De este primer viaje en la novela es importante poner de relieve que es la única vez que Bosch recupera, aunque algunas frases hayan sido mejoradas y ciertos nombres cambiados,

²² Genette la define como “toda evocación de un acontecimiento, anterior al punto de la historia donde uno se encuentra.” *Figures III*, Paris, Editions du Seuil, 1972, p.82. Trad. GPC.

un importante fragmento de la primera versión que había sido casi completamente descartado en la segunda: “Nosotros salimos también al patio, justamente al tiempo que el último mulo atravesaba el portal. Iba sobre él Mero, sombra oscura con reflejos claros. Gritaba con voz honda, honda; y hacía restallar el fuste que resonaba en la casa como tiro.

‘A la orilla del camino, mientras la luna rodaba y rodaba por aquellos montes tupidos, veíamos la recua alejarse al trote. Padre nos decía adiós, erguido en la Mañosa. Pero en la Encrucijada había árboles que llenaban de sombras el camino. Y la Encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, robándose a nuestro cariño” (p.326).²³

Hay una diferencia notoria entre el segundo y el tercer manuscrito en lo que concierne a la mula. Recordemos que en el segundo el animal hace su primer viaje después de haber sido robado por un cuatrero de la región. Desaparición que significa un acontecimiento importante en el seno de la familia. En la nueva versión, aunque no se trata del primero de la mula, el viaje se prepara y se realiza a pesar de que el alcalde había dicho que ya Monsito Luna se había alzado. En una palabra, que la revolución había comenzado de nuevo.

Ni Dimas ni Mero ejercen las mismas funciones en esta segunda versión de la novela. Dimas no es sólo quien inicia la narración con su historia de la culebra sino también uno de los que ayuda en los preparativos del viaje de Pepe. Mero, que ya no se llama —ni por error— Mongo, no es el personaje difuso que describe el narrador en la primera versión. Ahora tiene un pasado, una actividad definida y un origen: llevaba cierto tiempo trabajando con Pepe, desde que llegó la Mañosa a la casa estaba dedicado a su cuidado y había seguido a la

²³ *Cfr.* supra, nota 18.

familia cuando se trasladaron de Río Verde a El Pino. Del mismo modo tenemos a uno de los hijos del viejo Dimas figurando no sólo en la historia de la culebra sino también ayudando en la preparación de la recua (*cfr.* p.322). Poco después del viaje de Pepe, los hijos de Dimas van al pueblo a vender un tabaco de su padre y, como veremos en el manuscrito siguiente, se hacen reclutar por el gobierno.

Otro que cambia de función, aunque por el momento conserva su nombre, es Ñamará. Sólo tenemos (incompleto, vale precisar), el primer capítulo de la segunda parte, es cierto, pero este fragmento nos permite comprender, por el simple hecho de que ya la mula no es robada al inicio de la novela, como en la versión anterior, que no estamos frente al mismo personaje. No importa que esté en la casa aún convaleciente de la herida que recibió en combate, como en la primera versión. Ya no es aquel que había dicho a Pepe dónde podía encontrar a la mula robada. Ahora es el personaje que, con sus historias de aparecidos y monterías, inicia la segunda parte de la novela; el que, a pesar de su estado, saldrá a buscar el caballo del general en medio de una noche lluviosa. Un hecho que proyecta el rumbo que tomará la historia a partir de la llegada del emisario del general en busca del caballo. Hasta este acontecimiento era evidente que, después de la derrota de los alzados, reinaba la paz. Cuando el recién llegado interrumpe la historia de Ñamará y dice que vino a buscar el rosillo del general Macario, Pepe se exclama: “Otra vez estos líos, otra vez...” (p.332).

La llegada del emisario del general conlleva, pues, al inicio de una segunda parte que dará pie al relato de una nueva revolución. Este fragmento confirma que la obra ha sufrido un cambio radical en el que varios personajes e incluso la mula están llamados a completar funciones que en la versión anterior habían quedado inconclusas. En las pocas páginas

que se salvaron de esta versión bisagra de *La Mañosa* se observan claramente esas definiciones de algunos personajes mencionados más arriba, de igual manera cierta coherencia en la onomástica de los mismos, aunque Ñamará no se llame aún Momón. Algo relevante es que ninguno de los demás animales de la recua tiene nombre si exceptuamos a la Mañosa.

Pero la historia no puede cambiar sin que en ella se opere un minucioso trabajo en la escritura. En esas quince hojas dactilografiadas que componen este fragmento del tercer manuscrito, Bosch interviene en unas 60 ocasiones. Consciente de que la historia de esos años de su niñez se sitúa en una época anterior procede entonces a trabajar, de manera sistemática, los tiempos verbales dándole un papel más importante al pretérito (imperfecto y perfecto), tanto en la narración como en los comentarios de los diálogos (*cfr.* notas 6, 7 y 8, p.311). Asimismo continúa con su método de evitar palabras, frases y párrafos de más, como había hecho en la primera versión²⁴.

A la luz de esta versión no nos puede sorprender el cuarto manuscrito (conservado completo), que toma, si no fuera por las diferencias que lo separan de la edición de 1936, aspecto de versión definitiva. Es en esta cuarta redacción que verificamos esos grandes cambios que ya se vislumbraban en el fragmento que constituye el tercer manuscrito encontrado en casa de los padres de Mario Sánchez Guzmán. La fusión de las dos partes del segundo manuscrito es la que constituye la primera parte de la segunda y más acabada versión.

²⁴ “Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros, subía las lomas distantes de Cortadera y Pedregal, *bajaba por el otro lado, después de haber estado buen rato corretea* por los firmes...” (nota 11, p.312).

“Taita, no tenemos ni una yagua y ahí nada más hay varejones *viejos* podridos”... “*Mi hijo —le dije—. Vale más pasar una noche mala que no amanecer vivo.*” *Y como Dios nos ayudó nos encaramamos en la cumbre* (nota 23, p.313). Todo cuanto aparece en itálicas en estos ejemplos fue suprimido del texto.

Este nuevo texto experimenta cambios tan importantes que le dan sentido a la novela con respecto a la idea desarrollada en su etapa inicial. Si no fuera por tantos elementos comunes entre los manuscritos se hubiera podido llegar a pensar que Bosch se había decidido por contar otra historia.

Recordemos que en los dos primeros manuscritos la mula, no importa que se llamara Melada o Mañosa, no aparece como víctima de la revolución, aunque le fuera prestada al general Nazario (luego Fello Macario), como sucede en la segunda versión, verbigracia el cuarto manuscrito. Tampoco la revolución se vislumbra en tanto eje central de la novela. En la lectura crítica que hace Bosch de la primera versión es cuando toma la decisión de reestructurar su obra y hacer de la Mañosa, como de todos los personajes del relato, una víctima de la revuelta armada.

En el cuarto manuscrito, excepto en tres ocasiones en que el general Macario es llamado aún Nazario, la coherencia onomástica de la novela está resuelta. Ya no aparecen más los nombres Ñamará, Mongo ni Tentico Luna; Momón, Mero y Monsito Peña, respectivamente, los han reemplazado. En lo que concierne a la función de personajes como Dimas, Mero y Momón, cuya transformación se esboza en el tercer manuscrito, aunque quede completamente establecida en el cuarto. De modo que Dimas no roba el revólver de Pepe (que en el forcejeo casi lo mata), Mero forma parte de la casa y se encarga de la Mañosa y Momón no es aquel (Ñamará), que en el proyecto inicial dice dónde Pepe podía encontrar a la mula (*cfr.* p.203). En la segunda versión es un revolucionario que llega herido a la casa y el que, al inicio de la segunda parte del cuarto manuscrito, muere luego de haber salido a buscar el caballo del general Macario.

Es también necesario señalar que, en esta nueva redacción de *La Mañosa*, las referencias a líderes militares de la

región desaparecen completamente al cambiar los nombres de los generales Suardí y Luna, ardid que le abre a la obra nuevos horizontes.

Es evidente que, por el trabajo realizado por Bosch en la versión que llevó consigo a Puerto Rico, hizo un gran trabajo de corrección en el mismo. Si no fuera por la gran diferencia que existe con la edición publicada se hubiera podido tomar como un ejemplar idéntico al que entregó a los tipógrafos de la imprenta El Diario de Santiago poco antes de la Semana Santa de 1936. Para muestra: “Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche en que unas nubes pardas se entretenían en tragar estrellas:” (p.337). En la versión publicada en junio de 1936 marca cierta diferencia: “Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche agujereada de estrellas:” (*op. cit.*, p.9). Más adelante veremos en detalle las variantes que hay entre el manuscrito que Bosch llevó en su equipaje a Puerto Rico y el que sirvió para componer la edición publicada. Por el momento tomemos algunos casos de correcciones gramaticales y de estilo, por ejemplo, que el autor aplica a esta versión casi definitiva de su obra.

Es de rigor hacer notar que de los manuscritos que se conservan, el cuarto es el que tiene características de terminado. Es el único que tiene página de título en el que figura, además del nombre del autor y de la fecha (1936), así como títulos en las dos partes en que está dividida la novela: “Revolución” y “Los vencedores”. De las 66 páginas que integran el manuscrito, la pluma revisora de Bosch interviene en por los menos 53 oportunidades.

Es en este estadio de la escritura de *La Mañosa* que el autor se decide por dividir su obra en capítulos y procede, a mano y con tinta, a numerarlos. En esta acción, tal vez por descuido, al denominar el capítulo XIV escribe “XVI”. El error persiste hasta el final. La numeración no toma en cuenta la segunda

parte y sigue corrida hasta el XIX. Ahora bien, si corregimos el error ya mencionado, esta versión de la novela sólo tiene XVII capítulos.

Así como en la primera versión, notamos aquí un interés del autor por lo escueto, por suprimir todo cuanto le resultara redundante y que pudiera disminuir el ritmo de la acción: “Parecía alegre, aunque apenas le podíamos distinguir la cara; *que aquella fresca madrugada nos disfrazaba de negro*; pero...” (p. 351). Las itálicas representan lo que fue suprimido por Bosch buscando un relato más escueto y, por qué no, menos lírico. De igual manera trata de reemplazar palabras que considera impropias o adjetivos que no aportan nada al relato y por tal razón innecesarios. Inserta divisiones de episodios y corrige, en dos oportunidades, el nombre del general Nazario que se le escapa después de haberle llamado Macario. En este afán por mejorar su obra comienza, aunque con cierta timidez aún, a cambiar el habla campesina dominicana por un español menos localista.

Una mutilación que muestra el rigor de Bosch en la corrección de su obra es la que suprime la leyenda que rodeaba al general Macario: “Decían también que él solo, por la única fuerza de su hombría recorrió en una noche las lomas que circundan al Bonaó y amaneció al otro día con una tropa formidable que se metía al poblado para obligar a la gente del gobierno a que dejaran en libertad una mujer que mató heroicamente al asesino de su padre; y que no pudiendo conseguir la libertad de aquellos comandantes estúpidos y crueles, entró solo hasta las mismas puertas de la Comandancia de Armas, desfundó el revólver y dijo estas palabras terribles en un hombre de su medida: ‘O la sueltan ahora mismo o me pego un tiro aquí, sin moverme de este caballo. Si mi gente saben que he muerto, arrazarán [*sic*] el Bonaó entero y no quedará piedra sobre piedra.’ Retornó con la muchacha montada y

él a pié y como su gente, enardecida, quisiera pleito, la dispersó a tiros limpios y se metió en su casa como si volviera de la pulpería de la esquina” (nota 15, p.380). Esta supresión se opera, podríamos decir, porque más adelante, en la segunda parte, el hombre que junto a su familia se detiene en casa del narrador daría una versión sobre cómo se hizo el general Fello Macario. Su valor y arrojo es cantado incluso en merengues.

Para llegar a la versión definitiva, Bosch corrigió sin miramientos varias veces su obra hasta encontrar el camino que le permitiera contar la guerra civil a través de una familia y de los campesinos que trabajaban con ella así como los que les visitaban y de una mula que, como todos, se convierte también en víctima de la revolución.

Los avatares de La Mañosa

La vocación de cambios en *La Mañosa*, como hemos visto, se opera desde el manuscrito más antiguo que se conserva del texto. La Mañosa, el nombre de la mula, aparece abruptamente al final del quinto episodio de la segunda parte de la primera redacción de la obra: “Mongo entonces aprobó. Padre le dejó unas monedas al hombre. Apenas habían los animales comido, y a La Mañosa le empezaban a apuntar los huesos de las ancas. Papá esperaba tirarla en el potrero esa misma noche... ¡Ni los ríos desbordados hubieran conseguido detenerle!” (p.227). Hasta ese momento se llamaba la Melada.

Este cambio de nombre es significativo pues, además de que concierne directamente al título, hace suponer una relación más estrecha entre la mula y las revoluciones. El adjetivo sustantivado “Melada”, cuya significación no va más allá de la descripción del animal, pasa a ser otro también sustantivado “Mañosa”. El calificativo utilizado para referirse al mulo Grande

(“...porque el Grande era un mulo demasiado mañoso...” p.201). Mañoso o mañosa es una de las características que se les atribuye a estos híbridos y que el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, entre otras acepciones, define como al que tiene “maña”, es decir, que tiene “vicio o mala costumbre”. Denominar a la mula Mañosa tiene en la novela una significación capital, porque ese nombre está estrechamente relacionado con las revoluciones, el eje central de la novela.

El cambio de nombre del animal es tan importante en la obra que el mismo genera una segunda versión que tomará el rumbo definitivo que la llevará a la versión publicada en 1936, pero igualmente experimentará un cambio radical con respecto a los dos manuscritos que constituyen la primera. Del mismo modo, tan pronto la mula cambia de nombre y adquiere una función de símbolo en la obra, ningún otro animal tiene nombre propio. Más aún, los mulos Grande y Blanca²⁵, por ejemplo, desaparecen de la segunda versión, dejando el terreno únicamente a la Mañosa. En el proyecto inicial, vale recordar, la mula es robada y recuperada al principio gracias a la intervención de un desconocido que luego (en el segundo manuscrito completo) llegará herido a la casa del narrador y al final Pepe se la presta al general revolucionario.

La relación de la Mañosa con la revolución es más estrecha a partir del tercer manuscrito, primera redacción de la segunda versión, cuando Pepe, el padre del narrador, se la presta al general Nazario Suardí (Fello Macario en la definitiva). El vínculo de la mula con la revolución en la primera versión, al margen de que es prestada al general, está menos definido. No importa que haya servido de montura al jefe rebelde y

²⁵ “El mulo Grande pretendió morder a la Blanca, y papá gritó más alto, mientras le sujetaba por el barbuquejo” (p.212).

que este acontecimiento haga de ella un instrumento de la revolución y, en última instancia, una víctima de la misma. El cambio se opera probablemente (digo “probablemente” porque se trata de un fragmento) en el tercer manuscrito y de manera evidente en el cuarto en donde juega el papel que mantendrá hasta la edición de 1936: la mula, como todos los personajes de la novela, deviene una víctima de la revolución. “*La Mañosa*”, escribe Bosch, “fue un título simbólico. La mula de silla de papá se llamó La Melada. En la obra se llama La Mañosa porque nuestras llamadas revoluciones de aquellos tiempos eran una maña nacional, la versión tumultuosa y populachera y sangrienta de lo que después de 1930 serían los ya clásicos golpes de Estado latinoamericanos”²⁶. De manera que cuando la Melada cambia de nombre y asume un rol más importante, la obra también está condenada, como hemos dicho, a cambiar de plan y tomar otros derroteros.

Cambiarle el nombre a Mero, quien originalmente se llamaba Mongo al inicio de la primera versión, no altera su función en el texto. Su nombre no está relacionado con la acción como sucede con el de la mula. De manera que cuando, en la segunda redacción, se le vuelve a llamar Mongo, por descuido en la pasada en limpio y en las correcciones manuscritas del texto, tampoco altera su función en el relato. Es en el tercer manuscrito que Mero se establece definitivamente como nombre. Si comparamos sus características en la primera versión con las de la versión definitiva nos damos cuenta de que es el mismo, pero con la diferencia de que a partir de la segunda versión forma parte de la casa de la familia del narrador. En la primera su descripción es difusa a tal grado que el niño-narrador no parece recordarlo: “Aquel hombre, si no me equivoco,

²⁶ p.454.

se llamaba Mero. Nada más lo recuerdo como una cosa alta, ancha, increíblemente fuerte y lenta. Cuando quiero precisar su cara la veo tan solo como una mancha de leva color azul, con sombrero de fieltro negro. Sin embargo, no olvido los ojos de Mero: eran tan tranquilos; daban tal impresión de vastedad, así, negros y de brillo parecido al de los machetes nuevos, que mi recuerdo se ahoga en ellos, lentamente, como quien se va hundiendo en el agua oscura y espesa de un pantano viejo.”²⁷ Este personaje en los manuscritos tercero y cuarto, así como en la versión definitiva, ya no es ese hombre casi desconocido que el narrador veía cuando salía con su padre “de madrugada, o cuando volvía, casi siempre de noche.” Ahora adquiere más importancia en la casa y su presencia no es difusa como hemos visto, sino más bien necesaria por su apego a la Mañosa y, sobre todo, por la importancia que adquiere el animal desde el tercer manuscrito en la obra. Su función en la historia está estrechamente relacionada con la mula: “Para el tiempo”²⁸ en que llegamos al Pino la Mañosa era ya imprescindible. En ella hacía padre los viajes de negocios y los viajes veloces al pueblo, en busca de medicinas, de ropas o de cartas. Mero, que había dejado Río Verde para seguirnos, la quería entrañablemente. Anduvo enamorado por el Pino Arriba, lo que lo alejaba de las tertulias en la cocina; pero confesaba que entre comprarle creolina al animal o esencia a la novia, prefería lo primero si el dinero no le alcanzaba

²⁷ Y completa la descripción: “Pues bien: Mero acompañaba a papá en sus viajes, y yo recuerdo su rostro como una mancha azul porque le veía nada más cuando salía con él, de madrugada, o cuando volvía, casi siempre de noche. Pero Mero vino ese día. Yo asomaba la cabeza por el hombro de padre. Observaba las arrugas que la brisa hacía en su blanca camisa. Detrás venía Mero, tan sólido, tan ancho. Recuerdo que su machete se mecía al compás de su paso” (p.208).

²⁸ “Para el tiempo en que llegamos...”, reemplaza “Cuando llegamos...” del tercer manuscrito. Este cambio no sufrirá ninguna alteración en lo sucesivo.

para las dos cosas” (p.22). También hay que resaltar, como era de esperarse, que desde la segunda versión su personalidad es igualmente más desarrollada que en la anterior y, a partir de entonces, participa en las tertulias de la casa que sirven al joven narrador para enterarse de todo cuanto sucedía en la región.

En cambio, Ñamará, el de las primeras redacciones, cambia de función desde la tercera y se llamará Momón en el cuarto manuscrito. En la segunda versión no es más que una víctima de esas guerras intestinas que dominaron la infancia del narrador. De su papel original de portador de buenas noticias tras el robo de la Mañosa y de combatiente herido al final de la primera versión, sólo se mantiene la de combatiente y es, como todos en la novela, víctima de la revolución.

El viejo Dimas es un ejemplo interesante de personaje que no cambia de nombre pero sí de función. En el segundo manuscrito (y por las supresiones del primero que aparecen en éste), perturbado por el reclutamiento forzado de sus hijos, Dimas le robó el revólver que Pepe había comprado en 50 pesos en uno de sus viajes: “Se le fue encima, con ánimos de tirarle al suelo; pero el viejo había decidido quedarse con el arma. Cuando José corrió sobre él agarrotó el dedo en el gatillo y disparó. Padre sintió la bala rozarle la camisa. Por el recodo que hacía el Yaquecillo al meterse en el monte se escapó Dimas” (p.298). Desde el tercer manuscrito hasta el que sirvió de base a la edición de 1936, Dimas inicia la novela con su historia de la culebra y luego seguirá siendo el asiduo visitante de la casa del narrador. Siempre estará disgustado con el gobierno porque, además de que no le simpatizaba, le había forzado a sus hijos a enrolarse en el ejército. Unos muchachos hasta entonces reconocidos por su fama de trabajadores.

En el manuscrito completo de Puerto Rico (el cuarto), así como en la versión definitiva, los hijos de Dimas se convierten también en víctimas de la revolución. Uno había permanecido con el gobierno y el otro había vuelto convertido en un beodo, una vergüenza para su padre: “¡Esto es lo que me devuelven, un borracho!” (p.156).

José Veras, con la diferencia de que en la segunda redacción cuenta con 50 años y no los 40 de la primera, es de edad imprecisa en el cuarto manuscrito y en la edición definitiva de la novela. Esta modificación sirve al relato para hacer verosímiles sus hazañas. Pero siempre será, a pesar de su fama de rufián, el mismo personaje: “¡José Veras! Ladrón, haragán, valiente, simpático, dueño de una vida aventurera y atrayente, recalaba en casa después de algunos meses de ausencia. Se había criado en Río Verde y veneraba a mi abuelo” (p.58).

¿Novela autobiográfica?

Aunque Bosch expresa que su novela no es autobiográfica reconoce sin embargo, en “Palabras del autor para la tercera edición”, que hay en ella “muchos detalles autobiográficos: los nombres del padre, de la madre, de los dos niños y de José Veras son auténticos; José Veras fue como se dice en el libro; la casa existió en El Pino, y en esa casa fue curado José Veras de la herida de machete que le infirieron por fechorías antiguas de José; papá tuvo negocios de recua y su mula de silla fue robada por un cuatrero de los lados de Bonaó. Con esos datos se agota lo que hay de autobiográfico en la novela.”²⁹

Juan Bosch tiene razón, la obra está llena de referencias al mundo de su infancia: “En Haití puso papá un comercio; y teníamos allí en el comercio un señor dominicano que se

²⁹ p.454.

llamaba Pablo Morillo [*en la novela tiene recuas*, GPC], de aquí de Moca, que vivía en la misma casa con nosotros y trabajaba como dependiente del comercio; y todas las noches don Pablo me sentaba en sus rodillas y me contaba cuentos. Lo mismo hacían allá en Río Verde el pobre Niño, al que mataron de una puñalada [*Ñamará en los dos primeros manuscritos y luego Momón en 1936*, GPC] en un riñón, el viejo Dimas y tantos campesinos de esos que se sentaban a contar cuentos, especialmente cuando anochecía.”³⁰ Pero esos efectos de lo real³¹ son más transparentes en la primera versión de *La Mañosa* que a partir de la segunda así como en la primera edición y en las sucesivas de 1940, 1941, 1966, 1974 y 1976.

Si tomamos en cuenta las palabras de Bosch en la edición de 1966 observamos que los dos primeros manuscritos se inician con el robo del simbólico animal por un cuatrero de Bonaó. Tal y como la referencia real. Pero también hay otro episodio, común a las dos primeras redacciones, cuya referencia también es real: la madre de Bosch tenía presentimientos. Por ejemplo, antes de que el desconocido proporcionara las pistas necesarias para la recuperación de la mula, Pepito le dice a Juan: “Mamá soñó anoche que un hombre le dijo donde taba la Melá” (pp.201 y 247).

³⁰ ROSARIO CANDELIER, Bruno, *op. cit.* pp.85-86.

³¹ “La resistencia de lo ‘real’ (bajo su forma escrita, evidentemente), en la estructura, está muy limitada en el relato ficticio, construido por definición sobre un modelo que, para las grandes líneas, no tiene otras obligaciones que las de lo inteligible; pero ese mismo ‘real’ se convierte en la referencia esencial en el relato histórico, que está supuesto a hacer la relación de ‘lo que pasó realmente’: qué importa entonces la infuncionabilidad de un detalle, desde el momento que él denota ‘lo que tuvo lugar’: lo ‘real concreto’ se convierte en la justificación suficiente del decir” BARTHES, Roland, “L’effet de réel” (trad. GPC), en *Communication 11*, París, Editions du Seuil, 1968, p. 87.

Su madre, al decir de Bosch, “era una mujer que tenía unas condiciones verdaderamente excepcionales. Por ejemplo una vez, ella le dijo a papá: ‘Ay, Pepe, está pasando una desgracia muy grande en un país que queda hacia allá, pero lejos’, y señaló hacia el Oeste, pero muy lejos. Papá que conocía a mamá se fue al Cable-Francés de La Vega, el que comunicaba a estos países del Caribe con Europa, y cuando volvió, lo recuerdo muy bien porque era la primera vez que escuchaba la palabra Guatemala, le dijo: ‘Ángela, el lugar donde ha ocurrido esa desgracia que tú me hablaste, es un país llamado Guatemala. Allí ha habido un terremoto y han muerto miles de personas’. Eso lo recuerdo vivamente.” Y agrega: “Hay algo que no conté en la novela *La Mañosa* [en la versión definitiva, GPC]. A la Mañosa, la mula, se la robaron (como figura en la novela). Lo que no cuento, porque no me atrevía a contar esas cosas, es que un día salimos de la habitación mamá y yo de la mano (eso era en Río Verde de donde había desaparecido la Mañosa [*Melada, como se llamaba en realidad la mula*, GPC]). La casa, que daba al camino real, era una casa grande de madera, cuya parte delantera era una sola habitación grande, larga, donde se guardaban las cosas que papá traía de la Capital o que iba a llevar en la recua: los sacos de sal, de azúcar, etc. Esa casa tenía por lo menos el piso a medio metro de la tierra, y en esa entrada había un hombre que tenía un pie puesto en el quicio de la puerta y mamá, cuando lo vio, ella me tenía agarrado del brazo, se volvió y dijo: ‘Pepe, ven que en la puerta hay un hombre que viene a decirte dónde está la Mañosa’. ¡Cómo era ese caso, cómo era comprensible todo eso!”³²

Desde el tercer manuscrito el hoy célebre animal ya no se llama, ni siquiera por error, *Melada*, como podemos recordar, ni la roban de la casa de El Pino ni de Río Verde, para

³² PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch*, op. cit.

convertirse, como todos los personajes, en víctima de la revolución. Esto queda aún más claro en el cuarto manuscrito, pues a quien se la roban es al general Macario. Pero a diferencia de los primeros manuscritos, vuelve a la casa enferma de culebrilla. Del mismo modo, para abundar en las referencias autobiográficas del autor, en las dos primeras redacciones el narrador, al evocar el robo de la mula, hace alusión a Paquito: “Las patas de la mula dibujaron sobre la tierra adolorida el mapa de nuestro pasable vivir. Y padre se veía ahora sin ella, sin la ayuda generosa de aquel animal que se crió en casa y que estrenó con su lomo lustroso y medio arqueado, el primer anhelo de ginete [*sic*] de cada hijo, hasta el de aquel que se llamó Paquito, muerto cuando empezaba a sentir en su corazón las raíces de los primeros amores por las cosas y la tierra” (pp.200 y 246). Con esa alusión al hijo muerto a destiempo tenemos una idea del dolor del padre cuando se roban la mula. Eso mismo dice Bosch de su padre cuando perdió a dos de sus hijos: “La muerte de mis dos hermanos [*Paquito y Ana*] fue verdaderamente un acontecimiento muy duro para todos nosotros. Mi padre encaneció tal vez en dos meses o tres meses, pero el caso es que él no tenía una cana. [...]. Mi madre no se consoló nunca de la muerte de esos hijos.”³³

Sin embargo, está claro que el uso de referencias reales tan evidentes no hace de la obra una novela autobiográfica, como tampoco el hecho de que el narrador se llame Juan como el autor ni que la voz narrativa sea la primera. Ahora bien, ¿qué función tienen todas esas referencias a la vida íntima de la familia Bosch en la novela? Ya el autor había dicho que quería mostrarle a sus amigos de La Cueva lo que era el país en los años de su infancia. Sobre esto no hay nada

³³ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch, op. cit.*

que agregar. Pero ese pudor tiene sus límites, pues en el tercer manuscrito introduce intimidades que conciernen directamente al niño-narrador, una suerte de picada de ojo, si se quiere, en su vida de adulto: “Yo quería entrañablemente a mi padre, porque a ser sincero, tenía por mí marcada predilección. *Decía que yo haría carrera* [itálicas GPC] y sufría hasta lo indecible cuando enfermaba. De los dulces, trajecitos, zapatos, sombreritos o juguetes que nos traía al volver de cada viaje, lo mejor era para mí. Nunca hería a Pepito, no; pero mi hermano tenía predilección por cosas distintas: por ejemplo, reventaba de gozo si papá le traía cornetas, sables o tambores, cosas que yo detestaba; mis grandes placeres me los producían una pizarra, un lápiz, un libro con láminas...” (p.320, un texto que mantiene en la edición definitiva, aunque con ciertas variantes, *cfr.* p.19).

No sólo los nombres, como explica en la tercera edición de *La Mañosa*, tienen una estrecha relación con la realidad, en el tercer manuscrito tenemos un relato que concierne a la familia del narrador que corresponde exactamente a la propia familia del autor: “Antes habíamos sufrido largo; es decir, si era sufrir aquello de vivir en perenne huída, de día y noche, amasando la oscuridad y el lodo de los caminos reales, ya sobre la frontera, ya cruzándola, volviendo y saliendo. Dos veces estuvimos refugiados en las lomas, mientras la tierra se quemaba al cruce de soldados ardidos. Extrangero [*sic*] padre, extrangera [*sic*] madre, ignoraban que en estas tierras mozas de América hay que vivir cavando un hoyo y pregonar a voces que es la propia sepultura. Altivos, trabajadores y emprendedores, el éxito le sonreía en toda empresa. Llegaba la revolución en triunfos y los perseguía; entraba vencedor el gobierno, y los perseguía. Cansados, caíamos en Río Verde, donde mi abuelo había echado raíces y florecía como árbol de tierra criolla. Hombre de pocas palabras, de largo trabajo,

de arrogante estampa, alto, oscuro, imponente, abuelo se hizo en pocos años patriarca del lugar. A su amparo empezó para nosotros la paz anhelada, o lo que es lo mismo, podía papá echarse por esos caminos de Dios en busca del sustento, mientras nosotros permanecíamos en casa. Padre levantó una recua y con ella llegaba a los confines del país. Se iba cargado de andullos, de maíz, de tabaco, de cacao, y retornaba con lienzos, jabón, azúcar...” (pp.320-321 y que conserva en la edición definitiva, p.20).

Sin embargo, todos esos datos autobiográficos, en medio de la ficción, sólo tratan de asegurarse de lo que busca, como sostiene Friedrich Spielhagen, toda novela a la primera persona: “Desde el comienzo hasta el final, la novela a la primera persona es una lucha por la autenticidad”³⁴. De todos modos, toda novela es ficción por más referencia y efecto de lo real que pueda generar el texto. “Los personajes desempeñan un papel;” formula Margaret MacDonald, “los seres humanos viven su vida. Un personaje como cualquier otro elemento puramente funcional, se reduce a su papel en el relato”³⁵.

Los acontecimientos históricos, en cambio, de República Dominicana de principios de siglo XX, telón de fondo de *La Mañosa*, no parecen preocuparle tanto a Bosch como los hechos que se refieren a su historia personal o a la de su familia, como manifiesta, con mucho pudor, en sus palabras para la tercera edición. Es ese pudor que le conduce a eliminar casi todas las alusiones a la intimidad personal y familiar evocadas en las dos primeras redacciones, transformándolas en hechos

³⁴ SPIELHAGEN, Friedrich citado por GLOWINSKI, Michal, “Sur le roman à la première personne” (trad.GPC), en *Esthétique et poétique: textes réunis et présentés par Gérard Genette*, Paris, Editions du Seuil, 1992 (Collection Point. Essais 249), p.240.

³⁵ MACDONALD, Margaret, “Le langage de la fiction” (trad.GPC), en *Esthétique et poétique: textes réunis et présentés par Gérard Genette*, op. cit. p.220.

que pudieran de alguna manera despistar al lector. Cuando cambia los nombres de los generales y caudillos de la región da la clave de sus referencias históricas por textos interpuestos³⁶. Los generales Nazario Suardí y Vicentico —Tentico— Luna se convierten en Fello Macario y Monsito Peña (aunque éste, en el tercer manuscrito, se le llame aún Monsito Luna³⁷); Demetrio Rodríguez desaparece y su lugar lo ocupa el gobierno. En el cuarto manuscrito y en la edición definitiva de 1936, así como en las publicaciones sucesivas de la novela revisadas por Bosch sólo sobreviven los nombres de Macario y Peña como jefes de esas revoluciones.

Los nombres ficticios de los generales Suardí y Luna adoptados en el tercer manuscrito y en los dos que preceden a la publicación de la novela por la imprenta El Diario abren la dimensión de los personajes y al mismo tiempo le permite al autor atribuir, en la novela, a Macario cosas de Luna como, por ejemplo, la razón por la que se convirtió en rebelde al gobierno: “Empezaron a hablar de Fello Macario. El hombre dijo que le conocía desde hacía años; contó su historia a retazos, explicando que había sido persona mansa y de trabajo hasta un día en que una tropa le hendió la vida fusilándole un hermano. El hermano aparecía como gente distinguida, seria y apreciable; teníanle en gran respeto por su lugar, y apuntaba hacerse de prestigio que a la postre podía resultar peligroso para un gobierno desordenado. Algún enemigo le preparó nasa y cayó en ella. Fello Macario le vio partir, amarrado sobre un caballo, precedido y seguido por

³⁶ En 1935, en la misma época en que redactaba *La Mañosa*, Bosch publicó en *Baboruco, semanario ilustrado*, tres romances que cuentan las hazañas de los generales Nazario Suardí, Vicentico Luna y Demetrio Rodríguez (cfr. BOSCH Juan, *Textos culturales y literarios*, Santo Domingo, Ed. Alfa y Omega, 1988, pp.254-257 y 260-263).

³⁷ Cfr. p.325.

soldados sanguinarios. Se abrazaron y el menor juró vengarle, si le sucedía algo. Y le sucedió. Suerte fué que pudiera encontrar su tumba, entre un monte cerrado, medio hoyada ya por los jíbaros y los cerdos cimarrones. Frente a la tierra blanda que cubría los huesos del hermano, Fello Macario lloró en silencio. Después... Después se hizo sentir el hombre. Acechó su oportunidad, y un día, cuando la gente del pueblo murmuraba no sé de qué injusticia, Fello Macario montó, se armó de revólver, visitó bohíos, comprometió gente y bajó de las lomas al frente de un centenar de hombres; sitió el pueblo, puso plazo a las fuerzas para que se rindieran, desafió al comandante de armas a matarse delante de sus tropas respectivas... Cuando pudieron darse cuenta, había florecido un nuevo general sobre el estercolero de una injusticia: el general Fello Macario. Como una llama voraz, su prestigio cundió en todo sitio, llenó el Cibao, colmó los confines del país. Se le reconocían valor, nobleza, entereza, dignidad. Se abrazaba a toda causa que contara con el favor de los humildes, y aunque no sabía realizarlas, las hacía triunfar en el campo de las armas” (pp.149-150).

En el “Romance de Vicentico de Luna” su historia tiene una estrecha relación con lo que cuenta en casa del narrador el visitante que huía de la revolución a propósito del general Macario: “Tentico de Luna tiene/ Risa de huesa madura;/ Toda la cara quemada/ Los negros ojos le alumbran./ Al padre lo fusilaron/ En noche de amarga angustia;/ Sobre su niñez cavaron/ La crueldad de aquella tumba,/ Tentico le puso cruz/ Bajo un retazo de luna”³⁸. Se produce la intertextualidad con la variante de que Fello Macario no tenía fama de cruel como la que siempre acompañó (en todas las versiones) a Tentico Luna, alias Monsito Peña.

³⁸ BOSCH Juan, *Textos culturales y literarios, op. cit.*, p.262.

Demetrio Rodríguez desaparece en la segunda versión y es reemplazado simplemente por el gobierno, pero por el que presidía Juan Isidro Jimenes, el líder del Partido bolo, pues la familia del narrador, así como todos los que frecuentaban su casa tenían simpatías por los bolos y por sus generales (incluso por el cruel y despiadado Monsito Peña). Estas explicaciones sobre los caudillos de entonces, como señalamos antes, fueron suprimidas en el segundo manuscrito simplemente con la finalidad de liberar la novela de una referencia real demasiado presente. Sólo cuando se tiene acceso a las dos primeras redacciones podemos saber hacia cuál líder político de la infancia de Bosch se inclinaban las simpatías de los que frecuentaban la casa del narrador y su familia. Al eliminar esas alusiones directas todos se inclinan por los revolucionarios, aunque tengan ciertas reservas sobre el denominado Monsito Peña. En el cuarto manuscrito (aunque ya anunciado en el tercero), los principales líderes nacionales pierden incidencia y con este hecho la obra toma una mayor dimensión.

Años después, en su ensayo *Las dictaduras dominicanas*, Juan Bosch explica las tendencias partidistas de la República Dominicana en la época en que se desarrollaban los hechos de la novela y lo que éstas significaron en la historia dominicana: “Horacio Vásquez tuvo que retirarse a Santiago, desde allí renunció a la presidencia y salió del país para irse a vivir a Santiago de Cuba acompañado por varios de los que estuvieron a su lado desde los días de la muerte de Heureaux. Esos acompañantes, que se llamaban ya entre sí horacistas o partidarios del ex presidente, fueron el núcleo primerizo de un partido caudillista que se llamaría horacista y también rabú o coludo porque el símbolo de ese partido fue un gallo de pelea de larga cola, y como también se formó un grupo de adherentes a Jimenes que se llamaron jimenistas, el partido que ellos formaron acabó usando el nombre de jimenista o bolo porque

su símbolo fue otro gallo de pelea, pero sin cola, una especie de esa ave que desapareció en el país desde hace por lo menos cuarenta años”. Y a renglón seguido añade: “En el aspecto político no había la menor diferencia entre los rabuses y los bolos. La única diferencia era que los primeros tenían por jefe a Horacio Vásquez y los segundos a Juan Isidro Jimenes; eran, pues, dos corrientes políticas opuestas por razones personales, no de doctrina o ideología. El origen de la animosidad de los unos contra los otros estaba en el enorme atraso político que le correspondía a un pueblo de enorme atraso económico y social debido al hecho de que en el orden social no estaba organizado según lo mandaba su organización económica, y el resultado de su atraso era el desorden general; un desorden que durante diecinueve años mantuvo bajo control la autoridad militar y la capacidad política de Ulises Heureaux, que inició esos años actuando como ministro de la Guerra en el gobierno del padre Meriño”³⁹.

Las alusiones a Juan Isidro Jimenes desaparecen casi por completo en el segundo manuscrito. Sólo una mención del líder político sobrevive en la segunda redacción de la primera versión a la pluma de Juan Bosch y, así como cambia los nombres de los generales bolos en el cuarto manuscrito y en la versión definitiva, suprime completamente los nombres reales que aparecen, al margen de su familia y de algunos de los que visitaban con frecuencia la casa, en la obra publicada. Lo que no impide que Bosch, en *La Mañosa*, como dice Henry James en *El arte de la novela*, tenga por momentos “un tono de historiador”⁴⁰.

³⁹ BOSCH, Juan, *Las dictaduras dominicanas*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1988, pp. 69-70.

⁴⁰ “El contenido de la novela se encuentra acumulado igualmente en los archivos y en los documentos, y sin que se le vaya la lengua, como dicen en California, tendrá que hablar con seguridad, con un tono de historiador.” JAMES, Henry, *L'art du roman* (trad.GPC), Paris Ed. Klincksieck, 1979, p.19.

¿Cómo atar los cabos sueltos?

La primera versión de *La Mañosa* la constituyen los dos manuscritos iniciales. Únicamente se diferencia uno de otro por correcciones formales de tipo gramatical y otras de estilo. Al tiempo que en el segundo manuscrito Bosch corrige errores gramaticales y de máquina, como suele decirse, introduce en la narración el uso del pretérito (perfecto, imperfecto así como sus respectivos compuestos y concordancias), para situar al narrador en una época posterior a los hechos que relata; igualmente se observa en esta segunda redacción una tendencia a disminuir el localismo en el habla de los campesinos de la región. En el aspecto formal, suprime ciertos episodios y fusiona otros para evitar redundancia y elipsis inútiles. Sin embargo, ningunos de esos cambios que experimenta la primera redacción en el segundo manuscrito aporta los elementos necesarios que nos hagan suponer que se trata de una nueva versión. Ambos textos forman parte de un mismo proyecto.

El segundo manuscrito no es más que una pasada en limpio del primero. Se trata pues, hasta ese momento, de la primera versión completa de la novela que se inicia con el robo y recuperación de la mula y termina con el préstamo de la misma al general revolucionario llamado, en ese momento, Nazario Suardí. Todo esto pasando por los diferentes relatos que conciernen a la vida familiar del narrador, a los viajes del padre y su recua, a la revolución y sus consecuencias y a los personajes que frecuentan la casa de Juan, el niño-narrador, núcleo espacial de la novela. En ese estadio de la historia, la mula se muestra al principio como víctima de la avidez de un cuatrero y, al final, de la revolución. Este no es evidentemente el plan que Bosch revela, al reeditar la obra en 1966, haber concebido para escribir la novela, a saber: "*La Mañosa* fue escrita con un propósito estrictamente literario. *La Mañosa* obedeció al

plan de elaborar una novela en la que no hubiera un personaje central ni caracteres de carne y hueso que pudieran atraer la atención del lector y ‘robarse’ el libro. En *La Mañosa* no debía haber ni siquiera un tema desenvuelto con los requerimientos normales de intrigas, la habitual lucha del ‘bueno’ y del ‘malo’ que tanto atrae a los lectores, la presencia de la mujer cuyo amor es el premio ofrecido al ‘bueno’ como recompensa por sus trabajos y por el heroísmo con que se enfrenta al malvado de la trama. En *La Mañosa*, según el plan que me hice, debía haber un ‘personaje’, central, y sería la guerra civil; y todos los seres vivos que desfilaran por las páginas del libro, sin exceptuar la mula que le daría nombre, deberían ser, en un sentido o en otro, víctimas de ese personaje central. El mismo jefe del movimiento armado, Fello Nazario [*sic*], sería otra víctima de la fuerza que había desatado, puesto que su imagen de combatiente leal a ciertos principios debería quedar destruida al final.”⁴¹

Que el personaje central fuera la revolución, que no hubiera caracteres que pudieran llamar la atención del lector y que se evitara ese maniqueísmo tan del gusto de ciertas novelas del siglo XIX, es un buen objetivo; pero nada de eso aparece en el proyecto inicial, pues ni siquiera con el exhaustivo trabajo de corrección aplicado al segundo manuscrito logra Bosch desarrollar ese “plan” en que todos los personajes, sin exceptuar a la mula, fueran, en cierto sentido, víctimas de la revolución y comienza a lograrlo a partir del tercer manuscrito y de manera evidente, por estar completo, en el cuarto⁴².

⁴¹ p.453.

⁴² Contrariamente a la cuarta versión y a la edición de 1936, en los tres primeros manuscritos no hay división en capítulos. Bosch se sirve de símbolos (—o—) para marcar los episodios: 28 en la “primera parte” (que no es explícita) y 21 en la segunda del primer manuscrito (incompleto); la segunda

El tercer manuscrito, a pesar de que sólo se conserva un corto fragmento, tiene la importancia de ser, cuando se sigue con atención el hilo conductor de la elaboración de la novela, un texto bisagra. Es en esta tercera redacción que Bosch se decide por reestructurar su obra y completar lo que expresa, de manera explícita, en sus palabras a la tercera edición en 1966. La nueva versión nace de esa lectura crítica del segundo manuscrito de *La Mañosa* cuando el escritor toma la decisión de atar los cabos sueltos que abundan en la versión que tenía las características de obra terminada. La decisión de reestructurar la novela le permitirá, al mismo tiempo, llevar a cabo el plan que de manera implícita se había trazado: hacer de la guerra civil el “personaje” central. Para alcanzar su objetivo tenía, pues, que penetrar en ese mundo imaginario y buscarle una salida a muchas de las historias individuales de ciertos personajes que habían quedado inconclusas en la primera versión. Tenía, también, que elaborar una relación más estrecha entre ellas y la revolución. Todo esto podía ser posible no sólo transformando situaciones sino, también, dándole otras funciones a ciertos personajes, incluida la mula.

Lo poco que se conserva de la primera redacción de la segunda versión únicamente coincide en el episodio once (*cfr.* pp.325-326)⁴³, que, conjuntamente con los diez precedentes,

versión (conservada completa), presenta 15 episodios en la “primera parte” y 28 en la segunda (*cfr.* Apéndice A, pp. 197-332).

Asumiendo que el manuscrito dos, por su innegable semejanza, reemplaza al primero, Bosch suprime los primeros 10 episodios y un fragmento del 11 de esta segunda versión y a partir de “De madrugada nos despertaron las voces de Mongo y de papá” (p.257), construye (tomando de nuevo un fragmento suprimido de la primera versión, *cfr.* p. 213), el final del capítulo II de la edición de 1936 (capítulo III de la de 1940 en La Habana, pp.29-30).

⁴³ *Cfr.* supra, nota 42. Vale recordar que esta es la única vez que Bosch retoma, para incorporarlo en la nueva versión, un fragmento de la primera redacción de la novela que había sido suprimido en la segunda.

corresponden a los dos primeros capítulos de la primera parte del cuarto manuscrito (segunda versión completa). Los últimos cuatro episodios, aunque carecen de la primera página (*cfr.* pp.326-332), se reportan al primer capítulo de la segunda parte de lo que sería luego la versión definitiva. La importancia del tercer manuscrito, aunque sólo se conserven los inicios de cada una de las partes de la novela, estriba en que al iniciar esta nueva redacción la obra acusa una suerte de terremoto para que se pueda operar la acción de atar cabos sueltos y que el autor logre su plan.

En la nueva versión, la historia de la culebra con que el viejo Dimas acaparaba la atención de los habituales contertulios de la casa de Pepe es interrumpida por la llegada del alcalde anunciando que andaban ladrones por el lugar, y Dimas que aclara: “Ni tiznados ni nada. Están diciendo que de noche tirotean al pueblo” (p.315). Desde el principio la revolución dominará toda la obra. Este hecho le dará a la novela un mayor aliento: ya no se trata del robo de la Mañosa por un cuatrero de los lados de Bonaó. Lo que rompe la quietud de la acostumbrada tertulia de prima noche en casa de Pepe es la revolución, y desde el inicio se impone como eje central de la acción. Otras informaciones se incorporan en este primer capítulo: Dimas, en su cuento, incluye a uno de sus hijos y tenemos también el relato de cómo Pepe adquirió la casa de El Pino, por un lado; por otro, se prepara el viaje (iterativo, pues es el único de la recua en la novela), que Pepe realizará, sin tomar en cuenta que ha estallado la revuelta. También nos enteramos de que los hijos del viejo fueron enrolados por el gobierno mientras llevaban un tabaco al pueblo: “Yo tengo necesidad de mandar una recuita de tabaco al pueblo, y quisiera hacerlo con los muchachos de Dimas; pero asígún entiendo los asuntos están al voltiarse” (p.351). Esta encomienda de Morillo, uno de los amigos de la casa, funciona

en el relato como una manera de mostrar que, antes de ser reclutados por el ejército, los hijos de Dimas tenían fama de trabajadores, que ayudaban a su padre en sus faenas y hacían lo mismo casa de Pepe⁴⁴.

Estas informaciones son importantes en lo que respecta a la primera versión, pues de los hijos del viejo Dimas sólo sabemos que fueron reclutados por el gobierno y que él estaba orgulloso de ellos por trabajadores. Nada más. El personaje mismo, en esa etapa de la escritura de la novela, es otro: arremete y roba el revólver de Pepe. En la segunda versión, más detallado en el cuarto manuscrito, al viejo sólo le preocupan sus hijos y tiene, por primera vez, noticias de ellos por la vía de Mero que explicó, al regresar de un viaje a Río Verde, “que estaban sanos, aunque tristes; uno, el menor, se había dado bravo y le gustaban los tiros; al otro le habían hecho un rasguñito en una pierna, cosa de nada” (p.407). Sólo uno de ellos, tal vez el que había recibido una herida leve, regresa a El Pino hecho un borracho y gritando vivas al gobierno: “¡Esto es lo que me devuelven, un borracho!” (p.429), se exclamó el viejo al verle llegar. En esta expresión se resume lo que había hecho la revolución con uno de sus hijos. El otro, según se sabe después, había sentido amor por el uniforme y las armas. No sucede lo mismo con los hijos de la vieja Carmita, cuya actitud, aparentemente conforme, no la hace indiferente a lo que le pueda ocurrir a sus hijos. Ya había perdido uno que se había ido con el gobierno años atrás (con Demetrio Rodríguez en la primera versión). Con sólo decir que para ella era peor que salieran “ladrones o

⁴⁴ En el tercer manuscrito es el propio Dimas quien los envía al pueblo: “Yo tengo —empezó Dimas— necesidad de mandar los muchachos al pueblo con una recuita de tabaco; pero asígún entiendo están los asuntos al voltiarse” (p.325). El hecho de que, en el cuarto, fuera Morillo quien los mandara al pueblo hace más plausible su fama de trabajadores.

pendejos” (p.359), nos damos cuenta de que lo que le preocupa realmente es que corrieran la suerte del primero.

En una ocasión Carmita le pregunta a Pepe, al regresar de su viaje, si había visto a sus hijos. Tuvo una mentira piadosa por respuesta, sin explicación, lo cual revelaba que estaba mintiendo (*cfr.* p.370). Es en la segunda parte de la nueva versión, luego del regreso del hijo alcohólico de Dimas, que el narrador se exclama: “¡Y todavía podía dar gracias, porque el otro hijo quizá no se lo devolverían, como no le habían devuelto los suyos a Carmita, como no le habían devuelto a Momón a la madre que esperaba en el distante Bonaó, a la madre que creía que el hijo estaba ‘bueno y sano’!” (p.429).

Toda esta información es posible gracias a la lectura crítica del segundo manuscrito en la que Bosch se da cuenta de que su plan de hacer de la revolución el “personaje” central de la novela tenía un obstáculo: la cantidad de conflictos planteados en la novela que, como cabos sueltos, se quedaban sin desenlace. Un desenlace que haría de todos los personajes, sin excepción, víctimas de la guerra civil. Una de las soluciones posibles, suponemos por el hecho de que ya había dividido la obra en dos partes, era hacer una tercera. Pero su decisión fue otra: reunir en una primera parte, luego de importantes mutilaciones que concernían más a su propia biografía que al plan que inconscientemente se había propuesto, todo cuanto había escrito bajo el título de “Revolución” y agregar una segunda: “Los vencedores”. En la primera se plantean los problemas, pero la revolución es derrotada; en la segunda los rebeldes triunfan, pero ese triunfo es el precio que tienen que pagar todos los personajes de la novela y, sin decirlo explícitamente, un precio que hace de ellos víctima de esa victoria.

Los ejemplos sobre lo que precede abundan, pero es necesario ilustrar con otros que completan, con esta nueva versión, el plan que se había propuesto Bosch. Tomemos el caso de

Momón (Ñamará en el segundo y tercer manuscrito). Recordemos que este es el personaje que en la primera versión le dice a Pepe donde podía encontrar la mula que le había sido robada por un cuatrero; es también el mismo que llega a la casa al ser herido en combate al final de la segunda parte. En la segunda versión es sólo un revolucionario que es dejado herido en la casa al final de la primera parte.

En la nueva redacción de *La Mañosa*, la segunda parte se inicia con el relato de Momón al niño Juan sobre aparecidos y una historia de montería cuando, casi el mismo procedimiento que en la primera parte, es interrumpido por un emisario del general Macario que viene por el caballo que el jefe revolucionario había dejado cuando le prestaron la mula, al final de la primera parte. La llegada del hombre era la muestra de que había comenzado de nuevo la guerra civil. Momón, ante la ausencia de Mero y aún convaleciente, se presta a ayudar al mensajero a buscar el rosillo del general en el campo sin tomar en cuenta su delicado estado de salud ni el mal tiempo. Es cierto que encuentra el caballo, pero su esfuerzo precipita, a los pocos días, su propia muerte.

Así, desde el inicio de esta nueva segunda parte, se observa cómo se van atando los cabos sueltos. En el episodio de la muerte de Momón, además de que su herida tiene un desenlace, por ejemplo, vemos que la búsqueda del caballo del líder guerrero significa que la revuelta había comenzado de nuevo. Este acontecimiento permitirá que otras historias, en la medida que avanza la narración, se vayan completando.

La analepsis completa nos informa quien es el general Fello Macario (en la primera versión, para memoria, se introduce por un relato de José Veras), sale de la boca de un viajero que, junto a toda su familia, huye de las represalias del gobierno. Es él quien explica cómo se hizo el general, por qué

era tan alabado en tantos merengues y leyendas populares; pero ese hombre encarna los estragos de la guerra civil en otros lugares del país: “Así es. Ya usted ve: yo estaba encaminado. Vivíamos con brega y con muchas privaciones; pero vivíamos. En eso, la maldita revolución revienta... No sabe uno adónde estar ni con quién. Cuando Fello Macario se alzó, corrieron a casa, me cojieron [*sic*] zapatos, comida, dinero, telas... Todo eso dizque lo pagaban a los pocos días. Coje [*sic*] el general Fello Macario el pueblo y me quita el resto, con promesas de cubrir el valor seguida. A mí, francamente, no me pesaba darle lo mío al general, porque me gusta y me siento su amigo; pero cuando parecía estar mejor la cosa, lo derrotan y me embromo...” (p.424).

José Veras que, al terminar el segundo manuscrito, había sido herido por un hombre de Bonaó, según se decía, se une al derrotado general Macario con la única finalidad de saciar su sed de venganza. En esta nueva versión no sólo logra su objetivo sino que, al mismo tiempo, recupera la Mañosa que, abandonada por el guerrero, había caído en manos de un cuatrero de los lados de Bonaó: “¡Lo peché! ¡Lo peché! Ahora yo me voy, don Pepe; tengo que andar apurando el paso porque no quiero que me alcancen esos condenados. La Mañosa viene por ahí. Usted no la va a conocer, don Pepe...” (p.413). Luego de contar su aventura y dejar resuelto otros de los tantos conflictos expuestos en la primera parte, sale del escenario.

El regreso de la Mañosa es capital, porque es a través de la mula que se debe vehicular el plan de que todos los personajes de la novela, de una manera u otra, sean víctimas de la revolución. Al inicio de la primera versión completa la mula es robada por un cuatrero, pero no vuelve enferma. Más aún, a los pocos días realiza su primer viaje. Al final, le es prestada al general derrotado. Esto último es conservado en la nueva versión y, como vimos, el cuatrero a quien le roba la mula (ya

enferma, se puede suponer, para que el plan de hacerla víctima de la revolución se realizara), es al general. Lo que no se puede saber es si esto sucedió antes o después de que el jefe revolucionario mandara a buscar su caballo.

A pesar de que José Veras le había adelantado que no la iba a conocer, Pepe no sabía hasta qué punto lo que había dicho su amigo era cierto, como pudo comprobar cuando el cuatrero llegó con la mula: “Él mismo trataba de engañarse; porque aquello que le traían era un despojo y su Mañosa no podía ser tal cosa; él no se resignaba a la idea de que le hubieran convertido al animal en tal lamentable esqueleto” (p.414). Pero el estado en que había regresado la Mañosa no tiene únicamente la función de mostrar lo que la revolución había hecho con ella. Su enfermedad está también relacionada con otro acontecimiento de la guerra. Es por esa razón que Pepe no puede utilizarla y llegar a tiempo a La Vega para impedir, interviniendo ante su amigo el triunfante general Macario, que unos amigos suyos fueran fusilados.

Esos amigos eran Cun y Mente, aquellos que había salvado de las manos de las huestes de Téntico Luna (luego Monsito Peña), en la primera versión y de quienes nunca más tuvimos noticias. Ahora, en la nueva, podemos saber lo que pasó después de ese acontecimiento: Ramón y otros compañeros habían regresado a sus hogares⁴⁵. Ellos, Cun y Mente, habían sido hechos prisioneros por traficar con armas de los revolucionarios derrotados: “Pasada la revuelta, en derrota la gente de Fello Macario hacia el Bonaó y las huestes de la revolución que asediaban por el lado del oeste, encontraron que podía darles buen resultado comprar armas y municiones de

⁴⁵ “Cuando nos dejaste ahí mismo, en el Jagüey, cojimos [*sic*] el monte y salimos en Almacén. Pasó la revolución, los compañeros hicieron unas compras de cacao y tabaco y volvieron por tren al pueblo...” (p.446).

los revolucionarios que huían. Juntaron bastantes” (p.446). Con esta explicación, de labios de los mismos personajes, Bosch ata otro de los cabos sueltos de la primera versión. Por medio de ese apresamiento, sobre todo cuando el negro que le conduce al pueblo los define como “unos diaches que andaban preparando un pronunciamiento” (p.445), es que Pepe se da cuenta de lo que les espera. Entonces decide ir al pueblo para intervenir ante su amigo el triunfante general Macario.

Como la Mañosa estaba enferma tuvo que utilizar un animal de carga que le hizo perder tiempo, tanto, que al llegar al pueblo ya sus amigos habían sido fusilados, “para dar ejemplos”, como le explica el general. El jefe revolucionario había vencido, pero también se había convertido en víctima de su propia victoria: “¡Oh! ¿Y era aquél Fello Macario, el revolucionario noble, el de las generosidades que andaban de boca en boca? ¿Era él? ¿Él? ¡Conque Fello Macario consideraba que había que dar ejemplos!” (p.449).

Todo cuanto había quedado pendiente para que la guerra civil fuera el “personaje” central del universo de *La Mañosa* había tenido un desenlace. Sólo la vieja Carmita seguía pensando en sus hijos y Pepe sentenciaba: “A mi mula le pude quitar las mañas; pero a los hombres no se las quita nadie” (p.450).

El quinto manuscrito

El manuscrito que Bosch regaló a Isabel Freire y a José Ferrer el 22 de enero de 1939, en Puerto Rico, corresponde, como sabemos, al cuarto manuscrito o, si se quiere, a una pasada en limpio de la segunda versión de *La Mañosa*. Sin embargo, ese manuscrito, a pesar de su aspecto de obra terminada, no es el texto que sirvió a los tipógrafos de la imprenta El Diario de Santiago para la composición, en la primavera de 1936, de *La Mañosa, la novela de las revoluciones*.

La existencia de un quinto manuscrito, en el que el autor dejó asentados todos los cambios así como las correcciones a mano que sufriera el texto conservado por Bruno Rosario Candelier, se deduce de la simple comparación de la primera frase del texto dactilografiado con la de la novela publicada en junio de 1936: “Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche *en que unas nubes pardas se entretenían en tragar* estrellas: [itálicas GPC]”. En esta redacción ya había mejorado el íncipit con respecto a la anterior, pero aún permanecía muy arraigada en el joven escritor esa tendencia a cargar de imágenes el relato. La primera edición, en cambio, se inicia con una oración mucho más llana y más centrada en la acción que la del cuarto manuscrito: “Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche *agujereada* de estrellas: [itálicas GPC]”. El participio adjetivo “agujereada” reemplaza a “...en que unas nubes pardas se entretenían en tragar...” esta sustitución permite centrar la atención del lector más en lo que contó Dimas que en la descripción de la noche. Esa diferencia inicial, que no es la única, hace evidente la existencia del quinto manuscrito y, al mismo tiempo, nos permite constatar una vez más que la intervención del autor es todavía más severa que las que hiciera en los manuscritos anteriores, pues las modificaciones que experimenta la novela son propias de las de toda obra aparentemente terminada.

La pluma correctora de Bosch se detiene en casi todas las páginas y en particular en el capítulo final. A lo que debemos agregar que la división en capítulos, inexistente en la primera fase del cuarto manuscrito, le fue agregada a mano y con tinta. En este estadio de la escritura la numeración de los capítulos todavía tenía aspecto de provisional y no corresponde exactamente, como hemos visto en la descripción del mismo, con la de la obra publicada, pues la numeración es corrida (con números romanos, es cierto), sin tomar en cuenta la segunda parte.

No sería descabellado suponer que Bosch, al terminar el cuarto manuscrito, tuviera conciencia de que había logrado hacer de la revolución el “personaje” central de la novela. Esta era pues la versión que estaba dispuesto a entregar a la imprenta. Tanto es así que llegó incluso a encuadernarla con la finalidad de conservar una copia original de su primera ficción de largo aliento. Pero, antes de hacerlo, procedió a una lectura más y con ella vino una corrección tan importante que una pasada en limpio se hacía necesaria. En ese proceso se fueron incorporando otras correcciones, mutilaciones y cambios que, al desaparecer el texto entregado al impresor, son visibles únicamente cuando comparamos el cuarto manuscrito con la obra publicada.

Es fácil constatar igualmente que en el manuscrito que Bosch entregó a la imprenta, con respecto al que llevó a Puerto Rico, se introducen exclamaciones que dan mayor fuerza a los diálogos, se evitan repeticiones, se reduce el localismo del habla campesina dominicana, se suprimen episodios y frases redundantes que disminuyen el ritmo de la narración. De igual modo trabaja con mucho cuidado la concordancia de tiempos así como el régimen de las preposiciones y se empeña en el uso de la palabra apropiada, sin dejar de realizar un amplio control de coherencia ortográfica y una revisión exhaustiva de la puntuación.

No hay lugar a dudas de que el quinto manuscrito se perdió en la imprenta El Diario, a juzgar por la fecha de la página de título del manuscrito de Puerto Rico, 1936, y la que nos da Bosch sobre la composición tipográfica de la novela por el impresor: Semana Santa de 1936. Ese lapso nos permite tener una idea sobre el trabajo realizado por el joven escritor para mejorar notablemente su obra, pues además de los cambios y modificaciones al texto, agregó varios episodios e incluso transformó otros en capítulos.

El episodio que introduce el capítulo VII de la novela publicada, por ejemplo, no existe en el manuscrito que Bosch regaló a sus amigos de Puerto Rico. Sin embargo, en la página 21 de dicho texto aparece una marca de división seguida de un espacio en blanco, pero nada más. En la siguiente, escribe, a mano, “VII” para señalar el capítulo. Es en este capítulo que agrega el episodio que sirve al narrador para hacer una analepsis completiva del relato del viaje de su padre con la recua. En el viaje, según el relato, Pepe había hecho una buena venta y comenta también que ya la revolución comenzaba a azotar la región. A Dimas, asiduo contertulio, sólo le preocupa la situación de sus hijos e inquiere ante Pepe sobre su suerte. Luego, la narración sigue la ruta del cuarto manuscrito.

Así mismo, del segmento narrativo que refiere, al final de la primera parte de la novela, a la llegada del combatiente herido a la casa del narrador, aquel que luego sabremos que se llama Momón y que es de los lados de Bonao⁴⁶, Bosch elabora un episodio que expresa lo que significaba ese acontecimiento para la familia del niño-narrador y los que frecuentaban la casa.

De la misma manera que agrega episodios, también crea capítulos con algunos de ellos. El capítulo IX de la primera parte de *La Mañosa*, es decir de la edición de 1936, corresponde en el cuarto manuscrito al último episodio del capítulo VIII. Si buscamos una razón para justificar esta intervención del escritor en su obra podríamos especular que en ese episodio es que el general Fello Macario hace acto de presencia, por primera vez, en la novela. Es en ese momento que el legendario jefe revolucionario prepara, con pólvora y ron, la medicina para curar al niño narrador afectado de calenturas.

⁴⁶ “Estábamos velándole en el almacén, a la luz de una jumiadora que daba tumbos sin cesar. Mamá rezaba y Pepito dormitaba en su falda” (p.392).

Otro caso, que hace evidente la existencia de un manuscrito posterior al de Puerto Rico, corresponde a la segunda parte de la novela. Los últimos tres episodios del capítulo XII del manuscrito se convierten en el III de la edición publicada. Este nuevo capítulo corresponde al reinicio de la revolución después de la derrota del general Macario y funciona como relato de transición a la situación de relativa paz que se vivía en el lugar, a la salud del narrador y a la agonía de Momón. Es Simeón, el alcalde, quien, en las tertulias de prima noche que tenían lugar en casa de Pepe, dice que unos viajeros le habían comentado que Macario se estaba organizando de nuevo. A esta transición, antes del paso de José Veras anunciando el regreso de la Mañosa, Bosch le da categoría de capítulo en la última redacción.

El capítulo final del cuarto manuscrito experimenta también una profunda modificación. La intervención del autor es tan notoria, aún sin alterar la estructura narrativa, que, desde su inicio, tenemos la impresión de estar ante un nuevo texto. La descripción del pesar de los presentes en casa del narrador al regreso de Pepe de su viaje al pueblo, por ejemplo, no figura en el manuscrito de Puerto Rico. Con la finalidad de salvar de las inclemencias de la revolución a dos amigos, Cun y Mente, Pepe había ido donde su amigo, el triunfante general Macario y fracasó. Todos en la casa sabían que algo grave había sucedido y Pepe lo confirma cuando dice: "Simeón, esto será siempre igual, igual siempre."⁴⁷ Después de esta suerte de sentencia procede a hacer el relato de su viaje. Ese pesar con que se introduce el capítulo es que imprime a la narración el tono grave y tenso que se mantiene hasta el final de la novela.

⁴⁷ BOSCH, Juan, *La Mañosa, la novela de las revoluciones*, 1ra. Edición, *op. cit.*, p.200.

Pero Bosch no se limita únicamente a modificar frases, también suprime otras tratando siempre de mejorar el estilo y de hacer más ágil la narración. En los cambios que hace al cuarto manuscrito deja aún más claro el papel destructor de la revolución. Logra mejor el plan que se había propuesto de que todos, vencedores y derrotados, fueran víctimas de la guerra civil. Transforma el tono explícitamente amenazador del general Macario del texto dactilografiado: “Fello Macario parecía imperturbable; sin embargo, pretendió amenazar: No, Pepe; usted no comprende. Usted es mi amigo, y por eso lo oigo; pero atiéndame... Es la paz...” (p.450). En la obra publicada desaparece la amenaza y el general le responde como si se dirigiera a un niño: “No Pepe; usted no comprende. Esta política...”⁴⁸

La modificación exhaustiva de los episodios finales de la novela le permite a Bosch ser más sutil en su búsqueda para lograr el plan que se había trazado. Mejora la sentencia de Pepe (“A mi mula le pude quitar las mañas; pero a los hombres no se las quita nadie” [p.450]), y agrega dos párrafos al final de la cuarta redacción que dan una idea de la resaca que había dejado la guerra civil: “Dimas y Simeón aprobaban en silencio. En la ventana trapeaba la brisa.

‘Mamá seguía llorando.’”⁴⁹

Del manuscrito que Bosch llevó consigo a Puerto Rico en 1938, está claro, se elabora el quinto y, más que probable, el último antes de que la novela entrara en prensa. Se trata de una redacción que mejora considerablemente la obra. Ahora bien, el método utilizado por Bosch durante el proceso de escritura de su primera novela estaba dominado por la espontaneidad, el plan surgía luego de una primera redacción que

⁴⁸ *Ibid.*, p.204.

⁴⁹ *Ibid.*, p.205.

iba completándose en la medida en que el autor procedía a pasar en limpio su texto. Sin embargo, apenas unos meses después de la publicación de la novela, observamos que el rigor había dado al traste con esa espontaneidad que se desprende de los manuscritos que constituyen la historia de la escritura de *La Mañosa*.

El rigor reemplaza la espontaneidad

La explicación que hiciera Bosch en la tercera edición de *La Mañosa* en 1966, es decir treinta años después de la primera publicación de la novela, nos muestra, a la luz de los cuatro manuscritos que constituyen las dos versiones de la misma, que su plan se comenzó a poner realmente en aplicación a partir de la tercera redacción. Por esta sencilla razón es que no deja de tener validez, en lo que concierne a la primera versión, cuando nos dice: “En *La Mañosa* no tuve que utilizar ningún método porque lo único que tenía que hacer era recordar. Todos sus personajes los conocía en carne y hueso”⁵⁰. Pero también es válido que en ese estadio de la escritura lo que realmente quería hacer no había sido logrado. El plan para la versión definitiva se pone en ejecución, como hemos visto, a partir del tercer manuscrito, aunque de éste sólo tenemos un fragmento, y se desarrolla completamente en el cuarto, en el que la guerra civil alcanza la categoría de eje central de la narración. Con esta nueva versión logra, además, superar sus propósitos iniciales de contarle a sus amigos de Santo Domingo lo que era el país en los años de su niñez: “Como no se hablaba del proceso de las mentadas revoluciones, me senté a escribir *La Mañosa* y para elaborarla tuve que hacer un plan... El plan consistía en lo siguiente: el propósito mío era darle a

⁵⁰ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, op. cit. p.74.

conocer a esos compañeros de La Cueva qué era lo que había pasado en los años de mi infancia; y para eso tomé el tema de las revoluciones y situé la novela, naturalmente, en El Pino, contada por mí. El plan era hacer de la revolución el personaje de la novela, y ese personaje representado en carne y hueso por la Mañosa, por la mula. No sé si acerté a hacer de la mula un personaje de interés, porque quería que los episodios principales de *La Mañosa* se movieran alrededor de la mula. Para eso, naturalmente, tenía que hacer depender la vida de la familia, no la vida propiamente, sino las actividades de la familia tenía que hacerla depender de la Mañosa. Ahí creo que lo hice bien. En la descripción de las revoluciones, creo que también me salió bien. Por ejemplo, el episodio de José Veras en medio de esas luchas de las llamadas revoluciones. La presencia de Fello Macario que era una representación de toda la gente de su condición social: campesinos de baja pequeña burguesía, la mayor parte de ellos pobre y muy pobre que de pronto se lanzaba a la acción y se convertían en generales, en líderes. Líderes, pero sin una conciencia política desarrollada ni cosa parecida y por tanto de la misma manera que tenían aciertos como errores, tenían grandes fallas como políticos o como líderes que tenían que atender al pueblo, a las necesidades del pueblo y además... a la convivencia de toda la gente que formaba ese conglomerado social que era La Vega vaciada en el campo. Vaciada en el campo de El Pino completamente...”⁵¹.

Si tomamos en cuenta las palabras de Bosch, a propósito de la elaboración de su cuento “La Mujer”, en el sentido de que la idea le surgía de manera espontánea, sin plan, tendríamos más claro cómo se fue elaborando *La Mañosa*: “Al principio no [*se refiere al plan*, GPC], porque me sacaba el cuento de adentro.

⁵¹ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch*, op. cit.

Como una mujer se saca el hijo de la placenta o de la vagina, así me sacaba yo el cuento: de adentro, de mis recuerdos. Es más, una vez me puse a escribir una carta —a ese amigo Mario Sánchez Guzmán—, y la feché aquí en la Capital: ‘Sr. Mario Sánchez/La Vega, R.D./Mi querido Mario:’. Y de ahí no pasé porque en el mismo papel lo que me puse fue a escribir un cuento y resultó ‘La Mujer’. ‘La Mujer’ ha sido traducido a muchas lenguas y ha sido, todavía hace dos o tres años, presentado en Italia como un modelo de cuento. Pero después no. Ya después me empeñé en ir dominando la materia, hasta que creí que la había dominado, como te dije, cuando escribí *El río y su enemigo*. [...] Tomaba mis notas para escribir un cuento, estudiaba un personaje, preparaba el argumento antes, y luego me sentaba a escribirlo.”⁵² Tal vez con la misma espontaneidad de “La Mujer” se fue construyendo *La Mañosa*: el plan se impuso cuando terminó la segunda redacción.

Louis Aragon, el conocido poeta y novelista francés, dice: “Mis novelas a partir de la primera frase, del gesto de cruce que ella tiene como por azar, siempre estuve ante ellas en el estado de inocencia de un lector. Siempre sucedía como si abriera sin saber nada el libro de otro, recorriéndolo como cualquier lector, y sólo teniendo como método a mi disposición para conocerlo su *lectura*. Compréndanme bien, no es una manera de hablar, metáfora o comparación, nunca he escrito mis novelas, *las he leído*.”⁵³ Esta imagen de Aragon para hacer explícita su teoría de la novela se puede asociar con las palabras de Bosch, a propósito de *La Mañosa*, cuando dice

⁵² PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, *op. cit.*, p.66.

⁵³ ARAGON, Louis, *Je n’ai jamais appris à écrire ou les incipits* (trad. GPC), Genève, Albert Skira Editeur, 1969, p.47.

que sólo tenía que “recordar”. En su primera etapa, el escritor dominicano ponía en escena sus vivencias de infancia, sin plan, hasta obtener un resultado a base del trabajo de orfebre que caracteriza a los grandes escritores con su obra y de las nuevas ideas que la escritura desarrolla durante el riguroso camino de la creación: “*La Mañosa* es un libro demasiado hecho, demasiado elaborado, porque me esforzaba por escribir una novela y no conocía la técnica de la novela. No era el género propio mío. En las páginas de *La Mañosa* hay rellenos; en los cuentos no. En los cuentos yo trataba de ser lo más escueto, lo menos torrencial e impetuoso; trataba de decir las cosas con el menor número de palabras.”⁵⁴

Sin embargo, en Juan Bosch, el deseo de una teoría explícita de la literatura se manifiesta poco tiempo después de haber publicado su primer texto de ficción que se conoce, “El Prófugo”⁵⁵. Sus intentos teóricos iniciales comenzaron casi al mismo tiempo que su carrera de escritor de ficción. En una carta a Mario Sánchez Guzmán le explicaba, con apenas 21 años, su idea del tema en literatura: “Papá se quejaba de que yo no sabía escribir si no era para hacer llorar. Papá no comprende, no puede comprenderlo porque a pesar de los años él es un niño grande, que en la vida no hay una sola manifestación que no sea de dolor. ¡La misma risa es trágica, Mario hermano! Nosotros no queremos creerlo. Se asemeja tanto al dolor, que lloramos de risa”⁵⁶. Con apenas unos cuantos textos de ficción publicados en la prensa nacional dominicana, Bosch estaba consciente de lo que debía ser su literatura, pero aún no tenía una noción teórica.

⁵⁴ ROSARIO CANDELIER, Bruno, en *En primera persona... op. cit.* p.88.

⁵⁵ En *Listín Diario*, Santo Domingo, 27 de enero de 1929, p. 7.

⁵⁶ Carta inédita a Mario Sánchez Guzmán fechada en Caracas el 5 de noviembre de 1930.

En diferentes ocasiones, antes de la publicación de *La Mañosa*, había manifestado en “Sobre el conchoprimismo literario” en particular, una suerte de teoría incipiente de la literatura al presentarse como abanderado de una literatura autóctona, como predicaba Martí a propósito de América y lo americano. En ese artículo anuncia, de manera explícita, lo que poco después sería *La Mañosa*: “Nuestra literatura, nuestro arte, debe hacerse sobre tradiciones criollas y de éstas no las tenemos sino sangrientas desde el albor de la conquista hasta nuestros días. Pero no debemos olvidar que toda esa sangre se derramó siempre persiguiendo nobles fines, y que ella no era culpable de que se defraudaran esos propósitos.” A lo que agrega: “Y como no tenemos otra historia que la de sangre hemos tomado la bandera que yacía en el suelo, pudriéndose, desde la llegada de los yanquis. La hemos tremolado, así desgarrada, enfangada y hedionda. Ahí ha nacido el ‘Conchoprimismo literario’, que lo será artístico antes de poco tiempo, en todo el frente de las artes”⁵⁷.

Pero ya para 1938 esa espontaneidad del joven escritor comenzaba a desaparecer. En una carta a Mario Sánchez Guzmán desde Puerto Rico le detalla, al tiempo que le envía la primera parte de su nueva novela, *El Pueblo*, el plan de la obra: “Te envió el resto de la primera parte de ‘El Pueblo’. He trabajado largo, día y noche, o mejor dicho, noche, porque el día lo ocupo en otras cosas, para poder enviarte este resto en esta oportunidad. Tú juzgarás qué diferencia hay entre ‘El Pueblo’ y ‘La Mañosa’. ¿Me acusaron entonces de que no había caracteres ni intriga? Pues me acusarán ahora porque sobran ambas cosas. De algo criticarán, cuándo de poco, cuándo de mucho. Es inevitable que así sea, y es humano y lógico que sea así. Tengo para mí que pocas novelas se han escrito

⁵⁷ En *Baboruco, semanario ilustrado*, Santo Domingo: 22 de junio de 1935, p.11.

que puedan competir con 'El Pueblo' en estos puntos esenciales: arquitecturación armoniosa del problema (desarrollo de la tesis); estilo sobrio y vivaz a un tiempo; y fuerza dramática no en el total, sino en cada temperamento, en el desarrollo de cada carácter. No te vayas a suponer que esto es autoestimación: es que he estado escribiendo con absoluta conciencia, sabiendo qué iba a hacer, *mientras que antes escribía por una especie de intuición* [itálicas, GPC]. Esta vez he estudiado en todos sus detalles la técnica novelística, y me he propuesto hacer una novela que sea el resultado lógico del desarrollo de caracteres que determinan acontecimientos entrelazados entre sí por la unidad de tiempo y espacio."

Y detalla: "Esta *primera parte* es, en síntesis, lo siguiente: el pueblo, su formación (entereza de carácter de los fundadores, representados por don Pablo de la Motte), y progreso gradual del pueblo a través de sus hombres representativos (Remí); principio de degeneración causada por la política y primera desgracia a que lleva esa degeneración, especie de germen de la anarquía social. Esta desgracia es la pelea de la gallera. Ahí termina la primera parte. Fíjate como hay un proceso que empieza con la fundación del pueblo (los hijos del viejo, peliadores [*sic*] y bandidos) y persiste hasta degenerar en el sentimiento religioso supersticioso, y de ahí empieza la política su obra disolvente hasta culminar en la tragedia."

Continúa con estos términos: "La segunda parte, que se llamará *El Sargento*, es el poder de la fuerza como consecuencia de la degeneración que hemos visto en la primera parte, y la lucha entre los restos de la dignidad, que están representando el estudiante, la maestra y el propietario rural, José Lucía. En esta parte se agravan los conflictos, crecen, se multiplican, aparecen otros nuevos, provocados por el nuevo estado, y con él la causa de todos los vicios y de todas las vilezas que trae él consigo. Pero llegan a tal extremo esos

vicios, que ellos mismos, por el hecho de ser monstruosos, determinan la caída del arbitrario estado.”

Finalmente concluye: “La tercera parte es la solución de esos conflictos cuando ya parece que no van a tener solución. Siguiendo la tesis marxista, pongo la solución en un motivo económico: el deseo de José Lucía de recobrar sus tierras perdidas. Así, no será el sentimiento herido de uno lo que provoque el fin del mal, sino la economía resentida en su primitivo cimiento: la propiedad personal y, sobre todo, rural. Al terminar, las familias separadas por la política vuelven a unirse en el amor de sus vástagos, y la vida torna a enredar y desenredar la madeja, y el pueblo a vivir, o tal vez empiece nueva vida.”⁵⁸

Lamentablemente esa novela se perdió aunque se publicaron dos fragmentos de otra, *Sargento primero*, en la revista *Recta*⁵⁹ en 1936. No hay duda de que se trata del mismo texto y que ese material, posterior a *La Mañosa*, le serviría para la elaboración de *El Pueblo*, apenas ocho meses después de haber salido de República Dominicana.

Esa búsqueda por hacer explícita su teoría literaria se perfila también en “Emilio S. Beleval, cuentista de Puerto Rico”⁶⁰ en donde habla, por primera vez, sobre el oficio como una de las condiciones esenciales del arte: “El cuento es producto tanto de un arte como de un oficio” (*Caudal*, p.22). Pero todavía la teoría no llega a alcanzar los niveles de claridad necesaria para que la consideremos explícita, pero sí un esfuerzo más. Esta

⁵⁸ Carta de Juan Bosch a Mario Sánchez Guzmán del 8 de agosto de 1938, en PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Juan Bosch, imagen, trayectoria y escritura*, Santo Domingo, ediciones Ferilibro, 2000, p.46.

⁵⁹ En *Recta*, San Pedro de Macorís, abril de 1936, pp.VIII-IX, y mayo de 1936, pp.VI-VII. Cfr. BOSCH, Juan, *Obras completas T-XII.*, op. cit., pp.261-267.

⁶⁰ En *Puerto Rico Ilustrado*, San Juan, 20 de julio de 1940, pp.17-18; reproducido en *Caudal*, Santo Domingo, julio-septiembre de 2005, pp.20-23.

comienza a asomar unos años más tarde, en 1944, cuando dicta en la Institución Hispano-Cubana de Cultura de La Habana la conferencia “Características del cuento”⁶¹, su primera teoría explícita de la literatura, aunque hacía ya unos años, según había explicado, que se había dado cuenta, al escribir “El río y su enemigo”, de que dominaba la técnica del género⁶². Desde entonces sus obras obedecían a un plan que ya reemplazaba esa espontaneidad que se desprende de los manuscritos de *La Mañosa*.

En “Características del cuento” se sirve de la colección de cuentos del escritor hispano-cubano Lino Novás Calvo, *La Luna nona y otros cuentos*, para manifestar, aún tímidamente, su teoría. En este trabajo, Bosch establece la importancia de mantener interesado al lector durante el relato, en realidad la narración, en el sentido de la manera de contar, de la escritura: “Ese don de mantener al lector interesado en el relato mismo y no en el desenlace, es característico de los verdaderos cuentistas, aun de aquellos que no escriben. Es frecuente encontrar en la gente del pueblo, y especialmente entre los campesinos, a notables contadores que dominan la facultad de interesar mientras cuentan, sin que el desenlace tenga que ver en tal interés. De no ser así, el cuento no tendría demanda o atención; pues siendo tan breve, y llegándose en él tan pronto a su final, ¿por qué no buscar éste inmediatamente, tras una explicación de

⁶¹ En *Mundo Literario*, La Habana, julio de 1944, pp. 6-9. Reproducida en PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Juan Bosch, imagen, trayectoria y escritura*, op. cit., pp. 63-68, y BOSCH, Juan, *Obras completas T-XII...*, op. cit., 217-324.

⁶² Bosch repetía con frecuencia que tuvo conciencia de que dominaba el género del cuento al escribir “El río y su enemigo”, el 12 de agosto de 1942. Esta afirmación puede ser considerada cierta en cuanto al texto que le hizo descubrir que ya dominaba la técnica del género, pero no sucedió en la fecha antes mencionada, pues “El río y su enemigo” había sido publicado el 13 de julio de 1940 en *Puerto Rico Ilustrado*, y el 21 de julio del mismo año en la revista cubana *Carteles*.

los antecedentes que podría darse en breves líneas? Y recibido ese final, ¿por qué pedimos otro cuento, y otro más, y otro más, como en el caso del Califa para quien Scherezada hilvanó sus cautivadores relatos?”⁶³. En realidad, lo que busca es “tratar de definir qué es el cuento y en qué se diferencia de la novela”. Intenta hacerlo por varias vías, sobre todo con ejemplos. Principalmente el que motiva y sirve de hilo conductor a su disertación: *La Luna Nona y otros cuentos*, de Lino Novás Calvo. En su exposición insiste fundamentalmente en que “una de las condiciones esenciales del cuento es la persistencia en el tema central; pero ella sola no es el cuento.”⁶⁴ En ese entonces reconocía aún que le resultaba más fácil escribir un cuento que explicarlo. Pero muchos de los conceptos de este primer ensayo teórico sobre el género aparecerán en 1958 en la conferencia de Caracas.

La teoría literaria de Bosch comienza a tomar forma sin embargo un poco antes, en 1940, en La Habana, cuando termina de escribir “El Río y su enemigo”, que se publicó en *Puerto Rico Ilustrado*, pues, recordemos, este fue el cuento que le permitió darse cuenta de que dominaba la técnica del género. Es decir, a partir de entonces, a pesar de incurrir en el error de separar significado y significante, y de confundir la fecha, ya tenía conciencia no sólo de lo que debía ser el tema sino también de la forma. Así pues, en “El retablo de los gigantes”, que prefirió escribir, por razones políticas, en lugar del prólogo a las *Obras completas* de Rómulo Gallegos⁶⁵, vuelve a la falta de definición

⁶³ BOSCH, Juan, *Obras completas* T-XII..., *op. cit.*, p.321.

⁶⁴ *Ibid.*, p.318.

⁶⁵ “Recuerdo que él [Rómulo Gallegos] quería que yo le prologara una edición de sus obras completas que se hizo en La Habana; la hizo la Editorial Lex en un papel de tipo Biblia muy fino y me lo pidió, cosa muy difícil porque Gallegos era un hombre muy reservado, de mucha discreción y muy señor de sí mismo, y me pidió no una vez sino más de una vez que le prologara sus obras

del cuento⁶⁶, y se mantenía en una aproximación tautológica, pero enriqueciendo su búsqueda e insistiendo en la importancia de la intensidad en el relato: “El cuento es el cuento; nada más ni nada menos. El cuento es la condensación instantánea de un ambiente, una vida, una pasión o un suceso; y en tal condensación no puede sobrar una palabra ni un sentimiento ni un color. El cuento vence al tiempo y al espacio; puede describirse en largos meses y en innúmeros lugares. Pero lo importante en él no es el transcurso, sino la intensidad.”⁶⁷ En ese mismo artículo asocia la técnica al oficio⁶⁸, y dice, sin temor alguno, que el novelista venezolano, como el cubano Novás Calvo, no es cuentista, que sus relatos son proyectos de novela.

Hay que reconocer, además, que es en “Características del cuento”, que Bosch hace explícita, por primera vez, su teoría del cuento, es en ella que se sustenta la conferencia

completas, y yo le respondí diciéndole: ‘Mira Rómulo, aunque tu obra se vende en América, el lugar donde realmente se vende más es en Venezuela. Tú vives de tus libros. [...] Si escribo el prólogo de tus obras completas, el libro no va a poder circular en Venezuela, porque a mí me será totalmente imposible callar en ese prólogo lo que Pérez Jiménez y sus cómplices hicieron cuando te dieron el golpe de Estado’. Y aunque insistió varias veces, al fin el libro salió sin el prólogo mío” (MORRISON, Mateo y JÓVINE BERMÚDEZ, Federico, “Encuentro con Juan Bosch”, en, *En primera persona, entrevistas con Juan Bosch...*, *op. cit.*, pp. 61-62).

⁶⁶ “En general, no puede definirse una obra de arte. Yo, que soy cuentista —y a mucha honra—, me río de los que definen el cuento. La obra de arte se crea, y sólo el creador tiene en la sangre el oscuro y a la vez claro conocimiento de qué debe hacer. Los críticos —y los retóricos— saben cuándo está dañado un huevo, pero no saben ponerlo; y la gallina no puede definir su postura. (Es grosero el símil, pero es viejo y útil)” (BOSCH, Juan, *Obras completas* T-XII, *op. cit.*, p.330).

⁶⁷ *Ibid.*, p.333.

⁶⁸ “De todas maneras, oficio llamamos al conocimiento de ciertas reglas que no pueden regularse si no hay en quien las realiza el don de apreciar por sí mismo cómo aplicar la regla, y cuándo; esto es, si no es artista quien ejecuta lo prescrito. Sin el dominio del oficio no hay escritor, sea de novelas o sea de gacetas. Gallegos conoce su oficio como un gran artista” (*Ibid.*, p.332).

de la Universidad de Caracas *El arte de escribir cuentos*. Pero al margen de Deane T. Conklin, que la cita en *Juan Bosch: His Literary Works and a Biographical Sketch*, tesis sostenida en la Universidad de California en 1972, nadie más la toma en cuenta antes. Conklin sólo la alude sin analizarla. Se limita a trabajar con *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*. Y es lógico que la mencionara como dato curioso, pues *Apuntes...* era ya la versión definitiva de la teoría explícita de Bosch sobre el género que, en 1960, abandonaría para consagrarse única y exclusivamente a la actividad política y al ensayo político e histórico. Sin embargo, esa primera teoría sí tenía importancia para quien estudiara la cuentística de Bosch y su teoría del género. La conferencia de La Habana se fundamenta en la obra de Lino Novás Calvo, *La Luna Nona y otros cuentos*, y difiere de la de Caracas porque analiza un texto determinado.

Sirviéndose pues de *La Luna Nona y otros cuentos*, Juan Bosch establece varios puntos sobre la diferencia entre novela y cuento y sobre todo que una de las “condiciones esenciales del cuento es la persistencia en el tema central; pero ella sola no hace el cuento.”⁶⁹ Determina también que la extensión no distingue la novela del cuento, aunque manifiesta su concepción de la teoría que expresa implícitamente la obra misma al admitir: “Me resulta más fácil hacerlo que decirlo.”⁷⁰

Durante el período que va de “Características del cuento” a *El arte de escribir cuento*, los trabajos teóricos de Bosch se encuentran dispersos en artículos y conferencias. Sin embargo, al retomar los conceptos utilizados en su disertación de 1944, los amplía y define mejor el concepto de oficio (ya lo había enunciado en el artículo citado sobre Emilio S. Beleva)

⁶⁹ *Ibid.*, p.318.

⁷⁰ *Ibid.*

e intentando dar una definición del cuento, sobre todo apoyándose en los mismos criterios que le permiten asegurar que los textos de Lino Novás Calvo, publicados en *La Luna Nona y otros cuentos*, no podían ser considerados como tales. Bosch esboza en “Características del cuento” la idea del “hecho único” que debe caracterizarlo. La novela, repetimos, le sirve de referencia para lograr delimitar el cuento.

Todavía en 1944 su teoría literaria no había tomado forma. No lograba expresar lo que para él era el cuento como género. Fue en noviembre de 1958, durante el cursillo que dictara en la Universidad de Caracas sobre la técnica del cuento, que el reconocido escritor dominicano hizo explícita su teoría al establecer, como se puede verificar en toda su obra de ficción, que lo importante en el cuento era el relato de un hecho único. Ahí está el gran acierto de Juan Bosch.

De manera que poco antes de dictar en la Universidad Central de Caracas su conferencia sobre la técnica del cuento, la que luego se convertiría en *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, Bosch emprendió en 1957, en La Habana, la redacción de su tercera novela: *El oro y la paz*⁷¹ que verá la luz años más tarde, en 1975.

El oro y la paz, según sus propias palabras, era una deuda pendiente con *La Mañosa*⁷². “Escribí los apuntes de la novela en Cuba en marzo de 1957, probablemente. Pero cuando

⁷¹ *El oro y la paz*, novela, Santo Domingo, Edición Especial 74.75, 1975, 248p.

⁷² “Lo que quiero decir es que *La Mañosa*, en realidad, no es una novela; es un tema para una novela. No está desarrollada como novela. Ni siquiera es una colección de cuentos alrededor de un solo personaje. Lo que sucede es que aquí gustó (hablo de su primera edición) porque ya me conocían como cuentista y había publicado dos libros, *Camino Real e Indios*, *La Mañosa* tuvo buena acogida, se vendieron mil ejemplares muy rápidamente. Pero después que me puse a estudiar la novela me di cuenta de que *La Mañosa* no era una novela. Tenía una deuda pendiente de qué era escribir una novela, es decir, con técnica de novela, pero que además fuera una cosa diferente de las

salí de Cuba en abril de 1958, perseguido por la policía de Batista, no pude llevarme papeles ni nada de eso, los papeles se quedaron en Cuba y creí que se habían perdido. Ocurrió, en realidad, que siete años después, ya derrocado el gobierno que yo presidí, estando en Puerto Rico, me mandaron de Santo Domingo unos cajones de papeles y entre esos papeles estaban los apuntes que había hecho en La Habana, es decir, el esquema para la novela que había escrito en La Habana a principios de 1957. Y escribí la novela en Puerto Rico...”⁷³

La espontaneidad de la época en que escribió *La Mañosa* hacía tiempo que había desaparecido. Ya estábamos frente al escritor profesional seguro del instrumento y con un método que había adquirido a través de años de trabajo continuo. Lo que precede se confirma en esa entrevista que le hiciera en abril de 1986 en la que dice, a propósito de *El oro y la paz*, lo siguiente: “En realidad, yo quise hacer en esa novela un experimento literario, es decir, a ver si era posible escribir una novela con técnica de cuento. De manera que los personajes que fueran apareciendo en capítulos sucesivos su personalidad se conociera por parte. Para que siempre cada capítulo terminara en un suspenso. Y es posible que consiguiera algo de eso, porque hubo un lector que me dijo, después de haber terminado de leer la novela, que a él esa novela le parecía, más que una novela una colección de cuentos con los mismos personajes. Y naturalmente él no tenía la menor idea de que yo había intentado precisamente hacer eso.”

novelas habituales. En la época en que escribí *El oro y la paz* no se conocía *Cien años de soledad* ni se conocía la nueva novelística latinoamericana; entonces quise escribir una novela que estuviera hecha con la técnica del cuento, en la que cada capítulo tuviera la intensidad de un cuento, aunque esos cuentos, a lo largo de la novela, se fueran entrelazando para producir la acción novelística. Con esa intención escribí *El oro y la paz*.” PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana, op. cit.*, p.72.

⁷³ *Ibid.*, pp.73-74.

Al año siguiente de escribir esos apuntes de *El oro y la paz* y antes de “La mancha indeleble” en 1960, Juan Bosch decía en su conferencia sobre la técnica del cuento en la Universidad Central de Caracas: “Antes de sentarse a escribir la primera palabra, el cuentista debe tener una idea precisa de cómo va a desenvolver su obra. Si esta regla no se sigue, el resultado será débil.”⁷⁴

Ahora bien, cuando Bosch emprendió la revisión de la primera edición de *La Mañosa*, aunque no había logrado lo que sería en 1958 su teoría explícita de la literatura, sus conocidos *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, ya sus reflexiones le conducían a leer con otros ojos su primera novela. Es esa lectura crítica que nos permite elaborar la segunda parte de este trabajo, el estudio de la revisión de la novela que hiciera Bosch para la edición cubana de *La Mañosa* en 1940. Esa nueva edición nos dará una idea del trabajo constante del escritor dominicano. Es gracias a esa crítica persistente de su propia obra que puede elaborar una teoría de la literatura en 1944, en La Habana, y perfeccionarla en 1958, en Caracas. Su carrera literaria, la de escritor de ficción, terminó al escribir, el 31 de diciembre de 1960, “La mancha indeleble”⁷⁵ en Caracas, apenas unos meses antes de su regreso a República Dominicana el 20 de octubre de 1961. El escritor de ficción había quedado atrás, en lo adelante todo su tiempo estaría consagrado a la política y al ensayo sociológico e histórico. Su actividad literaria se limitó a terminar *El oro y la paz* en su nuevo exilio de Puerto Rico en octubre de 1963 y, a su regreso, en 1965, a la reedición de sus cuentos y de *La Mañosa*, en la que

⁷⁴ Bosch, Juan, *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1985, pp.26-27.

⁷⁵ Aunque en 1979, a petición del poeta Manuel Rueda, escribió un cuento para niños titulado “El culpable”, que fue incluido en *Textos culturales y literarios*, *op. cit.*, pp.226-229.

hizo correcciones y cambios que conciernen únicamente a la primera edición de 1936, lo mismo hace al reeditarla en 1974 y 1976. En ningún momento dio muestra de haber recordado el enorme trabajo de revisión a que había sometido la primera edición dominicana para ser publicada por la casa editora La Verónica de La Habana en enero de 1940.

LAS EDICIONES DE *LA MAÑOSA*

“Hay algo que no me gusta de *La Mañosa* y es que me salió demasiado lírica. Hay muchos momentos en que más que novela es prácticamente poesía, pero poesía mala, poesía pobre.”

JUAN BOSCH

Podría parecer exagerado decir que *La Mañosa*, la primera novela de Juan Bosch, publicada en 1936 y con más de treinta ediciones sólo en lo que concierne a la Editora Alfa y Omega de Santo Domingo, era una novela desconocida hasta la edición crítica publicada por Industrias Banilejas en 2004. Desconocida porque la edición de la misma que hiciera La Verónica, la imprenta del poeta español Manuel Altolaguirre en La Habana, Cuba, en enero de 1940, no circuló en República Dominicana por razones políticas hasta la caída de la dictadura de Trujillo en 1961 y por descuido de la casa editora que la publicó en 1966. Descuido porque hasta el subtítulo, “la novela de las revoluciones”, es reemplazado por: “Novela. Edición revisada”. Esta indicación en la portada era algo más que una simple revisión de autor. Se trataba de una nueva edición corregida de la obra, como veremos en el curso de este trabajo.

Es extraño, sin embargo y a favor del editor, que Bosch, al permitir a la Librería Dominicana una reedición de *La Mañosa*

en 1966¹, no recordara entonces los importantes cambios que realizara en su novela al darla a la estampa en Cuba en 1940. En particular cuando, tanto en la portada como en la página de título, se resalta que se trata de la tercera edición —y segunda dominicana como explican los editores. Aquí hay también otro olvido (aparentemente menos grave porque se trata de una reimpresión), pues la Editorial Lex de La Habana, como dijimos antes, también había publicado la novela en 1941. La Librería Dominicana en su “Nota de los editores”, recuerda que la edición de 1936 se había agotado rápidamente y que había desaparecido del mercado literario sin que se volviera a editar durante la tiranía de Trujillo desde que Bosch se exilara en Puerto Rico en enero de 1938.²

El olvido de Bosch es evidente cuando leemos las “Palabras del autor para la tercera edición”³ en las cuales se empeña más en dar una explicación de los motivos que le llevaron a escribir *La Mañosa* que en justificar por qué no reeditaba la versión publicada en Cuba. Aunque los acontecimientos que vivía República Dominicana después de la caída de Trujillo y el papel político de primer orden que desempeñaba Bosch en Santo Domingo desde su llegada el 20 de octubre de 1961 y, por consiguiente, su abandono de la actividad literaria en provecho de la política podían justificar este olvido en la

¹ pp.453-454.

² “Al publicarse *La Mañosa*,” explican los editores, “como se ve, todos los adultos dominicanos recordaban esos movimientos armados, que aunque se llamaban revoluciones eran en realidad luchas en las que el país se desangraba sin ninguna motivación ideológica. Tal vez por hallarse tan vivo el recuerdo de esos hechos, *La Mañosa* alcanzó una venta tan rápida que se convirtió en el libro que más se había vendido en el país en ese momento. Pero al salir su autor al exilio, la obra desapareció de la circulación y en más de veinte años sólo fue leída por los que podían conseguir prestado un ejemplar de algún amigo que lo conservara oculto.” “Nota de los editores”, en *La Mañosa, la novela de las revoluciones*, 3ra. edición, Santo Domingo, Editorial Librería Dominicana, 1966, pp.7-8.

³ *Cfr.* pp. 453-454.

publicación de 1966. Sobre todo si se toma en cuenta que el autor aportó ciertas correcciones a la edición de la Librería Dominicana. En cuanto al editor Julio Postigo es evidente que ni siquiera tuvo en sus manos la publicación de *La Verónica*, pues el subtítulo “edición revisada” induce a tomar la edición cubana como la versión definitiva: “*La Mañosa* fue publicada originalmente por la Editorial El Diario, de Santiago de los Caballeros, como hemos dicho ya, en el mes de junio de 1936. De ella se hizo otra edición en La Habana, en el año 1941 [*sic*], en *La Verónica*, que dirigía el malogrado poeta español Manuel Altolaguirre. La presente, que entregamos al lector dominicano, es la tercera, y al mismo tiempo la segunda edición dominicana.”⁴

En la edición de 1974⁵, y en las que se hicieron después, figuran variantes que coinciden con la edición de Cuba. Sin embargo, ese olvido de Bosch en 1966 y el descuido de Julio Postigo en su edición de la Colección Pensamiento Dominicano han impedido, hasta la edición de Industrias Banilejas en 2004, que se tenga una edición cabal de *La Mañosa*⁶, sin el subtítulo “la novela de las revoluciones”.⁷

Para restituir al lector *La Mañosa* tal y como Bosch la corrigió en 1940 y, al mismo tiempo, mostrar todas las variantes que comporta la obra, hemos tomado como edición definitiva la cubana de 1940 e incluido las variantes en notas. De

⁴ “Nota de los editores”, *op. cit.*

⁵ BOSCH, Juan, *La Mañosa, novela de las revoluciones*, 4ª edición, Santo Domingo, Edición Especial 74.75, 1974, 198p.; 19cm. (Colección Edición Especial; 1). Cfr. pp. 455-456, de esta edición.

⁶ El subtítulo fue modificado en 1974 al suprimirle el artículo, que tampoco figura en las sucesivas.

⁷ En su tesis *La obra narrativa de Juan Bosch* (tesis de la Universidad de Puerto Rico, edición mimeografiada, 1980, 326p.), Iván Salvat Méndez estudia las variantes de *La Mañosa*, pero desconoce la edición de Cuba de 1940 lo cual desvirtúa completamente su estudio.

manera que las revisiones a la edición príncipe de 1936 son señaladas al pie de página en números arábigos. Las que corresponden a las ediciones de 1966, 1974, 1976 y siguientes figuran con las letras “a”, “b” y “c”, respectivamente, Bosch realizó cambios en 1966 que no aparecen en la edición cubana. Así mismo procedió al revisar la novela para las ediciones de 1974 y 1976⁸. A partir de esta última se trata de reimpresiones. Pero es necesario señalar que muchas de las variantes de 1976 podrían ser interpretadas como errores de dactilografía al momento de la composición de la obra para la nueva edición. Me permito la observación porque estos se repiten en varias reimpresiones de la novela porque permanecieron en las planchas que servían entonces a la Editora Alfa y Omega para reproducir la novela. En cambio, otras de las que se reportan en las ediciones a partir de 1976, figuran manuscritas por Bosch, en un ejemplar de la edición de 1974 que me facilitó la Fundación Juan Bosch. A partir de 1976, cuando se inició la colaboración con Alfa y Omega, Bosch no volvió a corregir su novela. No hemos tomado en cuenta las ediciones homenajes que se publicaron con motivo del 90 aniversario de Juan Bosch ni las posteriores, pues el autor, por razones de tiempo primero y de salud después, sólo autorizó su publicación pero no intervino en ellas.

Es importante resaltar, además, que se trata de diferentes ediciones de *La Mañosa* y no de versiones diferentes de la novela. La revolución es el “personaje” central y todo gira a su alrededor. Se trata de ediciones semejantes con variantes: supresión de división de capítulos con respecto a la edición príncipe, en la de Cuba en 1940 y en las de 1966, 1974, 1976 y siguientes en Santo Domingo. Hay casos, como se puede observar en esta

⁸ BOSCH, Juan, *La Mañosa, novela de las revoluciones*, 5ª edición, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1976, 220p. 21cm.

edición, en que una variante, además de la que corresponde a la edición de 1936, coincide con el cambio realizado por Bosch en 1940. Por ejemplo: “Yo me vuelvo *pa* casa.” (p.135). Lo que significa que en 1936 figuraba “...*para*...” y en 1966, 1974, 1976 y siguientes, “...*pa*...”, como en la edición cubana. Una muestra de que Bosch también la hubiera revisado si hubiese trabajado con la edición de La Habana. Existe también el caso en que hay diferencia entre una y otra edición posterior a la de 1966. Así en: “...toda la *pierna*” (p.131); “...*pierna*” es conservado en 1966; en las ediciones siguientes, en cambio, figura “*pata*” (en ambos casos sin exclamación). Lo que significa que las revisiones de 1974 y 1976 son pues variantes de las ediciones de 1936, 1940, 1941 y 1966.

Por otro lado, hay una frase que fue suprimida en 1966 y en las ediciones siguientes que no tiene razón de ser, pues se trata de un error de dactilografía que ha hecho carrera: “...a menudo. *Cuando padre estaba no podía hacerlo [rezar], porque él se oponía, a veces con burlas, a veces con pleitos. A la verdad...*” (p.35). Lo que está en cursivas desaparece en la edición de La Librería Dominicana por un salto de línea en la composición del texto que se hacía a partir de la edición de 1936. Un empastelamiento que ni el mismo autor, que revisó la obra, se dio cuenta. Las conjeturas ideológicas, si se presentaran, no tienen sentido, pues Bosch al publicarse la obra ya había perdido las elecciones de junio de 1966 y no era hombre de alterar su obra de ficción por razones electorales. Recordemos que sus posiciones políticas se radicalizaron hasta declararse marxista en 1975, llegando incluso a declarar públicamente en 1986, poco antes de las elecciones presidenciales de ese año para las que era candidato, que no creía en Dios.

Los grandes cambios que operó en *La Mañosa* en 1940 tampoco los recordó en 1974. En “Palabras para la edición especial”, se limita únicamente a hacer una presentación más

sociológica que literaria; explica su nueva visión del mundo y la importancia de esas guerras intestinas en la movilidad social dominicana: “El general Fello Macario,” escribe Bosch, “que tuvo otro nombre, desde luego, nacido en un campo de Bonao de una familia bajo pequeño burguesa pobrísima, se hizo general con dos o tres asaltos audaces, y como tenía presencia y autoridad natural pasó a comandante de armas y a gobernador, pero apenas aprendió a firmar; ahora bien, al morir era dueño de una finca”⁹. No obstante debemos tomar en cuenta que muchas de las variantes de las ediciones posteriores a 1966 se hubieran reportado también en la edición cubana si ésta hubiera servido de base a la de la Librería Dominicana.

La primera edición de *La Mañosa*, recordemos, se inicia con estas palabras: “*Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche agujereada de estrellas:*”. Este principio, como si se tratara de una nueva redacción, experimenta un cambio radical, aunque conserva lo esencial, en la edición cubana: “Así contaba el viejo Dimas cierta noche:”. Una supresión de lo superfluo en provecho de la acción y más acorde con las nuevas concepciones literarias de Bosch luego de dos años de exilio en Cuba y después de haberse dado cuenta, al escribir “El río y su enemigo”, de que dominaba, según sus propias palabras, la técnica del cuento. Es cierto que no había hecho aún pronunciamientos teóricos sobre el género, pero tanto en sus “Características del cuento” como en *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos* insiste en que en el cuento no debe haber digresiones, lo cual confirma en su último trabajo teórico sobre el género: “En el cuento no puede haber digresión porque la digresión, ya lo dice la palabra, saca la atención de aquello en que está

⁹ p.455.

ocupada para llevarla a otro asunto, y en el caso del cuento la distrae de lo que va a ser contado. La distracción cabe en la descripción de uno o varios detalles de lo que se describe, pero en un cuento no cabe nunca. Precisamente, lo que tiene que conseguir el autor de un cuento es lo opuesto: que su lector se mantenga con toda su capacidad de atención puesta en lo que va leyendo. Que el cuento termine abruptamente, por sorpresa, sacudiendo al lector, o que no tenga ese tipo de final, es una condición secundaria si el cuento mantiene al lector dominado de palabra en palabra a tal punto que le sea imposible, sin que él sepa por qué, liberar su atención y ponerla en otro asunto.”¹⁰

Los cambios en la edición príncipe son inducidos por su teoría, aún implícita, que luego figurarán en sus *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos* de 1958. Sin embargo, además de lo que luego plantearía en su conferencia de Caracas, suprime, de entrada, el subtítulo “la novela de las revoluciones”. La simplificación, como todo acto de revisión en literatura, no es gratuita. Al dejar únicamente *La Mañosa* se evitaba una explicación al público cubano y de lengua española¹¹, pues hubiera tenido que explicarles de qué revoluciones se trataba.

¹⁰ BOSCH Juan, *Textos culturales y literarios, op. cit.*, p.195.

¹¹ Bosch había comenzado a hacer contactos con editoras extranjeras desde su salida de Santo Domingo en enero de 1938, según consigna en carta a su amigo Mario Sánchez Guzmán fechada en San Juan, Puerto Rico, el 8 de agosto de 1938: “Y ya verás: acabo de recibir otra carta de la Argentina; es de la empresa editora ‘ALA’: van dos párrafos: ‘Le rogaría que me haga llegar en la brevedad posible un ejemplar (de *La Mañosa*), pues aquí en Buenos Aires es imposible conseguirlo’ (Este párrafo alude a negociaciones para hacer una edición de *La Mañosa*, no menor de 10,000 ejemplares). Otro: ‘Además creo que después de haber escrito *La Mañosa* Ud. dará en *El Pueblo* una obra de inigualable valores. Esa es la obra que queremos publicar.’ Y más abajo: ‘Le ruego me envíe un retrato de reciente data y su biografía para que ésta figure en los archivos de esta empresa.’” En PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Juan Bosch, imagen, trayectoria y escritura, op. cit.*, p.47.

Esta supresión se reporta también en las ediciones posteriores a las de 1974. En cuanto a la frase inicial de la edición cubana, cuando observamos la transformación experimentada en 1940 le acordamos crédito al consejo que daba Kipling, según reporta Bosch, a sus lectores que “refiere que para él era más importante lo que tachaba que lo que dejaba [...]”¹²; pero también a su propia conclusión sobre la acción en el relato: “Es en la acción donde está la sustancia del cuento. [...] el cuentista debe usar sólo las palabras indispensables para expresar acción. [...] Miles de frases son incapaces de decir tanto como una acción. En el cuento, la frase justa y necesaria es la que dé paso a la acción, en el estado de mayor pureza que pueda ser compatible con la tarea de expresarla a través de palabras y con la manera peculiar que tenga cada cuentista de usar su propio léxico.”¹³

En las ediciones de 1966 en adelante, como en la de 1940 naturalmente, muchas de las variantes van parejas con su teoría explícita del cuento. Por ejemplo, suprime el adjetivo “roja” que calificaba la mirada de la madre en 1936 y 1940: “Suspensa sobre todos, ardía la *roja* mirada de mi madre” (p.9). Esta variante, así como todas las que corresponden a la supresión de frases, adjetivos, descripción de gestos de algunos personajes son realizadas en provecho de la acción y del ritmo de la narración. Bosch tenía una opinión muy particular sobre *La Mañosa*, consideraba que le había salido muy lírica y eso fue lo que trató de evitar en la exhaustiva revisión para la edición de 1940 en Cuba: “Hay algo que no me gusta de *La Mañosa* y es que me salió demasiado lírica. Hay muchos momentos en que más que novela es prácticamente poesía, pero poesía mala, poesía pobre. Eso no me resulta extraño a mí porque

¹² BOSCH, Juan, *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, op. cit., p.17.

¹³ *Ibid.*, p.38.

en esos tiempos, cuando yo escribía *La Mañosa*, un poco antes sobre todo, escribía versos también. Versos sin ninguna importancia, pero los escribía, me salían solos. A mí en realidad me sorprende el hecho de que *La Mañosa* haya conservado una vigencia tan larga. De los libros míos, tal vez es el que más se vende y su venta sigue siendo como si no hubiera pasado el tiempo.”¹⁴

Del mismo modo el autor suprime, además, redundancias y hace correcciones de estilo: “La había enterrado *poco antes de morir* en un botado...” (p.100); al suprimir el miembro de frase en itálicas elimina una explicación que importa poco a la acción del relato. En ese mismo orden de ideas hay que considerar la eliminación de la descripción de los personajes. Esta variante es frecuente para dejar a la imaginación del narratario¹⁵ todas las menudencias del personaje. Por ejemplo:

¹⁴ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Entrevista filmada (inédita) con Juan Bosch*, op. cit.

¹⁵ Narratario, según entiende Gerald Prince, es ese personaje de ficción al que se dirige el narrador: “Toda narración, oral o escrita, que reporte acontecimientos verificables o míticos, que cuente una historia o una simple serie de acciones en el tiempo, toda narración presupone no sólo (al menos) un narrador sino también (al menos) un narratario, es decir a alguien a quien el narrador se dirige. En una narración-ficción —en un cuento, una epopeya, una novela— el narrador es una criatura ficticia, como su narratario.” (PRINCE, Gerald, “Introduction à l'étude du narrataire”, en *Poétique* 14, Paris, Editions du Seuil, 1973, p.178). Gérard Genette, por su parte, dice que como “el narrador, el narratario es uno de los elementos de la ficción narrativa, y se coloca necesariamente en el mismo nivel diegético; es decir que no se confunde más a priori con el lector (incluso virtual) como el narrador no se confunde tampoco con el autor” (GENETTE, Gérard, *Figures III*, op. cit., p.265). Sin entrar en esta diferencia, Wolfgang Kayser también está de acuerdo en que “en el arte del relato, el narrador no es nunca el autor, conocido o aún desconocido, mas un papel inventado y adoptado por el autor” (KAYSER, Wolfgang. “Qui raconte le roman?”, en *Poétique du récit*, Paris, Editions du Seuil, Coll. Point, 1977, p.71). Por otra parte, a propósito de la novela en primera persona, Michal Glowinski explica: “Una historia puede tanto informar al lector como desinformarlo. En otras palabras, en el relato en primera persona, el hecho de que el narrador disponga de cierta información es tan importante como el hecho de que no la tenga” (p.230). Y agrega más adelante: “Por ‘paradoja narrativa’ hago referencia al fenómeno siguiente. Al comenzar su historia, el

“Tomó asiento en una silla vieja.” Reemplaza: “Tomó asiento en una silla vieja; *sacó el roñoso cachimbo de un bolsillo, tabaco del otro y un sucio palo de fósforo de entre el sombrero*” (p.26). Una economía de palabras más acorde con sus nuevas concepciones literarias en 1940. Hay que agregar que el cachimbo estaba entre los hábitos de los campesinos del mundo de *La Mañosa* de manera que no era necesario el gesto de Simeón. Las supresiones o mutilaciones textuales siempre van en provecho de la acción. Es interesante observar también que el narrador se priva, en la nueva versión de *La Habana*, de revelar las intenciones de algunos de sus personajes: “José los interrogaba a todos y como al descuido preguntaba por gentes del Bonaó. *Bien se veía que vivía alimentando el deseo de vengarse. Dimas...*” (nota 10, p.83). Al ocultar las intenciones de José Veras en la nueva edición logra, por medio de este recurso narrativo, abrir las posibilidades al personaje y al mismo tiempo al relato que, como dice Genette, “sabe más de lo que dice”¹⁶. La focalización, siguiendo siempre la terminología empleada por el teórico francés es, en este caso, externa¹⁷. Este recurso, así como los detalles de los gestos de algunos personajes, se aplica con frecuencia en la versión de la novela editada en Cuba.

Es importante señalar que el procedimiento de economía de palabras a favor de la acción es más frecuente en las ediciones de 1974 y 1976 que en la de la Librería Dominicana. En

narrador tiene de su sujeto un saber total, pero lo revela por etapas, y no de entrada. El narrador da la impresión de que la historia se desarrolla en una temporalidad paralela a la sucesión de acontecimientos tal y como son contados” (GLOWINSKI, Michal, “Sur le roman à la première personne”, en *Esthétique et poétique: textes réunis et présentés par Gérard Genette, op. cit.*, pp.232-233). Trad. GPC.

¹⁶ GENETTE, Gérard, *Figures III, op. cit.*, p.213.

¹⁷ “[...] popularizada entre las dos guerras por las novelas de Dashiell Hammet, en las que el héroe actúa entre nosotros sin que se nos permita nunca conocer sus ideas o sentimientos...” (*Ibid.*, p.207).

1966 Bosch no tenía tiempo para dar un vistazo a la obra como lo hizo en la Edición Especial de 1974 que puede considerarse como la última que corrigiera personalmente. Los cambios que se reportan en la quinta, publicada por la Editora Alfa y Omega en 1976, son menos significativos. No obstante el consejo de Kipling, cuando la acción lo requiere, el escritor agrega (en la edición de 1940, únicamente) pequeños relatos que juegan la función de introducción a un capítulo, por ejemplo. “¡Qué sorpresa la que nos dio José Veras! Llegó de golpe, y de golpe empezó a explicar:” (p.129); y: “A menudo se quejaba el viejo Dimas:” (p.159), agregados que disminuyen el ritmo de la escritura de Bosch. Lo mismo hace con adjetivos, frases o miembros de frases que son necesarios a la narración: “...a pesar de que nadie sabía cuando podía aparecer *una columna armada*, la gente se preparaba a bailar” (nota abc, p.62). Una variante a la edición de 1936 que hace más claro el relato y no figura en la de La Habana en 1940.

Las variantes, naturalmente, se agrupan en grandes renglones que van del estilo a las correcciones gramaticales pasando incluso por restitución del habla campesina, cambios de puntuación, supresiones de episodios y la creación de un capítulo en la primera parte de la novela. Sólo un nuevo capítulo destaque, estructuralmente, la edición de 1940 de la de 1936. En realidad no es un nuevo capítulo, se trata de la transformación de los últimos cuatro episodios del capítulo II de la edición príncipe en el capítulo III de la de La Habana. La variante se explica porque el capítulo II es una analepsis completiva de los padres del narrador, la compra de la Mañosa, la historia de su nombre y de todo lo que permite al narrador hacernos partícipes de la manera cómo la familia llegó a El Pino. En el nuevo capítulo III el narrador retoma la historia y la preparación del próximo viaje de Pepe, el *pater familias*.

En el capítulo III, siguiendo el criterio de evitar “palabras de más”, Bosch suprime dos frases que disminuían el ritmo del relato. Esta acción le permite, al mismo tiempo, suprimir la marca de división del capítulo e imprimirle una aceleración a la historia¹⁸. Hay que hacer resaltar que la supresión de ciertas divisiones en algunos capítulos obedece al criterio de unidad de tiempo y espacio de la narración, pero también a lo que Bosch estaba tratando de poner en práctica desde 1938, cuando escribió “El río y su enemigo”: “Por ejemplo, una de las dificultades que yo tenía era pasar de una escena a la otra. ¿Cómo resolvía eso? [...]. Ese problema lo resolvía poniendo tres asteriscos, dividiendo el cuento; pasaba de una escena a la otra en esa forma. Pero cuando aprendí a hacer el cuento de una sola tirada ya no tenía que dividir las escenas con asteriscos, sino que pasaba de una escena a la otra utilizando la palabra, con naturalidad”¹⁹. A pesar de que en este caso se refería a sus cuentos no deja de tener validez en *La Mañosa*.

Sin embargo, no se le puede dar un absoluto crédito a la supresión de la división en el primer capítulo de las ediciones de 1966 y posteriores, porque no obedece al criterio de separación espacio-temporal que predominó en la edición cubana. Para reforzar nuestra opinión, observemos que la supresión del episodio en las ediciones dominicanas de 1966 y posteriores (*cf.* nota abc, p.6), se debe a un error de composición en 1966 que siguió repitiéndose en las ediciones sucesivas, pues no obedece al criterio que utilizó Bosch para hacerlo, en otros casos, en 1940 (*cf.* nota 12, p.9).

Ahora bien, la supresión de la marca de episodio que figura en esas ediciones dominicanas si se justifica: “Pasó una hora

¹⁸ *Cfr.* Nota 9, p.25.

¹⁹ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, *op. cit.*, p.65.

y pasaron dos” (p.188). Una suerte de relato sumario²⁰ que imprime una aceleración a la novela y hace redundante la división del capítulo, pues marcar la escena (o episodio) por asteriscos o espacios en blanco, además de significar un cambio de ritmo, expresa, además de un cambio espacial, el paso del tiempo. Si se analiza con detenimiento el resultado de la supresión de la escena —excepto los casos en que suponemos que se trata de errores tipográficos reproducidos a partir de 1966—, cada variante, en ese sentido, corresponde a una de las posibilidades que hemos evocado.

Pierre Corneille, el reconocido dramaturgo francés, cuando corregía sus obras, en lugar de mejorarlas hacía de ellas una pieza aceptable, pero dejaba la sensación, según los especialistas, de que la versión anterior era mejor. En Corneille hay, al menos, una explicación: su hermano Jean era el Secretario perpetuo de la Academia Francesa de la Lengua y, en el siglo XVII, la institución luchaba encarecidamente por la unificación de la lengua. El dramaturgo, en sus correcciones, cambiaba las palabras de sus obras por las que estaban aceptadas por la Academia. Esto no quiere decir, evidentemente, que las versiones corregidas no tuvieran valor literario.

En la edición cubana de *La Mañosa*, en cambio, Bosch se rebela contra el cultismo de la lengua y restituye en los diálogos, sin exagerar, el habla campesina. De manera que se

²⁰ “Una de las funciones más importantes y más frecuentes del relato sumario es contar rápidamente un período del pasado. El novelista, luego de habernos interesado en sus personajes contándonos una escena, da rápidamente marcha atrás, luego adelante, para darnos un breve resumen de su historia pasada, un sumario retrospectivo.” BENTLEY, Phyllis (citado por GENETTE, Gérard, *Figures III*, *op. cit.*, p.132, nota 1). Genette abunda sobre el tema y considera que “es evidente que el sumario se mantuvo, hasta finales del siglo XIX, como la transición más ordinaria entre dos escenas, el ‘fondo’ del que sobresalen, y por consiguiente el tejido conjuntivo por excelencia del relato novelesco, cuyo ritmo fundamental se define por la alternancia del sumario y de la escena.” Trad. GPC (*ibid.*, p.131).

producen cambios en el verbo “estar” en todos los tiempos y personas en que puede ser apocopado: “está”, por ejemplo, usual en la edición príncipe aparece entonces en la publicación de *La Verónica* como “ta”; lo mismo sucede con la preposición “para” que también está apocopada: “Taita —me respondió—, *para* mí que esa culebra no *está* bien muerta” (notas 5 y 6, p.6). Esta variante sólo se produce cuando el que habla es un campesino, nunca Pepe, el padre del narrador que además era español y, naturalmente, tenía otro nivel de lengua.

Si comparamos el cambio realizado en 1940 con el habla campesina de los primeros manuscritos de *La Mañosa*, nos damos cuenta de que Bosch había tenido inicialmente esa intención, pero tal vez por temor a la crítica purista de entonces en República Dominicana optó por el español estándar en el habla de los campesinos dominicanos. “Tú juzgarás qué diferencia hay”, escribe Bosch a Mario Sánchez, “entre ‘El Pueblo’ y ‘La Mañosa’. ¿Me acusaron entonces de que no había caracteres ni intriga? Pues me acusarán ahora porque sobran ambas cosas. De algo criticarán, cuándo de poco, cuándo de mucho. Es inevitable que así sea, y es humano y lógico que sea así.”²¹

En Cuba, en cambio, el público y la crítica eran otros. Asumir la lengua de los campesinos dominicanos favorecía la novela y le daba, a pesar del localismo lingüístico, un aspecto novedoso frente a un público extranjero al tiempo que restituía un habla que, como el propio Bosch explica a Bruno Rosario Candelier: “[...] me di cuenta temprano de eso; de que lo importante no era como la gente vistiera o hablara o hiciera las cosas; sino como la gente sintiera. Es decir, me di cuenta no sé por qué; y eso llegó al extremo que en vez de copiar el lenguaje de los campesinos, su prosodia exactamente

²¹ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Juan Bosch, imagen, trayectoria y escritura, op. cit.*, p.46.

como ellos la realizaban, traté de evitar algunas de sus palabras, y usaba otras tal como ellos las pronunciaban, y también sus conceptos; pero no copiaba el lenguaje. Porque yo decía: 'Este lenguaje cambiará; algún día cambiará este lenguaje'. Me daba cuenta de eso. ¿Por qué? Porque veía que las gentes cultas hablaban de una forma diferente."²² Y, más adelante, agrega: "Sin embargo, como mis personajes eran de origen campesino, tenía que ceñirme a un lenguaje que se mantuviera dentro de la atmósfera de la vida campesina; no me refiero al lenguaje de los diálogos, a los parlamentos de los cuentos en que siempre traté de usar por lo menos las palabras de los campesinos, los conceptos de los campesinos."²³

Aunque en las tres ediciones que revisó Bosch a partir de 1966 no se opera la misma revisión que en 1940, elimina las comillas que acompañaban las expresiones campesinas en los diálogos como en la historia que cuenta José Veras al narrador sobre el personaje "Pata e Cajón". En esas ediciones elimina las comillas que figuraban en 1936 y que sobrevivieron a la pluma correctora de Bosch en 1940 (*cf.* nota abc, p.68).

Igualmente restituye, en las posteriores a 1974, el uso de "usted" muy usual en los campesinos dominicanos: "Decían que era un extranjero blanco como su taita" (*cf.* notas 4 y c, p.100). El cambio no se produce únicamente con relación a 1936 sino también con respecto a la de 1940 en la que al reemplazar "taita" por "don Pepe" evita la fórmula de cortesía. Pero al mencionar al personaje por su nombre y no por los lazos de parentesco con el narrador, logra mayor precisión.

En las variantes del texto de 1940, Bosch no busca embelesar su novela, más bien trata de mejorar la escritura y de cambiar palabras por otras más apropiadas. Variantes que se

²² ROSARIO CANDELIER, Bruno, en *En primera persona...*, *op. cit.* p.86.

²³ *Ibid.*, pp.87-88.

producen también, aunque con menos rigor, en las ediciones de 1966 y posteriores y en las que se impone más la estilística, por ejemplo, que la corrección gramatical y de gazapos que se filtraron en la de 1936, como se puede juzgar en las variantes que aparecen al pie de página en nuestra edición crítica de *La Mañosa*, en 2004. Sin embargo, también en su última revisión de la novela, en 1976, se preocupó por el uso preciso de las palabras. A guisa de ilustración podemos citar: “Pero después, a la anochecida, empezaron a llevar peores noticias...” (nota c, p.164), reemplaza “llevar” por “llegar” dándole a la acción un carácter más propio. Igualmente corrige imprecisiones que sólo se reportan en las ediciones de 1974 y 1976.

Ahora bien, hay una variante que sólo se reporta en 1976 y que me parece un error de Bosch, es el cambio que concierne al episodio de la pesadilla del narrador producto de la historia de aparecido que le había contado Momón. Después del horrible sueño es el padre quien se ocupa del niño, cuando en las ediciones anteriores quien le unta el “aguardiente con romero” es la madre. En edición publicada en 1974, es Bosch quien corrige, de su puño y letra, y consigna: “la *mano de papá*, untada de aguardiente con romero” (nota c, p.102). El cambio se debe, está claro, a un acto de inatención del autor²⁴, pues, aunque no se mencione en ese momento, el gesto corresponde más a la madre, como en las ediciones anteriores, que al progenitor. Si observamos las costumbres del hogar del narrador, es la madre quien se ocupa en realidad de los niños. De manera que esa función materna tiene un valor iterativo

²⁴ Es así como figura en el ejemplar de *La Mañosa* (4ta. Edición, *op. cit.*, p.112), que me prestara la Fundación Juan Bosch. Parece que al corregir un empastelamiento, al final del tercer párrafo de la página 112 en donde se lee: “Y junto con ella, *la mano de ma-/pá*, untada de aguardiente con romero.” Por confusión el escritor anotó “papá”, en lugar de “mamá”.

en la novela, como lo entiende Genette: “Este tipo de relato, donde una sola emisión narrativa asume el conjunto de varias ocurrencias del mismo acontecimiento (es decir, una vez más, varios acontecimientos considerados en su única analogía), lo llamaremos relato iterativo”²⁵.

Este cambio, como casi todos los que realizó el autor de *La Mañosa* a partir de 1966, confirma que no recordó el inmenso trabajo que había hecho para la edición cubana en la que no se operó este tipo de variante. Cuando una familia desconocida, para el narrador y sus padres, se detiene en la casa huyendo de la revolución, la falda de la señora es azul. En la edición de Cuba es negra,²⁶ y es lógico, pues la mujer lleva luto por la muerte de un hijo.

Es asombroso que Bosch haya olvidado, al reeditar la novela en 1966, la edición de la imprenta La Verónica de La Habana. Olvido, porque no hay ningún argumento literario ni político que lo justifique. Hay que admitir, sin embargo, que en las ediciones dominicanas que se hicieron luego de su segundo exilio que terminó el 25 de septiembre de 1965, y mientras su capacidad intelectual se lo permitió, por encima incluso de su responsabilidad política, manifestó siempre un gran interés por su obra literaria y por el idioma español. “Las confusiones mentales e ideológicas,” dice Bosch, “la falta de cultura, la idea de que no hace falta dominar la lengua española para escribir versos, para escribir cuentos o para escribir una novela. La idea de que cualquiera que hable puede escribir, es falsa. El idioma hay que conocerlo muy bien, es la materia de la poesía, de la novela y del cuento. En pocas palabras, el idioma es la materia de la obra literaria y esa materia hay que conocerla, hay que dominarla, como el pintor tiene que conocer su pintura,

²⁵ *Figures III*, (Trad. GPC), *op. cit.*, p.148.

²⁶ “Detrás caminaba la mujer, con falda *azul* y blusa blanca.” Nota 5 p.144.

tiene que distinguir entre la pintura blanca, la pintura verde, la pintura amarilla y la roja; tiene que saber que cuando mezcla el azul y el rojo va a producir un morado, y cuando mezcla el amarillo y el verde, tiene que saber qué color va a producir. [...] El escritor, sea poeta, sea novelista, sea cuentista, sea periodista o ensayista, tiene que conocer muy bien su materia, que es nuestra lengua. ¿Cuál es nuestra lengua? La española. Eso no quiere decir que tú no introduces como poeta dominicano, en la poesía que tú escribas o en el cuento que hagas o en la novela que elabores, vocablos dominicanos o las formas de expresarse del pueblo dominicano; sí, lo puedes hacer; pero como una variedad de la lengua española. No es que creas que puedes escribir sin conocer el idioma...”²⁷

Es esa preocupación constante por su lengua que se manifiesta en los cambios que sufrió la primera edición en dos momentos: cuando el escritor dominaba la vida intelectual de Bosch (1940), y cuando el político había desplazado al autor de ficción, pues en 1966 ya quedaba poco de esta primera faceta. Por eso hay dos tipos de variantes en *La Mañosa*, algunas coinciden y tienen un objetivo literario; otras, más frecuentes a partir de 1966, se orientan por el camino de la lengua que había adquirido a fuerza, además de la experiencia de escritor, de trabajo. Ese trabajo constante, como cuenta Guy de Maupassant —uno de sus autores modelos— es el talento. “Me atreví a someterle [*a Flaubert*] algunos ensayos”, dice el escritor francés, “los leyó con agrado y me dijo: ‘No sé si usted tiene talento. Lo que me trajo prueba cierta inteligencia, pero no olvide esto, joven, que el talento —según las palabras de Buffon— no es más que una larga paciencia. Trabaje.’”²⁸

²⁷ PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, “Entrevista con Juan Bosch”, en *Doce en la literatura dominicana*, *op. cit.*, p.78.

Y es ese el talento de Bosch que se revela, una vez más, en las diferentes ediciones corregidas de *La Mañosa* desde 1940 hasta 1976. Reemplaza lo ambiguo, generalmente, por la palabra precisa, adecuada y aunque los ejemplos abundan es necesario una muestra: “Tras el general se adivinaba un *hormigueo* de gente...”, escribía en 1936. Y lo sustituyó por “hormiguero” como “acción y efecto de hormiguar” que, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, tiene valor de: “Bullir, ponerse en movimiento. Se usa propiamente hablando de una multitud de gente o animales.” Hormiguar tiene también la misma acepción, pero hormiguero suele ser menos confuso. En cambio, cuando utiliza “guerra” en lugar de “sangre”: “La *sangre* se había ido con la noche, ensuciando de sangre los ríos...” (p.99), en la edición cubana, la variante se efectúa sin tomar en cuenta la repetición de “sangre”, pues con “sangre”, como se verá al final de la novela, se personificaba mejor al general Fello Marcario. De igual modo cuando prefiere “sonar” a “chillar” en 1966: “En la cocina *sonaba* la voz de mamá” (*cf.* nota abc p.45), el cambio hace menos severa la opinión del niño con respecto a su madre.

No es necesario analizar aquí las variantes que corresponden a la sintaxis ni a la concordancia de tiempo ni tampoco otras correcciones gramaticales cuyo señalamiento es de por sí una explicación en las diferentes ediciones de *La Mañosa*. Por ejemplo, en 1940, Bosch corrige la expresión verbal “ponerse en pie” de uso tan frecuente en su obra. Esa expresión también es corregida en las ediciones de 1966, 1974 y 1976 cuando nos encontramos con la fórmula más frecuente de “ponerse de pie”. Igualmente, el uso de la primera persona del

²⁸ MAUPASSANT, Guy DE, “Le roman”, en *Pierre et Jean* (Trad. GPC), Paris, Ed. Albin Michel (collection Livre de Poche), 1991, p.30.

plural en lugar de la tercera del mismo número, que incluye al narrador en el relato: “Pasados dos días, *empezamos* a dudar de la veracidad del informe” (p.180). Y es lógico que el narrador dé su opinión y se incluya en la historia.

En las variantes de las ediciones posteriores a 1966, como decíamos antes, hay mejor dominio de la lengua y, por demás, es otra época y la lengua, por consecuencia, exige algunos cambios. Así, en 1974 y 1976²⁹ reemplaza “nenes” por “niños”, más frecuente en el español dominicano de 1974.

Por otra parte, hay una réplica de Pepe al general Fello Macario que tiene aire de circunstancia, de época, aunque muy actual. Cuando el padre del narrador va al pueblo para interceder por unos amigos ante el nuevo jefe político, el general Macario, Bosch agrega unas palabras a su personaje que no figuran en la edición príncipe y que pueden dar pie a una interpretación de tipo político —cabe señalar que la obra no cae nunca en el panfleto. En efecto, en el diálogo que se establece entre el General y Pepe, en la edición de 1936 éste se marcha sin responder. En la cubana responde, lo que produce el siguiente resultado: “Vuélvase por aquí, Pepe, cuando esté más calmado. ¡Si usted supiera lo que es esto, lo que se sufre en esta política!” A lo que Pepe replica: “¡Qué política ni política! ¡Política es dirigir y defender, no asesinar! ¡Me dan asco usted y su política!” (p.195). Esa respuesta hace alusión sin dudas a la dictadura dominicana de entonces, esto es, la que había obligado a Bosch a exiliarse. Un exilio que terminaría el 20 de octubre de 1961.

En 1940 hacía dos años que Bosch se había exiliado y un año que había formado, junto a otros compatriotas, el Partido Revolucionario Dominicano. Había salido de su país bajo el pretexto de quebrantos de salud de su esposa, entonces en

²⁹ *Cfr.* nota bc p.147.

estado de embarazo, cuando en realidad no estaba de acuerdo con el totalitarismo ni los crímenes de Rafael L. Trujillo Molina: “Yo no concibo la política al servicio del estómago,” escribe Bosch al dictador el 27 de febrero de 1938, “si no [sic] al de un alto ideal de humanidad. Empeñado en no crearle a los míos una situación amarga, y en interés de adaptarme a la realidad de mi país, yo hice esfuerzos con mi mayor buena fe y, nuevo Galileo, me sometí varias veces a las exigencias del momento. Pero esos sometimientos no hacían si no [sic] crear en mí un estado de ánimo peligroso para el porvenir de mi familia y, desde luego, para el mío. Destruía mi carrera y perdía a mis propios ojos el respeto que yo mismo me debía. Sabía, además, que mientras viviera en la República Dominicana no podía evitar eso, porque tratar de hacerlo era ser enlistado como enemigo, y yo sé por experiencia personal adonde conduce tal designación. De ahí que haya salido de mi país”³⁰.

Finalmente, hay que convenir en que la edición cubana de *La Mañosa* de 1940 es la que comporta las variantes más importantes que sufriera la edición dominicana de 1936. Era la época en que Bosch, como le dice a Trujillo en su carta de renuncia como Jefe del Servicio de Información de la Dirección General de Estadísticas: “Mi destino es ser escritor, y en ese campo, nada podía ya darme el país; y no sería eso sólo causa bastante a hacerme dejar el lugar de mis afectos, si no [sic] que, además de no poder seguir siendo escritor, tenía forzosamente que ser político, y no estoy dispuesto a tolerar que la política desvíe mis propósitos o ahogue mis convicciones y principios.”³¹ La política ganó la partida, pero en el

³⁰ “Carta de Juan Bosch a Trujillo renunciando a su cargo en la administración pública dominicana fechada del 27 de febrero de 1938”, en PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Juan Bosch, imagen, trayectoria y escritura*, op. cit., p.45.

³¹ *Ibid.*

buen sentido. “*La Mañosa*”, escribe para la tercera edición, “fue un esfuerzo juvenil en ese camino de novedades; un camino que dejé abandonado cuando los infortunios dominicanos me forzaron a dedicar mi limitada capacidad de escritor a la lucha política.”³² Y fue esa actividad la que le hizo olvidar sus aportes a la novela en la edición de La Habana y a corregir someramente las ediciones de 1966 en adelante.

Las variantes, correcciones gramaticales, agregados y mutilaciones de que fue objeto, durante cuarenta años (1936-1976), *La Mañosa* y que figuran en esta edición crítica, representan en la obra literaria de Bosch una evolución que va pareja con su concepción del dominio de la lengua española, principal instrumento del escritor, con su teoría explícita de la literatura que consiste en evitar detalles superficiales, el lirismo inútil y otras digresiones que tanto afectan el ritmo de la narración, en favor de la acción en el relato. Este trabajo, que se extiende pues del primer al cuarto manuscrito hasta la última edición revisada y corregida por el autor, no es más que la historia de la escritura o, tal vez, la arqueología de ese mundo imaginario que se recrea en *La Mañosa, la novela de las revoluciones*, primera ficción de largo aliento de Juan Bosch.

³² p.454.

LA MAÑOSA*
NOVELA
EDICIÓN REVISADA

* En esta edición de la imprenta La Verónica de Manuel Altolaguirre, La Habana, 26 de enero de 1940, Bosch suprime el subtítulo *la novela de las revoluciones* de la edición príncipe de 1936 y lo reemplaza por *novela y edición revisada*. (La segunda edición cubana, La Habana, Editorial Lex, 1941, es una reimpresión de la de 1940 que corrige las errata y no introduce variantes). Esta modificación no aparece en la de 1966 que es una nueva edición a partir de la de 1936 introducida con unas “Palabras del autor para la tercera edición”; en la de 1974, también partiendo de la de 1966, el título sufre una ligera modificación: *novela de las revoluciones* y unas “Palabras para la edición especial”; en las ediciones posteriores a la de 1974, con variantes en relación a esta última, desaparece el subtítulo y se conservan los dos prefacios de Bosch a las ediciones de 1966 y 1974 respectivamente.

PRIMERA PARTE
REVOLUCIÓN

I

Así contaba el viejo Dimas cierta noche:¹

—Yo andaba con uno de mis muchachos buscando caoba; ya teníamos buen trecho caminando cuando topamos la culebra...

Estábamos en la cocina. Las llamas del fogón se alzaban y removían incansablemente. Pepito y yo atendíamos a Dimas, mientras papá hacía chistes sobre la lentitud con que mamá preparaba el café.

El viejo² explicaba:

—Dende la madrugada habíamos cogido el camino, porque yo sabía que la caoba no se orillaba mucho.

Se detuvo y miró la tierra dorada del piso.³

—Dicen que si uno ve un animal de esos y no lo mata, el animal lo maldice. Asigún cuentan son obra del Enemigo Malo.

Mamá, que iba vaciando el café en el colador, exclamó, toda la arisca mirada^{abc} clavada en Dimas:

—Jesús! Ave María Purísima...

Allí, sobre el hombro de madre, estaba la cara de papá, y una sonrisilla maliciosa rompió a bailar entre sus labios.

¹ *Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche agujereada de estrellas:*

² El viejo *Dimas*...

³ Se detuvo, miró la tierra dorada del piso y *prosiguió:*

^{abc} ...exclamó, *con la* mirada...

***^{abc}

Eran mansas como vacas viejas aquellas noches estrelladas del Pino. A veces iba Simeón; tarde, después de ver la novia, se detenía en la puerta Mero; una que otra noche no iban ni el uno ni el otro; pero jamás faltaba Dimas. Si llovía entraba el agua en la cocina y se tertuliaba en la casa; bebían café, hablaban de la cosecha, de los malos tiempos, de la muerte de algún compadre. De mes en mes reventaba la luna por encima de la Encrucijada. Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros, subía las lomas distantes de Cortadera y Pedregal, engrasaba las hojas de los árboles que orillaban el Yaquecillo y pintaba de azul las tablas de la vieja casa.

Aquella noche estaba dorado el cielo. Unas nubes berrendas salían por detrás de las lomas y se tragaban las estrellas. Dimas contaba:

—Asina que vide ese animal tan tremendo, tan negro, desenvainé el machete y le tiré dos veces; pero la maldita tenía el cuero duro y nada más le partí el espinazo sin cortarla. Verdá es que el machete no taba⁴ bien afilado, por mucho que el muchacho estuvo dándole en una piedrecita vieja que hay en casa. Bueno, se fué el bicho, yo creía que a morirse lejos, y como yo no lo diba a seguir entre tanto matojo, le dije al muchacho: “Sigue, hijo, que horitica se mete la noche”. “Taita —me respondió—, pa⁵ mí que esa culebra no ta⁶ bien muerta”. “Ni te apures... Esa condenada ha dío a morirse por ahí”... ¿Morirse?... Bueno.

^{abc} En las ediciones de 1966, 1974 y siguientes, esta división es suprimida.

⁴ ...estaba...

⁵ ...para...

⁶ ...está...

La cocina estaba llenándose con el olor del café que humeaba. Las llamas se ahogaban bajo la marmita⁷. En todas las paredes bailaban esas llamas diminutas⁸.

—Bueno... —el viejo parecía estar rezando—. Yo apuraba el paso, porque tábamos⁹ a boquita e noche y no quería que nos cogiera en el monte. Asina que, ya cansado, alcanzamos el rancho del viejo Matías. “Vamos a dormir en la cumbre, muchacho”. “Taita, no tenemos ni una yagua, y ahí nada más hay varejones podridos”.

El rancho del viejo Matías ya no era rancho^{abc} ni pertenecía a nadie. Atrás, muy atrás, cuando aún estaba joven el padre de Dimas, Matías había construido aquella vivienda, bien metida en la loma. Vivía cazando, persiguiendo reses cimarronas. Pero los animales fueron abandonando lentamente el sitio, seguidos por manadas de perros jíbaros, y un día el hombre se vió forzado a dejar el rancho. Tomó los firmes de la cordillera, siempre tras las huellas de las reses, barbudo, silencioso y recio; bajaba de año en año, en busca de pólvora o a vender pieles. Después descubrió que el Bonaó le quedaba más cerca, y ya no volvió. Se sabía de él en el lugar por las noticias que traían las escasas recuas; poco a poco se destiñó su figura y con el tiempo desaparecieron cuantos le habían conocido.

Matías se fué; pero su rancho quedó. A la cuenta de días, el viento vagabundo le perdió el respeto y empezó a arrancarle yaguas, reblandecidas por las lluvias; comenzaron después a caérsele tablas,^{abc} al principio en pedazos, más tarde enteras. Iban y venían por los espeques los hilos de comején; gateaban

⁷ ...marmita, *se sacudían, se alzaban y caían*. En todas...

⁸ ...diminutas; y *bailaban también en la frente, en las cejas y en las manos del viejo Dimas*.

⁹ ...*estábamos*...

^{abc} ...Matías *no era rancho*...

los bejucos por los palos. Cuando los monteros descubrieron que allí se podía pernoctar, le limpiaron el frente, trozaron los arbustos que se entrometían por las rendijas, le amarraron pedazos de yaguas. Sin embargo, se monteaba poco: el mismo Matías había empujado las reses hacia el sur, hacia el monte tupido.¹⁰

“El rancho del viejo Matías”, decía la gente. Pero ya no era rancho ni tenía dueño. No era rancho, por lo menos, la noche que llegaron Dimas y su muchacho. Gateando por los espeques ganaron el techo, donde las varas desnudas, ennegrecidas por las lluvias, se derrengaban bajo el pie cauteloso. Pudieron arreglar algo como una cama, casi en la cumbre. Lo hacían tanteando, porque entre ellos y las escasas estrellas estaba la tramazón del monte.

A media noche despertó Dimas. Había oído, entre sueños, un golpe seco. A poco, otra vez: tac. Alzó la cabeza.

—Despierta, hijo¹¹ —recomendó.

Aquel golpe sonó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Parecía medido el tiempo entre uno y otro.

—Alguno de esos varejones rompiéndose —aventuró el muchacho.

—¿Rompiéndose?

Dimas no era hombre de engañarse. Conocía todos los ruidos del bosque. Nunca había oído aquél. Era como algo que caía. A veces los árboles rozan entre sí, cuando hay viento; pero no sucedía eso, o por lo menos, el ruido era distinto.

La voz de Dimas tenía alzadas y caídas. Bajo las cejas tupidas los ojos se le hacían diminutos. No nos miraba, sino que parecía estar acechando algo que pasaba más allá de alguna pequeña rendija.

^{abc} ...*tabla*; *al principio*...

¹⁰ ...*tupido*, *cerrado*, *bruto*.

¹¹ —Despierta, *hijo*...

—¡Hola! —dijo padre.

Entonces Dimas alzó la mirada. En la puerta estaba Simeón, alto, simple, rojo.¹²

En un banco corto,¹³ frente al fogón, tomó asiento el alcalde. Era hombre¹⁴ manso. Tenía entre los dientes un roñoso cachimbo de madera. Cruzó los brazos por encima del vientre y saludó echando humo con cada palabra.

Pepito y yo le veíamos con odio, casi: allí estaba,¹⁵ meciéndose entre nuestros oídos la historia de Dimas. Simeón la había roto en lo mejor.

—Horitica —habló el recién llegado— me dijeron que andan tiznados por aquí.

Impasible, quieto e indiferente como una piedra, ni soltaba el cachimbo para hablar,^{abc} ni se tragaba el humo. Restregándose ambas manos, lo sostuvo un instante entre los dedos para lanzar al rincón un escupitajo negro.

Dimas se acariciaba la blanca barba y miraba al alcalde; padre, lleno de recelos, comenzó a ojearlo. Suspensa sobre todos, ardía la roja mirada^{abc} de mi madre.

Papá rompió el silencio:

—Dudo que sean tiznados.

Simeón cruzó una pierna sobre la otra.

—En lo mismo toy¹⁶ yo. Nadie sabe atrás de qué andan...

Elevó al techo su mirada clara.¹⁷

¹² Suprime los asteriscos (***) de división del capítulo que figuraba en la edición de 1936.

¹³ ...corto y *pulido por el uso*, frente...

¹⁴ ...hombre *bueno*, manso.

¹⁵ ...allí *estaba meciéndose*...

^{abc} ...para *hablar ni*...

^{abc} ...ardía *la mirada*...

¹⁶ mismo *estoy* yo.

¹⁷ ...clara. *En el cobrizo bigote alentaba la llama.*

—De todos modos, Pepe, no conviene descuidarse...

Mamá había hablado. Toda la cara de mi madre era filosa, agresiva.^{abc} En ese momento se le llenaba con el rejuego de la luz.

—Ni tiznados ni na.¹⁸

Dimas había puesto los codos en las rodillas y tenía el cuerpo echado casi sobre las piernas. Las palabras le hacían temblar la barba.

—Ni tiznados ni na. Tan¹⁹ diciendo que de noche tiro-tean el pueblo.

Papá empezó a encender un cigarro. Disimulaba su impaciencia. El, como todos, sabía que de un día a otro estallaba la revuelta. Con la cara metida entre las manos, envuelto en el humillo y en la lumbre de fósforo, medio dijo:

—Vagabunderías, Dimas.

Y después, sacudiendo el palillo encendido:

—Mejor siga con su cuento; me estaba interesando.

Simeón pareció apretarse el vientre. Tenía los ojos entrecerrados y sobre la nariz y el bigote se alzaba el humo espeso de su cachimbo.

—Me tenían escambroso esos golpecitos. “Muchacho, haz candela”. Pero el muchacho no quería. “Eso es algún palo, taita”. Estaba bregando con él, cuando... ¡tac! Ya yo sentía frío en la espalda. “¡Hum! —dije—. Por aquí debe tar²⁰ pe-nando un muerto”.

^{abc} ...*filosa*.

¹⁸ ...*nada*.

¹⁹ ...ni *nada*. *Están...*

²⁰ ...debe *estar*...

No era muerto; no. Cuando el hijo rayó el fósforo^c vieron, casi pegado a los pies de Dimas, un brillo como de carne recién cortada. Algo grueso, rojizo, pegajoso y pesado se movía sobre^c los varejones. El viejo observó detenidamente aquello que parecía estar colgando de mitad abajo. Sin duda alguna, lo que fuera retrocedía. Después... Dimas sintió que la mano de su hijo le apretaba el hombro, le desgarraba la camisa. En los dedos de la otra le temblaba la lucecilla, que se disolvía en la oscuridad. Ahí mismo, ahí enfrente, echándoles encima el calor sofocante de su mirada, un par de ojillos crueles relampagueaban llenos de duros reflejos.²¹ Dimas sintió la sangre subirle a la cabeza y hacérsela crecer, crecer.²² De pronto volvió la cara: el hijo tenía la boca retorcida, retorcido el pezcuezo, retorcidas las cejas.^{abc}

—“Taita, taita, taita”^{abc} —esollaba.

Recuerdo todavía las palabras de Dimas:²³

—Muchacho pendejo... A quién habrá salido.

Y después:²⁴

—Ese animal caminó atrás de nosotros, sabaneándonos como a gallinas. Si no hubiera tenido el espinazo roto, nos ajorca.²⁵ Pero como tenía que enderezarse pa²⁶ saltar los varejones, al llegar al pedazo roto, se le caía. Esos eran los golpes que yo asuntaba.

^c ...fósforo, vieron,...

^c ...entre los...

²¹ ...reflejos. Parecían filos de machetes o de puñal. Dimas...

²² ...crecer, como cuando se emborrachaba. De pronto...

^{abc} ...tenía la boca retorcida.

^{abc} —Taita, taita, taita...

²³ ...todavía la palabras con que esa noche comentó Dimas la actitud de su hijo:

²⁴ Prosiguió después su historieta:

²⁵ ...nos ajorca.

²⁶ ...para...

De pronto Dimas se agarró la barba blanca.

—Pa²⁷ mí esa culebra no era culebra, porque nosotros anduvimos largo y en camino cerrado. Yo creo que era el Enemigo Malo... ¡Tenía los ojos muy encandilados!

Yo levanté los desnudos piecitos, los puse en la silla y,²⁸ con las manos frías y enrojecidas, los sujeté fuertemente.

Trepado en su banco, Simeón sonreía con malicia.²⁹

—Vea compadre —dijo—. Con^{bc} esas pájaras se pasan grandes sustos.³⁰ Dígale a mi compadre Pepe que le cuente lo que nos pasó aquí mismo.

Su mano zurda indicaba la casa; con la otra se echaba sobre las cejas el sudado sombrero de fieltro.

Papá se puso en pie.^{abc} Su sombra se quebró y subió por la pared de tablas de palma.

—No me gusta contar eso, porque me pone nervioso recordarlo. Pasé una noche endiablada.

Tomó asiento de nuevo y se quedó con la mirada sucia, como quien piensa en cosas amargas. Después rompió a decir.

Padre hablaba en voz alta. Simeón, oyéndole, cerraba los ojos y parecía dormir. Contaba papá su experiencia de la primera noche pasada en la casa.

Viajando con la recua había visto repetidas veces el caserón vacío; le gustó el tamaño y el sitio le resultaba conveniente. Un día salió dispuesto a conocerla mejor. Ya en el^{abc} Pino solicitó informes del alcalde. ¡Buen amigo le salió aquel hombre

²⁷ *Para...*

²⁸ *...silla y con las...*

²⁹ *...malicia por entre el humo de su cachimbo.*

^{bc} *...dijo—, con esas...*

³⁰ *...sustos grandes.*

^{abc} *...de pie.*

^{abc} *...en El Pino...*

simple, alto y rojo! La propiedad era de cierto rico viejo,^{abc} que vivía en el pueblo. Padre estuvo recorriendo los potreros, viendo las palizadas, las aguadas, los árboles frutales: todo lo observó y midió. Atardecido salieron al camino real, y con la noche cayéndole encima,^{abc} tomó el camino de la vuelta. Durmió en el pueblo. Al otro día, recién salido el sol, buscó al viejo. Era persona complicada,^{bc} y papá explicó que le encontró junto al fogón, en pantuflas y tocado con gorra de lana. Le estuvo sacando muchas vueltas al negocio; pero de repente se sintió cansado y le dijo a padre:^{abc}

—Cójasela por lo que le dé la gana. Tráigame el dinero cuando le parezca.

—Entonces voy donde el notario —explicó³¹ papá.

—Si usted quiere, vaya; a mí no me hace falta. A usted se le ve la honradez por encima de la ropa.³²

Con una recua que pasaba le envió recado a mamá para que fuera preparando los corotos.³³ El tornó al Pino. Su primer cuidado fué buscar al alcalde de nuevo. Al abrir el caserón lo encontraron lleno de tusas, aparejos viejos, y una gruesa camada de polvo que apagaba las pisadas. Simeón buscó unas cuantas mujeres para que lo limpiaran, y en el primer día apenas pudieron arreglar la habitación mayor, la misma que después serviría de almacén.

^{abc} ...viejo que...

^{abc} ...encima tomó...

^{bc} ...complicada y...

^{abc} ...a papá:

³¹ —argumentó...

³² ...ropa.

Papá se esponjaba de orgullo cuando contaba aquello. Siguió el relato, tras algunas consideraciones sobre su seriedad.

³³ ...“corotos”.

Escasa ya la lumbre del sol, listos para salir, sintieron ruido en el interior.

—¿Qué suena ahí? —inquirió padre.

Era como el canto de un gallo; pero un canto ronco, extraño, impresionante.

El alcalde pretendió ver; pero se devolvió de la puerta, porque estaba demasiado oscuro. Padre le dijo que buscara un trozo de cuaba y Simeón salió. Pero papá, hombre desesperado, no quiso aguardar y se metió en la habitación. Lo primero que sintió fué que había puesto el pie en algo blando y resbaloso. Pensó rápidamente que había pisado alguna gallina; pero a seguidas sintió que aquello se le envolvía en las piernas y le apretaba. Una desagradable sensación de frío le mordía el vientre. Aquel nudo se hacía estrecho; creía que iba a caer. De pronto sintió que otro nudo se le estaba formando más arriba de la rodilla. ¡Dios! ¿Qué diablo era aquello?

—¡Simeón! ¡Simeón! —gritó.

Tuvo que agarrarse a las tablas. Recordó que tenía fósforos. Rayó uno, presa de sus nervios. Simeón entraba ya. El hacho que traía³⁴ se revolvía como copa de árbol en día de viento. Al reflejo de la luz vió padre el animal y le vió los ojillos, fijos y criminales. De pronto aquello dejó caer la cabeza contra el piso. ¡Concho, concho! ¡Y qué culebra! ¡Larga, negra, negra y gruesa como un tronco!

—¡Maldita! ¡Maldita!

Simeón lanzaba palabrotas mientras sacudía el machete, que al choque de la luz se veía también rojo, como otro bicho.

El animal buscó un rincón y ya estaba metiendo la cabeza por allí cuando el alcalde lo³⁵ alcanzó con el filo del arma. Al

³⁴ ...hacho se revolvía...

³⁵ ...la alcanzó...

sentirse golpeado³⁶ se volvió a su perseguidor. Allí en el suelo estaba el hacho, apagándose casi, mientras padre^{abc} seguía la lucha a ojos, como persona ajena a todo. De pronto comprendió, echó a correr y sujetó la tea. Sintiéndose acorralada, la culebra abrió la boca para repeler de algún modo el ataque. Simeón se impresionó:^{abc}

—¡Corra, don Pepe; corra, que me baja!

Una rabia sorda le encendió la sangre y empezó a lanzar machetazos. Parecía loco: tirando golpes, los dos brazos abiertos, las piernas torcidas, mecido el tronco, ya en sombras, ya en luz, enrojado y oscuro, Simeón daba la impresión de un fantasma que hubiera roto en un baile dislocado de borracho.

Al otro día revisaron toda la casa, hasta los aleros; limpiaron el Yaquecillo y quemaron los pendones, para matarles los nidos a las compañeras.

Silenciábamos todos. Pepito, preocupado, preguntó:

—¿Estaba en nuestro cuarto esa culebra, papá?

Pero padre apenas le oyó. Tendía³⁷ la mano para coger la taza de café que le servía madre.³⁸

³⁶ ...golpeada se...

^{abc} ...papá...

^{abc} ...impresionó.

³⁷ Estaba tendiendo la mano...

³⁸ madre.

A través de la ventana se mecía una estrella desflecada, medio escondida por el humo que buía por encima de Simeón.

II

Papá era sujeto de pasiones más que de pensamientos. Rojo, de frente alta, nariz gruesa y labios duros, hubiera parecido criollo a no ser por los ojos. Menudos y azules, de mirada hiriente y honda, los ojos de padre se imponían solos. Tenía el bigote y los cabellos rubios. La palabra se le enredaba entre los dientes, y a veces necesitaba uno verle, además de oírle, para entender lo que decía.

Las ideas se le traducían en tormentos. Todo cuanto pensaba lo veía; y nunca buceaba en un hecho, sino que se dirigía de éste a las consecuencias. Si le decían: “tal^{bc} mulo se quebró una pata”, veía el animal^a renqueando;¹ sufría enormemente, más, de seguro, que la propia bestia. Pensaba: “se morirá; habrá que matarle”.^{bc} Veía el mulo en el instante de la agonía; y sentía la muerte de su carne, ese arrugamiento largo que sufre el cuerpo cuando se le pega un tiro. Si era de noche² no dormía, porque le perseguía la mirada desolada del animal.

Madre no distaba mucho de papá, si bien era más fuerte en sus sentimientos: había que odiar esto o amar aquello; con eso

^{bc} “*Tal...*”

^a ...animal renqueando, *dolorido, silencioso y derrengado*.

¹ ...mulo renqueando, *dolorido, silencioso y derrengado*.

^{bc} “*Se morirá; habrá que matarlo*”.

² ...noche, no...

le bastaba. No podía, como padre, ver lo que pensaba,^{abc} ni le quitaba el sueño nada que no significara peligro para los suyos. No sentía el dolor ajeno de la manera intensa que su marido. Apegada a lo viejo, la mujer, según ella, debía hablar poco, trabajar sin descanso y vivir de puertas adentro.

Mamá era de estatura aventajada. Tenía el cabello gris, anudado siempre en pequeño moño sobre la nuca. La quijada cuadrada le llenaba la cara de rudeza; así como los ojos pardos, casi negros;^{3 abc} y la boca ancha, y la frente plana. Aunque alta. Era escasa de cejas y abundante de canas. Tenía complejión robusta; pero la color desteñida y vacía. Sabíamos que no era saludable; pero lo disimulaba a maravilla, porque trabajaba de sol a sol.

A veces mamá se endulzaba y nos entretenía contándonos historias o dibujando malos muñecos en papel de estraza. Sucedió esto pocas veces: le placía más rezar, lo que hacía con sincero fervor.

Padre parecía más cariñoso, sobre todo cuando volvía de algún viaje largo. Sabía cientos de juegos, miles de cuentos, y cantaba motivos de su tierra con una voz bella⁴ y acariciadora. De mañana nos llamaba a su cama y nos hacía relatos maravillosos de los mulos que hablaban, del río que se iba volando, de las golondrinas que le contaban lo que hacíamos Pepito y yo. Todo esto lo sazónaba con cosquillas, con mordiscos y apretujones que nos hacían reventar de risa. Nada en casa tan alegre, tan jubiloso como los amaneceres. Los aprovechábamos bien, porque al romper el día se hacía padre^{abc} serio, y

^{abc} ...pensaba. Apegada a...

³ ...casi negros, ariscos y recelosos; y la boca...

^{abc} ...casi negros, y la boca...

⁴ ...bella, gruesa, dulce, acariciadora.

^{abc} ...papá...

empezaba a pensar en sus negocios, a trajinar, a dar voces. ¡Oh! ¡Cómo hería la voz de papá cuando no se hacían las cosas según ordenaba! Durante todo el día no descansaba; correteaba de un sitio a otro, del potrero a la casa, de la casa al camino. Y así hasta caer la noche. En la mesa hablaba poco y le gustaba que callaran los demás. Sólo al anochecer volvía a ser el padre cariñoso.

Recuerdo que gustaba⁵ metida ya la oscuridad, de tirarse en el piso y levantar brazos y piernas.

—¡Vengan! —nos decía.

Madre regañaba; hablaba de la ropa sucia, de trabajo, de niñadas y tonterías; pero nosotros no la oíamos, ni la oía padre,^{abc} que nos tomaba por la cintura y nos sostenía en vilo, dándonos empellones hasta que caíamos revueltos en el suelo.

Yo quería entrañablemente a mi padre, porque, a ser sincero, tenía por mí marcada predilección. Decía que yo haría carrera y sufría lo indecible cuando enfermaba. De los dulces, trajes y zapatos, sombreritos o juguetes que traía de sus viajes, lo mejor era para mí. Nunca hería a Pepito, porque mi hermano tenía predilección por cosas distintas: por ejemplo, reventaba de gozo si papá le traía cornetas, sables o tambores, cosas de que yo detestaba; mis grandes placeres me los producían una pizarra, un lápiz, un libro con láminas...

¡Oh, la vida aquella, tranquila, fresca y satisfecha como una tinaja! ¡Todo el campo haciéndose ondulado, ancho y luminoso frente a nosotros; el sustento traído y llevado en aparejos de mulos y serones claros; la salud en risas, el día en trabajos y la noche en cuentos...!⁶

⁵ ...gustaba, metida...

^{abc} ...papá...

⁶ Bosch suprime la división del capítulo. También lo hay en las ediciones de 1966 y siguientes.

Antes habíamos sufrido largo; si no era algo más que sufrir aquello de vivir en perenne huida, amasando la oscuridad y el lodo de los caminos reales, ya sobre la frontera,^c ya cruzándola, volviendo y saliendo. Dos veces estuvimos refugiados en las lomas, mientras la tierra se quemaba al cruce de soldados ardidos.^{abc} Extranjero padre y extranjera madre, ignoraban que en estas tierras mozas de América hay que vivir cavando un hoyo y pregonar a voces que es la propia sepultura. Altivos y trabajadores, el éxito les sonreía en toda empresa. Llegaba la revolución en triunfos, les pedía más de lo que tenían, se negaban a dar, y los perseguía; entraba vencedor el gobierno, y terminaba en lo mismo.

Cansados, transidos, caímos en Río Verde, donde mi abuelo había echado raíces y florecía como árbol de tierra criolla. Hombre de pocas palabras y de muchos hechos, de trabajo largo, de arrogante figura; alto, oscuro, imponente, mi abuelo se hizo en pocos años el amo^{abc} del lugar. A su amparo empezó para nosotros la paz anhelada, o, lo que es lo mismo, podía papá echarse por esos caminos de Dios en busca del sustento, mientras nosotros permanecíamos en casa. Padre levantó recua y con ella llegaba a los confines del país. Se iba cargado de andullos, de tabaco, de cacao, y retornaba con lienzos, jabón, azúcar... Muy de tarde en tarde se hablaba de revueltas; pero en general se vivía dulcemente, sin que nos sacudieran malas noticias ni persecuciones.

A Río Verde llegó padre un día con una mulita nueva, incapaz todavía para la brega de la recua. Era un animalito vivo, inquieto, casi todo cabeza, que movía nerviosamente las

^c ...la *Frontera*...

^{abc} ...*soldados. Extranjeros*...

^{abc} ...el *alma* del...

orejas y el rabo cuando le molestaba algún ruido. El vecindario entero desfiló por casa para verla.

—Es de San Juan —explicaba padre a las preguntas de los hombres.

Con eso^{bc} lo decía todo. Le retozaba el orgullo en los ojos y en los labios cuando la veía, cuando le acariciaba el anca, mientras la mulita temblaba de miedo bajo su mano.

Era oscura como la hoja seca del cacao; pero recién llegada estaba todavía lanuda, y aquella lana tenía un color rojizo que la hacía feúcha aunque graciosa. Padre decía que procedía de un hato de renombre y que había dado por ella sesenta pesos “así tan chiquita como la veían”.

Como se crió entre nosotros, soportó pacientemente el primer contacto con la realidad: la aparejaron, la ensillaron luego. Estaba ya grandecita, y a la lana había sucedido una piel parda, brillante, que reflejaba limpiamente la luz. La silla fué para ella como una caricia más; pero... ¡cómo pateó, se resistió, tiró mordiscos y corcoveó cuando la quisieron enfrenar! La asustaba el tintineo de los hierros y correteaba enloquecida entre las flores, que le desgarraban con las espinas;^c entre las pilas del⁷ cacao, cuyos granos saltaban como chispas. Se tiraba sobre las mayas que orillaban el camino y espumeaba por la boca, mientras los ojos parecían salirse a saltos.

—¡Ah mañosa! —gritaba padre—. ¡Ah mañosa!

Abuelo reía estrepitosamente desde la galería; madre se sujetaba las sienas, arrimada a la ventana; Pepito se asustaba, se recogía entre una enorme mecedora donde estaba sentado. Papá volvió a medio día, sudado y rojo⁸ y fatigado.

^{bc} Con *esto* lo...

^c ...desgarraban *las patas* con las *espinas*, *entre*...

⁷ ...*de* cacao...

⁸ ...*sudado*, *rojo*...

No sé cuántos días duró la lucha entre el hombre y la bestezuela. Sólo sé^{bc} que cuando se acostumbró al freno ya tenía nombre: la Mañosa. Y que él^{abc} fué para nosotros como el de alguien de la familia.

Para el tiempo en que llegamos al Pino la Mañosa era ya imprescindible. En ella hacía padre los viajes de negocios y los viajes veloces al pueblo, en busca de medicinas, de ropas o de cartas. Mero, que había dejado Río Verde para seguirnos, la quería entrañablemente. Anduvo enamorado por el Pino Arriba, lo que lo alejaba de las tertulias en la cocina; pero confesaba que entre comprarle creolina al animal o esencia a la novia, prefería lo primero si el dinero no le alcanzaba para las dos cosas.

El vaso de potrero más cercano a la casa era el suyo. Yerba lozana, joven, tierna: era bocado digno de bestia consentida.

^{bc} *Sólo que...*

^{abc} *Y que fue...*

III¹

Se derretía la tarde en los caminos reales, casi a los pies de Mero², ultimando los detalles del viaje.

En el oscuro almacén estaba el viejo Dimas cosiendo los serones y³ uno de sus hijos tejía sogas de majagua. El viejo escupía y se limpiaba la barba con el dorso de la mano.

Mero hablaba:⁴

—Digo yo que como la Mañosa no hay otra, viejo Dimas.

El interlocutor decía:

—Pero de este viaje viene con las ancas afuera. ¿Usted no ha visto las señales del tiempo? Asunte esto: dende que tuve juicio vengo haciendo las cabañuelas, y lo que es este octubre... ¡Cristiano! Ni quiera usted saber el agua que le espera por esos caminos viejos. Yo como don Pepe, hasta dejara el viaje.

La cara de mi padre asomó por la puerta del comedor, mientras⁵ respondía:

¹ Este capítulo corresponde a los últimos cuatro episodios del capítulo II de la primera edición de 1936.

² ...Mero, y él no lo notaba. Reparaba los aparejos sentado en el quicio de la puerta, ultimando...

³ ...serones, mientras uno...

⁴ ...hablaba, pero seguía con la cabeza gacha, mordisqueando la cuerda con que reparaba los aparejos:

⁵ ...mientras su voz alta y tranquila respondía:

—En noviembre tenemos más agua, Dimas, y cuando hay que comer no se espera para mañana.

—Asina es, don Pepe; yo no lo discuto; pero si hay que dir, yo no llevara la Mañosa. Un animalito como ése no es pa⁶ meterlo en caminos tan endiablados.

Mero regó los ojos al decir:

—Su mejor recomendación es ésa, viejo Dimas. Nuevecita^{abc} taba⁷ ella cuando nos tiramos a la Frontera. ¡Y eso sí era sol tupío y bravo! Usté no más topaba espina y espina. ¡Concho! Ni an sé yo cómo vive la gente en esa Línea mentada.

Padre aprobaba con la cabeza, los labios llenos de sonrisas. Mero se entusiasmba y manoteaba.

—Solamente pechamos una recua, y eso fué ya dentrando a Dajabón. Anduvimos en el Guarico, como quien dice. A mí me dolían los huesos de la espalda, y la Mañosa fresquecita, como si hubiera tao⁸ en potrero.

Padre^{abc} explicaba:

—Sí, sí,^{abc} aquel fué un viaje duro y largo.

—Ello... —Dimas detenía la palabra— hay monturas legítimas, donde Pepe. En Almacén compré yo una vez un caballo alazano que con el paso con que cogía un camino lo terminaba. Ese no conocía sesteo.

Los hombres de campo se entusiasman hablando de cosas queridas. Mero alzó más^{bc} la voz:

⁶ ...para...

^{abc} Nuevecitica taba...

⁷ Nuevecitica estaba...

⁸ ...estado...

^{abc} Papá...

^{abc} ...sí, aquel...

^{bc} ...alzó la voz:

—Asina es esa Mañosa, viejo Dimas. De día y de noche, en loma y en tierra llana, no hay apuros con ella.

Padre remachaba:

—¿Mi mula? Por todos los cuartos del mundo no la doy. Y no es sólo porque me desempeñe, sino porque le tengo cariño, como si fuera persona.

—¿Cariño? Asunte: a mi mujer le he dicho que no quiero perros en casa, porque a la hora de morir se dan más pena que si fueran cristianos. La gente dice que son ángeles... Yo estoy en creerlo.

Dimas siguió cosiendo serones. Por la sombra del almacén trajinaba su hijo.⁹

Al otro día fué¹⁰ Simeón a recortar la mula. Simeón era la autoridad del lugar; sin embargo, sentía placer en servir a papá como cualquier peón. Quizás se debía ello a que papá le regalaba los zapatos que ya él no usaba, uno que otro pedazo de andullo y hasta los¹¹ viejos y estrechos pantalones de paño que el alcalde lucía con desmedido orgullo.

Mero tenía que sujetar por la jáquima la mula mientras Simeón le hurgaba entre las orejas, cortándole los pelos, emparejándole la crin o embelleciéndole el rabo.¹² La Mañosa se mecía constantemente de atrás alante, de un lado a otro, nerviosa como muchacha. Tenía figura de estampa.¹³ Era

⁹ ...hijo, y en los caminos reales, sobre el techo de la casa, entre las hojas de los árboles, el sol se iba haciendo espeso con la llegada de la noche.

Pero ni padre, ni Mero, ni Dimas ni su hijo lo notaban.



Al otro...

¹⁰ ...vino...

¹¹ ...los pardos, viejos...

¹² ...orejas con las tijeras, cortándole los crecidos pelos, emparejándole la escasa crin o embelleciéndole el rabo.

¹³ ...estampa, limpia, brillante, pequeña, rellena. Era...

oscura como la madera a medio quemar; tenía la mirada inteligente y cariñosa; las patas finas y seguras; las pezuñas menudas, redondas, negras y duras. Todo en ella era vistoso y simpático. Simeón se esmeraba en hacerla más linda, más digna del amor que le profesábamos en casa.

Mero la acariciaba, le hablaba como a persona. La Mañosa acechaba con ojos de susto la sombra de una mula que se removía en el camino, bajo sus patas.

Yo estaba en el comedor, desmenuzando restos del desayuno. Un rayo de sol caía sobre el blanco mantel.¹⁴ Simeón entró en silencio. Papá venía del patio cuando vió al alcalde.^{15c}

—Ya tiene la mula nuevecita —dijo él satisfecho.

Tomó asiento en una silla vieja.¹⁶

—Quiero recomendarle que ande con cuidado en este viaje, don Pepe —dijo.^{17c}

Padre puso la cara gruesa.¹⁸

—¿Cuidado?

Entonces Simeón se levantó, se echó el sombrero sobre la nuca, abrazó a papá de lado, estrechamente, y,¹⁹ como quien sabe lo que habla, susurró:

¹⁴ ...mantel y el aire sano parecía mecerlo. Simeón...

¹⁵ ...Alcalde.

^c ...alcalde.

¹⁶ vieja; sacó el roñoso cachimbo de un bolsillo, tabaco del otro y un sucio palo de fósforo de entre el sombrero.

¹⁷ —Quiero recomendarle, don Pepe —decía a la vez que encendía— que ande con cuidado en este viaje.

^c —Quiero recordarle, don Pepe —decía a la vez que encendía— que ande con cuidado en este viaje.

¹⁸ ...gruesa, la mirada muerta.

¹⁹ ...y como...

—Hay malas noticias.

Padre preguntó, haciéndose el desinteresado:

—¿Usted cree?

—¿Que si lo creo? Bueno...

Simeón se hacía el importante. Sobre los bigotes rojos se le desteñían los ojos.²⁰

—Don Pepe, póngame caso. Ya se ta²¹ juntando la gente de Monsito Peña.

Papá tomó una silla:

—Óigame, compadre, no es bueno llevarse de las apariencias.

Ya iba el alcalde a contestar algo definitivo cuando Morillo sopló un saludo. Era hombre bajetón, anegrado y bruto de cara. Estaba henchido de malicia.

—¿Cuándo es el viaje?

Venía preguntando, tontamente al parecer,^{bc} pero papá era hombre arisco como lagarto.^{abc} Le clavó aquellos ojos azules²² y desconfiados:

—Estamos preparándolo, amigo; nadie sabe cuándo saldremos...

Simeón miraba a papá de reajo, bajo el ala del sombrero.²³

Morillo dijo:

—Yo tengo necesidad²⁴ de mandar una recuita de tabaco al pueblo, y quisiera hacerlo con los muchachos de Dimas; pero asígún entiendo los asuntos tan²⁵ al voltiarse.

²⁰ ...ojos *mansos*.

²¹ ...*está*...

^{bc} ...*parecer, pero*...

^{abc} ...*lagarto: Le*...

²² ...*azules, tenaces* y...

²³ sombrero. *El humo de su cachimbo cruzaba el rayo de sol que se iba retirando poco a poco de la mesa.*

²⁴ ...*necesidad*... (En las ediciones de 1966 y posteriores utiliza *necesidá*, N. del E.).

²⁵ ...*están*...

—¿Usted cree?

Simeón había hecho la pregunta como si nunca hubiera oído hablar de tal cosa.

—Yo no creo nada, compadre; se conversan muchos embustes... Pero por si acaso, pasado mañana tengo ese tabaquito andando.

—Bueno... —Simeón se miraba los pies—. Cada cual hace lo que le conviene.

Papá se incorporó. Afuera estaba Mero adulando a la Mañosa.

***^{abc}

De madrugada se llenó la casa con los gritos de padre, las voces de Mero y los relinchos de las bestias. De los potreros emergía un olor fragante, que se confundía en el patio con el que exhalaba el estiércol reciente.

Los mulos se movían sin cesar. Eran sólo montones de sombras y luces verdes. Uno pretendió morder a otro, y padre^{abc} corrió dando gritos, le sujetó por la jáquima y la emprendió a bofetones con el agresor.

Pepito hablaba bajito y reía. Por allí andaba Mero, manoteando entre los serones, silbando merengues, mientras arriba, hacia el este, la luna atravesaba velozmente una inmensa nube morada.

Papá cruzó en dirección a la cocina. Parecía alegre, aunque apenas le podíamos distinguir la cara; pero le vimos acercarse a la Mañosa y palmotear sobre^c sus redondas ancas. El animal

^{abc} Suprime esta división a partir de 1966.

^{abc} ...papá...

^c ...palmotear su...

estaba sujeto al portón.²⁶ La luna hacía esfuerzos por aclarar su color de hierro mohoso.

Con una taza de café en la mano salió padre^{abc} al patio, conversó con Mero y se acercó a la cocina.

—Me voy, Angela —dijo.

Cargó conmigo, entró al viejo comedor, me puso de pie sobre la silla y, alumbrándose con la lámpara, penetró en su habitación. Cuando salió estaba tocado con sombrero de fieltro y armado de revólver. La luz rascaba el cobre de las cápsulas, arrancándoles brillo. Mi padre se puso en cuclillas, nos llamó a Pepito y a mí y nos sostuvo largo rato con las caras pegadas a sus mejillas.

—Pórtense como hombrecitos, que les voy a traer muchos regalos —aseguró sonriendo.

Después se incorporó. Madre miró a papá con ojos desolados. Cuando él la besó y abrazó, se hicieron un montón confuso, que entre los reflejos de la luz parecía surgir de un incendio.

—¡Adiós! —repitió él, deshaciéndose de mamá.

Nos fuimos a la ventana para verle montar. Lo hizo de un salto, con asombrosa agilidad; removió una mano, volviéndonos el frente, y clavó la mula.²⁷

Nosotros salimos al patio justamente al tiempo en^{abc} que el último mulo atravesaba el portal. Iba sobre él Mero. Gritaba con voz honda; y hacía restallar el fuste que resonaba en la casa con fragor de tiro.

A la orilla del camino, mientras la luna rodaba, llevada por el viento, pegados Pepito y yo a la falda de mamá veíamos la

²⁶ ...portón, *cabeci-gacha, reposada, serena.*

^{abc} ...*papá*...

²⁷ ...mula. *Llevaba la rienda entre los dedos diestros.*

^{abc} ...*tiempo que*...

recua alejarse al trote. Padre nos decía adiós, erguido en la Mañosa. Pero en la Encrucijada había árboles que se agrupaban en sombras. Y la Encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, robándose a nuestro cariño.

IV

Nuestra casa estaba pegada al camino. Era grande, de madera, techada de zinc, y el sol le había dado ese color de suela tostada que tenía.

Antes de llegar a ella había que cruzar el Yaquecillo y poco más adelante, el Jagüey. Al Jagüey² se lo tragaba la arena quemada del cauce, para reaparecer bastante lejos, en la vuelta que daba por nuestros potreros. El Yaquecillo es hoy una charca, poblada de cañas lozanas, en la que se crían mosquitos y sanguijuelas.

El lado norte de la casa daba al camino. Tenía ese frente cuatro puertas anchas y altas; las dos que estaban más cerca del Yaquecillo no se abrían. En la pared que recibía el primer sol había tan sólo una puerta y una ventana; la puerta correspondía a la habitación esquinera que servía de almacén y pulpería,^{abc} en la cual, medio hundidos en la penumbra, se amontonaban siempre serones de andullos, cargas de maíz, sacos de frijoles; un mostradorcillo mal parado se apoyaba en la esquina, pegado a la puerta que daba al este. La ventana correspondía al comedor que estaba justamente detrás del almacén-pulpería; y el sol tibio que se metía por la

¹ ...zuela...

² ...Jagüey. *El Jagüey era misterioso, porque cuando llovía era río, y cuando no, se...*

^{abc} ...pulpería en...

ventana, antes de la tarde, se echaba a dormir sobre la mesa, igual que muchacho mal educado.

En el lado sur, casi pegada a la esquina sureste, se vaciaba una puerta, desde la que salía la naciente calzada de piedras que conducía a la cocina. Esta se alzaba frente a ella, y era un humilde ranchito de yaguas con aspecto de cosa provisional. En las noches claras era, a pesar de su pobreza, el lugar más prestigiado de toda la casa.

El comedor tenía también una ventana.³ Le seguían dos puertas más, que se enfilaban en el mismo lado y que eran salidas al patio de la habitación paterna. El cuarto que ocupábamos Pepito y yo tenía vistas al sur por una puerta y una ventana, y una claraboya alta de persianas que daba al oeste. Esa claraboya estaba cubierta con retazos de telas, porque miraba al Yaquecillo, que ya en esa época empezaba a arrastrarse penosamente por entre lodo y hierbajos, y mamá decía que por ella se metían los mosquitos.

El frente norte de la casa parecía tostado; el del^c sur era pálido, manchado de verde. Sucedió esto porque en él se resregaba la lluvia⁴ de los inviernos.

Nuestro patio estaba encerrado entre una palizada de alambres de púas que empezaba en la esquina noroeste y se cortaba a poco para dejar subir el cuadro del portón, que consistía en dos espeques gruesos y cuadrados de guayacán, puestos a cerca de tres varas uno del otro. Encima tenía un techito de zinc, gracioso por lo pequeño, que parecía techo de casa de muñecas. Después del segundo espeque seguía el alambre de púas, para doblar en ángulo recto a los veinte pasos y enfilarse hasta tropezar con el primer “vaso”, la parte

³ ...ventana *abierta a la contemplación perenne del cielo*. Le...

^c ...*el sur*...

⁴ ...lluvia *larga* de...

de potrero que cercaba el patio por el sur y la cual reservaba papá para echar en ella la Mañosa, cuando retornaba de viajes largos.

El patio, en la parte este, como era camino obligado del portón al potrero, estaba dorado de menudo y seco polvo, huérfano de grama; pero la yerba se amontonaba en la caseta de desperdicios, que estaba al borde del potrero.

En el ángulo suroeste había un naranjal oscuro, de árboles nervudos y pequeños, con las cortezas blanqueadas de hongos. En esas cortezas grabábamos Pepito y yo nuestros nombres y las letras que papá nos enseñaba en^{bc} las primas noches llovidas.^a

Vista de lejos, nuestra casa parecía una eminencia mohosa, con corona de plata, porque el zinc brillaba a todos los soles. No había caminante que no se detuviera un segundo a saludarnos o que, si era desconocido, no hiciera más lento el paso de su montura al cruzar el trozo de camino que se echaba frente a casa como perro sato.

Desde la puerta veíamos el tupido monte que orillaba el Yaquecillo: pomares, palmas reales, guayabales, algunos robles florecidos; a la izquierda se hacía alta y sólida la tierra en las lomas de Cortadera y Pedregal; a la derecha, siempre pegado al camino como potranca a yegua, se iba el monte haciendo pequeño, pequeño, cada vez más, hasta arremolinarse en la fronda que cubría la primera curva.

En esa fronda se ahogaba papá cuando se iba; y al lugar, que llamábamos la Encrucijada porque allí cruzaba la vereda de Jagüey Adentro, íbamos a esperarle cuando pensábamos que ya era tiempo de volver. Pero si la lluvia roncaba sobre El Pino, teníamos que conformarnos con esperar en la puerta.

^{bc} ...y yo las letras que papá nos enseñaba las primas noches.

^a ...y yo las letras que papá nos enseñaba en las primas noches.

Sucedía a menudo que papá llegaba de noche. Cuando eso había, nos tirábamos nerviosamente de nuestro catre y correteábamos como locos entre las sombras rojas de la casa, dando gritos de contento y buscando con nuestros bracitos inexpertos el torso recio y caluroso de papá.

V

A fines de octubre la lluvia era cosa perenne sobre la tierra. Todos los horizontes se gastaban en el gris de los aguaceros. Ya cada gota se me antojaba un cordón largo tendido desde el cielo hasta mis ojos.

Una gallina había sacado, pero los pollitos se le^{bc} fueron muriendo de frío poco a poco. De manera que para Pepito y para mí, el único entretenimiento posible fue, durante muchos días, corretear por la casa y jugar a escondidas tras los serones.

Mamá parecía haberse vaciado de espinas; los pómulos le hacían esquinas en la cara y rezaba a menudo.^{abc} Cuando padre estaba no podía hacerlo, porque él se oponía, a veces con burlas, a veces con pleitos. A la verdad, me gustaba rezar. Encontraba un placer delicioso en estar de rodillas, las manos juntas sobre el pecho, todo el cuerpo lleno de luminosa dulzura, seguro de que Dios estaba oyendo mis palabras. Una gran bondad me invadía y sentía la carne liviana, casi en trance de volar.

Orábamos en la habitación de mamá, que en el primer nudo negro de la noche se llenaba de sombras.¹ Haciendo

^{bc} ...se fueron...

^{abc} ...menudo. A la...

¹ ...sombras. *Se veían colgando de los rincones, pegadas al techo.* Haciendo...

esquina, una tablilla soportaba una desteñida imagen de San Antonio de Padua, calvo y humilde, con el rostro envuelto en inexplicable ternura, la cabeza ladeada y un rollizo niño entre los brazos.^{abc}

San Antonio, según mamá, hacía incontados milagros. Le encendíamos una hedionda vela de cera negra, se la poníamos enfrente, y aquella lengua de luz que se gastaba en humo denso, llenaba de resplandores rosados los más lejanos trozos de pared. El santo parecía llenarse de rubor, y la llamita le lamía la calva.²

A menudo me sorprendía a mí mismo alejado de la oración, de los santos, de la tierra: me mecía en una especie de vacío total, embriagado levemente por aquella lucecita temblorosa que daba tumbos a cada empujón del viento húmedo y rendijero, que parecía quemar las mejillas de Pepito y alumbraba los ojos oscuros de mamá.

Era tal el silencio que a veces nos rodeaba, que las cuentas del rosario, golpeando entre los dedos de mamá, sonaban como piedras lanzadas en madera. Madre abría los labios y los juntaba tan de prisa que no podíamos seguir su movimiento; pero ni un murmullo salía de ellos:^{abc} era la oración sepulta y sincera, en la que los labios intervenían tan sólo por la costumbre de modular la palabra.

Al terminar ensayábamos un suspiro. Pepito y yo nos limpiábamos las rodillas, endurecidas ya, y mamá se estrujaba con la diestra la cenizosa cara.³ Entonces empezaba con voz susurrante alguna vieja historia, de las muchas que aprendió del abuelo.

^{abc} ...niño a su lado.

² calva con enfermizo placer.

^{abc} ...ellos; era...

³ ...cara, mientras sujetaba el rosario con la otra. Entonces...

Salíamos después de la habitación para registrar las puertas, los rincones distantes y debajo de las camas y catres. Hablábamos un poco de papá; deducíamos dónde estaría, ella refiriéndose a todo el camino, yo desde el Bonaio hasta el Pino, que era el⁴ trecho que conocía, y Pepito de Jima a casa. Después nos acostábamos. Hasta cerca de los primeros plomos del sueño,^c seguía yo arropado por aquella sensación de liviandad y de silencio que me producía el rezo.

Cuando padre^{abc} no estaba en casa y el ala de madre tenía que cubrirnos sin ayuda, se le limaban a mamá aquellos filos cortantes que tenía en la cara y en los ojos. Se hacía dulce, amable, silenciosa. Irradiaba un suave calor en la mesa, en la cocina; en todos aquellos sitios que la conocían agresiva. Le gustaba echar maíz a las gallinas, de madrugada, y hacer historias encantadoras. Por los días del último viaje de papá se mantenía arrebujada en una frazada gris, medio deshilachada y fuera de uso, porque la lluvia sembraba el frío en la tierra y al amanecer venía el viento cargado de agua, empujado desde los cerros azules que levantaban nuestro potrero.

Las mujeres del lugar nos visitaban con más frecuencia; lentas y tímidas, se metían en la cocina y allí hablaban de cosas vagas.

Pepito y yo teníamos las cortas horas de sol en nuestros pies; correteábamos por el camino, nos íbamos a Jagüey, apedreábamos los nidos. Un día, a la hora de la comida, nos dijo

⁴ ...el *único* trecho...

^c ...*sueño seguía*...

^{abc} ...*papá*...

mamá que no debíamos salir de la casa o del patio. Por la mañana había estado bastante gente entrando y saliendo. Dejaban caer palabras espesas e inaudibles; comentaban algo entre lentitudes y gestos importantes. Todo aquello lo veíamos Pepito y yo, pero cada uno se esforzaba en no oír y en no comentar.

Tras su recomendación, madre se quedó mirando el cielo sucio. Después lamentó:

—Y Pepe tan lejos...

Pepito alargó el pescuezo y preguntó de improviso:

—¿La revolución, mamá?

—Sí, hijo; están matándose otra vez; pero no se puede hablar de ello.

Madre calló, y un silencio embarazoso se dejó caer sobre la blanca mesa.⁵

En la noche fué Dimas a casa. Era hombre bajito y fuerte; encanecido, peludo y de mucha barba. Tenía un vago aire patriarcal y cuanto hablaba interesaba. Nos gustaba por sus cuentos, llenos todos de un recio sabor de aventura, pintorescos y detallados.

Se sentó en la peor de nuestras sillas,⁶ extrajo el cachimbo y lo fué llenando lentamente de tabaco. Después me llamó, con una voz peculiar de hombre sufrido, y me dijo que le buscara lumbre.

Cuando mamá llegó se destocó haciendo una reverencia rural que trascendía nobleza y sinceridad. A seguidas subió los pies descalzos en los travesaños de la silla, y preguntó:

⁵ ...caer *muerto* sobre la blanca y *sencilla* mesa.

⁶ ...sillas, *escupió a un lado*, extrajo...

—¿Cuándo cree usted que vendrá don Pepe?

Mamá dijo que no sabía y se sujetó ambas sienes con fuerza, lo que indicaba que estaba preocupada. Inesperadamente, Dimas explicó:

—En el pueblo rompió la cosa ya, doña. Yo creo que pa⁷ allá —y señaló la dirección en que estaba padre— debe tar⁸ la cosa fea.

A mamá se le estiró la cara de tristeza.

—Me lo dijeron desde esta mañana, y eso me tiene mortificada, Dimas.

—¿Por don Pepe? No se apure, doña;^{bc} a ese nadie le hace un daño.

—Es verdad;^c pero...

Dimas chupó su cachimbo y se quedó mirándola⁹ con estúpida fijeza. A poco se puso en^{abc} pie y se arrimó a la puerta.

—La noche ta¹⁰ cerrada —dijo.

Mamá contestó moviendo la cabeza. Un airecillo hacía remolinos junto a la lámpara.

—Será que va a llover —apuntó madre al rato.

Dimas confirmó:

—Esos aguaceros no tienen fin, doña.

Callaron ambos.¹¹ Pepito y yo esperábamos no sabíamos qué para pedirle a Dimas que contara algo; pero el viejo se incorporó de pronto,¹² y con la misma actitud y el mismo

⁷ ...para...

⁸ ...estar...

^{bc} ...doña, a...

^c ...verdad, pero...

⁹ ...quedó mirándola, mirándola...

^{abc} ...puso de pie...

¹⁰ ...está...

¹¹ ...ambos. *Un silencio absoluto comenzó a estirarse entre ellos.* Pepito y...

¹² ...pronto, *caminó hasta un rincón, y...*

tono de voz que si hubiera estado hablándole a otra persona y no a mamá, dijo:

—Los muchachos taban en el pueblo con una recuita de Morillo, y el gobierno los reclutó ayer.

Madre se movió igual que si la hubiera picado un bicho.

—¿Cómo? —preguntó azorada.

Se veía que quería hacer otro comentario más vivo, que aquella noticia la había herido; pero la actitud conforme de Dimas mataba el comentario antes de que naciera.

—Sí —remachó él acercándose a nosotros— Dios quiera que salgan bien de ese lío.

Yo sentía su olor de tierra, de sudor, de esterilla de mulo. El se volvió:

—Vea, doña, a los santos les ruego que vuelvan vivos, porque yo toy muy orgulloso de esos muchachos... Ni juegan, ni beben ni jaraganean.

Madre comentó, apenada:

—Sí, Dimas; récele a San Antonio para que se los devuelvan.^{abc}

El viejo tornó a acercarse a la puerta.

—Ojalá que don Pepe viniera pronto, pa¹³ que usted se tranquilice —dijo quitándole importancia a su dolor.

Madre se acercó también; sacó la cabeza y miró hacia el este,^{ab} esperando.

—Ojalá... —aprobo.

El viejo mascó su dolor.¹⁴ Al rato dijo adiós y se perdió en la oscuridad, camino del^{abc} bohío.

^{abc} ...*devuelva*.

¹³ ...*para*...

^{ab} ...el *Este*, esperando.

¹⁴ ...dolor, *se quedó a solas con él, silencioso, buraño*. Al...

^{abc} ...camino *de su* bohío.



Pocos días más tarde fué a visitarnos la vieja Carmita. Llegó muy de mañana, trajeada con ancha bata de prusiana morada.¹⁵

La vieja Carmita vivía en Jagüey Adentro. Era alta, delgada, con la cara fina y salida de huesos. Nunca alzó la voz; nunca dejaron sus ojos de ser dos luces tranquilas en medio de aquel rostro oscuro y afilado.

Saludó en voz baja, desde el portal; entró moviéndose suavemente; ya en la puerta de la cocina^{bc} apoyó un brazo en el marco y clavó el otro en la¹⁶ cintura.

—Doña... —dijo en tono suplicante.

Pero no quiso seguir hablando, como si temiera desatar aquella tristeza que le hacía nudos en los pómulos. Después se acercó a mí, al tiempo que murmuraba:

—Dios te guarde, jijo.¹⁷

Mamá la observaba, la acechaba. Aquella mirada cargada de perspicacia que tenía madre no se enredaba en palabras ni simulaciones.

—¿Ha sucedido algo por allá, Carmita? —preguntó.

—No, naíta¹⁸ —sopló ella.

Pero largo rato después, cuando habían parecido vidriarse sus ojos y cuando nadie esperaba sus palabras, dijo.

—Los muchachos,¹⁹ que cogieron el monte.

¹⁵ ...morada; *no traía paño en la cabeza y sus cabellos grises resplandecían al sol.*

^{bc} ...cocina, apoyó...

¹⁶ ...en *su* cintura.

¹⁷ ...guarde, *hijo*.

¹⁸ ...*nadita*...

¹⁹ ...*muchachos que*...

Mamá no pudo reprimir un movimiento brusco del entrecejo. Miró en vuelo a la mujer, que se entretenía en desensor-tijar mis cabellos.

—¿Dice usted que cogieron el monte?

La mujer movió la cabeza de arriba abajo. No podíamos precisar qué sentía; parecía indiferente.²⁰

—Las malas compañías —explicó de pronto—. Se fueron cuatro o cinco.

—¿Y qué pretenden hacer? —objetó madre.

—Bueno, doña... Ellos sabrán.

La voz se le apagaba, y se notaba que le molestaba hablar de tal cosa. Dejó quietos mis cabellos y tomó asiento en el banco. Empezó a tachonarse la falda con los dedos, buscando distracción; pero a poco alzó la cabeza y nos miró con amplitud. Irradiaba extraordinaria serenidad.

El humo de la leña se iba haciendo estrecho junto a cada rendija.

—Doña, los tiempos son malos —explicó ella— y debemos ser conformes. Ya yo perdí un hijo que se fué con el gobierno años atrás.

Mamá no cabía en su dolor.

—¿Y no sospechan lo que sufre una madre? —empezó a preguntar.

—Peor es que salgan ladrones o pendejos, doña —objetó ella.

Calló y se acercó a la puerta. Yo miré el cielo: en aquella mañana tan clara y tan alta sólo cabían palabras de resignación.

Cuando hubo salido me lancé al patio en busca de Pepito; quería contarle la nueva que Carmita nos trajera. Mi hermano no respondió a mis voces. Bajé por las barrancas del Yaquecillo,

²⁰ ...indiferente, *si bien seguía ostentando aquellos nudos de tristeza en los pómulos.*

afanoso, porque mi hermano sabía dar explicaciones a mis dudas, aunque inventara mentiras. Estaba seguro de que iba a gustarle la noticia. No estaba en el Yaquecillo. El arroyo se arrastraba entre cieno y los mosquitos zumbaban sobre el agua muerta. Me cansé de vocear; él no podía estar distante, pero no respondía. Saltando piedras, chapuzándome unas veces y rabiando siempre, tomé la dirección del agua y anduve por el cauce vacío. Poco a poco me fui internando en el estrecho paisaje, donde los helechos crecían con intenso verdor y se alzaban enormes cañas de castilla. Hacia el sur distinguí los cuernos de una res que había bajado a engañar su sed; dos ciguas saltaban y piaban a escasas varas del camino,²¹ que pasaba por el arroyo sin saltarlo y sin perderse en él, sino reblandeciéndose un poco.

Olvidé en lo que andaba y me tiré de espalda en un recodo de arenillas doradas. Un poco más hacia el norte se metía en el arroyo la yerba del potrero, después de haber descendido por la barranca.²²

El sol era llama brava sobre la tierra cuando desperté. A mis ojos adormecidos, todo había cobrado aspecto de cosa recién chamuscada. La voz de Pepito me perseguía con llamadas desesperantes. Me incorporé. De la parda arenilla emergía un calor insufrible y yo sentía los huesos vivos y sufridos bajo la carne. Los jevenes me habían llenado las piernas de ronchas y los mosquitos se habían cebado en mis brazos y en mi rostro.

Cuatro días después, al anochecer, un fuego cruel empezó a calcinarme las entrañas. Me dolían la espalda y las articulaciones.

²¹ ...camino que...

²² ...barranca. Desde donde yo estaba podía tocar con las manos las lilas que se abrían bajo el día.



Simeón fué a verme²³ una mañana, y dijo que había que darme tisanas de cuaba y mucha quinina. Lamentó no poder ir al pueblo para traerla él mismo.

Mamá estaba sentada a mis pies, en el mismo catre, y el alcalde en una silla, acariciándose el bigote áspero y rojo. Mamá le preguntó por qué no podía ir al pueblo, y en aquella pregunta unía dos intereses, el de mi salud y el de saber la verdad.

Simeón quiso rehuir la respuesta y dijo:

—El gobernador me mandó buscar; pero yo no voy, doña...

Madre comprendió y resueltamente inquirió:

—¿Entonces es verdad todo?

—¿Todo?

Simeón había mirado de refilón, como persona a quien le molesta una duda.

—Todo eso —señalando al oriente— ta prendió, dende el Bona pa²⁴ acá.

—¿Pero se está peleando ya, Simeón?

—Y duro, doña. Anoche asaltaron el Cotuí.

—¿El Cotuí? —sopló mamá llena de sobresalto.

—Sí —atajó él—; pero no se apure por don Pepe, que todo el mundo lo conoce y lo respeta.

Mamá se quedó pensativa. Le llameaban los ojos, y con una mano, maquinalmente, me acariciaba la pierna que la fiebre quemaba. Simeón miraba hacia la ventana con aires de persona que rumia²⁵ un pensamiento importante.

²³ ...verme, una...

²⁴ ...está prendido, dende el Bona para acá.

²⁵ ...rumiaba...

VI

Esa misma noche llegó papá. Oímos el tropel de los mulos, cuyos pasos se hicieron rápidos al sentir la cercanía del potrero, y los alegres estallidos del fueite con que Mero anunciaba la vuelta.

Papá fué a mi cuarto inmediatamente. Sonreía a toda cara; dijo que sentía cansancio y estaba lleno de lodo. Salió llevando a Pepito, para vigilar la descarga, y gritó enardecido, aturdiéndome a pesar de las paredes.

Desde mi catre seguía paso a paso la faena; por los ruidos de los estribos comprendí que ya habían desensillado la Mañosa; mucho rato después oí a Mero arrear los animales. En la cocina chillaba^{abc} la voz de mamá.

Papá entró a mi cuarto. Para él era una cosa incomprensible e injusta que yo sufriera de fiebres. Me cubría la frente con su manaza, me hacía preguntas, murmuraba palabras incomprensibles. Tardó buen rato en sentarse y Pepito corrió a trepar en sus piernas. Parloteó incansablemente, tirando de los bigotes de papá, y al fin preguntó qué le había traído. Papá llamó a voces, y cuando mamá¹ apareció en la puerta, le dijo:

—En el pellón hay cosas para ti y los niños.

^{abc} ...sonaba...

¹mamá, *desteñida*, apareció...

Madre, sin embargo, no fué a buscar el pellón, sino que entró al cuarto y tomó asiento en mi catre.

—¿Es cierto que ya estalló, Pepe?

Papá sonrió con solapa, mientras sujetaba a Pepito.

—Es tierra endiablada ésta, Angela —dijo—. Milagrosamente he llegado hasta aquí.

Yo traté de incorporarme para ver la cara de padre, que debía estar grave, a juzgar por la voz. Un golpe de viento hizo tambalear la luz, que pareció borracha. Papá estaba oscuro, pero le brillaban los ojos con extraña fuerza.

Una voz saludó desde el comedor. La reconocimos como de Dimas y mamá salió a recibirle.

Padre iba a levantarse cuando el recién llegado entró. Parecía muy contento de que papá hubiera vuelto;^c pero antes de hablar nada que realmente le interesase, empezó a preguntar cómo estaba el camino, si había mucho lodo, si padre había venido por Bonaó o por el Cotuí. Iba enredando su pensamiento entre un montón de palabras que caían de sus labios con un sonido muerto de cosas inútiles. Padre, malicioso, le dejaba hacer. Tampoco papá se traicionaba; había aprendido del campo una cosa: que la mejor tierra no se ve porque la cubre la maleza.

En esa lucha velaban ambos su interés, cuando madre sacó la cabeza por la puerta para preguntar:

—¿Esa otra cosa que está en el pellón es tuya, Pepe?

El contestó que sí y siguió acariciando a Pepito, mientras clavaba la mirada en Dimas.

Yo tenía unas ganas locas de saber qué era “aquella cosa”; pero hasta mi niñez estaba saturada de campo; también yo comprendía que no se debe hablar de lo que más interesa. Fué el propio papá quien llamó a madre para decirle que trajera

^c ...vuelto: pero...

“aquello”. Yo la vi asomarse de nuevo a la puerta, con los ojos agudos de astucia, pero padre insistió y no hubo más remedio que hacerlo.

Al retornar madre encontró que papá se había desabotado el saco y despojado del revólver. Dimas lo tenía en las manos y lo observaba con cuidado. Padre le explicó que se lo había dado Dosilién, cierta vez que estuvo en casa arreglando los trámites para cruzar la frontera^c con un contrabando de armas. Eso sucedió en Cabo Haitiano, donde yo recordaba haber visto al feroz cabecilla.

Mamá trajo un bulto negro que padre fué desenvolviendo poco a poco. Al retirar la tela dejó al descubierto un revólver oscuro, grande, que tenía reflejos indecisos a la luz de gas.

—Me ha costado cincuenta pesos —explicó a Dimas, poniéndolo en sus manos y recibiendo el otro.

Dijo que era de campana y muy seguro; pero Dimas no atendía a sus palabras. Acariciaba el revólver con los diez dedos; metía el ojo por el cañón; tentaba la empuñadura, movía los goznes. Al devolver el arma lamentó más que dijo:

—Uno asina necesito yo, don Pepe.

Papá sonrió, no teniendo que contestar; mamá^{abc} no había hablado, aunque no dejaba de observar al viejo Dimas. Una vez que estuvo afuera, el viejo se acercó a padre y preguntó:

—¿Es verdad que ta² fea la cosa, don Pepe?

Quemándole con la mirada, le contestó padre:

—Más de lo que usted se cree, amigo.

El viejo se estiró hacia él; papá se remojó los labios con la lengua.^{abc} Se golpeó las rodillas con las manos, puso a Pepito en mi catre y empezó a contar.

^c ...Frontera...

^{abc} ...contestar. Mamá...

² ...está...

^{abc} ...lengua. Estaba negro. Se...

***^{abc}

El segundo día le amaneció pasada³ la loma de las Gallinas. Había pernoctado en un bohío y con las luces de la madrugada empezó a cargar. La sabana toda, amplia y pelada, rezumaba azul claridad. El dueño del bohío le indicó el horizonte: a caballo y a pie, pero de tan menudo tamaño que parecían muñecos de cera, se adivinaban unos hombres que manchaban el amanecer.

—Son revolucionarios —dijo el campesino.

—¿Está usted seguro? —preguntó papá mordiéndose los labios.

—Sí —confirmó él—. Monsito Peña tiene todo esto alzado.⁴

Padre tenía entre sus ojos al país entero;⁵ conocía bien cada camino y cada dirección.

—Esos hombres van a Barbero —dijo.

El otro, sonriéndose con visible amargura, aceptó:

—Sí, a Barbero; pero no son más que un chin; ojalá no se tope con ellos.

—¿Yo?

Papá iba a vomitar alguna injuria; no lo hizo, sin embargo, sino que pensó: “Aunque arda el mundo entero esta noche entro al Pino”. Había visto la Mañosa, con los huesos apuntándole en el anca; sufría con el animal, y ya tan cerca del potrero nada lo detendría.

Le dejó unas monedas al hombre y montó. En el paso del primer arroyo había unos hombres regados. Las carabinas mohosas apuntando al cielo; los ojos enrojecidos por el

^{abc} Suprime la división del capítulo.

³ ...pasada *ya* la...

⁴ ...*alzado*.

⁵ ...*entero: conocía*...

trasnoche y el alcohol; la voz arrugada con que dieron el alto: todo indicaba que allí estaba el primer cantón de Monsito Peña.

Los revolucionarios alborotaron algo al verle llegar; él les gritó que dejaran seguir los animales, y en el tono que usó dejaba entrever a la vez una amenaza si no lo hacían y un premio si le obedecían. Los alzados le vieron meter la mano en el bolsillo y le oyeron después preguntar por Monsito. Los mulos pateaban el sucio camino arreados por Mero. Papá tiró unas cuantas monedas, y un hombre joven,⁶ que le salió al encuentro⁷ le dejó pasar mientras le cantaba al oído la voz de padre:

—¡Compren aguardiente!

Y nada más. Pero cuando hubo caminado apenas doscientas varas,^c se le quebró encima la mañana con los ruidos retumbantes de cinco descargas. Unos cuantos rezagados encontró padre; estaban armados y reían bajo el sol. A voces sueltas supo que Monsito Peña acababa de fusilar cinco enemigos.

Cerca ya del poblado empezó a topar palizadas caídas, ranchos que humeaban todavía, restos de animales muertos para alimentar la tropa a la carrera. Desde los montes iba ascendiendo un apelonamiento de nubes negras. Apretó el paso y llegó, con las primeras gotas, a una casa. El dueño le contó que los alzados habían asaltado el Cotuí.

En todo lo que anduvo no había visto un hombre ocupado en trabajo. Solos y silenciosos, los potreros se doblaban bajo el viento de lluvia que subía del río.

Había empezado la revuelta. ¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento fantasma y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando los bohíos a

⁶ ...joven, *seco y esquivo*, que...

⁷ ...*encuentro*, *le*...

^c ...*varas se*...

mujeres e hijos y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían ir a fiestas lejanas, a remotos convites. Respiraban una alegría feroz. Y los firmes de las lomas se iban poblando de tiros y de “quemadas”^{abc} en las primas noches.

Uno hubiera podido verlos pasar, fila tras fila, enfriándose en los barrancos de los ríos, quemándose en los caminos pelados, bajo el sol inclemente.

¡Revolución! ¡Revolución! Bien sabía padre cómo cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta; bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer andullos; bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que pronto ardería el maíz, cuando las bandas entraran de noche a asolarlo todo. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada.

Cruzó el pueblo al trote. Más adelante, en una parada, supo que el general Fello Macario estaba acantonado a todo lo largo del río Jima. Desde Piedra Blanca hasta Rincón,^{bc} el prestigio del general Macario era indiscutible. Padre se contaba entre sus amigos y decidió pasar. Aún no teniendo su amistad, lo hubiera hecho: a dos horas escasas estaban los potreros, el hogar, la mujer y los hijos.

Tenía ya buen rato orillando el Jima; había que cruzarlo bien abajo, porque tenía un repecho alto y duro, de brava roca, el mismo que le impedía desbocarse sobre los campos cuando crecía.

Mero fué quien le llamó la atención: había oído voces, pero tan lejanas que se confundían con el canto de la corriente. El río rebullía a sus pies. Es todavía una vena de agua rauda y limpia;

^{abc} ...de quemadas en...

^{bc} ...Rincón el...

salta los escalones de piedras y se cubre de blancas espumas. Un poco antes de que tomaran la bajada para cruzarle, un hombre oscuro, de expresión aturdida, atajó a mi padre para decirle que no pasara. Papá comprendió que tenía miedo^{abc} y le invitó a seguir con él. El hombre no supo cómo darle las gracias. Montó de un salto sobre el mulo y papá le recomendó que debía apearse del otro lado, porque los animales estaban cansados. Tampoco contestó: la alegría le había roto la lengua, igual que si hubiera sido de vidrio.

Atravesaron el Jima. Entre las piedras altas y peladas que lo encajonaban, disimulada por los pedruscos y las sinuosidades, estaba la vanguardia, a la que el general había confiado su primer cantón. Papá fingió no haberla visto, y Mero trató de pasar como si no hubiera habido gente.

Uno, dos, tres, hasta doce revolucionarios saltaron, en alto las carabinas, gritando frases sucias. Padre tiró de las riendas. En un instante se percató de que las eminencias estaban coronadas de armas.

—¡No hay paso! —gritó alguien.

Papá simuló un asombro que no sentía; medio sonrió; sintió la sangre zumbándole en la cara; pero no dudó de que el momento se hacía duro. A pocos pasos estaba Mero, pálido de ira, rodeado por figuras estrafalarias y agresivas. Algunos animales se entretenían en mordisquear la grama que asomaba entre las piedras.

Padre tiraba el ojo en redondo, buscando un amigo, un conocido siquiera;⁸ mientras tanto hablaba tonterías, procurando hacerse grato. Alguien se le acercó lentamente; al principio se veía como una masa negra y amenazante; después, al estar cerca, estalló en risas y dijo:

^{abc} ...miedo, y...

⁸ ...siquiera; y mientras...

—¡Pero si es don Pepe, caramba...!

Y esa exclamación, que se le cayera del pecho a un hombre del montón, de dudosa estampa, decidió el asunto. Pero antes de seguir tuvo padre que tirarse de la Mañosa para beber a pico de botella un trago por el triunfo de la causa. Y que dejar también en el cantón del Jima algunas monedas para que aquellos infelices soportaran el frío cortante que se alzaba del río.

Una vez dejado a^c espaldas aquel trozo hostil del camino, los animales fueron amasando lodo denso hasta bien entrada la noche. El nuevo compañero se tiró de su montura tan pronto dejó de oírse el griterío de los acantonados. Iba con los pantalones remangados y alzando la voz a cada dos pasos para arrear la recua y ahuyentar su miedo.

En Jumunucú se detuvo papá en una pulpería. A la escasa luz de la jumiadora había un grupo de campesinos bebidos y discutidores; hedían a tabaco y ron malo. Preguntaron algunas cosas; quisieron saber dónde estaba la revolución. Algunos cabeceaban pegados al mostrador y el pulpero se movía de un lado a otro sin decir palabra. En la frente se le leía este pensamiento. “No pagarán”. Padre pidió dulces para nosotros; el grupo le invitaba a beber y no sin trabajo pudo escapar. Ya sobre su mula, comprendió que aquellos desgraciados despedían la vida corriente: esa noche, o al amanecer, tomarían caminos extraviados para unirse a los alzados.

El paso de Jagüey quedaba cerca. Antes de llegar había que cruzar sobre una ceiba gigantesca que estaba atravesada en la ruta. Papá iba observando cómo una hilacha de luna forcejeaba con las nubes; Mero venía tras él y cerraba la recua el desconocido que se les unió antes de cruzar el Jima.

^c ...a *sms* espaldas...

Metiendo estaba la Mañosa sus primeras pezuñas en el agua cuando, inesperadamente, surgieron cuatro o cinco sombras del recodo. No se les distinguía; tan sólo eran sombras a la escasa luz de aquel pedacito de luna. Papá tuvo tiempo de ver que alzaban armas que los desconocidos agitaban a la vez que gritaban atronadores altos. Padre sintió que se le quemaba el corazón. Tiró del revólver, con ánimos malsanos, precisamente al tiempo en^{abc} que una de las sombras se agarraba a la rienda.

—¡Bandidos! —tronó padre.

Entonces uno del grupo gritó:

—¡Ah! ¡Es Pepe, es Pepe!

Papá sentía que se ahogaba, que se asfixiaba.

—¿Eres tú, Cun?⁹ —preguntó fuera de sí.

La voz respondió que sí. Le rodearon. Eran amigos de la ciudad, gente honesta y de trabajo a quienes el alzamiento había sorprendido en el campo.¹⁰ Todavía recuerdo algunos nombres: Mente, Cun,¹¹ Ramón.

Ya fuera del río, y mientras lamentaban el error, aquellos amigos pidieron noticias casi implorándolas. Temían a la revuelta; buscaban caminos extraviados, lo mismo que los que tomaban el monte; sólo que ellos lo hacían para huir.

Papá les explicó dónde estaban los cantones y les dijo, además, que era preferible caer en las manos del general Macario. Pero ellos no estaban dispuestos a tal cosa; sabían que era caudillo generoso y valiente; comprendían que no podían escapar a los revolucionarios si tomaban la ruta del Bonaó; pero preferían correr el riesgo de encontrar a la gente de Monsito

^{abc} ...*tiempo que...*

⁹ ...Cún?

¹⁰ ...en *campo enemigo*. Todavía...

¹¹ ...*Cún...*

Peña, cabecilla sanguinario y sordo al perdón, porque los cantones de éste dominaban menores distancias.

Padre comprendió que nada los detendría; entonces pensó que el compañero que traía desde Jima podría serles útil.

—Váyanse con este hombre —dijo—. El les llevará por las lomas de Sierra Prieta; si logran atravesarlas, corten derecho y tomen el rumbo de Maimón. Es el único camino. Pudiera también suceder que ya Macario tenga gente más arriba; pero no importa. De todos modos, insisto en brindarles mi casa...

Pero los amigos no quisieron. Abrazaron a padre y se fueron. El guía se hubiera^{bc} negado a acompañarles si aquellos hombres no hubieran tenido armas.

Se fueron. Papá los vio cruzar los escasos hilos del Jagüey y perderse en la curva. Iban como prófugos, dejando atrás sus hogares, caminando por veredas escondidas, con el corazón pendiente de cualquier ruido. Eran honrados y trabajadores. El sangriento fantasma que enloquecía al Cibao les hacía semejantes a bandoleros.

Con el dolor de aquella despedida llegó padre a casa. Y todavía ese dolor le hacía sorda la voz, mientras contaba al viejo Dimas su accidentado viaje.

^{bc} ...habría...

VII

Aunque el día amaneció nublado, con las nubes espesas y oscuras rozando las copas de los árboles y los techos de los bohíos, mucha gente conocida y desconocida estuvo visitándonos desde que las gallinas dejaron los palos.

Mero llegó temprano,¹ tomó una botella de creolina en el comedor,² ^{abc} buscó un poco de cal en el almacén, y se fué a los potreros a curar dos mulos que se estropearon^{abc} en el viaje.

Mero vivía en Pino Arriba y a lo que parece no tenía padre ni madre, porque nunca le oí hablar de ellos. Se había echado novia, y las primas noches le encontraban sentado en el bohío de la muchacha,³ silencioso, mirándola con actitud tímida.

El era persona moza, de pocas líneas y carne indecisa. Parecía que todas las palabras habían muerto sobre sus labios y que todas las luces nacían en sus ojos. Mulato, alto de pómulos, trabajador y sufrido, no tenía estampa fija ni se sabía a ciencia cierta en qué acabaría. Entró al servicio de papá en Río Verde, se le acomodó en el corazón porque no contestaba

¹ ...llegó *antes que el sol*, tomó...

² ...comedor, *charló con madre*, buscó...

^{abc} ...comedor, *charló con mamá*, buscó...

^{abc} ...se *habían estropeado* en...

³ ...de *ella*, silencioso...

a sus regaños, porque era honrado y porque como no hablaba, no ofendía. Madre le quería mucho, y siempre encontraba abundante el café para guardarle su tacita.

Ni en Río Verde ni en el Pino vivía en casa; allá tenía la suya y al mudarnos encontró bohío en Pino Arriba. Se retiraba cuando nos sentía con sueño y volvía antes de que despertáramos del todo.

Alguna que otra vez hablaba de su hermana, mujer a la que parecía profesar un cariño limpio. Ella tenía unos hijos que él llamaba “mis sobrinos del diablo”; y cuando la ocasión le ponía frente a una recua que debía pasar por Río Verde, amarraba algunos “clavos” en un pañuelo y se los enviaba a los muchachos “pa⁴ que compraran dulces”.

Papá conversaba con Simeón, que entre palabras se ponía en^{abc} pie para recomendar a mamá cómo había de hacer la tisana que me curaría las calenturas. A mi padre le tenía disgustado el estado de alarma y de desorden que se había producido, y lamentaba sobre todo el reclutamiento de los hijos de Dimas.

Ellos no eran asiduos de casa; pero trabajaban con padre,^{abc} uno viajando con la recua; y en ocasiones los dos, cuando padre contrató cierta venta de troncos de roble y los utilizó para que ellos los cortaran y los sacaran al camino; y cuando había que preparar las cargas de andullos o frijoles, en vísperas de salidas.

⁴ ...“para...”

^{abc} ...de...

^{abc} ...papá...

Aquellos muchachos gozaban fama de serios y de trabajadores. Ambos eran blancos, ligeramente curtidos por el sol; ambos finos, respetuosos, bien criados. No nos visitaban con frecuencia, porque estaban en edad de hacerles ruedas a faldas jóvenes y libres; y por eso se les encontraba en los campos distantes, en las galleras o en las fiestas; de noche, sobre todo, se mantenían en velaciones lejanas. Dimas estaba muy orgulloso de ellos, aunque era discreto al alabarlos.

Padre le estaba explicando a Simeón algo relacionado con ellos cuando⁵ asomó por el patio la vieja Carmita. Estuvo callada mientras padre no la saludó; después preguntó si no había visto a sus hijos. De seguro que papá mentía al decirle que sí; y ella lo notó porque,⁶ aunque se despidió con ánimos de irse, se mantuvo rondando por la cocina alrededor de mamá, como quien busca un consuelo que no quiere pedir.

Probablemente papá estaba enterado de todas las nuevas del lugar; se las contaría mamá en la noche. Quizá por eso habíamos^c estado oyendo hasta bastante tarde el ruido peculiar del fósforo cuando se enciende, señal de que estaba insomne y fumaba.

Yo estaba extenuado por la fiebre del día anterior; sentía una flacura interior, algo que me desteñía los colores y me invitaba a un sueño intenso. El frío me nacía en los propios huesos, se me adueñaba de la carne, me martirizaba.

Papá y Simeón seguían comentando sus asuntos; de rato en rato se levantaban, estrechaban manos anónimas, hablaban en alta voz.^c Pero de improviso padre gritó, notándosele el asombro:

⁵ ...cuando *se* asomó...

⁶ ...*porque aunque*...

^c ...*había*...

^c ...en *voz alta*. Pero...

—¿José Veras? ¡Caramba!

¡Estaba en casa José Veras! Salí corriendo, lleno de un impulso estúpido;⁷ tropecé con una silla;⁸ oí a mamá clamar que me haría daño, y me lancé sobre aquel hombre a quien quería entrañablemente. El me recibió en el pecho, me apretó, me tentó con sus manos duras y me sostuvo cargado con un brazo,^c mientras echaba el otro en el hombro de padre.

¡José Veras! Ladrón, haragán, valiente, simpático, dueño de una vida aventurera y atrayente, recalaba en casa después de algunos meses de ausencia. Se había criado en Río Verde y veneraba a mi abuelo.

Era cuellicorto y cabezón. Tenía bigote copioso, frente estrecha, espesas cejas, la mirada afilada y la boca siempre rota en risas. A veces resultaba pendenciero, si amanecía con la sangre gorda; pero los que le conocían no se le atravesaban, porque a José Veras le pesaba el ruedo de los pantalones.

Nunca trabajaba y robaba a plena luz. Sin embargo, la propiedad del amigo no tenía mejor celador que él;^{bc} ni su familia más abnegado enfermero cuando hacía falta.^{abc} ni río botado ni tiempo de agua ni revoluciones le paraban cuando andaba en diligencias de gente de su querer.

Al parecer abusaba de su fama, y en el juego engañaba miserablemente a los demás o pedía lo que él sabía que nadie le negaba. Es el caso que vivía y que no doblaba el lomo. A

⁷ ...estúpido, tropecé...

⁸ ...silla, oí...

^c ...brazo mientras...

^{bc} ...él, ni...

^{abc} ...falta; ni...

veces desaparecía y averiguábamos que estaba en la cárcel, ya porque hubiera vendido un novillo ajeno, ya porque hubiera tendido a alguien en pleno camino, con las tripas afuera.

Tenía el cuerpo bien medido y musculoso, tanto que parecía un saco lleno de piedras. Vestía traje gris; estaba descalzo y usaba sombrero de fieltro verde, medio raído y con lamparones de sudor y polvo. Comenzó a charlar de muchas cosas, vigilado por la mirada astuta del alcalde.

Se fué largo rato después, dejándome acostado; él mismo me llevó al catre y me recomendó que me cuidara. Volvió en la tarde, cuando hubo encontrado acomodo en un bohío desvencijado que estaba al otro lado del Yaquecillo. Las yaguas calcinadas se le caían a pedazos y el viento cantaba con ronca voz entre sus rendijas. Todos decían que en aquel bohío salían muertos. La vegetación que le rodeaba era greñuda, llena de mayas, pajonales y bejucos; éstos gateaban por las esquinas del bohío y rompían en verdor sobre el techo. En el Pino nadie se hubiera arriesgado a dormir en él; y cuando mamá le preguntó cómo se atrevía a hacerlo, le contestó José Veras que para los muertos tenía su oración y para los vivos su revólver. Entre risas dijo más tarde que el bohío le gustaba porque nadie le pedía cuentas si le arrancaba las tablas para hacer su “candelazo”^{abc} en las noches de frío.

^{abc} ...su *candelazo* en...

VIII

Cuando papá consideró que los mulos habían repuesto en los potreros su fatiga, y cuando le vio las ancas firmes a su Mañosa, dispuso un viaje rápido al pueblo para llevar telas y otras cosas “antes de que la gente se embullara con los tiros”. Salió bien de mañana y volvió cuando el sol rastreaba desde el oeste. Estaba muy alegre, porque había hecho buena venta. Dijo¹ que en el pueblo había dudas, decires, pesimismo.

—¡Ay de esa gente si Fello Macario los coge ahora desorganizados!

—Manque no los coja, don Pepe, manque no los coja —sentenciaba Simeón.

En un rincón, huyéndole a la luz retozona para esconder su tristeza, Dimas sólo atinaba a decir:

—Con que no vido a los muchachos, don Pepe; con que no los vido...

Más que hablar con papá, parecía hacerlo con la noche dilatada, con la noche plena que se estaba endureciendo afuera.



La vida del campo estaba suspensa para todo aquello que no fuera^{abc} revolución. En las tertulias de casa se contaban

¹ Dijo, *acomodándose para regustar mejor la cena recién comida*, que...

^{abc} ...fuera *la* revolución.

historias de sangre; se hablaba de tal pleito, de las bajas que hubo en tal lugar. Cada día aparecían noticias nuevas que nadie sabía de dónde procedían, puesto que ninguno de los contertulios salía del Pino. Se decía que las tropas pasaban de noche, y alguien aseguraba que sentía los pasos de las monturas.

Papá era o muy crédulo o muy incrédulo. Sus simpatías estaban con los alzados, quizá porque era amigo del general Fello Macario, quizá porque el gobierno había reclutado a los hijos de Dimas, cuyo dolor, manifiesto perennemente, aunque lo disimulara, indignaba a quienes le querían.

La amenaza de la revolución paralizaba las vidas. A cada momento se la creía ver aparecer por el recodo de la Encrucijada, arrasándolo todo.

Sin embargo, la tal amenaza no podía matar el deseo de diversiones. A pesar de que a cada amanecer faltaba alguna cabeza de hombre en algún bohío, porque en la noche tomó el camino de los cantones; a pesar de que nadie sabía qué cosa desagradable le guardaba la revuelta; a pesar de que nadie sabía cuándo podía aparecer,^{abc} la gente se preparaba a bailar.

Desde muchas noches antes a la del sábado se oía retumbar la tambora por los lados de Jagüey Adentro. Eran ruidos sordos, epilépticos, con ritmo de tiroteo lejano. Los hombres ensayaban merengues; y cuando la brisa venía del este, llegaba hasta nosotros la voz desgarrada del acordeón.

El entusiasmo iba cundiendo en los campos vecinos. Desde la tambora parecía irse desprendiendo un calor que embotarrachaba. En la noche trepidaban las sombras bajo el convite apremiante de aquella tambora.

Simeón habló con Papá para que pusiera cantina en Jagüey Adentro; pero padre le contestó que él no contribuía para esas cosas, cuyo final era siempre sangriento. El sabía

^{abc} ...aparecer *una columna armada*, la...

bien cómo va levantando el ánimo la copa apurada sin medida, cómo enardece la música tosca del acordeón. En toda fiesta flota un vaho viril y cruel, un olor confuso de sudor y de mulo caminado, una pestilencia de pólvora, que acaba poseyendo a los hombres y termina en chorros de sangre.

El baile debía ser el sábado en la noche; sin embargo, desde antes del atardecer empezaron a cruzar por el camino incontadas mujeres. No se sabía de dónde salían tantas. Unas tenían color de cacao seco;^{bc} otras eran blancas, con la sangre apretada en las mejillas; otras parecían negras de tan oscuras. Todas llevaban trajes anchos, de colores chillones; todas movían las caderas con vaivenes de hamacas y todas tenían ojos encendidos, como fogones en las medias noches. En los moños altos y copiosos lucían su gracia los claveles reventones y las tímidas rosas.

Pasaban también hombres, agrupados, en caballos, a pie, bien trajeados, descalzos; gentes de todas las razas y de todas composturas. Venían vociferando;² reían, charlaban y bebían a pico de botella.

Papá y yo estábamos en el camino real, junto al portón. Veíamos aquel desfile abigarrado que padre comentaba con palabras despectivas. La tarde se arrimaba también hacia allá, hacia Jagüey Adentro; parecía ir cruzando el cielo en amplios trazos de luz morada. Oíamos claramente la tambora con su ruido esquivo, veloz, desesperante. Por el camino, con la cabeza gacha, venía Dimas.³ En eso oímos tiros. Sí; eran tiros. Seis, siete. Sonaron claramente, por encima del sordo rugido de la tambora.

^{bc} ...cacao; otras...

² ...vociferando, reían...

³ ...Dimas; traía las manos a la espalda y parecía no querer andar.

En...

Dimas se detuvo. Nos miró con ojos desolados y absurdos. Estaba ya cerca de casa y corrió.

—¡La revolución, la revolución!... —roncaba.

Pero no era la revolución. Vimos un hombre que venía, desde la Encrucijada, en nuestra dirección. Corría alocado; se detenía de pronto, disparaba y tornaba a huir.

—¡Es José Veras! —gritó papá.

¡Sí,^{abc} José Veras! Se le veía como una mancha gris, atareado en cargar el arma humeante. Cerca, cerca, tirándole los cascos de las monturas sobre las espaldas, le seguían cuatro hombres. Traían los sables en alto y se inclinaban hacia el camino.

Yo estaba asustado. Mamá y Pepito corrieron al portal boquiabiertos. Papá los atajó; los empujaba con las manos, con las palabras. Se metió en el almacén a todo correr. Cuando salió de nuevo, con el revólver oscuro en la mano, acababa de caer José Veras.

Los perseguidores saltaron sobre él en desorden. Vimos claramente el chorro de sangre que le nació en el pescuezo. Pero aún así, en el suelo, disparó dos veces.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —tronó papá.

Y haló el gatillo tres, cuatro veces. Dimas corrió sobre el grupo.⁴

Los caballos se arremolinaron junto al cuerpo herido de José Veras. Aquello parecía una mancha confusa, medio perdida en el atardecer. También papá corría, gritando insultos. Pero los desconocidos lograron montar.

Nos ahogaba el sobresalto, mientras el camino real se alargaba tras los cascos de aquellos cuatro caballos veloces.

^{abc} ¡Sí; era. José...

⁴ ...grupo; llevaba en alto su cuchillo.



Toda la gente del baile se desbocó en el patio de casa. Venían agrupadas como hormigas; una algarabía terrible se alzaba de aquel montón inquieto que gritaba y gesticulaba.

Tenían al herido tendido con la cabeza sobre la calzadita que llevaba a la cocina. Un machetazo cruel, que desde la oreja derecha hasta casi la mitad del cuello le había tumbado buen trozo de carne, había abierto salida a la sangre abundante de José Veras. La tierra mojada y negra se la iba chupando con avidez. Las mujeres y los hombres se inclinaban con miradas tímidas y asustadas sobre el herido.

A medida que pasaba el tiempo se agrandaba el grupo. Simeón escupía indecencias, mientras caminaba de un lado a otro con el entrecejo arrugado. No comprendía que se pudiera herir tan cobardemente a un hombre.

Sólo José Veras parecía tranquilo: ojeaba el grupo y trataba de sonreír; pero a cada esfuerzo le borbotaba la sangre por la herida. Tenía ya el pecho y los hombros rojos.

La vieja Carmita había venido también entre los curiosos; se alejó de todos, se dobló cerca de la alambrada y escogió algunas yerbas. Pidió después^{abc} permiso a mamá para majarlas en la cocina. Pero ni madre, ni padre, ni nadie sabía qué convenía hacer. Todo el mundo se movía de un lado a otro, protestando y asqueado del suceso; aquella masa confusa sólo sabía mecerse en círculos sobre José Veras.

Carmita pedía una aguja con hilo y papel de estraza. Habló con Simeón. Dimas daba voces, queriendo pasar.

La vieja se inclinó junto a la cabeza del herido. El quiso moverse para verla; la sangre le salió entonces a caños, ensuciando la falda morada de Carmita.

^{abc} *Pidió permiso...*

—Tése⁵ quieto, compadre, que vamos a coserlo —recomendó el alcalde.

El movió los párpados, aprobando. La vieja le llenó el hueco de carne viva con las yerbas mojadas,^{abc} metió también papel de estraza y comenzó a coser la despiadada cortadura.

Todo el mundo trató de no ver. Sólo una mujer joven, de encendida color, dejó los ojos fijos en José, mordiéndose los labios.

Oyéndoselo contar a la gente supimos que José estaba jugando con unos hombres que decían ser del Bonaó, pero a quienes se sospechaba como procedentes del Cantón de Jima. Hizo trampas para quedarse con una onza;^{bc} se la reclamaron, se negó a devolverla, y acaeció la tragedia.

Papá ordenó que le arreglaran con sacos viejos y aparejos una cama en el almacén. Simeón se le acercó para preguntarle quién era su agresor. Desde el suelo, apuntándole una sonrisa maligna en la boca descolorida, respondió Veras:

—Esas son cuentas más, compadre...

La vieja Carmita explicaba a un grupo de mujeres:

—Ese no se muere... Yerba mala...

Los hombres buscaban, con justo disimulo, la dirección de la gallera.

⁵ Estése...

^{abc} ...majadas...

^{bc} ...onza, se...

IX

Un día amaneció el Pino en revuelos, pues se aseguraba que la columna revolucionaria llegaba de un momento a otro. La gente correteaba por el camino, dando voces y arreando los cerdos y los becerros. Ladraban los perros y los hombres se manguaban, se acercaban, cuchicheaban entre sí y guiñaban los ojos.

En realidad, lo que había sucedido era que media docena de alzados apostados en Jima se hicieron de caballos y llegaron hasta Jumunucú para comprar ron. En la pulpería bebieron de lo lindo y estando en calor se les ocurrió disparar los revólveres. Uno de los vecinos, cuando la noche cerró silenciosa sobre los tiros, salió cautelosamente, cruzó unos cuantos guayabales y llegó al bohío más cercano.

—Por ahí vienen ya —dijo.

En ese bohío se alarmó la gente, y corrieron adonde unos primos que tenían cerca de Jagüey.

—Por ahí viene la revolución —dijeron.

Uno de los muchachos, que oyó la voz y creía que amanecía, se echó afuera, cruzó el río y llegó hasta la casa de la vieja Carmita. Le aseguró que la columna estaba casi entrando al Pino y hasta le juró que sus hijos venían en ella. La vieja Carmita tocó en las puertas de todos los bohíos cercanos, alborotó a los hombres, y en la madrugada estaba el Pino entero sobresaltado, esperando oír de momento la corneta que anunciara la llegada.

José Veras, que estaba bastante aliviado de su^c herida, pedía que le dejaran salir o, por lo menos, asomarse a la puerta.¹

El frío apretaba, aunque estaba despejado el cielo. José Veras se había recetado a sí mismo resina de amacey, y tenía el cuello rojo.² Me tenía consigo cuando las fiebres me permitían levantarme; me hacía preguntas y cuentos. El día del revuelo en el Pino estuvo nervioso; pero a medida que se acercaba la noche, como viera que se trataba de alarmas falsas, se le fueron haciendo mustios los ojos, como las flores castigadas por el sol del^c mediodía.

En la tarde, mientras la gente aún se removía de arriba abajo y en la cocina se hacían vaticinios y se adelantaban conceptos, José Veras desenredaba sus mejores voces para contarme una historia. La luz del atardecer persistía temblona en las rendijas. El, con los pies cogidos, de nalgas en su camastro,³ entretenía mi impaciencia.

—...Bueno... “Pata e Cajón”^{abc} taba aquí, un ejemplo, y taba en La Vega.⁴ Andaba con un saco más grande que una casa y ahí diba metiendo cuanto muchacho topaba. Una vez nos llamó el gobernador a cinco presos, que tábamos⁵ en la cárcel por desgracias que le pasan a uno, y nos dijo: “Ya Pata e Cajón tá⁶ haciendo mucho daño; yo los suelto a todos ustedes si me lo consiguen...”

^c ...de *la* herida...

¹ ...puerta, *porque quería ver si entre los que llegarían estaban sus beridores.*

² ...rojo, *morado casi.* Me...

^c ...*de* mediodía.

³ ...camastro, *la mirada infantil y alegre,* entretenía...

^{abc} ...*Pata e Cajón*...

⁴ ...*estaba* aquí, un ejemplo, y *estaba* en La Vega.

⁵ ...*estábamos*...

⁶ ...*está*...

Salieron los cinco presos; cada uno tomó caminos distintos, hacia los pasos de los ríos, porque “Pata de Cajón”^{bc} tenía la propiedad de aparecer en varios sitios a un mismo tiempo. Casi nadie le había visto; pero se dio el caso de desaparecer cuatro niños a la vez, en lugares distantes,^{abc} y en todos habían encontrado las huellas cuadradas, increíblemente grandes, del fantasma.

Uno o dos viejos aseguraban haberlo topado, ambos de noche. Era, según decían, hombre bajito, que podía crecer o hacerse como una hormiga, de acuerdo con sus deseos. Se rumoraba^{bc} que había venido de Haití y que tenía panales de avispas en las barbas.⁷

Más de una vez⁸ estuvieron los presos acechando a “Pata de Cajón”.^{bc} Una noche, pasada ya la media, José Veras, que cuidaba el paso de Pontón, vio bajar por los cerros de Terrero dos hachos de cuaba, grandes como pinos nuevos. José no era hombre capaz de sentir miedo, pero era tan impresionante el sordo ruido de pedregones desprendidos que salía de los cerros, y tan azul y extraña la lumbre que despedían aquellos hachos, que José se hincó, rezó un padre nuestro y dos salves y sintió no tener vela para alumbrarse el camino de los cielos.

Por la sabana de Pontón, tostada, amplia, llana como palma de mano y despoblada, empezó a cruzar una gigantesca figura que se envolvía en la sombra, a pesar de los hachos que la precedían. Los tales hachos caminaban solos con pasmosa serenidad, igual que si la mano del diablo los sujetara.

^{bc} ...*Pata de Cajón*...

^{abc} ...*distintos*...

^{bc} ...*rumoreaba*...

⁷ ...*barbas blancas, espesas y largas*.

⁸ ...*de un mes* estuvieron...

^{bc} ...*Pata de Cajón*.

Ya estaba cerca la aparición. José pudo distinguir el tamaño de los pies, disformes, cuadrados y grandes como cajas de mercancías. Sobre ellos se alzaba la figura dudosa que él estaba en obligación de apresar.

José se había metido entre las mayas que orillaban la sabana; miraba con ojos enloquecidos de pavor y sentía ganas de correr, de hacerse ligera guinea entre aquellos pajonales pardos, enrojecidos por la lumbre de los hachos.

Recordó la misión que le habían confiado; pensó en los niños que desaparecerían esa noche. Se sintió heroico y comprometido;⁹ ya no dudó y desenfundó el revólver.

Pero los tiros no salieron. José Veras sudó frío. El fantasma caminaba sobre él, así, volando, volando. Se^{abc} aterrorizó hasta los mismos huesos y lanzó un grito terrible. Después... No supo más. Los vividores del lugar lo encontraron, a la mañana siguiente, tendido de cara al cielo, apretando el revólver con mano agarrotada.

—Asina —terminó— puedo jurar que lo vide, como se lo toy contando...

Se apretó más los brazos contra los pies. Una tristeza absurda le poblaba de pena el rostro.

—Hace ya mucho tiempo que “Pata e Cajón”^{abc} no sale —explicó—. Me dijeron que se fué otra vez pa¹⁰ Haití.

Parecía lamentar en su interior la ausencia del fantasma, mientras manoteaba matando los mosquitos que se le asentaban en las piernas. Yo me sentía debilucho;¹¹ y me levanté para dejar a la jumiadora que se adueñara del vasto almacén: sobre el techo de zinc se iba haciendo gruesa la noche picada de estrellas.

⁹ ...comprometido, ya...

^{abc} ...volando. José se...

^{abc} ...Pata e Cajón...

¹⁰ ...para...

¹¹ ...sentía debilucho.

Y me...

X

Enfermo estaba yo, con una fiebre que me hacía arder la sangre, cuando recibimos las primeras noticias seguras. Se sabía sin lugar a dudas que llegarían en la tarde y además que las avanzadas del gobierno se replegaban con precipitación hacia el pueblo,^c porque una columna de la revolución había atacado por la espalda.

El camino parecía un hormiguero y en todas las caras había risas insolentes. Desde que el sol dejó su inclemencia,^c empezó la gente a apostarse en las palizadas. José quería levantarse; pero una llovizna menuda empezó a salpicar los campos y se fué haciendo gruesa. El viento sin ley de las lomas la tornó chubasco; sin embargo los hombres no se iban.

En casa se trajinaba como nunca y padre hizo ensillar la Mañosa para que Mero fuera a toda carrera hasta Pedregal y comprara algunas medias botellas de ron en la pulpería.¹

Entrando ya la noche oí el rumor vago, confuso y atronador, que iba creciendo rápidamente. Pepito estaba a mi lado, temblando de frío, hecho un manojito de nervios. Sentíamos igual que si un río salido de madre se hubiera adueñado del camino real y corriera arrasando con bohíos, con árboles,

^c ...*pueblo porque...*

^c ...*inclemencia empezó...*

¹ ...*pulpería que vegetaba allí.*

con piedras. Algunos disparos sueltos cantaron en el anochecer;^{bc} se distinguían gritos roncós, voces ardidás, palabras desnudas. Papá caminaba a grandes trancos de una habitación a otra.

Al amparo de las sombras, que se metían apelonadas en la casa, salté del catre y me fui al almacén. Me sentía exhausto y crecido a un tiempo. José Veras entreabrió una puerta; veíamos el agua gotear por las arrugas del zinc.

—Ese es Fello Macario —dijo él.

Señalaba al primero, jinete elegante, de pecho salido, que montaba un nervioso y bien parado caballo rosillo. Tenía la piel oscura y llevaba sombrero de Panamá. No se le veía arma. Vestía saco achocolatado y pantalones azules y estrechos, cubiertos de rodilla abajo por negras polainas. A medida que se acercaba se distinguía mejor el rostro viril del general. Se adornaba el labio superior con bien hecho bigote; usaba pañuelo de seda arrollado al cuello. Miraba por encima de los hombros,² arrogante, como hombre acostumbrado al mando.

Su caballo era también de jefe. Marchoso, embarbado³ y alto; no movía la cola y pisaba como si temiera hacerle daño a la tierra.

Tras el general se adivinaba un hormigueo⁴ de hombres montados y a pie. A su lado venía un negro bajito, jinete en alazano pequeño; tenía la corneta terciada sobre el amplio pecho.

De la columna, que caminaba torciéndose, moviéndose, ladeándose, se elevaba un vasto rumor de conversaciones

^{bc} ...el *anochecer* y se...

² ...hombros, *sereno*, arrogante, *seguro*, como...

³ ...embarbado, *brioso* y...

⁴ ...*hormiguero*...

alegres; alguna que otra voz se alzaba en gritos; muy atrás se adivinaba otro grupo, medio ahogado en la llovizna.

José Veras estaba nervioso y ardía en deseos de tirarse al camino; le bailaban los ojos; se mordía las rabizas del bigote, palidecía... Yo me sentía colmado de entusiasmos, enamorado de la apostura^c viril⁵ de aquel general legendario, de quien se contaban cien generosidades y no sé cuántos gestos de valor. Se decía que en todo el Cibao no encontraba compañero en la seguridad de su muñeca,⁶ que no perdía tiro.⁷ Corría de boca en boca la historia de que cierta vez,^{abc} en la fiebre del combate,^{abc} metió su caballo en la montonera enemiga para arrancarle a una rumba de muertos el cadáver de un compadre; que se lo echó por delante y que retornó a su tropa al tren picado de su montura, sin apresurarla, sin disparar y sin volver el rostro.

Cincuenta merengues cantaban las hazañas del general Fello Macario; y yo lo tenía ahora al alcance de mi vista, y sentía que una felicidad ardiente y desconocida descendía sobre mí. Pero cuando vi que, ya casi frente a casa, el general dirigía su montura hacia el portal, y sentí que papá salía a recibirle, dejé la rendija y corrí a mi catre.

Oí el saludo cordial de mi padre; oí la voz del recién llegado, autoritaria, salida a borbotones, como las burbujas de la botella metida en el río; oí la voz alegre de mamá dándole la bienvenida y oí las pisadas del rosillo en el patio.

Pepito corrió al comedor y subió a la ventana. Volvió inmediatamente a decirme que había muchos, muchísimos

^c ...*postura*...

⁵ ...*apostura elegante, viril y simpática* de...

⁶ ...*muñeca; que*...

⁷ ...*tiro; corría*...

^{abc} ...*vez en*...

^{abc} ...*combate metió*...

caballos en el portal, tratando de entrar, pero que el general lo había prohibido.

Las pisadas de las bestias, frente a la casa;⁸ las voces aguardentosas de los revolucionarios; el tintineo de los estribos y los frenos, cuando los animales pretendían sacudirse la llovizna de encima: todo aquel clamor ronco, nuevo y vertiginoso, penetraba en mi habitación, cabeceaba contra las paredes y me golpeaba en las sienes.

A poco sentí pisadas⁹ en el comedor y sonido de espuelas. La voz de Fello Macario, baja y mandona, colmó la casa. Estuvo largo rato hablando con padre y me di cuenta perfecta de cuándo llegó Mero con el ron y cómo chasqueó los labios el visitante, indicando que le había gustado. Después se pusieron en^{abc} pie y creí que él se iría; pero las pisadas se acercaron e irrumpieron en mi habitación. Mamá les seguía con la¹⁰ luz. A su gracia pude ver mejor¹¹ al general.^{abc}

Era de expresión adusta,¹² imponente. La nariz afilada y la boca prieta, la barbilla pronunciada y el entrecejo^c encogido le hacían difícil a las intimidaciones. Sus ojos pardos, manchados de rojo, se movían con impresionante pesadez, igual que si estuvieran metidos en barro. Tenía la quijada sólida y la cabeza pequeña, con el pelo cortado a rape y jaspeado por puntos de canas. Estuvo sentado en una silla serrana, junto a mi catre; me pasó varias veces la mano por la cara,

⁸ ...casa, en el trocito de camino que se nos echaba delante como perro sato; las...

⁹ ...pisadas recias en...

^{abc} ...de pie...

¹⁰ ...con luz.

¹¹ ...verle mejor.

^{abc} ...pude ver al general.

¹² ...adusta, cerrada, imponente.

^c ...el entrecejo le hacían...

al descuido, mientras contestaba las preguntas de papá; al descuido también pareció tentarme por el pescuezo, con el dorso oscuro.

—Este muchacho se ta¹³ quemando, Pepe —dijo.

—Unas calenturas... —comentó mamá.

—Yo lo voy a curar de una vez —aseguró.

A la sonrisa de duda que se descosió en el rostro de mi padre,^c respondió él con otra de sapiencia. Pidió ron a mamá; se desabotonó el saco, sacó del cinturón un hermoso puñal que tenía el mango negro y adornado con plata, buscó a tientas una cápsula y lentamente, como hombre que de nadie depende, comenzó a desplomar la munición. Logró sacar el cascarón, no sin algún trabajo, y había vaciado la pólvora en su mano zurda cuando retornó mamá trayendo el ron. El se bebió un trago, sin asquearse, igual que quien bebe agua,^{abc} echó la pólvora en el resto y me tendió la mano.¹⁴ Papá gritó que no me diera tal bebida, pero él le contestó, sonriendo, que “ésa era la medicina de los hombres”. Sujeté asustado el vaso, tragué el ron y sentí que un candelazo me abrasaba la garganta.

Fello Macario me miraba con sus ojos pardos y pesados.¹⁵ Las lágrimas me saltaban de los ojos y entre ellas veía la expresión apesadumbrada de mi padre, cuya abstinencia era irreductible.^{abc} De pronto pareció acordarse de algo, le dijo al general que esperara y salió.

El general no habló palabra¹⁶ mientras papá estuvo fuera. El parecía estar jugando con algún pensamiento y yo

¹³ ...está...

^c ...padre respondió...

^{abc} ...agua, echó...

¹⁴ ...tendió el vaso.

¹⁵ ...ojos pardos, pesados e impresionantes. Las...

^{abc} ...mi padre. De pronto...

¹⁶ ...palabra, como tampoco mamá, mientras...

atendía a las voces de Pepito, que se elevaban entusiastas y agudas en el patio.

Padre entró con el revólver de Dosilién en la mano.

—Quiero dejarle esto de recuerdo, ya que ha honrado mi casa —explicó tendiéndole el arma a Fello Macario—. ¿Sabe usted a quién perteneció esto?

El general movía la cabeza a un lado y a otro, indicando que no. Al fin, a la sonrisa^{17 bc} pedante de papá, respondió:

—Ni lo supongo.

Papá acarició con visible satisfacción el revólver.^{abc}

—A Dosilién —dijo.

—¿A Dosilién? —preguntó asombrado.

Papá afirmó con gestos. Afuera engrosaba el ruido. Siempre me seguía pareciendo un río que arrastraba espeques, alambres, hombres, árboles. Pepito vino corriendo a decir no sé qué cosa al oído de mamá, y ella salió apresurada. Fello Macario escuchaba atentamente a papá.

—Me habían dicho que taba¹⁸ compuesto.

—Sí —aseguró papá—;^{abc} está compuesto. No hay bala que lo corte,^{bc} mientras usted lo tenga encima.

El general sonreía satisfecho.

—Usted no sabe lo que le agradezco este regalo, Pepe —dijo poniéndose en^{abc} pie.

Caminó dos pasos, con igual torpeza que si estuviera aprendiendo a moverse sobre la tierra, despojado de su caballo.

¹⁷ ...*sonrisilla*...

^{bc} ...*sonrisa*...

^{abc} Frase suprimida en las ediciones de 1966, 1974 y siguientes.

¹⁸ ...*estaba*...

^{abc} —*Sí*, —aseguró *papá*— *está*...

^{bc} ...*corte mientras*...

^{abc} ...*de pie*.

Se acercó a mí, y con una ternura que me abrumaba,^{abc} empezó a peíname con su mano áspera. Alta la cabeza, mirando lejos, dijo:

—Pepe, acuérdesse de que arriba y abajo, en gobierno o en revolución, el general Fello Macario es su amigo.

Había hablado con voz entrecortada. Al salir se le regó la luz en la espalda. Era, efectivamente, un bello ejemplar de mulato. Ya en la puerta se volvió en^c un movimiento lento, señaló al oeste y recomendó:

—Ahí en Pedregal voy a dejar un cantón: cuídeme esos muchachos como si fueran suyos, Pepe.

—La gente que anda con usted —respondió papá notándosele la emoción— es gente que manda en esta casa, general.

Se fueron. Por las otras habitaciones iban sonando las pisadas del general,¹⁹ acompañadas de ruidos de espuelas. Y las espuelas eran de plata, si yo no había visto mal.

^{abc} ...*abrumaba empezó*...

^c ...*volvió con un*...

¹⁹ ...*sonando sus pisadas, acompañadas de*...

XI

Una semana después había renacido la paz en el lugar. El sol¹ llenaba de oro los pardos caminos del campo. Mero iba y venía sin cesar; sacaba los mulos, los peinaba, les curaba las mataduras y les revisaba las patas; recosía aparejos maltrechos, serones rotos; se pasaba horas enteras retejiendo sogas desflecadas. A menudo iba Carmita para cambiarle la resina de amacey a José Veras;² hablaba poco o no hablaba y rara vez se refería a sus hijos, lamentando no haberles visto cuando la revolución pasó. José le explicaba que ellos estarían en otros sitios, “porque la guerra era muy grande, y había mucha gente en el monte”.

José se arriesgaba a salir,^c y se metía en la cocina bien de mañana,^c para hacer rabiar a mamá con su descuido o para contarme cuentos en los que no faltaba un muerto que ora galopaba en las ancas de su caballo hasta derrengarlo en cualquier recodo de camino lleno de tinta, ora le mandaba buscar una botija repleta de onzas, ora le pedía que le rezara para sacarle de penas.

¹ ...sol *rubio, retozón y malcriado*, llenaba...

² ...*Veras, hablaba*...

^c ...*salir* y...

^c ...*mañana para*...

El viejo Dimas silenciaba y la mayor parte del día la pasaba apretándose la frente con la mano corta y recia. Nadie le traía noticias de sus hijos y a ratos sólo sabíamos cosas desagradables para el gobierno, en cuyas filas estaban.

—En estos días —rezongaba a menudo— no hay que pensar en trabajo. Todito lo echan a perder estas condenadas revoluciones.

Apenas venían campesinos a casa; alguno se aparecía, de tarde en tarde, con un mísero andullo, o con dos cajones de maíz. Papá se quejaba del mal tiempo, aunque entre días se le oyera decir que, a pesar de todo, la vida iba adelante.

Y así era... Con algunos empujones, es cierto; pero la vida iba adelante. Podíamos compararla con las aguas escasas y pestilentes del Yaquecillo: cuando le lloviera en las lomas bajaría impetuoso, alzándose hasta lo más alto de sus raquíticas barrancas.

El jefe del cantón de Pedregal se presentaba temprano en busca de su café, volvía a medio día a comer y retornaba en la noche para tertuliar y echar un trago, si aparecía.

Era aquél un tipo pintoresco, negro, rechoncho, de mirada vivaz y alegre decir. Resultaba gracioso y simpático con nosotros, a quienes miraba como personas superiores; pero hombre que le cayera bajo la voz de mando, era hombre perdido. Le chillaban las palabras de una manera atroz, y si contaba un hecho de armas en el que había actuado, anulaba a cuantos intervinieron en él para crecerse de modo desafortado. El había mandado el fuego y repartido la guerrilla; y fué él quien, en tal pleito, le tumbó la cabeza de un machetazo al general tal, y él quien hizo prisionero a aquel otro general; y él quien, cuando tal pleito estaba perdido, se

apareció con seis hombres y un corneta y a toque de avance y descarga cerrada,^{abc} salvó la situación.

Era de verle cómo saltaba y removía los brazos, y^{abc} cómo se le incendiaban los ojos,^{abc} y cómo se doblaba e imitaba la corneta con la voz y los tiros con un ruido seco de la garganta. Era un remolino vivo y no cabía en espacio alguno, por ancho que fuera, cuando contaba lo que él llamaba “un sucedido”.

Se mantenía cargado de armas. Tenía un sable terciado, sujeto a la cintura por una cinta ancha y tricolor; dos revólveres, el uno cache negra y el otro nacarada;³ usaba un puñal largo y agudo, que llevaba envainado a la espalda.⁴ Del hombro izquierdo hasta la cadera del otro lado le pendía una cartuchera cuajada de municiones y otra se le enroscaba en la cintura, sobre la guayabera de fuerte-azul. A todos les resultaba chocante, y José aseguraba que los hombres así no salían guapos, pero que aquel “diache” comía balas. Para mí era un mortificante problema pensar cómo se hacía para dormir tan repleto de hierros peligrosos.

En las tertulias de la cocina y por los labios de aquel hombre desfilaron todos los generales habidos y por haber. Contando los pleitos en que había figurado⁵ resultaba que había recibido su bautismo de fuego por lo menos veinte años antes de nacer. El mismo no recordaba de dónde era, y unas veces decía que había nacido en Piedra Blanca, otras que en Santiago, otras que en la Línea.

^{abc} ...*cerrada salvó*...

^{abc} ...*brazos, cómo*...

^{abc} ...*ojos y*...

³ ...*nacarado*...

⁴ ...*espalda, con el mango vuelto hacia el lado derecho*. Del...

⁵ ...*figurado, resultaba*...

Algunas noches se ponía a detallar por qué sitios estaba triunfante la revolución, cuáles eran los lugares por los que el gobierno podía recibir refuerzos. Papá dedujo por esas conversaciones que la gente que estaba en el pueblo se veía apretada y que nada más por la línea férrea mantenía contacto con el gobierno. Con un candor infantil dibujaba planos en el suelo, utilizando astillas o el cuchillo de Simeón.

—Aquí está tal tropa —decía señalando el lugar en la tierra—; y aquí tal estación, y el general Fulano está acantonado allí.

—Ajá, ajá...

Una vez papá aseguró que de él estar en el pellejo del general Fello Macario, ganaba la revolución con un solo encuentro.

—Yo... —explicaba— corto por Pedregal o por los Mameyes, hago que algunas guerrillas tiroteen el pueblo por la entrada de Pontón y cuando me están^c esperando les salgo en la misma vía férrea, cortándoles las comunicaciones.

—Bueno, don Pepe —observaba José Veras—;^{bc} pero usted no cuenta con que ellos tienen el pueblo y pa⁶ mover tropas lo hacen corriendito. Continúe que si se tiran con la guerrilla y la aflojan, se meten por este camino hasta el mismo Bonaio, y le alborotan el gallinero al general.

Papá le miraba pesadamente, obligado a callar, porque por boca de José Veras hablaba la verdad aplastante del hombre que no ha teorizado en su vida, sino que ha actuado siempre.

—Lo que pasa —terciaba el negro—, es que en el pueblo hay balas y soldados de verdá. Correteando de arriba abajo no se ganan pleitos, don Pepe, sino metiéndose entre la candela.

^c ...estén...

^{bc} ...Veras— pero...

⁶ ...tienen *todo* el pueblo y *para* mover...

Inmediatamente comenzaba a contar una acción en la que él había intervenido. El general decía que así y él que asá; discutieron;⁷ por poco si se matan en el calor de la disputa; pero cuando hubo que atacar, se hizo como él dijo y se triunfó.

—Ahora tan⁸ murmurando —soplaba Simeón— que esperan refuerzos y que tal vez⁹ traigan hasta unos cañoncitos...

El negro alzaba los ojos asombrado. Absorta en su oficio, mamá acechaba el glu-glu del agua que estaba en el fogón.

A medida que fué tomando confianza, el jefe del cantón se fué apareciendo acompañado. Los que con más frecuencia iban eran un hombrecito descolorido, con sólo la piel sobre los huesos, silencioso, de modales lentos, cabellos muertos y negros y ojos de matón; y un mulatazo enorme, que casi no cabía por la cocina, dulce al hablar, al moverse, al mirar. En su cuerpo todo era flojo y caminaba como persona con sueño. Otros muchos se turnaban en las visitas; pero no eran asiduos. José los interrogaba a todos y como al descuido preguntaba por gentes del Bonao.¹⁰ Dimas se interesaba por noticias que vinieran del pueblo, deseoso de que alguien le dijera un día que sus hijos estaban sanos y salvos. Generalmente se mantenía exprimido, como las guayabas que el mulo pisa en los caminos; tenía los párpados amoratados y la lengua pesada para la conversación.

⁷ ...*discutieron, por...*

⁸ ...*están...*

⁹ ...*vez le traigan...*

¹⁰ ...*Bonao. Bien se veía que vivía alimentando el deseo de vengarse. Dimas...*

Sabíamos que la revolución no acometía de manera resuelta, y hasta el negro se quejaba de ello, lamentándose de que el general no encontrara oportunidad propicia para lucirse. No era muy discreto hablar así, pero él se sentía seguro y sabía que en casa nadie le iba a hacer una mala jugada.

Oyéndole hablar, todos fuimos cobrando un miedo vago a no se sabía qué cosa; temíamos que un suceso inesperado hiciera cambiar los acontecimientos, o, por lo menos, que los detuviera allí donde estaban. Ya hubiera sido bastante amargo eso, porque aunque yo no entendiera que vivir era cosa difícil, se lo oía decir a los mayores, y la vida,^c tal como estaba, me llenaba de sustos. Sabía que la revolución estancaba las fuerzas en marcha; que entre los conucos iba haciendo estragos el bejuco bravo; que el maíz ennegrecía al sol, sin que la mano que lo había sembrado fuera a recogerlo; que en su propio tallo se hacía tripa oscura e inútil la fragante hoja de tabaco, y, sobre todo, que por los callejones de cada campo empezaba a crecer el fantasma del hambre.

Una noche, pesada de incertidumbres, llegó el negro cabizbajo, tumbó el pilón y tomó asiento.¹¹ Con la frente en la mano estuvo largo rato,^c sin decir palabra. Se rascaba las piernas y parecía quejarse. Papá le miraba y se asombraba.

—¿Se siente malo? —preguntó¹² solícito.

Al cabo de buen rato, alzando la mirada, el hombre dijo, sencillamente:

—Dentraron refuerzos al pueblo.

Todo el mundo abrió la boca;^c pero el asombro las llenó de silencio.

^c ...*vida tal*...

¹¹ ...*asiento en él*. Con...

^c ...*rato sin*...

¹² ...*preguntaba*...

^c ...*boca, pero*...

XII

A carrera desbocada, un jinete que traía los brazos abiertos y el sombrero sobre la nuca,^c pasó como una exhalación frente a casa y nos gritó:

—¡La revolución viene por ahí!

Atosigado por los nervios,^{abc} padre se tiró al camino y llamó a voces; pero el hombre iba ya metiéndose en la Encrucijada, cubierto por una ligera nube de polvo.

No sabiendo qué partido tomar, papá se dirigió velozmente hacia el occidente,^{1 abc} buscando de seguro acercarse al cantón de Pedregal; pero ya cruzado el Yaquecillo se devolvió y entró al almacén mordiéndose los labios;² anduvo rebuscando por su habitación y tornó armado.

—¿Dónde está Mero? ¿Dónde está Mero? —preguntaba desorientado.

Nos dimos a llamar a Mero, a voces colmadas, correteando hasta la alambrada de atrás, y bastante tiempo^c después le oímos gritar desde el fondo de los potreros. Padre le indicaba

^c ...*nuca* pasó...

^{abc} Suprime éstas palabras e inicia: *Papá* se tiró...

¹ ...hacia el *oriente*...

^{abc} ...hacia el *oeste*...

² ...entró *mordiéndose los labios al almacén*; anduvo...

^c ...*bastante* después...

con la mano que apresurara el paso y cuando estuvo cerca le dijo que buscara³ un mulo cualquiera, porque tenía que hacer un mandado.

Mero aparejó el animal y no sé qué cosas le recomendó papá, porque él se avivó en los preparativos y cuando estuvo montado pegó con los talones en las costillas del mulo, que partió al trote. Después padre entró, nos llevó al comedor y cerró la boca y el ceño.

Hacia el medio día, lívido, con un montón de noticias siniestras atragantado hasta no dejarle hablar, volvió Mero y se metió de un salto en el comedor.

—Hay más de veinte heridos ahí en Pedregal, don Pepe; cuando llegué taba⁴ uno agonizando.

Sus ojos⁵ eran incapaces de fijarse en cosa alguna; la cara de papá se hacía gruesa y Pepito miraba como los perros apaleados. Con señales, más que con palabras, le hizo papá contar todo lo que sabía, y supimos de esa manera que desde el amanecer se estaba librando un combate feroz a la entrada del pueblo. Los muertos no se podían contar y se iban despachando los heridos menos graves hacia Pedregal, con el propósito de que los atendieran y, de ser posible, los enviaran más atrás. El negro que comandaba el cantón, persona con experiencia en esas cosas, no quería mal impresionar a la gente del Pino y por eso se mantenía allí con los heridos, tratando de curarlos con agua y yerbas.⁶ José Veras estaba entre ellos, cortando tapones de maguey en los pajonales vecinos, taponando balazos, aliviando con palabras y caricias a los infortunados. Aún allí, entre la sangre cálida que imponía

³ ...trajera...

⁴ ...estaba...

⁵ Los ojos de aquel infeliz eran...

⁶ ...yerbas, multiplicándose, abnegado y heroico. José...

respeto, José Veras removía a los heridos, les tomaba las caras entre las manos y se las estudiaba con interés manifiesto.⁷

Al decir de Mero, entre ratos se oían las pisadas veloces de algunos caballos, llegaban los jinetes, cada quien con un abaleado sobre las piernas, los soltaban en silencio y dando escasas noticias de lo que sucedía allá alante, se marchaban con las bocas cerradas, pálidos y rabiosos. Uno que otro decía, al llegar: “Mataron a Fulano”. O si no: “Cortaron malamente al capitán Tal”.^{8 ab}

Deprimidos por las nuevas estuvimos esperando hasta^c la llegada de José Veras. Entró a pie, con insolente lentitud. Como tuviera la mirada pesada^c no hizo falta preguntarle nada. El mismo, cuando lo creyó conveniente, empezó a contar. Sus noticias eran fatales: según él la revolución había perdido el empuje y sólo gracias al coraje del general Macario se estaba aguantando; pero la derrota era inminente. Comprendiéndolo así, el negro que mandaba en Pedregal había dado orden de que fueran repartiendo los heridos de manera discreta, llevándoselos,^{abc} sobre todo a la loma, acompañados por hombres sanos. Los más graves quedarían allí, y como era inhumano exponerlos a la intemperie y a la crueldad del enemigo, se les ultimaría dándoles un balazo en la sien a cuantos padecieran.

Mamá se sujetaba ambas manos, apretándolas, y unas lágrimas limpias empezaban a rodarle por las mejillas. Mirándola, José quiso consolarla:

⁷ ...manifiesto: *buscaba una que él debía recordar con justo odio.*

⁸ ...a *fulano*”. O si no: “Cortaron malamente al capitán *tal*”.

^{ab} ...a *fulano*”. O si no: “Cortaron malamente al capitán *tal*”.

^c ...*esperando la llegada*...

^c ...*pesada, no*...

^{abc} ...*llevándoselos sobre*...

—Esa es la guerra, doña; no hay remedio... O se mata o lo matan...

Pero esas palabras ni a él le satisfacían, porque bien claro se le veía el dolor.

La expresión triste de mi padre no se debía tan sólo a la posible derrota de los que habían ganado su simpatía, sino al temor de las represalias, al miedo de que, triunfante el gobierno, se viera obligado, como antes, a buscar su seguridad en la huida perenne, en el escondite, en la fuga. Se alzaba ante nosotros, una vez más, la amenaza de la mala vida, del refugio en las lomas inhóspitas, o en la remota frontera, o en otro país, en último caso.

Torva era la expresión de cada uno en casa, hasta el atardecer, cuando de manera definitiva nos enfrentamos a la realidad: la revolución había sido derrotada.

Mero fué el primero en señalar a los prófugos, una fila de sombras aplastadas que correteaban por las lomas que nos quedaban atrás. Otros iban gateando afanosamente por los repechos y a la distancia los veíamos como niños que jugaban. Después... Después ya no hubo tregua para los que huían. Descaradamente irrumpían en el camino real, tiraban las armas entre los matorrales, en los guayabales, bajo las mayas; se metían por los potreros o en el monte de enfrente.⁹ Algunos venían en caballos canijos, taloneando a las pobres monturas.¹⁰ Se oían tiros sueltos, imprecaciones y advertencias. A ratos gritaba alguno:

—¡Párense, pendejos! ¡Párense!

Aquellas voces aumentaban la confusión y el miedo, encendían los ánimos de huir que llevaban algunos y denotaban el profundo desconcierto que llenaba el momento.

⁹ ...enfrente; *huían de manera vergonzosa, llenos de un miedo cerval e inhumano*. Algunos

¹⁰ ...monturas *que ya llevaban desflecados aparejos, ya estaban al pelo, ya ensilladas*. Se...

A la puerta de casa, al trote más que a la carrera, llegó uno de los hombres de Pedregal, aquel descolorido y flaco,^{abc} que tenía ojos de matón. Se metió como en propiedad suya.¹¹

—¿Qué pasa, por fin? —le preguntó papá, sujetándole por el hombro.

—Ya lo ve —respondió el hombre, señalando con un gesto el camino, los montes y las lomas.

—¿Derrotados?

—No; todavía no, el general ta¹² peleando duro a estas horas; pero casi toda la tropa se le ha juío.¹³

Tomó asiento y murmuró,^c en voz baja:

—Ha sido una carnicería... Ojalá que usted viera cómo tan¹⁴ los heridos ahí en Pedregal.

Pepito se agarraba a la falda de mamá, pálido y con la mirada huidiza. Papá tenía anudado el ceño y la boca trancada. Madre rompió en preguntas, todas vagas; José Veras callaba junto al hombre. Por la puerta se podían ver los grupos que pasaban en fuga.

El visitante procuró saber cuál era el camino que lo llevara^{abc} a Sabana del Puerto, donde tenía una tía. No era de esas tierras y no quería caer mansamente en las manos del gobierno. Se conocía que era valiente sin titubeos, pero que estaba seguro de no haber hecho muchas cosas buenas, y quería evitar tropiezos.

^{abc} ...flaco que...

¹¹ ...suya y tenía aires serenos.

¹² ...está...

¹³ ...huido.

^c ...murmuró en...

¹⁴ ...están...

^{abc} ...llevaría...

José Veras le estuvo explicando, lo mejor que pudo, señalando con la mano, mencionando nombres de individuos que encontraría en la marcha. Papá le regaló unas monedas,¹⁵ y antes de que la tarde cayera del todo¹⁶ se fué,^{abc} cruzando los potreros para caer en Jagüey Adentro. Estuvimos en el patio mientras pudimos ver¹⁷ ^c su cabeza meciéndose entre la alta yerba páez. Ya íbamos a entrar cuando nos sorprendieron las voces de Pepito, que llamaba a gritos. Corrimos todos a través de la casa, en dirección del camino real, atropellándonos en la carrera. José Veras se tiró afuera, con el revólver en la mano.

Había frente a la puerta un hombre, jinete en un^c penco bayo, que sujetaba por un brazo a otro que se descolgaba penosamente de las ancas. Cuando éste hubo tocado tierra con los pies, desplomándose sobre José, el que le sujetaba golpeó las costillas del penco con sus recios talones y partió al galope. No había dicho palabra y ni siquiera volvió la cara, como si no hubiera dejado allí nada.

Padre se tiró al camino, enrojecido de súbito, y tomó al hombre por los pies mientras Veras^{bc} le clavaba sus manos en las axilas. Entre los dos lo llevaron hasta el quicio de la puerta; al soltarlo se quedó flojo,¹⁸ los brazos junto al cuerpo. Durante un segundo movió la cabeza y levantó con visible esfuerzo los párpados: sus ojos tristes y pardos se mecieron de un lado a otro, rotos,^c sin gobierno.

¹⁵ ...monedas y antes...

¹⁶ ...del todo, se...

^{abc} ...del todo se fué cruzando...

¹⁷ ...mientras pudimos *estar viendo* su...

^c ...mientras *pudimos ver* su...

^c ...*en penco* bayo...

^{bc} ...mientras *José* le...

¹⁸ ...flojo, *encogido*, los...

^c ...a *otro*, *sin* gobierno.

Tornaron a cargarlo, doblado como hamaca, y lo recostaron en el mismo sitio que acogió a José Veras,^c la tarde de su tragedia.

***^{bc}

¡Oh! ¡Y qué angustia nos oprimía a todos, viendo tendido a nuestro frente aquel cuerpo largo de hombre!

Estábamos velándole en el almacén, a la luz de una jumiadora que daba tumbos sin cesar. De hora en hora sentíamos pisadas alejándose.¹⁹

El herido respiraba con afán. Mamá rezaba y sostenía en sus piernas la cabeza de Pepito, abatido por el sueño. En una silla,²⁰ papá fumaba, acechando los movimientos del desconocido.

Aquella angustia mortal que nos ahogaba colmaba el almacén y^c le mantenía los ojos serios a José Veras,^c y nos aplastaba el corazón a todos, y hacía gigantescos los ruidos comunes, los de una rata infatigable o los del viento en cualquier rama.

Los gallos empezaban a cantar la media, uno tras otro, en el vasto círculo del campo, cuando el herido pretendió incorporarse. Un esfuerzo sobrehumano le hinchó la cara; pero se

^c ...a Veras la...

^{bc} Suprime la división del capítulo.

¹⁹ ...alejándose y *compadecíamos a quienes iban así, buscando amparo en la distancia, cargados de miedo, bestezuelas más que hombres.*

²⁰ ...silla, *doblado, preocupado*, papá...

^c ...*almacén, le...*

^c ...*Veras y nos...*

desplomó sobre el aparejo mordiendo un gemido. José se apresuró a calmarlo, golpeándole suavemente el hombro.

Pasado un tiempo, el hombre logró alzar la frente y entreabrir los ojos; su primera actitud fué mirar en redondo, con la boca abierta. Sus ojos eran dos luces sin voluntad en mitad del rostro. Estaba encendido de fiebre y preguntó, lleno de miedo:

—¿Dónde toy yo?

Papá y mamá corrieron sobre él musitando:

—En su casa, amigo; en su casa.

El hombre pareció comprender, movió la cabeza de arriba abajo y se dejó caer de lado, como quien no quiere luchar más. Temíamos que la vida no quisiera retornar hasta el corazón de aquel desconocido. Pero él luchaba en firme.^c Cuando menos lo esperábamos²¹ apoyó una mano en el suelo y alzó medio cuerpo.

—Me duele mucho aquí —dijo de manera clara, señalándose la tetilla.

Era allí donde estaba herido. Un hoyo fino de bala le había subido la carne viva y José Veras le había puesto un tapón de maguey en él, sustituyendo el de trapo sucio que había traído.

—Sí —le explicó papá—; es un balazo; pero ya se está curando.

El hombre le miró con los ojos cargados de dulzura, sonrió algo, igual que si una lucecilla verde le hubiera iluminado los labios, y,^c murmurando las gracias y las buenas noches,^c se acomodó de nuevo en su camastro.

^c Pero él *reaccionó pronto*. Cuando...

²¹ ...esperábamos *se torció*, apoyó...

^c ...labios, y *murmurando* las...

^c ...buenas *noches se acomodó*...



Ibamos a levantarnos ya, para^c dormir. José Veras había porfiado por quedarse a cuidar el herido y rebuscaba sacos en los rincones para arreglar una almohada. Estábamos en la puerta del comedor, madre, Pepito que dormitaba, papá y yo, cuando oímos un tropel afanoso cruzar el Yaquecillo. Padre se detuvo en seco; mamá tomó actitud de acecho; Pepito me miraba con ojos alocados. Sentimos a los caballos detenerse de golpe y casi de inmediato tembló la puerta a unos golpes insistentes y nerviosos.

—¿Quién va? ¿Quién va?

La voz de papá no tenía nada de tranquila; era alta y áspera. José Veras cruzó la habitación en carrera, se pegó a la pared para oír y desenfundó el revólver. Los golpes persistían y persistían también las preguntas de papá, que nos metía apresuradamente en el comedor.

—¡Pepe, Pepe! —demandaba una voz ronca.²²

—Es el general —aseguró José tranquilizándonos.

Padre se dirigió a la puerta, interrogando quién era.

—Soy yo, Fello Macario —contestaron de afuera.

Papá se agachó para destrancar; abrió la puerta con cautela; pero la mano oscura y nerviosa del general tiró de ella. Inmediatamente le vimos entrar, con paso rápido y ruido de espuelas.

—Perdone, doña —dijo dirigiéndose a mamá, mientras se quitaba el sombrero con extraña y noble cortesía.

Papá pretendía preguntar algo; mas antes de que hablara se le adelantó el general para explicarle:

^c ...para *ir a* dormir.

²² ...ronca, *cortada y nerviosa*.

—Mi caballo ta²³ herido y necesito una montura buena.

Padre pareció perplejo un momento, mientras afuera sonaban los hierros tascados por los animales de los que acompañaban a Fello Macario.

—Lo único que tengo es una mula, general —aventuró papá—, aunque buena.

—Cualquier cosa, Pepe, cualquier cosa...

Todos los gestos de aquel hombre acusaban su prisa. Nada le importaba en la vida; nada... Necesitaba tan sólo una montura. Papá estaba también nervioso.

—José, José —dijo de pronto—; vete al primer vaso y tráete^{bc} la Mañosa.

José Veras atravesó el almacén, atravesó el comedor y abrió la puerta que daba al patio. Un viento frío se coló por ella, se arrastró²⁴ sobre el piso y abatió a la jumiadora. El herido se movió como para resguardarse de ese airecillo entrometido; lanzó un quejido sordo y volvió a estar tranquilo.

—¿Quién es? —dijo el general señalándolo.

—No sé —contestó padre—. Está herido de un balazo en la tetilla.

El general se le acercó, se agachó y removió la cabeza del hombre para verle mejor. Clavaba en aquella carne ardiente sus dedos recios de caudillo.

—Es Momón —explicó poniéndose en^{abc} pie.

Y luego, dejando caer una mirada compasiva:²⁵

—Lo cortaron esta mañana, en la salida de Pontón.

—¿Estaba con usted? —preguntó papá mirándole fijamente.

—Sí —respondió a secas.

²³ ...está...

^{bc} ...tráele...

²⁴ ...arrastró *de barriga* sobre el piso y *dio de bofetadas* a...

^{abc} ...*de* pie.

²⁵ ...*sobre él*:

Y²⁶ como para justificar esa afirmación²⁷ dijo, indicando con la barbilla la dirección del Bonaio.

—Es de los lados de casa.

E inmediatamente se dirigió a la puerta, donde masculló unas órdenes a los hombres que le esperaban. Se volvió para decir que tenía urgencia en salir. Le habían herido el caballo, aquel noble y bello bruto que parecía hecho para la fiesta de los tiroteos. Recomendó a papá que lo curara y lo cuidara, porque él volvería.

Oíamos a José Veras abrir el portal. Fello Macario sacó la cabeza al camino, ordenó que desensillaran el rosillo y enjaezaran la Mañosa. Iba a despedirse de nosotros ya, cuando el herido levantó la cabeza y lo llamó a pobres voces.

—Dígale a mamá que yo toy bueno y sano —rogó el hombre.

El general lo miró pesadamente, casi angustiado.

—Pierda cuidado, Momón —afirmó.

Durante un instante que se hizo fantásticamente largo, mantuvo sus ojos brillantes y fijos en algún punto doloroso. Pareció dudar entre irse o quedarse amparando al herido; pero se resolvió de golpe, saludó otra vez y dio la espalda.

José Veras corrió para cortarle el paso.

—Yo me voy con usted, general —dijo.

Papá pretendió protestar; pero Fello Macario le atajó con una mano, mientras sonreía levemente, satisfecho sin duda de que, todavía derrotado, su presencia marcial y mandona arrastrara vidas por los caminos tuer^{abc} de la revolución.

El ignoraba por qué José Veras se acogía a su prestigio.^{28 bc}

²⁶ Y luego, como...

²⁷ ...afirmación, dijo...

^{abc} ...caminos de la revolución.

²⁸ El ignoraba que José Veras se acogía a su prestigio para buscar un hombre.

^{bc} ...prestigio para buscar a un hombre.

SEGUNDA PARTE
LOS VENCEDORES

I

Sin duda alguna, aquello era la paz; es decir, en todo había un cansancio, un desabrimiento, una especie de sueño profundo aunque inútil. El sol lamía¹ los montes distantes, los dormidos caminos y los bohíos escasos. La sangre² se había ido con la noche, ensuciando de sangre los ríos, galopando en las ancas de la Mañosa y arrastrando consigo a José Veras.

No volvían los hombres que habían abandonado el quicio de sus casas, el machete al brazo, la carabina a la espalda, a pie o con el espinazo de algún penco bajo las piernas; pero había paz.

Padre y Mero curaban del rosillo del general. Momón se levantaba ya, caminaba por el patio, se bañaba con aquel sol inofensivo. No estaba bien del todo, porque tenía en la cara un color de caña madura y los huesos le salían de entre la carne como piedras; pero Momón se estaba curando.

De noche, cuando no me aturdía la fiebre, se sentaba él en la orilla de mi catre y me contaba sus historias.³

—Aquel condenado gato empezó a crecer, compadre Juan. Mi compadre no era un hombre blandito, pero ¡concho!, cualquiera no le cogía gusto al gato...

¹ ...lamía y lamía los...

² La guerra se...

³ ...historias, *sin verme, con la voz floja.*

Nunca estábamos del todo a oscuras, porque la luz del comedor se atrevía hasta mi cuarto. Así podía yo verle, hecho una masa negra, inmóvil como un tronco. Su voz se llenaba de flojeras y me ponía tierno de miedo.

—Decían que era un extranjero blanco como don Pepe^{4c} y dizque tenía un baúl de morocotas que eso daba pena. Pero lo enterró y se embromó. Cuantito mi compadre me dijo: “Momón, no puedo dormir porque siempre ta ese hombre llamándome”, yo me malicié que andaba penando. “Pregúntele qué quiere”, le dije al compadre.

Al otro día le fué el compadre con el cuento a Momón: el blanco tenía una botija. La había enterrado⁵ en un botado, al tronco de una mata de cajuil, poco antes de llegar a la sabana de Cañabón. Allá se fueron ellos, esperanzados y alborotados; pero desde que dejaron el Jima atrás, se les pegó aquel gato negro, que maullaba, les miraba y esponjaba el rabo. El compadre^c tiraba el ojo y se impresionaba con aquel animal tan pertinaz. Con mucho disimulo esperó a Momón, que iba detrás, y le dijo al oído:^{bc}

—Pa mí que ese gato es Abenuncio.

Momón calculó que sí; bien podía ser él. ¿No estaba penando el muerto? De seguro que el Diablo^{bc} no quería dejarle ir. Pero Momón tenía una oración que le había enseñado cierto brujo haitiano y con ella era capaz de irse hasta el propio infierno. Me explicaba:

—Esa oración no la dejo yo... Cuando sea grandecito se la voy a enseñar, por si se ve en apuros. Con ella no se siente

⁴ ...como *tu taita* y...

^c ...como *su taita* y...

⁵ ...enterrado *poco antes de morir* en...

^c ...*compañero*...

^{bc} ...al *oído*.

^{bc} ...*diablo*...

miedo,⁶ y si lo andan buscando usted la reza, le pasan por la verita y nadie lo ve.

Por eso Momón no temía. El otro no era blandito; pero cualquiera... Cuando empezaron a orillar la loma les pareció que el gato endemoniado comenzaba a crecer. Ellos lo miraban con la rabiza del ojo... ¡Sí! ¡Crecía! Ya estaba como un perro; ya estaba como un puerco; ya estaba como un potrico. Momón rezaba y rezaba. Oía las quijadas del compañero golpeando como dos piedras, oía el viento zumbando entre los árboles, oía el río que a lo lejos se desbarrancaba entre pedregones; le corría por⁷ la espalda un sudor frío, que le sacaba el calor del cuerpo y le dejaba la boca amarga. Se hacían los fuertes, acorralados entre su miedo y la noche; pero llegó un momento en que ya no pudieron más porque los pies se les fueron haciendo pesados y eran como pilones de madera verde. Agarrado a él, el compañero temblaba. Se atrevieron a volver la cara. ¡Pegado a ellos estaba el gato, grande como un caballo, con los ojos encandilados como dos fogones, el rabo esponjado como un pino!

En ese instante, cuando la voz de Momón sonaba ronca y angustiada, vi una sombra crecer en la puerta. Se me erizó la piel, se me enfriaron las manos y los pies; un grito cortante me ahogaba. Momón callaba y miraba; miraba y me sujetaba una pierna. Se movió la sombra y sentí que el grito me desgarraba por dentro, se me agigantaba en la garganta. No pude con él y sentí, al vaciarlo, que me dejaba exhausto.

Me pareció que papá corría sobre mí. Pero no era papá, porque tenía los ojos encandilados, y era grande como un caballo y tenía un rabo esponjado como un pino.

⁶ ...miedo y...

⁷ ...por el pescuezo y por la...

Después, además del miedo, toda la noche empezó a caerse sobre mí, igual que si hubiera sido de tierra seca. Y junto con ella, la mano de mamá,^c untada de aguardiente con romero.

***⁸

Al otro día, de mañana, desperté a las voces de padre, que regañaba con Momón. El era delgado y triste; tenía los hombros cuadrados y angulosos y miraba con ojos humildes. Papá le estaba explicando que no debía contarme tales cosas, y Momón protestaba, ignorante de que^{abc} impresionaba vivamente, porque él mismo tenía⁹ aire de persona casi difunta.

Padre caminaba frente a la mesa, pesadamente; daba puñetazos y argumentaba que no se podía llenar la cabeza de un niño con mentiras trágicas.^c Desde mi catre veía los pies de ambos y oía claramente las palabras de Momón.¹⁰

—Lo que yo le contaba a Juan no eran embustes, don Pepe; eso me pasó a mí y le pasa a cualquiera.

Papá se movió de prisa y clavó en Momón una mirada repleta a la vez de asombro y de ironía. Parecía que iba a estallar en risas; parecía también que pretendía arañarle. Movié la cabeza a uno y otro lado;^c paseó frente a la mesa... el sol le alumbraba los pies y alumbraba también los de Momón, cuya figura se esfumaba junto a las líneas rotundas de mi padre.

^c ...de *papá*, untada...

⁸ Introduce división en el capítulo que no existía en la primera edición ni en la de 1966, 1974 y siguientes.

^{abc} ...que *me* impresionaba...

⁹ ...mismo *había un* aire...

^c ...*mágicas*.

¹⁰ ...Momón, *cargadas de pena, que caían sobre mis nervios como guijarros*.

^c ...cabeza *de un lado para otro*, paseó...

Había algo en el rostro de papá que decía: “Es un hombre tonto”. Pálida, en desorden los grises cabellos, entró mamá y comentó:

—Sí, Momón; no se le¹¹ pueden contar esas cosas al muchacho; lo mata una alferecía.

Momón, silencioso, se miraba las manos.

—Lo que voy yo a hacer esirme, don Pepe. Ya yo toy bueno; quería entretener a Juan...

—No; usted no se va, no se va.

Padre decía que no con las manos.¹²

—Usted se queda aquí, Momón, y se irá cuando esté bueno, si no quiere quedarse; pero ahora no.

Bajo la mirada de mi madre se fué Momón lentamente al almacén.¹³ Padre permanecía allí, pensando tal vez.

Yo estaba viendo el sol,¹⁴ que se tiraba a dormir en el piso¹⁵ como lo hubiera hecho un pobre.

Aquella luz, aquel silencio, aquella especie de sueño que tenían los días, era la paz. La fiebre seguía cociéndome; Pepito persistía en corretear por los alrededores; Mero había pedido permiso para ir a Río Verde, donde agonizaba un sobrino. A veces papá se quejaba de haber prestado la Mañosa, otras se alegraba¹⁶ de haber hecho un servicio al general Fello Macario.

¿Y los hijos de Dimas? ¿Y los de Carmita? ¿Y José Veras? Nada ni nadie. Lo que había era paz, paz y paz;^c algo así

¹¹ ...no se pueden contar...

¹² ...manos; se sujetó de espaldas a la mesa.

¹³ ...almacén; padre...

¹⁴ ...el sol, el sol que...

¹⁵ ...el piso, como lo...

¹⁶ ...Mañosa, otras se agradecía de...

^c ...paz, algo...

como si desde los altos cielos^c desteñidos, casi blancos, hubiera estado cayendo sobre nosotros un cuento infantil que nos hacía dormir.

Los días iban y venían, se marchaban por los cerros de Cortadera y Pedregal y volvían por encima de la Encrucijada. Uno de ellos, cuando la mañana de vidrio nadaba sobre los potreros, me levanté para ir al comedor. Me sentí vacío, alto y transparente. Era como si la claridad, el silencio y la soledad me hubieran chupado la vida. La cabeza se me iba en círculos amplios y veloces; todo me daba vueltas: la habitación, las sillas, las mesas. Las puertas cruzaban ante mis ojos huecas, vacías.¹⁷

Me recogieron en el suelo y me llevaron al catre, entre el llanto de mamá, el susto de Pepito y las voces de mi padre.

Era yo como un saquito de huesos que pugnaban por desunirse. Momón me acompañó todo el día y papá se estrujaba las manos mientras llegaba Simeón, a quien mandaría buscar.

Y eso, eso era la paz: la somnolencia gruesa, las puertas muertas, la luz borracha, las historias de Momón y el silencio grave de los otros.

Pero una noche...

Llovía; llovía sobre los montes, sobre el camino, sobre los ríos. La lluvia cerraba los horizontes¹⁸ y cubría las distancias cercanas. El agua tamborileaba sobre el zinc, roncaba en el alto espacio negro y llenaba de rumores la vasta casa de madera.

En mi habitación estaban, bajo la rubia luz de gas, mi padre y Momón, mamá y Pepito. Momón se había sentado

^c ...*cielos, desteñidos*...

¹⁷ ...*vacías, muertas*.

¹⁸ ...*horizontes distantes* y...

sobre una caja vacía; tenía los codos en las piernas, la cabeza entre las manos, los ojos entornados, y hablaba:

—Ese era un monte muy serio, don Pepe. No más hizo la noche dentrar y ya estaba negrecita como fondo de paila. A Blanquito le dije yo: “Mire a ver, compadre, si colgamos las hamacas en buen palo”. Pero él dizque ni se veía las palmas de las manos. Me costó a mí dir tentando los troncos; entonces se le ocurrió a él prender candela. Sacó del seno una cuabita que teníamos, la quemó con un fósforo y recogió unos palos. ¡Cristiano! ¿Quién lo mandarí a hacer eso? Taba¹⁹ la candela lo más alegre y nosotros contentísimos, cuando en eso oigo un pitido. “Compadre Blanquito —le dije—, prepare su carabina, que pa²⁰ mí ya^{bc} andan las reses por ahí”.

Momón contaba una historia de montería. Era en las altas lomas de Bonaó, hacia el sur; aquéllas son tierras negras como de^{abc} hierro, de tan tupida vegetación que el sol cae muerto de cansancio sobre los recios árboles antes de poder besar el suelo. Por entre aquellos troncos²¹ andaba Momón con un tal Blanquito, en busca de reses cimarronas.

Decía Momón que estaba deshecho y que le abrumaba el monte, cerrado de árboles. Allí estaba la candela tratando de abrirlo, cuando sonó, a su vera,^{abc} el rugido del animal. Momón seguía:

—“Compadre Blanquito, asegúrese con esa carabina, que lo tenemos arriba”; y él como si tal cosa, acostado al

¹⁹ Estaba...

²⁰ ...que para mí...

^{bc} ...mí andan...

^{abc} ...como el hierro...

²¹ ...troncos espesos andaba...

^{abc} ...cuando sonó a su vera el...

lado de la lumbre, con su cachimbo en la boca y mirando pa²² arriba.

Allí estábamos todos tan silenciosos que el ruido de la lluvia se quedaba con toda la casa, se metía por las paredes, rodaba por el piso, arañaba en^{bc} el zinc. Pepito, papá, mamá, yo, los cuatro éramos sólo oídos y ojos. Y Momón seguía sin moverse, cambiando de voces, los ojos entornados y las manos en las mejillas.

—Cuando quiso darse cuenta, taba²³ el animal paradito a la vera de nosotros con los ojos prendidos y dos chifles como dos sables. ¡No quiera usted saber el susto que me di, don Pepe! Cogí la carabina con una mano y con la otra jalé a Blanquito y en lo que se revuelca un burro ya tábamos²⁴ nosotros arrinconados. El diache del animal era el mismo diablo, don Pepe: un toro más grande que yo, berrendo en negro, con un yunque como el tronco de una ceiba. Nosotros rompimos a correr por entre los palos y él a largarle pezuña a la candela. Saltaban las brasas arriba de él, y él metiéndoles cacho. Muertos del susto tábamos²⁵ y sin poder correr por entre ese monte más negro que el carbón y tupido de bejucos. Yo quería aflojarle²⁶ un tiro; pero no díbamos a poder desollarlo esa noche, contimás que esos pájaros son muy delicados, y donde usted mata uno se arremolinan todos a pitar y gritar. Yo taba²⁷, don Pepe, con el corazón en la boca. Los perros ladraban, saltaban y se le diban encima al animal y él

²² ...para...

^{bc} ...piso, arañaba el zinc.

²³ ...estaba...

²⁴ ...estábamos...

²⁵ ...estábamos...

²⁶ ...quería flojarle un...

²⁷ ...estaba...

ni caso les hacía. En una de éstas un cachorro muy bueno que llevábamos se le acercó^{ab} más de la cuenta. El toro²⁸ se viró y le clavó el cacho entre la barriga; le sacó las tripas enteritas y se las pisoteó,^c el muy condenado.

Callaba Momón, para recordar y descansar, y mandaba la lluvia. Entraban retazos de viento, se medio caía la luz...

—Esa noche la pasé en claro, don Pepe. Cada vez que se movía un palo taba²⁹ yo parado, con la carabina entre las manos. Los perros se mantenían ladrando y ladrando. En eso empezó a caer un agua templada. Entonces sí era la cosa de a verdá.^{30 c ab} A mi compadre le dije: “Ahora sí nos fuñimos, porque con este tiempo no hay quien montee”. Aquel demontre de hombre era hasta su poquito jaragán.³¹ ¿Sabe lo que me dijo? Que él lo que tenía era gana de dirse. ¿Usted ha visto? Bueno... hay gentes que no son personas. Teníamos las monturas en Arroyo Toro y dende el amanecer tábamos³² en el monte. “Pero compadre —le dije yo—, ¿cómo vamos a tar³³ un día y una noche caminando en el monte, muertos de miedo, pa³⁴ volver a casa sin una tajaíta³⁵ de carne?”

Momón sonreía; sonreía y miraba a mi padre.

—Hay gentes que no son personas, don Pepe...

^{ab} ...le *acerca* más...

²⁸ ...la *cuenta*, se viró...

^c ...*pisoteó* el...

²⁹ ...*estaba*...

³⁰ ...a *verdad*.

^c ...a *verdad*.

^{ab} ...a *verdá*.

³¹ ...*haragán*.

³² ...*estábamos*...

³³ ...*estar*...

³⁴ ...*para*...

³⁵ ...*tajadita*...

En eso: clom, clom, clom.

Mamá miró en redondo; papá irguió la cabeza y se murió para todo aquello que no fuera el ruido; Momón se puso en^{abc} pie, llenando de sombras un rincón.

—Tán³⁶ llamando —dijo.

Y padre y él salieron, mientras madre los veía desde la puerta. Oímos^c cuando la abrieron y los oímos retornar enseguida. Entraron con un hombre bajito y oscuro que sacudía el sombrero contra los pantalones. Una sonrisa ancha le ponía los pómulos altos.³⁷

—Siéntese —dijo padre.

Pero el hombre se miraba los pantalones, las manos, la camisa; se le veía que no quería mojar la silla. Padre^{abc} insistió y él se sentó en la caja que ocupaba antes Momón, bajo la horadante mirada de mi madre. Estuvo buen rato callado, ojeándonos,^c observándonos. Esperábamos que iba a pedir posada, a decir que no podía llegar a su destino con semejante tiempo; pero nos sorprendió a todos preguntando de pronto:

—¿Es usted don Pepe?

—Sí.

Padre se acariciaba el bigote.

—Tengo que decirle una cosa; pero...

Papá le invitaba:

—Diga, diga.

^{abc} ...puso *de* pie...

³⁶ —*Están*...

^c Oíamos...

³⁷ Entraron con un hombre *bajito, oscuro y sólido*. *Sacudía* el sombrero contra los pantalones, *desde los que caía el agua a chorros*. Una sonrisa ancha, *amarilla y sana* le ponía los pómulos altos.

^{abc} *Papá*...

^c ...*ojeándonos observándonos*.

—Es a usted solo —rezongó él.

Madre quemaba a papá; Pepito quemaba al hombre; Momón quemaba a madre; entre todos me hacían arder.

—Dígalo aquí, no tenga miedo —recomendó papá.³⁸

—No, don Pepe, es asunto delicado.

Padre nos señaló:

—Estos son mis hijos, ésta es mi mujer; éste es de la casa.

El hombre alzó unos ojos dudosos hasta Momón.

—¿De dónde viene?

Era papá quien había preguntado.

—De arriba —dijo, señalando indecisamente hacia el este.

—¿Del Bonaó?

—No me comprometa, don Pepe.

El hombre tenía la cabeza baja y le daba vueltas al sombrero, con aquellas manos gruesas, cortas.

—No tenga miedo; diga.

Entonces el hombre alzó la frente.

—Usted tiene aquí un caballo rosillo.

Papá dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, yo vengo a buscarlo.

Momón comentó:

—Anjá... vuelve la fiesta.

—¿A buscarlo? —inquirió madre.

—Sí; a buscarlo. Ustedes saben ya...

Padre se puso en^{abc} pie.

—Venga —ordenó al hombre.

Y por la estrecha puerta lo llevó al comedor, por donde andaba rodando el ruido que la lluvia metía bajo el zinc.

Cuando volvieron escondía papá los ojos.³⁹

³⁸ ...*padre*.

^{abc} ...*de pie*.

³⁹ ...ojos, *pero se notaba que desde ellos se le estaba cayendo una mortificación*.

—Momón —dijo—; necesitamos buscar el rosillo del general.

—¡Concho!... Con esta noche sí no creo que lo topemos. Padre tenía una mano embolsillada y la frente caída.

—Pero este hombre no puede esperar a mañana.

El recién llegado tenía los ojos regados en toda la cara.

—No puedo, no; tengo que dirme esta noche sin falta. Y hasta suerte que ta⁴⁰ lloviendo...

Mamá cortaba el hombre a miradas.

—Bueno... —Momón se había sacudido las manos—. Yo voy a buscarlo, si hace falta.

—Pero usted está enfermo, Momón —objetó mamá.

—¡Falta que hace Mero aquí! —lamentó padre.

Efectivamente, hacía falta; sólo él conocía como su casa el pedazo de potrero donde estaba el caballo rosillo; tanto lo había caminado que a tientas podía meterse en él sin tropezar,⁴¹ sin torcer el rumbo.

—¿Sabe dónde duerme siempre? En el tronco del higüero.

—¿Pa⁴² allá? —Momón señalaba al oeste.

—No, papá; no —atajó Pepito.

Su manecita hablaba tanto como su boca. La voz se metía como punta de cuchillo en aquel roncar terrible de la lluvia.

—Ayer tardecita estaba por los alambres que dan al caimito.

Padre se rascó la cabeza. ¿Dónde diablos estaría ahora ese animal? Y aunque fuera de día^{bc} ¿no era una barbaridad meterse entre las altas yerbas de páez, bajo la loca lluvia, a buscar un caballo que estaría escondido sabe Dios en qué rincón?

⁴⁰ ...suerte *a* que *está* lloviendo...

⁴¹ ...tropezar y sin...

⁴² ¿Para...

^{bc} ...día, ¿no...

El recién llegado se adelantó, siempre en las manos el sombrero.

—Enséñeme dónde ta⁴³ el vaso, que yo lo busco.

Madre ya no pudo impedir que sus ojos destruyeran al intruso.

Supimos que volvían porque la lluvia no pudo ahogar el chapoteo del caballo en el patio. Momón entró tiritando. En la puerta de mi habitación lo sacudió una tosecita menuda.^{44 c} Dijo que había costado trabajo encontrar el animal; pero que aquel hombre era endiablado: ni que se hubiera criado en el potrero: lo anduvo de arriba abajo, sin tropezones, sin “equivocos”.

Papá estuvo hablando con él allá en el almacén. A poco de haberse ido me fui metiendo en el sueño suavemente, como una hoja seca que planea desde el árbol al camino. Sé que desde lejos me llegaba la voz de papá:

—Otra vez estos líos, otra vez...

⁴³ ...está...

⁴⁴ ...una tosecita *menuda*, menuda. Dijo...

^c ...una *tosecita menuda*. Dijo...

II

Durante dos días estuvo Momón quejándose: decía que sentía la cabeza crecida y que “un viento malo” se le había metido en la espalda. Al tercero no pudo levantarse y cuando padre fué a ver qué le pasaba lo encontró ardiendo de fiebres.¹ Tosía y tosía sin descanso; a ratos le oíamos gemir; a veces hablaba de manera atropellada y en alta voz. Deliraba, cocido por la calentura traidora.

Mamá se mortificaba; recogió yerbas viejas,² se metió en la cocina y volvió después con una tisana. Papá no quiso que la llevara ella misma, arguyendo que debía cuidarse por nosotros. Decía él que más tarde o más temprano, Momón estaba llamado a morir del pecho, porque aquel balazo le había malogrado un pulmón.

Yo no entendía qué quería decir él con eso de “morir del pecho”. Sólo sentía la enfermedad de Momón porque me hacía falta: él arrullaba con sus charlas mi sueño; él me acariciaba la quemada cabecita, cuando la enfermedad me removía las entrañas; él me velaba; él me cantaba merengues movidos; él me cargaba cuando, estando aliviado, me emperraba en ver el patio o los potreros. Estaba quebrantado, tirado en el oscuro almacén, a solas con su dolor, gimiendo y retorciéndose, y a

¹ ...fiebres, rojo, resecos los labios y brillantes los ojos. Tosía...

² ...viejas, especias y no sé qué más; se...

mí me dolía su soledad. Le había hecho daño aquel corretear de noche en busca del caballo, bajo el agua; y,³ según entendía por las palabras de padre,^{abc} nunca más se levantaría del lecho. Con muchos días de anticipación,^c lloré sin consuelo la muerte que le anunciaban a Momón.

Antes de la semana estaba flaco y descolorido.⁴ Los huesos de la quijada, los de la sien y los del hombro le hacían filos. Tenía la mirada humilde y despavorida; los labios amarillos e inmóviles. Seguía tosiendo y al hacerlo se agarraba el pecho con dedos crispados. Carmita venía a diario, Simeón le acompañaba en las primas noches y trataba de alegrarlo con cuentos picarescos, mamá seguía haciéndole tisanas:⁵ pero papá se mantenía alejado y no quería que nosotros entráramos al almacén. A menudo murmuraba con mamá, en la cocina o en el patio; aquellas murmuraciones se referían a la inconveniencia de tener a Momón en casa.

Estando así, abrumados todos por el malestar de aquel hombre, a quien habíamos recogido herido sin sospechar que íbamos a quererlo, llegó una tarde Mero. Entró vociferando desde el portal, llamando a gritos. Padre le abrazó con efusión y mamá puso la cara de fiestas^c para recibirle.

—El viejo les manda muchos recuerdos —fueron sus primeras palabras.

Tenía la boca colmada de alegrías y enseguida empezó a contar cosas del abuelo, el patriarca de Río Verde. Estaba bien de salud, aseguraba Mero, pero vivía comiéndoselo la

³ ...agua; y según...

^{abc} ...papá, nunca...

^c ...anticipación lloré...

⁴ ...estaba flaco, descolorido y laso. Los...

⁵ ...tisanas; pero...

^c ...fiesta...

rabia, porque una tropa del gobierno que pasó por allá, camino de Licey, le había llevado un caballo y tres novillos. El viejo pataleó cuanto pudo, dijo que los tales animales no se los sacarían de su casa estando él vivo. Oía yo a Mero contar y me parecía ver al abuelo, chispeantes los ojos⁶ y soltando por la boca toda clase de insultos. La tropa dizque veía a sus jefes atareados con el viejo, y reía a escondidas; pero los oficiales lograron, tras mucha adulación, sacar el caballo y los novillos a cambio de un vale en el que le aseguraban que los animales serían religiosamente pagados al terminar la revuelta. Abuelo consintió y pegó el vale en la pared, para mostrarlo a las visitas y tener un motivo real que justificara sus desahogos, que no eran pocos, por cierto.

Madre y padre oían la historia complacidos; Mero tenía una expresión bulliciosa.⁷ Contó que el sobrino había estado a las puertas de la muerte; pero que él consiguió una curandera que lo salvó con sopas de auyamas y unas friegas de no sé qué hojas maceradas en aguardiente. Hablaba por los codos, como quien teme no poder decir⁸ todo. Fué al cabo de un buen^c rato cuando preguntó por Momón.

—Está muy delicado —sopló papá bajando la voz.

—¿Delicado?

—Sí; se mojó hace unas noches y para mí está malogrado ahora.

Mero movía la cabeza en redondo, manifestando su pesadumbre; casi sin hablar le indicó mamá que estaba allí, en el almacén; y con pasos livianos, destocado, respetuoso, igual que quien se acerca a un cadáver, Mero fué entrando hasta detenerse junto a Momón. Le contempló apenado, movió los

⁶ ...ojos, *quietos los brazos* y...

⁷ ...bulliciosa, *infantil y agradable*. Contó...

⁸ ...poder *decirlo* todo.

labios en un gesto cansado y dudoso,^c y tornó de la misma manera para decir:

—No lo salva nadie, don Pepe.

Yo sentí^c que otra vez me nacía adentro un dolor lacerante, un desconsuelo incolmable. Rompí a llorar, tratando de ahogar los sollozos con la almohada,^c para que no me sintieran, mientras en la cabeza me golpeaban aquellas palabras crueles:

—No lo salva nadie, don Pepe...

***^{abc}

En la noche se reunieron en el comedor papá y Mero, Simeón y mamá. Yo pedí^c que me levantaran, medio calmado ya.⁹

—Hubo un pleito duro en Licey —dijo Mero.

Parece que la revolución trató de detener los refuerzos que iban al pueblo, los mismos que la desbandaron pocos días después, y que los encontró en Licey, donde, según Mero, se enredaron en una batalla¹⁰ larga. Cuando él llegó a Río Verde encontró todavía huellas de la pelea: heridos, ropa ensangrentada en algún bohío y tumbas frescas. Triunfante el gobierno, entró y se llevó lo que encontró a mano: hombres, cerdos, víveres y hasta una muchacha que se fué tras el

^c ...de *un rato* cuando...

^c ...*dudoso* y tornó...

^c Yo *sentía*...

^c ...*almohada para*...

^{abc} Suprime división del capítulo.

^c Yo *pedía*...

⁹ ...*ya, y me llevaron después de haber cerrado la ventana, por donde entraba un aircillo fresco.*

¹⁰ ...*batalla ruda, sangrienta y larga.*

oficial. La verdad era que allí no habían sufrido la guerra mayor cosa.

Nosotros le oíamos atentos. El acababa de callar cuando saludaron en la puerta. Mero se incorporó¹¹ y salió a recibir al viejo Dimas, que ya tenía un pie sobre el piso.

—Por allá vide a sus muchachos —dijo.

El viejo se quedó agarrado al marco, tembloroso y serio. Quería reír y se esforzaba en no hacerlo; quería llorar, quería abrazar al que le daba nueva tan feliz... Pero fué metiéndose en el comedor poco a poco, buscó a tientas una silla, cruzó las piernas y sólo preguntó, con una voz borrada:

—¿Los vido?

—Vienen pa¹² acá pronto —respondió Mero.

Todos rompimos en inquisiciones atropelladas. Mero explicó que estaban sanos, aunque tristes; uno, el menor, se había dado bravo y le gustaban los tiros; al otro le habían hecho un rasguñito en una pierna, cosa de nada.

Anhelante la mirada, entreabierta la boca, el viejo le escuchaba sin hablar y sin moverse.

—¿Y dice que vienen pronto? —habló al rato.

—Sí —aseguró el otro—. Los van a licenciar.

Dimas pegó los codos en ambas rodillas, bajó la cabeza y empezó a comentar:

—Lo que es el diablo... Mis muchachos metidos en esos líos.

Se le iluminaba la frente con el contento,¹³ y a lo largo de la conversación estallaba en risas sin motivo aparente.

¹¹ ...incorporó *sin aspavientos* y...

¹² ...*para*...

¹³ ...*contento*; y...

Por la mañana, bien temprano, se juntaron en el patio de casa el alcalde y Dimas, Mero y papá. Los tres primeros tenían machetes.¹⁴ Pidieron café y se fueron.

A medio día, cuando retornaron, supimos que habían estado arreglando el bohío donde durmiera¹⁵ José Veras. Le chapearon el frente y los lados, le remendaron el techo con yaguas nuevas, le aseguraron las tablas falsas y le pusieron trancas en las puertas. De donde Simeón llevaron un catre medio viejo.¹⁶

Yo no sabía qué querían con tales remiendos y composturas; pero en la tarde, entre Dimas y Simeón tomaron a Momón, que ya era apenas un hacinamiento de huesos de los que salían quejidos interminables; le sujetaron por debajo de las axilas y bajaron con él al camino real.

Cuando me asomé a la puerta,^{abc} iban más allá del Yaquecillo. El enfermo se desmadejaba, incapaz de tenerse.

Por mamá supe que se había hecho menester sacarlo,^{abc} porque vomitaba sangre y eso era peligroso.

A las preguntas de cómo le iba, contestaba papá que “viviendo”.¹⁷ Y así era en realidad. Aquella palabra, seca y

¹⁴ ...machetes; Mero estaba todavía con la alegría de la vuelta; Dimas tenía la que él le trajo. Pidieron...

¹⁵ ...donde dormía José...

¹⁶ ...Simeón trajeron un catre medio viejo, algo sucio de polvo y telarañas, y Mero lo llevó allá, después que hubo comido.

^{abc} ...puerta iban...

^{abc} ...menester hacerlo, porque...

¹⁷ ...contestaba papá:

—Viviendo.

Y así era en...

estática, expresaba en todo su alcance el estado de ánimo en que nos hallábamos; lo explicaba con la mayor sencillez, con una limpieza que no detenía el entendimiento. “Vivíamos”. Entre días, por hacer algo, papá y Mero revolvían el almacén, llenándolo de polvo; ensacaban el maíz, estibaban los andullos, enseronaban el café. Decía padre, como justificando su innecesaria actividad, que había que ir preparando un próximo viaje, el que haría tan pronto como volviera la Mañosa. Ya no podía tardar,^c puesto que el general había mandado por el caballo; pero el hecho de pedirlo de manera tan discreta¹⁸ tenía una significación enorme. Sospechábamos que él retornaría pronto y la sospecha nos abrumaba, es decir, abrumaba a papá y a mamá, que a Pepito y a mí lo que nos preocupaba era la seriedad con que ellos comentaban sus recelos.

Cuantas veces les era posible, se detenían secreteando, en el patio, en la casa o en la cocina. Se conocía que nadie debía darse cuenta de lo que hablaban. De noche les escuchábamos rumorando en su habitación, discutiendo en voz baja, hasta que la oscuridad ahogaba el insomnio. A nosotros nos llegaban retazos de esas conversaciones:

—Dios no lo quiera... Es que esta gente se ha vuelto loca... De momento el general le da un susto al gobierno...

Pepito, que entendía mejor que yo, me iba explicando los alcances de esas frases. Yo comprendía apenas, y me alegraba pensar que tendría otra oportunidad de ver al general, y que tal vez con su vuelta curaría Momón o que retornaría José Veras.

Cierto día, como epilogando una de esas conversaciones importantes, madre le dijo a papá, cuando estábamos comiendo:

—¿Por qué no volvemos a Río Verde?

^c ...tardar puesto...

¹⁸ ...discreta, *tan escondida*, tenía...

—¿A Río Verde? —preguntó padre muy extrañado.

Explicó a seguidas que ya había estado allí un tiempo y que no era justo molestar al abuelo; que en aquella época había motivos, pero no entonces. Mamá le discutió algo, tratando de convencerle, y se levantaron de la mesa exponiendo cada uno su punto de vista.

Creyente con una fe infantil, al volver a mi habitación me hinqué y, lleno de fervor, le pedí a San Antonio que hiciera posible nuestro viaje a Río Verde. Me gustaba aquel campo; pero me gustaba de una manera honda, difícil de explicar. Encontraba que allí se me volvía pesada de felicidad el alma; que una confianza inexplicable me poseía al lado del abuelo. El era duro para con los hombres, pero conmigo se hacía tan tierno como el ala de un ave. Tenía aquel viejo agrio una manera original de entretenerme y enseñarme; sus historias estaban salpicadas de explicaciones útiles; sus regaños eran mesurados y juiciosos. Nunca decía: “porque me da la gana”, sino “por tal cosa”, “por tal razón”.

El mismo lugarejo era encantador, recatado, silencioso; más poblado que el Pino; con más niños de mi edad, un río¹⁹ y una vegetación rica en árboles frutales, diversa y henchida. Todo allí parecía vivir jocundamente, con placer de estar vivo.

Río Verde no estaba echado, como el Pino, a la orilla de un camino común, sino que tenía uno para sí, uno que terminaba poco más adelante de la casa de mi abuelo; un camino que se desprendía del real, lo que evitaba vivir con el ojo de todos los caminantes puestos sobre uno.

Estuve acariciando el sueño de volver allá, y ya me sentía flojo de pesadumbres, seguro, ágil de cuerpo y alma, a distancia de las fiebres y de la gravedad de Momón, de la ausencia de la Mañosa y de la preocupación de mis padres.

¹⁹ ...río *bastante robusto* y una...

Pero a la hora de cena, como mamá tocara de nuevo el tema, papá le contestó de manera definitiva, diciéndole que no había que pensar más en ello.

—Aquí dejo los huesos antes de volver a considerarme un derrotado —dijo.

Le lucían los ojos de extraño modo; y yo sentí que adentro se me elevaban los escombros de una ruina nueva.

III

Con una recua que¹ pasó por el Pino, según parecía, procedente del Bonaio, se enteró Simeón de muchas cosas que nos contó esa noche, en la cocina cálida^c y discreta.

—Esa gente que diba en derrota —explicaba él— cogió por estas lomas, porque después les era fácil descolgarse y caer en el Bonaio. Ahora dizque tan² por volver a lo suyo y asigún noticias que me dieron,^{abc} el general Fello Macario no ha sacado la cabeza todavía. Ustedes verán como el diablo se menea otra vez.

Papá, que tenía su temor, que presentía muchas cosas y que trataba de esconderse a sí mismo tales presentimientos, empezó a echarle nudos a la conversación.

—Yo no creo que sea posible eso, Simeón. La revolución quedó deshecha para siempre. Fué un golpe muy duro...

—Creerá usted eso, compadre; pero yo que conozco las vueltas del mundo le aseguro que vuelven, y si vuelven no los para nadie.

—¡Jum!

¹ ...que, *cargada de lodo, compuesta por caballos descarnados y dos hombres turbios*, pasó...

^c ...*pálida*...

² ...*están*...

^{abc} ...*dieron el*...

Dimas gruñía. Sus hijos estaban en el pueblo; permanecían atados a la suerte de la paz. Cuantas veces se quebrara ésta, se le quebraba a Dimas el corazón.

—Pa³ ^{abc} mi que debieran dejar ya esas caballás. Total, nosotros no cambiamos si no es pa⁴ mal. Sube éste, y el precio del tabaco igual; sube el otro, y lo mismo. Lo más que pueden hacer con nosotros es reclutarnos y llevarnos a un pleito pa⁵ que nos maten como a perros. Cuando tan⁶ por armar sus desórdenes, todo se les vuelve andar⁷ de casa en casa, diciendo que nosotros los del campo somos los hombres, que si la revolución gana⁸ nos salvamos, que si esto y que si aquello.

La cara patriarcal y conforme de Dimas se llenaba de una amargura plena.⁹

—Suerte he tenido yo —comentaba Mero—. Andando arriba y abajo y siempre me he salvado de una recluta de ésas.

Y agregaba:

—Por allá, por casa, todos perdían el juicio por andar con su revólver y caer en una desocupada... Gracias a Dios, nunca he usado eso... Con nadie me meto pa¹⁰ que no se metan conmigo, y no le ando atrás a ningún general de éstos que entusiasman a uno, y después, cuando suben... “si te he visto no me acuerdo”.

Padre, aprobando con la cabeza, mantenía una expresión cerrada.

³ —Para mí...

^{abc} —Pa mí...

⁴ ...para mal.

⁵ ...para...

⁶ Cuando están...

⁷ ...vuelve ir de...

⁸ ...revolución *triumfa* nos...

⁹ ...plena, de un aire de dolor impresionante por lo callado.

¹⁰ ...para...

—¿Pero volverán?

—Sí, compadre —hablaba Simeón—; vuelven. Todo es que Fello Macario toque una corneta.

—Hombre endiablado... —decía Dimas.

Así era: hombre endiablado, que no sabía vivir si no era volcando sobre la tierra montones¹¹ de vidas; que removía los más oscuros instintos de sus prójimos y los arrastraba tras la cola de su caballo rosillo; que había nacido capitán,^c como José Veras había nacido ladrón.¹²

Volvió a azotarme el mal.¹³

Las fiebres se me crecían dentro de la carne otra vez; me lanzaban en abismos de delirios; me hacían la sangre agua.

Papá meditaba cerca de mi catre; mamá correteaba de la cocina a la casa; Simeón chupaba su roñoso cachimbo; Dimas movía la cabeza.¹⁴ Entre sueños oí decir que Momón se secaba por momentos, y que ya apenas le quedaba un rinconcito de vida en aquellos pulmones destrozados. También él estaba padeciendo, en su bohío, a solas con aquel pensamiento radiante: “Dígale a mamá que yo toy bueno y sano”.

Siempre, como una pesadilla, oía esas palabras y le veía en el instante en que se movió para decirlas. Quería hacerme la idea de su madre y me la figuraba igual a una vieja que conocí en Río Verde: Eloísa, Eloísa la de frente a casa; Eloísa, chiquita, arrugada, que andaba meciéndose y se mantenía cubierta con un chal negro de burda tela. En mis delirios se asomaba esa

¹¹ ...tierra *montoneras* de...

^c ...*capitán como...*

¹² Suprime división del capítulo.

¹³ Esta frase reemplaza: *Muerto parecía el campo; lánguidos los caminos; innecesario el cielo; sobrante el sol.*

¹⁴ ...cabeza, *como si hubiera sido la rama de un árbol.* Entre...

madre ignorada, la cual estaría esperando en el Bonaio la vuelta del hijo que “taba¹⁵ bueno y sano”.

Había momentos en que la fiebre me enloquecía materialmente; empezaba sintiendo que me alzaba lentamente de los pies y que la cabeza se me iba haciendo grande, grande, grande. Después se me tornaba pesada y tenía la impresión clara de que el cuerpo se alargaba fantásticamente. Más tarde me parecía que el cuerpo empezaba a evaporarse, perdiéndose en el aire, desdibujándose, hasta que sólo quedaba sobre el catre una cabeza descomunal, roja, monstruosa. Unos sueños macabros empezaban a rondar en torno de^{abc} ella: aves gigantes, mariposas de alas duras y enormes... Una culebra de escamas rojas y verdes se iba arrastrando poco a poco, con mirada ansiosa y temible... Gritaba;¹⁶ hablaba, daba voces. Mi padre y mi madre acudían, pero se transformaban en seres pavorosos; estiraban los brazos para ayudarme y aquellos brazos se tornaban visiones dantescas; hablaban,¹⁷ y sus palabras tenían sonidos fúnebres, extraños.

Por lo regular despertaba frío de miedo, con la garganta repleta de gritos. Miraba en redondo, y todavía con los ojos abiertos sentía que tenía a mi lado las multiformes pesadillas que me asediaban antes.

Mi madre me untaba aguardiente con romero; me hacía oler ajo, por si tenía lombrices; me acariciaba y me hablaba con voz doliente. Cerca estaba padre, gruesa la expresión y en la mano la frente.

***^{abc}

¹⁵ “estaba...”

^{abc} ...torno a ella:

¹⁶ *Gritaba, hablaba...*

¹⁷ ...hablaban y sus...

^{abc} Suprime la división del capítulo.

Cuando las fiebres cedían al cuidado de mamá y podía levantarme, era tan débil como la llama de la vela expuesta al viento. Sentía la voluntad anulada y me parecía vivir lejos de mi propio cuerpo. Entonces amaba el sol, sobre todo el sol; me divertía cualquier^c futilidad, adoraba los colores, el canto de los pájaros y las flores. Con pasos inseguros caminaba por el patio, me iba hasta el naranjal a recoger azahares, me apoyaba en los espejes¹⁸ del portón para avizorar el camino.

En un cuerpo nacido años antes,^c empezaba a aposentarse la vida de nuevo; todas las cosas aparecían por primera vez ante mis ojos asombrados.¹⁹ El amor me colmaba el pecho, un amor vasto y tranquilo, para las piedras y los animales, para las plantas y los hombres, para la tierra y para el agua... Un amor... Un amor que no se siente a menudo,²⁰ y que lava el alma, la purifica, la eleva.

^c ...cualquiera...

¹⁸ ...espejes...

^c ...antes empezaba...

¹⁹ ...asombrados; el amor...

²⁰ ...menudo y que...

IV

¡Qué sorpresa la que nos dio José Veras! Llegó de golpe, y de golpe empezó a explicar:¹

—¡Lo peché! ¡Lo peché! Agora² yo me voy, don Pepe; tengo que andar apurando el paso porque no quiero que me alcancen esos condenados. La Mañosa viene por ahí. Usté no la va a conocer, don Pepe...^{abc}

Montaba³ un caballo “melao” que espumeaba por la boca y chorreaba sudor. Era justamente el medio día. Arremolinados a su vera, nosotros hacíamos coro a su prisa con gestos e interjecciones. Papá, más que con la palabra, preguntaba con los ojos.

José venía de allá, del Bonaó. Había estado buscando aquel hombre con una constancia feroz; lo había encontrado, y el cuchillo se le fué entero en la carne del otro, por la tetilla. Ahora tenía que huir, que tirarse hacia remotos parajes, hasta que perdieran el odio los hermanos del difunto. Pero aquellos serían también como él, vengativos y crueles y no descansarían hasta vengarse.⁴

¹ Esta introducción del capítulo cuatro no figura en la edición de 1936 ni en la de 1966 así como tampoco en las posteriores.

² *Ahora...*

^{abc} ...don *Pepe*.

³ *José Veras montaba un...*

⁴ ...Pero aquellos serían también como él, vengativos y crueles, *porque nadie, absolutamente nadie les sembró en el pecho, cuando eran niños, la semilla de la generosidad.*

José Veras jamás había temido; tenía una conciencia sorda, en la que acumulaba odio tras odio o simpatía sobre simpatía.⁵

Esa vez huía porque le perseguían y la persecución era justicia, personal o no, pero era justicia. No temía a los hombres, sino a la justicia que ellos querían hacer en él.

No quiso dejarnos hablar. Alzó una rama fuerte que tenía en la mano, arreó la montura y se alejó. Cruzó el Yaquecillo al trote, chispeando de agua las piedras y las orillas.

De pie junto a la puerta, le vimos perderse en el recodo. Padre volvió la vista, cargada de pesimismo, y tropezó con la de mi madre, húmeda, desolada. Entramos.

Esperamos una hora, dos, tres... La Mañosa no venía. Caminando del patio al comedor, del comedor al portón, las personas que frecuentaban la casa discutían y comentaban la actitud de José Veras. No había habido lugar a explicaciones y nadie sabía a qué atribuir aquello de que la mula venía atrás y de que no la conoceríamos.

La tarde se iba consumiendo entre conversaciones pesadas y lamentaciones cuando Pepito, que jugaba en el camino, entró dando voces y diciendo que traían la mula. Se olvidaron de mí y se lanzaron todos al portón; yo logré abrirme paso por entre las piernas de papá. Estacionados todos allí, discutían

De pequeños los harían rezar, y alguna vez los llevarían al pueblo para que confesaran. Y es seguro que el cura les hablaría del poder de Dios, de la venganza divina, del castigo de los cielos; pero ellos nunca habían visto descender un rayo sobre la cabeza de un malvado, ni en el momento de cometer un crimen ni después; nadie les dijo que los otros hombres veían, como ellos, y que no debía destruirse tan precioso don; nunca les enseñaron... Ellos procedían devolviendo con mal el bien que no les habían hecho.

⁵ ...odio. Esa vez huía...

que si era ella, que si no era ella. Una mula venía, cierto; pero se trataba de un animal esmirriado, flaco como un machete, de pelambre descolorida y escasa. Traía paso lento,⁶ y la montaba un hombre canijo, a quien se le veía el aburrimiento de lejos. Cuando mula y jinete se fueron acercando, aquella fué alzando las orejas como^{abc} con trabajo y aparentaba estar cobrando aspecto más vivo.⁷ Papá dijo:

—No es ella, pero...

Simeón, quitándose el cachimbo de la boca, sujetó a padre por un brazo y aseguró:

—¡Esa es la Mañosa, compadre!

—¡No! —roncó papá.

El mismo trataba de engañarse; porque aquello que le traían era un despojo y su Mañosa no podía ser tal cosa; él no se resignaba a la idea de que le hubieran convertido el animal en tan lamentable esqueleto.

Sin embargo, era ella, la Mañosa, la misma. La reconocimos cabalmente a diez pasos, más que por otra cosa, por la expresión regocijada que le reanimó la cara al oler sus potreros y al vernos de nuevo. Pero no podía tenerse. Los huesos de la cara cortaban; sobre los ojos tenía dos huecos profundos; traía las orejas caídas; las costillas de relieve, las ancas afiladas. Le habían cambiado el color, por el lodo, por lo reseco del pelo y sobre todo... ¡Sobre^{abc} todo por aquella terrible culebrilla que no le pudimos notar sino estando pegados a ella; por aquella culebrilla que le había vuelto llaga toda la pierna!^{a bc}

⁶ ...lento, *haragán*, y...

^{abc} ...*orejas con*...

⁷ ...vivo, *más alegre*. Papá...

^{abc} ...todo... *sobre todo*...

^a ...la *pierna*.

^{bc} ...la *pata*.

—Pero... ¿cómo es esto, cómo es esto? —sollozaba casi mi padre, sujetando a la Mañosa por la jáquima y al hombre por una pierna.

—¿Qué le ha pasado a mi mula, qué le ha sucedido? —preguntaba con una voz⁸ amarga.

El hombre nos miraba desde su aparejo, un aparejo desflecado que traía por apero. Su expresión era estúpida.⁹

—Me entregaron esta mula pa^{10 c} que la trajera —dijo.

—Apéese, amigo; apéese —recomendó Simeón, tratando de evitar que explotara el enojo de mi padre.

El se dejó caer,¹¹ sacudió los fondillos y saludó quitándose el sombrero. Todo lo hizo con¹² aire de perfecta idiotéz.

Padre contemplaba a su mula y se le aguaban los ojos.

En la sombra húmeda del naranjal, la mano puesta sobre el anca de la Mañosa, Mero monologaba. Desde el corazón le subían, en una creciente incontenible, todas las palabras tiernas que tenía sepultadas,¹³ las que no les decía a los sobrinos ni a la hermana, las que él hubiera deseado secretar al oído de la novia. Aquel extraño sentimiento que le torturaba le hacía suponer en la Mañosa capacidad humana, sensibilidad humana.

Pepito y yo silenciábamos, respetuosos; Mero espantaba con el sombrero las moscas que ronroneaban sobre la llaga. El animal, poseído de una lentitud religiosa, movía el rabo y la

⁸ ...voz *dolida*, amarga.

⁹ ...estúpida, *infeliz*.

¹⁰ ...*para*... (en las ediciones de 1966 y 1974 figura *pa*).

^c ...*para*...

¹¹ ...caer, *se* sacudió...

¹² ...con *un* aire...

¹³ ...tenía *sepultas*, las...

cabeza;¹⁴ trataba de acariciarse la carne enferma, miraba con¹⁵ ojos fúnebres...

—Consígame un poco de cal, Pepito —dijo Mero.

Ido mi hermano, siguió a solas:

—Tas¹⁶ muy mala, Mañosa. Esos condenaos¹⁷ te han dejado en el hueso y de ñapa con una culebrilla que te ta¹⁸ matando...

Hablando sin mirarme, siempre la mano en el anca, compungido y respetuoso:

—Yo voy a procurar curarte; pero si la virgen no me ayuda...

Incapaz de comprender bien el dolor de^{abc} Mero, yo le oía sin ponerle atención. Me llegaban voces de la cocina y me daba cuenta de que allá trataban de hacer hablar al hombre.

Pepito volvió corriendo.¹⁹ Traía cal y creolina. Mero tomó la primera en las dos manos, las puso altas, sobre la carne viva del animal, y apretando el blanco polvo entre las palmas, lo fué estrujando lentamente. La cal caía pintando la costra hedionda de la culebrilla. La bestia movió una pata, le tembló toda la piel, alzó la cabeza...

—Malo —dijo Mero.

Y se quedó mirando lejos, lejos. Se recostó en un tronco de naranjo. Nosotros le hacíamos coro a su ausencia.

Papá se acercó, preguntando de lejos.

—No se salva, don Pepe —le contestó Mero.

¹⁴ ...cabeza, trataba...

¹⁵ ...con los ojos...

¹⁶ —Estás...

¹⁷ Esos condenaos...

¹⁸ ...está...

^{abc} ...bien a Mero, yo...

¹⁹ Pepito vino corriendo, mancha blanca sobre el fondo descolorido de la casa y el patio. Traía...



Sospechaban en casa que aquel hombre callaba mucho porque sabía demasiado. Aparentaba ser distraído; pero a la hora de cena puso toda su atención en lo que servían. No quiso sentarse a la mesa, sino que ocupó una silla pegada a la pared, encaramó los pies en el travesaño, y se llevó el plato²⁰ a la altura de los ojos. Se metía cucharas repletas en la boca golosa y contestaba con gruñidos a las preguntas que padre le dirigía.

Era él delgado y amarillo como la naranja seca; la nariz fina le limaba todo el aire de imbecilidad que le daban los ojos.²¹ Tenía los pelos de la barba y del²² bigote escasos y crecidos, así como los de la cabeza,²³ que le cubrían el pescuezo y le caían en mechones sobre las orejas.

Chocaba verle sin armas, cosa inusitada aún en los más pacíficos hombres; vestía sucia camisa amarilla, pantalón azul, duro, corto y estrecho, y un sombrero de cana. Cerca de él se respiraba un olor desagradable, que tenía mucho de animal y mucho de basura podrida.

A la hora de dormir se arregló él mismo un nido en el almacén, siempre silencioso, y se retiró hasta que se asomó la madrugada por encima de la Encrucijada. Por la mañana tenía cara más dispuesta, saludó con cierta confianza y se fué a la cocina a pedir su café,²⁴ como si tal cosa. Ya en la tarde empezó a echar los primeros párrafos con Simeón.

Hablando se le fué quitando el miedo o la timidez, y hablando fué soltando cabos, que padre y madre, Dimas y

²⁰ ...travesaño, *tomó el plato con una mano y se lo llevó a la...*

²¹ ...ojos, *apagados, pequeños y sosos*. Tenía...

²² ...y *el bigote...*

²³ ...cabeza, *brillantes, grasosos*, que...

²⁴ ...*café como...*

Mero anudaban.²⁵ Ya metido en confianza le preguntó el alcalde:

—¿Cuándo sigue pa el pueblo?²⁶

El hombre movió la cabeza y le sacudió algo el cuerpo. Miró por entre el entrecejo y se pellizó la palma de una mano. Estuvo buscándose espinas por la muñeca, disimulando. Al fin dijo:

—Yo no voy al pueblo.

—Anjá... Yo taba²⁷ creyendo que sí —comentó Simeón. Padre se encerró en algún pensamiento oscuro.

—Entonces ¿para dónde va usted? —preguntó de repente.

—Bueno... —el hombre rompió a reírse—. ...^{bc} Bueno...

Yo me vuelvo pa^{28 abc} casa.

Señalaba la dirección que le había traído.²⁹ Padre aumentó su confusión cuando insistió:

—¿A usted lo mandó el general, el general Macario?

—¿A mí?

El hombre se señalaba el pecho y miraba extrañado. Madre^{abc} cruzó por delante del fogón, puso los brazos en jarras, se quedó viendo al hombre y le interrogó, con suave voz:

—¿Por qué trajo esa mula aquí? ¿Quién se la entregó?

—¡Ah! Asunte ahora... ¿Y el diache de José Veras no se lo explicó a ustedes?

²⁵ ...anudaban. *Hubo un momento en que el alcalde hizo una pregunta, a simple vista, curiosa:*

—¿Cuándo...

²⁶ ...para el pueblo? —dijo.

²⁷ ...estaba...

^{bc} ...reírse— Bueno... Yo...

²⁸ ...vuelvo para casa.

^{abc} ...vuelvo pa casa.

²⁹ ...traído, el camino que había dejado atrás. Padre...

^{abc} Mamá cruzó...

—No —dijo papá, interesándose más.

—Y así son las cosas, don. Yo toy aquí, como quien dice viviendo, y ustedes no saben quién soy ni pa³⁰ qué sirvo. Yo creía que ese diablo de hombre...

—José Veras no dijo nada —repitió padre.

—Bueno, entonces...

—Cuente, amigo.

Era aquella una historia que comenzaba atrás y en Licey. No estaba claro por qué quisieron matar^{abc} un hombre en un baile; pero sí estaba claro que José Veras le defendió, machete en mano. Al otro día, en un callejón cualquiera, uno de los agresores apareció muerto, horriblemente apuñalado. El hombre tuvo que huir y tomó rumbo hacia arriba, hacia la salida del sol. Eran locos los tiempos y el trabajo apenas producía. Así fué como él se dedicó a vender animales, caballos, reses, cerdos. Le tomó cariño al oficio y acabó haciéndose de las bestias sin dar nada en cambio. Por senderos escasos, caía al otro lado de la cordillera y por allí vendía sus presas.

El general Fello Macario llegó un día derrotado, perseguido por el gobierno, y buscó refugio en las orillas del Bonaio; no le era difícil conseguirlo, porque le querían todos. La montura del general era una mula pretenciosa, parejera, bonita. La había cambiado por su caballo rosillo, que había dejado herido en el camino.

—Guárdeme esta mula aquí —le dijo el general a un amigo—. Cuídemela, que yo la mandaré buscar.

³⁰ ...para...

^{abc} ...matar a un...

Fello Macario solicitó un animal cualquiera y con algunos compañeros se internó por las vueltas de Arroyo Toro. José Veras no se le desprendía del lado. El general estuvo mandando recados, día y noche, y a las tres semanas reunió a los compañeros.

—La cosa ta³¹ lista ya —dijo.

Encargó a José Veras que volviera a buscar la mula y que la llevara él mismo al Pino. José Veras bajó, solicitó el animal y encontró a la gente desconcertada;³² alguien había robado la Mañosa.

José Veras³³ se rascó el pescuezo, movió^c la cabeza; al cabo dijo:

—Ahora sí se pone malo el asunto. Yo vine aquí atrás de un hombre y no me voy sin conseguirlo, pero ahora tendré que sabanear también la mula.

Volvió^{abc} donde el general.

—Se han robado la mula —explicó—; así es que déme cinco días pa³⁴ buscarla, porque yo no me le presento a don Pepe sin ese animal.

A pie, hurgando los potreros, preguntando en cada bohío, resuelto y desorientado, Veras anduvo y anduvo hasta que un día vio en el lado de un callejón unas huellas que le resultaron sospechosas.

—San Antonio —dijo con una irreverencia insultante—, te voy a prender como siete docenas de velas si me la pones atravesada por aquí.

³¹ ...está...

³² ...desconcertada: alguien...

³³ José se rascó...

^c ...movía...

^{abc} Volvió a donde...

³⁴ ...para...

Siguió aquellas huellas, emperrado en que pezuñas tan pequeñas sólo la Mañosa las tenía. El rastro se le perdió en una cerca inculta, llena de breñales, cadillos y gramales; pero José notó que alguien había andado por la cerca en la madrugada o en la noche anterior. Siguió la ruta indicada por las breñas maltrechas y al caer la tarde columbró el techo de un rancho entre unos árboles apretados. Apuró el paso. Pronto se iba a cerrar la oscuridad y no quería perder tiempo. Ya cerca distinguió una montura amarrada y un hombre echado junto a ella. Se hizo de cautela, cosa que nadie realizaba mejor que él, y sorprendió al desconocido, encañonándole el revólver a diez pasos.

—¡Párese, vagabundo! —tronó José.

El otro se puso en^{abc} pie de un salto y sujetó la mula por la jáquima. Movía la cabeza indicando duda; abría los ojos y los cerraba de prisa. José se le acercaba lentamente.

—¡Pedazo de sinvergüenza...! Lo que más lejos tenía era que te diba a pechar por aquí.

A pesar de sus palabras, el tono de José no tenía nada de amistoso; una amenaza tremenda llenaba el momento de vaho asfixiante.

—¡Páseme! —le dijo dando un manotón a la jáquima de la mula.

El desconocido estaba pálido y asustado.

—Compadre José, no me haga nada. Usté sabe que yo le debo la vida... Si la mula es suya, cójala y perdone...

—¡Mire cómo la ha puesto! —tronó José señalando la culebrilla que ya mostraba más de una cuarta de llaga en la piel.

—Pero eso no le pasó conmigo;^{bc} créame, compadre José, eso no le pasó conmigo.

^{abc} ...puso *de* pie...

^{bc} ...*con*migo, créame...

El desconocido estaba seguro de que Veras le iba a matar. Amparado en la abrumante soledad que les rodeaba, le pegaría un tiro y después se alejaría tranquilamente, montado en la mula, a pasos cortos.

—¡Coja por delante, vagabundo! —ordenó José, señalando el camino de la vuelta—. Si sé deo que lo maten como un perro aquella noche...

Se refería a la del baile, cuando aquel hombre que se había robado la Mañosa estuvo a punto de caer destrozado por los machetes de sus enemigos.

El hombre se hincó, lleno de una angustia mortal y de un miedo enorme.

—Haga conmigo lo que quiera, compadre José; haga conmigo lo que quiera, pero tenga en cuenta que yo soy agradecido y que si hubiera sabido que la mula era suya, ni le pongo la mano.

El cuatrero abriendo camino y José detrás, jinete en la Mañosa, anduvieron toda la noche. Cuando al uno se le fué pasando la rabia y al otro el temor, empezaron a conversar con monosílabos y acabaron dirigiéndose frases enteras en las que no había rencor.

—Sabaneando ando yo a un hombre que me cortó en el Pino —dijo José ya en la madrugada.

—¿Y ese diache no sabía con quién se taba³⁵ metiendo? —preguntó el otro.

—Asigún parece...

José le explicó cómo era, y las figuras de los compañeros. Cavilando y cavilando, el otro llegó a concluir en que conocía a su heridor.

—Vive por los lados de Jayaco... Sí; es un hombrecito medio atrevido —aseguraba.

³⁵ ...estaba...

—Entonces usted me va a llevar allá. Lo que soy yo no me voy sin verle la cara.

Anduvieron. Pedían posada en los bohíos escasos, comían poca cosa, y a la tercera noche dijo el otro:

—Horita estamos en Jayaco.

La culebrilla de la mula seguía en progreso; la bestia enflaquecía a ojos vista; acortaba el paso, y cuando el jinete se descuidaba, caminaba con lentitud.³⁶

A eso de la media, el otro le señaló un bohío a José y le dijo que el hombre vivía allí. Veras se^{bc} desmontó, apretó un brazo del compañero y le masticó estas palabras terribles:

—Usted me lleva esta mula al Pino, donde don Pepe; y si por un por si acaso no llega con ella, lo busco y lo arreglo aunque se meta en el fin del mundo.

El otro le juró por su madre que así lo haría. Se despidieron y el cuatrero buscó el camino real. Al otro día, antes de las doce, sintió a su espalda pisadas veloces y se viró: José Veras venía montando un “melao” que se bebía los vientos. Se detuvo a su lado apenas un segundo para decirle:

—Los hermanos del difunto me vienen pisando el rabo. Acuérdesse de lo que le dije... A don Pepe, en el Pino.

El cuatrero le vio seguir en rauda carrera. Apenas si pudo decirle, con la voz ahogada por los cascos del caballo:

—¡Adiosito, compadre!

Media hora después le pareció que una cabalgata irrumpía a su espalda. Eran tres hombres bien montados, los hermanos del muerto. Si José no andaba vivo, se lo comían.

—¿Usted ha visto pasar un hombre por aquí, vestido así y asá? —preguntó uno de ellos.

³⁶ ...lentitud de buey, cansada, abrumada.

^{bc} Veras desmontó...

—Hombre... Yo vide uno que pasó,^{bc} hace un rato; pero cogió por aquí, por el camino del Cotuí. Diba en un “melao”^{bc} bonito...

—Sí, ése era. El caballo es robado y él mató a mi hermano.
—¿Cómo?

El cuatrero se esforzaba en aparentar calma y horror. ¡Ay de él si aquellos tres diablos sabían que él había señalado la casa del difunto al matador!

Los perseguidores se internaron en la dirección que él les indicaba. Sintió liviano el corazón. ¡Ya le había pagado con buena moneda a José Veras!

El hombre hizo cuantos esfuerzos pudo para que no creyeran que él era el ladrón de la Mañosa, pero en casa comprendieron todos y alumbraron con entendimiento los puntos oscuros. Después de todo, se había portado bien y no valía la pena echarle en cara su robo. Por eso, tácitamente, convinieron en hacer ver^c que le creían; y hasta para darle mayor fuerza a tal generosidad, Simeón masculló, en acabando el hombre:

—Yo ni supongo quién será él; pero se lució en ésta.

El hombre estuvo buen rato callado. Al fin dijo.

—Me vuelvo esta noche, con la fresca. Tengo que caminar a pie...^{abc}

Todos pensamos, mirándonos: “Será bien poco, porque en el primer potrero le cae arriba a un animal”.

—Yo le voy a buscar unos clavaos, amigo, para aliviarle el camino —prometió papá.

^{bc} ...*pasó hace*...

^{bc} un *melao* bonito...

^c ...*hacer que*...

^{abc} ...*a pie*.

El, con la mirada resbalosa, agradeció la bondad de mi padre. Tornó a su silencio³⁷ y, cruzado de brazos, los pies en el travesaño de la silla, se dio a esperar la hora de salir.

Allá, en el naranjal, la mula inocente miraba el enjambre de moscas que se le acercaba sobre la llaga. Y esperaba, esperaba...^{abc}

³⁷ ... silencio *redondo* y...

^{abc} ...la *llaga*.

V

En^{1b} aquel campo,^{abc} los domingos se denunciaban en el enorme silencio que parecía emerger de la propia tierra, en la ropa planchada de las mujeres y los hombres, en el paso de algún jinete que llevaba sus gallos a lugares cercanos, y más que nada,² discreto y ardiente. Parecía estar clavado en un cielo chato, pintado expresamente para tal día; parecía estar enardecido... Las nubes se arrinconaban más allá de las lomas, mucho más allá, bien lejos.

Era domingo. Habíamos comido y yo jugaba a la sombra del almacén, en la orilla del camino. Buscaba piedrecillas blancas para lavarlas y entregarlas a mi hermano como monedas, a fin de quitarle alguna tontería, cuando alcé la cabeza y vi aparecer unas figuras entre el verdor de la Encrucijada. Balanceándose al paso de los animales, aparecían un hombre, una mujer con paraguas, dos niños. El hombre y la mujer tenían sendos bultos por delante. A poco vi que sobre las piernas del varón³ se perfilaba una figura humana,

¹ *Era domingo. En...*

^b *Era el domingo. En...*

^{abc} *...campo los...*

² *...nada, en el sol. El sol del domingo era allí despacioso, discreto...*

³ *...piernas de él se...*

bien pequeña, bien corta. Llamé a Pepito. Sujeto a la puerta, sin descender al camino, miró y miró.

—Son viajeros —me dijo.

¿Viajeros? No entendía. Para mí eran, sencillamente, unas personas que montaban caballos y si me atraían se debía, más que nada, al paraguas con que la mujer parecía defenderse del sol.

El grupo se acercaba y crecía. Distinguí la ropa del varón, negra y de paño, y distinguí la de los niños, mayores ambos que yo y que Pepito.⁴ El hombre se tocaba con sombrero de fieltro y lo que traía entre las piernas^{abc} era una niña. La nena usaba un sombrero que debía ser del padre, porque padre sin duda era él. Detrás caminaba la mujer, con falda negra⁵ y blusa blanca. El paraguas le tapaba el rostro; pero en los brazos sujetaba una cosa que yo no acertaba a definir.

Pepito, visiblemente alegre, dijo:

—Mira, Juan... Son dos muchachitos.

Yo no contesté. Miraba aquella niña que venía a la delantera del señor; me ensimismaba en los cabellos rubios, que refulgían a la luz del sol. Los tenía largos hasta el hombro y en ellos se enmarcaba una carita rosada, saludable.⁶

El grupo estaba ya cerca, casi a nuestro alcance. El señor hizo adelantar un poco su caballo y lo acercó a la casa; tomó dirección como si caminara sobre mí,⁷ y dijo, con voz bastante cansada y vuelto hacia la mujer:

—Vamos a desmontar un rato aquí.

⁴ ...Pepito. Después noté en la cara del hombre una mancha oscura; a poco me di cuenta de que gastaba grueso bigote. Se tocaba...

^{abc} ...traía delante era...

⁵ ...azul...

⁶ ...saludable, contenta.

⁷ ...mí, detuvo la montura y...

Yo dejé de buscar piedrecillas. Mamá, que de seguro había visto a la gente por el patio, entraba al almacén,⁸ cuando tropezó con Pepito, que corría hacia ella.

Se asomó a la puerta y recibió el saludo cortés del hombre.

—Quisiéramos descansar un rato aquí, doña —dijo él en tono de súplica.

Madre contestó afablemente:

—Cómo no, cómo no. Váyase apeando en lo que^{bc} aviso a mi marido.

Papá llegó todo atareado, a tiempo de recibir^{bc} la niña que el señor trataba de poner en tierra; se acercó a la mujer, mientras el desconocido desmontaba, y diciendo algunas palabras de cortesía, sujetó el bulto que ella tenía sobre el pecho. Era un mamoncillo, un pequeñín lindo, blanco y llorón, un niño diminuto, que apenas entreabría los ojos y plañía con apagado sonido.

—Tiene sólo dos meses —explicó ella, como si se⁹ le hubiera preguntado la edad.

Mi padre se lo entregó a mamá, que lo acunó en los brazos, lo meció, le puso los dedos entre los cortos labios. Yo corrí sobre él, alborotado y sintiendo no sé qué loca alegría: nunca, nunca había visto cosa tan preciosa,¹⁰ personita tan pequeña, figura de gente tan borrosa y tan menuda; jamás había visto un niño de dos¹¹ meses, y aquél me atrajo y me colmó de una ternura inexplicable. Me lo figuraba y lo quería igual que a un polluelo recién nacido, o a un gatito o a un potriquillo.

⁸ ...almacén, *secándose las manos*, cuando...

^{bc} ...que *le* aviso...

^{bc} ...recibir *a* la...

⁹ ... *si le hubieran*...

¹⁰ ...*graciosa*, personita...

¹¹ ...*de meses*, y...

Mamá decía cosas gratas para el niño, y sonreía a la madre, y miraba a la otra,^{bc} la hembra que venía en las piernas del padre; y mientras acomodaba al mamoncillo sobre su hombro, se dirigía a la mujer, diciéndole esas cosas tiernas y agradables que las madres saben decirse entre sí.

El señor y papá estaban bregando con los animales, tratando de meterlos por el portón, cambiándose palabras. Pepito se dirigía a los niños mayores, preguntándoles mil cosas, poseído de un aire grave y simpático de afabilidad y cortesía.

Las mujeres entraron a las habitaciones con el pequeñín, los hombres buscaron asiento en unas sillas que padre sacó del comedor,^{12c} y nosotros, los tres^{bc} visitantes, Pepito y yo, escogimos un rincón para sentarnos en círculo y parlotear.

Explicaba uno de ellos su viaje, se mantenía seriecito el otro, y yo me entretenía oyendo hablar a la niña. Era una mujercita de mi edad, más o menos, trajeada con bata azul, zapatos rojos y medias rosadas que le cubrían las rodillas. Tenía una extraordinaria vivacidad en la carita; se le amontonaban los pómulos cuando reía y hablaba cortando las palabras, sazonándolas con expresiones aturcidas. Conversaba de su casa, y de sus muñecas, y de un libro lleno de figuras que le había regalado el padre. Era incansable. A su lado me mantenía yo mudo, bebiéndomela con la atención. Era un placer doloroso para mí,^{abc} verla tan expresiva, tan sana, tan rosada. Por lo visto la había enrojecido más de la cuenta el solazo del camino. A su lado debía parecer yo¹³

^{bc} ...la *niña*, la...

¹² ...*comedor* y...

^c ...*comedor*, y...

^{bc} ...tres *niños* visitantes...

^{abc} ...*mí verla*...

¹³ ...yo *un semivivo*, pálido...

pálido, enclenque, silencioso y hasta consumido por la extraña tristeza que la fiebre me dejaba en las entrañas, como un sedimento inexpulsable.

La niña, que parecía estar en todas, se incorporó de súbito y atravesó el almacén, corriendo, llamando a su madre. La había visto cruzar el comedor y se tiró en su regazo, buscando no sé qué alivio, como si se hubiera impresionado con mi expresión enfermiza o como si de pronto le hubiera entrado ese sueño profundo que parece atontar a los nenes.^{bc}

Estuve un momento perplejo, medio viendo el comedor, a las mujeres, a la niña, al pequeñuelo. Oía vagamente la voz de mi padre y las respuestas del otro.^{bc} El niño seriecito mantenía caída la cabeza y Pepito y el hermano discutían. Les puse atención:

—Papá tiene gallos —decía el uno.

—Y el mío una mula que se llama la Mañosa...

Me incorporé. Detestaba del tema que los dos muchachos habían escogido; hubiera querido conversar con el otro, oírle, saber algo de él; pero su seriedad precoz me distanciaba. Me fui al comedor. Las dos mujeres reían a cada palabra. La visitante mecía sobre el hombro al pequeñín, cuyos ojos aparecían hundidos entre gruesos párpados.

—Ahora —decía mamá— voy a prepararles una comida.¹⁴

—¡No, no! —protestaba la otra—^{bc} ¡Si ahorita estamos en el pueblo...!^{bc}

—No me diga que no; es algo rápido.

Mamá tenía el tono y la expresión alegres. La mujer la atajó:

^{bc} ...los *niños*.

^{bc} ...del *visitante*. El...

¹⁴ ...comida *ligera*.

^{bc} ... *otra*—. *¡Sí!*...

^{bc} ...*pueblo!*

—Entonces, espérense,¹⁵ que me iré con usted a la cocina... No me gusta oír hablar a los hombres... Siempre...

—Sí —cortó mamá—. Sólo saben ocuparse^{16abc} de negocios.

Ambas salieron. El sol florecía junto a la puerta. Oí el fru-fru de la falda negra¹⁷ y ancha, miré de paso la minúscula cara del niño. Otra vez la tristeza me ahogaba, aquella tristeza demasiado grande para mis pocos años...

Las conversaciones de padre y el visitante rodaban cerca, en la otra habitación. Me acerqué con disimulo.

—No, nada —decía padre.

El otro, caído el bigote sobre una boca fina y dolida, afirmaba:

—Nada, amigo. Ahora se han puesto los tiempos muy duros para los hombres de trabajo.

Papá parecía meditar lo que oía. Puso una mano en la rodilla del visitante.

—Esta sería una gran tierra si no fuera por esas condenadas revoluciones.

—Así es. Ya usted ve: yo estaba encaminado. Vivíamos con brega y con muchas privaciones; pero vivíamos. En eso, la maldita revolución que^c revienta... No sabe uno dónde estar ni con quién. Cuando Fello Macario se alzó, corrieron a casa, me cogieron zapatos, comida, dinero, telas... Todo eso dizque lo pagaban a los pocos días. Coge el general Fello Macario el pueblo y me quita el resto, con promesas de cubrir el valor seguida. A mí, francamente, no me pesaba darle lo mío al general, porque me gusta y me siento su amigo;

¹⁵ ...espérese, que...

¹⁶ ...ocuparse *en* negocios.

^{abc} ...hablar de negocios.

¹⁷ ...azul...

^c ...revolución revienta... No...

pero cuando creíamos que estaba mejor la cosa, lo derrotan y me embromo...

El señor parecía no reparar en mí;^c parecía no reparar en nada. Su mirada muerta se tendía hacia ninguna parte, y las manos le pendían juntas, como manojos de hojas mareadas.

—El gobierno no quiso pagarme porque yo había aprovisionado al general... Bueno, amigo, la de acabarse... Ya usted ve ahora. Esperando que reviente otra vez la revolución, con la esperanza de cobrar algo para enderezarme, se me muere el muchacho y tengo que dejar el sitio. Ni la mujer ni yo podíamos seguir viviendo ahí... Ella no estaba acostumbrada a tan mala vida y...

—Comprendo —dijo padre^{abc} apretándose la frente—. Considero que debe ser cosa tremenda perder un hijo.

Miró en redondo, buscándome. Un temor hondo bullía en sus pupilas. Yo mismo sentí como si mi fin hubiera estado cerca y tuve la seguridad de que la muerte nos rondaba. Sentía una suprema lejanía de¹⁸ la carne. Padre seguía mirándome. Se volvió inesperadamente, quizá tratando de ahuyentar el fúnebre pensamiento que le asediaba.

—¿Y se dice algo? —preguntó.

El otro parecía lamentar a solas la pérdida del hijo y contemplaba a los dos muchachos, al seriecito, sobre todo.

—Sí —aseguró—. Es una cosa de momento, que yo no sé cómo ha tardado tanto. Ya el general está juntando gente.

Empezaron a hablar de Fello Macario. El hombre dijo que le conocía desde hacía años; contó su historia a retazos, explicando que había sido persona mansa y de trabajo hasta un día en que una tropa le hendió la vida fusilándole^{abc} un hermano.

^c ...*mí*: parecía...

^{abc} ...*papá*...

¹⁸ ...*en* la carne.

^{abc} ...*le fusiló* un hermano.

El hermano aparecía como gente distinguida, seria y apreciable; teníanle en gran respeto por su lugar, y apuntaba hacerse de prestigio que a la postre podía resultar peligroso para un gobierno desordenado. Algún enemigo le preparó nasa y cayó en ella. Fello Macario le vio partir, amarrado sobre un caballo, precedido y seguido por soldados sanguinarios. Se abrazaron y el menor juró vengarle, si le sucedía algo. Y le sucedió. Suerte fué que pudiera encontrar su tumba, entre un monte cerrado, medio hoyada ya por los jíbaros y los cerdos cimarrones. Frente a la tierra blanda que cubría los huesos¹⁹ del hermano, Fello Macario lloró en silencio. Después... Después se hizo sentir el hombre. Acechó su oportunidad, y un día, cuando la gente del pueblo murmuraba no sé de qué injusticia, Fello Macario montó, se armó de revólver, visitó bohíos, comprometió gente y bajó de las lomas al frente de un centenar de hombres; sitió el pueblo, puso plazo a las fuerzas para que se rindieran, desafió al comandante de armas a matarse delante de sus tropas respectivas... Cuando pudieron darse cuenta, había florecido un nuevo general sobre el estercolero de una injusticia: el general Fello Macario. Como una llama voraz, su prestigio cundió en todo sitio, llenó el Cibao, colmó los confines del país. Se le reconocían valor, nobleza, entereza, dignidad. Se abrazaba a toda causa que contara con el favor de los humildes, y aunque no sabía realizarlas, las hacía triunfar en el campo de las armas.

Padre oía al hombre hablar y le apuntaba cierta insana satisfacción en los ojos. El estimaba y admiraba al general Macario; en cambio...

—Lo que no se va en lágrimas se va en suspiros, amigo. Ahí tiene usted a Monsito Peña.

—Sí, Monsito Peña.

¹⁹ ...cubría *la huesa* del...

El otro movía de arriba abajo la cabeza. “Monsito Peña”, habían dicho ambos. Era el reverso.

—La última que hizo, ahora, en estos días, fué cortarles las orejas a cinco soldados.

—¿Cortarles las orejas?

—Sí. Y lo peor fué que se las hizo comer cocinadas.

—¿Cómo?

Padre, involuntariamente, se puso en^{abc} pie. Su ceño cortaba, y cortaban ciertas palabras que yo oía asombrado. Rápidamente paseó de un lado a otro. El hombre le veía sin comentar nada.

—¿Cómo?

Había tornado a su asiento y clavaba la mirada en el visitante.

—Como lo oye —confirmaba él.

—¡Oh! ¡Oh!

Claramente se le notaba el asco a papá. Arrugaba toda la cara y tragaba saliva.

—Pero tampoco es culpa de él, amigo —explicaba el señor—; tampoco es culpa de él, sino de la maldad que hay aquí.

—¿Maldad? ¡No! ¡Qué maldad ni maldad! ¡Eso es el colmo de la crueldad, señor mío!

Bajo el bigote caído le apuntaba una sonrisa amarga al hombre.

—Crueldad... ja, ja. Crueldad... Monsito Peña ha hecho cosas que no pueden decirse, cosas que nadie creería.

—¿Y no ha encontrado quién le cobre alguna?

—Es hombre muy esquivo, amigo; y tiene su gente también, no lo dude.

—Bandoleros, serán.

^{abc} ...de pie.

—Sí, eso, bandoleros. Hasta los criminales tienen sus simpatías.

Padre^{abc} silenció un rato. De seguro pensaba en la tremenda verdad que acababa de soltar el otro.

—Hasta los criminales... —corroboró al rato.

Ambos callaron, y así estaban, meditando, cuando llegaron las mujeres a llamarles.

***^{abc}

Estaban las visitas terminando su refrigerio y yo absorto en la conversación graciosa de la pequeña, cuando llegó a la puerta un muchachón.

—Dice Carmita que si usted puede ir allá, que Momón ta muy malo —dijo dirigiéndose a mamá.

—¿Qué tiene? —inquirió ella sin levantarse.

El muchacho le dio vueltas al sombrero,²⁰ y al cabo de rato sopló:

—Dizque ta agonizando...

—¿Agonizando?

Madre se había incorporado de pronto. Sus manos revolotearon, como dos mariposas gigantescas,^c y, pálida, impresionada, se dirigió con los ojos a mi padre, que golpeaba la mesa con los nudillos y contemplaba al muchacho.

—Perdonen —dijo madre^{abc} a los extraños.

Sin preguntar otra cosa se dirigió al camino. Yo seguía el vuelo de su falda, el resbalar de sus pies.

^{abc} Papá...

^{abc} Suprime la división del capítulo.

²⁰ ...sombrero, *entrecerró los ojos*, y...

^c ...*gigantes*, y...

^{abc} ...—*dijo a los...*

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité, echándome afuera, súbitamente mordido por un dolor insufrible.

—No, no —respondió—. Irás después, más tarde, con tu papá.

Se iba de prisa, de prisa, gastando velozmente la distancia. Me volví. De pie, estupefacto, mi padre me observaba. Corrí alocado y me tiré sobre él, incapaz de contener aquel llanto crudo que me ahogaba.

Los extraños nos acompañaron hasta el bohío donde moría Momón. Ibamos con ellos papá, Pepito y yo.^c Desde lejos vimos innumerable gente arracimada en la puerta. No sabíamos de dónde salía tanta,^c ni cómo la noticia había cubierto tan pronto las distancias que separaban los escasos bohíos del Pino. Frente a la morada del desdichado se detuvieron los visitantes;²¹ a la mujer le brillaron lágrimas en los ojos. Yo estaba con Pepito casi entre las patas de los animales, deseando ardientemente subir en uno de ellos y mirar lo que los jinetes veían. No me atrevía a entrar, por miedo a papá. El hombre llamó y estuvo un momento hablando con padre. Le encargaron saludos para mamá, nos dijeron adiós y se fueron. Imposibilitado de ver a Momón, y lleno de un vago sentimiento de dolor, les vi alejarse. Ellos no se volvieron. El sol del domingo esplendía bajo el cielo chato, tras las figuras de aquellos viajeros tristes.

Pepito me sujetaba una mano. Estaba inquieto, frío, y le abrumaba la gente, que se agrupaba sobre nosotros, se movía, nos empujaba, nos mecía. Nadie lloraba. A veces oíamos

^c ...y yo. No sabíamos... (salto de línea al copiar de la edición de 1974. N. del E.).

^c ...tanta gente ni...

²¹ ...visitantes, *cabecearon algo*; a...

algunos quejidos que debían ser de mamá o de Carmita. Pepito hizo esfuerzos y se fué acercando a la puerta,^{bc} siempre con mi mano entre la suya. Por entre una pierna y un pantalón vi el catre, los pies de Momón, amarillos, traslúcidos, y una vela ardiendo. Traté de alzarme. Alguien pasaba una mano sobre la cara del muerto. Me levanté más: los huesos de la quijada de Momón estaban allí, agresivos, filosos. Tenía la barba crecida. No sé por qué me sentía sereno, aunque molesto por el olor de tanta gente,^{abc} y por el murmullo de las conversaciones. Vimos a papá acercarse. Pepito me llevó a la orilla del camino y desde allí observamos cómo padre salía con Dimas, con el viejo Morillo, con Simeón y con otro hombre. Estuvieron comentando algo en una esquina del bohío y después Dimas se fué con Simeón hacia su casa. Algunas mujeres salieron de los callejones vecinos y se encaminaron hacia la casa del difunto. A poco distinguimos el murmullo de los rezos que empezaba a llenar la tarde como el abejoneo de millares de insectos. El día iba declinando.²² Sobre los cerros de Cortadera²³ el cielo se hacía más bajo, más cercano, más sólido. Pepito me hablaba del muchacho que charló con él.²⁴ Vimos a Dimas y a Simeón aparecer con algunos varejones, en el confín del camino. Venían tratando de algo, al parecer. A poco de entrar ellos empezaron a salir hombres y a formar grupos. En algunos discutían, suavemente, como si hubieran temido despertar a Momón. Decían que si era muy tarde, que si había que hacerlo, que si el difunto no aguantaba... Pepito callaba, con los ojos quietos como manchas azules.

^{bc} ...puerta siempre...

^{abc} ...gente y por...

²² ...insectos. *La tarde empezaba a manifestarse.* Sobre...

²³ ...Cortadera, el...

²⁴ ...él en casa, y yo apenas atendía a lo que decía. Vimos...

Persistía la tarde en hacerse sentir. Ya aparecía sobre nosotros una inmensa nube parda y el sol descendía de prisa, como deseando echarse a rodar por las faldas de las lomas.

Simeón²⁵ estaba con el frente hacia el poniente. De pronto sujetó a Dimas por un hombro, le hizo virarse y señaló. El viejo se quedó perplejo y dijo:

—Cualquiera cree que es mi muchacho.

Simeón le miró y pareció sonreír.

—Ese mismo es, compadre.

Dimas tornó a ver. Allá, en el recodo distante, se veía una mancha movida, que caminaba tambaleándose, se detenía, alzaba los brazos y lanzaba gritos que oíamos vagamente.

—No —aseguró Dimas—, ése no es de los míos.

Desinteresado en apariencia del que venía, se volvió a la puerta; pero Simeón le apretó el hombro de nuevo y remachó:

—Po ése es de los suyos, compadre.

Dimas alzó los ojos y contempló al alcalde; después detuvo la vista en la figura que llegaba y se le ensombreció el rostro. A esto algunos hombres miraban también hacia allá, comentando algo.

—¿Ese no es el hijo de Dimas? —preguntó alguien.

La figura se distinguía, aunque no del todo. Era, a claras luces, un borracho que caminaba haciendo festones y vociferando.²⁶ Poco a poco la gente fué deteniendo la atención. Ya el hombre estaba a la distancia de una piedra. Ya...

—¡Es él! —gritó una voz del grupo.

Dimas miró en redondo, como los toros bravos, y pareció desafiar a todos. Avanzó dos pasos, retrocedió, clavó los ojos en el borracho.

²⁵ Simeón, *fumando su roñoso cachimbo*, estaba...

²⁶ ...vociferando *no sé qué cosa*. Poco...

—¿Será mi hijo? —preguntó en tono candente—. ^c ¿Será mi hijo?

Pacientemente, uno dijo:

—Es él.

Unos cuantos empezaron a caminar sobre el que venía. Dimas casi gritó, volviéndose:

—¿Mi hijo borracho?

Y era su hijo; sí. A unos cuantos pasos se detuvo, hosco y torpe, levantó un brazo y vociferó:

—¡Viva el gobiernooo!

Los hombres se le acercaban. Dimas se abrió paso, y cuando estuvo cerca, como quien se queja contra el mundo, gimió:

—¡Esto es lo que me devuelven, un borracho!

Abatió la cabeza, ^{bc} frente al hijo que parecía no reconocerle, y volvió los desolados ojos a todos los conocidos, a todos los amigos, a todos los que le veían.

—¡Un borracho...! —terminó.

¡Y ^{abc} todavía podía dar gracias, porque el otro quizá no se lo devolverían, como no le habían devuelto los suyos a Carmita, como no le habían devuelto Momón a la madre que esperaba en el distante Bonaó, a la madre que creía que el hijo estaba “bueno y sano”!

*** ^{abc}

La queja aguda de Carmita, el llanto silencioso de mamá, las lamentaciones de algunos hombres y las lágrimas mías, las lágrimas ^{abc} que me diluían en una ansia incontenible de

^c ...candente— ¿Será...

^{bc} ...cabeza frente...

^{abc} Suprime las exclamaciones del párrafo.

^{abc} Suprime la división del capítulo.

^{abc} ...y las lágrimas que me...

seguirle, fué lo único que acompañó a Momón. No tardaría en anochecer. Diez o doce campesinos marchaban a su vera, para relevar a los que llevaban las parihuelas. Los vimos subir un ligero desnivel, los vimos irse apagando en el camino. Momón iba alto^{abc} en hombros, casi pegado al cielo que empezaba a ennegrecer.²⁷

^{abc} ...*iba en hombros...*

²⁷ *ennegrecer, al cielo chato y denso del domingo.
Momón iba alto...*

VI

A menudo se quejaba el viejo Dimas:¹

—Borracho;^{2 a c} ha venido borracho...

El³ viejo Dimas no era hombre de vivir lamentándose;^{abc} pero se quejaba porque ya no resistía. Aguantó callado que le reclutaran los hijos; soportó impasiblemente⁴ la noticia de que le habían herido uno; sólo él y Dios sabían cuántas lágrimas tuvo que tragarse cuando se encerraba a solas en el bohío, ignorando la suerte de los muchachos. Todo lo había sufrido con paciencia; ¡pero hubiera preferido ver al hijo muerto y no borracho!^{abc}

—Eso se le irá quitando, Dimas —decían en casa para consolarle.

El negaba con gestos y miraba hacia los rincones.^{abc}

¹ Frase de introducción agregada a la edición cubana de 1940.

² Borracho ha *venido, borracho*...

^a Borracho ha *venido, borracho*...

^c *Borracho, ha venido*...

³ *Esto era a veces, cuando todos silenciaban; el viejo*...

^{abc} ...*lamentándose, pero*...

⁴ ...*impasible*...

^{abc} ...*paciencia; pero hubiera preferido ver al hijo muerto y no borracho*.

^{abc} Suprimido en las ediciones de 1966 y posteriores.

—No lo deja; y horita⁵ le pierde el gusto al trabajo, y el hombre que no trabaja roba, porque si no^{bc} ¿cómo vive?

Sus razones tenía. El hijo andaba rondando por las pulperías lejanas, de mañana en Pedregal, de noche en Jumunucú. No le dirigía la palabra al padre y se llevaba bien con ciertos amigazos de flaca^{abc} fama, cuya vida consistía en esperar, sentados frente al mostrador de una pulpería, el paso de viandantes que entraran a comprar algo y les brindaran un trago.

Al muchacho era milagro verle;^{bc} no conservaba la apariencia limpia y cuidada de antes; ni tenía el aire ingenuo y simpático. Estuvo en casa una o dos veces, contando episodios de su corta vida militar, y el viejo Dimas no escondía el disgusto que le proporcionaba tenerle al lado.

—Ahora veremos cómo sale el otro —decía consolándose.

“El otro”, según supimos, se había encariñado con la carabina y⁶ las costumbres del pueblo.

—Le va a ser difícil conseguirlo —comentaba Mero.

—Asigún...

—Ojalá le saliera general, Dimas —chanceaba papá—, a ver si lo saca a usted de apuros.

—¿General? No, don Pepe; yo lo que quiero es que se dé hombre serio, como su taita. En esos trances de tiros lo que puede sacar es lo que el pobre Momón.

Poniendo la cara triste, mamá rogaba:

—Dios lo tenga en la gloria.

En la gloria... Yo pensaba: “En la gloria”. Sí, allí debía estar Momón, en aquel paraje alto y lleno de luz que me

⁵ ...aborita...

^{bc} ...no, ¿cómo...

^{abc} ...de fama, cuya...

^{bc} ...verle; pero no...

⁶ ...carabina y con las...

describía madre, en aquel jardín lejano, donde las plantas florecían⁷ ángeles y donde músicas que yo era incapaz de materializarme resonaban día y noche. Allí debía estar, sólo que se me hacía trabajoso figurarme a Momón entre santos vistosos, él, Momón, con sus pantalones remendados y desteñidos, con su barba crecida, con sus pies descalzos.

¡Qué pesadas se hicieron las primas noches que siguieron a la muerte de Momón y a la vuelta del hijo de Dimas! Las conversaciones se estancaban, degeneraban en palabras lastimosas; todo se volvía suspirar y mugir como los becerros abandonados. A mí se me cargaba el corazón con un peso insoporrible, me abrumaba el desgaire con que se movían y hablaban los otros.

Las fiebres parecían haberme olvidado, pero todavía me sentía inseguro y propenso al lloro, débil, incapaz hasta para jugar con Pepito. Durante varias⁸ horas del día me mantenía consumiéndome a mí mismo, escogiendo con un placer torturante los pensamientos que más me dolieran. Me esforzaba en buscarle un fin trágico a José Veras, y no apartaba de la mente el último momento en que lo vi, cruzando el pobre caudal del Yaquecillo, anhelante y apurado en poner tierra entre las patas de su caballo y las de los que le perseguían; me detenía horas enteras en el recuerdo de Momón, y de noche despertaba mirando sus pies muertos, sus pies amarillos e inmóviles; o contemplaba la escena aquella en que él iba en hombros de cuatro o cinco campesinos toscos, camino de la fosa.⁹ La figura

⁷ ...florecían *en* ángeles...

⁸ Durante *todas las* horas...

⁹ ...fosa, *solo, tan solo*. La...

del general Fello Macario entraba a veces en aquellos siniestros pensamientos míos, gallarda, marcial y atrayente. Ya le veía cargando con su caballo rosillo sobre la gente del gobierno, ya le veía cayendo lentamente de la montura, roto el pecho de un tiro,¹⁰ laso el brazo, torcida la cabeza; o se me figuraba estar a su vera oyéndole mandar en la fiebre del pleito, remolineando su sable bruñido en la diestra, con la mirada fogosa, con las palabras veloces e hirientes. Inesperadamente me asaltaba la imagen del cuatrero, triste, zonzo y comilón. Le veía perdiéndose en un camino largo y oscuro, montando un asno descarnado.

Mi padre no dejaba de echarme el ojo de tarde en tarde y viéndome con cara tan poco infantil, tan preocupada, se alarmaba y me decía que estaba enfermo, me tomaba el pulso, me hacía sacar la lengua. Después llamaba a mamá:

—Angela, este niño tiene algo; este niño está muy triste.

Mamá me alzaba, me sentaba en sus piernas y me alisaba los cabellos con sus manos afanosas. No hablaba, no comentaba; acaso decía,^{abc} con entonación sufrida:

—Cuándo podremos dejar este lugar, para que mi hijo^{abc} sane...

Y se quedaba contemplando el patio, los potreros, que verdeaban allá, en el confín del cielo, parejos y satisfechos.

Escasos días habían transcurrido cuando empezaron los contertulios a mostrarse inquietos y a decir que Fello Macario había levantado cabeza. Se acechaban las recuas para pedir informes.

¹⁰ ...un *balazo*, laso...

^{abc} ...*decía con*...

^{abc} ...hijo *se sane*...

—La revolución se ta¹¹ armando —decían.

Pasaba algún desconocido que iba en viaje de diligencias al pueblo.

—La revolución se acerca —decía.

Dimas y Simeón, Mero y la vieja Carmita, el hijo de Dimas y el viejo Morillo, que alguna vez se arrimaba por casa, todos traían noticias recogidas al azar, en bocas pasajeras.

Un día, por fin, la voz del campo, salida de todas partes a un mismo tiempo, rompió en clamores:

—¡La revolución! ¡La revolución!¹²

En todos los bohíos,^{abc} las manos callosas recogían ropas y hacían bultos; en las pulperías se agotaban las reservas de sal. El que iba a beber ron y a comprar gas, el que iba a buscar creolina y a vender frijoles, la mujer que pedía jabón, la que llevaba maíz, todos repetían el clamor:

—¡La revolución! ¡La revolución!

Una tarde, ahogándose de miedo, el viejo Morillo llegó a casa.¹³

—A Pedregal acaba de llegar una fuerza del pueblo.

—¿Fuerzas? —inquirió padre.

El viejo Morillo no acabó de asegurar sus palabras: veloz como un ventarrón, el alcalde se metió en la casa y dijo:

—Una tropa en Pedregal.

Y después, Dimas y Mero,¹⁴ y más tarde otro; y otro. Innumerable gente corrió a casa, masticando lamentaciones y

¹¹ ...está...

¹² ...revolución!

De los montes cerrados y lejanos acudía gente que repetía la voz:

—¡La revolución! ¡La revolución!

En todos...

^{abc} ...bohíos las...

¹³ ...casa, metió los dedos en las orejas de papá, le tendió el pecho, nervioso.

¹⁴ Y después, Dimas; y Mero, que traía la cara azul; y...

lloros. Padre les atendía, les calmaba. Pero después, a la anocheada, empezaron a llevar^c peores noticias: la revolución venía ya¹⁵ a toda prisa; iban a chocar en Pedregal, iban a tropezar con aquella tropa ignorada, iban...

Papá escuchó, impávido, y pensó. Después, impaciente e inseguro como la brizna que el viento agita, empezó a recoger opiniones y nuevas con todos los que llegaban. Al fin, medio oscuro ya, se fué a un rincón con Mero.

—Hay que ver al general —dijo.

Mero huyó la cara.

—Hay que ver al general —repitió papá.

—¿Y cómo? —preguntó el otro.

—¿Cómo? Yendo adonde él esté.

—Anjá.

Mero se cogió ambas manos tras la espalda. Padre se rascó la cabeza.

—... Si la Mañosa estuviera sana... —lamentó.

Encendió un cigarro y se acercó a otra gente que llegaba, otra gente igual a la anterior, a toda la que había estado entrando en casa aquella tarde, con idéntico miedo, con el mismo ánimo abatido.

Habla y habla, papá se fué comiendo una hora, dos horas. Cerrada la noche, al amparo de la luz que nuestra lámpara regaba en el camino, vimos pasar un hombre que tambaleaba.

—Véalo —despreció Dimas—. Borracho...¹⁶

El borracho se acercaba. Se le movía la cabeza como un péndulo, babeaba y tenía sucios los ojos. Padre le preguntó

^c ...llegar...

¹⁵ ...venía ya, a toda...

¹⁶ Borracho...

Papá tuvo una idea súbita.

—Llame al muchacho, Dimas, llámelo.

El borracho accedió a acercarse. Se le...

de dónde venía. Con una risita imbécil él indicó que de arriba, de Jumunucú.

—Ahora —explicó— voy a juntarme con mi gente.

Era un borracho manso, hasta cortés, si se quiere. Reía y reía; eso era todo. Dimas quería fulminarlo con su rencor.

—¿Con la que está en Pedregal? —preguntó padre.

El beodo afirmó con la cabeza. Casi se caía y persistía en sonreír.

Papá dio unos pasos por el almacén.

—Hay que avisarle; hay que avisarle —decía.

De pronto alzó la cabeza y clavó los ojos en Simeón.

—¿Usted se atreve, compadre?

—Ello... —el alcalde rehuía.

Padre le cogió por los hombros.

—Oiga, Simeón, si se prenden aquí, vamos todos a correr peligro. Yo no quiero aguantar un tiroteo con mi mujer y mis muchachos en este caserón de madera.

Con las inquietas manos indicaba la poca seguridad¹⁷ del sitio, señalaba las paredes, el zinc. El alcalde se puso en pie de un salto.

—No hay que decir más, compadre.

Iba a tirarse al camino ya. Padre^{abc} le llamó y estuvo recomendándole algo en el comedor. Mamá, mientras tanto, trataba de levantar el espíritu de unas mujeres asustadas, a las que Pepito y yo, ignorantes, veíamos con pena y con cierto desdén.

A los pequeños nos hicieron dormir, mientras los mayores velaban la vuelta del alcalde. Pepito y yo comenzamos alguna

¹⁷ ...la *inseguridad* del...

^{abc} Papá...

conversación que se fué apagando con el sueño. Oíamos¹⁸ ruido de pasos en el almacén; oíamos la voz de Dimas. Todo aquello se fué hundiendo, hundiendo...

Nos despertó^{bc} el trajín, los golpes de las puertas, las órdenes de papá. Mamá vino a decirnos, quedamente, que nos vistiéramos porque teníamos que irnos. Pepito se tiró del catre, muy asombrado, y vino a decir que estaban empaquetando muchas cosas, y que al parecer íbamos al pueblo. Yo me lancé al suelo; papá me besó. Eran impresionantes su premura, el tono de su voz, lo anudado que parecía por los nervios. Me asusté. Inconscientemente me encontré en el patio, agarrado a una mano de mamá. Lo atravesamos a toda carrera. La noche negra se iba abriendo pesadamente frente a nosotros. Recuerdo a trechos nuestra huida por el potrero, cortándonos con las piedras que se escondían entre la húmeda yerba. Pasamos¹⁹ por una alambrada, bajo una mata copiosa de caimitos. Ante nuestros ojos apareció la mancha vaga de un camino. Mamá llamó. Un perro empezó a morder la oscuridad. Mamá llamó otra vez. Cerca estaba un bohío. La cabeza de la vieja Carmita se suspendió en el hueco negro de una ventana. La salita del bohío bailaba a la luz de una jumiadora.²⁰ Palabras incomprensibles²¹ se arrastraban por el camino.

¡La revolución! ¡La revolución! En el vientre inmenso de la noche todo se arrinconaba, todo se guarecía, todo huía del sangriento fantasma que venía tronando desde el remoto Bonaó.



¹⁸ Oíamos *el* ruido...

^{bc} Nos *despertaron* el...

¹⁹ *Hubimos de pasar* por...

²⁰ ...luz *espesa de una pobre* jumiadora.

²¹ Palabras *pálidas* se...

En la madrugada desperté y todavía creía dormir. ¿Por qué estaba sobre mí aquel techo bajito de yaguas? ¿Por²² qué mi madre lloraba sentada en mi catre? ¿Por qué había tantas bocas siseando secretos en la otra habitación? Me sentía afiebrado y de seguro estaba sufriendo otra pesadilla, otro delirio. En las rendijas abundantes azuleaba el amanecer. Madre^{abc} levantó la cabeza, pareció escuchar y se acercó a la puerta. Poco a poco la fué abriendo.

—Pepe, Pepe... —llamó en soplos—^c Pepe, Pepe... Oyelos.

¿Que oyera qué? Me incorporé. Pepito se estrujaba los ojos y bostezaba. Un rumor crecía por los lados de la Encrucijada. De pronto Pepito se sentó.

—¡La corneta, la corneta! —gritó.

Me miraba y me clavaba las uñas. Sí, una corneta vibraba lejos, lejos;^c y se oía el lejano trepidar de cascos de caballos. Papá se asomó a la puerta y nos indicó que calláramos; después entró y nos acarició maquinalmente. Mamá guareció su cabeza en el hombro de padre y rompió a sollozar.

—No te pongas nerviosa —dijo él con entonación muy dulce.

Creecía el rumor. Simeón llamó a papá.

—Ya están prendiéndose, don Pepe —dejó oír.

Una descarga nos desplomó el cielo encima. Sonó de manera limpia, llenándonos de pavor. La corneta cantaba. A poco^{abc} otra descarga. Debían estar tirando por^c casa. Otra, y otra, y otra. Tiros graneados y seguidos comenzaron a estallar.

²² ¿Y por...

^{abc} Mamá...

^c ...soplos—. Pepe...

^c ...corneta vibraba lejos; y...

^{abc} ...poco, otra...

^c ...por los lados de casa. Otra...

Pepito seguía apretándome el brazo. Yo creía escuchar voces altas. Simeón y Mero comentaban de sorda manera. Mamá, como la gallina sacada, pretendía cubrirnos con sus brazos. Padre salió.

—No tengan miedo, no tengan miedo —rastrillaba madre.

Otra descarga. Sentimos que el rumor engrosaba, que los tiros se iban multiplicando. A la vez parecían correrse hacia el poniente, hacia las lomas, hacia Pedregal. Simeón sacó la cabeza y sonrió a mi madre.

—Se tan²³ dando cogío, doña; se tan²⁴ dando...

Tornó a comentar con Mero. A poco volvió padre.

—Están ganando, Angela.

—¿Quiénes? —inquirió madre,^{abc} alargando el pescuezo.

—La revolución. Los tiros suenan más lejos.

—Ah...

Pepito se acurrucaba entre las piernas de mi madre y mi espalda. Silencio. O,^c mejor dicho, un ruido vago, distante, cada vez más. Otra descarga, apenas resuelta. Otra, más lejana. Tiros y tiros²⁵ oyéndose^c de momento en momento más diminutos, menos completos. Los nervios iban dejando a mamá.

—Parece que van arrasando, Angela —dijo papá.

Inmediatamente salió. Oíamos sus pasos,^c rondando la puerta del camino. Algunos animales cruzaban²⁶ asustados. El perro empezó a gemir, a gemir.

²³ ...están...

²⁴ ...están...

^{abc} ...mamá,...

^c O mejor...

²⁵ ...tiros y tiros, oyéndose de...

^c ...tiros y tiros, que se oían de...

^c ...pasos rondando...

²⁶ ...cruzaban el camino asustados.

—Doña, la cosa pasa.

La vieja Carmita nos miraba desde su habitación.

Allá, en el límite de lo posible, resonaron^{abc} otras y otras descargas. A veces oíamos un cachito de la corneta, cuando el viento se revolvía sobre nosotros. Sentimos que alguien abría la puerta.^{abc} Todavía se hacía trabajoso ver; todavía no era día absoluto. La aldaba cayó. Madre se levantó y abrió del todo; yo me pegué a su falda. En la puerta del camino estaban Simeón y papá tratando de hurgar con la vista entre los pajonales de la loma. El viento llevó²⁷ otro tronar. De pronto otro, otro, otro.^c Nos pareció distinguir mejor los últimos. Más disparos. Más disparos. Simeón se viró y miró fijamente a papá; papá se viró y miró fijamente a mamá. ¿Sería...? Por los lados de la Encrucijada se acercaba alguna tropa. Alguna, alguna... Pero los tiros parecían retornar, y un ronco estampido retumbó^{abc} rompiéndonos de miedo. ¿Sería...? ¡En los potreros de casa se estaba peleando! ¡Sí, se estaba peleando en los potreros! La^a luz^{bc} verdosa del amanecer nos impedía ver, pero oíamos claramente el tamborilear de la fusilería resonando allí. ¡Y los disparos venían paso a paso, paso a paso!

Simeón cerró la puerta de golpe y nos miró desolado.

—¡Por ahí viene gente juyendo! —gritó.

Estaba acabando de decirlo. Unas manos alocadas empezaron a golpear contra las tablas de la casa.

^{abc} ...resonaban...

^{abc} Sentimos que alguien abría la *puerta*. La aldaba...

²⁷ ...trajo...

^c De pronto, otro, otro. Nos...

^{abc} ...retumbó, rompiéndonos...

^a La luz nos impedía ver, pero...

^{bc} La poca luz nos impedía ver, pero...

—¡Abran! ¡Abran! —suplicaba alguien.

Papá se tiró contra la puerta.

—¡Escóndanse! —tronó.

A penas^{abc} le pude ver sacar el revólver de la funda. Parecía un relámpago su brazo. Nos atropellamos bajo el catre, Pepito y yo. Mi hermano no podía tenerse, tembloroso. Lloraba. No sé qué cosa dijo papá en la puerta. Después sí le oí:

—¡Entre! ¡Entre!

Era una mujeruca. Se sujetaba el pecho y venía despeinada.

—¡Por ahí viene acabando con todo el general Fello Macario! —sollozó.

Y no encontrando qué hacer, se tiró en los brazos de mamá, que hubo de sacar fuerzas para decirle alguna cosa que la tranquilizara.

Sobre nuestras cabezas, súbitamente, estalló un loco retumbar, una fiera música de tiros, una horrisona tempestad. Esta vez sí pudimos sorprender voces tremendas, elevándose sobre el rugir de las carabinas. Y encima de todas ellas, como flotando, como volando, el canto metálico de la corneta.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaba Simeón a la mujer, rompiéndole el brazo con los dedos, comiéndosela con los ojos.

Ella se había idiotizado.

—¡La revolución! ¡La revolución! —repetía sin conciencia.

—¡Sí, la revolución! ¿Pero qué pasa?

Las descargas, y las descargas.

—¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir, mamá! —gemía Pepito, incapaz ya de soportar más.

Padre corrió hacia él, lo alzó, se lo echó sobre un hombro.

—No, mi hijo, no.

^{abc} Apenas...

Pero padre también estaba loco. Aunque era indudable que el estruendo tornaba a alejarse... Padre también estaba loco. Mamá corría de un rincón al otro. La vieja Carmita, tranquila, no se movía de una silla. Y el estruendo alejándose a todo correr, hacia Pedregal, hacia el oeste...

VII

Al tiempo de la vuelta, desde el mismo bohío fuimos cayendo entre grupos alborotados. El día era ya cosa decidida. Cierta olor acre parecía flotar sobre la tierra. Los hombres de las cercanías caminaban de prisa y desde lejos voceaban palabras¹ bastante puercas. Ibamos recogiendo explicaciones a retazos:

—Na más fué que Fello Macario dentrara...

—Por entre esos pajonales andan como guineas...

Una brusca alegría estallaba entre² todos los rostros. Papá iba de unos a otros preguntando; volvía a nosotros, aclaraba algo...

—El primer pleito, el de la madrugada, no lo dio el general; él llegó después.

Mamá no acertaba a interesarse ni a comprender. Un tinte cenizoso^{bc} le sacaba la carne de la cara. Pepito se prendía de mí y repetía cuanto oía.

—¡Ey, amigo!

Papá voceaba a todos los que veía pasar. Muy callada, Carmita dejaba acercarse a la gente para preguntar:

—¿Y no sabe si diba alguno de mis muchachos...?

¹ ...palabras *contentas* y a veces bastante...

² ...estallaba *en* todos...

^{bc} ...tinte *cenizo* le...



Retornamos atravesando el potrero, que la noche anterior cruzamos casi en vuelo. A lo lejos divisábamos el camino, y en él hombres que correteaban, gritaban y agitaban armas.

—Parece que se peleó allí —decía papá indicando las cercanías de nuestra casa.

Los dos pequeños pretendíamos alzarnos en unos pies inútiles. Mi madre se sujetaba la quijada, y bien veíamos que sus ojos no tenían acierto y que aquel ancho campo no le cabía en ellos.

—Vamos...

Papá guiaba. La casa dorada parecía caída y malherida. Habíamos pasado ya la alambrada que cerraba el primer vaso y estábamos acercándonos al patio. Seguían pasando hombres, aunque menos numerosos. Hacia allá veíamos todos, hacia el camino. De improviso padre se detuvo, abrió ambos brazos, moviendo las manos. De espaldas, como estaba, le notamos la intensa impresión. Madre^{abc} se asustó y corrió sobre él; acercó la cabeza por encima de su hombro, movió los brazos buscando³ amparo, y volvió el rostro desencajado, murmurando algunas cosas.

—¡Pepe! ¡Pepe! —gritó angustiada.

Los niños corrimos a su lado. Padre dio media vuelta, la sujetó, la apretó;^c pero no apartaba la cara del patio ni variaba la dolorosa expresión que le desarmaba el rostro.

Lleno de un pavor horrible, empecé a temblar y a llorar. No sabía qué sucedía; no comprendía. Alzaba los ojos y veía a mamá sollozando. Traté de ver... ¡Allí,^{abc} en nuestro propio

^{abc} *Mamá...*

³ ...buscando *algún* amparo, *se sujetó las sienes* y volvió...

^c ...*apretó: pero...*

^{abc} *Allí, en...*

patio,⁴ había un hombre tendido boca arriba, con los labios blancos y entreabiertos, los dientes crecidos bajo ellos en siniestra sonrisa, la carne sin color, un boquete en la frente y el boquete cubierto de moscas!⁵ Le habían roto los bolsillos, le habían arrancado la carabina y la cartuchera, y por los desgarrones de la ropa se le veía la piel mulata templada de hinchazón,⁶ muerta.

Mamá se prendía a la camisa de mi padre. Un llanto amargo le aventaba el pecho. Papá le calentaba las sienes con las manos y la dejaba llorar.⁷

Pese a que durante todo el día anduvimos⁸ en casa atareados, recomponiendo la casa, sacando todo lo que habían enseronado —desde almohadas y sábanas hasta cubiertos—, no pudimos arrancar de la mente la figura de aquel hombre derribado por una bala. Con mucho trabajo, según contaron después, pudieron sacarlo del patio entre Mero, Dimas y unos cuantos hombres que el alcalde recogió en los alrededores. Llevaron el cadáver, a través de los potreros, hasta el mismo Pedregal. A la vuelta contaron que la tierra había quedado sembrada de muertos en aquel sitio, y que entre ellos había pasado arrolladora la revolución, camino del pueblo.

⁴ ...patio, *igual que un muñeco destrozado por las manos torpes de un niño*, había...

⁵ ...color, un boquetón en la frente y el boquetón cubierto de moscas ávidas!
Le habían..

⁶ ...hinchazón, *fría*, muerta.

⁷ ...llorar, *porque ella lo hacía por todas las madres que habían perdido sus hijos en la trágica fiesta de los tiros.*

⁸ ...anduvieron...

¡Qué hormigueo el que padeció el camino aquel día! ¡Qué de gente estrafalaria, mal vestida y peor armada,^{abc} la que pasó a la zaga de los revolucionarios! Los veíamos cruzar en bandadas, apresurados, vociferantes.⁹ Sostenían conversaciones sembradas de risas, y al vernos gritaban, ebrios de un alcohol terrible:

—¡Viva el general Fello Macario! ¡Viva el general Fello Macario!

Todavía no era redondo el triunfo de la revolución y ya innumerables hombres empezaban a dar hurras al nuevo vencedor.

Por todos los rincones del campo cundió aquella borrachera funesta; en bohío alguno se atendió a otra cosa que a recoger noticias, a aumentarlas, a pasarlas adulteradas al vecino.

—¡Derrotó el general a otra fuerza en Pontón!

—La gente del gobierno ta¹⁰ dejando el pueblo a la carrera!

Mi padre oía a todos, pero sólo atendía a su propio pensamiento, a la tortura que le había impuesto aquel infeliz tirado en el patio de la casa, pasto de moscas, víctima inútil.

De codos en la mesa, cerrado el rostro, calló y vio comer a los demás. Se incorporaba, paseaba, saludaba a éste o al otro vecino que lamentaba, hipócritamente:

—¡Vea qué matanza!

Abroquelado en un silencio hostil, veía pasar los últimos restos de la gentada que iba hacia el asalto del pueblo.

Y triunfó la revolución. Había cobrado fuerzas increíbles, como si las piedras y las semillas hubieran parido hombres

^{abc} ...armada la que...

⁹ ...vociferantes. *Al paso veloz* sostenían...

¹⁰ ...está...

para sumarlos a sus filas. En casa lo dijeron, acaso una hora después de haber sucedido. Se peleó corto. El general Fello Macario metió su tropa en la fortaleza, copó las bocacalles, ocupó los pasos de los ríos y se nombró a sí mismo gobernador. Apenas sabía firmar; pero rubricaba¹¹ con su sable páginas horrendas escritas en las sabanas o en los callejones.

Papá estaba por el potrero con Mero, en busca de la Mañosa. Sólo movió la cabeza cuando supo la nueva.

—¿Y no se pone contento, don Pepe? ¡El general es gobernador!

Simeón, que le había hablado, le oyó el único comentario que hizo desde que topó el muerto.

—El general será gobernador; pero mi mula está casi agonizando.

E inmediatamente le dio la espalda, se pasó los dedos gruesos por entre el cabello, y caminó hacia el patio, donde el sol ardía sobre¹² la cocina y los naranjos.

¹¹ ...rubricaba *como ninguno* con...

¹² ...el sol *derrengaba* la...

VIII

—Ahora viene Monsito Peña —se decía en el Pino,^c con cierto tono de disgusto.

Ya no había guerra; pero aquel cabecilla sanguinario la encendía donde estaba; las descargas de sus fusilamientos resonaban peladas¹ y se erizaba de cruces la tierra que él pisaba.

—Ahora dizque viene Monsito Peña —murmuraban.

Papá no respondía con el más incoloro comentario. Si se trataba de Fello Macario hablaba esperanzado, y decía que tenía que hacerle una visita tan pronto pasaran los primeros días de atareo. Sin duda padre^{abc} se hubiera entusiasmado con el triunfo del amigo, pero la gravedad de la Mañosa le dejaba exhausto,^{abc} si bien apenas hablaba de ello. Otra cosa había: el mundo estaba trastornado, se hallaba al revés, y mientras la gente se acostumbrara,^{abc} iba él a estar de brazos cruzados, agotando las reservas de que disponía para sacarnos adelante en la brega del vivir. Las mejores horas del día las gastaba en silencio, haciendo cálculos o dando paseos. A menudo llamaba a Mero y se dirigían al potrero. En uno de esos viajes me llevó. Anduvimos sorteando los malos pasos y tuvimos que

^c ...el *Pino con*...

¹ ...*peladas*, y...

^{abc} ...*papá*...

^{abc} ...*le mantenía preocupado*, si...

^{abc} ...*acostumbrara*, *no iba*...

meternos bien adentro para encontrar la mula. Estaba bajo un memizo,^c y daba pena verla: en relieve el costillar, color de barro seco² el pelo, el pescuezo flaco como una tabla, abultada de huesos,^{abc} nos sintió llegar y apenas movió trabajosamente la cabeza. Mecía un rabo lento para espantar las moscas y parecía clavada en la tierra.

Con dolida expresión nos miró Mero.

—Ya no dura una semana... —dijo.

La bestia, como si entendiera, volvió a él la pedregosa cabeza y le barrió la figura con unos ojos opacos y fatigados.

La gente seguía con su noticia:³

—El que viene es Monsito Peña.

Nosotros esperábamos, un poco asustados. Pasados dos días, empezamos⁴ a dudar de la veracidad del informe. Papá le fué dando sueltas a la lengua:

—Lo mejor que puede hacer el general Macario es dejar ese hombre en Cotuí...

Mi madre rezaba a escondidas, pidiendo a San Antonio que contuviera al feroz Monsito Peña, que lo dejara en aquellos lugares, acostumbrados a sus correrías, donde la huella de su montura cabía apenas entre los montones de tierra que cubrían a sus víctimas. De paso por su habitación,^c la veíamos hincada, musitando oraciones, fervorosa, cándida.

Una que otra tarde, grupos de tres, de cuatro, de cinco hombres armados pasaban hacia el pueblo. Eran los rezagados,

^c ...memizo y...

² ...reseco...

^{abc} ...huesos; nos...

³ ...con su noticia.

⁴ ...días, empezaron a...

^c ...habitación la...

los que se habían quedado requisando en el camino o los que habían guardado puestos avanzados. Algunos iban en son de agregados, sin otro título que el de simpatizadores. Pretendían todos coger su tajada de la res que el general Fello Macario desollaba⁵ en el pueblo.

Viendo esos grupos, cuando los contertulios de casa los columbraban en la fronda^{bc} de la Encrucijada, se pensaba que eran los primeros de los que acompañarían a Monsito Peña. Un ligero revuelo de pies y manos llenaba el almacén;⁶ algunas cabezas se asomaban vueltas hacia el este...

Pero Monsito Peña no venía. Un día, entre la media⁷ y la tarde, Mero llamó con señales e indicó hacia el oriente. Nos apresuramos todos en tirarnos afuera, y vimos.⁸ Un grupo de hombres que parecían enfilados venían seguidos por dos de a pie y uno de a caballo. Papá tenía las manos embolsilladas y apenas se movió para preguntar:

—¿Será Monsito?

—No,⁹ son presos —dijo Mero.

Nos quedamos allí para verlos pasar. Notamos que el jinete¹⁰ revoleaba un brazo, como enviándonos pruebas de amistad.

—Don Pepe —habló Mero entre dientes—,^c ¿aquel diache que saluda no^{11 a b} es el negro que taba¹² en Pedregal?

⁵ ...desollaba *a su antojo* en...

^{bc} ...*frontera*...

⁶ ...*almacén, algunas*...

⁷ ...entre *la tarde y la media*, Mero...

⁸ *y vimos: un*...

⁹ —*No, son*...

¹⁰ ...que *uno de los jinetes* revoleaba...

^c ...*dientes— aquel*...

¹¹ ...*dientes—, aquel diache que saluda, ¿no es*...

^a ...*dientes—, aquel diache que saluda ¿no es*...

^b ...*dientes—, aquel diache que saluda, ¿no es*...

¹² ...*estaba*...

Padre dijo que no con la cabeza; pero mamá intervino:

—El mismo —afirmó tranquila.

Los que venían delanteros se acusaban ya. Notamos que los traían amarrados en cuerda y que los hacían caminar de prisa. El jinete¹³ espoleó la cabalgadura, echándose sobre las piernas^{abc} la carabina. Al acercarse le veíamos la gran risa que le alboreaba bajo los ojos.

—¡Don Pepe! ¡Don Pepe! —empezó a gritar cuando estuvo a distancia de dejarse oír.

Padre^{bc} también levantó una mano y correspondió:

—¡Cómo está! ¡En qué anda!^{abc}

El negro clavó de nuevo, tiró¹⁴ la rienda justamente sobre nosotros, se desmontó, siempre sujetando la carabina y sonriendo, echó un brazo sobre el hombro de mi padre y saludó a mamá con el mayor respeto. Entonces se volvió para señalar a la fila.¹⁵

—Trayendo unos presitos —explicó.

Y a seguidas:

—Traigo mucha sed, doña; consígame un vaso de agua, que se lo voy a agradecer.

Con una mano agarraba el freno, con la otra el arma. No me explico cómo pudo acariciarme al pasar por mi lado.¹⁶ Desde que entró al almacén empezó a removerse.

—¡Concho, don Pepe! ¡Esa sí ha sido una brega larga! ¡Se me ta¹⁷ trozando la cintura!

¹³ El jinete *que saludó* espoleó...

^{abc} ...echándose *la carabina sobre las piernas*. Al...

^{bc} *Papá...*

^{abc} —¿Cómo está? ¿En qué anda?

¹⁴ ...tiró *de la...*

¹⁵ ...*la fila*:

¹⁶ ...por mi *lado*.

Desde que...

¹⁷ ...*Está...*

El mismo tomó una silla, amparado por la cara cordial de papá¹⁸ se destocó y se echó fresco con el sombrero.

—Bueno, don Pepe... Dimos un pleito por los lados de Barbero,^c que eso dio pena. ¡Concho!

Se puso en^{abc} pie y sacó la cabeza.

—Traigo cinco presos peligrosos —dijo poniendo ojos de misterio.

Mamá le traía el agua pedida. Corrió a recibirla, y bebiéndola nos miraba a todos. Tragó como una res, glugluteando de manera ruidosa.

—¡Ay doña! Esto se lo pagará Dios en el cielo.

Otra carrera hacia la puerta.

—Son peligrosos, don Pepe.

No daba tiempo a nadie para hacer preguntas ni para moverse; él solo llenaba el almacén de voces y de acciones.

—¿Y qué gente es ésa, amigo? —preguntó papá como sin querer.

—Jum... Unos diaches que andaban preparando un pronunciamiento.

Ya los presos estaban cerca, porque oíamos las recomendaciones de los guardianes.

—¡Párense, párense! —gritó el negro sacando una mano.

Papá se puso en^{abc} pie y se asomó al camino.

—¡Oh! Gritó altamente impresionado.^c

Se volvió al negro y lo cortó con una mirada veloz.

—¡Ahí van dos amigos míos! —exclamó¹⁹ señalando a los presos.

¹⁸ ...de *papá*, se destocó...

^c ...*Barbero que*...

^{abc} ...puso *de* pie...

^{abc} ...puso *de* pie...

^c Suprimido en las ediciones posteriores a la de 1974.

¹⁹ ...míos! —*clamó* señalando...

—¿Amigos?

El negro parecía muy extrañado. Los ojos de mamá saltaban del uno al otro. Mero abría la boca, pretendiendo hablar.

Papá se echó afuera, súbitamente, y corrió sobre la cuerda. El negro corrió tras él y le sujetó por un hombro. Nosotros nos acercábamos al grupo. Oímos algunas palabras que papá casi le secreteaba al negro.

—¡Cómo no, don Pepe; cómo no! —dijo él.

Inmediatamente se dirigió a los presos, ordenó no sé qué cosa a los guardianes, y él mismo encaminó la cuerda hacia la sombra del alero. Los prisioneros se inmovilizaron²⁰ de asombro. Padre^{abc} se tiró en los brazos de dos que iban al centro, medio ahogándose al decir:

—¡Cun! ¡Mente!

Imposibilitados de abrazarle, ellos se contentaron con recibirle en los pechos y gemir:

—¡Pepe! ¡Pepe!

Sueltos, libres por un rato, los dos amigos se estrujaban los brazos y se acomodaban en sus^c sillas. Padre^{abc} estaba sentado frente a los dos,²¹ y en un rincón el negro, mirándoles con creciente interés. Uno de ellos contaba:

—Cuando nos dejaste ahí mismo, en el Jagüey, cogimos el monte y salimos en Almacén. Pasó la revolución,

²⁰ ...inmovilizaban...

^{abc} Papá...

^c ...acomodaban *en sillas*.

^{abc} Papá...

²¹ ...los *dos* y en...

los compañeros hicieron unas compras de cacao y tabaco y volvieron por tren al pueblo...^c

Papá lo interrumpió...^{22 c}

—¿Por qué se quedaron ustedes?

—Teníamos que hacer negocio, Pepe —contestó el otro—, algo que nos diera siquiera los gastos del viaje...

Siguieron contando. Pasada la revuelta, en derrota la gente de Fello Macario hacia el Bonaó y las huestes de la revolución que asediaban por el lado del oeste, encontraron que podía darles buen resultado comprar armas y municiones de los revolucionarios que huían. Juntaron bastantes.

Padre^{abc} no podía contener la amargura que le rebosaba en^{abc} la cara.

—¿Y por qué compraron cosas tan peligrosas?

—Para llevarles comida a los hijos —fué la tranquila respuesta de uno.

La conversación degeneró. Apenas ocultaba papá su disgusto. Eran amigos, sus amigos. Ya había tratado de salvarlos, al principio de la revuelta, cuando ellos lo asustaron en el paso del Jagüey. Les brindó entonces su casa y no la aceptaron; les dio un hombre para que los sacara hasta el otro lado de las lomas, y torcieron el rumbo. Ahora iban presos, ¡presos!, sabe Dios hacia qué destino ingrato.

El negro se puso en^{abc} pie. El día corría más veloz de la cuenta.

—Trátelos con consideración, amigo —recomendó papá.

^c ...al pueblo.

²² ...interrumpió:

^c Suprimido en las ediciones posteriores a la de 1974.

^{abc} Papá...

^{abc} ...le rebosaba la cara.

^{abc} ...puso de pie.

Ellos protestaron:

—Nos han tratado bien, Pepe, dentro de lo posible.

Inmediatamente empezó el negro a alborotar de nuevo. Corrió a buscar el caballo, que trataba de mordisquear en el camino alguna pobre^{bc} grama; dio voces, ordenó, gritó. Mente y Cun retornaron a la fila. Se despidieron de mamá con aparente tristeza. Ella ni siquiera pudo hablar.

Amarrados de nuevo, y listos para partir, se le ocurrió a papá llamar al jefe otra vez.

—¿Cree usted que les pasará algo malo? —preguntó.

—¡Jum! Yo no sé, don Pepe, pero...

—¿Qué?

—Son gentes peligrosas.^c Se pueden salvar, si la Virgen hace un milagro.

—¿Cómo?

Papá trataba de esconder su interés.

—Como le digo, don Pepe.

Como si le hubiera desgajado un profundo dolor, padre se fué acercando a mamá,^{23c} lentamente, mientras los presos gritaban sus^{bc} adioses y el caballo del negro desmenuzaba el polvo del camino.

Había la cuerda desaparecido.²⁴ Con la voz estrecha de sufrimientos, papá comentaba:

^{bc} ...camino *alguna grama*; dio

^c —Son *gente peligrosa*.

²³ ...a mamá, *lentamente*, lentamente, mientras...

^c ...a *mamá lentamente*, lentamente, mientras...

^{bc} ...*gritaban adioses*...

²⁴ ...desaparecido, *comida por el recodo glotón*. Con...

—Los van a fusilar, Angela; me lo ha dicho él.

Repetía sin cesar esa frase, que de seguro le obsesionaba, y mi madre le contemplaba destemplada, llorosa.

—Tú eres amigo del general, Pepe; usa de tu amistad; habla con él.

Papá se detuvo en seco. Parecía que acababa de descubrir su razón de vivir.

—¡Eso es! —dijo entusiasmado de repente.

Comenzó a dar carreras.

—¡Mero! ¡Mero! ¡Tráeme cualquier mulo;^c el mejor, el que esté más cerca!

Mero cortó hacia los potreros, a toda pierna, y papá se metió en el cuarto, seguido por madre,^{abc} a vestirse, a alistarse. Hablaban y hablaban. Una esperanza súbita^{abc} embargaba a los dos.

Cuando estuvo vestido se encontró con el mulo ensillado. Era un animal de carga,^{abc} que le iba a dar mal viaje; pero él no lo sentiría. Al montar,^c la bestia se encabritó y reculó.

—¡Ah condenado! —gritó—. ^c ¡Bien se ve que no eres la Mañosa!

Mero se apresuró para sujetarle el freno. Papá casi voló sobre la silla. Le vimos alzar una mano; vimos el anca redonda del animal, fueiteada por el rabo veloz;^{abc} vimos el camino torcer...

***^{abc}

^c ...cualquier *mulo*: *el* mejor, *el*...

^{abc} ...por *mamá*, a...

^{abc} ...súbita *los* embargaba...

^{abc} ...de *carga* que le...

^c Al *montar* la bestia...

^c ...gritó— ¡*Bien*...

^{abc} ...rabo *veloz*, *vimos* el...

^{abc} Suprime la división del capítulo.

Pasó una hora y pasaron dos. Llegó a casa Carmita y dijo:
—Dizque diban con una cuerda de presos...

Llegó Dimas y dijo:

—Vi pasar una cuerda como de diez presos.

Llegó Simeón y dijo:

—Me cuentan que llevaban como veinte presos.

Se detuvo un rato un hombretón que vivía en Pino Arriba,^c
y dijo:

—Por ahí pasaron un montón de presos.

Mamá les fué contando a todos la historia de los prisioneros y explicó que se trataba de gente buena, unos amigos a quienes papá había encontrado a la vuelta del último viaje. Decía después que papá andaba por el pueblo, y que había ido a ver al general para pedirle la libertad de esos amigos.

Se corrió la voz por el campo y empezó a llegar gente que saludaba,^{abc} hablaba de mil sucesos... Todos buscaban que mamá les confirmara el cuento de que papá iba a pedir que no fusilaran a cincuenta enemigos que se habían pronunciado la noche antes.

Esperando nos sorprendió el atardecer, creció la noche, se cerró, se hizo pesada sobre el mundo. En el comedor de casa, hablando siempre de lo mismo, estaban los visitantes de todos los días. Nos vieron cenar y no se fueron. Sazonaba la noche, metiéndose por²⁵ las ventanas. Si oíamos pasos de monturas, nos acercábamos a la puerta. Mamá lamentaba.

—Pepe ha tardado mucho.

Dimas y el alcalde le decían que esperara.²⁶ Y observando sus consejos nos alborotó la llegada de papá. Nos juntamos

^c ...Pino Arriba y dijo:

^{abc} ...que *saludaba* y hablaba de...

²⁵ ...noche, *asomándose a* las ventanas.

²⁶ ...esperara, *que esperara*. Y...

todos en la puerta, malgastando gritos. El se tiró del mulo, lo abandonó, como si no le importara el animal, y sin decir palabra cogió las manos de mi madre, se las sujetó, se las acercó al pecho, las soltó de pronto y se metió en su cuarto, tirándonos encima el tremendo dolor que le había hinchado los ojos.

IX

Allí estábamos, en el comedor. En un rincón, la vieja Carmita se clavaba en la pared; a su lado, estrujándose las manos que parecían molestarle, callaba Mero; junto a la mesa, marcando las uñas en el mantel, Simeón; con los pies cruzados y con los brazos cruzados, frente a mí, Dimas; a mis lados, Pepito y mamá; bajo la ventana, en una mecedora destartada, rumiaba papá su tristeza.

Nadie hablaba. A ratos alguien se movía; entre el silencio crujían las medias toses de Dimas. La cara de mi padre se había vuelto ancha para el vuelo de la luz que, sobre mí,^{bc} se sostenía limpia y tranquila. Y dijo mi padre, mucho después, rompiendo aquel mutismo tenso y lóbrego:

—Simeón, esto será siempre igual, igual siempre.

El alcalde aprobó bajando la cabeza. Después corroboró:

—Igualito, don Pepe.

Entonces papá empezó a contar:

—Se me resistió el mulo en el camino...

Se le había resistido el animal. Llegó al pueblo casi dos horas más tarde de lo justo, y enderezó los pasos hacia el centro. Vio mucha gente, demasiada gente que se separaba, que

^{bc} ...luz que sobre mí se sostenía...

se disolvía. Al parecer¹ la multitud había estado reunida en algún sitio. Preguntó.

—Fusilando unos,^c que estaban.

¡Oh! ¡Y qué salto le dio el corazón en el pecho! Arreó el mulo y le^{bc} fué buscando el núcleo a los grupos. Todos parecían venir de los lados del cementerio. Hacia allá se encaminó. Efectivamente, un hacinamiento de hombres, mujeres y niños discutidores y de caras feroces, se desprendía de las cercanías. Siguió andando, medio confuso y medio asqueado. Alcanzó a ver un pelotón que abandonaba el lugar.² Papá veía gente, gente. Las casas y las calles le daban vueltas bajo las patas del mulo. Oía trozos de relatos y topaba más grupos. Desembocó en una placeta descuidada. Al fondo estaban las paredes del cementerio. Trató de acercarse a la puerta; pero allí había un abigarramiento difícil de hendir. Los curiosos indicaban un sitio haciendo comentarios. Al sitio miró él: era un paño de la pared; estaba manchado de sangre, salpicado.^{abc} Sintió horror, repulsa, mal sabor que le subía hasta la garganta. Toda la cabeza le ardía y le sonaba. Anduvo más. Cerca de la puerta vio un corro y en él^{bc} un oficial que pinchaba con el sable un bulto que yacía a sus pies. Padre^{abc} iba montado y por eso pudo ver. En viendo sintió vértigos y volvió la cabeza del animal. Una hoguera se le encendía en el pecho. Tenía ganas de tirarse, de arremeter contra el grupo, a tiros, a mordiscos; quería desgarrarles las carnes. ¡Aquella^{abc} gente estaba

¹ Al parecer, la...

^c ...unos que estaban.

^{bc} ...y les fue...

² ...lugar. ¡Cómo resaltaban los soldados sobre el sol verde que les quedaba atrás! Papá...

^{abc} ...de sangre. Sintió horror...

^{bc} ...él a un...

^{abc} Papá...

^{abc} ...carnes. Aquella...

contemplando cadáveres ensangrentados, que se amontonaban uno sobre otro, juntando los pies, las cabezas y los destrozados pechos en un manojó horripilante! ¡Y^{abc} entre los cadáveres³ asomaba la faz de Cun, contraída,⁴ rota!^{abc}

Padre^{abc} clavó desesperadamente las espuelas en el vientre de su mulo y como un loco cruzó calles, calles y calles^{abc} hasta llegar a un edificio bajo, custodiado por soldados. Se tiró y se lanzó a una puerta. Trataron de detenerle; pero él se desentendió del brazo que le cruzaba una carabina delante,^c y se metió impetuoso hasta el mismo escritorio del general. Fello Macario lo vio llegar y se puso en^{abc} pie. La habitación estaba llena de gente.

—¡General, general! —casi sollozó papá.

El general tenía el rostro grave⁵ y la voz destemplada. Le abrazó.

—¡Cuánto me alegro de verlo, Pepe!

¡Cómo! ¿Se alegraba? ¿Era capaz de estar alegre, mientras una orden suya abatía vidas, allí cerca, a cinco cuadras? ¿Era capaz de alegrarse?

—Usté lo estará general; pero yo no tengo motivos^{abc} para sentirme contento.

Fello Macario le ensuciaba los ojos con su mirada pesada.

—Venga por aquí, Pepe.

^{abc} ...manojó *horripilante*. Y entre...

³ ...cadáveres, *verde, lívida*, asomaba...

⁴ ...Cun, contraída, *torcida, rota!*.

^{abc} ...torcida, *rota*.

^{abc} *Papá...*

^{abc} ...cruzó *calles hasta* llegar...

^c ...carabina *delante* y se...

^{abc} ...se puso *de* pie.

⁵ ...rostro *amargo* y...

^{abc} ...*motivo*...

Siempre con el brazo echado sobre la espalda de papá, lo llevó a otra habitación. Se oían las conversaciones de los que quedaban atrás. Eran vividores, eso es: vividores. Quemaban incienso ahora; antes huían.

—Pero general... ¿Cómo ha fusilado usted a esa gente? ¿Por qué?

Macario se sujetó el bigote y miró al suelo. Levantó la cabeza.

—Era necesario —explicó.

—¿Necesario,^c general? ¿Es necesario matar?

—No, matar no, Pepe; pero hay que dar ejemplos.

¡Oh! ¿Y era aquel Fello Macario, el revolucionario noble, el de las generosidades que andaban de boca en boca?⁶ ¿Era él? ¿El? ¡Conque Fello Macario consideraba que había que dar ejemplos! A papá se le caía el mundo encima, se le derrumbaba el cielo sobre la cabeza.

—¿De qué ejemplos habla, amigo; de qué ejemplos?

—Esa gente iba a turbar la paz.

Papá quería reír, quería llorar.

—¿Paz?... No, general. Eran hombres serios que andaban buscando la comida de sus hijos.

—No Pepe; usted no comprende. Esta política...

—¡No se trata ahora de política! ¡Se trata de que antes eran hombres como usted y yo, con hijos a quienes querer, y con mujeres; se trata de que antes^c eran hombres y ahora no son nada, porque usted ordenó que los volvieran nada, nada...!

A padre^{abc} se le cargaban los ojos de lágrimas. El general soportaba cortésmente, esforzándose, si bien también tenía la voz alterada. Tomó a papá por la cintura, como a un niño

^c —¿Necesario general?

⁶ ...boca? *Cierto que se mostraba muy apenado, como desteñido. Pero ... ¿Era él?...*

^c ...de que eran hombres...

^{abc} A papá...

malcriado que se quiere mucho;⁷ lo fué llevando con disimulo hasta la puerta.

—Vuélvase por aquí, Pepe, cuando esté más calmado. ¡Si usted supiera lo que es esto, lo que se sufre en esta política!

—¡Qué política ni política! ¡Política es dirigir y defender, no asesinar! ¡Me dan asco usted y su política!⁸

Padre se vio en la acera sin saber cómo. Montó. Estaba atolondrado, borracho de indignación.

Todavía por las calles del pueblo había grupos que escuchaban palabras quemantes y comentaban el suceso.

Meciendo la cabeza,⁹ Dimas dijo:

—La gente es peor que las bestias...

En su rincón, Carmita pensaba en los hijos mientras se le apagaban los ojos. Mero veía a papá y a mi lado lloraba madre.

La noche maduraba sobre la tierra generosa del Pino. Papá me acariciaba la cabeza con una manaza de piedra. Se puso en^{abc} pie y poco a poco se acercó a la ventana. Trataba de alejarse de mamá, cuyas lágrimas caían¹⁰ rojas.

—Tengo el alma podrida, señores —roncó, como hablando con la noche.

Estaba de espaldas y procuraba penetrar el horizonte cerrado. Su voz parecía un quejido. Se volvió,^{abc} lentamente, y al rato, desalentado,¹¹ dijo:

⁷ ...mucho, y lo...

⁸ Esta réplica fue agregada en la edición de 1940.

⁹ ...la cabeza *como copa de palmera*, Dimas dijo:

^{abc} Se puso *de* pie...

¹⁰ ...lágrimas *rodaban* rojas.

^{abc} Se *volvió lentamente*, y...

¹¹ ...desalentado, *roto*, dijo:

—A mi mula le pude quitar las mañas;^c pero a los hombres nadie se las quita.

Dimas y Simeón aprobaban en silencio. En la ventana trapeaba la brisa.

Mamá seguía llorando.

FIN

^c ...las *mañas*, pero a...

APÉNDICE A

PRIMER MANUSCRITO (FRAGMENTO)

[1]* Papá volvió a casa a la hora de desayuno. Estaba en camisa, sin sombrero, y parecía más rojo que de costumbre. Los ojos de papá, azules, pequeños y como hinchados de fuerza, estaban ese día desorientados, como si no encontraran lugar adecuado en las órbitas.

—La Melada no está en el potrero, Angela —dijo.

Mamá, que nos servía leche, levantó la cabeza. La cara de madre es cuadrada, dura; hiere cuando mira. Ese día no terminó de servirnos: miró a papá, entre azorada y dudosa.

—¿Qué no está en el potrero? —preguntó.

El timbre de su voz, el fruncimiento de los labios, la palidez que le llenó la cara: todo me recordaba al abuelo.

Entonces papá se sujetó los pantalones, por delante; trató de alzarlos más, y sin decir palabra cruzó la habitación y se dirigió hacia la otra, la que daba al camino.

Madre volvió a servirnos leche. Sobre el mantel blanco caía un rayo de sol y yo veía esa franja blanca llena de polvillos y pajas. Mi hermano mayor alzó la azul mirada hacia la hendidura que dejaba entrar al sol. Mamá se movía, junto a la mesa, como quien ronda alrededor de un silencio.

—Yo no creo que la hayan robado —dijo al rato.

Y mi hermano, como si creyera que yo no había comprendido, explicó:

—Juan, se robaron la Melá.

Madre le clavó los negros e hirientes ojos.

—¿Cómo se dice? —inquirió.

—La Melada —corrigió mi hermano mientras desmenuzaba un pedazo de plátano.

* Los números entre [] no figuran en el original. Ellos servirán al lector para ubicar los episodios (N. del E.).

Mamá se fue a la cocina y nosotros nos quedamos callados, como si por el rayo de sol se estuviera descolgando, despacito, un silencio.

[2] A eso de las once volvió papá. Le vimos venir, por el camino enmohecido, todavía en camisa y sin sombrero. De lejos adivinábamos la tristeza gateándole por el rostro. Padre es rojo, con alta frente, nariz bien hecha y gruesa. Su boca parece fina, porque tiene en los labios el mismo color de toda la cara, pero en verdad es gruesa. Entonces usaba bigotes rubios, pero el tabaco les daba un color de pino viejo.

Ciertamente, venía triste. Los ojos parecían más oscuros. A mí me dolía mucho verle así, como si todas las facciones se le hubieran alargado. Pero papá es tan variable en sus expresiones, que cualquier pensamiento se le lee en el rostro. Y a veces, por cualquiera nimiedad, salta de la tristeza a la ira, o de la ira al contento.

Ese día, por ejemplo, nos abrazó a Pepito y a mí. No decía palabra, pero nosotros adivinábamos su dolor, porque la Melada era en su corazón algo más que una propiedad: todas las lomas del Cibao vieron pasar a mi padre, de día y de noche, con sol o bajo el agua, en días de revoluciones o de paz, gallardeando su gracia de buen ginete sobre los lomos cortos y duros de la Melada. Era chiquita la mula, pero tenía tanto nervio, y caminaba tan bien, con sus cuatro patas finas e inquietas, que papá no hubiera consentido deshacerse de ella. Sobre la Melada llegó papá a la Frontera a vender andullos, y fue a La Capital con recuas de frijoles y volvió al Cibao cargado de telas. Las patas de la mula dibujaron sobre la tierra adolorida el mapa de nuestro pasable vivir. Y padre se veía ahora sin ella, sin la ayuda generosa de aquel animal que se crió en casa y que estrenó con su lomo lustroso y medio arqueado, el primer anhelo de ginete de cada hijo, hasta el de aquel que se llamó Paquito, muerto cuando empezaba a sentir en su corazón las raíces de los primeros amores por las cosas y la tierra.

¿Cómo no había de sufrir padre? Tenía las duras manos descolgadas, y dijo, cuando mamá le interrogó con los ojos, con una voz ancha de dolor:

—No aparece.

Mamá volvió a endurecer el rostro.

—Vete donde Simeón, Pepito —ordenó—. Díle que venga.

Yo me fui con él. Ibamos de prisa, empolvándonos los pies en aquel camino que parecía mohoso.

[3] Papá volvió a sus viajes, pero con el Grande como montura. El Grande también era querido entre nosotros. Sin embargo, vivíamos,

nerviosos cuando salía, aguijoneados por las exclamaciones de madre, porque el Grande era un mulo demasiado mañoso: se resistía, saltaba cercas, coceaba y mordía. Como era tan fuerte, tan alto, no había valla capaz de resistir sus torcidos instintos. Y ese era el animal que sustituía, vergonzosamente, a la dócil y nerviosa Melada.

Simeón venía, cada dos o tres días, con noticias desalentadoras: no encontraba huella. Era el alcalde, y también tenía la cara roja, como padre. Llevaba siempre un viejo machete “encabao” en la cintura, y usaba zapatos de los que tiraba papá.

A cada retorno de papá salíamos mi hermano y yo al camino, en la encrucijada de El Pino, un poco más allá del arroyo. Preguntábamos por la mula, esperanzados. Y papá nos sonreía, nos alzaba desde el suelo, encorvando un poco su recio torso, y nos llevaba como enracimados sobre el Grande, hasta la casa. Mamá tenía ya muchas canas y nosotros veíamos su cabeza gris en el vano de la puerta, moviendo el brazo, saludando de lejos a quien había de saludar de cerca casi inmediatamente.

Y cada vez, la primera pregunta se refería a la Mula. Ya habíamos perdido la esperanza, y comenzábamos a suplirla con la Blanca, que nos llevaba al río, a Pepito y a mí, cada mañana. Era buena y parecía comprender que debía cuidar de aquellos niños rubios, tan pequeñitos y tan inquietos, que casi no pesaban sobre su lomo.

Pero un día...

[4] Llovía. Llovía sobre la casa, sobre el camino, sobre el arroyo, sobre los montes. Era una lluvia pesada, ronca, que llenaba de voces la vieja casa de madera. Se oían, muy lejanos, los mugidos de los toros. Las gallinas se ovillaban bajo el piso.

Mamá se levantó y cruzó el patio, tapándose la cabeza con un viejo saco de papá. Fue a juntar candela para el café. A poco volvió, corriendo siempre, con los zapatos enlodados. Parecía muy nerviosa. Empezó a contar no sé qué cosa de sueños. Hablaba con fuerza, pretendiendo ahogar con su voz el sordo ronquido de la lluvia.

Pepito vino corriendo a la puerta del camino, donde yo contemplaba los dibujitos que cada gota de agua hacía en la blanda tierra.

—Mamá soñó anoche que un hombre le dijo donde taba la Melá —explicó.

Entonces papá tronó, desde su habitación:

—¿Cómo?

—...estaba la Melada —corrigió Pepito en voz alta.

Y volvió a encogerse en un torpe silencio, como hacía siempre que le llamaban la atención. Se sentó a mi lado, puso su barbilla en mi

hombro, y se entretuvo en ver las gotas de lluvia, alzándose rotas cuando tropezaban con la tierra.

En medio de aquel recio aguacero, y cuando nos estaba mamá llamando para ir a desayunar, vimos acercarse un hombre. Se nos plantó frente a frente, en la puerta. Estaba empapado, y la lluvia le había endu-recido el recio fuerte-azul de los pantalones. Traía con él un perro negro, con manchas blancas, que temblaba de frío. El hombre estaba descalzo y parecía venir de lejos. Su cara era basta, oscura, pero se le adivinaba una enfermedad en el descoloramiento de los labios.

Se quiso descubrir, porque a través del sombrero de cana le goteaba la lluvia en los hombros, pero no lo hizo, sino que se llevó la mano a la boca, de respaldo, como para limpiarla, y preguntó:

—¿Aquí e que vive don Pepe?

Mi hermano dijo que sí, con la cabeza, y el hombre agregó:

—Yo quieo verlo.

Y quiso entrar. Yo esquivé el roce del perro, que se sacudió fácilmente el agua, porque me imponían los ojos saltones, enrojecidos y tranquilos del animal.

Entonces volví la cara asustado, mientras el hombre miraba asombrado hacia adentro: mamá llamaba con gritos, nerviosa:

—¡Pepe! ¡Pepe!

Papá salió apresuradamente. Entre las sombras de su habitación se le vio, como leve mancha blanca y roja, corretar de un lado a otro.

Preguntó a golpes que pasaba; estaba más rojo que siempre, como le sucedía cuando se impresionaba.

Mamá, sujetándole con agarrotada mano el hombro, señalaba con el índice derecho hacia el hombre que ocupaba la puerta, sólido, abismado por la escena.

—¡Ese es, ese es! —gritaba mamá, con voz atropellada.

Papá también señaló al hombre, como si no entendiera.

—¿Ese? —preguntó.

El desconocido se señaló el pecho, me miró; miró a mi padre y a mi madre; abría la boca... Estaba inseguro, como miga de pan mojada.

Preguntó, al rato:

—¿Uté e don Pepe?

Pero lo hacía con una voz de susto, temblona.

—Sí, yo —dijo papá.

Avanzó sobre el hombre. El perro tenía la mirada gacha. Su dueño ojeó el camino y se agarró a la puerta. Pero entonces papá sonrió, bajo sus rubios bigotes y mamá se acercó lentamente, con las manos en la cintura y los ojos suspensos de atención. El hombre pareció serenarse. Se quitó el sombrero, con la zurda, mientras sujetaba con la otra el cordel que traía el perro al pescuezo. Sacudió, fuertemente, el sombrero, hasta que ya no saltó agua...

—Yo quería desirle una cosa... —empezó.

En las brillantes pupilas azules de papá se conocía el deseo de saltar sobre el desconocido, de arrancarle, con los dedos engarfiados, las palabras de la boca: esperaba.

—Entre —invitó.

Madre trajo una silla del comedor. Era serrana, tejida de palma. Pepito se adivinaba en la esquina del mostradorcito.

—¿Qué se le ofrecía? —preguntó papá, con la voz más dulce de que era capaz.

El hombre entretenía la sustancial:

—Una cosa... poro... poro yo quisiea que uté...

Y miraba el perro, que se había echado, con aquella mirada gacha, a su vera.

—¡Diga lo que sea, hombre de Dios! —estalló padre.

Pero su intranquilidad no conmovía aquella blandura de pan mojado. En la basta y oscura cara no había solidez.

—Yo quisiea que uté me guardara el secreto —dijo al fin.

Papá se acercó. También tomó asiento, frente al hombre. Había inclinado el cuerpo, con la cabeza adelantada, y a cada inspiración se le levantaba el rubio bigote.

—E sobre su mula —explicó el desconocido.

Papá alzó entonces los ojos hacia mamá. Se miraron. Fue un instante, pero en él se hizo cuerpo y vida la esperanza.

Padre quiso hablar, y tan sólo movió la cabeza. Afuera seguía cayendo el agua sobre el camino, sobre los montes, sobre el arroyo; sus mil dedos ociosos tamborileaban en el techo de zinc.

—Ta pa allá —y señaló el Este.

Papá se le acercó más.

—¿Dónde?

—No me progunte má —cortó el hombre.

Y al cabo de rato añadió:

—Búsquela en la salía del sol, ante'j e llegar al tercer río grande.

Y como viera que padre quería más datos, se adelantó, poniéndose en pie:

—No progunte má; no me comprometa.

El perro parecía estar bien allí. Padre se levantó y hurgó en el cajón del mostradorcito.

—Muchas gracias, amigo —dijo.

Le ponía la mano en el hombro mojado, cubierto con burda camisa de algodón. Al rato añadió:

—Tenga.

Y yo vi unas monedas pasar a la dura diestra del desconocido.

El hombre estaba cerca de la puerta.

—Espere el café, amigo —observó papá.

Y mamá se perdió en la sombra del comedor, con Pepito prendido como un alfiler de su falda.

[5] ¿Por qué había de esperarse otro día, por qué? Llovía, cierto. Pero más allá de esa lluvia, y aun dentro de ella, como sembrada en su corazón, estaba el deseo. Simeón no pudo negarse, porque padre le regalaba los zapatos viejos, de los que estaba tan orgulloso. Vino bien montado, en un caballo rucio bajito. Trajo hasta pellón.

Papá me colocó entre sus piernas, cubierto con un pedazo de yagua verde, para que la lluvia no me hiciera daño. Los animales empezaron a amasar el lodo del camino. Al volver la cara vi a Pepito estrujándose los ojos, que estarían enrojecidos de tanto llorar. Pero no me guardó rencor el hermanito porque él no fuera: me dijo adiós, removiendo su bracito blanco, sujeto siempre a la falda de mamá, que se alisaba con una mano los grises cabellos, mientras nos despedía con la otra.

Debíamos pesarle poco al mulo Grande, porque la alegría nos hacía livianos. Un poco delante, se bamboleaba bajo la lluvia la mancha negra del paraguas de Simeón.

[6] Se oía mugir ya el tercer río grande. Era el Yuna, que bajaba hinchado por las lluvias. Aquí parecía no haber diluviado como en casa, porque se adivinaba tras las lomas de la derecha el sol de la tarde; pero la tierra conservaba la huella honda de las monturas que pasaron cuatro o cinco días antes.

A la vista del río¹ se detuvo el Grande. No quiso andar más. Había echado raíces en la negra tierra de Bonaó. Y en ese mismo instante, cuando creí que iba a perder la paciencia por la testarudez del animal, me clavó papá sus dedos en el bracito derecho, e inclinándose sobre el camino, con una voz plena de emoción, en la que vibraban todos los tonos, cantó, más que dijo:

—¡Esta es la huella de mi mula, Simeón; ésta es su huella!

Y cuando volví el rostro para enterarme, vi temblar en los ojos de padre una lágrima pequeñita, transparente, como de vidrio. ¡Una lágrima en los ojos que se alzaron agresivos frente a todos los obstáculos!

Y he aquí que, como si temblara la tierra, empezamos a sentirnos inseguros sobre el Grande, que se sacudía nervioso y enseñaba los dientes al bohío que estaba escondido entre el guayabal, a nuestra izquierda.

¹ *Entonces se detuvo...*

No esperó más. El instinto le llevó, golpeándonos las piernas entre los arbustos. Entonces surgió, limpio y grato, de atrás del bohío, el rinlino alegre de la mula Melada.

Simeón se detuvo en la puerta. Nosotros seguimos. Bajo una enramada, junto a la cocina, estaba el animal. Era ella. Era ella. Sólo que la culebrilla le había abierto la carne, entre el pescuezo y el lomo, y las moscas ronroneaban sobre la llaga.

Yo no recuerdo bien aquello. Pero tengo así, confusamente, la idea de un hombre que corría entre los guayabales, sin hacer caso de la voz de Simeón. Y me parece también como que padre estaba abrazado a la cabeza de la mula. Y de que la besaba en los ojos.

[7] Volvimos esa misma noche. Caminábamos despacio, para que Melada no se lastimara. Recuerdo que padre y Simeón entraron en una pulpería. Yo les veía, desde la puerta, a contra luz. Eran como dos sombras que se movían y hablaban. La lámpara se reflejaba en los dientes de papá, bajo el bigote rubio. Creo que después tuvieron en alto una botella, pegada a las bocas. No sé bien; pero me asombró aquello, porque padre nunca ha bebido.

El dueño de la pulpería, un señor grueso, trigueño, me dio un paquete grande, lleno de coconetes y hojaldres. Me parece que aparté unos cuantos para Pepito y mamá. Lo que si sé con seguridad es que, ya montados, pretendía seguir fielmente el compás de las pisadas del mulo Grande con la quijada, mientras masticaba dulce.

Desperté cuando ya la puerta estaba abierta y me ahogaba entre los brazos de mamá. Y cuando pasé por la habitación de padre vi parpadear la insegura luz de una vela negra frente a [la] imagen desteñida de San Antonio de Padua, ante la que tantas veces habíamos rezado para que nos devolviera la mulita perdida.

Fui despertándome poco a poco, jalonando el levantamiento de los párpados con los cantos de los gallos. La madrugadita se metía por debajo del alero, azul y fresca.

Pepito tardó un poco en desenredarse el sueño. Y cuando abrió los ojos, los embarró en mi cara, como si no se explicara aquello.

—¡Oh! —dijo— ¿Volvieron?

Yo tenía un cansancio duro entre los muslos.

—Sí, anoche —expliqué.

—¿Y la Melá? —preguntó.

Pero no me dio el placer de historiarle nuestro viaje: se lanzó del catre, desnudito, tan blanco como un cascarón de huevo, y corrió tropeizando con las sillas.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba.

Yo estaba sentado en el catre, con las sábanas suya y mía amontonadas en las piernas, y le veía hacerse gris, oscuro, negro, hasta desaparecer su imagen vaga² entre las sombras de la habitación paterna.

Después se hizo todo confusión, porque mamá empezó a agriar la madrugada con sus regaños, y Pepito correteaba de un lado a otro, mientras los gallos escandalizaban en el patio.

Yo me tiré también del catre. Me fui al cuarto de papá, andando trabajosamente porque me dolían las piernas; pero no pude explicar a mi hermano que le había traído coconetes y hojaldres, porque padre le tenía en la cama y jugaba con él haciéndole cosquillas. Se llenaba la habitación con las risas nerviosas y sazonadas de Pepito. Allá, por la cocina, mamá protestaba no sé de qué cosa.

[8] No tuvimos que ir al potrero de los mulos, aquel tan lejano, que estaba sobre la loma y estaba siempre húmedo, como cabeza recién mojada: la Melada se había quedado pegado a la casa³, en el primer “vaso”, junto al naranjal.

Tomamos café en la cocina. Recuerdo bien aquel refugio de nuestra niñez, tan pequeñita, tan limpia, hecha de tablas de palmas, con un dorado techo de yaguas. Un cajón de madera, largo y bajito, lleno de tierra, servía de fogón. Estaba montado en cuatro patas, y tanto ellas como la madera que sujetaba la tierra se mantenían blancas, con esa blancura pálida y grata de la tabla lavada. Encima tenía una gruesa capa de ceniza bien pisada y en medio había tres hornillas de barro horneado, sobre las que se colocaban las negras pailas. En un rincón colgaba la ristra de ajos; en otro estaba la leña, rojiza, abundante, olorosa. En el lienzo que daba al este colocaba mamá las jigüeras, tan limpias como la madera del fogón; y en el rincón del Noroeste, el que estaba cerca de la puerta y quedaba siempre a su derecha, había una barbacoa alta, con latas de sal, de azúcar; con paquetes de orégano, de cilantro, de cebollas, platos, vasos y cucharas⁴. Allí ponía ella el arroz, envuelto, y las gallinas subían a picotearle. Dos bancos largos, amarillentos, y tres sillas serranas viejas, acojían las tertulias de los anocheceres friolentos, en los que mamá se complacía brindando su celebrado café a los vecinos que venían a charlar sobre la lluvia, o sobre la revolución, o sobre el precio de los productos. Allí me contó el viejo Dimas las primeras historias de fantasmas que ablandaron

² ...ambigua...

³ ...la casa, como quien dice, en el...

⁴ ...de cebollas. Allí...

mis oídos y mi corazón. Allí, cuando llovía, nos entreteníamos Pepito y yo haciendo dibujitos sobre la ceniza del fogón, con astillitas de cuaba, las astillitas que madre sacaba cada mañana, trabajosamente, de un corto y grueso pedazo de pino. Y allí nos pescaba ella, cada vez que en su competir con nuestra agilidad, a la amenaza de una pela, volvíamos confiados después de haberle huido por entre los alambres.⁵

Allí nos quedamos aquella mañanita, como en casi todas: de cuclillas en el fogón, tras las hornillas, viendo crecer la inquieta llamita roja que se hacía negra en el envase donde el agua esperaba calor.

Juntitos, sin que necesitáramos levantar la voz, le fui haciendo la historia del viaje, y recuerdo como reían sus azules ojos⁶ cuando le expliqué que el ladrón había huido por los guayabales, acosado por la impotencia de don Simeón, el celoso alcalde.

Mamá iba y venía, regañando entre dientes, y tenía un pálido color gris en la cara. Se movía perezosamente, tirando del paño que le cubría la cabeza, friolenta.

Padre estaba allí, en el banco, hablando también. Oíamos su voz aguda y enredada. Le explicaba a mamá lo mismo que yo a Pepito. Estaba rojo, como la llamita, y los ojos se parecían al trocito de cielo que veíamos a través de la puerta, montado sobre el zinc de la casa.

[9] Papá nos llevó al primer “vaso”. Ya el sol esponjaba el paisaje. Yo vi la Mula antes que Pepito, porque padre me llevaba en brazos, temeroso de que la tierra húmeda me mordiera en el pecho con uno de aquellos catarros que tan mal me ponían.

Iba detrás de nosotros otro hombre. No le recuerdo bien; ni siquiera podría decir si llegó a la cocina estando nosotros⁷ o si llegó después. Algo relacionado con él hay en mi mente, pero todo eso está muy borroso. Me parece que en su casa engordaban puercos de papá, y que Pepito y yo íbamos a veces; nos encaramábamos en las pocilgas a tirarles maíz, y a los tres días sentíamos comezón en los pies, por entre los dedos. Mamá regañaba entonces, diciendo que nos iba a romper la cabeza, que nos ahogaría; decía otras cosas peores. Y todo porque una cocinera que tuvimos cierta vez, delgada, larga, de carne reseca como persona que no vive en su cuerpo,⁸ le dijo que las niguas pasmaban.

⁵ Y allí nos pescaba ella, cada vez que *imposibilitada de competir* con nuestra agilidad, volvíamos confiados después de haberle huido por entre los alambres *a la amenaza de una pela*.

⁶ ...ojitos...

⁷ ...estando *nosotros*, y si...

⁸ ...persona *que vive en sus ojos*, le...

Aquel⁹ hombre, si no me equivoco, se llamaba Mero. Nada más lo recuerdo como una cosa alta, ancha, increíblemente fuerte y lenta. Cuando quiero precisar su cara la veo tan solo como una mancha de leva color azul, con sombrero de fieltro negro. Sin embargo no olvido los ojos de Mero: eran tan tranquilos; daban tal impresión de vastedad, así, negros y de brillo parecido al de los machetes nuevos, que mi recuerdo se ahoga¹⁰ en ellos, lentamente, como quien se va hundiendo en el agua oscura y espesa de un pantano viejo.

Pues bien: Mero acompañaba a papá en sus viajes, y yo recuerdo su rostro como una mancha azul porque le veía nada más cuando salía con él, de madrugada, o cuando volvía, casi siempre de noche. Pero Mero vino ese día. Yo asomaba la cabeza por el hombre de padre. Observaba las arrugas que la brisa hacía en su blanca camisa. Detrás venía Mero, tan sólido, tan ancho. Recuerdo que su machete se mecía al compás de su paso.

Pepito saltó la tranca, sin perder tiempo en quitar los maderos. Alcanzó a ver las puntas de las orejas de Melada y salió corriendo. Se hundió en la yerba, que parecía amarilla de tan nueva.

Cuando papá me dejó en¹¹ el suelo, doblando el cuerpo para pasarme al otro lado, corrí también. Y vi a Pepito sujetando con ambas manos una pata de la mula, rozando su carita blanca contra la piel bermeja del animal. Había tanta ternura en su mirada,¹² tanto amor en su gesto de impotencia, que tuve ganas de llorar. Cuando Mero llegó puso un dedo en el lomo de la Melada y ésta empezó a temblar y a volver hacia nosotros sus húmedos y mansos ojos. Movía el rabo, espantando las moscas que revoloteaban alrededor de su llaga. Mero dijo:

—Por poco la matan, don Pepe.

Y papá arrugó los labios, que el sol de la mañana hacia brillantes.¹³

[10] Padre volvió a cargarme, después de estar largo rato fumando, sin decir palabra. A veces movía la cabeza de un lado a otro, como quien se resiste a creer lo que ve. Después se acercó a la mula, palmoteo en sus ancas, con suavidad, y me tomó en brazos. Recuerdo que la colilla humeó un poco entre la yerba.

En casa estuvo papá trajinando, buscando cal y creolina. Mero salió con ellas, a curar la Melada. La sombra suya no era tan larga como su

⁹ *Pues bien, aquel* hombre, si...

¹⁰ ...se va *abogando* en...

¹¹ ...me *dejó* el suelo...

¹² ...ternura *en sus ojos*, tanto...

¹³ ...brillosos.

cuerpo cuando volvió. Un maravilloso sol de oro se derretía entre los naranjos, don[de] jugábamos Pepito y yo cuando le vimos venir. Pasó de largo, sin mirarnos siquiera. Pero pareció que la mula se curaría, porque a la hora de comida estaba papá alegre. Tal vez fuera, también, la brisa retonzona que se metía por la puerta y se enredaba entre los cabellos rubios de Pepito; quizá por la grata impresión que producía el blanco mantel; tal vez porque ese día hizo mamá “cocido”, ese dorado plato que tanto le recordaba su tierra.

De sobremesa se habló del hombre oscuro que trajo la noticia que hizo posible el encuentro de la Melada. A mí me agradaba mucho aquello que conjeturaba mamá, no sé bien qué cosa de si el hombre era San Antonio de Padua o un Angel bueno. Pero papá sonreía de un modo falso, y al fin acabó diciendo que no dijera tonterías de esa naturaleza cerca de nosotros. Mamá terminó por volverse dura otra vez. Apretaba los labios y palidecía. Corrigió en alta voz a Pepito porque tenía la cara embarrada con salsa de carne. Papá dijo, también, que eso era incorrecto. Pero Pepito era muy desvergonzado cuando se trataba de comida, y siguió prendido de un gran hueso, igual que un perrillo hambriento, a quien no le molesta que llueva o haga sol. Sol; eso es. Como aquel de oro que embarraba todo el patio y se metía por la ventana para dormir en el piso, como los pobres.

[11] Volvimos muchas veces a ver la mula. Se notaba, día a día, como iba subiéndole la carne sana, desde lo hondo de su cuerpo. Ya no era tan fácil verle las costillas; y no tenía aquella mirada tímida tan humana que trajo del Bonaó.

Mero cruzaba, a veces, por el patio, callado siempre, camino del potrero. Parecía que nada, aparte de la Melada, le interesaba en casa. Solo cuando retornaba se detenía un poco en la puerta de campo, a decirle cosas a papá que solo ellos oían. Padre movía la cabeza afirmando, entraba a la habitación que daba al camino, buscaba entre los paquetes y le regalaba algún cigarro. Otras veces se hurgaba los bolsillos, y cuando eso sucedía se notaba claramente que el paso de Mero, cuando se iba, era más ligero, como si pesara menos que un momento antes.

Una tarde, por fin, vino Mero acompañado del potrero: traía a la mula al extremo de una soga. El animal traía un trotecito alegre, y la piel le relucía bajo el sol paternal. Movía la cola sin cesar, y alzaba la fina cabeza.

—¡Pepito! ¡Pepito! —grité— ¡La Melada está aquí!

Mi hermano apareció por la ventana, todo apresurado, y antes de que mamá lo impidiera, se tiró por ella al patio. Padre no dijo nada porque estaba en ese momento acariciando el vientre del animal.

Mamá comentó:

—Pero si ya está buena, Pepe.

Y papá se acercó más, para observar el lugar donde había estado la llaqa. Tenía todavía la piel delicada, y no lucía pelos, sino una mancha negruzca, moteada de pintas pálidas. Cuando padre le puso el dedo índice, ahí, la Melada se movió nerviosamente, y hasta pareció no estar dispuesta a aceptar inspecciones de esa naturaleza. Entonces papá se apartó, se rozó ambas manos, y sonrió. Mero también sonreía y aparentemente estaba pendiente de los ojos de padre.

—Bueno —dijo—. Yo la llevo pa'l río, don Pepe.

Papá acojió con calor la idea. Se estuvo buen rato plantado, como es su costumbre, con pié delante del otro, las manos embosilladas y la cabeza alta. La vimos irse con paso ligero, moviendo a derecha e izquierda las brillantes ancas. Iba sobre el sol, que alumbraba derritiendo oro.

Padre se volvió a nosotros. Y sonreía. Sonreía...

[12] La Melada hará su primer viaje. Papá ha estado una semana preparando la carga, que es de andullos toda. Saldrán mañana al amanecer.

Ella está brillante. Le recortaron la crin, y los pelos de las orejas. Mero estuvo revisándole los cascos, ayer tarde; la llevó al río y la peinó, con esa raqueta de hierro que trajo papá en su último viaje.

Mamá me prometió sacar la luna del baúl mañana. Porque sucede que madre es quien la guarda, cuando no sale. Muchas veces he ido a rogarle para [*que*] nos la enseñara, porque me agradan mucho las noches, cuando ella las alumbra, porque parecen mas altas, tanto que no se las ve fín. Pero si son negras, como cuando llueve, por ejemplo, me asusto pensando que se caerá sobre la casa, mientras dormimos, y nos aplastará, sin compasión alguna, con igual crueldad que un hombre malo. Entonces me arropo todo, de pies a cabeza, y respiro bajito. Así no la veré venir, ni tendré esa locura de pesadilla que me figuro me agarrotará cuando empiecen a crugir los maderos que sujetan del zinc, estallando en roturas bajo el peso cada vez mayor de la gruesa noche.

El baúl donde mamá guarda la luna es viejo, forrado de papel rojizo, con líneas negras a los lados. Descansa allí, y los ratones le comen un pedazo, cuando se está mucho escondida. Por eso sale con pedazos menos, porque la luna es sabrosa como el queso de bola, y los asquerosos ratoncitos le clavan los dientecillos, tan blancos y tan finos, hasta dejarla en una orilla.

Pepito me dijo muchas veces que no fuera tan tonto. Recuerdo como se acaloraba, tratando de desenredar las palabras. Movía los brazos y los ojos.

—¡Eres un bruto! —terminaba diciendo.

Porque yo no podía creer que madre mintiera. Todas aquellas cosas que ella [*me*] contaba; esas historias lentas y oscuras de hechos sucedidos en el cielo, o de muchachos que se habían vuelto piedra por malcriados: todo cabía en mi mente. Y me parece que debía abrir mucho los ojos, para que entrara por ellos el asombro de esas novedades. Posiblemente dejé de creerle cuando me convencí de que las uñas cortadas no crecían, según me aseguraba, en arbolitos que daban monedas en vez de frutos. Estuve mucho tiempo haciendo el experimento. Pero ella me decía que no siempre se reproducen todas las semillas.

Mamá abusaba mucho de mi credulidad. Ahora me duele. Me duele muy levemente, claro. Y otras veces pienso que sin esos engaños no hubiera habido, tal vez, un solo instante de felicidad en mi vida. Porque la esperanza de ser como los héroes de sus historias; o la de ver crecer el arbolito de las uñas; o la de descubrir un rayo de luna escapándose a través de una hendidura del baúl, me iban haciendo crecer, con el desengaño, una pasión desbordada de nuevos horizontes. Mi almita de niño era entonces una cosa que se ampliaba día a día, como la onda del estanque golpeado es mayor cuanto más se acerca a la orilla.

¿Por qué había madre de decirme, por ejemplo, que si lograba pisar la cabeza de mi sombra, en la mañanita o al atardecer, me volvería inmediatamente un príncipe y saldrían de la tierra golpeada con mi pie un millón de enanillos con capuchas rojas y cascabeles en la ropa que harían cuanto yo les ordenase? ¿No sentía dolor de machacar así mi inocencia cuando me veía, junto a la casa o en el camino, saltar hasta cansarme, tratando de dar con el talón sobre la cabeza de mi sombra, que saltaba también conmigo y era, a esa hora, sólo una débil mancha azul sobre el oro del sol y del polvo? ¿Nunca pensó mamá que todavía hoy, ya hombre, había de esperar encontrar encerrada un día, en cualquier viejo baúl, la luna?

¡Y bien tonto que era! Pepito nunca creyó. El se reía, y apretaba los labios contra los dientes. Pero mi hermano fue siempre malicioso, o mejor: incrédulo. De ahí que, aun sabiendo que no lo necesita, se aferra a la vida con uñas y dientes: no cree estar seguro. Yo, en cambio, sigo buscando el resplandor lunar en el baúl desvencijado de un pecho humano.

[13] De madrugada nos despertaron las voces de Mongo y de papá.¹⁴ La cocina ardía con la luz gruesa de la cuaba. Hasta el comedor llegaba el rojo resplandor de la candela.

¹⁴ ...*Mongo, de papá y de otros.*

Hacía frío, un frío tímido y retozón. Pepito y yo quisimos salir al patio, pero mamá gritó algo¹⁵ de catarros y enfermedades. Abrimos la ventana, subidos en sillas e hicimos de ella balcón sobre la madrugada.

Allá arriba, en el este, la luna atravesaba velozmente una inmensa nube morada. Madre la había soltado esa noche, según¹⁶ prometió. Estaba amarilla, color de auyama,¹⁷ y era grande, casi como una torta de casabe.

Los mulos se movían en el patio. Eran solo montones de sombras azules y luces verdes. Veíamos la luna bañando todo el potrero vecino, con blandura.

Papá gritaba mucho. El mismo cargaba los serones de andullos, ayudado por Mongo. Pero todo era allí confuso. Hasta las voces de papá. Solo una cosa había determinada, brillante y viva: el lomo de la Melada, que estaba ensillada ya, y amarrada al portón.

Pepito hablaba bajito y reía. Recuerdo bien cómo se le enredaba un pedacito de luna en los cabellos, erizados y rubios. Los ojos eran como sombras oscuras, esa noche; y no tenía el vivo rosado de siempre, sino que era pálida su color. Le gustaba mucho el café y repetía constantemente:

—¿Cuándo terminará mamá?

El patio hedía a estiércol. El mulo Grande pretendió morder a la Blanca, y papá gritó más alto, mientras le sujetaba por el barbuquejo. Después padre vino, cruzando el patio, hacia la ventana. Nos enseñaba los dientes, pequeñitos y amarillos. Sujetó mi mejilla, con la mano izquierda. Recuerdo bien que la tenía húmeda. Salió luego hacia la cocina. Entonces Pepito se tiró de la silla y corrió. Mamá quiso regañarle, pero se metió también en la cocina y padre le puso en las piernas.

[14] En la cocina, acucillado sobre el fogón, volvieron a ser rojas las mejillas de Pepito. También los ojos parecían enrojecer.

Papá estaba de pie, abrazado a madre, y ésta regañaba porque padre no le dejaba colar el café. Papá parecía muy contento. No tenía saco, todavía; pero usaba polainas, aquellas¹⁸ viejas y descoloridas que yo veía siempre en un rincón de su habitación.

Coló al fin mamá el café. Era negro y oloroso. Pepito bebió en una taza grande. Mamá comentó que le gustaba demasiado y eso le haría daño. Pero mi hermano se gustó, como si no la oyera, y pidió más.

¹⁵ ...gritó *no sé qué cosa* de catarros...

¹⁶ ...*como*...

¹⁷ ...*amarilla, como las auyamas*, y...

¹⁸ ...*unas*...

Seguía papá sonriendo. Salió un momento a la puerta y conversó con Mongo. Después dijo a madre:

—Me voy, Ángela.

Me cargó, apretándome calurosamente contra su pecho generoso, y entró conmigo en el viejo comedor, tras la luz roja de la lámpara que madre llevaba.¹⁹

Fue luego a su habitación. Salió con un saco negro y con sombrero de fieltro. Se había puesto el revólver. Brillaban los cascarnes de las balas, como si la luz los rascara. Entonces se inclinó, abrazó a Pepito y le besó en la mejilla. A mí no. A mí me tuvo pegado a su cara, largo rato; y yo sentía cómo las lágrimas me subían, como un calor, desde el pecho.

Se incorporó después, besó a mamá, que parecía una mancha gris entre la pintura roja de la lámpara, y salió.

Nos fuimos a la ventana, para verle montar. Lo hizo de un salto, con elegancia; removi6 una mano, volviéndonos el frente, y clavó a la mula. Llevaba en alto, entre sus dedos diestros, la rienda.

Nosotros salimos también al patio. Mongo se meció sobre el mulo Grande. Era sólo una sombra oscura con reflejos claros. Gritó:

—Mulooo...

E hizo restallar el fueite, que resonó en la casa como un tiro.

A la orilla del camino, agarrados de la falda maternal, vimos la recua alejarse al trotecito. Era como si la noche se fuera con ellos.

Padre se adivinaba como algo inseguro, mecido por el buen paso de Melada. Todavía nos decía adiós. Pero en la encrucijada había árboles que llenaba de sombras el camino. Y la encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá,²⁰ para robárselo a nuestro cariño.

[15] Nuestra casa estaba a la derecha, pegada al camino, cuando se hace el viaje de La Vega a la Capital. Era grande, de madera, techada de zinc, y el sol le había dado ese color de zuela tostada que tenía.

Antes de llegar a ella había que cruzar el Yaquecillo, y poco más adelante, el Jagüey. El Jagüey era misterioso, porque se perdía en la arena dorada de su cauce, para reaparecer mucho más lejos, en la vuelta que daba por nuestros potreros. El Yaquecillo es hoy una charca, poblada de cañas lozanas, en la que se crían mosquitos y sanguijuelas.

El lado norte de la casa daba al camino. Tenía ese frente cuatro puertas anchas y altas, pero las dos que estaban más cerca del Yaquecillo no se

¹⁹ ...y entró conmigo, *tras la luz roja de la lámpara que madre llevaba, en el viejo comedor.*

²⁰ ...*papá, como para robárselo...*

abrían nunca. En la pared que recibía el primer sol había tan solo una puerta y una ventana; la puerta correspondía a la habitación esquinera que servía de almacén y pulpería, en la cual había siempre, medio hundidos en la penumbra, serones de andullos, sacos de frijoles, cargas de maíz, y un pequeño mostrador pegado a la puerta que daba al este. La ventana correspondía al comedor, que estaba justamente detrás del almacén-pulpería; y el sol tibio que se metía por la ventana, antes de la tarde, se echaba a dormir sobre la mesa, como un muchacho mal educado.

El lado Sur era más complejo: Había allí, casi pegada a la esquina sureste, una puerta desde la cual salía una calzadita de piedras hecha por papá que conducía a la cocina, humilde ranchito de yaguas, livianito y dorado, que tiraba su sombra, por la mañana, sobre el patio. Más allá de la puerta, y correspondiendo también al comedor, había una ventana abierta al azul del cielo. Las otras dos puertas que seguían enfilándose en esa misma pared, así como otra alta ventana, eran las salidas al patio de las habitaciones, paterna la primera, y de Pepito y mía la segunda. De manera que nuestra habitación estaba en el rincón, con vistas por puerta y ventana, al sur, y por una claraboya de persianas, al Oeste.

En²¹ este último lado no había más que esa claraboya, porque daba al Yaquecillo, que ya por esa época empezaba a arrastrarse penosamente por entre lodo y yerbajos.

El color quemado de la casa era problemático y engorroso: el frente del camino parecía tostado, pero nada más tostado; el del Sur era pálido, manchado de verde. Y era que en él se restregaba la lluvia larga de los inviernos.

Nuestro patio estaba encerrado entre una palizada de alambres de púas, que empezaba en la esquina noroeste, y se cortaba a los dos metros para dejar subir el cuadro del portón. Consistía éste en dos espeques gruesos y cuadrados de guayacán, puestos a cerca de tres metros uno de otro. Encima tenían un techito de zinc gracioso por lo pequeño, que parecía techo de casa de muñecas. Después del segundo espeque seguía el alambre de púas, para doblar en ángulo recto a los veinte pasos y enfilarse hasta tropezar con el primer "vaso", la parte de potrero que cercaba el patio por el sur y la cual guardaba papá para echar los animales enfermos, porque le era más fácil curarlos ahí que hacer corretear los peones por la inmensa alfombra verde que se extendía hasta los cerros que cortaban el cielo hacia el Sur.

El patio, en la parte este, como era camino obligado del portón al potrero, estaba dorado de menudo polvo, huérfano de grama; pero la

²¹ *Del lado Oes...*

yerba se amontonaba en la caseta de desperdicios, que estaba pegada al potrero. En el ángulo suroeste había un naranjal oscuro, de árboles nervudos y pequeños, con las cortezas blanqueadas de hongos. En esas cortezas grabamos cien veces Pepito y yo nuestros nombres y las letras que papá nos enseñaba en las primeras noches llovidas.

Nuestra casa parecía, pues, una eminencia mohosa, con meseta de plata, porque el zinc brillaba a todos los soles.

No había caminante, de este a oeste o de oeste a este, que no se detuviera un segundo a saludarnos, o que, si era desconocido, no hiciera más lento el paso de su montura al cruzar por el trocito de camino que se echaba, como perro sato, frente a la casa.

Desde esa puerta que daba al camino, junto a la cual fue pasando nuestra historia en cada uno, veíamos el tupido monte que orillaba al Yaquencillo: pomares, palmas reales, guayabales, algarrobos. A la izquierda se hacía alta y sólida la tierra en las lomas de la Cortadera y Pedregal. A la derecha, siempre pegado al camino como potranca a yegua, se iba haciendo pequeño el monte, pequeño, cada vez más, hasta arremolinarse en la fronda que cubría la primera curva.

En esa fronda se ahogaba papá cuando se iba; y a esa fronda, que llamábamos la Encrucijada porque entre ella cruzaba el camino de Jagüey Adentro, íbamos a esperarle cuando pensábamos que ya era tiempo de volver. Pero si la lluvia roncaba sobre el Pino, como la vez que la Melada reanudó sus viajes, teníamos que conformarnos con esperar a la puerta. Sucedió a menudo que papá llegaba de noche. Cuando esto sucedía, nos tirábamos nerviosamente de nuestro catre y correteábamos como locos entre las sombras rojas de la casa, dando gritos de contento y buscado con nuestros bracitos inexpertos el torso recio y caluroso de papá.

[16] A fines de Octubre la lluvia era una cosa perenne sobre la tierra. Todos los horizontes se gastaban en el gris de la lluvia. Ya cada gota se me antojaba un cordón largo desde el cielo hasta el techo, o hasta el camino.

Una gallina había sacado, pero los pollitos se le fueron muriendo poco a poco, quizá de frío. De manera que para Pepito y para mí, la única entretenición posible fue, durante largos días, corretear por entre la casa y jugar a escondidas tras los sacos de maíz y las cargas de frijoles.

Mamá parecía haberse vaciado de espinas. Se había endulzado un poco; rezaba a menudo y los pómulos le hacían esquinas en la cara.

[17] No venía papá. La espera se alargaba más de lo soportable. Pepito y yo estábamos condenados a no ir hasta la Encrucijada, porque yo era

débil y propenso a los resfriados. Mi hermano encontró, entre el baúl de trapos viejos, un raído saco de padre, en el que había hecho Agosto los ratones, y se pasaba los días enfundados en él. Hedía a cucarachas de un modo insufrible. No podía resistirle. La primera noche intentó dormir con la prenda; pero yo protesté tan vivamente, grité y amenacé tanto, que mamá vino en mi ayuda y se puso de mi lado. Pepito dijo que era envidia. Nunca me volverá a doler una palabra como me dolió esa: lloré hasta muy entrada la noche. Y todavía en la mañana, cuando mi hermano me sonreía sin comprender el alcance de su insulto, me herían sus risas como espinas de moriviví.

[18] Mamá no ha perdido la ocasión de la ausencia paterna, para hacernos rezar. Cuando padre está aquí no puede hacerlo, porque él se opone, a veces con burlas, a veces con pleitos. Sin embargo, me gusta rezar. Encuentro un placer especial²² en estar de rodillas, las manos juntas sobre el pecho, conversando con Dios. Una gran bondad me invadía, y sentía el cuerpo livianito, como dispuesto a volar.

Orábamos en la habitación de mamá, que en el primer nudo negro de la noche se llenaba de sombras. Se veían éstas colgando de los rincones, pegadas al techo. En el ángulo sureste había una tablilla y sobre ella una desteñida imagen de San Antonio de Padua, calvo y humilde, con el rostro envuelto en inexpresable dulzura, la cabeza ladeada y un rollizo niño entre los brazos.

San Antonio, según mamá, hacía incontados milagros. Ella le encendía una hedionda vela de cera negra enfrente, y aquella lengua roja de luz, que se gastaba en humo espeso, llenaba de resplandores rosados los más lejanos trozos de pared. El mismo Santo parecía enrojecer, y la llamita le lamía la calva, con enfermizo placer. A menudo me sorprendía a mí mismo alejado de la oración, de los santos, de la tierra: me emborrachaba levemente aquella lucecita temblorosa, que daba tumbos a cada empujón del viento húmedo y rendijero; que parecía quemar las rosadas mejillas de Pepito y encendía infiernos en los ojos oscuros de mamá.

A veces, si no llovía, era tal el silencio que se iba envolviendo alrededor de la vela, que oíamos claramente las cuentas del rosario golpeando entre los recios dedos de mamá. Ella abría los labios y los juntaba, tan de prisa que no podíamos seguir el movimiento; pero ni un murmullo salía de entre ellos: era la oración dicha con el corazón, en la que los

²² Itálicas de Juan Bosch.

labios intervenían tan sólo por costumbre en la modulación de la palabra, aunque ésta no se oyera.

Al terminar ensayábamos un suspiro. Pepito y yo nos limpiábamos las rodillas, endurecidas ya, y mamá se estrujaba con la mano diestra la cenizosa cara, mientras sujetaba el rosario con la otra, sobre la falda. Entonces empezaba ella, con voz susurrante, alguna vieja historia, que sus labios heredaron del abuelo.

Salíamos después de la habitación, para registrar las puertas, los rincones oscuros y debajo de las camas y catres. Hablábamos un poco de papá; deducíamos dónde estaría, ella refiriéndose a todo el camino, yo desde el Bonaio hasta el Pino, que era el único conocido por mí, y Pepito de Jima a casa. Después nos acostábamos. Y hasta los primeros plomos del sueño nos perseguía aquella sensación de liviandad y de silencio que nos iba arrojando desde la vela negra y hedionda.



[19] Cuando padre no estaba en casa, algo le limaba a mamá aquellos filos cortantes que tenía en la cara y en los ojos. Se hacía dulce, amable, silenciosa. Irradiaba un suave calor, en la mesa, en la cocina; en todos aquellos sitios que la conocían arisca y agresiva. Le gustaba echar maíz a las gallinas, de mañanita, y hacer historias agradables.

Por los días del último viaje de papá, se mantenía arrebujada en una frazada gris, medio deshilachada y fuera de uso, porque la lluvia sembraba el frío en la tierra y al amanecer venía el viento cargado de agua, empujado desde los cerros azules que levantaban nuestro potrero.

Las mujeres del lugar venían más a menudo, lentas, tímidas. Se metían en la cocina y allí hablaban de cosas vagas.

Pepito y yo teníamos las cortas horas de sol entre nuestros pies, ágiles y blancos, que el lodo hacía pardos o negros. Correteábamos por el camino, nos íbamos a Jagüey, apedreábamos los nidos.

Un día, a la hora de comida, mamá nos dijo que no debíamos salir de la casa o del patio. Por la mañana había estado bastante jente en casa, entrando y saliendo. Dejaban caer unas palabras espesas e inaudibles. Comentaban algo entre lentitudes y gestos importantes. Todo aquello lo veíamos Pepito y yo, pero cada uno hacía un esfuerzo para no oír y no mencionar palabra.

En la ventana que daba al comedor se dormía el gris amarillento de un día sin sol. Los ruidos parecían chocar con la espesura del día. Entonces mamá dijo:

—Y Pepe tan lejos...

Pepito me miró. Alumbraba en sus ojos la comprensión y la impaciencia. Tenía una inteligencia rápida.

—¿La revolución, mamá? —preguntó alargando el pescuezo.

Mamá comentó:

—Ya están matándose otra vez.

Y un silencio embarazoso se dejó caer, como muerto, sobre la blanca y sencilla mesa.

[20] En la noche fue Dimas a casa. Las cosas que hablaba tenían una fuerza rotunda. Era un hombre bajito, ancho de hombros y cabeza. Las piernas, cortas y gruesas, parecían clavarse en la tierra como espeques. Apenas podía mover los brazos, que eran como ramas sólidas. En las manos se notaba el ardiente contacto del sol tropical, y eran tan nudosas y tan fuertes, que sólo la idea de verme sujeto entre ellas me asustaba.

Dimas tenía una frente ancha y chata. Bajo las tupidas cejas ardían los ojos sinceros, negros y agresivos. En la nariz bailaba su roja danza la luz de gas. Era una nariz que parecía de madera, o de barro: llena de asperezas, y como desparramada por toda la cara. La piel oscura y tostada de ésta parecía carcomida por la blanca barba, que le cubría el rostro desde las orejas hasta el pescuezo.

Se sentó en una desvencijada silla criolla, escupió a un lado, extrajo el cachimbo y lo fue llenando lentamente de negro tabaco. Después me llamó, con su vozarrón infernal, y me dijo que le buscara “lumbre”.

No se había destocado todavía, y tenía el cachimbo encendido ya cuando entró mamá. Entonces se incorporó, estrujó entre su manaza oscura el sombrero de cana, y saludó. Dijo:

—Dio la bendiga, doña.

Y agregó mirándonos:

—Y a lo muchacho.

Mamá señaló la silla y le invitó:

—Siéntese, Dimas.

Entonces Dimas recojió los pantalones, por las rodillas, puso los pies descalzos en los travesaños de la silla, descolgó, por la pierna derecha, el brazo de ese lado y con el codo del zurdo en la otra rodilla, sujetó el cachimbo que parecía un pequeñito manantial por el que fluía sangre a ratos.

—Doña, La Vega ta en candela —dijo.

Estábamos en la habitación que daba al camino, larga y llena de rumores. Por la puerta veíamos el chorro de luz pegado al barro y la sombra negra del monte enfrente.

Un vientecillo fresco hacía remolinos junto a la lámpara, y detrás de Dimas se amontonaban los serones envueltos en sombras.

Mamá estaba sentada bajo la luz, con la cara entre la mano derecha. Estaba vestida de blanco, y yo veía el brillo de la luz en su cabeza gris. Pepito y yo habíamos tomado asiento junto a la puerta, acurrucados en nosotros mismos, silenciosos y asustados.

Dimas estaba en medio de la habitación. Entre él y mamá había no menos de diez pasos. A la izquierda de ésta estaba el maderamen del mostradorcito, con las tablas brillantes y como aceitadas.

[21] —La Vega ta prendía en candela, doña —había dicho Dimas.

Tornó Pepito a mirarme, con sus ojos azules y vivos. Tenía la rosada carita entre ambas manos.

Dimas nos reacojía entre sus ojos como a basuritas. Y sobre mamá llovía una tristeza tan larga, que le borraba la cara, y hasta toda la figura.

Entonces Dimas se levantó, sujetó la silla y la levantó como si no fuera una cosa extraña a su brazo. Se acercaba despacio, como quien no desea hacer ruido.

—Eto no son má que bagabundería, doña —masticó.

Mamá hablaba como quien duda:

—Pero no será una cosa seria, Dimas —dijo.

—¿Seria?

En todo el cuerpo del viejo vibraba una rabia inexplicable.

—¡Me reclutaron lo muchacho, que taban en el pueblo con una recua!

Se había puesto de pie, y parecía grande, inmensamente grande. Abría los brazos como en un ruego magnífico, y levantaba los agresivos ojos hacia la luz, que se escondió en ellos.

—¡Me reclutaron lo muchacho, doña! —repitió.

Yo conocía los hijos de Dimas. Para recordarlos distintamente me basta hacer memoria de una tumba.

Frente a la Encrucijada había un grupo espeso y joven de robles. Ponían blanca de flores la tierra que recibía sus sombras a medio día. Aquel haz fue debilitado por las hachas, una vez que papá contrató su madera en la ciudad. Pepito y yo fuimos a ver la tumba.

Dimas estaba sentado en un tronco caído, acariciándose la barba, y conversaba con papá, que le escuchaba de pie, las manos a la cintura, al tiempo de observar cómo trabajaban los muchachos. Eran dos, blancos, delgados y sudorosos. Apenas estaban vestidos, y el sol se restregaba contra sus torsos.

La luz caía entre los árboles y se rompía en las gotas de agua que temblaban sobre cada hoja. De pronto los muchachos empezaron un canto monótono y doloroso.

Pepito y yo estábamos bajo un viejo y alto caimito. Veíamos desde allí saltar las astillas de madera y romperse contra los músculos de los hachadores. La madera blanca, que parecía blanca y húmeda, iba cediendo poco a poco.

Cuando caía uno de aquellos troncos esbeltos, arrojados por las hojas de claro color verde, arrastraba entre sus ramas las flores de los que aun quedaban en pie, como si quisiera llevarse un trozo de la vida que le dejaban a sus hermanos. Por el hueco que dejaba el caído entraba el sol a chorros y se asomaba el cielo claro.

Los muchachos cantaban. Papá dijo:

—Son trabajadores.

Y Dimas comentó, mientras vaciaba en su mano zurda la ceniza del cachimbo:

—Yo no crío jaragane, don Pepe.

[22] En mi me[m]oria, pues, están aquellos hijos de Dimas resplandecientes de luz y sudor, desnudos de cintura arriba, jóvenes, delgados, ágiles y apelonados de músculos.

El padre decía:

—¡Me lo reclutaron, doña!

Con una voz ronca de emoción, como si estuviera al estallar en gritos. Y yo no podía creer que anduvieran por caminos recién hechos, de noche, la carabina al hombro, tal vez ensangrentados.

Sí. Faltaba poco para que Dimas llorara. Era imposible imaginar aquel hombre fuerte, sincero y agresivo, retorciéndose en un dolor tan vasto, tan hondo.

Miraba a mamá y nos miraba a nosotros. Enfrente estaba la luz pegada al barro. Oíamos claramente el viento entre los naranjos del patio.

—Cálmese, Dimas —dijo mamá.

El hombre se sentó. Parecía un ovillo. Pepito me clavó los ojos, como alfileres.

Dimas empezó a hablar con calma, como si no hubiera dicho lo de antes:

—¿Uté sabe, doña?. Yo soy bolo, mi mujer e bola, ello son bolo...

Mamá se apresuró:

—Pero eso pasa, Dimas; eso pasa.

El hombre volvió a incorporarse. Su voz llenaba la habitación, como un chorro de pedradas. Golpeaban contra el zinc las palabras. Se movía incesantemente. Los ojos parecían dos incendios.

—¡A mí no me importa que lo maten! ¡No me importa!

—Pero si no los matarán... —explicó mamá, moviendo una mano.

—¡Por lo reclutaron lo rabuse, doña!

Ahora ya era imposible calmarlo. Comprendíamos: había venido de su casa expresamente a desahogarse en la nuestra. Por todo el camino venía trenzando estas palabras y esta rabia. No escupía ahora sus palabras por otra cosa. Pero en el bohío hubiera mortificado a su mujer. Sí. Había venido rumiando su inconformidad por todo el camino. Y de seguro maldijo al Yaquecillo, cuando lo cruzó.

Mamá se movió en la silla, adelantó el cuerpo. Parecía interesada verdaderamente en la suerte de los muchachos.

—Récele a San Antonio, para que se los devuelva.

Se acusaba bien su figura, sobre todo porque la luz le pegaba del otro lado, y Pepito y yo veíamos claramente sus contornos.

Dimas callaba y la miraba. Aprobaba con la cabeza, pero se apretaba las manos.

Al hablar no contestó las palabras de madre, sino que siguió descolgándose por su dolor.

—Vea, doña. Permita Dio que no lo malogren, porque yo toavía tengo brío.

Y como si no fuera necesario agregar otra palabra, se puso en pie, cruzó la habitación y se arrimó a la puerta.

Estaba cerca de mí, y yo sentía su olor de tierra, de sudor, de esterilla de mulo.

—Va a llover —explicó de pronto.

Efectivamente: por las rendijas se colaba el viento que trae agua.

—¿Y don Pepe? —preguntó de improviso, volviendo el rostro.

Mamá se levantó y caminó hacia la puerta también.

—No sabemos. Estoy mortificada —explicó.

Sacó la cabeza y miró hacia el Este, como quien espera. Las sombras de madre y Dimas ensuciaban el cuadro de luz que alumbraba el camino.

SEGUNDA PARTE

Revolución

[1] La vieja Carmita estuvo en casa. Llegó muy de mañana, trajeada con larga bata de prusiana morada. No traía paño en la cabeza y su cabellera gris y brillante resplandecía al sol.

La vieja Carmita vivía en Jagüey Adentro. Era alta, delgada, de cara larga y huesuda. Nunca alzó la voz; nunca dejaron de ser sus ojos luces tranquilas y perennes en medio de aquel rostro fino y oscuro como hoja seca.

Saludó en voz baja, desde el portal: entró moviéndose gentil y suavemente. Ya en la puerta de la cocina, apoyó un brazo en el marco y clavó el otro en su cintura.

—Doña —dijo dirigiéndose a mamá.

Pero no quiso seguir hablando, como si temiera desatar aquella tristeza que le hacía nudos en los pómulos.

Después se acercó a mí.

—Dio te guarde, jijio —murmuró.

Mamá la observaba, la acechaba, mejor. Aquella mirada llena de perspicacia que tenía madre, no se enredaba entre palabras ni entre simulaciones.

—¿Ha sucedido algo en su casa, Carmita? —preguntó.

—No; naíta —dejó oír.

Pero rato largo después, cuando habían parecido vidriarse sus ojos y cuando nos habíamos acostumbrado a no esperar sus palabras, dijo:

—Lo muchacho que cojieron el monte.

Mamá no pudo reprimir un movimiento de la cara. Estaba lavando el arroz y se quedó inmóvil, como si se le hubiera roto un resorte por dentro.

Miraba fijamente a la vieja, que se entretenía en desortijar mis cabellos.

—¿Dice Ud. que cojieron el monte? —tanteó mamá.

La mujer movió la cabeza de arriba abajo.

No podíamos precisar qué sentía. Parecía estar alegre, si bien seguía ostentando aquellos nudos de tristeza en los pómulos.

—La mala compañía —explicó de pronto—. Se jueron cuatro o cinco.

—¿Y qué pretenden hacer? —objetó madre.

—Bueno, doña, yo creo que son bolo. Yo, en siendo por don Juan...

La mujer entonces detuvo la voz, como si le molestara hablar de tal cosa. Dejó quietos mis cabellos y tomó asiento en el banco. Empezó a tachonarse la falda, con los dedos, marcándolos con las uñas.

—Doña...

Había alzado la cabeza e irradiaba serenidad. El humo lento de la leña se iba haciendo estrecho junto a cada hendija.

—Lo tiempo son feo —explicó—. Ya yo perdí uno, que andaba con Demetrio pa lo lao'j e Macorí.

—¡Pero eso es muy doloroso, Carmita! —atajó mamá—. Ni siquiera sabe uno donde llevarle una flor...

—Pior e que salgan ladrone o pendejo, doña —objetó ella.

Cuando hubo callado, me acerqué a la puerta. Verdaderamente, en aquella mañana tan clara y tan alta cabía toda palabra de resignación.



[2] Anduve buscando a Pepito, por las barrancas de Yaquencillo. El arroyo se arrastraba entre cieno y los mosquitos zumbaban sobre el agua muerta. Sobre mí se mecían los cogollos de las palmeras y entre ellos se derretía el sol.

Mi voz sonaba de un modo raro. Yo sabía que Pepito debía estar cerca; pero no contestaba. Entonces, saltando piedras, mojándome unas veces y rabiando otras por las picadas de los jejenes, tomé la dirección del agua escasa y anduve por el cauce inútil.

Al principio me interesaba la zanja que contenía al precario arroyo por suponer en ella a mi hermano; después por sí misma. Hacia el sur distinguí los cuernos de una res que había bajado a satisfacer en el Yaquecillo su sed. Poco antes de llegar al camino, que lo cruzaba sin saltarlo y sin perderse en él, sino solamente reblandeciéndose un poco, me detuve para ver dos ciguas que saltaban, píaban y revoloteaban casi junto a mí, entre las escasas ramas de un pomo.

Me tiré de espaldas, en un recodo de arenillas pardas, hasta donde llegaba el tibio sol. Un poco más hacia el norte empezaban a nacer cañas bravas. El Yaquecillo se ahogaba entre la yerba. Aquí, donde yo estaba, podía ver las bayitas partiendo el agua escasa como oscuras y diminutas flechas.

El sol era llama brava sobre la tierra cuando desperté. Todo parecía, ante mis ojos adormecidos, cosa recién chamuscada. La voz de Pepito seguía persiguiéndome con llamadas desesperadas. Me incorporé. De la arenilla parda se levantaba un calor insufrible. No lograba explicarme cómo pude dormir allí.

Mamá me dijo que tenía la cara llena de picadas. también las piernas parecían agujereadas.

Cuatro días después, al anochecer, un fuego cruel empezó a calcinarme las entrañas. Me dolían la espalda y las articulaciones.

[3] Simeón estuvo a verme, una mañana, y dijo que había que darme té de cuaba. Lamentó no poder enviar al pueblo en busca de medicinas.

Estaba sentado junto a mi cabecera y no se cansaba de acariciarse el áspero y rojo bigote. Tenía el sombrero negro en las rodillas.

Mamá se sentó a mis pies, en el mismo catre. Tenía una color pálida y enfermiza.

Simeón estuvo hablando de varias cosas. Dijo que yo podía levantarme, cuando no me sintiera con fiebre, porque no me darían a diario. Agregó que debía comer bastante, sobre todo si tenía ganas.

Mi habitación se ahogaba en sombras. Sólo por la ventana que daba al patio entraba alguna luz, muy poca porque mamá no quería abrirla.

Cuando Simeón hubo acabado de hablar de mí, apretó los labios y empezó a golpearse las rodillas. Entonces mamá se adelantó a las palabras del alcalde preguntando:

—¿Es verdad eso, compadre?

Simeón dudó entre hablar o callar. Ojeó, receloso, y se rascó la barba. —Me mandan a buscar de la Gobernación; pero lo que soy yo no voy... —dijo.

Y mamá, que conoce esta gente y sabe cómo debe hablarle, apoyó:

—Es lo mejor, Simeón. Nadie sabe para qué lo llaman.

Entonces el alcalde enrojeció y permitió que le brillaran los ojos.

—Yo conoco esta cosa, doña —aseguró.

Hasta entonces no se había movido. Pero tenía deseos de decir algo importante porque adelantó el cuerpo, doblándose sobre las rodillas, y volvió a ojear la habitación.

—Oiga —susurró—; naiden para eto, doña.

Movió un brazo, señalando hacia el Este, como si estuviera viendo a través de las paredes.

—To eso, dende el Bonao p'acá, ta prendió —dijo—. Nasarito se alsó con toa su gente y Tentico Luna asaltó el Cotuy anoche —explicó.

—¿El Cotuy? —preguntó mamá llena de sobresaltos.

—Sí —atajó él—; poro no se apure por don Pepe. To el mundo lo conoce.

Mamá se quedó pensativa. Le llameaban los ojos y con una mano, maquinalmente, me acariciaba la pierna.

Simeón miraba hacia la ventana, como quien rumia un pensamiento importante.

[4] Esa misma noche llegó papá. Sentimos el tropel de mulos, cuyos pasos se hicieron rápidos al sentir la cercanía del potrero. Poco antes de llegar restalló Mongo el fueite, repetidas veces. Sonaron como tiros, bajo la hilacha de luna que forcejeaba entre nubes.

Papá fue a mi cuarto inmediatamente. Sonr[e]ía a toda cara. La luz parecía, en sus pómulos, una menudita mano roja.

Estaba todo lleno de lodo y dijo que sentía cansancio. Salió inmediatamente, cargando a Pepito, para vigilar la descarga. Oí después su voz potente dando órdenes en la habitación contigua.

Yo seguía paso a paso la faena. Por el ruido de los estribos comprendí que ya habían desensillado a La Melada. Mucho rato después, Mongo arreó a los animales. En la cocina roncaba la voz de mamá.

Papá volvió a mi cuarto. Para él era una cosa incomprendible aquello de que yo sufriera fiebres. Estaba hasta molesto.

Pepito vino corriendo a sentarse en sus piernas. Parloteó incansablemente, y tiraba de los bigotes de papá. Preguntó después qué le había traído. Entonces papá llamó a voces:

—¡Angela, Angela!

Mamá asomó por la puerta. Me parecía morada, lejana, desteñida.

—En el pellón hay unas cosas para ti y los niños —dijo padre.

Ella no contestó. Me pareció sí que había mujido, como becerro; pero es intraducible ese sonido conque mamá quería explicar que estaba bien. A seguidas se movió, hacia nosotros. Parecía andar sin su voluntad. Tomó asiento en mi catre.

—¿Es cierto que está fea la cosa, Pepe? —preguntó.

Papá sujetaba a Pepito entre sus piernas, con las manos entrelazadas sobre el vientre del hijo.

—He llegado aquí milagrosamente —explicó papá mirando fijamente a mi madre.

Yo traté de incorporarme. En eso, un golpe de viento hizo tambalear la luz como si hubiera estado borracha.

Mamá no se desprendía de los azules ojos de padre. Tampoco yo. Veía a papá quemado, oscuro como madera al sol. Un silencio pegajoso rodaba por la habitación. Y lo rompió a golpes una voz que llamaba desde el comedor:

—¡Saludo! ¡Saludo!

Mamá salió. La oímos dar las buenas noches. Reconocimos después la voz del viejo Dimas.

Padre se iba a levantar cuando el recién llegado asomó en la puerta. Parecía muy contento de que papá hubiera vuelto. Pero antes de hablar nada que le interesase, empezó a preguntar cómo estaba el camino, si había mucho lodo, si padre vino por Bonao o por el Cotuy. Iba enredando su pensamiento, o su deseo, entre un montón de palabras que caían de sus labios con un sonido seco de voces muertas. Y padre, malicioso, lo dejaba hacer. Tampoco papá se traicionaba. Había aprendido del campo una cosa: que la mejor tierra no se ve porque la cubre la maleza.

[5] Por la puerta, como quien no quiere las cosas, asomó mamá un trozo de cara para preguntar:

—¿Esa otra cosa que está en el pellón es tuya, Pepe?

—Sí —contestó él.

Y siguió acariciando a Pepito mientras clavaba la mirada en Dimas.

Yo tenía unas ganas locas de saber qué era aquella “cosa”. Pero hasta mi niñez estaba saturada de campo. también yo comprendía que no se debe hablar de lo que más interesa. Fue padre, quien, tras de desenredar algún pensamiento oscuro, llamó a mamá para pedirle “aquello”. Yo vi a mamá asomarse otra vez a la puerta, con los ojos cargados de malicia; pero él insistió:

—Traélo.

Y no hubo más remedio.

Cuando madre retornó, ya papá se había desabrochado el saco y despojado del revólver. Se lo mostró a Dimas, que lo tomó en silencio, y lo sopesó con su burda mano.

—Ese era el de Dosilién —explicó padre.

—¿El de Dosilién? —preguntó Dimas asombrado.

Entonces papá comenzó a explicar cómo se había hecho de aquella arma. El revolucionario haitiano estuvo en casa, cierta vez que necesitaba pasar por la frontera un contrabando de armas. Eso sucedió en Cabo Haitiano. Yo no recordaba a Dosilién, pero había oído bastantes leyendas acerca del feroz caudillo negro.

Mamá llegó con un bulto negro. Papá lo tomó. fue desenvolviendo la tela y dejó en descubierto un revólver oscuro, grande, que tenía reflejos indecisos a la luz de gas.

—Me ha costado cincuenta pesos —explicó a Dimas.

E inmediatamente lo puso en las manos del visitante, que se encontró así con dos armas.

—Ese es de campana —dijo padre señalando el revólver oscuro.

Pero Dimas no hablaba. Parecía que tenía un pensamiento clavado entre los ojos. Cojió al fin el de Dosilién por el cañón y lo devolvió a mi padre; pero acarició entonces con ambas manos el oscuro, como si se tratara de una cosa viva, que podía sentir la terneza de sus bastos dedos.

—Uno asina quisiea yo —dijo de pronto, alzando la mirada.

Papá sonrió. Alargó el brazo para tomar su arma, mas el viejo pareció no comprender aquel movimiento, y acercó más el objeto a su pecho. Metió el ojo derecho por el cañón, tentó la empuñadura, que parecía de cachos negros, y empezó entonces a mover los seguros, para desgoznarlo.

—Uno asina necesito yo —lamentó más que dijo.

No sonrió padre esa vez, sino que volvió a extender el brazo. Dimas le devolvió el arma entonces y metió las manos entre las piernas.

Pepito había estado callado, igual que yo; y mamá no había dicho palabra, aunque tampoco dejó de observar al viejo Dimas. Se fue después, para terminar de arreglar la cena; pero se le veía que no hubiera querido irse.

Todo volvió a ser molesto silencio. Sin embargo, bien sabíamos que no había venido el viejo a saludar a padre nada más: había alguna otra cosa tras su visita.

—¿E verdá que tan fea la cosa pu'allá, don Pepé? —vació Dimas al fin.

Y padre le contestó, quemándole con su mirada azul y brava:

—Más de lo que usted se cree, amigo.

El viejo alargó la mirada. Papá se remojó los labios con la lengua. Estaba negro, efectivamente. Palmoteó, palmoteó. Pero antes de hablar²³ tomó a Pepito en sus brazos y lo pasó, por encima de sus piernas, a mi catre.

—...Para que usted vea, amigo... —dijo.

Y empezó a contar.

El segundo día le amaneció pasada ya la loma de Las Gallinas. Había pernoctado en un bohío, y con las luces de la madrugada comenzó a cargar. La sabana toda, amplia y pelada, rezumaba azul claridad. El dueño del bohío le indicó el horizonte. A caballo y a pie, pero de tan menudo tamaño que no parecían sino muñecos de cera, se adivinaban unos hombres que manchaban el amanecer.

—Son lo revolucionario —dijo el campesino.

Papá se mordió los labios.

—¿Está usted seguro? —inquirió.

—Sí —aseguró el hombre—. Tentico tiene todo eto alsao —explicó.

Pero padre tenía entre sus ojos a la República entera. Conocía bien cada camino y cada dirección.

—Pero esos hombres van a Cevicos —dijo.

Y el hombre, medio sonreído, aceptó:

—Sí, pa'l Cevico; poro eso no son ma que un chin. Ajolá no se tope con ello.

Aquello violentó a papá.

—¡Aunque esté todo esto en candela, yo llego al Pino! —aseguró.

Mongo entonces aprobó. Padre le dejó unas monedas al hombre. Ape- nas habían los animales comido, y a La Mañosa le empezaban a apuntar los huesos de las ancas. Papá esperaba tirarla en el potrero esa misma noche... ¡Ni los ríos desbordados hubieran conseguido detenerle!

[6] En el paso del primer arroyo había unos hombres regados. Las carabinas mohosas, apuntando el cielo; los pardos sombreros de cana; los ojos enrojecidos por el trasnoche y el alc[o]hol; la voz arrugada con que dieron el alto; todo indicaba que allí estaba el primer cantón de Tentico.

—¡Dejen seguir esos animales! —gritó papá, como hombre que iba²⁴ colérico.

Los alzados le vieron meter la mano en el bolsillo y le oyeron después preguntar por Tentico. Mongo seguía alante, con un terrible silencio mordándole los labios.

²³ ...antes de *empezar a contar* tomó...

²⁴ ...*va*...

El trote de los mulos golpeó con sonoridad el sucio camino. Papá tiró unas cuantas monedas, y un hombre joven, seco y esquivo, que le salió al encuentro, le dejó pasar mientras le cantaba en el oído la voz de padre:

—¡Compren aguardiente!

Y nada más. Pero cuando había caminado apenas doscientos metros, se quebró la mañana por los ruidos ahogados de cinco descargas. Unos cuantos rezagados encontró padre. Estaban armados y reían bajo el sol. A voces sueltas supo que Tenticó de Luna acababa²⁵ de fusilar cinco hombres. Cerca ya de Jima empezó a topar palizadas²⁶ tumbadas, ranchos humeando todavía por el fuego reciente. Se respiraba en el aire olor de devastación.

Desde los montes iba ascendiendo un apelonamiento de nubes negras. Apretó el paso y llegó, con las primeras gotas, a una casa. El dueño le enteró de que Tenticó había asaltado el Cotuy.

Ni un hombre doblado en trabajo sobre la tierra. Solos y silenciosos, los potreros se doblaban con dolor²⁷ bajo el viento de lluvia que subía del río.

¡Revolución! ¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento ronquido y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando a mujeres e hijos, los bohíos, y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían ir²⁸ a fiestas lejanas, a remotos convites. Respiraban una alegría feroz. Y los firmes de las lomas que se iban poblando de tiroteos y de “quemás”, en las primas noches.

Uno hubiera podido verlos pasar, fila tras fila, enfriándose en las barrancas de los ríos, quemándose en los caminos pelados, bajo el sol inclemente.

¡Revolución! ¡Revolución!

Bien sabía padre como cada enemigo cobraba, al amparo de la reuelta. Bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer andullos que luego vendería él en la Capital. Bien sabía padre que los conucos no tardarían en chamuscarse, en marearse las hojas de plátanos; en quemarse el maíz seco, cuando las bandas entraran de noche, a cortar racimos y asar viandas para su sustento. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada.

²⁵ ...acaba...

²⁶ ...ceras...

²⁷ ...trabajo...

²⁸ ...marchar...

[7] En la parada supo que Nazarito estaba acantonado a todo lo largo del río Jima. Desde Loma Miranda hasta el Rincón, el prestigio del General bolo era indiscutible. Pero padre era su amigo. Además, los mulos tenían hambre. Siguió.

Tenía ya una hora trilh[an]do la vereda que orillaba el Jima. Había que cruzarlo bien abajo, porque el repecho que le impedía desbocarse, en las crecidas, sobre los campos, era alto y de brava roca. Caminaba, caminaba. La noche empezaba a gotear desde las hojas y la misma humedad que hacía embarazoso aquel trozo de camino parecía oscura.

Mongo fue quien le llamó la atención: había oído voces lejanas, tan lejanas que se confundían con el canto de la corriente.

A su mano derecha corría el Jima. Es, todavía, un río grueso, raudo y limpio. Parece ir bajando escalones, y se adorna de blancas y agradables espumas.

Del otro lado del río parecía haber fuego, porque el humo se veía claramente. Pero siguieron.

Y un poco antes de que tomaran la bajada para cruzar el Jima, un hombre oscuro, pero de cara radiante, atajó a mi padre para decirle que no pasara.

—Ta acantoná ahí la gente —explicó.

Padre comprendió que el hombre tenía miedo.

—Venga conmigo. Yo diré que usted es peón mío —dijo.

El hombre no supo como darle las gracias. Montó de un salto sobre un mulo y papá le objetó:

—Del otro lado se apea. Los animales vienen cansados.

Tampoco contestó el hombre: la alegría le había roto la lengua, igual que si hubiera sido de vidrio.

[8] Entre las piedras grises, altas y peladas que encajonan al Jima, disimulados por los pedruscos y las sinuosidades, estaban los hombres a quienes el General Nazario Suardí había confiado su primer cantón. Papá fingió no haberlos visto. Mongo trató de pasar como si no hubiera nadie.

Uno, dos, tres, hasta doce revolucionarios saltaron, con las carabinas en alto, con una confusión de voces enloquecedoras. Padre tiró de la rienda. En un instante se percató de que las eminencias de ambos lados estaban coronadas de armas.

—¡No hay paso! —gritó alguien.

Papá ojeó al hombre que había hablado. Era blanco, delgado, ágil. Estaba bien vestido y parecía ser oficial.

Papá simuló un asombro que no sentía:

—¿Qué no hay paso?

—No —respondió el hombre—. Usted lleva esa carga al pueblo, y en el pueblo ta el gobierno.

Padre preguntó medio disgustado:

—¿Y no tiene la gente del gobierno derecho a comer?

—No sé —cortó el otro—. Tengo órdenes.

Papá comprendió que el momento se hacía duro. A pocos pasos estaba Mongo, pálido de ira, rodeado por figuras estrafalarias y agresivas. Algunos animales se entretenían en mordisquear la grama rala que asoma entre las piedras.

—Oiga, —empezó padre, alzando la voz para que los demás le oyeran—. Yo traigo esta carga porque necesito dar de comer a mis hijos. Además, todos ustedes son dominicanos: todos son hermanos. No es con hambre como se rinden los enemigos: para eso tienen ustedes carabinas y para eso son valientes. Si Nazarito llegara a saber que me han detenido aquí, no iba a quedarse tranquilo. Nazarito es mi amigo...

El hombre blanco no contestó; pero uno de los que rodeaban a Mongo se atrevió a decir:

—Verdá e que don Pepe nunca le ha negao un favor a naiden.

Y aquellas palabras dichas al descuido, que se le cayeron como piedras del corazón a un hombre del montón, negro y de dudosa estampa, decidieron el asunto.

Pero antes de seguir tuvo padre que tirarse de la Mañosa para beber, a pico de botella, un trago por el triunfo de don Juan. Y que dejar también en el cantón de Jima algunas monedas para que aquellos hombres soportaran mejor el frío cruel que se levantaba del río sonoro.

[9] Una vez dejado a espaldas el trozo gris de camino empedrado que subía del río, los animales fueron amasando lodo negro y duro hasta bien metida la prima noche.

El nuevo compañero se tiró al camino cuando dejó de oírse el griterío de los acantonados. Iba con los pantalones remangados y alzando la voz a cada dos pasos, para arrear la recua.

En Jumunucú se detuvo papá en una pulpería. Encontró, a la escasa luz de la jumiadora, un grupo de hombres medio bebidos y discutidores. Hedían a ron y tabaco malo. Preguntaron algunas cosas; quisieron saber donde estaba la revolución. Algunos cabeceaban pegados al mostrador. El pulpero se movía de un lado a otro sin decir palabra. Padre pidió dulces para nosotros. Le costó trabajo desairar al grupo, que le invitaba a beber.

Una vez sobre su mula, comprendió que aquellos hombres se despedían, a tragos, de la vida corriente: esa noche, o en la madrugada, tomarían caminos extraviados para unirse a la revolución.



[10] El paso de Jagüey quedaba cerca de casa. Un poco antes de llegar a él había una ceiba gigantesca atravesada en el camino. Papá venía observando cómo una hilacha de luna morada forcejeaba con las nubes. Mongo venía trás él y cerraba la recua, a pie, el desconocido que se unió a ellos antes de cruzar el Jima.

De súbito, cuando la Mañosa metía sus primeras pezuñas en las aguas, cuatro o cinco hombres surgieron del recodo. No se les distinguía. Tan sólo eran sombras, a la escasa luz de aquel pedacito de luna. Pero papá tuvo tiempo de ver que alzaban armas.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaban en voces distintas.

Aquello era ya demasiado. Padre sintió que se le quemaba el corazón. Tiró del revólver, precisamente cuando una de las sombras se agarraba a la rienda.

—¡Bandidos! —tronó padre.

Entonces una sombra gritó, desde el montoncito:

—¡Ah! ¡Es Pepe, es Pepe!

Papá no lograba explicarse cómo no había disparado. Habló para preguntar:

—¿Eres tú, Cun?

—Sí, yo —respondió la otra voz.

Le rodearon. Eran amigos de la ciudad, gente de trabajo y brega, a quienes había sorprendido el alzamiento en campo enemigo. Todavía recuerdo algunos nombres: Mente, Cun, Ramón.

Ya fuera del río, y mientras lamentaban lo sucedido, aquellos hombres pidieron a papá noticias. Las imploraban, casi. Temían a la revuelta. Buscaban, como los que tomaban el monte, caminos extraviados. Sólo que estos lo hacían para huir.

Papá les explicó dónde estaban los cantones.

—Es preferible caer en manos de Nazarito —les dijo—.

Pero ellos no estaban dispuestos a tal cosa. Sabían bien que Nazarito era hombre valiente y generoso. Comprendían que no podían escapar a los revolucionarios si tomaban la ruta del Bonaó; pero preferían correr el riesgo de encontrar a la gente de Tentico, general sanguinario y sordo al perdón; porque los cantones de Tentico dominaban menores distancias.

Entonces papá tuvo una idea: aquel hombre a quien tomó en Jima serviría para algo.

—Este —dijo a los amigos señalando a aquel, les llevará por las lomas de Sierra Prieta. Si logran atravesarlas, corten derecho y tomen el rumbo de Maimón. Es el único camino. Pudiera también suceder que ya Nazarito tenga gente más arriba, pero no importa. Yo preferiría brindarles mi casa...

Pero los amigos no quisieron. Abrazaron a padre y se fueron. El guía se hubiera negado; pero aquellos hombres tenían armas.

Se fueron. Padre los vio cruzar los escasos hilos del Jagüey que hubiera estado seco de no haber llovido.

Iban así, en la noche, dejando atrás sus hogares. La revuelta les obligaba a caminar por veredas escondidas y apagadas, con el corazón pendiente de cualquier ruido.

Eran hombres honrados y de trabajo. El sordo ronquido que ensangrentaba al Cibao los hacía semejantes a bandoleros.

Con el dolor de esa despedida llegó padre a casa. Y todavía le hacía la voz sorda aquel dolor, mientras contaba al viejo Dimas su accidentado viaje.

[11] Mamá llamó. Padre se puso en pie para ir a cenar. Hacía largo rato que había callado. Y el viejo Dimas parecía haberse metido entre los ojos todas las palabras ahogadas por el silencio que siguió al relato.

El día nació nublado, y papá se opuso a que yo saliera. Me sentía bien y no quería quedarme encerrado. Simeón fue mi salvador. Vino a saludar a mi padre y escuchó desde el patio las voces que daba para impedir que me levantara. Antes de saludar, explicó:

—Déjelo, don Pepe, que esa calentura necesitan aire.

Papá fué a estrechar la mano del alcalde y estuvieron conversando en voz baja un largo rato.

Mongo había venido muy temprano. Le vi volver del potrero y entró en la cocina para beber café.

Cuando Simeón se estaba levantando se asomó la vieja Carmita a la puerta. Estuvo callada mientras padre no la saludó. Después preguntó si no había visto a sus hijos. Me pareció que papá mentía al decirle que sí. La mujer se despidió, pero me parece que estuvo rondando por la cocina, alrededor de mamá, como quien busca un consuelo que no quiere pedir.

También Simeón se acercó a la cocina.

—¿Preparó ya la tisana de cuaba que le dije, doña? —preguntó a mamá.

No sé qué cosa vaga contestó madre, porque yo observaba a papá, que parecía preocupado, tenía la mirada y las mejillas gruesas, como hinchadas. Me dijo, así como si no quisiera, que yo estaba muy pálido y muy delgado. Después se puso en pie, fue hacia el almacén, revisó los serones y volvió a sentarse junto a la mesa.

—¡Angela! —llamó.

Pero mamá no le atendió inmediatamente. Esperó un rato y vino con un plato de yuca humeante.

—¿Qué querías, Pepe? —interrogó.

Papá se entretuvo en juguetear con un agujero del mantel. Después levantó la mirada y dijo:

—Ten cuidado. Ya anda por aquí José Veras.

—¿José Veras? —preguntó madre como si no creyera la noticia.

Papá no contestó. Volvió a ponerse en pie y se arrimó a la puerta.

Casi sobre el tejado de la cocina pasaban unas espesas nubes cargadas de suciedad.

[12] Hacía unos meses que José Veras parecía perdido. Había estado merodeando por otros lugares o en la cárcel. La verdad de su desaparición nadie la sabía; pero no podía estar José Veras en cosa buena, como nunca lo estuvo.

Cada día amanecía una gallina menos, a veces una cabra y algunas hasta un novillote. No respetaba propiedad. Aparejos, machetes, alambre, racimos de plátanos, cajones de frijoles, sartas de maíz; todo cabía en el morral sin fondo de José Veras.

Jugaba, bebía; pero no trabajaba. Tenía en cambio dos virtudes poderosas: era simpático y valiente. ¡Y qué valor el de José Veras!

El día de su llegada buscó acomodo en un viejo bohío desvencijado, medio caído, que estaba al otro lado de Yaquencillo. Las yaguas calcinadas se le caían a pedazos y el viento cantaba con ronca voz entre sus hendijas. Todos decían que salían muertos en aquel bohío. La vegetación que le rodeaba era greñuda, llena de mayas, apajonales y bejucos. Los bejucos gateaban por las esquinas del bohío y rompían en verdor sobre el techo.

Nadie se hubiera arriesgado a dormir en él, no digo ya de noche, pero ni de día. En cambio, José Veras lo utilizaba como morada. Y decía que en él se encontraba a gusto, porque podía ver las estrellas de noche y conversar con sus viejos amigos: los muertos.

A medio día, el cuerpo ancho y pedregoso de José Veras llenó la puerta del comedor que daba al patio. Tenía la cara llena de una sonrisa cordial y generosa. Papá nubló la mirada, pero a poco enseñó también los dientes y saludó complacido a José. Mamá fué quien no le contestó: había hecho un nudo con los labios y medía al intruso con una mirada llena de altivez.

—Doña Angela —comentó Veras con una voz de melado—. Cualquiera que le vea esa cara tan brava no dise que uté era tan simpática cuando chiquita.

Trataba de recordarle a mamá mejores tiempos; porque José, según ella misma había contado, acunó muchas veces sus sueños de niña.

Debía pasar ya de los cuarenta, según aseguraba madre; pero ni una arruga cortaba su rostro de suave color lila. No era bajito; mas sus hombros anchos, su pecho salido y amplio, sus brazos llenos como los muslos de un toro joven: toda su recia contextura le hacía parecer de menor estatura.

Entonces se dirigió a mí para decirme que yo tenía cara de calentura. Papá dijo que, efectivamente, estaba sufriendo fiebres. El comentó que lo más fácil era cortarlas: bastaban tisanas de albahaca y suelda con suelda.

Habló de muchas otras cosas. Comentó la revuelta. Recuerdo que cuando hablaba de tal cosa sonreía y acariciaba el puño de un viejo revólver negro que llevaba a la cintura. Su traje era gris, ceñido: estaba descalzo y usaba sombrero de fieltro verde, medio raído y con lamparones de sudor y polvo.

Cuando hablaba movía incesantemente las cejas, negras y pobladas; así mismo se le alzaba y bajaba el grueso bigote; pero los ojos conservaban su impasibilidad, y una como lucecita que les alumbraba en el centro. Por lo demás, toda su cara parecía reída. Tal vez era porque enseñaba sin cesar los grandes dientes, blancos y parejos.

[13] Empezaron a perderse cuchillos, aparejos, gallinas. Día a día venía Simeón a casa con alguna nueva.

—Anoche robaron en Pino Arriba al viejo Morillo —decía.

Papá comentaba:

—Ya sabe usted: estando aquí José Veras...

Pero callaba sin asegurar nada, porque él sabía bien que en el campo había que tirar el lazo para no enlazar. Lo contrario resultaba peligroso el día menos pensado.

Simeón juraba y perjuraba. Procuraba, sin embargo, no alzar la voz. Decía que iba a llevar amarrado al pueblo a José Veras. Juraba que lo botaría del lugar. Mas Simeón sabía que²⁹ el hombre era valiente.

Un día, mientras el alcalde hablaba mal de él, apareció en la puerta la figura simpática del ratero. Simeón siguió hablando del mal tiempo, imperturbable, mientras papá apretaba entre los dientes una carcajada.

Y sin duda José se dió cuenta, porque los ojos parecían incendiárseles mientras decía, palmoteando alegremente en la espalda del alcalde:

—Siga, compadre; siga...

La mirada de Simeón era como la del perro a quien su amo sorprende comiendo huevos: humillada.

²⁹ ...Simeón *sabía el hombre*...

Papá decía que sentía tropeles de noche. Se comentaba que la revolución pasaba, al amparo de las sombras, camino de La Vega. No era cosa segura; mas parecía indudable, porque Mongo, y con él otros de los vividores del lugar, aseguraban que cada día amanecían huellas de gente de a pie y de a caballo, en el camino real.

Dimas aprobaba, pero no hablaba. Se le veía caminar de un lado a otro, como persona que busca algo.

Sin embargo, a pesar de la amenaza que significaba una revolución; a pesar de que a cada día faltaba alguna cabeza de hombre en algún bohío, porque en la noche tomó el camino de los cantones; a pesar de que nadie sabía en qué pararía aquello, la gente quería divertirse.

Desde muchas noches antes a la del sábado se oía retumbar la tambora por los lados de Jagüey Adentro. Eran ruidos sordos, epilépticos, con ritmo de tiroteo lejano. Los hombres ensayaban merengues. Y cuando la brisa venía del Este, llegaba hasta nosotros con claridad la voz desgarrada del acordeón.

—¡Fieta! —comentaba Mongo.

El entusiasmo iba cundiendo en los campos. Desde la tambora parecía irse desprendiendo un calor que emborrachaba como ron. Noche a noche, noche a noche, trepidaban las sombras bajo el convite apremiante de aquella tambora.

Simeón habló con papá para que pusiera cantina en la Gallera de Jagüey Adentro.

—Yo no contribuyo a esas cosas, Simeón —dijo papá.

El sabía bien cómo va levantando el ánimo la copa de aguardiente y la música ardiente del acordeón. Poco a poco, entre los hombres que bailaban se iba despertando un sentimiento cruel y viril. Hasta el olor de sudor, de mulo caminado y de plátano verde que se respiraba en toda fiesta enardecían a cualquiera.

La fiesta debía ser el sábado en la noche; sin embargo, desde antes del atardecer empezaron a cruzar mujeres por el camino. No se sabía de dónde salían tantas. Unas tenían color de cacao seco; otras eran blancas, con la sangre apretada en las mejillas; otras parecían negras de tan oscuras; pero todas llevaban trajes amplios, bien planchados, que les llegaban al suelo; todas movían las caderas con vaivenes de hamaca y todas tenían ojos encendidos, como fogones en las medias noches.

Pasaban también hombres. A pie, a caballo, trajeados como ricos, descalzos, empolainados. Venían en grupos y bebían a pico de botella. Reían y charlaban.

Papá y yo estábamos en el camino real, junto al portal. Veíamos aquel desfile de gentes alegres y padre comentábalo con palabras despectivas.

La tarde se arrimaba también hacia allá, hacia Jagüey Adentro: parecía ir cruzando el cielo en amplios pincelazos de luz morada. Oíamos claramente la tambora, con su ruido esquivo, veloz, desesperante.

Por el camino, con la cabeza gacha, venía Dimas. Traía las manos a la espalda y parecía no querer andar.

En eso oímos tiros. Sí. Eran tiros. Seis, siete. Sonaron claramente, por encima del sordo rugido de la tambora.

Dimas se detuvo. Nos miró con ojos desolados y amplios. Estaba ya cerca de casa y corrió.

—¡La revolución, la revolución! —roncaba.

Pero no era la revolución. Vimos un hombre que venía, desde la Encrucijada, hacia nosotros. Corría alocado. Se detenía de pronto, disparaba, y tornaba a huir.

—¡Es José Veras! —gritó papá.

Sí. José Veras. Se le veía como una mancha gris, atareado en cargar el arma humeante. Cerca, cerca, tirándole los cascos de las monturas sobre las espaldas, venían cuatro hombres. Traían los sables en alto y se inclinaban sobre el camino.

Yo estaba asustado. Mamá y Pepito corrieron al portal boquiabiertos. Papá los atajó. Los empujaba con las manos, con las palabras. Se metió en el almacén, a todo correr. Cuando salía de nuevo, con el revólver oscuro en la mano, acaba de caer José Veras.

Saltaron desordenados los perseguidores sobre el herido. Vimos claramente el chorro de sangre que le surtía del pescuezo. Pero aun así, en el suelo, tiró.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —tronó papá.

Y tiró del gatillo, dos, tres veces. Dimas corrió sobre el grupo. Llevaba en alto su cuchillo.

Los caballos se arremolinaron sobre el cuerpo herido de José Veras. Aquello parecía una mancha confusa, medio alumbrada por el atardecer. también papá corría, gritando insultos. Pero los desconocidos lograron montar.

Llena de ruidos quedó la tarde. Y el camino real se iba haciendo largo tras los cascos de aquellos cuatro caballos veloces.

[14] Toda la gente del baile se desbocó sobre el patio de casa. Venían como hormigas, agrupadas. Una algarabía terrible se alzaba de aquel montón abigarrado, que gritaba y gesticulaba.

Tenían al herido en el patio, con la cabeza sobre la calzadita que llevaba a la cocina. Un machetazo cruel, que desde la oreja derecha hasta

casi la mitad del cuello le había tumbado buen trozo de carne, había abierto salida a la sangre roja, abundante, de José Veras.

El patio pardo y mojado iba chupando aquella sangre. A cada minuto se hacía más y más la mancha oscura sobre la tierra. Las mujeres y los hombres se inclinaban, con miradas tímidas y asustadas sobre el herido.

El grupo se agrandaba, a medida que pasaba el tiempo. Hablaban, contaban, explicaban.

Simeón escupía indecencias, mientras caminaba de un lado a otro, con el entrecejo arrugado. No comprendía que se pudiera herir así, tan cobardemente, a un hombre.

Sólo José Veras parecía tranquilo. Ojeaba al grupo y trataba de sonreír: pero a cada esfuerzo le borbotaba la sangre por la herida. Ya el pecho y el hombro de su saco gris estaba empapado en sangre.

La vieja Carmita había venido también entre los curiosos. Se alejó del grupo, se dobló cerca de la alambrada y escogió algunas yerbas. Pidió después permiso a mamá para mojarlas en la cocina. Pero ni madre, ni padre, ni nosotros ni nadie sabía qué convenía hacer. Todo el mundo se movía de un lado a otro, protestando, asqueado del suceso. Una masa abigarrada de trajes de mujer y pantalones azules se movía en círculos sobre el herido.

Carmita pidió una aguja con hilo y papel de estraza. Habló con Simeón. Dimas daba voces, pidiendo paso.

La vieja se inclinó; mejor, se arrodilló junto a la cabeza de José Veras. El quiso mover la cabeza, para verla. La sangre le salió entonces a caños, ensuciando la falda morada de Carmita.

—Tese quieto, compadre —recomendó Simeón—, que vamo a coserlo.

El herido movió los párpados, aprobando. La vieja Carmita le llenó el hueco de carne viva con las yerbas mojadas, metió también papel de estraza, y con una aguja de mamá, que padre había enhebrado, comenzó a coser la despiadada cortadura.

Todo el mundo trató de no ver. Sólo una mujer joven, de encendido color, dejó los ojos fijos en José, mordién dose los labios. Dijo, entusiasmada:

—¡Concho con el hombre guapo!

El herido ni siquiera había arrugado los labios. Parecía estar contemplando las nubes que se mecían lentamente allá arriba.

Papá parecía haber sentido la desgracia más que nadie. Se había tirado sobre una silla, en el comedor, y evitaba hablar.

Simeón se llegó hasta él para preguntarle qué hacían con el herido. Papá pidió que lo dejaran en casa. Arreglaron, como se pudo, una cama de sacos viejos en el almacén, y entre cuatro o cinco hombres le metieron bajo techo.

José Veras decía:

—¡Déjenme ir por mi pié, que toavía no me he muerto!

La gente en el patio hacía muecas de disgusto: hablar así era casi desafiar a Dios.

El herido estaba pálido, casi verde; pero no había perdido su aplomo. Cuándo Simeón le preguntó, para gobierno de la justicia, quién era su heridor, contestó con un hilo de voz que se iba haciendo débil:

—Esa son cuenta mía, compadre...

En el patio explicaba la vieja Carmita a un grupo de mujeres:

—Ese no se muere ná. Yerba mala...

Los hombres buscaban, con disimulo justo, la dirección de la gallera.

[15] Hubo que coser retazos de conversaciones para aclarar el suceso: José jugaba con un hombre del Bonaó. El otro ganaba, ganaba. Las manos de aquel hombre aparecían vengadoras: iban a ella los productos de las rapacidades de José Vera[r]. Este se incomodó al fin. Dijo que él jugaba grueso nada más. El de su frente abrió la cartuchera y extrajo tres onzas. En la próxima parada José protestó.

—¡Yo no juego con ladrone! —estalló.

Y sin esperar contestación, como quien se hace justicia a sí mismo, tomó el oro, se puso en pie, y empezó la retirada de acuerdo con su fama: a tiro limpio y dando el pecho.

Pero la víctima debía tener hermanos. Se le fueron encima, bien montados. De nada valió que la gente les corriera detrás, dando voces. El final fué en el camino, con José Veras hendido, casi de arriba abajo.

La gente no acusaba a José. Se había portado como un hombre, aunque arrebatara lo ageno. Lo cobarde era no saber pelearle de uno a uno, como lo hacen los hombres.

[16] Una jumiadora temblona y de pardas luces alumbraba el vasto almacén donde estaba José Veras.

Se mantenía echado sobre oscuros sacos, moviéndose con desesperación de culebra amarrada; pero nunca se quejaba. A veces se medio incorporaba para recibir las visitas, y entonces sonreía.

El mismo dispuso su cura: encargó a Simeón resina de amacey, porque la creolina que le ponía papá le quemaba la sutura.

Se había puesto un poco pálido y seguramente no se sentía bien, pero sabía disimularlo. Lo que le disgustaba profundamente era el crecimiento de la barba, que le iba enmarcando la cara de negro.

Apretaba el frío. Desde las primeras horas de la noche, se colaba un airecillo tenue y necio por debajo de las puertas. José decía entonces que le dolía la herida.

No había manera de callarlo. Conversaba conmigo sobre papá, mientras peinaba, con su basta y rapaz mano mis ensortijados cabellos:

—Tu taita e ma bueno que un cura —decía.

Y añadía, como si le doliera:

—La que se ha dao media brava e tu mama.

Cuando sentía cuchicheos en las habitaciones vecinas me llamaba para preguntarme que si ya venía la revolución. Los ojos se le hacían mustios, como flores marchitas bajo el sol del medio día. Parecía preocuparle la cercanía de la revuelta.

Papá le visitaba a menudo, pero no lo hacía con más frecuencia porque a mi padre le resultaba penoso ver un enfermo. Le asqueaba, sobre todo, el color rojo subido que tenía el pescuezo de José Veras.

[17] No hubo modo de conseguir una declaración de los labios del herido.

—Esa e cuenta mía na má —contestaba a Simeón.

El alcalde se impacientaba. Estaba en su deber hacer preso al heridor. Al cuarto día, impaciente ya, amenazó a José:

—Po si uté no dise, lo llevo amarrao al pueblo.

La sonrisa conque recibió Veras aquellas palabras fue casi imperceptible: se la acunó en una comisura de los labios, y respondió con lenta dicción:

—Compadre, yo creía que uté era mi amigo...

—Ello sí, compadre.

Simeón parecía mortificado. Seis días antes hubiera abrazado a quien matara este hombre; pero desde el sábado le parecía que José merecía otro trato: bien visto, era valiente. Y los valientes pueden tener vicios.

[18] Mientras afuera se movía la gente de un lado a otro, trayendo y llevando noticias, adentro desenredaba José Veras sus mejores voces para contarme historias.

La Media luz del atardecer persistía en las hendijas, temblona y como asustada. José, con los pies cojidos, de nalgas en su camastro, con la mirada infantil y alegre, entretenía mi impaciencia:

—...Bueno... Pata e Cajón taba aquí, un ejemplo, y taba en La Vega. Andaba con un saco má grande qui una casa, y ahí diba metiendo

cuanto muchacho topaba. Una ve no ñamó el gobernador a sinco preso, que tábano en la carse por degrasia que le pasan a uno, y no dijo: “Ya Pata e Cajón, ta jaciendo emasio daño; yo lo suelto a to utede si me lo consiguen”...

Salieron los cinco presos. Cada uno tomó un camino distinto, hacia los pasos de los ríos, porque Pata de Cajón tenía la propiedad de ap[re]nder en varios sitios a un mismo tiempo. Casi nadie lo había visto; pero se dio el caso de desaparecer cuatro niños a la vez, en lugares distintos, y en todos habían encontrado las huellas cuadradas, increíblemente grandes, del fantasma.

Uno o dos viejos aseguraban haberlo topado, ambos de noche. Era, según aseguraban, un hombre bajito, que podía crecer y hacerse como una hormiga, de acuerdo con sus deseos. Se rumoraba que había venido de Haití y que tenía panales de avispa en las barbas, negras, espesas y largas.

Más de un mes estuvieron los presos acechando a Pata de Cajón. Una noche, pasada ya la media, José Veras, que cuidaba el paso de Pontón, vio bajar por los cerros de Terrero³⁰ dos hachos de cuaba grandes como pinos nuevos.

José no era hombre capáz de sentir miedo; pero era tal el sordo ruido de pedregones desprendidos que salía de los cerros, y tan azul y extraña la lumbre que despedían aquellos hachos, que José se hincó, rezó un Padre-Nuestro y dos salves y sintió no tener vela para alumbrarse el camino del cielo.

Por la sabana de Pontón, tostada, amplia, llana como palma de mano, y despoblada, empezó a cruzar una gigantesca figura que se envolvía en la sombra, a pesar de que los hachos le precedían. Lo que no podía José Veras explicarse era cómo andaban aquellos hachos sin que nadie los sujetara.

Ya estaba cerca la aparición. José pudo distinguir el tamaño de los pies, diformes, cuadrados, y grandes como cajas de mercancías. Sobre ellos se alzaba la figura dudosa de un fantasma. José se había metido entre las mayas que orillaban la sabana. Miraba con ojos enloquecidos de pavor y sentía ganas de correr, de correr como guinea entre aquellos pajonales pardos, enrojecidos por la lumbre de los hachos.

Recordó la misión que le habían confiado; pensó en los niños rubios que desaparecían esa noche.

—Mire, Juan —explicó mordiéndose los labios. Ese condena me puso caliente, y jalé el revólver.

Pero los tiros no salieron. José Veras sudó frío. El fantasma caminaba sobre él. Y ya no supo más. Los vividores del lugar le encontraron, a la mañana siguiente, tendido de cara al cielo, apretando el revólver con mano agarrotada.

³⁰ ...Arenoso...

—Y vea... —terminó—, con to ese mieo que le tenía, si se lo hubiea llevao a uté, un ejemplo, jata le saco el mondongo.

La historia me había tenido clavado allí, pendiente de los labios del herido; pero la suposición de que pudiera llevarme Pata de Cajón me sacó del ensimismamiento en que estaba. Se me debía ver el azoramiento en la cara, porque José trató de calmarme.

—Ya jase mucho tiempo que Pata e Cajón no sale. Me dijén que se jué pa Haití otra ve.

Y se quedó contemplando las uñas de sus dedos, gruesos, cortos, oscuros, endurecidos por cuarenta años de contacto con la tierra ardiente del Cibao.

Me levanté [*para*] permitir a la jumiadora ser el primer personaje del vasto almacén: sobre el techo de zinc se iba haciendo gruesa la noche picada de estrellas.

[19] Enfermo estaba yo, con una fiebre que me cocinaba, cuando llegaron las primeras noticias seguras. Desde que el sol dejó su inclemencia tras la media tarde, empezaron las gentes asomarse al camino.

José quería levantarse. Suerte que una llovizna menuda lo impidió. La llovizna se fue haciendo lluvia, y ya a las cinco anochecía.

Desde mi catre, con Pepito hecho un manojo de nervios a mi lado, oí el rumor vago, confuso, creciente. Parecía que un río se había salido de madre y venía por el camino real, arrasando con bohíos, con árboles, con piedras.

Algunos disparos sueltos cantaron en el anochecer. Se distinguieron, a poco, gritos ronc y frenéticos de ¡Viva don Juan! ¡Viva Nazarito!

La revolución, la revolución así, hecha carne, sobre lomos de caballos, llegaba a El Pino.

Papá caminaba a grandes trancazos de una a otra habitación.

[20] Al amparo de las sombras, que se metían apelotonadas en la casa, salté del catre y me fui al almacén. José Veras entreabrió una puerta. Veíamos el agua gotear por las arrugas del zinc.

—Ese e Nazarito —dijo él.

Señalaba al primero, ginete elegante, de pecho salido, que montaba un nervioso y bien parado caballo rucillo. Tenía la piel oscura y traía sombrero de panamá. No le veía arma. El saco era achocolatado y los pantalones, estrechos y cubiertos del pie a la rodilla por negras polainas, eran azules.

A medida que se acercaba se distinguía mejor la cara viril del general. Se adornaba el labio superior con bien hecho gigote; traía cuello alto y pañuelo de seda azul arrolado en él. Miraba por encima de los hombros, sereno y seguro, como hombre acostumbrado a mandar.

Su caballo era también caballo de jefe. Marchoso, embarbado, brioso y alto; no movía la cola, y pisaba como si temiera hacerle daño a la tierra.

Tras el general se adivinaba un hormigueo de hombres montados y a pie. A su lado venía un negro bajito, ginete en un zaño pequeño. Tenía la corneta terciada sobre el amplio pecho.

De la columna, que caminaba torciéndose, moviéndose, ladeándose, se elevaba un vasto rumor de conversaciones alegres. Alguna que otra vez una voz se alzaba sobre las otras. Muy atrás se adivinaba otro grupo, medio ahogado en la neblina llovizna.

José Veras estaba nervioso y ardía en deseos de tirarse al camino. Yo me sentía entusiasmado por la postura elegante, viril y simpática de aquel Nazarito legendario, de quien se contaban tantas generosidades, tantas hazañas y tantos gestos de valor.

Pero cuando vi que, ya casi frente a casa, el general dirigía su montura hacia el portal, y sentí que papá salía a recibirle, dejé la hendija y corrí a mi catre.

Oí el saludo cordial de padre. Oí la voz de Nazarito, autoritario, salida a borbotones, como las burbujas de la botella metida en el río; oí la voz alegre de mamá dándole la bienvenida, y las pisadas del rucillo en el patio.

Pequito corrió al comedor y subió a la ventana. Volvió inmediatamente a decirme que había muchos, muchísimos caballos en el portal, tratando de entrar, pero que Nazarito lo había prohibido.

Las pisadas de las bestias, frente a la casa, en el trocito de camino que se nos echaba delante como perro sato; las voces aguardentosas de los revolucionarios; el tintineo de los estribos y los frenos, cuando los animales pretendían sacudirse la llovizna de encima: todos esos ruidos entraban con claridad en mi habitación.

A poco oí pisadas recias en el comedor, y sonido de espuelas. La voz de Nazarito, baja y mandona, colmó la casa.

Estuvieron largo rato hablando. Vinieron después a mi habitación, que estaba a oscuras. Me parecía ver a José Veras con la impaciencia bailándole en el cuerpo.

Mamá trajo luz. A su gracia pude ver bien al general: era alto, y yo no comprendía por qué le decían nombre de hombre menudo; tenía el pelo cortado a rape, duro, y manchado de canas. Sus ojos, pardos, totalmente rojos en lo que todos tenemos blancos, se movían con impresionante pesadez, como si estuvieran metidos en barro.

Estuvo sentado en una silla serrana, junto a mi catre, y me pasó varias veces la mano por la cara.

—Este muchacho se está quemando, don Pepe —dijo.

—Unas calenturas... —comentó mamá.

Nazarito pidió entonces un vaso con ron. Papá sonreía. El general se desabrochó el saco, sacó del cinturón un hermoso puñal, de mango negro adornado con plata, y una cápsula. Lentamente, como hombre que de nadie depende, comenzó a desplomar la munición. Logró sacar el cascarón, no sin algún trabajo, y había vaciado la pólvora en su mano zurda cuando retornó mamá trayendo el vaso con ron.

Nazarito bebió un trago, tranquilamente, como si bebiera agua, echó la pólvora en el resto y me tendió el vaso.

—¡No, Nazarito! ¡No! —atajó papá.

Y él, sonreído, contestó:

—Esta es la medicina de los hombres, don Pepe.

Yo tomé. Me quemó la garganta aquella bebida de color de oro, en que todavía no se había asentado la pólvora.

Nazarito me miraba con sus ojos pesados, pardos e impresionantes. Después se puso en pie, me atrevería a decir que trabajosamente. De pronto padre recordó algo y movió una mano.

—No se vaya, no; espérese. Tengo algo para usted.

Y salió de la habitación.

Nazarito no me dijo palabra, como tampoco a mamá, mientras estuvo papá afuera. Parecía estar jugando con algún pensamiento.

La voz de Pepito sonaba aguda en el patio. Papá entró con el revólver de Dosilién en la mano:

—Quería regalarle esto, que a mí no me sirve para nada —dijo, poniendo el arma en la mano cachazuda de Nazarito.

El general pareció estudiarla. La sopesó, como hizo Dimas. La luz llenaba de reflejos el peligroso juguete.

—¿Sabe usted de quién era ese revólver? —preguntó papá, mientras se suj[et]aba la cabeza con una mano, pegado al espaldar de la silla.

—Ni lo supongo —contestó Nazarito.

Papá sonrió satisfecho, como gente que tiene un secreto importante. Se movió hacia adelante, tomó de las manos del otro el revólver y lo miró enternecido.

—De Dosilién... —dijo al rato.

—¿De Dosilién?

Nazarito parecía no creer lo que oía. Papá comenzó la historia que había contado noches antes a Dimas.

Afuera se engrosaba el ruido. Era como río pegajoso, que se agarraba a los espeques y a los alambres. Pepito vino corriendo a decir no se qué cosa en el oído de mamá, y ésta salió. Nazarito escuchaba atentamente a papá.

—Me habían dicho —comentó cuando padre terminó— que estaba compuesto...

—Sí, está compuesto. No hay bala que le dé, mientras usted lo tenga encima.

Nazarito sonrió satisfecho.

—Usted no sabe lo que le agradezco este regalo, don Pepe —dijo mientras se ponía en pie.

Y agregó, al tiempo de pasar su áspera mano de hombre de rie[n]das por mi abrasada cabecita:

—Acuérdese de que yo no soy su amigo estando abajo nada más.

Había hablado con voz entrecortada. Cuando salía le enrojecía la espalda la luz. Era, efectivamente, un bello ejemplar de mulato.

Por las otras habitaciones sonaban sus pisadas acompañadas de ruidos de espuelas. Y las espuelas eran de plata, si yo no veía mal.

[21] Pepito me contó que los revolucionarios se fueron desprendiendo del camino lentamente, con saludos, con apretones de manos a los que se quedaban. A poco rompían en gritos de ¡Viva don Juan! ¡Viva Nazarito! Otra vez se llenaba la casa con ese ronquido sordo que sacudía, desde el Bonaó hasta Puerto Plata, a todo el Cibao.

José Veras vino hasta mi habitación, donde papá se había refugiado a comentar el paso de la gente.

—Yo creía que el que me cortó venía con Nasarito —dijo.

—¿El que te cortó? —preguntó papá alejado.

—Sí. Pero yo lo consigo.

Mamá dijo que aprendiera a perdonar. José la incendió con una mirada rencorosa.

Bajo la lámpara, que se dormía sobre su rubia cabeza, hablaba padre con voz mecida:

—Esta noche se acantonan en Pedregal...

Desde la noche venían las voces entusiastas de la revolución.

SEGUNDO MANUSCRITO (COMPLETO)

[1] Papá volvió a casa a la hora de desayuno. Estaba en camisa, sin sombrero, y parecía más rojo que de costumbre. Los ojos de papá, azules, pequeños y como hinchados de fuerza, estaban ese día desorientados, como si no encontraran lugar adecuado en las órbitas.

—La Melada no está en el potrero, Angela —dijo.

Mamá, que nos servía leche, levantó la cabeza. La cara de madre es cuadrada, dura; hiere cuando mira. Ese día no terminó de servirnos: miró a papá, entre azorada y dudosa.

—¿Qué no está en el potrero? —preguntó.

El timbre de su voz, el fruncimiento de los labios, la palidez que le vació la cara: todo me recordaba al abuelo.

Entonces papá se sujetó los pantalones, por delante; trató de alzarlos más, y sin decir palabra cruzó la habitación y se dirigió hacia la otra, la que daba al camino.

Madre volvió a servirnos leche. Sobre el mantel blanco caía un rayo de sol y yo veía esa franja blanca llena de polvillos y pajas. Mi hermano mayor alzó la azul mirada hacia la hendidura que dejaba entrar al sol. Mamá se movía, junto a la mesa, como quien ronda alrededor de un silencio.

—Yo no creo que la hayan robado —dijo al rato.

Y mi hermano, creyendo que yo no había comprendido, explicó:

—Juan, se robaron la Melá.

Madre le clavó los negros e hirientes ojos.

—¿Cómo se dice? —inquirió.

—La Melada —corrigió mi hermano mientras desmenuzaba un pedazo de plátano.

Mamá se fue a la cocina y nosotros nos quedamos callados, como si por el rayo de sol se estuviera descolgando, despacito, un silencio.

[2] A eso de las once volvió papá. Le vimos venir, por el camino enmohecido, todavía en camisa y sin sombrero. De lejos adivinábamos la tristeza gateándole por el rostro. Padre es rojo, con alta frente, nariz bien hecha y gruesa. Su boca parece fina, porque tiene en los labios el mismo color de toda la cara, pero en verdad es gruesa. Entonces usaba bigotes rubios y el tabaco les daba un color de pino viejo.

Ciertamente, venía triste. Los ojos parecían más oscuros. A mí me dolía mucho verle así, como si todas las facciones se le hubieran alargado. Pero papá es tan variable en sus expresiones, que cualquier pensamiento se le lee en el rostro. Y a veces, por nimiedad, salta de la tristeza a la ira, o de la ira al contento.

Ese día, por ejemplo, nos abrazó a Pepito y a mí. No decía palabra, pero nosotros adivinábamos su dolor, porque la Melada era en su corazón algo más que una propiedad: todas las lomas del Cibao vieron pasar a mi padre, de día y de noche, con sol o bajo el agua, en días de revoluciones o de paz, gallardeando su gracia de buen jinete sobre los lomos cortos y duros de la Melada. Era chiquita la mula, pero tenía tanto nervio, y caminaba tan bien, con sus cuatro patas finas e inquietas, que papá no hubiera consentido deshacerse de ella. Sobre la Melada llegó papá a la Frontera a vender andullos, y fue a la Capital con recuas de frijoles y volvió al Cibao cargado de telas. Las patas de la mula dibujaron sobre la tierra adolorida el mapa de nuestro pasable vivir. Y padre se veía ahora sin ella, sin la ayuda generosa de aquel animal que se crió en casa y que estrenó con su lomo lustroso y medio arqueado, el primer anhelo de jinete de cada hijo hasta el de aquel que se llamó Paquito, muerto cuando empezaba a sentir en su corazón las raíces de los primeros amores por las cosas y la tierra.

¿Cómo no había de sufrir padre? Tenía las duras manos descolgadas, y dijo, cuando mamá le interrogó con los ojos, con una voz ancha de dolor:

—No parece.

Mamá volvió a endurecer el rostro.

—Vete donde don Simeón, Pepito —ordenó—. Dile que venga.

Yo me fui con él. Ibamos de prisa, empolvándonos los pies en aquel camino que parecía mohoso.

[3] Papá volvió a sus viajes, pero con el Grande como montura. El Grande también era querido entre nosotros. Sin embargo, vivíamos nerviosos, aguijoneados por las exclamaciones de madre, porque el Grande era un mulo demasiado mañoso: se resistía, saltaba cercas, coceaba y

mordía. Como era tan fuerte, tan alto, no había valla capaz de resistir sus torcidos instintos. Y ese era el animal que sustituía, vergonzosamente, a la dócil y nerviosa Melada.

Simeón venía, cada dos o tres días, con noticias desalentadoras: no encontraba huella. Era el alcalde, y también tenía la cara roja, como padre. Llevaba siempre un viejo machete “encabao” en la cintura, y usaba zapatos de los que tiraba papá.

A cada retorno de papá salíamos mi hermano y yo al camino, en la encrucijada de El Pino, un poco más allá del arroyo. Preguntábamos por la mula, esperanzados. Y papá nos sonreía, nos alzaba desde el suelo, encorvando un poco su recio torso, y nos llevaba como enracimados sobre el Grande, hasta la casa. Mamá tenía ya muchas canas y nosotros veíamos su cabeza gris en el vano de la puerta, moviendo el brazo, saludando de lejos a quien había de saludar de cerca casi inmediatamente.

Y cada vez, la primera pregunta se refería a la Mula. Ya habíamos perdido la esperanza, y comenzábamos a suplirla con la Blanca, que nos llevaba al río, a Pepito y a mí, cada mañana. Era buena y parecía comprender que debía cuidar de aquellos niños rubios, tan pequeñitos y tan inquietos, que casi no pesaban sobre su lomo.

Pero un día...

[4] Llovía. Llovía sobre la casa, sobre el camino, sobre el arroyo, sobre los montes. Era una lluvia pesada, ronca, que llenaba de voces la vieja casa de madera. Se oían, muy lejanos, los mujidos de los toros. Las gallinas se ovillaban bajo el piso.

Mamá se levantó y cruzó el patio, tapándose la cabeza con un viejo saco de papá. Fue a juntar candela para el café. A poco volvió, corriendo siempre, con los zapatos enlodados. Parecía muy nerviosa. Empezó a contar no sé qué cosa de sueños. Hablaba recio, pretendiendo ahogar con su voz el sordo ronquido de la lluvia.

Pepito vino corriendo a la puerta del camino, donde yo contemplaba los dibujitos que cada gota de agua hacía en la blanda tierra.

—Mamá soñó anoche que un hombre le dijo donde taba la Melá —explicó.

—¿Cómo?

—...estaba la Melada —corrigió Pepito en voz alta.

Y volvió a encojarse en un torpe silencio, como hacía siempre que le llamaban la atención. Se sentó a mi lado, puso su barbilla en mi hombro, y se entretuvo en ver las gotas de lluvia alzarse rotas cuando tropezaban con la tierra.

En medio de aquel recio aguacero, y cuando nos estaba mamá llamando para ir a desayunar, vimos acercarse un hombre. Se nos plantó, frente a frente, en la puerta. Estaba empapado, y la lluvia le había endurecido el recio fuerte-azul de los pantalones. Traía con él un perro negro, con manchas blancas, que temblaba de frío. El hombre estaba descalzo y parecía venir de lejos. Su cara era basta, oscura, pero se le adivinaba una enfermedad en el descoloramiento de los labios.

Se quiso descubrir, porque a través del sombrero de cana le goteaba la lluvia en los hombros, pero no lo hizo, sino que se llevó la mano a la boca, de respaldo, como para limpiarla, y preguntó:

—¿Aquí e que vive don Pepe?

Mi hermano dijo que sí, con la cabeza, y el hombre agregó:

—Yo quieo verlo.

Y quiso entrar. Yo esquivé el roce del perro, que se sacudió fácilmente el agua, porque me imponían los ojos saltones, enrojecidos y tranquilos del animal.

Entonces volví la cara asustado, mientras el hombre miraba asombrado hacia adentro: mamá llamaba a gritos, nerviosa:

—¡Pepe! ¡Pepe!

Papá salió apresuradamente. Entre las sombras de su habitación se le vio, como leve mancha blanca y roja, corretar [*sic*] de un lado a otro. Preguntó a golpes que pasaba; estaba más rojo que siempre, como le sucedía cuando se impresionaba.

Mamá, sujetándole con agarrotada mano el hombro, señalaba con el índice derecho hacia el hombre que ocupaba la puerta, sólido, abismado por la escena.

—¡Ese es, ese es! —gritaba mamá, con voz atropellada.

Papá también señaló al hombre, como si no entendiera.

—¿Ese? —preguntó.

El desconocido se señaló el pecho, me miró; miró a mi padre y a mi madre; abría la boca... Estaba inseguro, como miga de pan mojada.

Preguntó, al rato:

—¿Uté e don Pepe?

Pero lo hacía con una voz de susto, temblona.

—Sí, yo —dijo papá.

Avanzó sobre el hombre. El perro tenía la mirada gacha. Su dueño ojeó el camino y se agarró a la puerta. Pero entonces papá sonrió, bajo sus rubios bigotes y mamá se acercó lentamente, con las manos en la cintura y los ojos suspensos de atención. El hombre pareció serenarse. Se quitó el sombrero, con la zurda, mientras sujetaba con la otra el cordel que traía el perro al pescuezo. Sacudió, fuertemente, el sombrero, hasta que ya no saltó agua...

—Yo quería decirle una cosa... —empezó.

En las brillantes pupilas azules de papá se conocía el deseo de saltar sobre el desconocido, de arrancarle, con los dedos engarfiados [*sic*], la palabra de la boca: esperaba.

—Entre —invitó.

Madre trajo una silla del comedor. Era serrana, tejida de palma. Pepito se adivinaba en la esquina del mostradorcito.

—¿Qué se le ofrecía? —preguntó papá, con la voz más dulce de que era capaz.

El hombre entretenía lo sustancial:

—Una cosa... poro... poro yo quisiea que uté...

Y miraba al perro, que se había echado, con aquella mirada gacha, a su vera.

—¡Diga lo que sea, hombre de Dios! —estalló padre.

Perro su intranquilidad no conmovía aquella blandura de pan mojado. En la basta y oscura cara no había solidez.

—Yo quisiea que uté me guardara el secreto —dijo al fin.

Papá se acercó. También tomó asiento, frente al hombre. Había inclinado el cuerpo, con la cabeza adelantada, y a cada expiración se le levantaba el rubio bigote.

—E sobre su mula —explicó el desconocido.

Papá alzó entonces los ojos hacia mamá. Se miraron. Fue un instante, pero en él se hizo cuerpo y vida la esperanza.

Padre quiso hablar, y tan sólo movió la cabeza. Afuera seguía cayendo el agua sobre el camino, sobre los montes, sobre el arroyo; sus mil dedos ociosos tamborileaban en el techo de zinc.

—Ta pa allá —y señaló el Este.

Papá se acercó más.

—¿Dónde?

—No me progunte má —cortó el hombre.

Y al cabo de rato añadió:

—Búquela en la salía del sol, ante'j e llegar al tesar rió grande.

Y como viera que padre quería más datos, se adelantó, poniéndose en pié:

—No progunte má; no me comprometa.

El perro parecía estar bien allí. Padre se levantó y hurgó en el cajón del mostradorcito.

—Muchas gracias, amigo —dijo.

Le ponía la mano en el hombro mojado, cubierto con burda camisa de algodón. Al rato añadió:

—Tenga.

Y yo vi unas monedas pasar a la dura diestra del desconocido.

El hombre estaba cerca de la puerta.

—Espere el café, amigo —observó papá.

Y mamá se perdió en la sombra del comedor, con Pepito prendido de su falda, como un alfiler.

[5] ¿Por qué había de esperarse otro día, por qué? Llovía, cierto. Pero más allá de esa lluvia, y aun dentro de ella, como sembrada en su corazón, estaba el deseo. Simeón no pudo negarse, porque padre le regalaba los zapatos viejos, de lo que estaba tan orgulloso. Vino bien montado, en un caballo rucio bajito. Trajo hasta pellón.

Papá me colocó entre sus piernas, cubierto con un pedazo de yagua verde, para que la lluvia no me hiciera daño. Los animales a amasar el lodo del camino. Al volver la cara vi a Pepito estrujándose los ojos, que estarían enrojecidos de tanto llorar. Pero no me guardó rencor el hermanito porque él no fuera: me dijo adiós, removiendo su bracito blanco, sujeto siempre a la falda de mamá, que se alisaba con una mano los grises cabellos, mientras nos despedía con la otra.

Debíamos pesarle poco al mulo Grande, porque la alegría nos hacía livianos. Un poco delante, se bamboleaba bajo la lluvia la mancha negra del paraguas de Simeón.

A la vista del río se detuvo el Grande. No quiso andar más. Había echado raíces en la negra tierra de Bonaó. Y en ese mismo instante, cuando creí que iba a perder la paciencia por la testarudez del animal, me clavó papá sus dedos en el bracito derecho, e inclinándose sobre el camino, con una voz plena de emoción, en la que vibraban todos los tonos, cantó, más que dijo:

—¡Esta es la huella de mi mula, Simeón; ésta es su huella!

Y cuando volví el rostro para enterarme, vi temblar en los ojos de padre una lágrima pequeñita, transparente, como de vidrio. ¡Una lágrima en los ojos que se alzaron agresivos frente a todos los obstáculos!

Y he aquí que, como si temblara la tierra, empezamos a sentirnos inseguros sobre el Grande, que se sacudía nervioso y enseñaba los dientes al bohío que estaba escondido entre el guayabal, a nuestra izquierda. No esperó más. El instinto le llevó, golpeándonos las piernas entre los arbustos. Entonces surgió, limpio y grato, de atrás del bohío, el relincho alegre de la mula Melada.

Simeón se detuvo en la puerta. Nosotros seguimos. Bajo una enramada, junto a la cocina, estaba el animal. Era ella. Solo que la culebrilla le había abierto la carne, entre el pescuezo y el lomo, y las moscas ronroneaban sobre la llaga.

Yo no recuerdo bien aquello. Pero tengo así, confusamente, la idea de un hombre que corría entre los guayabales, sin hacer caso de la voz de Simeón. Y me parece también como que padre estaba abrazado a la cabeza de la mula. Y de que la besaba en los ojos.

[6] Volvimos esa misma noche. Caminábamos despacio, para que Melada no se lastimara. Recuerdo que padre y Simeón entraron en una pulpería. Yo los veía, desde la puerta, a contra luz. Eran como dos sombras que se movían y hablaban: La lámpara se reflejaba en los dientes de papá, bajo el bigote rubio. Creo que después tuvieron en alto una botella, pegada a las bocas. No sé bien; pero me asombró aquello, porque padre nunca ha bebido.

El dueño de la pulpería, un señor grueso, trigueño, me dio un paquete grande, lleno de coconetes y hojaldres. Me parece que aparté unos cuantos para Pepito y mamá. Lo que sí sé con seguridad es que, ya montados, pretendía seguir fielmente el compás de las pisadas del mulo Grande con la quijada, mientras masticaba dulce.

Desperté cuando ya la puerta estaba abierta y me ahogaba entre los brazos de mamá. Y cuando pasé por la habitación de padre vi parpadear la insegura luz de una vela negra frente a [la] imagen desteñida de San Antonio de Padua, ante la que tantas veces habíamos rezado para que nos devolviera la mulita perdida.

Fui despertándome poco a poco, jalonando el levantamiento de los párpados con los cantos de los gallos. La madrugada se metía por debajo del alero, azul y fresca.

Pepito tardó un poco en desenredarse el sueño. Y cuando abrió los ojos, los embarró en mi cara, como si no se explicara aquello.

—¡Oh! —dijo— ¿Volvieron?

Yo tenía un cansancio duro entre los muslos.

—Sí, anoche —expliqué.

—¿Y la Melá? —preguntó.

Pero no me dio el placer de historiarle nuestro viaje: se lanzó del catre, desnudito, tan blanco como un cascarón de huevo, y corrió tropezando con las sillas.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba.

Yo estaba sentado en el catre, con las sábanas suya y mía amontonadas en las piernas, y le veía hacerse gris, negro, hasta desaparecer su imagen vaga entre las sombras de la habitación paterna.

Después se hizo todo confusión, porque mamá empezó a agriar la madrugada con sus regaños, y Pepito correteaba de un lado a otro, mientras los gallos escandalizaban en el patio.

Yo me tiré también del catre. Me fui al cuarto de papá, andando trabajosamente porque me dolían las piernas; pero no pude explicar a mi hermano que le había traído coconetes y hojaldres, porque padre le tenía en la cama y jugaba con él haciéndole cosquillas. Se llenaba la habitación con las risas nerviosas y sazonadas de Pepito. Allá, por la cocina, mamá protestaba no sé de qué cosa.



[7] No tuvimos que ir al potrero de los mulos, aquel tan lejano, que seteaba sobre la loma y estaba siempre húmedo, como cabeza recién mojada: la Melada se había quedado pegado a la casa, en el primer “vaso”, junto al naranjal.

Tomamos café en la cocina. Recuerdo bien aquel refugio de nuestra niñez, tan pequeñita, tan limpia, hecha de tablas de palmas, con un dorado techo de yaguas. Un cajón de madera, largo y bajito, lleno de tierra, servía de fogón. Estaba montado en cuatro patas, y tanto ellas como la madera que sujetaba la tierra se mantenían blancas, con esa blancura pálida y grata de la tabla lavada. Encima tenía una gruesa capa de ceniza bien pisada y en medio había tres hornillas de barro horneado, sobre las que se colocaban las negras pailas. En un rincón colgaba la ristra de ajos; en otro estaba la leña rojiza, abundante, olorosa. En el lienzo que daba al este colocaba mamá las jigüeras, tan limpias como la madera del fogón; y en el rincón del Noroeste, el que estaba cerca de la puerta y quedaba siempre a su derecha, había una barbacoa alta, con latas de sal, de azúcar; con paquetes de orégano, de cilantro, de cebollas, platos vacíos y cucharas. Allí ponía ella el arroz, envuelto, y las gallinas subían a picotearlo. Dos bancos largos, amarillentos, y tres sillas serranas viejas, acojían las tertulias de los anocheceres friolentos, en los que mamá se complacía brindando su celebrado café a los vecinos que venían a charlar sobre la lluvia, o sobre la revolución, o sobre el precio de los productos. Allí me contó el viejo Dimas las primeras historias de fantasmas que ablandaron mis oídos y mi corazón. Allí, cuando llovía, nos entreteníamos Pepito y yo haciendo dibujitos sobre la ceniza del fogón, con astillitas de cuaba, las astillitas que madre sacaba cada mañana, trabajosamente, de un corto y grueso pedazo de pino. Y allí nos pescaba ella, cada vez que volvíamos confiados en su imposibilidad de competir con nuestra agilidad, después de haberle huido por entre los alambres a la amenaza de una pela.

Allí nos quedamos aquella mañanita, como en casi todas: de cuclillas en el fogón, tras las hornillas, viendo crecer la inquieta llamita roja que se hacía negra en el envase donde el agua esperaba calor. Juntitos, sin que neces[er]táramos levantar la voz, le fui haciendo la historia del viaje, y recuerdo como reían sus azules ojos cuando le expliqué que el ladrón había huido por los guayabales, acosado por la imponencia de don Simeón, el celoso alcalde.

Mamá iba y venía, regañando entre dientes, y tenía un pálido color gris en la cara. Se movía perezosamente, tirando del paño que le cubría la cabeza, friolenta.

Padre estaba allí, en el banco, hablando también. Oíamos su voz aguda y enredada. Le explicaba a mamá lo mismo que yo a Pepito. Estaba rojo, como la llamita, y los ojos se parecían al trocito de cielo que veíamos a través de la puerta, montado sobre el zinc de la casa.



[8] Papá nos llevó al primer "vaso". Ya el sol esponjaba el paisaje. Yo vi la Mula antes que Pepito, porque padre me llevaba en brazos, temeroso de que la tierra húmeda me mordiera en el pecho con uno de aquellos cataros que tan mal me ponían.

Iba detrás de nosotros otro hombre. No le recuerdo bien; ni siquiera podría decir si llegó a la cocina estando nosotros o si llegó después. Algo relacionado con él hay en mi mente, pero todo eso está muy borroso. Me parece que en su casa engordaban puercos de papá, y que Pepito y yo íbamos a veces; nos encar[*a*]mábamos en las pocilgas a tirarles maíz, y a los tres días sentíamos comecazón en los pies, por entre los dedos. Mamá regañaba entonces diciendo que nos iba a romper la cabeza, que nos ahogaría; decía otras cosas peores. Y todo porque una cocinera que tuvimos cierta vez, delgada, larga, de carne resaca como persona que no vive en su cuerpo, le dijo que las niguas pasaban.

Aquel hombre, si no me equivoco, se llamaba Mero. Nada más lo recuerdo como una cosa alta, ancha, increíblemente fuerte y lenta. Cuando quiero precisar su cara la veo tan solo como una mancha de leve color azul, como sombrero de fieltro negro. Sin embargo, no olvido los ojos de Mero: eran tan tranquilos; daban tal impresión de vastedad, así, negros y de brillo parecido al de los machetes nuevos, que mi recuerdo se ahoga en ellos, lentamente, como quien se va hundiendo en el agua oscura y espesa de un pantano viejo.

Pues bien: Mero acompañaba a papá en sus viajes, y yo recuerdo su rostro como una mancha azul porque le veía nada más cuando salía con él, de madrugada, o cuando volvía, casi siempre de noche. Pero Mero vino ese día. Yo asomaba la cabeza por el hombro de padre. Observaba las arrugas que la brisa hacía en su blanca camisa. Detrás venía Mero, tan sólido, tan ancho. Recuerdo que su machete se mecía al compás de su paso.

Pepito saltó la tranca, sin perder tiempo en quitar los maderos. Alcanzó a ver las puntas de las orejas de Melada y salió corriendo. Se hundió en la yerba, que parecía amarilla de tan nueva.

Cuando papá me dejó en el suelo, doblando el cuerpo para pasarme al otro lado, corrí también. Y vi a Pepito sujetando con ambas manos una pata de la mula, rozando su carita blanca contra la piel bermeja del animal. Había tanta ternura en su mirada, tanto amor en su gesto de

impotencia, que tuve ganas de llorar. Cuando Mero llegó puso un dedo en el lomo de la Melada y ésta empezó a temblar y a volver hacia nosotros sus húmedos y mansos ojos. Movía el rabo, espantando las moscas que revoloteaban alrededor de su llaga. Mero dijo:

—Por poco la matan, don Pepe.

Y papá arrugó los labios, que el sol de la mañana hacía brillantes.

[9] Padre volvió a cargarme, después de estar largo rato fumando, sin decir palabra. A veces movía la cabeza de un lado a otro, como quien se resiste a creer lo que ve. Después se acercó a la mula, palmoteó en sus ancas, con suavidad, y me tomó en brazos. Recuerdo que la colilla humeó un poco entre la yerba.

En casa estuvo papá traginando, buscando cal y creolina. Mero salió con ellas, a curar la Melada. La sombra suya no era tan larga como su cuerpo cuando volvió. Un maravilloso sol de oro se derretía entre los naranjos, donde jugábamos Pepito y yo cuando le vimos venir. Pasó de largo, sin mirarnos siquiera. Pero pareció que la mula se curaría, porque a la hora de comida estaba papá alegre. Tal vez fuera, también, la brisa retozona que se metía por la puerta y se enredaba entre los cabellos rubios de Pepito; quizá por la grata impresión que producía el blanco mantel; tal vez porque ese día hizo mamá “cocido”, ese dorado plato que tanto le recordaba su tierra.

De sobremesa se habló del hombre oscuro que trajo la noticia que hizo posible el encuentro de la Melada. A mí me agradaba mucho aquello que conjeturaba mamá, no sé bien qué cosa de si el hombre era San Antonio de Padua o un Angel bueno. Pero papá sonreía de un modo falso, y al fin acabó diciendo que no dijera tonterías de esa naturaleza cerca de nosotros. Mamá terminó por volverse dura otra vez. Apretaba los labios y palidecía. Corrigió en alta voz a Pepito porque tenía la cara embarrada con salsa de carne. Papá dijo, también, que eso era incorrecto. Pero Pepito era muy desvergonzado cuando se trataba de comida, y siguió prendido de un gran hueso, igual que un perrillo hambriento, a quien no le molesta que llueva o haga sol. Sol; eso es. Como aquel de oro que embarraba todo el patio y se metía por la ventana para dormir en el piso, como los pobres.

[10] Volvíamos muchas veces a ver la mula. Se notaba, día a día, como iba subiéndole la carne sana, desde lo hondo de su cuerpo. Ya no era tan fácil verle las costillas; y no tenía aquella mirada tímida tan humana que trajo del Bonaio.

Mero cruzaba, a veces, por el patio, callado siempre, camino del potrero. Parecía que nada, aparte de la Melada, le interesaba en casa. Solo cuando retornaba se detenía un poco en la puerta de campo, a decirle cosas a papá que solo ellos oían. Padre movía la cabeza afirmando, entraba en la habitación que daba al camino, buscaba entre los paquetes y le regalaba algún cigarro. Otras veces se hurgaba los bolsillos, y cuando eso sucedía se notaba claramente que el paso de Mero, cuando se iba, era más ligero, como si pesara menos que un momento antes.

Una tarde, por fin, vino Mero acompañado del potrero: traía a la mula al extremo de una soga. El animal traía un trotecito alegre, y la piel le relucía bajo el sol paternal. Movía la cola sin cesar, y alzaba la fina cabeza.

—¡Pepito! ¡Pepito! —grité— ¡La Melada está aquí!

Mi hermano apareció por la ventana, todo apresurado, y antes de que mamá lo impidiera, se tiró por ella al patio. Padre no dijo nada porque estaba en ese momento acariciando el vientre del animal.

Mamá comentó:

—Pero si ya está buena, Pepe.

Y papá se acercó más, para observar el lugar donde había estado la llaga. Tenía todavía la piel delicada, y no lucía pelos, sino una mancha negruzca, moteada de pintas pálidas, cuando padre le puso el dedo índice, ahí, la Melada se movió nerviosamente, y hasta pareció no estar dispuesta a aceptar inspecciones de esa naturaleza. Entonces papá se apartó, se rozó ambas manos, y sonrió. Mero también sonreía y aparentemente estaba pendiente de los ojos de padre.

—Bueno —dijo—. Yo la llevo pa'l río, don Pepe.

Papá acogió con calor la idea. Se estuvo buen rato plantado, como es su costumbre, con pié delante del otro, las manos embolsilladas y la cabeza alta. La vimos irse con paso lijero, moviendo a derecha e izquierda las brillantes ancas. Iba sobre el sol, que alumbraba derritiendo oro.

Padre se volvió a nosotros. Y sonreía. Sonreía...

[11] La Melada hará su primer viaje. Papá ha estado una semana preparando la carga, que es de andullos toda. Saldrán mañana al amanecer. Ella está brillante. Le recortaron la crin, y los pelos de las orejas. Mero estuvo revisándole los cascos, ayer tarde; la llevó al río y la peinó, con esa raqueta de hierro que trajo papá en su último viaje. Mamá me prometió sacar la luna del baúl mañana. Porque sucede que madre es quien la guarda, cuando no sale. Muchas veces he ido a rogarle para [que] nos la enseñara, porque me agradan mucho las noches cuando ella las alumbraba, porque parecen más altas, tanto que no se las ve fin. Pero si son negras,

como cuando llueve, por ejemplo, me asusto pensando que se caerá sobre la casa, mientras dormimos, y nos aplastará, sin compasión alguna, con igual crueldad que un hombre malo. Entonces me arropo todo, de pies a cabeza, y respiro bajito. Así no la veré venir, ni tendré esa locura de pesadilla que me figuro me agarrotará cuando empiecen a crujir los maderos que sujetan del zinc, estallando en roturas bajo el peso cada vez mayor de la gruesa noche.

El baúl donde mamá guarda la luna es viejo, forrado de papel rojizo, con líneas negras a los lados. Descansa allí, y los ratones le comen un pedazo, cuando se está mucho escondida. Por eso sale con pedazos menos, porque la luna es sabrosa como el queso de bola, y los asquerosos ratoncitos le clavan los dientecillos, tan blancos y tan finos, hasta dejarla en una orilla.

Pepito me dijo muchas veces que no fuera tan tonto. Recuerdo como se acaloraba, tratando de desenredar las palabras. Movía los brazos y los ojos.

—¡Eres un bruto! —terminaba diciendo.

Porque yo no podía creer que madre mintiera. Todas aquellas cosas que ella me contaba; esas historias lentas y oscuras de hechos sucedidos en el cielo, o de muchachos que se habían vuelto piedra por malcriados: todo cabía en mi mente. Y me parece que debía abrir mucho los ojos, para que entrara por ellos el asombro de esas novedades. Posiblemente dejé de creerle cuando me convencí de que las uñas cortadas no crecía, según me aseguraba, en arbolitos que daban monedas en vez de frutos. Estuve mucho tiempo haciendo el experimento. Pero ella me decía que no siempre se producen todas las semillas.

Mamá abusaba mucho de mi credulidad. Ahora me duele. Me duele muy levemente, claro. Y otras veces pienso que sin esos engaños, no hubiera habido, tal vez, un solo instante de felicidad en mi vida. Porque la esperanza de ser como los héroes de sus historias; o la de ver crecer el arbolito de las uñas; o la de descubrir un rayo de luna escapándose a través de una hendidura del baúl, me iban haciendo crecer con el desengaño, una pasión desbordada de nuevos horizontes. Mi almita de niño era entonces una cosa que se ampliaba día a día, como la onda del estanque golpeado es mayor cuanto más se acerca a la orilla.

¿Por qué había madre de decirme, por ejemplo, que si lograba pisar la cabeza de mi sombra, en la mañanita o al atardecer, me volvería inmediatamente un príncipe y saldrían de la tierra golpeada con mi pie un millón de enanillos con capuchas rojas y cascabeles en la ropa que harían cuanto yo les ordenase? ¿No sentía dolor de machacar así mi inocencia cuando me veía, junto a la casa o en el camino, saltar hasta cansarme, tratando de dar con el talón sobre la cabeza de mi sombra, que saltaba también conmigo y era, a esa hora, sólo una débil mancha azul sobre el

oro del sol y del polvo? ¿Nunca pensó mamá que todavía hoy, ya hombre, había de esperar encontrar encerrada un día, en cualquier viejo baúl, la luna?

¡Y bien tonto que era! Pepito nunca creyó. El se reía, y apretaba los labios contra los dientes. pero mi hermano fue siempre malicioso, o mejor: incrédulo. De ahí que, aun sabiendo que no lo necesita, se aferra a la vida con uñas y dientes: no cree estar seguro. Yo, en cambio, sigo buscando el resplandor lunar en el baúl desvencijado de un pecho humano.

De madrugada nos despertaron las voces de Mongo y de papá. La cocina ardía con la luz gruesa de la cuaba. Hasta el comedor llegaba el rojo resplandor de la candela.

Hacía frío, un frío tímido y retozón. Pepito y yo quisimos salir al patio, pero mamá gr[í]tó algo de catarros y enfermedades. Abrimos la ventana, subidos en sillas, e hicimos de ella balcón sobre la madrugada.

Allá arriba, en el este, la luna atravesaba velozmente una inmensa nube morada.¹ Estaba amarilla, color de auyama, y era grande² como una torta de casabe.

Los mulos se movían en el patio. Eran solo montones de sombras azules y luces verdes.³

Papá gritaba mucho. El mismo cargaba los serones de andullos, ayudado por Mongo. Pero todo era allí confuso; hasta las voces de papá. Solo una cosa había determinada, brillante y viva: el lomo de la Mañosa,⁴ que estaba ensillada ya y amarrada al portón.

Pepito hablaba bajito y reía. Recuerdo bien cómo se le enredaba un pedacito de luna en los cabellos erizados y rubios.⁵

—¿Cuándo terminará mamá?

El patio hedía a estiércol. El mulo Grande pretendió morder a la Blanca, y papá gritó más alto, mientras le sujetaba por el barbuquejo. Después padre vino, hacia la ventana, cruzando el patio.⁶ Nos enseñaba los dientes, pequeñitos y amarillos; sujetó mi mejilla, con la mano izquierda; pero no habló.⁷ Salió luego hacia la cocina. Entonces Pepito se tiró de la silla y corrió. Mamá quiso regañarle, pero él se metió tras padre y éste⁸ le puso en las piernas.

¹ ...morada. *Madre la había soltado esa noche, según prometió. Estaba...*

² ...grande, casi como...

³ ...verdes. *Veámos la luna bañando todo el potrero vecino, con blandura.*

⁴ ...Melada...

⁵ ...rubios. *Los ojos eran como sombras oscuras, esa noche; y no tenía el vivo rosado de siempre, sino que era pálida su color. Le gustaba mucho el café y repetía constantemente:*

⁶ ...vino, cruzando el patio, hacia la ventana. Nos...

⁷ ...izquierda. *Recuerdo bien que la tenía húmeda. Salió...*

⁸ ...regañarle, pero se metió también en la cocina y padre le puso...



[12] En la cocina, acucillado sobre el fogón, volvieron a ser rojas las mejillas de Pepito.⁹

Papá estaba de pié, abrazado a madre, y ésta regañaba porque padre no le dejaba colar el café. Papá parecía muy contento. No tenía saco todavía; pero usaba polainas, aquellas viejas y descoloridas que yo veía siempre en un rincón de su habitación.

Coló al fin mamá el café; era negro y oloroso. Pepito bebió en una taza grande. Mamá comentó que le gustaba demasiado y eso le haría daño; pero mi hermano se regustó, como si no la oyera, y pidió más.

Seguía papá sonriendo. Salió un momento a la puerta y conversó con Mongo. Después dijo a madre:

—Me voy, Angela.

Me cargó, apretándome calurosamente contra su pecho generoso, y entró conmigo en el viejo comedor, tras la luz roja de la lámpara que madre llevaba.

Fue luego a su habitación; salió con un saco negro y con sombrero de fieltro. Se había puesto el revólver. Brillaban los cascarones de las balas, como si la luz los rascara; entonces se inclinó, abrazó a Pepito y le besó en la mejilla. A mí no; a mí me tuvo pegado a¹⁰ su cara, largo rato; y yo sentía las lágrimas subiéndome desde el pecho.¹¹

Se incorporó después, besó a mamá, que parecía una mancha gris entre la pintura roja de la lámpara, y salió.

Nos fuimos a la ventana, para verle montar. Lo hizo de un salto, con elegancia; removió una mano, volviéndonos el frente, y clavó a la mula. Llevaba la rienda en alto, entre sus dedos diestros.¹²

⁹ ...Pepito. *También los ojos parecían enrojecer.*

¹⁰ ...pegado en su...

¹¹ ...sentía cómo las lágrimas me subían como un calor, desde el pecho.

¹² ...mano, volviendo el frente, y clavó a la mula. Llevaba en alto, entre sus dedos diestros, la rienda.

Nosotros salimos también al patio. Mongo se mecía sobre el mulo Grande. Era sólo una sombra oscura con reflejos claros. Gritó:

—Mulo... .

E hizo restallar el fuele, que resonó en la casa como un tiro. A la orilla del camino, agarrados de la falda maternal, vimos la recua alejarse al trotecito. Era como si la noche se fuera con ellos.

Padre se ad(i)vinaba como algo inseguro, mecido por el buen paso de Melada (La Mañosa). Todavía nos decía adiós. Pero en la encrucijada había árboles que llenaba de sombras el camino. Y la encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, para robárselo a nuestro cariño.



Nuestra casa estaba pegada al camino.¹³ Era grande, de madera, techada de zinc, y el sol le había dado ese color de suela tostada que tenía.

Antes de llegar a ella había que cruzar el Yaquecillo, y poco más adelante, el Jagüey. El Jagüey era misterioso, porque cuando no llovía¹⁴ se perdía en la arena dorada de su cauce, para reaparecer mucho más lejos, en la vuelta que daba por nuestros potreros. El Yaquecillo es hoy una charca, poblada de cañas lozanas, en la que se crían mosquitos y sanguijuelas.

El lado norte de la casa daba al camino. Tenía ese frente cuatro puertas anchas y altas, pero las dos que estaban más cerca del Yaquecillo no se abrían nunca. En la pared que recibía el primer sol había tan solo una puerta y una ventana; la puerta correspondía a la habitación esquinera que servía de almacén y pulpería, en la cual había siempre, medio hundidos en la penumbra, serones de andullos, sacos de frijoles, cargas de maíz, y un pequeño mostrador pegado a la puerta que daba al este. La ventana correspondía al comedor, que estaba justamente detrás del almacén-pulpería; y el sol tibio que se metía por la ventana, antes de la tarde, se echaba a dormir sobre la mesa, como un muchacho mal educado. El lado sur era más complejo: había allí, casi pegada a la esquina sureste, una puerta desde la cual salía una calzada¹⁵ de piedras hecha por papá que conducía a la cocina, humilde ranchito de yaguas, livianito y dorado, que tiraba su sombra¹⁶ sobre el patio. Más allá de la puerta, y correspondiendo también al comedor, había una ventana abierta al azul del cielo. Las otras dos puertas que seguían enfilándose en esa misma pared, así como otra alta ventana, eran las salidas al patio de las habitaciones, paterna la primera, y de Pepito y mía la segunda. De manera que nuestra habitación estaba en el rincón, con vistas por puerta y ventana, al sur, y por una claraboya de persianas, al oeste.

En este último lado no había más que esa claraboya, porque daba al Yaquecillo, que ya por esa época empezaba a arrastrarse penosamente por entre lodo y yerbajos.

El color quemado de la casa era problemático y engorroso: el frente del camino parecía tostado, pero nada más tostado; el del sur era pálido, manchado de verde. Y era que en él se restregaba la lluvia larga de los inviernos.

Nuestro patio estaba encerrado entre una palizada de alambres de púas, que empezaba en la esquina noroeste, y se cortaba a los dos metros

¹³ ...estaba a la derecha, pegada al camino, cuando se hace el viaje de La Vega a la Capital. Era...

¹⁴ ...misterioso, porque se perdía...

¹⁵ ...calzadita...

¹⁶ ...sombra, por la mañana, sobre...

para dejar subir el cuadro del portón. Consistía éste en dos espeques gruesos y cuadrados de guayacán, puestos a cerca de tres metros uno de otro. Encima tenía un techito de zinc gracioso por lo pequeño, que parecía techo de casa de muñecas. Después del segundo espeque seguía el alambre de púas, para doblar en ángulo recto a los veinte pasos y enfilarse hasta tropezar con el primer “vaso”, la parte de potrero que cercaba el patio por el sur y la cual reservaba¹⁷ papá para echar los animales enfermos, porque le era más fácil curarlos ahí que hacer corretear los peones por la inmensa alfombra verde que se extendía hasta los cerros que cortaban el cielo hacia el sur.

El patio, en la parte este, como era camino obligado del portón al potrero, estaba dorado de menudo polvo, huérfano de grama; pero la yerba se amontonaba en la caseta de desperdicios, que estaba pegada al potrero. En el ángulo suroeste había un naranjal oscuro, de árboles nervudos y pequeños, con las cortezas bla[n]queadas de hongos. En esas cortezas grabamos cien veces Pepito y yo nuestros nombres y las letras que papá nos enseñaba en las primas noches llovidas.

Nuestra casa parecía, pues, una eminencia mohosa, con corona¹⁸ de plata, porque el zinc brillaba a todos los soles.

No había caminante, de este a oeste o de oeste a este, que no se detuviera un segundo a saludarnos, o que, si era desconocido, no hiciera más lento el paso de su montura al cruzar por el trocito de camino que se echaba, frente a la casa, como perro sato.¹⁹

Desde esa puerta que daba al camino,²⁰ veíamos el tupido monte que orillaba al Yaquecillo: pomares, palmas reales, guayabales, algarrobos. A la izquierda se hacía alta y sólida la tierra en las lomas de la Cortadera y Pedregal. A la derecha, siempre pegado al camino como potranca a yegua, se iba haciendo pequeño el monte, pequeño, cada vez más, hasta arremolinarse en la fronda que cubría la primera curva.

En esa fronda se ahogaba papá cuando se iba; y a esa fronda, que llamábamos la Encrucijada porque entre ella cruzaba el camino de Jagüey Adentro, íbamos a esperarle cuando pensábamos que ya era tiempo de volver. Pero si la lluvia roncaba sobre el Pino²¹ teníamos que conformarnos con esperar en²² la puerta. Sucedió a menudo que papá llegaba de noche. Cuando eso había²³ nos tirábamos nerviosamente de nuestro

¹⁷ ...guardaba...

¹⁸ ...mesetas...

¹⁹ ...echaba, como perro sato, frente a la casa.

²⁰ ...camino, junto a la cual fue pasando nuestra historia en cada uno, veíamos...

²¹ ...Pino, como la vez que la Melada reanudó sus viajes, teníamos...

²² ...a...

²³ ...sucedió...

catre y correteábamos como locos entre las sombras rojas de la casa, dando gritos de contento y buscando con nuestros bracitos inexpertos el torso recio y caluroso de papá.

[13] A fines de Octubre la lluvia era una cosa perenne sobre la tierra. Todos los horizontes se gastaban en el gris de la lluvia. Ya cada gota se me antojaba un cordón largo desde el cielo hasta el techo, o hasta el camino.

Una gallina había sacado, pero los pollitos se le fueron muriendo poco a poco, quizá de frío. De manera que para Pepito y para mí, el único entretenimiento²⁴ posible fue, durante largos días, corretear por entre la casa y jugar a escondidas tras los sacos de maíz y las cargas de frijoles.

Mamá parecía haberse vaciado de espinas. Se había endulzado un poco; rezaba a menudo y los pómulos le hacían esquinas en la cara.²⁵

Mamá no perdía²⁶ la ocasión de la ausencia paterna, para hacernos rezar. Cuando padre estaba aquí no podía²⁷ hacerlo, porque él se oponía,²⁸ a veces con burlas, a veces con pleitos. Sin embargo me gustaba rezar. *Encontraba*²⁹ *un placer especial*³⁰ en estar de rodillas, las manos juntas sobre el pecho, conversando con Dios. Una gran bondad me invadía, y sentía el cuerpo livianito, como dispuesto a volar.

²⁴ ...mí, la única entretención posible...

²⁵ ...cara.

No venía papá. La espera se alargaba más de lo soportable. Pepito y yo estábamos condenados a no ir hasta la Encrucijada, porque yo era débil y propenso a los resfriados. Mi hermano encontró, entre el baúl de trapos viejos, un raído saco de padre, en el que habían hecho agosto los ratones, y se pasaba los días enfundados en él. Hedía a cucarachas de un modo insufrible. No podía resistirle. La primera noche intenté dormir con la prenda; pero yo protesté tan vivamente, grité y amenacé tanto, que mamá vino en mi ayuda y se puso de mi lado. Pepito dijo que era envidia. Nunca me volverá a doler una palabra como me dolió esa: lloré hasta muy entrada la noche. Y todavía en la mañana, cuando mi hermano me sonreía sin comprender el alcance de su insulto, me herían sus risas como espinas de moriviví.

Mamá...

²⁶ Mamá no ha perdido la...

²⁷ ...padre está aquí no puede hacerlo...

²⁸ ...opone...

²⁹ ...me gusta rezar. Encuentro un...

³⁰ Subrayado en el original.

Orábamos en la habitación de mamá, que en el primer nudo negro de la noche se llenaba de sombras. Se veían éstas colgando de los rincones, pegadas al techo. En el ángulo sureste había una tablilla y sobre ella una desteñida imagen de San Antonio de Padua, calvo y humilde, con el rostro envuelto en inexpresable dulzura, la cabeza ladeada y un rollo niño entre los brazos.

San Antonio, según mamá, hacía incontados milagros. Le encendíamos³¹ una hedionda vela de cera negra enfrente, y aquella lengua roja de luz que se gastaba en humo espeso, llenaba de resplandores rosados los más lejanos trozos de pared. El mismo Santo parecía enrojecer, y la llamista le lamía la calva con enfermizo placer. A menudo me sorprendía a mí mismo alejado de la oración, de los santos, de la tierra: me emborrachaba levemente aquella lucecita temblorosa, que daba tumbos a cada empujón del viento húmedo y rendijero; que parecía quemar las rosadas mejillas de Pepito y encendía infiernos en los ojos oscuros de mamá.

A veces, si no llovía, era tal el silencio que se iba envolviendo alrededor de la vela, que oíamos claramente las cuentas del rosario golpeando entre los³² dedos de mamá. Ella abría los labios y los juntaba tan de prisa que no podíamos seguir sus movimientos;³³ pero ni un murmullo salía de entre ellos: era la oración dicha con el corazón, en la que los labios intervenían tan solo por costumbre en la modulación de la palabra, aunque ésta no se oyera.

Al terminar ensayábamos un suspiro. Pepito y yo nos limpiábamos las rodillas, endurecidas ya, y mamá se estrujaba con la mano diestra la cenizosa cara, mientras sujetaba el rosario con la otra, sobre la falda. Entonces empezaba³⁴ con voz susurrante, alguna vieja historia que sus labios heredaron del abuelo.

Salíamos después de la habitación para registrar las puertas, los rincones oscuros y debajo de las camas y catres. Hablábamos un poco de papá; deducíamos dónde estaría, ella refiriéndose a todo el camino, yo, desde el Bonaó hasta el Pino, que era el único conocido por mí, y Pepito de Jima a casa. Después nos acostábamos. Y hasta los primeros plomos del sueño me³⁵ perseguía aquella sensación de liviandad y de silencio que me³⁶ iba arropando desde la vela negra y hedionda.

³¹ ...milagros. *Ella le encendía* una

³² ...los *recios* dedos...

³³ ...seguir *el movimiento*, pero...

³⁴ ...empezaba *ella* con...

³⁵ ...*nos*...

³⁶ ...*nos*...

[14] Cuando padre no estaba en casa, se le limaban³⁷ a mamá aquellos fillos cortantes que tenía en la cara y en los ojos. Se hacía dulce, amable, silenciosa. Irradiaba un suave calor, en la mesa, en la cocina; en todos aquellos sitios que la conocían arisca y agresiva. Le gustaba echar maíz a las gallinas, de mañanita, y hacer historias agradables. Por los días del último viaje de papá se mantenía arrebujada en una frazada gris, medio deshilachada y fuera de uso, porque la lluvia sembraba el frío en la tierra y al amanecer venía el viento cargados de agua, empujando desde los cerros azules que levantaban nuestro potrero.

Las mujeres del lugar venían más a menudo, lentas, tímidas; se metían en la cocina y allí hablaban de cosas vagas.

Pepito y yo teníamos las cortas horas de sol entre nuestros pies ágiles y blancos que el lodo hacía pardos o negros. Correteábamos por el camino, nos íbamos a Jagüey, apedreamos los nidos.

Un día, a la hora de comida, mamá nos dijo que no debíamos salir de la casa o del patio. Por la mañana había estado bastante jente en casa, entrando y saliendo. Dejaban caer unas palabras espesas e inaudibles. Comentaban algo entre lentitudes y gestos importantes. Todo aquello lo veíamos Pepito y yo, pero cada uno hacía un esfuerzo para no oír y no mencionar palabra.

En la ventana que daba al comedor se dormía el gris amarillento de un día sin sol. Los ruidos parecían chocar con la espesura del día. Entonces mamá lamentó:³⁸

—Y Pepe tan lejos...

Pepito me miró. Alumbraba en sus ojos la comprensión y la impaciencia. Tenía una inteligencia rápida.

—¿La revolución, mamá? —preguntó alargando el pescuezo.

Mamá comentó:

—Ya están matándose otra vez.

Y un silencio embarazoso se dejó caer, como muerto, sobre la blanca y sencilla mesa.

[15] En la noche fue Dimas a casa. Las cosas que hablaba tenían una fuerza rotunda. Era un hombre bajito, ancho de hombros y cabeza. Las piernas, cortas y gruesas, parecían clavarse en la tierra como espeques. Apenas podía mover los brazos, que eran como ramas sólidas. En las manos se notaba el ardiente contacto del loco sol³⁹ y eran tan nudosas y tan fuertes que sólo la idea de verme sujeto entre ellas me asustaba.

³⁷ ...casa, algo le limaba a...

³⁸ ...dijo:

³⁹ ...del sol tropical y...

Dimas tenía una frente ancha y chata. Bajo las tupidas cejas ardían los ojos sinceros, negros y agresivos. En la nariz bailaba su roja danza la luz del gas. Era una nariz que parecía de madera, o de barro: llena de asperezas y como desparramada por toda la cara. La piel oscura y tostada de ésta parecía carcomida por la blanca barba, que le cubría el rostro desde las orejas hasta el pescuezo.

Se sentó en una desvencijada silla criolla, escupió a un lado, extrajo el cachimbo y lo fue llenando lentamente de negro tabaco. Después me llamó, con su vozarrón infernal, y me dijo que le buscara “lumbre”.

No se había destocado todavía, y tenía el cachimbo encendido ya cuando entró mamá. Se incorporó, al verla, estrujó entre su manaza oscura el sombrero de cana.⁴⁰⁴¹

—Dios la bendiga, doña —dijo.⁴²

Y agregó mirándonos:

—Y a los muchachos.⁴³

Mamá señaló la silla.⁴⁴

—Siéntese, Dimas.

Dimas se recogió los pantalones,⁴⁵ puso los pies descalzos en los travesaños de la silla, descolgó, por la pierna derecha, el brazo de ese lado y con el codo del zurdo en la otra rodilla, sujetó el ca[c]himbo.⁴⁶

—Doña, La Vega está⁴⁷ en candela —dijo.

Nos hablábamos⁴⁸ en la habitación que daba al camino, larga y llena de rumores. Por la puerta veíamos el chorro de luz pegado al barro y la sombra negra del monte enfrente.

Un vientecillo fresco hacía remolinos junto a la lámpara, y detrás de Dimas se amontonaban los serones envueltos en sombras.

Mamá estaba sentada bajo la luz, con la cara entre la mano derecha. Vestía de blanco. Yo⁴⁹ veía el brillo de la luz en su cabeza gris. Pepito y yo habíamos tomado asiento junto a la puerta, acurrucados en nosotros mismos, silenciosos y asustados.

Dimas estaba en medio de la habitación. Entre él y mamá había no menos de diez pasos.⁵⁰

⁴⁰ *Entonces se incorporó, estrujó entre su manaza oscura el sombrero de cana, y saludó:*

⁴¹ *...sombrero de cana. Dijo:*

⁴² *—Dió la bendiga, doña.*

⁴³ *—Y a lo muchacho.*

⁴⁴ *...silla y le invitó.*

⁴⁵ *Entonces Dimas recogió los pantalones, por las rodillas, puso...*

⁴⁶ *...ca[c]himbo, que parecía un pequeñito manantial por el que fluía sangre a ratos.*

⁴⁷ *...ta...*

⁴⁸ *Estábamos...*

⁴⁹ *...derecha. Estaba vestida de blanco y yo veía...*

⁵⁰ *...pasos. A la izquierda de ésta estaba el maderamen del mostradorcito, con las tablas brillantes y como aceitadas.*

—La Vega está⁵¹ en candela, doña —había dicho Dimas.

Tornó Pepito a mirarme, con sus ojos azules y vivos. Tenía la rosada carita entre ambas manos.

Dimas nos recojía entre sus ojos como a basuritas. Y sobre mamá llovía una tristeza tan larga, que le borraba la cara, y hasta toda la figura.

Entonces Dimas se levantó, sujetó la silla y la levantó como si no fuera una cosa extraña a su brazo. Se acercaba despacio, como quien no desea hacer ruido.

—Estas son⁵² vagabunderías, doña —masticó.

Mamá hablaba como quien duda:

—Pero no será una cosa seria, Dimas.⁵³

—¿Sería?

En todo el cuerpo del viejo vibraba una rabia inexplicable.

—¡Me reclutaron los muchachos que estaban⁵⁴ en el pueblo con una recua!

Se había puesto de pié y parecía grande, inmensamente grande. Abría los brazos⁵⁵ y levantaba los agresivos ojos hacia la luz, que se escondía⁵⁶ en ellos.⁵⁷



—La Vega...

⁵¹ —Vega... *ta prendía* en...

⁵² —*Eto no son má que bagabundería*, doña...

⁵³ ...Dimas —*dijo*.

⁵⁴ ...reclutaron *lo muchacho que taban* en...

⁵⁵ ...brazos *como en un ruego magnífico* y...

⁵⁶ ...*escondió*...

⁵⁷ ...ellos.

—¡Me reclutaron *lo muchacho, doña!* —*repitió*.

Yo conocía los hijos de Dimas. Para recordarlos distintamente me basta hacer memoria de una tumba.

Frente a la Encrucijada había un grupo espeso y joven de robles. Ponían blanca de flores la tierra que recibí(a) sus sombras a medio día. Aquel baz fue debilitado por las hachas, una vez que papá contrató su madera en la ciudad. Pepito y yo fuimos a ver la tumba.

Dimas estaba sentado en un tronco caído, acariciándose la barba, y conversaba con papá, que le escuchaba de pié, las manos a la cintura, al tiempo de observar como trabajaban los muchachos. Eran dos, blancos, delgados y sudorosos. Apenas estaban vestidos, y el sol se restregaba contra sus torsos.

La luz caía entre los árboles y se rompía en las got(τ)as de agua que temblaban sobre cada hoja. De pronto los muchachos empezaron un canto monótono y doloroso.

Pepito y yo estábamos bajo un viejo y alto caimito. Veíamos desde allí saltar las astillas de madera y romperse contra los músculos de los hachadores. La madera blanca, que parecía blanda y húmeda, iba cediendo poco a poco.

Cuando caía uno de aquellos troncos esbeltos, arropado por las hojas de claro color verde, arrastraba entre sus ramas las flores de los que aún quedaban

—¡Me reclutaron los muchachos, doña!⁵⁸

El padre decía:

—¡Me los⁵⁹ reclutaron, doña!

La voz era ronca. Parecía querer llorar de emoción, como si estuviera al estallar en gritos. Sí. Faltaba⁶⁰ poco para que Dimas llorara. Era imposible imaginar aquel hombre fuerte, sincero y agresivo, retorciéndose en un dolor tan vasto, tan hondo.

Miraba a mamá y nos miraba a nosotros. Enfrente estaba la luz pegada al barro. Oíamos claramente el viento entre los naranjos del patio.

—Cálmese, Dimas —dijo mamá.

El hombre se sentó. Parecía un ovillo. Pepito me clavó los ojos, como alfileres.

Dimas empezó a hablar con calma, como si no hubiera dicho lo de antes:

—¿Usted sabe, doña? Estaba orgulloso de ellos... unos hombres serios, trabajadores...⁶¹

Mamá se apresuró:

—Pero eso pasa, Dimas; eso pasa.

El hombre volvió a incorporarse. Su voz llenaba la habitación, como un chorro de pedradas. Las palabras golpeaban contra el zinc.⁶² Se movía incesantemente. Los ojos parecían dos incendios.

—¡A mí no me importa que lo maten! ¡No me importa!

—Pero si no los matarán... —explicó mamá, moviendo una mano.

en pié, como si quisiera llevarse un trozo de la vida que le dejaban a sus hermanos. Por el hueco que dejaba el caído entraba el sol a chorros y se asomaba el cielo claro.

Los muchachos cantaban. Papá dijo:

—Son trabajadores.

Y Dimas comentó, mientras vaciaba en su mano zurda la ceniza del cachimbo:

—*Yo no crío jaragane, don Pepe.*

En mi memoria, pues, están aquellos hijos de Dimas resplandecientes de luz y sudor, desnudos de cintura arriba, jóvenes, delgados, ágiles y apelonados de músculos.

⁵⁸ —¡Me reclutaron lo muchacho, doña! —repitió.

⁵⁹ ...lo...

⁶⁰ *Con una voz ronca de emoción, como si estuviera al estallar en gritos. Y yo no podía creer que anduvieran por caminos recién hechos, de noche, la carabina al hombro, tal vez ensangrentados.*

Sí. Faltaba...

⁶¹ —¿Ute sabe, doña? Yo soy bolo, mi mujer e bola, ello son bolo...

⁶² ...pedradas. Golpeaban contra el zinc, las palabras. Se...

—¡Pero los reclutaron, doña!⁶³

Ahora ya era imposible calmarlo. Comprendíamos: había venido de su casa expresamente a desahogarse en la nuestra. Por todo el camino venía trezando estas palabras y esta rabia. No escupía ahora su amargura⁶⁴ por otra cosa. Pero en el bohío hubiera mortificado a su mujer. Sí. Había venido rumiando su inconformidad por todo el camino. Y de seguro maldijo al Yaquecillo, cuando lo cruzó.

Mamá se movió en la silla, adelantó el cuerpo; parecía interesada verdaderamente en la suerte de los muchachos.

—Récele a San Antonio, para que se los devuelva.

Se acusaba bien su figura, sobre todo porque la luz le pegaba del otro lado, y Pepito y yo veíamos claramente sus contornos.

Dimas callaba y la miraba. Aprobaba con la cabeza, pero se apretaba las manos.

Al hablar no contestó las palabras de madre, sino que siguió descolgándose por su dolor.

—Vea, doña. Permita Dios que no los malogren, porque yo todavía tengo bríos.⁶⁵

Y como si no fuera necesario agregar otra palabra, se puso en pie, cruzó la habitación y se arrimó a la puerta.

Estaba cerca de mí. Yo⁶⁶ sentía su olor de tierra, de sudor, de esterilla de mulo.

—Va a llover —explicó de pronto.

Efectivamente: por las rendijas se colaba el viento que trae agua.

—¿Y don Pepe? —preguntó de improviso, volviendo el rostro.

Mamá se levantó y caminó hacia la puerta también.

—No sabemos. Estoy mortificada —explicó.

Sacó la cabeza y miró hacia el Este, como quien espera. Las sombras de madre y Dimas ensuciaban el cuadro de luz que alumbraba el camino.

SEGUNDA PARTE

Revolución

[1] La vieja Carmita estuvo en casa. Llegó muy de mañana, trajeada con larga bata de prusiana morada. No traía paño en la cabeza y sus cabellos grises y brillantes resplandecían⁶⁷ al sol.

⁶³ —Pero *lo reclutaron lo rabuse*, doña!

⁶⁴ ...ahora *sus palabras* por...

⁶⁵ ...*Dio que no lo malogren*, porque yo *toavía* tengo *brío*.

⁶⁶ ...de *mí*, y yo sentía...

⁶⁷ ...y *su ca{b}llera gris y brillante resplandecía* al sol.

La vieja Carmita vivía en Jagüey Adentro. Era alta, delgada, de cara larga y huesuda. Nunca alzó la voz; nunca dejaron de ser sus ojos dos⁶⁸ luces tranquilas y perennes en medio de aquel rostro fino y oscuro como hoja seca.

Saludó en voz baja, desde el portal; entró, moviéndose gentil y suavemente. Ya en la puerta de la cocina apoyó un brazo en el marco y clavó el otro en su cintura.

—Doña, —dijo dirigiéndose a mamá.

Pero no quiso seguir hablando, como si temiera desatar aquella tristeza que le hacía nudos en los pómulos.

Después se acercó a mí.

—Dios te guarde, hijo⁶⁹ —murmuró.

Mamá la observaba, la acechaba. Aquella mirada llena de perspicacia que tenía madre no se enredaba entre palabras ni simulaciones.

—¿Ha sucedido algo en su casa, Carmita? —preguntó.

—No, nadita⁷⁰ —dejó oír.

Pero largo rato después, cuando habían parecido vidriarse sus ojos y cuando nos habíamos acostumbrados a no esperar sus palabras, dijo:

—Los muchachos⁷¹ que cojieron el monte.

Mamá no pudo reprimir un movimiento de la cara. Estaba lavando el arroz y se quedó inmóvil, como si se le hubiera roto un resorte por dentro. Miraba fijamente a la vieja, que se entretenía en desortijar mis cabellos.

—¿Y dice usted que cojieron el monte?⁷²

La mujer movió la cabeza de arriba a abajo.

No podíamos precisar qué sentía. parecía estar alegre, si bien seguía ostentando aquellos nudos de tristeza en los pómulos.

—Las malas compañías —explicó de pronto—. Se fueron cuatro o cinco.⁷³

—¿Y qué pretenden hacer? —objetó madre.

—Bueno, doña, ellos sabrán.⁷⁴

La mujer⁷⁵ detuvo la voz, como si le molestara hablar de tal cosa. Dejó quietos mis cabellos y tomó asiento en el banco. Empezó a tachonarse la falda, con los dedos, marcando los tachones⁷⁶ con las uñas.

⁶⁸ ...sus *ojos luces* tranquilas...

⁶⁹ —*Dió* te guarde, *jijío*...

⁷⁰ ...*naíta*...

⁷¹ —*Lo muchacho* que...

⁷² —¿Y dice *usted* que cojieron el monte? —*tanteó* mamá.

⁷³ —*La mala compañía* —explicó de pronto—. Se *jueron* cuatro o *sinco*.

⁷⁴ —Bueno, doña, *yo creo que son bolo*. Yo, *en siendo por don Juan*...

⁷⁵ La mujer *entonces* detuvo...

⁷⁶ ...dedos, *marcándolos* con las uñas.

—Doña...

Había alzado la cabeza e irradiaba serenidad. El humo lento de la leña se iba haciendo estrecho junto a cada hendidura.

—Los tiempo son feos —explicó— Ya yo perdí uno, que andaba con Demetrio por Macorís.⁷⁷

—Pero eso es muy doloroso, Carmita! —atajó mamá—. Ni siquiera sabe uno donde llevarle una flor...

—Peor es que salgan ladrones o pendejos, doña⁷⁸ —objetó ella.

Cuando hubo callado, me acerqué a la puerta. Verdaderamente, en aquella mañana tan clara y tan alta cabía toda palabra de resignación.

[2] Anduve buscando a Pepito por las barrancas de Yaquecillo. El arroyo se arrastraba entre cieno y los mosquitos zumbaban sobre el agua muerta. Arriba se mecían las pencas de las palmeras chorreadas de sol.⁷⁹

Mi voz sonaba de un modo raro. Yo sabía que Pepito debía estar cerca; pero no contestaba. Entonces, saltando piedras, mojándome unas veces y rabiando otras por las picadas de los jejenes, tomé la dirección del agua escasa y anduve por el cauce inútil.

Al principio me interesaba la zanja que contenía el precario arroyo por suponer en ella a mi hermano; después por sí misma. Hacia el sur distinguí los cuernos de una res que había bajado a satisfacer su sed⁸⁰ en el Yaquecillo. Poco antes de llegar al camino, que lo cruzaba sin saltarlo y sin perderse en él, sino solamente reblandeciéndose un poco, me detuve para ver dos ciguas que saltaban, piaban y revoloteaban casi junto a mí, entre las escasas ramas de un pomo.

Me tiré de espaldas, en un recodo de arenillas pardas, hasta donde llegaba el tibio sol. Un poco más hacia el norte empezaban a nacer cañas bravas. El Yaquecillo se ahogaba entre la yerba. Desde donde yo estaba⁸¹ podía ver las bayitas partiendo el agua escasa como oscuras y diminutas flechas.

El sol era llama brava sobre la tierra cuando desperté. Todo parecía, ante mis ojos adormecidos, cosa recién chamuscada. La voz de Pepito seguía persiguiéndome con llamadas desesperadas. Me incorporé. De la

⁷⁷ —Lo tiempo son feo —explicó— Ya yo *peidí* uno, que andaba con Demetrio *pa lo lao'j* e Macorí.

⁷⁸ —Pior e que salgan *ladrone* o *pendejo*, doña...

⁷⁹ ...muerta. *Sobre mí* se mecían *los cabellos* de las palmeras y *entre ellas* se *derretía* el sol.

⁸⁰ ...a *satisfacer* en el Yaquecillo *su sed*.

⁸¹ ...yerba. *Aquí, donde yo estaba, podía* ver...

arenilla parda se levantaba un calor insufrible. No lograba explicarme cómo pude dormir allí.

Mamá me dijo que tenía la cara llena de picadas. También las piernas parecían agujereadas.

Cuatro días después, al anochecer, un fuego cruel empezó a calcinarme las entrañas. Me dolían la espalda y las articulaciones.

[3] Simeón estuvo a verme, una mañana, y dijo que había que darme tisana⁸² de cuaba. Lamentó no poder enviar al pueblo en busca de medicinas.

Estaba sentado junto a mi cabecera y no se cansaba de acariciarse el áspero y rojo bigote. Tenía el sombrero negro en las rodillas.

Mamá se sentó a mis pies, en el mismo catre.⁸³

Simeón estuvo hablando de varias cosas. Dijo que yo podía levantarme cuando no me sintiera “calenturas”,⁸⁴ porque no me darían a diario. Agregó que debía comer bastante, sobre todo si sentía ganas.

Mi habitación se ahogaba en sombras. Sólo por la ventana que daba al patio entraba alguna luz, muy poca porque mamá no quería abrirla.

Cuando Simeón hubo acabado de hablar de mí, apretó los labios y empezó a golpearse las rodillas. Entonces mamá se adelantó a las palabras del alcalde preguntando:

—¿Es verdad eso, compadre?

Simeón dudó entre hablar o callar. Ojeó, receloso, y se rascó la barba.

—Me mandaron⁸⁵ a bucar de la Gobernación; pero lo que soy yo no voy... —dijo.

Mamá apoyó.⁸⁶

—Es lo mejor, Simeón. Nadie sabe para qué lo llaman.

Entonces el Alcalde enrojeció y permitió que le brillaran los ojos.

—Yo conozco estas cosas,⁸⁷ doña —aseguró.

Hasta entonces no se había movido. Pero tenía deseos de decir algo importante porque adelantó el cuerpo, doblándose sobre las rodillas, y volvió a ojear la habitación.

—Oiga —susurró; nadie para esto,⁸⁸ doña.

⁸² ...té...

⁸³ ...catre. *Tenía una color pálida y enfermiza.*

⁸⁴ ...sintiera *con fiebre*, porque...

⁸⁵ ...mandaon...

⁸⁶ *Y mamá que conoce esta gente y sabe cómo debe hablarle, apoyó:*

⁸⁷ —Yo conoco esta cosa, doña...

⁸⁸ ...naiden para eto, doña.

Movió un brazo, señalando hacia el Este, como si estuviera viendo a través de las paredes.

—Todo eso, desde el Bonaio para acá, está prendido. —dijo— Nazarito se alzó con su gente y Tencico Luna asaltó el Cotuy anoche.⁸⁹

—¿El Cotuy? —preguntó mamá llena de sobresaltos.

—Sí —atajó él—; pero⁹⁰ no se apure por don Pepe. Todo⁹¹ el mundo lo conoce.

Mamá se quedó pensativa. Le llameaban los ojos y con una mano, maquinalmente, me acariciaba la pierna.

Simeón miraba hacia la ventana con aires de persona que⁹² rumia un pensamiento importante.

[4] Esa misma noche llegó papá. Oímos⁹³ el tropel de mulos, cuyos pasos se hicieron rápidos al sentir la cercanía del potrero. Poco antes de llegar restalló Mongo el fuele, repetidas veces. Sonaron como tiros, bajo la hilacha de la luna que forcejeaba entre nubes.

Papá fue a mi cuarto inmediatamente. Sonreía a toda cara. En sus pómulos parecía la luz⁹⁴ una menudita mano roja.

Estaba todo lleno de lodo y dijo que sentía cansancio. Salió inmediatamente, cargando a Pepito, para vigilar la descarga. Oí después su voz potente dando órdenes en la habitación contigua.

Yo seguía paso a paso la faena. Por el ruido de los estribos comprendí que ya habían desensillado a la Melada. Mucho rato después, Mongo arreó a los animales. En la cocina roncaba la voz de mamá.

Papá volvió a mi cuarto. Para él era una cosa incomprensible aquello de que yo sufriera fiebres. Estaba hasta molesto.

Pepito vino corriendo a sentarse en sus piernas. Parloteó incansablemente, y tiraba de los bigotes de papá. Preguntó después qué le había traído. Entonces papá llamó a voces:

—¡Angela, Angela!

Mamá asomó por la puerta. Me parecía morada, lejana, desteñida.

—En el pellón hay unas cosas para ti y los niños.⁹⁵

⁸⁹ —*To eso, desde el Bonaio pá cá tá prendío.* —dijo— *Nazarito* se alzó con *toa* su gente y Tencico Luna asaltó el Cotuy anoche —explicó.

⁹⁰ ...*poro*...

⁹¹ ...Pepe. *To* el...

⁹² ventana, *como quien* rumia...

⁹³ ...papá. *Sentimos* el...

⁹⁴ ...cara. *La luz parecía, en sus pómulos, una* menudita...

⁹⁵ ...niños —*dijo padre.*

Ella no contestó. Me pareció⁹⁶ que había mujido, como becerro; pero es intraducible ese sonido con que mamá quería explicar que estaba bien. A seguidas se movió hacia nosotros. Parecía andar sin su voluntad. Tomó asiento en mi catre.

—¿Es cierto que está fea la cosa, Pepe? —preguntó.

Papá sujetaba a Pepito entre sus piernas, con las manos entrelazadas sobre el vientre del hijo.

—He llegado aquí milagrosamente —explicó⁹⁷ mirando fijamente a mi madre.

Yo traté de incorporarme. En eso un golpe de viento hizo tambalear la luz como si hubiera estado borracha.

Mamá no se desprendía de los azules ojos de padre. Tampoco yo. Veía a papá quemado, oscuro como madera al sol. Un silencio pega[7]oso rodaba por la habitación. Lo quebró⁹⁸ una voz que llamaba desde el comedor:

—¡Saludo! ¡Saludo!

Mamá salió. La oímos dar las buenas noches. Reconocimos después la voz del viejo Dimas.

Padre se iba a levantar cuando el recién llegado asomó en la puerta. Parecía muy contento de que papá hubiera vuelto. Pero antes de hablar nada que le interesase, empezó a preguntar cómo estaba el camino, si había mucho lodo, si padre vino por Bonaio o por el Cotuy. Iba enredando su pensamiento, o su deseo, entre un montón de palabras que caían de sus labios con un sonido seco de voces muertas. Y padre, malicioso, le dejaba hacer. Tampoco papá se traicionaba. Había aprendido del campo una cosa: que la mejor tierra no se ve porque la cubre la maleza.

[5] Por la puerta, como quien no quiere las cosas, asomó mamá un trozo de cara para preguntar:

—¿Esa otra cosa que está en el pellón es tuya, Pepe?

—Sí, —contestó él.

Y siguió acariciando a Pepito mientras clavaba la mirada en Dimas.

Yo tenía unas ganas locas de saber qué era aquella "cosa". Pero hasta mi niñez estaba satura[d]a de campo. También yo comprendía que no se debe hablar de lo que más interesa. Fue padre, quien, tras de desenredar algún pensamiento oscuro, llamó a mamá para referirse a⁹⁹ "aquello". Yo ví a mamá asomarse otra vez a la puerta, con los ojos cargados de malicia; pero él insistió:

⁹⁶ ...pareció *eso* que...

⁹⁷ ...explicó *papá* mirando...

⁹⁸ ...habitación. *Y lo rompió a golpes* una...

⁹⁹ ...para *decirle* "aquello". Yo...

—Tráelo.

Y no hubo más remedio.

Cuando madre retornó ya papá se había desabrochado el saco y despojado del revólver. Se lo mostró a Dimas, que lo tomó en silencio y lo sopesó con su burda mano.

—Ese era el de Dosilién —explicó padre.

—¿El de Dosilién? —preguntó Dimas asombrado.

Entonces papá empezó a explicar cómo se había hecho de aquella arma. El revolucionario haitiano estuvo en su casa, cierta vez que necesitaba pasar por la frontera un contrabando de armas. Eso suce[*d*]ió en Cabo Haitiano. Yo no recordaba a Dosilién, pero había oído bastantes leyendas acerca del feroz cabecilla¹⁰⁰ negro.

Mamá llegó con un bulto negro. Papá lo tomó. Fue desenvolviendo la tela y dejó en descubierto un revólver oscuro, grande, que tenía reflejos indecisos a la luz de gas.

—Me ha costado cincuenta pesos —explicó a Dimas.

E inmediatamente lo puso en las manos del visitante, que se encontró así con dos armas.

—Ese es de campaña —dijo padre señalando el revólver oscuro.

Pero Dimas no hablaba. Parecía que tenía un pensamiento clavado entre los ojos. Cojió al fnn el de Dosilién por el cañón y lo devolvió a mi padre; pero acarició entonces con ambas manos el oscuro, como si se tratara de una cosa viva,¹⁰¹ que podía sentir la ternura¹⁰² de sus bastos dedos.

—Uno asina quisiera yo —dijo de pronto, alzando la mirada.

Papá sonrió. Alargó el brazo para tomar su arma; mas el viejo pareció no comprender aquel movimiento, y la acercó¹⁰³ más a su pecho. Metió el ojo derecho por el cañón; tentó la empuñadura, que parecía de cachos negros, y empezó entonces a mover los seguros, para desgozarlo.¹⁰⁴

—Uno asina necesito yo —lamentó más que dijo.

No sonrió padre esa vez, sino que volvió a extender el brazo. Dimas le devolvió el arma¹⁰⁵ y metió las manos entre las piernas.

Pepito había estado callado, igual que yo; y mamá no había dicho palabra, aunque tampoco dejó de observar al viejo Dimas. Se fue después, para terminar de arreglar la cena.^{106 107}

¹⁰⁰ ...caudillo...

¹⁰¹ ...cosa que vivía, que...

¹⁰² ...ternura...

¹⁰³ ...movimiento, y acercó más el objeto a...

¹⁰⁴ ...desgozarlo.

¹⁰⁵ ...devolvió el arma entonces, y metió...

¹⁰⁶ ...la cena, pero se le veía que no hubiera querido irse.

¹⁰⁷ ...la cena, lo hacía a disgusto.

Todo volvió a ser molesto silencio. Sin embargo, bien sabíamos que no había venido el viejo a saludar a padre nada más: había alguna otra cosa tras su visita.

—¿Es verdá que etán las cosas feas, don Pepe?¹⁰⁸ —vació Dimas al fin.

Y padre le contestó, quemándole con su[s] ojos azules y bravos:¹⁰⁹

—Más de lo que usted se cree, amigo.

El viejo alargó la mirada. Papá se remojó los labios con la lengua. Estaba negro, efectivamente. Palmoteó, palmoteó. Pero antes de hablar tomó a Pepito en sus brazos y lo pasó¹¹⁰ a mi catre.

—...Para que usted vea, amigo... —dijo.

Y empezó a contar.

[6] El segundo día le amaneció pasada ya la loma de Las Gallinas. Había pernoctado en un bohío, y con las luces de la madrugada comenzó a cargar. La sabana toda, amplia y pelada, rezumaba azul claridad. El dueño del bohío le indicó el horizonte: a caballo y a pié, pero de tan menudo tamaño que no parecían sino muñecos de cera, se adivinaban unos hombres que manchaban el amanecer.

—Son los revolucionarios¹¹¹ —dijo el campesino.

Papá se mordió los labios.

—¿Está usted seguro?¹¹²

—Sí —confirmó el hombre—. Tentico tiene todo esto alzado —explicó.¹¹³

Pero padre¹¹⁴ tenía entre sus ojos a la República entera: conocía bien cada camino y cada dirección.

—Esos¹¹⁵ hombres van a Cevicos —dijo.

Y el hombre, medio sonreído, aceptó:

—Sí a Cevicos; pero no son más que un chin. Ojolá no se tope con ellos.¹¹⁶

Aquello violentó a papá.

—¡Aunque esté todo esto en candela, yo llego al Pino!¹¹⁷

¹⁰⁸ —¿E verdá que tan fea la cosa pu'allá, don Pepe?...

¹⁰⁹ ...con su mirada azul y brava:

¹¹⁰ ...lo pasó, por encima de sus piernas, a mi catre.

¹¹¹ ...lo revolucionario...

¹¹² ...seguro? —inquirió.

¹¹³ —Sí —aseguró el hombre—. Tentico tiene todo esto *alsao* —explicó.

¹¹⁴ ...madre...

¹¹⁵ —Pero esos hombres...

¹¹⁶ —Sí *pa'l Cevico*; *poro* eso no son *má* que un chin. *Ajolá* no se tope con *ello*.

¹¹⁷ ...Pino! [-]aseguró.

Mero sonrió.¹¹⁸ Padre le dejó unas monedas al hombre. Apenas habían los animales comido, y a la Mañosa le empezaban a apuntar los huesos de las ancas. Papá esperaba tirarla en el potrero esa misma noche... ¡Ni los ríos desbordados hubieran conseguido detenerle!

[7] En el paso del primer arroyo había unos hombres regados. Las carabinas mohosas, apuntando al cielo; los pardos sombreros de cana; los ojos enrojecidos por el trasnoche y el alcohol; la voz arrugada con que dieron el alto; todo indicaba que allí estaba el primer cantón de Tentico.

—¡Dejen seguir esos animales! —gritó papá, como hombre que iba colérico.

Los alzados lo vieron meter la mano en el bolsillo y le oyeron después preguntar por Tentico. Mero¹¹⁹ seguía adelante, con un terrible silencio mordiéndole los labios.

El trote de los mulos golpeó¹²⁰ el sucio camino. Papá tiró unas cuantas monedas, y un hombre jove[n], seco y esquivo, que le salió al encuentro, le dejó pasar mientras le cantaba al oído la voz de padre.

—¡Compren aguardiente!

Y nada más. Pero cuando había caminado apenas doscientos metros, se quebró la mañana por los ruidos ahogados de cinco descargas. Unos cuantos rezagados encontró padre. Estaban armados y reían bajo el sol. A voces sueltas supo que Tentico de Luna acababa de fusilar cinco hombres. Cerca ya de Jima empezó a topar palizadas caídas, ranchos humeantes¹²¹ todavía por el fuego reciente. Se respiraba en el aire olor de devastación.

Desde los montes iba ascendiendo un apelonamiento de nubes negras. Apretó el paso y llegó, con las primeras gotas, a una casa. El dueño le enteró de que los alzados habían¹²² asaltado el Cotuy.

Ni un hombre¹²³ en trabajo sobre la tierra. Solos y silenciosos, los potreros se doblaban de dolor bajo el viento de lluvia que subía del río.

¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento fantasma y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando los bohíos a mujeres e hijos¹²⁴ y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían

¹¹⁸ *Mongo entonces aprobó. Padre...*

¹¹⁹ *Mongo...*

¹²⁰ ...golpeó con sonoridad el...

¹²¹ ...palizadas *tumbas*, ranchos *humeados* todavía...

¹²² ...que *Tentico había* asaltado...

¹²³ ...hombre *doblado* en...

¹²⁴ ...sangriento *ronquido* y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando a *mujeres e hijos*, los *bohíos*, y se...

ir a fiestas lejanas, a remotos convites. Respiraban una alegría feroz. Y los firmes de las lomas¹²⁵ se iban poblando de tiroteos y de “quemas”, en las primas noches.

Uno hubiera podido verlos pasar, fila tras fila, enfriándose en los barrancos de los ríos, quemándose en los caminos pelados, bajo el sol inclemente.

¡Revolución! ¡Revolución!

Bien sabía padre como cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta. Bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer los andullos que vendía¹²⁶ él en la Capital. Bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que no tardaría¹²⁷ en quemarse el maíz seco, cuando las bandas entraran de noche, a cortar racimos y asar viandas para sus sustento. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada.

{8} En la parada supo que Nazarito estaba acantonado a todo lo largo del río Jima. Desde Loma Miranda hasta el Rincón, el prestigio del General Nazario¹²⁸ era indiscutible. Pero padre era su amigo. Además, los mulos tenían hambre. Siguió.

Tenía ya una hora trillando la vereda que orillaba el Jima. Había que cruzarlo bien abajo, porque el repecho que le impedía desbocarse, sobre los campos, cuando crecía,¹²⁹ era alto y de brava roca. Caminaba, caminaba. La noche empezaba a gotear desde las hojas.¹³⁰

Mero¹³¹ fue quien le llamó la atención: había oído voces lejanas, tan lejanas que se confundían con el canto de la corriente.

A su mano derecha corría el Jima. Es todavía un río grueso, rauda y limpio. Parece ir bajando escalones, y se adorna de blancas y agradables espumas.

Del otro lado del río había¹³² fuego, porque el humo se veía claramente. Pero siguieron.

¹²⁵ ...lomas que se...

¹²⁶ ...para torcer andullos que luego vendería él...

¹²⁷ ...que los conucos no tardarían en chamuscarse, en marearse las hojas de los plátanos, en quemarse...

¹²⁸ ...bolo...

¹²⁹ ...impedía desbocarse, en las crecidas, sobre los campos, era...

¹³⁰ ...hojas, y la misma humedad que hacía embarazoso aquel trozo de camino parecía oscura.

¹³¹ Mongo...

¹³² ...río parecía haber fuego,...

Y un poco antes de que tomaran la bajada para cruzar el Jima, un hombre oscuro, de expresión aturdida,¹³³ atajó a mi padre para decirle que no pasara.

—La gente está acantonada ahí¹³⁴ —explicó.

Padre comprendió que el hombre tenía miedo.

—Venga conmigo. Yo diré que usted es peón mío —dijo.

El hombre no supo como darle las gracias. Montó de un salto sobre un mulo y papá le objetó:

—Del otro lado se apea. Los animales vienen cansados.

Tampoco contestó el hombre: la alegría le había roto la lengua, igual que si hubiera sido de vidrio.

[9] Entre las piedras grises, altas y peladas que encajonan al Jima, disimulados por los pedruscos y las sinuosidades, estaban los hombres a quienes el General¹³⁵ había confiado su primer cantón. Papá fingió no haberlos visto. Mero¹³⁶ trató de pasar como si no hubiera nadie.

Uno, dos, tres, hasta doce revolucionarios saltaron, con las carabinas en alto, con una confusión de voces enloquecedora. Padre tiró de la rienda. En un instante se percató de que las eminencias de ambos lados estaban coronadas de armas.

—¡No hay paso! —gritó alguien.

Papá ojeó al hombre que había hablado. Era blanco, delgado, ágil. Estaba bien vestido y parecía ser oficial.

Papá simuló un asombro que no sentía:

—¿Qué no hay paso?

—No —respondió el hombre—. Usted¹³⁷ lleva esa carga al pueblo, y en el pueblo está¹³⁸ el gobierno.

Padre preguntó medio disgustado:

—¿Y no tiene la gente del gobierno derecho a comer?

—No sé —cortó el otro—. Tengo órdenes.

Papá comprendió que el momento se hacía duro. A pocos pasos estaba Mero,¹³⁹ pálido de ira, rodeado por figuras estrafalarias y agresivas. Algunos animales se entretenían en mordisquear la grama rala que asomaba¹⁴⁰ entre las piedras.

¹³³ ...oscuro, pero de cara radiante, atajó...

¹³⁴ —*Ta acantoná ahí la gente...*

¹³⁵ ...el General Nazario Suardí había...

¹³⁶ *Mongo...*

¹³⁷ *Usted...*

¹³⁸ ...*ta...*

¹³⁹ ...*Mongo...*

¹⁴⁰ ...grama mala que asoma entre...

—Oiga, —empezó padre, alzando la voz para que los demás le oyeran... — Yo traigo esta carga porque necesito dar de comer a mis hijos. Además, todos ustedes son hermanos, nacidos en una misma tierra.¹⁴¹ No es con hambre como se rinden los enemigos: para eso tienen ustedes carabinas y para eso son valientes. Si Nazarito llegara a saber que me han detenido aquí, no iba a quedarse tranquilo. Nazarito es mi amigo...

El hombre blanco no contestó; pero uno de los que rodeaban a Mongo [*sic*] se atrevió a decir:

—Verdad¹⁴² e que don Pepe nunca le ha negado¹⁴³ un favor a naiden.

Y aquellas palabras dichas al descuido, que se le cayeron como piedras del corazón a un hombre del montón, negro y de dudosa estampa, decidieron el asunto.

Pero antes de seguir tuvo padre que tirarse de la Mañosa para beber, a pico de botella, un trago por el triunfo de don Juan. Y que dejar también en el cantón de Jima algunas monedas para que aquellos hombres soportaran mejor el frío cruel que se levantaba del río sonoro.

[10] Una vez dejado a espaldas el trozo gris de camino empedrado que subía del río, los animales fueron amasando lodo negro y espeso¹⁴⁴ hasta bien metida la prima noche.

El nuevo compañero se tiró al camino cuando dejó de oírse el griterío de los acantonados. Iba con los pantalones remangados, y alzando la voz a cada dos pasos, para arrear la recua.

En Jumunucú se detuvo papá en una pulpería. Encontró, a la escasa luz de la jumiadora, un grupo de hombres medio bebidos y discutidores. Hedían a ron y tabaco malo. Preguntaron algunas cosas; quisieron saber donde estaba la revolución. Algunos cabeceaban pegados al mostrador. El pulpero se movía de un lado a otro sin decir palabra. Padre pidió dulces para nosotros. Le costó trabajo desairar al grupo, que le invitaba a beber.

Ya¹⁴⁵ sobre su mula, comprendió que aquellos hombres se despedían, a tragos, de la vida corriente: esa noche, o en la madrugada, tomarían caminos extraviados para unirse a la revolución.

¹⁴¹ ...son *dominicanos: todos son hermanos*. No...

¹⁴² —*Verdá*...

¹⁴³ ...*negao*...

¹⁴⁴ ...*duro*...

¹⁴⁵ *Una vez* sobre...

[11] El paso de Jagüey quedaba cerca de casa. Un poco antes de llegar a él había una ceiba gigantesca atravesada en el camino. Papá venía observando cómo una hilacha de luna morada forcejeaba con las nubes. Mero¹⁴⁶ venía tras él y cerraba la recua, a pié, el desconocido que se unió a ellos antes de cruzar el Jima.

De súbito, cuando la Mañosa metía sus primeras pezuñas en las aguas, cuatro o cinco hombres surgieron del recodo. No se les distinguía. Tan sólo eran sombras, a la escasa luz de aquel pedacito de luna. Pero papá tuvo tiempo de ver que alzaban armas.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaban en voces distintas.

Aquello era ya demasiado. Padre sintió que se le quemaba el corazón. Tiró del revólver, precisamente cuando una de las sombras se agarraba a la rienda.

—¡Bandidos! —tronó padre.

Entonces una sombra gritó, desde el montecito:

—¡Ah! ¡Es Pepe, es Pepe!

Papá no lograba explicarse cómo no había disparado. Habló para preguntar:

—¿Eres tú, Cun?

—Sí, yo —respondió la otra voz.

Le rodearon. Eran amigos de la ciudad, gente de trabajo y brega, a quienes había sorprendido el alzamiento en campo enemigo. Todavía recuerdo algunos nombres: Mente, Cun, Ramón.

Ya fuera del río, y mientras lamentaban lo sucedido, aquellos hombres pidieron a papá noticias. Las imploraban, casi. Temían a la revuelta. Buscaban, como los que tomaban el monte, caminos extraviados. Sólo que éstos lo hacían para huir.

Papá les explicó dónde estaban los cantones.

—Es preferible caer en manos de Nazarito —les dijo—.

Pero ellos no estaban dispuestos a tal cosa. Sabían bien que Nazarito era hombre valiente y generoso. Comprendían que no podían escapar a los revolucionarios si tomaban la ruta del Bonaó; pero preferían correr el riesgo de encontrar a la gente de Tentico, porque los cantones de éste¹⁴⁷ dominaban menores distancias.

Entonces papá tuvo una idea: aquel hombre a quien tomó en Jima serviría para algo.

—Este —dijo a los amigos señalando a aquel—, les llevará por las lomas de Sierra Prieta. Si logran atravesarlas, corten derecho y tomen el rumbo de Maimón. Es el único camino. Pudiera también suceder que ya

¹⁴⁶ *Mongo...*

¹⁴⁷ ...de Tentico, *general sanguinario y sordo al perdón*, porque los cantones de Tentico dominaban...

Nazarito tenga gente más arriba, pero no importa. Yo preferiría brindarles mi casa...

Pero los amigos no quisieron. Abrazaron a padre y se fueron. El guía se hubiera negado, si aquellos hombres no hubieran tenido armas.¹⁴⁸

Se fueron. Padre los vio cruzar los escasos hilos del Jagüey que hubiera estado seco de no haber llovido.

Iban así, en la noche, dejando atrás sus hogares. La revuelta les obligaba a caminar por veredas escondidas y apagadas, con el corazón pendiente de cualquier ruido.

Eran hombres honrados y de trabajo. El sordo afán¹⁴⁹ que ensangrentaba al Cibao los hacía semejantes a bandoleros.

Con el dolor de esa despedida llegó padre a casa. Y todavía le hacía la voz sorda aquel dolor, mientras contaba al viejo Dimas su accidentado viaje.

[12] Mamá llamó. Padre se puso en pié para ir a cenar. Hacía largo rato que había callado. Y el viejo Dimas parecía haberse metido entre los ojos todas las palabras ahogadas por el silencio que siguió al relato.

[13] El día amaneció nublado, y papá se opuso a que yo saliera. Me sentía bien y no quería quedarme encerrado. Simeón vino¹⁵⁰ a saludar a mi padre y escuchó desde el patio las voces que daba para impedir que me levantara. Antes de saludar, explicó:

—Déjelo, don Pepe, que esas calentura[s] necesitan aire.¹⁵¹

Papá fue a estrechar la mano del Alcalde y estuvieron conversando en voz baja un largo rato.

Mero¹⁵² había venido muy temprano. Le vi volver del potrero y entró en la cocina para beber café.

Cuando Simeón se estaba levantando se asomó la vieja Carmita a la puerta. Estuvo callada mientras padre no la saludó. Después preguntó si no había visto a sus hijos. De seguro¹⁵³ que papá mentía al decirle que sí. La mujer se despidió, pero me parece que estuvo rondando por la cocina, alrededor de mamá, como quien busca un consuelo que no quiere pedir.

¹⁴⁸ ...negado, *pero* aquellos hombres *tenían* armas.

¹⁴⁹ ...ronquido...

¹⁵⁰ ...encerrado. Simeón *fue mi salvador* vino a...

¹⁵¹ ...que *esa calentura* necesita aire.

¹⁵² *Mongo*...

¹⁵³ ...hijos. *Me pareció* que...

También Simeón se acercó a la cocina.

—¿Preparó ya la tisana que le dije, doña?¹⁵⁴

No sé qué cosa vaga contestó madre, porque yo observaba a papá, que parecía preocupado, tenía la mirada y las mejillas gruesas, como hinchadas. Me dijo, así como si no quisiera, que yo estaba muy pálido y muy delgado. Después se puso en pié, fue hacia el almacén, revisó los serones y volvió a sentarse junto a la mesa.

—¡Angela!¹⁵⁵

Pero mamá no le atendió inmediatamente. Esperó un rato y vino con un plato de yuca humeante.

—¿Qué querías?¹⁵⁶ —interrogó.

Papá se entretuvo en jugar con un agujero del mantel. Después levantó la mirada y dijo:

—Ten cuidado. Ya anda por aquí José Veras.

—¿José Veras?¹⁵⁷

Papá no contestó. Volvió a ponerse en pié y se arrimó a la puerta.

Casi sobre el tejado de la cocina pasaban unas espesas nubes cargadas de suciedad.



[14] Hacía unos meses que José Veras parecía perdido. Había estado merodeando por otros lugares o en la cárcel. La verdad de su desaparición nadie la sabía; pero no podía estar José Veras en cosa buena, como nunca lo estuvo.

Antes de irse amanecía¹⁵⁸ una gallina menos, a veces una cabra y algunas hasta un novillito. No respetaba propiedad. Aparejos, machetes, alambre, racimos de plátanos, cajones de frijoles, sartas de maíz; todo cabía en el morral sin fondo de José Veras.

Jugaba, bebía; pero no trabaja [*sic*]. Tenía en cambio dos virtudes poderosas: era simpático y valiente. ¡Y qué valor el de José Veras!

El día de su llegada buscó acomodo en un viejo bohío desvencijado, medio caído, que estaba al otro lado del Yaquecillo. Las yaguas calcinadas se le caían a pedazos y el viento cantaba con ronca voz entre sus hendijas. Todos decían que salían muertos en aquel bohío. La vegetación que le rodeaba era greñuda, llena de mayas, pajonales y bejucos. Los bejucos gateaban por las esquinas del bohío y rompían en verdor

¹⁵⁴ ...dije, doña? —preguntó a mamá.

¹⁵⁵ —¡Angela! —llamó.

¹⁵⁶ —¿Qué querías, Pepe? —interrogó.

¹⁵⁷ —¿José Veras? —preguntó madre como si no creyera la noticia.

¹⁵⁸ Cada día amanecía una gallina...

sobre el techo. Nadie se hubiera arries[g]ado a dormir en él, no digo ya de noche, que¹⁵⁹ ni de día. En cambio, José Veras lo utilizaba como morada. Y decía que en él se encontraba a gusto, porque podía ver las estrellas de noche y arrancar pedazos de pared para hacer fuego sin tener que dar cuenta a nadie.¹⁶⁰

A medio día, el cuerpo ancho y pedregoso de José Veras llenó la puerta del comedor que daba al patio. Tenía la cara llena de una sonrisa cordial y generosa. Papá nubló la mirada, pero a poco enseñó también los dientes y saludó complacido a José. Mamá fue quien no le contestó: había hecho un nudo con los labios y medía al intruso con una mirada llena de altivez.

—Doña Angela —comentó Veras con una voz de melado—. Cualquiera que le vea esa cara tan brava no dice que usted¹⁶¹ era tan simpática cuando chiquita—. Trataba de recordarle a mamá mejores tiempos; porque José, según ella misma había contado, acunó muchas veces sus sueños de niña.

Debía pasar ya de los cincuenta,¹⁶² según aseguraba madre; pero ni una arruga cortaba su rostro de suave color lila. No era bajito; mas sus hombros anchos, su pecho salido y amplio, sus brazos llenos como los muslos de un toro joven; toda su recia contextura le hacía parecer de menor estatura.¹⁶³

Habló de muchas¹⁶⁴ cosas. Comentó la revuelta. Al hablar¹⁶⁵ sonreía y acariciaba el puño de un viejo revólver negro que llevaba a la cintura. Su traje era gris, ceñido; estaba descalzo y usaba sombrero de fieltro verde, medio raído y con lamparones de sudor y polvo.

Con los labios¹⁶⁶ movía incesantemente las cejas, negras y pobladas; así mismo se le alzaba y bajaba el grueso bigote; pero los ojos conservaban su impasibilidad, y una como lucecita que les alumbraba en el centro. Por lo demás, toda su cara parecía reída. Tal vez era porque enseñaba sin cesar los grandes dientes, blancos y parejos.

159 ...pero...

160 ...noche y conversar con sus viejos amigos: los muertos.

161 ...no dise que uté era...

162 ...cuarenta...

163 ...estatura.

Entonces se diri[gió] a mí para decirme que yo tenía cara de calentura. Papá dijo que, efectivamente, yo estaba sufriendo fiebres. El comentó que lo más fácil era cortarlas: bastaban tisanas de albabaca y suelda con suelda.

164 ...muchas otras cosas. Comentó...

165 ...revuelta. Recuerdo que cuando hablaba de tal cosa sonreía...

166 Cuando hablaba movía...

[15] Empezaron a per[d]erse cuchillos, aparejos, gallinas. Día a día venía Simeón a casa con alguna nueva.

—Anoche robaron en Pino Arriba al viejo Morillo.¹⁶⁷

Papá comentaba:

—Ya sabe usted; estando aquí José Veras...

Pero callaba sin asegurar nada, porque él sabía bien que en el campo había que tirar el lazo para no enlazar. Lo contrario resultaba peligroso el día menos pensado.

Simeón juraba y perjuraba. Procuraba, sin embargo, no alzar la voz. Decía que iba a llevar amarrado al pueblo a José Veras,¹⁶⁸ que lo botaría del lugar. Mas Simeón sabía que el hombre era valiente.

Un día, mientras el alcalde le murmuraba,¹⁶⁹ apareció en la puerta la figura simpática del ratero. Simeón siguió hablando del mal tiempo, imperturbable, mientras papá apretaba entre los dientes una carcajada.

Y sin duda José se dio cuenta, porque los ojos parecían incendiársele al decir,¹⁷⁰ palmoteando alegremente en la espalda del alcalde:

—Siga, compadre; siga...

La mirada de Simeón era como la del perro a quien su amo sorprende comiendo huevos: humillada.



[16] Papá decía que sentía tropeles de noche. Se comentaba que la revolución pasaba, al amparo de las sombras, camino de La Vega. No era cosa cierta,¹⁷¹ mas parecía indudable, porque Mero,¹⁷² y con él otros de los vividores del lugar, aseguraban que cada día amanecían huellas de gente de a pié y de a caballo, en el camino real.

Dimas aprobaba, pero no hablaba. Se le veía caminar de un lado a otro, como persona que busca algo.

Sin embargo, a pesar de la amenaza que significaba una revolución; a pesar de que a cada día faltaba alguna cabeza de hombre en algún bohío, porque en la noche tomó el camino de los cantones; a pesar de que nadie sabía en qué pararía aquello, la gente quería divertirse.

Desde muchas noches antes a la del sábado se oía retumbar la tambora por los lados de Jagüey Adentro. Eran ruidos sordos, epilépticos, con ritmo de tiroteo lejano. Los hombres ensayaban merengues. Y cuando la

¹⁶⁷ ...Morillo —decía.

¹⁶⁸ ...José Veras. Juraba que...

¹⁶⁹ ...alcalde hablaba mal de él, apareció...

¹⁷⁰ ...parecían incendiárseles mientras decía, palmoteando...

¹⁷¹ ...segura;...

¹⁷² ...Mingo;...

brisa venía del Este, llegaba hasta nosotros con claridad la voz desgarrada del acordeón.¹⁷³

El entusiasmo iba cundiendo en los campos. Desde la tambora parecía irse desprendiendo un calor que emborrachaba como ron. Noche a noche, noche a noche, trepidaban las sombras bajo el convite apremiante de aquella tambora.

Simeón habló con papá para que pusiera cantina en la Gallera de Jagüey Adentro.

—Yo no contribuyo a esas cosas, Simeón.¹⁷⁴

El sabía bien cómo va levantando el ánimo la copa de aguardiente y la música ardiente del acordeón. Poco a poco, entre los hombres que bailaban se iba despertando un sentimiento cruel y viril. Hasta el olor de sudor, de mulo caminado y de plátano verde que se respiraba en toda fiesta enardecían a cualquiera.

El baile¹⁷⁵ debía ser el sábado en la noche; sin embargo, desde antes del atardecer empezaron a cruzar mujeres por el camino. No se sabía de dónde salían tantas. Unas tenían color de cacao seco; otras eran blancas, con la sangre apretada en las mejillas; otras parecían negras de¹⁷⁶ tan oscuras; pero todas llevaban trajes amplios, bien planchados, que les llegaban al suelo; todas movían las caderas con vaivenes de hamaca y todas tenían ojos encendidos, como fogones en las medias noches.

Pasaban también hombres. A pié, a caballo, trajeados como ricos, descalzos, empolainados. Venían en grupos y bebían a pico de botella. Reían y charlaban.

Papá y yo estábamos en el camino real, junto al portal. Veíamos aquel desfile de gentes alegres que¹⁷⁷ padre comentaba con palabras despectivas. La tarde se arrimaba también hacia allá, hacia Jagüey Adentro; parecía ir cruzando el cielo en amplios pincelazos de luz morada. Oíamos claramente la tambora, con su ruido esquivo, veloz, desesperante.

Por el camino, con la cabeza gacha, venía Dimas. Traía las manos a la espalda y parecía no querer andar.

En eso oímos tiros. Sí. Eran tiros. Seis, siete. Sonaron claramente, por encima del sordo rugido de la tambora.

Dimas se detuvo. Nos miró con ojos desolados y amplios. Estaba ya cerca de casa y corrió.

¹⁷³ ...acordeón.

¡Fiesta! —comentaba Mongo.

El...

¹⁷⁴ ...Simeón —dijo papá.

¹⁷⁵ La fiesta debía...

¹⁷⁶ ...parecían negras tan oscuras,...

¹⁷⁷ ...alegres y padre...

—¡La revolución, la revolución!¹⁷⁸ —roncaba.

Pero no era la revolución. Vimos un hombre que venía, desde la Encrucijada, hacia nosotros. Corría alocado. Se detenía de pronto, disparaba, y tornaba a huir.

—¡Es José Veras! —gritó papá.

Sí. José Veras. Se le veía como una mancha gris, atareado en cargar el arma humeante. Cerca, cerca, tirándole los cas[er]jos de las monturas sobre las espaldas, venían cuatro hombres. Traían los sables en alto y se inclinaban sobre el camino.

Yo estaba asustado. Mamá y Pepito corrieron al portal boquiabiertos. Papá los atajó. Los empujaba con las manos, con las palabras. Se metió en el almacén, a todo correr. Cuando salía de nuevo, con el revólver oscuro en la mano, acaba de caer José Veras.

Saltaron desordenados los perseguidores sobre el herido. Vimos claramente el chorro de sangre que le surtía del pescuezo. Pero aun así, en el suelo, tiró.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —tronó papá.

Y haló el¹⁷⁹ gatillo, dos, tres veces. Dimas corrió sobre el grupo. Llevaba en alto su cuchillo.

Los caballos se arremolinaron sobre el cuerpo herido de José Veras. Aquello parecía una mancha confusa, medio alumbrada por el atardecer. También papá corría, gritando insultos. Pero los desconocidos lograron montar.

Llena de ruidos quedó la tarde. Y el camino real se iba haciendo largo tras los cascos de aquellos cuatro caballos veloces.¹⁸⁰

Toda la gente del baile se desbocó sobre el patio de casa. Venían como hormigas, agrupadas. Una algarabía terrible se alzaba de aquel montón abigarrado, que gritaba y gesticulaba.

Tenían al herido en el patio, con la cabeza sobre la calzadita que llevaba a la cocina. Un machetazo cruel, que desde la oreja derecha hasta casi la mitad del cuello le había tumbado buen trozo de carne, había abierto salida a la sangre¹⁸¹ abundante de José Veras.

El patio pardo y mojado iba chupando aquella sangre. A cada minuto se hacía más amplia¹⁸² la mancha oscura sobre la tierra. Las mujeres y los hombres se inclinaban con miradas tímidas y asustadas sobre el herido.

¹⁷⁸ —¡La revolución, la revolución!...

¹⁷⁹ Y tiró del gatillo,...

¹⁸⁰ ...veloces.

Toda...

¹⁸¹ ...sangre roja, abundante...

¹⁸² ...se hacía más la mancha...

El grupo se agrandaba, a medida que pasaba el tiempo. Hablaban, contaban, explicaban.

Simeón escupía indecencias, mientras caminaba de un lado a otro, con el entrecejo arrugado. No comprendía que se pudiera herir así, tan cobardemente, a un hombre.

Sólo José Veras parecía tranquilo: ojeaba al grupo y trataba de sonreír: pero a cada esfuerzo le borbotaba la sangre por la herida. Ya el pecho y el hombro de su saco gris estaban empapados en sangre.

La vieja Carmita había venido entre los curiosos. Se alejó del grupo, se dobló cerca de la alambrada y escogió algunas yerbas. Pidió después permiso a mamá para mojarlas en la cocina. Pero ni madre, ni padre, ni nosotros ni nadie sabía qué convenía hacer. Todo el mundo se movía de un lado a otro, protestando, asqueado del suceso. Una masa confusa¹⁸³ de trajes de mujer y pantalones azules se movía en círculos sobre el herido.

Carmita pedía¹⁸⁴ una aguja con hilo y papel de estraza. Habló con Simeón. Dimas daba voces, queriendo pasar.¹⁸⁵

La vieja se inclinó; mejor, se arrodilló junto a la cabeza de José Veras. El quiso moverse,¹⁸⁶ para verla. La sangre le salió entonces a caños, ensuciando la falda morada de Carmita.

—Estése¹⁸⁷ quieto, compadre —recomendó Simeón—, que vamos¹⁸⁸ a coserlo.

El herido movió los párpados, aprobando. La vieja Carmita le llenó el hueco de carne viva con las yerbas mojadas, metió también papel de estraza, y¹⁸⁹ comenzó a coser la despiadada cortadura.

Todo el mundo trató de no ver. Sólo una mujer joven, de encendida¹⁹⁰ color, dejó los ojos fijos en José, mordiéndose los labios.¹⁹¹

El herido ni siquiera había arrugado los labios. Parecía estar contemplando las nubes que se mecían lentamente allá arriba.

Sin duda papá sentía la tragedia¹⁹² más que nadie: se había tirado sobre una silla, en el comedor, y evitaba hablar.

183 ...abigarrada...

184 ...pidió...

185 ...voces, *pidiendo paso*.

186 ...quiso *mover la cabeza*, para...

187 —*Tese*...

188 ...*vamo*...

189 ...*estraza*, y *con una aguja de mamá, que padre había enbebrado* comenzó...

190 ...*encendido*...

191 ...labios. *Dijo, entusiasmada:*

—*¡Concho con el hombre guapo!*

El herido...

192 *Papá parecía haber sentido la desgracia* más...

Simeón se llegó hasta él para preguntarle qué hacían con el herido. Papá pidió que lo dejaran en casa. Arreglaron, como se pudo, una cama de sacos viejos en el almacén, y entre cuatro o cinco hombres le metieron bajo techo.

José Veras decía:

—¡Déjenme por mi pié, que todavía¹⁹³ no me he muerto!

La gente en el patio hacía muecas de disgusto: hablar así era casi desafiar a Dios.

El herido estaba pálido, casi verde; pero no había perdido su aplomo. Cuando Simeón le preguntó, para gobierno de la justicia, quién era su heridor, contestó con un hilo de voz que se iba haciendo débil:

—Esas son cuentas¹⁹⁴ mía, compadre...

En el patio explicaba la vieja Carmita a un grupo de mujeres:

—Ese no se muere.¹⁹⁵ Yerba mala...

Los hombres buscaban, con disimulo justo, la dirección de la gallera.¹⁹⁶

[17] Una jumiadora¹⁹⁷ temblona y de pardas luces alumbraba el vasto almacén donde estaba José Veras.

¹⁹³ ...toavía...

¹⁹⁴ —Esa son cuenta...

¹⁹⁵ ...muere ná. Yerba...

¹⁹⁶ ...gallera.

Hubo que coser retazos de conversaciones para aclarar el suceso; José jugaba con un hombre del Bonaio. El otro ganaba, ganaba. Las manos de aquel hombre aparecían vengadoras: iban a ella los productos de las rapacidades de José Vera{s}. Este se incomodó al fin. Dijo que él jugaba grueso nada más. El de su frente abrió la cartuchera y extrajo tres onzas. En la próxima parada José protestó.

—¡Yo no juego con ladrones! —estalló.

Y sin esperar contestación, como quien se hace justicia a sí mismo, tomó el oro, se puso en pié, y empezó la retirada de acuerdo con su fama: a tiro limpio y dando el pecho.

Pero la víctima debía tener hermanos. Se le fueron encima, bien montados.

De nada valió que la gente les corriera detrás, dando voces. El final fue en el camino, con José Veras hendido, casi de arriba abajo.

La gente no acusaba a José. Se había portado como un hombre, aunque arrebatara lo ajeno. Lo cobarde era no saber pelearle de uno a uno, como lo hacen los hombres.

Una jumiadora...

¹⁹⁷ ...humiadora...

Se mantenía echado sobre oscuros sacos, moviéndose con desesperación de culebra amarrada; pero nunca se quejaba. A veces se medio incorporaba para recibir las visitas, y entonces sonreía.

El mismo dispuso su cura: encargó a Simeón resina de amacey, porque la creolina que le ponía papá le quemaba la sutura.

Se había puesto un poco pálido y seguramente no se sentía bien, pero sabía disimularlo. Lo que le disgustaba profundamente era el crecimiento de la barba, que le iba enmarcando la cara de negro.

Apretaba el frío. Desde las primeras horas de la noche, se colaba un airecillo tenue y necio por debajo de las puertas. José decía entonces que le dolía la herida. No había manera de callarlo. Conversaba conmigo sobre papá, mientras peinaba con su basta y rapaz mano mis ensortijados cabellos.^{198 199}

Cuando sentía cuchicheos en las habitaciones vecinas me llamaba para preguntarme que si ya venía la revolución. Los ojos se le hacían mustios, como flores marchitas bajo el sol del medio día. Parecía preocuparle la cercanía de la revuelta.

Papá le visitaba a menudo, pero no lo hacía con más frecuencia porque a mi padre le resultaba penoso ver un enfermo. Le asque[*a*]ba, sobre todo, el color rojo subido que tenía el pescuezo de José Veras.



[18] No hubo modo de conseguir una declaración de los labios del herido.

—Esa es cuenta mía nada más²⁰⁰ —contestaba a Simeón.

El alcalde se impacientaba. Estaba en su deber hacer preso al heridor. Al cuarto día, incómodo²⁰¹ ya, amenazó a José:

—Si usted no dice, lo llevo amarrado²⁰² al pueblo.

¹⁹⁸ ...cabellos:

—*Tu taita e ma bueno que un cura —decía.*

Y añadía, como si le doliera:

—*La que se ba dao media brava e tu mamá.*

Cuando...

¹⁹⁹ ...cabellos:

—*Tu taita es muy bueno —decía.*

Y añadía, como si le doliera:

—*La que se ba dao media brava es tu mamá.*

Cuando...

²⁰⁰ —Esa e cuenta mía na má...

²⁰¹ ...impaciente...

²⁰² —*Po si uté no dise, lo llevo amarrao al...*

La sonrisa con que recibió Veras aquellas palabras fue casi imperceptible: se la acunó en una comisura de los labios, y respondió con lenta dicción:

—Compadre, yo creía que usted²⁰³ era mi amigo...

—Ello sí, compadre.²⁰⁴

Mientras afuera se movía la gente de un lado a otro, trayendo y llevando noticias, adentro desenredaba José Veras sus mejores voces para contarle historias.

La media luz del atardecer persistía en las rendijas,²⁰⁵ temblona y como asustada. José, con los pies cojidos, de nalgas en su camastro,²⁰⁶ la mirada infantil y alegre, entretenía mi impaciencia:

—...Bueno... Pata e cajón estaba aquí, un ejemplo, y estaba en La Vega. Andaba con un saco más grande que una casa, y ahí diba metiendo cuanto muchacho topaba. Una vez nos llamó el gobernador a cinco presos, que estábamos en la carse por degracias que le pasan a uno, y nos dijo: “Ya pata e Cajón está haciendo mucho daño; yo los sueltos a todos ustedes si me lo consiguen”...²⁰⁷

Salieron los cinco presos. Cada uno tomó un camino distinto, hacia los pasos de los ríos, porque Pata de Cajón tenía la propiedad de ap[ar]recer en varios sitios a un mismo tiempo. Casi nadie lo había visto; pero se dio el caso de desaparecer cuatro niños a la vez, en lugares distintos, y en todos habían encontrado las huellas cuadradas, increíblemente grandes, del fantasma.

Uno o dos viejos aseguraban haberlo topado, ambos de noche. Era, según aseguraban,²⁰⁸ hombre bajito, que podía crecer y hacerse como una hormiga, de acuerdo con sus deseos. Se rumoraba que había venido de Haití y que tenía panales de avispa en las barbas, blancas,²⁰⁹ espesas y largas.

²⁰³ ...uté...

²⁰⁴ ...compadre.

Simeón parecía mortificado. Seis días antes hubiera abrazado a quien matara este hombre; pero desde el sábado le parecía que José merecía otro trato: bien visto, era valiente. Y los valientes pueden tener vicios.

Mientras...

²⁰⁵ ...bendijas...

²⁰⁶ ...su camastro, con la...

²⁰⁷ —...Bueno... Pata e cajón *taba* aquí, un ejemplo, y *taba* en La Vega. Andaba con un saco má grande *qui* una casa, y ahí diba metiendo *cuando* muchacho topaba. Una ve *no ñamó* el gobernador a *sinco preso*, que *tábamo* en la carse por *degrasia* que le pasan a uno, y *no* dijo: “Ya pata e Cajón *ta jaciendo emasio* daño.; yo *lo suelto a to utede* si me lo consiguen”...

²⁰⁸ ...aseguraban, *un* hombre...

²⁰⁹ ...*negras*...

Mas de un mes estuvieron los presos acechando a Pata de Cajón. Una noche, pasada ya la media, José Veras, que cuidaba el paso de Pontón, vio bajar por los cerros de Terrero dos hachos de cuaba grandes como pinos nuevos. José no era hombre capaz de sentir miedo; pero era tal el sordo ruido de pedregones desprendidos que salía de los cerros, y tan azul y extraña la lumbre que despedían aquellos hachos, que José se hincó, rezó un Padre Nuestro y dos Salves y sintió no tener vela para alumbrarse el camino de los cielos.²¹⁰

Por la sabana de Pontón, tostada, amplia, llana como palma de mano, y despoblada, empezó a cruzar una gigantesca figura que se envolvía en la sombra, a pesar de que los hachos le precedían. Aquellos hachos caminaban solos con pasmosa serenidad, como si la mano del diablo los sujetara.²¹¹

Ya estaba cerca la aparición. José pudo distinguir el tamaño de los pies, diformes, cuadrados, y grandes como cajas de mercancías. Sobre ellos se alzaba la figura dudosa de un fantasma. José se había metido entre las mayas que orillaban la sabana. Miraba con ojos enloquecidos de pavor y sentía ganas de correr, de volverse ligera²¹² guinea entre aquellos pajonales pardos, enrojecidos por la lumbre de los hachos.

Recordó la misión que le habían confiado; pensó en los niños rubios que desaparecerían esa noche.

—Mire, Juan —explicó mordiéndose los labios—. Ese condenado²¹³ me puso caliente, y jalé el revólver.

Pero los tiros no salieron. José Veras sudó frío. El fantasma caminaba sobre él. Y ya no supo más. Los vividores del lugar le encontraron, a la mañana siguiente, tendido de cara al cielo, apretando el revólver con mano agarrotada.

—Y vea... —terminó—, con todo ese miedo que le tenía, si se lo hubiera llevado a usted, un ejemplo, lo arreglo.^{214 215}

La historia me había tenido clavado allí, pendiente de los labios del herido; pero la suposición de que pudiera llevarme Pata de Cajón me sacó del ensimismamiento en que estaba. Se me debía ver el azoramiento en la cara, porque José trató de calmarme.

²¹⁰ ...camino del cielo.

²¹¹ ...precedían. *Lo que no podía José Veras explicarse era cómo andaban aquellos hachos sin que nadie los sujetara.*

²¹² ...de correr como guinea...

²¹³ ...condenao...

²¹⁴ ...con *to ese mieu* que le tenía, si se lo *hubiea llevao a uté*, un ejemplo, *jata le saco el mondongo.*

²¹⁵ ...ustedé, un ejemplo, *hasta el mondongo le saco.*

—Hace ya²¹⁶ mucho tiempo que Pata e Cajón no sale. Me dijeron que se fue otra vez para Haití.²¹⁷

Y se quedó contemplando las uñas de sus dedos, gruesos, cortos, oscuros, endurecidos por cincuenta²¹⁸ años de contacto con la tierra ardiente del Cibao.

Me levanté para²¹⁹ permitir a la jumiadora ser el primer personaje del vasto almacén: sobre el techo de zinc se iba haciendo gruesa la noche picada de estrellas.

[19] Enfermo estaba yo, con una fiebre que me cocinaba, cuando llegaron las primeras noticias seguras. Desde que el sol dejó su inclemencia tras la media tarde, empezaron las gentes a asomarse al camino.

José quería levantarse. Suerte que una llovizna menuda lo impidió. La llovizna se fue haciendo lluvia, y ya a las cinco anocheecía.

Desde mi catre, con Pepito hecho un manojo de nervios a mi lado, oí el rumor vago, confuso, creciente. Parecía que un río se había salido de madre y venía por el camino real, arrasando con bohíos, con árboles, con piedras.

Algunos disparos sueltos cantaron en el anochecer. Se distinguían gritos roncós, voces ardidás, palabras desnudas.²²⁰

La revolución, la revolución así, hecha carne, sobre lomos de caballos, llegaba a El Pino.

Papá caminaba a grandes trancazos de una a otra habitación.

[20] Al amparo de las sombras, que se metían apelotonadas en la casa, salté del catre y me fui al almacén. José Veras entreabrió una puerta. Veíamos el agua gotear por las arrugas del zinc.

—Ese es Nazarito —dijo él.

Señalaba al primero, ginete elegante, de pecho salido, que montaba un nervioso y bien parado caballo rucillo. Tenía la piel oscura y traía sombrero de panamá. No se²²¹ le veía arma. El saco era achocolatado y los pantalones, estrechos y cubiertos del pie a la rodilla por negras polainas, eran azules.

²¹⁶ —*Ya jace...*

²¹⁷ ...sale. Me *dijen* que se *jué pa Haití otra ve*.

²¹⁸ ...*cuarenta...*

²¹⁹ Me *levanté permitir a...*

²²⁰ ...anochecer. Se *distinguieron*, a poco, gritos roncós de ¡*Viva don Juan!* ¡*Viva Nazarito!*

²²¹ ...panamá. No *le veía...*

A medida que se acercaba se distinguía mejor la cara viril del general. Se adornaba el labio superior con bien hecho bigote; traía cuello alto y pañuelo de seda azul arrollado en él. Miraba por encima de los hombros, sereno y seguro, como hombre acostumbrado a mandar.

Su caballo era también caballo de jefe. Marchoso, embarbado, brioso y alto; no movía la cola, y pisaba como si temiera hacerle daño a la tierra.

Tras el general se adivinaba un hormigüeo de hombres montados y a pié. A su lado venía un negro bajito, ginete en un alazano²²² pequeño. Tenía la corneta terciada sobre el amplio pecho.

De la columna, que caminaba torciéndose, moviéndose, ladeándose, se elevaba un vasto rumor de conversaciones alegres. Alguna que otra vez una voz se alzaba sobre las otras. Muy atrás se adivinaba otro grupo, medio ahogado en la nevia llovizna.

José Veras estaba nervioso y ardía en deseos de tirarse al camino. Yo me sentía entusiasmado por la apostura elegante, viril y simpática de aquel Nazarito legendario, de quien se contaban tantas generosidades, tantas hazañas y tantos gestos de valor.

Pero cuando vi que, ya casi frente a casa, el general dirigía su montura hacia el portal, y sentí que papá salía a recibirle, dejé la hendija y corrí a mi catre.

Oí el saludo cordial de padre. Oí la voz de Nazarito, autoritaria,²²³ salida a borbotones, como las burbujas de la botella metida en el río; oí la voz alegre de mamá dándole la bienvenida, y las pisadas del rucillo en el patio.

Pepito corrió al comedor y subió a la ventana. Volvió inmediatamente a decirme que había muchos, muchísimos caballos en el portal, tratando de entrar, pero que Nazarito lo había prohibido.

Las pisadas de las bestias, frente a la casa, en el trocito de camino que se nos echaba delante como perro sato; las voces aguardentosas de los revolucionarios; el tintineo de los estribos y los frenos, cuando los animales pretendía[n] sacudirse la llovizna de encima todo el clamor ronco, nuevo y vertiginoso penetraba en mi habitación, cabeceaba contra las paredes y me golpeaba en las sienes.²²⁴

A poco oí pisadas recias en el comedor y sonido de espuelas. La voz de Nazarito, baja y mandona, calmó la casa.

Estuvo largo rato hablando con padre.²²⁵ Vinieron después a mi habitación, que estaba a oscuras. Me parecía ver a José Veras con la impaciencia bailándole en el cuerpo.

²²² ...zaño...

²²³ ...autoritario...

²²⁴ ...encima: todos esos ruidos entraban con claridad en mi habitación.

²²⁵ Estuvieron largo rato hablando. Vinieron...

Mamá trajo luz. A su gracia pude ver bien al general; era alto, y yo no comprendía por qué le decían nombre de persona menuda;²²⁶ tenía el pelo cortado a rape, duro y manchado de canas. Sus ojos, pardos, totalmente rojos,²²⁷ se movían con impresionante pesadez, como si estuvieran metidos en barro.

Estuvo sentado en una silla serrana, junto a mi catre, y me pasó varias veces la mano por la cara.

—Este muchacho se está quemando, don Pepe —dijo.

—Unas calenturas... —comentó mamá.

Nazarito pidió entonces un vaso con ron. Papá sonreía. El general se desabrochó el saco, sacó del cinturón un hermoso puñal, de mango negro adornado con plata, y una cápsula. Lentamente, como hombre que de nadie depende, comenzó a desplomar la munición. Logró sacar el cascarón, no sin algún trabajo, y había vaciado la pólvora en su mano zurda cuando retornó mamá trayendo el²²⁸ ron.

Nazarito bebió un trago, tranquilamente, como si bebiera agua, echó la pólvora en el resto y me tendió el vaso.

—¡No, Nazarito! ¡No! —atajó papá.

Y él, sonreído, contestó:

—Esta es la medicina de los hombres, don Pepe.

Yo tomé. Me quemó la garganta aquella bebida de color de oro, en la²²⁹ que todavía no se había asentado la pólvora.

Nazarito me miraba con sus ojos pesados, pardos e impresionantes. Después se puso en pié, me atrevería a decir que trabajosamente. De pronto padre recordó algo y movió una mano.

—No se vaya, no; espérese. Tengo algo para usted.²³⁰

Nazarito no me dijo palabra, como tampoco a mamá, mientras estuve papá afuera. Parecía estar jugando con algún pensamiento.

La voz de Pepito sonaba aguda en el patio. Papá entró con el revólver de Dosilién en la mano:

—Quería regalarle esto, que a mí no me sirve para nada —dijo, poniendo el arma en la mano cachazuda de Nazarito.

El general pareció estudiarla: La sopesó, como hizo Dimas. La luz llenaba de reflejos el peligroso juguete.

²²⁶ ...de *hombre menudo*; tenía...

²²⁷ ...rojos, en lo que todos tenemos blancos, se...

²²⁸ ...el vaso con ron.

²²⁹ ...oro, en que todavía...

²³⁰ ...ustedé.

Y salió de la habitación.

Nazarito...

—¿Sabe usted de quién era ese revólver?²³¹

—Ni lo supongo —contestó Nazarito.

Papá sonrió satisfecho, como gente que tiene un secreto importante. Se movió hacia adelante, tomó de las manos del otro el revólver y lo miró enternecido.

—De Dosilién... —dijo al rato.

—¿De Dosilién?

Nazarito parecía dudar.²³² Papá comenzó la historia que había contado noches antes a Dimas.

Afuera se engrosaba el ruido. Era como río pegajoso, que se agarraba a los espeques y a los alambres. Pepito vino corriendo a decir no se qué cosa en el oído de mamá, y ésta salió. Nazarito escuchaba atentamente a papá.

—Me habían dicho —comentó cuando padre terminó— que estaba compuesto...

—Sí, está compuesto. No hay bala que le dé, mientras usted lo tenga encima.

Nazarito sonrió satisfecho.

—Usted no sabe lo que le agradezco este regalo, don Pepe —dijo mientras se ponía en pie.

Y agregó, al tiempo de pasar su áspera mano de hombre de riendas por mi abrasada cabecita:

—Acuérdese de que yo no soy su amigo estando abajo nada más.

Había hablado con voz entrecortada. Cuando salía le enrojecía la espalda la luz. Era, efectivamente, un bello ejemplar de mulato.

Por las otras habitaciones sonaban sus pisadas acompañadas de ruidos de espuelas. Y las espuelas eran de plata, si yo no veía mal.²³³

²³¹ ...revólver? —preguntó papá, mientras se suj(etaba) la cabeza con una mano, pegado al espaldar de la silla.

²³² ...parecía no creer lo que oía. Papá...

²³³ ...mal.

Pepito me contó que los revolucionarios se fueron desprendiendo del camino lentamente, con saludos, con apretones de manos a los que se quedaban. A poco rompían en gritos de ¡Viva don Juan! ¡Viva Nazarito! Otra vez se llenaba la casa con ese ronquido sordo que sacudía, desde el Bonaio hasta Puerto Plata, a todo el Cibao.

José Veras vino hasta mi habitación, donde papá se había refugiado a comentar el paso de la gente.

—Yo creía que el que me cortó venía con Nazarito —dijo.

—¿El que te cortó? —preguntó papá alejado.

—Sí. Pero yo lo consigo.

Mamá dijo que aprendiera a perdonar. José la incendió con una mirada rencorosa.

[21] Una semana después²³⁴ la paz había renacido en el lugar. El sol rubio, retozón y malcriado, llenaba de oro los pardos caminos del campo.

Mero iba y venía incesantemente.²³⁵ Sacaba los mulos al río, los peinaba; recosía aparejos maltratados, serones rotos; se pasaba horas enteras retejiendo sogas desflecadas.

A menudo venía Carmita para cambiarle la resina de amacey a José Veras; pero José parecía estar sano, y salía de mañana, en busca de sol.

Yo también había mejorado. De noche me entretenía oyendo las historias de muertos que me contaba José. Siempre había en ellas una botija llena de oro, una alma en pena, la sombra de algún difunto cabalgando en las ancas de su caballo hasta derrengarlo, por los caminos empapados de tinta de todo el Cibao.

Papá fue al pueblo para llevar unas telas y arroz. Cuando retornó, el mismo día, trajo dos cosas; la noticia de que Nazarito metía el plomo dentro de la misma ciudad, y unas píldoras para cortarme las calenturas.²³⁶

Bajo la lámpara, que se dormía sobre su rubia cabeza, hablaba padre con voz medida:

—Esta noche se acantonan en Pedregal...

Desde la noche venían las voces entusiastas de la revolución.

Una...

²³⁴ ...después del paso de las bordas "bolas" la...

²³⁵ *Mongo iba venía al potrero y de su casa. Sacaba...*

²³⁶ ...ciudad, y un retrato de don Juan Isidro.

En la litografía parecería la cara amplia, buena y dulce de un hombre mayor, cuyas cabeza y bigotes eran blancos, como el algodón reventón. Debajo había dos gallos, el uno erguido para cantar, bolo, altivo y espoludo; el otro tendido en tierra, manando sangre por recio espolazo, desplumado y ridículo.

José Veras me explicó la alegoría. El gallo bolo representaba a don Juan Isidro Jiménez, jefe del partido bolo, que sostenía ahora una sangrienta revolución contra el gobierno de Bordas; el gallo coludo, a don Horacio Vásquez, jefe del partido horacista o rabú. Nazarito, por ejemplo, era un general bolo. Su potente voz de protesta alzaba en un momento toda amplia región del Bonao hasta La Vega. Generalmente esas revoluciones se hacían sin el consentimiento de don Juan.

Cuando José Veras nombraba al jefe tenía el mismo tono de respeto que Carmita y que Dimas. Parecía que aquel hombre era, verdaderamente, un bueno.

—¿Tu ve lo bueno que e tu taita? —preguntaba el ratero—. Bueno —explicaba— po don Juan e mejor mil vese.

Hablaba como si realmente conociese a aquel hombre, que, para ser sinceros, tenía expresión santa y noble.

[22] En nuestra cocina había tertulias dos veces al día: por la mañana, cuando se reunían Mero,²³⁷ Dimas, Papá y José Veras a beber café, y por la noche, cuando, además de ellos, venían algunos soldados de la revolución.

Papá lamentaba lo que pasaba. No se podía ganar un centavo mientras se viviera en tal zozobra. De Jima para allá, donde campeaban por sus respetos los partidarios de Tentico, era difícil, arriesgado, mejor, andar con cargas. Nazarito lo sabía. Por eso sus avanzadas contenían a las hordas feroces del otro.

Para Mero²³⁸ tenía poca importancia lo que sucedía. Hablaba poco, accionaba menos y vivía como lejos de sí mismo.

Papá simpatizaba también con don Juan. A menudo contaba anécdotas del venerable viejo; y cuando alguien mencionaba en su presencia a don Horacio, encojía el entrecejo. No decía palabra; pero uno podía verle el disgusto en la cara.

Parece, sin embargo, que no todos los generales alzados en nombre de don Juan lo hacían por simpatías al caudillo o por noble motivo. Tentico, por ejemplo, cacique joven, audaz y sanguinario, que dominaba en los alrededores del Cotuy, tomada las revoluciones como excusas para sus correrías. Depredaba, incendiaba, robaba, violaba. Por aquellos mismos días nos vino el cuento de que había hecho comer a unos soldados del gobierno, sorprendidos por asalto, sus propias orejas guisadas. Tenía sí fama de valiente. Pero por donde Tentico pasaba con sus fuerzas, hasta los pajonales ardían y las ciguas piaban desesperadas. Sus marchas estaban jalonadas por cruces que los campesinos llamaban del "calvario": cada una de aquellas cruces marcaba el lugar donde Tentico había fusilado cuatro o cinco hombres pacíficos, que se negaron a servirle sucias causas.

Otros de menor importancia, caminaban en grupos menudos por los caminos de la noche, en busca del enemigo para vengarse a la bandera de la revolución. Otros recorrían los conucos, los potreros, las pulperías, arrasando ávidamente con lo que los vividores de brega habían logrado crear en escasos paréntesis de paz.

Las manchas de sus partidarios no lograban, sin embargo, caer sobre la blanca cabeza de don Juan Isidro.

Muchas madres, como Carmita, por ejemplo, que confiaban en el viejo caudillo para un mejor porvenir del país, no sentían dolor si sus hijos caían al pie del estandarte bolo. Generalmente, casi todos los hombres que iban a la revolución le hacían con ese pensamiento.

Hasta el mismo José Veras, jugador, pendenciero, bebedor y ladrón, se sentía tocado de luz y de virtudes, cuando sus labios irónicos decían, mientras el grueso índice señalaba la litografía:

—*Ese sí e bueno, vale Juan.*

En nuestra...

²³⁷ ...Mongo...

²³⁸ ...Mongo...

Alguna que otra vez José preguntaba a los revolucionarios cosas referentes a gentes del Bonaó. De día se iba hasta el cantón de Pedregal. Todos sospechábamos que sólo²³⁹ estaba viviendo para su venganza.

Mamá también parecía tranquila. Sus acostumbrados regaños a Pepito, que pasaba la mayor parte del día fuera de la casa, en juntas con acanelados y atrevidos niños del lugar, escalando cerros, probando charcos y buscando frutas: la fatiga de su trabajo, cocinando, lavando ropa, atendiendo a mi enfermedad, cuando la fiebre me mordía: todo contribuía a que madre no sintiera el peso de la revuelta, ni sus cercanías.

Siempre traían los del cantón noticias de los pleitos que se daban a orillas de La Vega. Era entonces cuando el viejo Dimas se interesaba en el asunto. Preguntaba; le relumbraban los pequeños ojos. Pasados esos momentos parecía exprimido, como las guayabas que el mulo pisa en los caminos: tenía la barba crecida, los párpados amoratados y las mejillas colgantes.

—En estos días²⁴⁰ —rezongaba a menudo—, no hay que pensar en trabajo. Todito lo echan a perder estas condenadas revoluciones.²⁴¹

No venían campesinos a casa con tanta frecuencia como antes; pero siempre llegaba alguno a vender dos andullos, dos cajones de frijoles, una carga de maíz.

La vida iba adelante. Con algunos empujones, cierto. Pero iba adelante. Podíamos compararla con las aguas escasas y pestilentes del Yaquecillo: cuando le lloviera en las lomas bajaría impetuoso, alzándose hasta lo más alto de sus peladas barrancas.²⁴²

Era sábado en la mañana. En el alto cielo azul, en el bosque que orillaba al Yaquecillo y en el empolvado camino había fiesta de luces. Papá tenía sujeto por la jáquima a la Mañosa. Estaba amarrada a una aldaba, en la última puerta del almacén. Por allí, renqueando una idea, estaba José Veras.

Desde que partidas de fascinerosos merodeaban por el lugar, diciéndose revolucionarios, acostumbraba papá a estar armado. Llevaba siempre en la cintura el revólver oscuro que compró en su último viaje.

²³⁹ ...nada...

²⁴⁰ —En *eto día*...

²⁴¹ ...trabajo. *Toito* lo echan a perder *eta* *condená* *revolucioné*.

²⁴² ...barrancas.

¿Cómo sucedió aquello? ¿Cómo? ¿Qué vientos de locura rugieron en el cerebro del manso viejo Dimas?

Papá no permitía que hablaran en su presencia del caso. Se molestaba y le dolía. *Pero por lo que Pepito, Mongo y madre contaron, sucedió así:*

Era...

Todo el mundo vio venir al viejo Dimas. El mismo Mero,²⁴³ que revisaba las patas de la mula, metió la mirada por debajo del animal y comentó:

—Ya está²⁴⁴ aquí el viejo...

Contestaron el ronco saludo que él les dirigió; pero nadie le notó cosa sobrenatural. Papá siguió desgranando palabras chistosas sobre su montura,²⁴⁵ y José Veras apoyado en un espeque del portal, dejándose acariciar por la tibieza del sol.

El viejo parecía haber estado acechando la ocasión. Papá sintió una mano en la cintura. Cuando se volvió, hecho una bala, se encontró con que ya el viejo retrocedía con su revólver.

—¿Y eso?²⁴⁶ —tronó.

Se le fue encima, con ánimos de tirarle al suelo; pero el viejo había decidido quedarse con el arma. Cuando José corrió sobre él agarrotó el dedo en el gatillo y disparó. Padre sintió la bala rozarle la camisa. Por el recodo que hacía el Yaquecillo al meterse en el monte se escapó Dimas.

José Veras dio gritos. En un instante, mientras papá y Mongo [*sic*] se enredaban en nervios, saltó sobre la mula, dio un tirón a la jáquima y le clavó los talones.

—¡Espérate, espérate, José! —gritaba padre, con los brazos tendidos.

Iba al pelo, la herida a medio cerrar todavía. Tiró la mula entre las mayas. De nada valió la loca carrera de Mero,²⁴⁷ ni sus voces, ni los gritos enérgicos de papá.

Mamá corría de mi cuarto al almacén. Derretía un montón de palabras, mientras se sujetaba el gris cabello.

I²⁴⁸ después, un silencio chorreoso sobre Pepito, sobre mí y sobre madre: papá había tomado, armado de machete, en camisa y sin sombrero, el camino de la casa de Dimas.²⁴⁹

²⁴³ ...Mongo...

²⁴⁴ ...ta...

²⁴⁵ ...melada...

²⁴⁶ —¡Qué atrevimiento es ese! —tronó.

²⁴⁷ ...Mongo...

²⁴⁸ A partir de aquí, hasta la p. 306, utiliza de manera regular *I* en lugar de *Y* luego alterna el empleo de la conjunción (N. del E.).

²⁴⁹ ...Dimas.

Conjeturamos que el viejo Dimas había tomado la dirección del pueblo, en busca de sus hijos. Pero esas cosas no se podían hablar en presencia de papá, cuyo silencio era amenazante. Parecía profundamente disgustado. Ni siquiera mi enfermedad, renovada en esos días, le preocupaba. Estaba más rojo que de costumbre; mucho más aún que cuando se robaron la mula.

Suponíamos que José Veras no volvería con el animal. Tal vez él y el viejo Dimas estaban en combinación. ¡Suceden tales cosas!

[23] José Veras se alzó el saco, haló lentamente el revólver que Dimas había arrebatado a mi padre, y comentó, mientras lo miraba con aquellos ojos iluminados por pequeñas hogueras:

—Con uno así, don Pepe, se pué dir a cualquier sitio.

I a seguidas se dio a relatar cómo había alcanzado a Dimas por los lados de Licey. Desde el momento que tomó La Mañosa sospechaba José Veras que el viejo tomaría esa dirección, porque tenía una hija por allá. I no se equivocó. Verdad que le costó trabajo conseguirlo. La herida estuvo rezumándole pus, porque no durmió casi, y comió muy poco.

—Por eso no e pa que me lo agradezca, don Pepe —explicaba entre sonrisas—. Yo le debo a uté mucho favore.

—¿I el viejo? —preguntó mamá.

—Jum. Ahí lo tienen amarrao, en el cantón. ¿O uté creía que yo lo diba a dejar? Lo truje bien seguiao.²⁵⁰

Mongo estuvo dos días recorriendo los campos cercanos, buscando noticias de los dos; pero nadie sabía una palabra acerca de ellos. Llevó la nueva al cantón de Pedregal, y en la noche del tercer día vino un oficial de la revolución a enterarse del asunto. Papá se negó a declarar. Dijo que no tenía importancia lo sucedido.

Pero en la mañana del quinto día, a la hora en que, abismados por el silencio, tomábamos café en el comedor, sentimos unas pisadas conocidas en el patio: José Veras, con la cara llena de una sonrisa triunfal, ginete en la Mañosa, acaba de llegar a casa.

Venía todo lleno de lodo, lo mismo que la montura, cuyo vientre parecía masado. Estaba barbudo, sucio y pálido. A la mula se le podían contar las costillas. Se quedó a la puerta, sin un movimiento alegre, con las orejas y la mirada gacha, mientras nosotros rodeábamos a José, que se dejó caer todo cansado en una silla... Recuerdo cómo crujió el rústico mueble bajo su peso; y recuerdo cómo se remojó los labios, cómo puso una pierna en cruz sobre la otra, y cómo sonreía antes de hablar.

—¡Cuenta, cuenta! —decía padre.

José Veras....

²⁵⁰ ...seguiao.

I explicó después:

—Yo no sabía que se diba a dar tan mañoso el viejo ese. Si cualquiera se da una sengañá con la gente.

—Sí —aprobaba papá.

I era que él mismo había pensado mal de Veras.

Mamá le ofreció un desayuno a José.

—Sí, doña, que tengo mucha hambre.

Yo creo que nunca madre preparó otro con mayor gusto. Papá daba vueltas alrededor de la mulita.

Las conversaciones...

[24] Las conversaciones que estuvieron cinco días mudas se desataron esa mañana. Todos recordábamos cómo se había Dimas lamentado de no tener un revólver así, la noche que papá se lo mostró. Mamá habló de su inquietud, el día que se enteró de que los muchachos habían sido reclutados por el gobierno.

Nadie es capaz de saber que dolor cruel le apretaba el corazón al viejo. I tanto se habló, que padre se sintió blando.

A pié, porque era escasa la distancia, tomó el camino del cantón. Allí estuvo hablando con los oficiales, interrogó al viejo, que se negó a hablar, avergonzado del hecho, y logró al fin sacar que lo soltaran.

Por aquel camino mohoso lleno de sol retornó papá, destocado y en camisa, más alegre que si hubiera topado una fonda con onzas.

Días antes de que sucediera, nos traían noticias desconcertantes: habían entrado refuerzos a La Vega; a Nazarito se le agotaban las municiones; el gobierno arrollaba la ola crecida de la revolución.

Nosotros no sabíamos a qué atenernos. La verdad es que hubiéramos deseado el triunfo de uno o de otro inmediatamente: la revuelta estanca-ba las fuerzas en marcha; entre los conucos iba haciendo estrago el bejuco bravo; el maíz ennegrecía al sol, sin que la mano que lo sembró viniera a recojerlo; en su propio tallo se hacía tripa oscura e inútil la fragante hoja del tabaco: por los callejones de cada campo venía rodando el fantasma del hambre.²⁵¹

Un día sucedió.²⁵² En la mañana vimos a los primeros cruzar el firme de la loma, a carrera desbocada, uno tras otro. Suponíamos que por la otra²⁵³ ladera habría más, mucho más. Venían dispersos, en grupos, de dos a dos, uno a uno.

Pasaban [a] todo correr por el camino, saltaban las mayas, los alambres, y gateaban ansiosamente por los repechos. Algunos escondían el arma en los matorrales.

A medida que el sol se iba haciendo alto se multiplicaban las sombras de los derrotados. Venían en caballos canijos, mal aparejados, taloneando a las pobres monturas.

Se oían tiros sueltos, imprecaciones y advertencias.

Nosotros mirábamos aquella sin un comentario. Estábamos frente a la derrota como a orillas de un río profundo y manso. Bajo aquel sol de bendición no tenía justificación posible tal aspecto de miedo.

²⁵¹ ...hambre.

Un día...

²⁵² ¿Cómo se explicaba aquella rota desastrosa; aquella fuga loca y pavorosa de tantos hombres? En la mañana les vimos cruzar el...

Sucedía como en las telas viejas, que se rasgan ruidosamente por varios lados a un mismo tiempo: nosotros nos íbamos desgarrando, sin comprenderlo; nos daríamos cuenta cuando nos cortara la piel el viento frío que bajaba de las lomas.

Papá comentaba aquello con gestos: mamá correteaba de la cocina a la casa, de la casa a la cocina. A menudo preguntaba:

—¿I ahora, Pepe; y [*sic*] ahora?

Pepito se pegaba a su falda, con la mirada huidiza y llena de timideces. Palidecía y rompía en llanto. Papá le quemaba con el ceño cargado, como un cielo lleno de nubes.²⁵⁴ El niño entonces se hacía el fuerte y se arribaba a la puerta. De pronto corría, y su vocecita era como hilo blanco en la penumbra del almacén:

—¡Papá, papá... Más, más! —gritaba.

Mangueaba, llamando. Se tapaba la boca, avergonzado. Hubo un momento en que padre se llenó de ira, le agarró un bracito y masticó, sobre su cara, estas palabras:

—¡A ver si resulta que me saldrás pendejo ahora!

El niño ahogaba un sollozo y abría todo lo más sus apenados ojos azules.

[25] Un poco después de medio día llegó José Veras. Papá le sujetó el hombro, como para que no se le escapara.

—¿Qué hay, qué hay? —preguntaba con voz sorda.

—La cosa está²⁵⁵ fea, don Pepe —explicaba Veras—; pero Nazarito pelea²⁵⁶ duro toavía.

—¿Pelea, pelea?²⁵⁷ ¿I esta gente que huye?

Padre señalaba hacia el camino, hacía los montes, hacia las lomas.

—Esos son algunos... —José cruzaba los brazos—. Esos son algunos... En la salida de Pontón están comiendo balas.²⁵⁸

Papá desprendió la mano de su hombro. Movía la cabeza, como diciendo que no. Se sentó junto a la mesa, cruzó las piernas y [*sic*] calló. De fuera llegaban ruidos de caballos.

—¿Hay muchos muertos? —preguntó padre de pronto.

²⁵³ ...por la ladera del otro lado habría...

²⁵⁴ ...con su mirada cargada, llena de...

²⁵⁵ ...ta...

²⁵⁶ ...Nazarito ta peleando duro...

²⁵⁷ —¿Cómo peleando, como peleando?...

²⁵⁸ —Eso son alguno... —José cruzaba los brazos—. Eso son alguno... En la salía de Pontón tan macando bala.

—Huy... Asina, don Pepe, como hormigas...

Veras movía los dedos de la mano, con las yemas juntas, como para indicar la abundancia.

Papá se inclinó sobre él.

—¿Si? ¿I heridos?²⁵⁹

—Le digo que se está peleando duro, don Pepe.²⁶⁰

—¿I esta gente? ¿Por qué huye esta gente?

—Siempre hay pendejos.²⁶¹

Mamá venía de la cocina. Quiso preguntar también²⁶²; pero padre la atajó con la mano.

—No te pongas nerviosa;²⁶³ no te pongas nerviosa!

—¿Cómo no me voy a poner nerviosa, hombre de Dios? ¿I si viene el gobierno? ¿I si viene...?

José tenía gesto interesante.

—Bueno, doña... yo estoy²⁶⁴ en creer que no viene —explicaba.

Padre pareció tener, de pronto, una idea.

—¿I el cantón que estaba ahí, en Pedregal? ¿Por qué dejan pasar a esos hombres?

Volvió a señalar vagamente hacia los que huían.

—Eso son lo que tan huyendo.²⁶⁵

—Bueno... Veremos...

Padre se levantó. Trató de alzarse los pantalones, por delante, con ambas manos. Se asomó al almacén.

Mamá empezó a hacer preguntas. José Veras sonreía al miedo femenino de mamá.

Por la puerta del comedor, como perro juguetero, se retiraba poco a poco el claro sol de medio día.²⁶⁶

Salimos corriendo todos, desbocados sobre la puerta, porque Pepito llamaba a gritos.

²⁵⁹ ...heridos?

Padre arrugaba los labios y levantaba la cejas.

Le...

²⁶⁰ —Le digo que se *peleando* duro, don Pepe —*explicaba* José.

²⁶¹ ...*pendejo*.

²⁶² ... también a *José*, pero...

²⁶³ ...*nerviosa, Angela*; no...

²⁶⁴ ...*toy*...

²⁶⁵ —*Po eso son* lo que tan huyendo —*decía José, mientras, con el grueso índice derecho, marcaba el lugar del cantón.*

²⁶⁶ ...medio día.



Salimos...

José Veras se tiró al camino. Había allí un hombre descolgándose trabajosamente de las ancas de una penca bayo.²⁶⁷ Eran dos los que venían. El otro le sujetaba el brazo, mordiéndose los labios. Cuando el que se descolgaba hubo tocado tierra con los pies, y se desplomaba sobre José, que le sujetaba por las axilas, el ginete golpeó las costillas del penco con sus recio talones y partió a galope. Ni siquiera volvió la cara. Llevaba en alto, meciéndola, la carabina mohosa.

—¿Ay papá, ay papá! —gritó mi hermano— ¡El hombre que nos pidió agua! ¡El hombre que nos pidió agua!²⁶⁸

—¡Sí, Angela, sí! —roncó papá.

Se tiró al camino, con cara enrojecida, y tomó al hombre por los pies. Entre él y [*sic*] José le echaron²⁶⁹ el quicio de la puerta. Pepito se apartó, asqueado y miedoso, y fue a prenderse de la falda materna.

El hombre quedó allí, encogido, con los brazos junto al cuerpo. A poco rato movió la cabeza y levantó los párpados: sus ojos pardos y tristes se mecieron de un lado a otro, rotos, sin gobierno.

—Aquí, aquí —decía madre mientras ponía un aparejo de almohada en los sacos que habían servido de cama a José Veras.

Tornaron a cargar el hombre. Pepito volvió a gritar.

—¡El perro, mamá; el perro!

De un salto, la lengua afuera, entrasijado, anguloso de huesos y babeante, entró a la casa el perro de roja mirada. Corrió hacia su dueño, le lamió la cara, mientras lanzaba un quejido apagado y largo.²⁷⁰

Mamá, arrodillada junto al dueño, le desabotonaba la hedionda camisa listada.

—¡Mira, Pepe, mira! —dijo asustada.

Bajo la tetilla derecha había entrado una bala. Le habían taponado la herida con papel de estraza, para que no sangrara. El hombre movió la cabeza de un lado a otro, quejándose.²⁷¹

²⁶⁷ ...penca bayo. El otro...

²⁶⁸ ...que dijo donde estaba la mula! ¡El hombre que dijo donde estaba la mula!

²⁶⁹ ...José le tiraron sobre el...

²⁷⁰ ...largo.

—¡Perro...! —acosó José Veras, empujándolo.

El animal luchaba por acercarse al hombre. Movía el rabo y aullaba.

Mamá...

²⁷¹ ...quejándose.

—Yo no puedo ver esto, yo no puedo ver esto —protestaba padre con el ceño cargado de dolor.

—Eso no e ná, don Pepe —aseguraba Veras—. Traígase ron. Uté verá horita...

El herido arrugaba los labios, sobre los que aleteaba una lucecita verde.

—Agua, agua... —roncaba en un hilo de voz.

—Pepito, tráete agua —gritó madre.

[26] Hacia el primer tercio de la noche, el herido movió los brazos, en una especie de desesperación. Parecía querer nadar en seco. Su respiración era fatigosa, lenta y sonora. Sabíamos que ardía en fiebre. Al color amarillo había sucedido un encendido alarmante. Sudaba por la frente, sobre el bigote.

Cerca de él daba tumbos la jumiadora y reventaba de rojo los ojos del perro, que se había echado al lado del herido en actitud de acecho. De vez en vez movía el rabo, abría la boca para desperezarse y tornaba a dejar la mirada tensa, expectante y ardiente como un incendio. A ratos tiraba, en redondo, una dentellada para cazar mimes o mosquitos.

Nosotros estábamos sentados frente al hombre. Comentábamos cualquier movimiento de su boca, que espumeaba por las comisuras; pero nos esforzábamos en no hablar.

Yo recordaba la primera vez que vino, lleno de vida, aunque enfermo. Parecía entonces un hombre manso. Recordaba como se había enredado su lengua ante las palabras nerviosas de papá. I [*sic*] sus palabras:

—No me comprometa, don Pepe. No me comprometa.²⁷²

Ahora estaba tendido frente a mí, ardiendo en fiebre, con el pecho agujereado y la herida taponada, como si fuera un cerdo.

José Veras se opuso a que le quitáramos el maguey. Dijo que antes de diez días la carne se iría estrechando alrededor del tapón, hasta hacerle saltar.²⁷³

Pero Pepito se sujetaba a las piernas de papá, pálido y tembloroso. No oyó la orden; no podía oírla: sus nervios le habían hecho un nudo en la cabeza.

Papá salió con apresuramiento y retornó en seguida con una ponchera llena de agua. Mamá se levantó y corrió a mi cuarto, mientras José luchaba con el perro, que insistía en lamer la sangre de su dueño.

Mamá volvió inmediatamente. Venía rasgando un traje viejo de ella, y murmuraba.

—Aquí está, aquí está.

No parecía sino que alguien le había ordenado traerlo.

—¡El ron, don Pepe; el ron! —murmuraba Veras mientras madre mojaba un trozo de tela en la ponchera.

Papá se golpeó la frente.

—Verdad, hombre.

Pero seguía dando vueltas alrededor del grupo, a pesar de que juraba que no podía ver aquello.

El hombre no había vuelto a levantar los párpados. Sobre ellos pesaba un triste descoloramiento.

Hacia...

²⁷² ...don Pepe. *Búquela pa la salía del sol.*

²⁷³ ...saltar. *Aseguró que no tenía confianza en medicinas; y como para hacer fe señalaba su herida.*

[27] Los gallos empezaban a cantar la media, uno tras otro, en el vasto círculo del campo, cuando el hombre pretendió incorporarse. José corrió para ayudarlo.

—Estése quieto, compai; estése quieto.²⁷⁴

El perro miraba a José con ojos acuosos y desesperados. Su dueño tornó a moverse; pero se desplomó sobre el aparejo mordiendo un gemido.

—Tranquilícese, amigo —dijo papá.

Entonces él alzó la cabeza, se pasó una mano por la frente y entreabrió los ojos. Su primera actitud fue mirar en redondo, con la boca abierta. Después paseó la muerta vista sobre nosotros. Sus ojos eran dos luces sin voluntad en mitad de la cara. Todavía hizo mayor esfuerzo; apretó una mano contra el suelo y preguntó, lleno de miedo:

—¿Dónde estoy?²⁷⁵

Padre y madre corrieron sobre él.

—En su casa, en su casa —musitó mamá.

El hombre volvió a caer sobre el aparejo, esta vez con la cara ladeada, como si no quisiera luchar más. Parecía de piedra dura y fría.

José Veras le puso un paño húmedo en la frente. El murmuró unas cuantas palabras. Siguió después masticando alguna conversación y de pronto empezó a temblar, como muerto de frío.

—Eso e la calentura, doña —explicó José a la cobarde mirada de mamá.

Mamá rezaba, con un rosario en la diestra, mientras se amasaba la frente con la zurda. Su cabello encanecido parecía de cobre cuando la lengua de la luz llegaba hasta su cabeza.

Una claridad parda, bermeja, mejor, tropezaba con los serones y se iba rodando, de tumbo en tumbo, hasta los lejanos rincones.

—¿Cómo se llamará el infeliz? —preguntó mamá en un soplo.

Papá, apretándose un mano contra otra, contestó:

—El nombre no importa. Sé que le debemos un favor...

José aprobó con la cabeza. Su bigote parecía destilar sangre: de tal modo brillaban los gruesos y negros pelos cuando movía la cara.

Cuando hubo pasado un buen rato, y ya parecía olvidada esa conversación, mamá aseguró, con palabras que se caían solas del cansancio:

—El pobre... Nadie le hubiera dicho que lo recojería de esta forma...

—Doña —interrumpió José—, el que siembra...

In mente terminó yo el refrán:

—...Cosecha...

Los gallos...

²⁷⁴ —Tese quieto, vale; tese quieto.

²⁷⁵ —¿Dónde toy yo?

De pronto el hombre trató de incorporarse por tercera vez.²⁷⁶

Por primera vez parecía darse cuenta de que no soñaba. Los músculos de la cara fueron cobrando relieve ante nuestros ojos. Su misma mirada empezaba a albergar luz, la roja de la jumiadora.

—Amigo, amigo —dijo papá palmoteándole en un hombro, como para animarle.

El se llevó la diestra a la herida, mientras murmuraba en voz muy tenue:

—...Me duele mucho aquí...

—Pero ya está casi curado. No e nada —aseguró José.²⁷⁷

El herido levantó la mirada. Trataba de reconocer a ese hombre ancho y cariñoso que le hablaba. Después le bajó los ojos hasta los piés, y haciéndolos gatear²⁷⁸ por las piernas de papá, los llevó a su cara. Una especie de sonrisa le ensanchó los gruesos labios.²⁷⁹

Comprendimos que la vida iba retornando pulgada a pulgada hasta el corazón generoso de aquel hombre.



[28] Ibamos a levantarnos ya, para echarnos a dormir. José Veras había porfiado por quedarse a cuidar el herido. Decía insultos en voz baja al perro que le lamía la mano a su amo. De pronto oímos un tropel afanoso²⁸⁰ cruzar el Yaquecillo. Padre se detuvo en seco; mamá tomó actitud de quien acecha. Pepito me miraba con ojos hechos pedacitos de asombro.

De improviso el perro se incorporó, alargó el pescuezo, clavó las uñas en el piso, y rompió en ladridos cortos, secos,²⁸¹ agudos. Casi de inmediato tembló la puerta a unos golpes insistentes y nerviosos.

—¿Quién va? ¿Quién va?

²⁷⁶ ...vez.

—¿I qué e? —preguntó arrugando el ceño.

Por...

²⁷⁷ —Pero ya ta casi curao. No e ná —aseguró José.

²⁷⁸ ...piés, entonces, gateándolos por...

²⁷⁹ ...labios.

Padre aprovechó el instante.

—¿No se acuerda de mí, de Pepe? —preguntó meloso.

El hombre dijo que sí con la cabeza. Señaló entonces a su perro, que gemía de contento; y se recostó otra vez, murmurando palabras entre las que se entendían "dueño e la mula", "dueño e la mula..."

Comprendimos...

²⁸⁰ ...afanoso por cruzar...

²⁸¹ ...secos y agudos. Casi...

La voz de papá no tenía nada de tranquila. Era alta y áspera.

José Veras cruzó la habitación en carrera, se pegó a la pared que daba al camino y unió su oreja zurda a las tablas. Estaba desenfundando el revólver. Los golpes persistían, y persistía también la furia del perro, que se acercaba a la puerta y enseñaba los blanco dientes.

Padre nos empujó al comedor, en montón.

—¡Pepe! ¡Pepe! —demandaba una voz ronca, cortada y ansiosa desde el camino.

—Es²⁸² Nazarito —aseguró José tranquilizándonos.

—¿Qué pasa?

Padre se dirigió a la puerta.²⁸³

—¿Quién va? ¿Quién va? —interrogaba²⁸⁴ mientras desde fuera seguían meciendo la puerta.

—Soy yo,²⁸⁵ Nazarito —contestó la voz que había llamado.

Poco a poco nos fuimos acercando.²⁸⁶

Papá se agachó para destrancar. Abrió la puerta con cautela; pero la mano oscura y nerviosa del general tiró de ella. Inmediatamente le vimos entrar, con paso rápido y ruido de espuelas.

—Perdone, doña —dijo dirigiéndose a mamá, mientras se quitaba el sombrero con extraña y noble cortesía.

Papá pretendía preguntar algo. A su muda interrogación explicó Nazarito:

—Mi caballo está herido. Búsqueme una montura, don Pepe.

Adivinábamos la nerviosidad, afuera, de sus acompañantes. Los animales tascaban con impaciencia los frenos.

—Lo único que tengo es una mula.²⁸⁷

—Cualquiera, don Pepe, cualquiera.

Todos los gestos del general acusaban su prisa. Nada le importaba en la vida, nada. Necesitaba tan sólo una montura.

Papá parecía también nervioso.

—José, José —dijo de pronto—. Vete al primer vaso. Tráete la Mañosa.²⁸⁸

José Veras atravesó el almacén, atravesó el comedor y abrió la puerta que daba al patio. Un viento frío se coló por ella, se arrastró de barriga

²⁸² —E...

²⁸³ ...puerta.

—¡Perro el diablo...! —rezongó José espantando con el revólver al animal.

—¿Quién...

²⁸⁴ ...—interrogaba *papá*, mientras...

²⁸⁵ —Yo soy, Nazarito...

²⁸⁶ ...acercando. *El berido se bebía el ansia con los ojos.*

²⁸⁷ ...mula; *eso sí, de buen paso* —arguyó padre.

²⁸⁸ ...Mañosa *lo más de prisa que puedas.*

sobre el piso y dio de bofetadas a la jumiadora. El herido se movió, como para resguardarse de ese airecillo entrometido. Lanzó un quejido sordo y volvió a estar tranquilo.

—¿Quién es? —dijo Nazarito señalándolo.

—No sé —contestó padre—. Está herido de un balazo aquí.

Y con el índice se señalaba la tetilla derecha.²⁸⁹

El General²⁹⁰ se agachó, removió la cabeza hacia arriba, para verle mejor. Clavaba en aquella carne ardiente sus dedos recios de caudillo.

—Es Ñamará —explicó, poniéndose en²⁹¹ pié.

Y luego, dejando caer una mirada compasiva sobre el herido:²⁹²

—Lo cortaron esta mañana, en la salida de Pontón.

—¿Estaba con usted? —preguntó papá mirándole fijamente.

—Sí.²⁹³

Y [*sic*] luego, como para justificar esa afirmación, dijo, indicando con la barbilla la dirección del Bonaó:

—Es de los lados de casa.

E inmediatamente se dirigió a la puerta, donde masculló unas órdenes a los hombres que de seguro le esperaban.²⁹⁴

Tenía urgencia en llegar al Bonaó al amanecer. Le habían herido el caballo, aquel noble y bello bruto que parecía hecho para la fiesta de los tiroteos.

—Cuídemelo, don Pepe, que en pocos días estamos aquí de nuevo.²⁹⁵

Oímos a José Veras abrir el portal. Nazarito sacó la cabeza al camino. Ordenó que desensillaran su rucillo y enjaezaran a la Mañosa. Iba a despedirse de nosotros ya, cuando el herido levantó la cabeza y lo llamó a pobres voces.

²⁸⁹ ...derecha. *Nazarito murmuró:*

—*Dios le guarde el lugar. E inmediatamente se dirigió hacia el hombre.*

²⁹⁰ *Se agachó, removió la...*

²⁹¹ ...*de...*

²⁹² ...herido, *dijo:*

²⁹³ —Sí —*contestó el general.*

²⁹⁴ ...seguro le esperaban.

Nazarito tomó asiento, mientras venía Veras, que debía estar andando a tientas en el potrero, bajo la parda noche, tras la figura de la mulita.

Papá estuvo preguntándole muchas cosas. Sacó en claro que el general había permitido aquella desbandada, porque recorriendo esas lomas acabarían sus hombres descolgándose en el Bonaó, donde volvería a hacerse fuerte. Por ahora tenía que retirarse: las municiones estaban agotadas y a La Vega llegaban refuerzos enviados desde Santiago.

Una retaguardia de cincuenta hombres con abundantes cápsulas acechaba el paso del ejército en la Cotadera; poco más adelante de casa, en Jumunucú, quedaría establecida otra esa noche. Nazarito tenía urgencia...

²⁹⁵ ...nuevo. —*decía Nazarito, poniéndose de pié.*

Nazarito caminó. Su sombra se doblaba entre el piso y la pared. Parecía deforme.

—Dígale a mamá que yo estoy²⁹⁶ bueno y sano —rogó el hombre.

—Pierda cuidado; pierda cuidado —roncó Nazarito.

Al levantar la cabeza, parecía morder un dolor. Estaba estrechando, destocado, la mano de papá cuando entró José Veras.

—Yo me voy con usted,²⁹⁷ general —dijo, huyendo de propósito a la mirada de padre.²⁹⁸

—Pero José...²⁹⁹

—No, don Pepe —cortó él.

Nazarito estaba entre los dos. Su mirada impresionante, pesada y gruesa, estudiaba al hombre.

—Si usted quiere... —dijo al cabo.

Y sonreía levemente, como satisfecho de que, todavía derrotado, su presencia arrastrara vidas hacia los caminos tuerfos de la revolución.³⁰⁰

²⁹⁶ ...toy...

²⁹⁷ ...usté...

²⁹⁸ ...papá.

²⁹⁹ —Pero José... —*objetó padre.*

³⁰⁰ ...revolución.

—*Adiós, doña —dijo de pronto, inclinado.*

José Veras entró el caballo al portal. Se oyó la nalgada que dio, junto con un ¡alló!, en el anca del rucillo.

TERCER MANUSCRITO (FRAGMENTO)

[1] Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche en que unas nubes bandoleras robaban estrellas:¹

—Yo andaba con uno de mis muchachos, dizque buscando caoba; y ya teníamos buen trecho caminado² cuando topamos la culebra...

Estábamos en la cocina. Una noche dorada y alta se empinaba sobre nosotros. Las llamas del fogón se alzaban y removían incansablemente. Pepito y yo atendíamos a Dimas, mientras papá hacía chistes sobre la lentitud de mamá en preparar³ el café.

El viejo Dimas, chorreando reflejos de fuego por entre los pelos largos y blancos de la barba, decía:

—Dende la madrugada habíamos cojido el camino, porque yo sabía que la caoba no se orillaba mucho. Era para unos blancos... Bueno; y yo no sé qué casta de gente... Hablaban chapurreado.

El viejo Dimas calló. Parecía⁴ estar viendo algo en la tierra dorada del piso. En el cogote lamía⁵ la llama.

—Decía taita —siguió,⁶ siempre perdidos los ojos— que si uno ve una animal de esos y no lo mata, se embroma, porque lo maldice. Asigún cuentan, son obra del Enemigo Malo.

Mamá, que va vaciando café en el colador, exclama, toda la arisca mirada clavada en Dimas:

—Jesús Ave María Purísima...

Allí, sobre el hombro de madre estaba⁷ la cara de papá y una sonrisilla maliciosa rompió⁸ a bailar entre sus labios.

¹ ...bandoleras *andaban por el cielo robando* estrellas:

² ...trecho *andado* cuando...

³ ...mamá *preparando* el café.

⁴ ...Dimas *calla*. *Parece* estar...

⁵ ...cogote *la lame* la llama.

⁶ ...*sigue*...

⁷ ...*está*...

⁸ ...*rompe* a...



[2] Eran mansas como vacas viejas aquellas noches estrelladas de El Pino. A veces venía Simeón, otras Mero, otras ni el uno ni el otro; pero jamás faltaba Dimas. Si llovía se metía⁹ la lluvia en la cocina y tertuliaba en la casa; si¹⁰ no llovía comentaban sobre la cosecha, sobre los malos tiempos, sobre la muerte de algún compadre... A veces reventaba la luna por encima de la Encrucijada. Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros, subía las lomas distantes de Cortadera y Pedregal, correteaba¹¹ por los firmes; engrasaba las hojas de los árboles que orillaban el Yaquencillo y pintaba de azul las paredes de la vieja casa.

Aquella noche¹² estaba dorado el cielo. Unas nubes berrendas salían por detrás de las lomas y se tragaban las estrellas. Dimas contaba:

—Asina que vide¹³ ese animal, tan tremendo, tan negro, desenvainé el machete y alargué dos veces, entre pescuezo y caco; pero esa maldita tenía el cuero bien duro: le trocé el espinazo nada más. También que el machete no estaba bien afilado, por mucho que el muchacho estuvo dándole en una piedricita vieja que hay en casa. Bueno, se fue el bicho, yo creía que a morirse lejos, y como yo no lo diba a seguir entre tanto matojo, le dije al muchacho: “sigue, hijo, que horitica se mete la noche”. “Taita, —me respondió— pa mí que esa culebra no esta bien muerta”. “Ni te apures... Esa ha dío a morirse por ahí”. ¿Morirse? Bueno...

La cocina se estaba¹⁴ llenando con el olor del café, que ya humeaba.¹⁵ Las llamas se ahogan bajo la marmita, se sacudían, alzaban, caían y se removían.¹⁶ En todas las paredes bailaban¹⁷ esas llamas diminutas; y bailaba¹⁸ también en la frente, en las cejas y en las manos del viejo Dimas; se le prendían¹⁹ a padre en toda la cara y pintaban²⁰ de rojo el blanco traje de mi madre.

—Bueno... —el viejo Dimas parecía²¹ estar rezando—. Yo apuraba el paso, porque no quería que me cojera la noche en el monte. Asina

⁹ ...se nos metía...

¹⁰ ...casa; pero si...

¹¹ ...y Pedregal, bajaba por el otro lado, después de haber estado buen rato correteando por...

¹² ...noche, por ejemplo, estaba...

¹³ ...ví...

¹⁴ ...está...

¹⁵ ...humea.

¹⁶ ...marmita, se sacuden, alzan, caen y se remueven. Las...

¹⁷ ...bailan...

¹⁸ ...bailan...

¹⁹ ...prenden...

²⁰ ...pintan...

²¹ ...parece...

que, ya cansado, alcanzamos²² el rancho del viejo Matías. “Vamos a dormir en la cumbre, muchacho”. “Taita, no tenemos ni una yagua y ahí nada más hay varejones podridos”...²³

El rancho del viejo Matías ya no era rancho ni pertenecía a nadie. Atrás, muy²⁴ atrás, cuando aun estaba joven el padre de Dimas, Matías había construido aquella vivienda, bien metida en el monte. Vivía de la cacería, de matar reses cimarronas. Pero los animales fueron abandonando el sitio, lentamente, seguidos por manadas de perros jíbaros; y un día el hombre se vio forzado a dejar el rancho. Tomó los firmes de las lomas, siempre tras las huellas de las reses, barbudo, silencioso y recio. Bajaba de año en año, en busca de municiones o a vender pieles. Después descubrió que el Bonaio le quedaba más cerca, y ya no volvió. Se sabía de él en el lugar por las noticias que traían las escasas recuas.

Matías se fue; pero su rancho quedó ahí. Poco a poco le fue el viento vagabundo arrancando yaguas, podridas ya en aquel angustioso desamparo y cansadas de soportar las lluvias.²⁵ Empezaron después a caerle tablas; al principio pedazos, más tarde²⁶ enteras. Iban y venían por los espeques los hilos del comején; comenzaron²⁷ los bejucos a prenderse en los palos. Cuando los monteros descubrieron que allí se podía pernoctar, le limpiaron el frente, trozaron los arbustos que se entrometían por las rendijas; le amarraron pedazos de yaguas. Sin embargo, se monteaba poco: el mismo Matías había empujado las reses hacia el sur, hacia el monte tupido, cerrado, bruto.

“El rancho del viejo Matías”, decía la gente. Pero ya no era rancho, ni tenía dueño. No era rancho, por lo menos, la noche que llegaron Dimas y su muchacho. Gateando por los espeques ganaron el techo, donde las varas desnudas, ennegrecidas por las lluvias, se derrengaban bajo el pié cauteloso. Pudieron arreglar algo como una cama, casi en la cumbre. Lo hacían tanteando, porque entre ellos y las escasas estrellas estaba la gramazón del monte.

A media noche despertó Dimas. Había oído un golpe seco, entre sueños. A poco otra vez: tac. Alzó la cabeza.

—Despierta, hijo —recomendó.

Aquel golpe sonó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Parecía medido el tiempo entre uno y otro.

²² ...cansado, a boquita de noche alcanzamos...

²³ ...varejones viejos podridos"... "Mi hijo —le dije—. Vale más pasar una noche mala que no amanecer vivo." Y como Dios nos ayudó nos encaramamos en la cumbre.

²⁴ ...bien..

²⁵ ...lluvias despiadadas. Empezaron...

²⁶ ...pedazos, después enteras.

²⁷ ...hilos del traidor comején; comenzaban los...

—Alguno de estos varejones rompiéndose —aventuró el muchacho.

—¿Rompiéndose?

Dimas no era hombre de engañarse. Conocía todos los ruidos del bosque. Nunca había oído aquel. Era como algo que caía. A veces los árboles rozaban entre sí, cuando había viento; pero no sucedía eso, o por lo menos, el ruido era distinto.

La voz de Dimas tenía alzadas y caídas. Bajo las cejas tupidas los ojos se hacían diminutos. No nos miraba, sino que parecía estar acechando algo que pasaba más allá de alguna pequeña rendija.

—¡Hola! —dijo padre.

Entonces Dimas alzó la mirada. En la puerta estaba Simeón, alto, simple, rojo.

[3] En un banco corto y pulido por el uso, frente al fogón, tomó asiento el alcalde. Era un hombre bueno, manso. Tenía entre los dientes un roñoso y negro cachimbo de madera, retorcido y hediondo. Cruzó los brazos por encima del vientre y saludó echando humo con cada palabra.

Pepito y yo le veíamos con odio, casi. Allí estaba meciéndose, entre nuestros oídos, la historia de Dimas. Simeón la había trozado en lo mejor.

—Orítica —dijo el recién llegado— me dijeron que andan tiznados por aquí.

Impasible, quieto e indiferente como un espeque, ni soltaba el cachimbo para hablar ni se tragaba el humo. Un instante lo sostuvo entre los dedos, mientras lanzaba al rincón un escupitajo negro y espeso.

Dimas se acariciaba la blanca barba y²⁸ miraba al alcalde. Padre, lleno de recelos, comenzó a ojearlo. Suspensa sobre todos y sobre el fogón, ardía roja y ardiente la mirada de mi madre.

Papá habló al fin:

—Dudo que sean tiznados.

Simeón cruzó una pierna sobre la otra.

—En lo mismo estoy yo. A lo mejor resultan que andan en otra cosa...

Elevó al techo su mirada clara. En el cobrizo bigote alentaba la llama.

—De todos modos, Pepe, no conviene descuidarse.

Mamá había hablado. Toda la cara de mi madre era filosa, agresiva. En ese instante se le llenaba con el rejuego de la luz.

²⁸ ...barba *mientras* miraba...

—Ni tiznados ni nada.

Dimas²⁹ había puesto los codos en las rodillas y tenía el cuerpo echado casi sobre las piernas. Las palabras le hacían temblar la barba.

—Ni tiznados ni nada. Están diciendo que de noche tirotean al pueblo.

Papá empezó a encender un cigarro. Con la cara metida entre las manos, envuelto en el humillo y en la lumbre del fósforo, medio dijo:

—Vagabunderías, Dimas.

Y después, sacudiendo el palillo encendido:

—Mejor siga con su cuento. Me estaba interesando.

Simeón pareció apretarse el vientre. Tenía los ojos entrecerrados y sobre la nariz y el bigote se alzaba el humo espeso de su cachimbo.

[4] —Me tenían escambroso esos golpecitos. “Muchacho, haz candelita”. Pero el muchacho no quería. “Eso es algún palo, taita”. Estaba bregando con él cuando: ¡tac! Ya yo sentía un frío en la espalda. “¡Hum! —dije—. Por aquí debe haber algún muerto”.

No era muerto, no. Cuando el hijo rayó el fósforo vieron, casi pegado a los pies de Dimas, un brillo como de carne recién cortada. Algo grueso, rojizo, pegajoso y pesado se movía sobre los varejones. El viejo observó detenidamente aquello que parecía estar colgando de la mitad abajo. Sin duda alguna lo que fuera retrocedía. Después... Después. Dimas sintió que la mano zurda de su hijo le apretaba el hombro, casi le desgarraba la camisa. En los dedos de la otra le temblaba la lucecilla, apagándose ya. Ahí mismo, ahí enfrente, echándoles encima el calor sofocante de su mirada, un par de ojillos crueles relampagueaban llenos de duros reflejos. Parecían filos de machete o de puñal. Dimas sintió la sangre subirle a la cabeza y hacérsela crecer, crecer, como cuando se emborrachaba. De pronto volvió la cara: el hijo tenía la boca retorcida, retorcido el pescuezo, retorcidas las cejas. “Taita, taita, taita” —resollaba.

Recuerdo todavía las palabras con que esa noche Dimas comentó la actitud de su hijo:

—Muchacho pendejo... A quién habrá salido...

Y después tranquilamente, prosiguió su historia:

—Ese animal caminó atrás de nosotros, sabaneándonos como a gallinas. Si no hubiera tenido el espinazo roto, nos ahorca. ¡Mire el diablo! Pero como tenía que enderezarse para saltar los varejones, cuando sacaba el pedazo roto se le caía. Y esos eran los golpes que yo asuntaba.

²⁹ Simeón había...

De pronto Dimas se agarró la barba blanca, blanca. Pareció pensar un rato, mientras se rascaba el bigote.

—Después de aquella noche —aseguró alzando lentamente la cabeza— yo no creo sentir miedo. Para mí que aquel animal era el Enemigo Malo; júrenlo.³⁰ ¡Tenía unos ojos!...

Yo levanté los desnudos piesecitos,³¹ los puse en la silla. Y con las manos frías y enrojadas los sujeté fuertemente.

Simeón parecía sonreír con malicia entre el humo de su cachimbo.

—¿No le ha contado don Pepe —preguntó despacio— lo que nos pasó aquí?

Con el índice de la zurda señalaba el suelo; con la otra se echaba sobre las cejas el sudado sombrero de fieltro.

—No —dijo Dimas.

Entonces papá se puso en pié. Su sombra se quebró entre el suelo y la pared y rompió a gatear por las tablas de palma.

—Fue muy curioso aquello, muy curioso —empezó—. Mi compadre Simeón y yo...

Aquí hizo un alto, pareció pensar otra cosa, tomó asiento y aseguró:

—Nunca he sentido miedo; pero si alguna vez estuve cerca de sentirlo, fue aquella noche...

Padre hablaba en alta voz. Simeón, oyéndole, parecía dormir. Contaba papá su experiencia de la primera noche pasada en la³² casa. Cuando decidió mudarse con nosotros vino a verla. Desde nuestro lugar aquí había medio día largo de camino en buena montura. Viajando con la recua había visto repetidas veces el³³ caserón vacío; y ya aquí solicitó datos con el alcalde. ¡Buen amigo aquel hombre³⁴ simple, alto y rojo! La propiedad era de cierto rico viejo, que vivía en el pueblo. Padre estuvo recorriendo los potreros, viendo las palizadas, las aguadas, los árboles frutales: todo lo pesó, observó y midió. Atardeciendo salieron al camino real y con la noche cayéndosele arriba tomó el camino de vuelta. Durmió en el pueblo. Otro día, recién alumbrando el sol, buscó al viejo. “Le compro su propiedad de El Pino” —dijo. Discutieron, charlaron; al fin el otro le convidó: “Vamos para que la vea”. “No hace falta, amigo; ya la conozco”. “¡Concho con el hombre! Pues si la conoce y le gusta, quédense con ella”. Convinieron precio. “Voy donde el notario, amigo” —dijo padre. “¿Notario? No, señor. ¿De qué sirve entonces la palabra de un hombre? Usté se queda con ella, si le gusta. Tráigame el dinero cuando

³⁰ ...créanlo.

³¹ ...piesecitos y los...

³² ...esta...

³³ ...este...

³⁴ ...viejo...

le convenga”. Padre envió recado a casa con una recua: “Díganle a Angela que irá mañana. Hoy pasará el día arreglando la casa. Que vaya empacando los corotos” Y retornó a El Pino. Su primer cuidado fue buscar al alcalde de nuevo; traía la llave, abrieron el caserón y le encontraron lleno de tusas, aparejos viejos, polvo espeso, que apagaba las pisadas. Simeón buscó dos mujeres para que limpiaran, y les cojió la noche bregando con sólo la habitación que después serviría³⁵ de almacén. Así, oscuro ya, estando ellos en el comedor, sintieron ruido en la habitación contigua. “¿Qué suena ahí?” inquirió padre. Era como un gallo cantando, con un sonido ronco, extraño, impresionante. “Deje ver” —pidió el alcalde. De la puerta se devolvió. “No veo nadita, don Pepe; está muy oscuro”. “Pues búsqese un trozo de cuaba en lo que yo espero”. Padre no quiso esperar; hombre resuelto y amigo de concluir las cosas de prisa, se metió en la habitación. Lo primero que sintió fue que había puesto el pié en algo blando y resbaloso. Pensó rápidamente que había pisado alguna gallina; pero a seguidas sintió que aquello se le envolvía en las piernas y le apretaba. Una sensación desagradable de frío le mordía el vientre. Aquel nudo se hacía estrecho. Creía que iba a caer. De pronto tuvo conciencia de que otro nudo se le estaba formando más arriba de la rodilla. ¡Dios! ¿Qué diablos era aquello? “¡Simeón! ¡Simeón!” —gritó. Tuvo que agarrarse a³⁶ la pared para sostenerse en pié. ¡Los fósforos! ¡Ah! ¡Los fósforos! Rayó uno. Simeón entraba ya. El hacho se revolvía como copa de árbol en día de viento. La primera idea del alcalde fue golpear el animal con la candela. Al reflejo de la luz le vio padre los ojillos, fijos y criminales. De pronto aquello dejó caer la cabeza contra el piso. ¡Concho! ¡Concho! ¡Y qué culebra! ¡Larga, larga, negra y gruesa como un tronco! “¡Maldita, maldita!”. Simeón lanzaba palabrotas mientras sacudía el machete, que al beso de la luz se veía también rojo como otro bicho. El animal buscó un rincón; y ya estaba metiendo la cabeza por allá cuando el alcalde la alcanzó con el filo del arma. Cuando se sintió golpeada, se volvió al perseguidor. Allí en el suelo estaba el hacho, apagándose casi, mientras padre seguía sujeto a la pared, como persona agena a todo. De pronto comprendió, echó a correr y sujetó la tea.³⁷ Sintióse acorralada, la culebra abrió la boca, como repeliendo el ataque. “¡Corra, don Pepe, que me baja!” —gritaba el alcalde. Pero su machete era criminal: cortó, cortó. El hombre parecía loco: tiraba, tiraba; los dos brazos abiertos, las piernas torcidas, mecido el tronco, ya en sombras, ya en luz, enrojecido y oscuro, Simeón daba la impresión de un fantasma que hubiera emprendido un baile dislocado de borracho.

³⁵ ...servía...

³⁶ ...a los estantes de la...

³⁷ ...tea. Retorcida, valiente, sintiéndose acorralada...

—¡Concho! —comentó el alcalde, siempre a la boca el cachimbo— ni que hubiera sido enemigo le doy con tanto gusto a ese animal. Mire... lo dejé asina, desmijagaíto, —y movía las yemas de los dedos,³⁸ para darle más fuerza a las palabras.

—¿Era en nuestro cuarto, papá? —interrumpió Pepito.

Padre sonrió levemente.

—No, hijo. Además, al otro día mi compadre y yo revisamos toda la casa; limpiamos el Yaquecillo y talamos todo esto, para matarles los nidos...

Mama iba entregando a cada uno su taza de café. A través de la ventana se veía una estrella desflecada, medio escondida en el humo que huía por encima de Simeón.



[5] Papá había venido al país en malos tiempos; pero como era sujeto de pasiones más que de pensamientos, le gustó el modo de ser de la gente, y se quedó en él. Rojo, de frente alta, nariz gruesa y labios duros, hubiera parecido criollo a no ser por los ojos. Menudos, azules hasta hacerse³⁹ blancos, de mirada hiriente y honda, los ojos de padre imponían respeto. Tenía el cabello y los bigotes rubios. La palabra se le enredaba entre los dientes, y a veces necesitaba uno verle, cuando hablaba, para entenderle.

Las ideas se le traducían en tormentos. Todo cuanto pensaba lo veía; y nunca buceaba en un hecho, sino que se dirigía de éste a las consecuencias. Si le decían: “tal mulo se quebró una pata” veía al animal renqueando, dolorido, silencioso y derrengado. Inmediatamente pensaba: “se morirá; habrá que matarlo”. Y veía así mismo a la bestia, en el momento de la agonía;⁴⁰ sentía el temblor de la piel, ese arrugamiento largo de la carne cuando se le pega⁴¹ un tiro. Si era de noche no dormía, porque le perseguía la mirada desolada del animal. El⁴² pensamiento puro, totalmente puro, no cabía en él. Toda idea debía tener representación carnal; necesariamente había él de verla. Si se mataba el mulo, o si sanaba, iba al lugar donde había sufrido el accidente, y lo estudiaba; a partir de entonces no permitía que otra bestia se acercara por allí.

Unos chispazos que le iluminaban la mente encendían su cerebro de vez en cuando. Le repugnaban⁴³ entonces los métodos, la rutina. En esos

³⁸ ...dedos, *indicando*, para...

³⁹ ...*parecer*...

⁴⁰ ...agonía, y sentía...

⁴¹ ... cuando *le pegan* un tiro.

⁴² ...animal. *Así*, el pensamiento...

⁴³ ...cuando. *Odiaba* entonces...

días tenía comprensión para cualquier problema y miraba desde una altura magnífica. Por ejemplo, odiaba la religión; pero sólo cuando esos chispazos le encendían de ideas podía explicar por qué la odiaba.

Para él todo debía tener soluciones violentas y el triunfo en la vida obedecía simple y llanamente al cuidado en los detalles. Generalmente entendía que fuera del dinero nada vale la pena; pero si se cansaba del dinero era desprendido hasta la exageración. Una cosa le sublevaba:⁴⁴ que se ganara indignamente.

He aquí algo recio hasta lo increíble en padre; porque en verdad, era hombre voluble en sus opiniones; se cansaba de los negocios que emprendía, generalmente cuando estaban en su apogeo; pero su moralidad, tal como él la entendía, asombraba por lo estricta. Si decía: “esto es así”, así era y nada más. Tenía un aprecio desorbitado por su palabra y la cumplía aunque expusiera su vida. El amigo era amigo en todo caso y disponía de cuanto él tuviera; no le importaba que ese amigo fuera hombre de malos hechos; bastaba conque le simpatizara o se portara bien con él. Nunca concibió que se pudiera tener más de una mujer, ni que pasara una noche sin estar en su casa; ni que se tomara venganza de enemigos.

Cabeceando entre estos conceptos pasaba padre su vida y cargaba con las nuestras; porque un hombre entero, según él, estaba obligado a estas dos cosas: no sentir miedo y ganar honradamente cada día el pan de los suyos.

Madre no distaba mucho de papá, si bien era fuerte en sus sentimientos: había que odiar esto o amar aquello. Con eso le bastaba. No podía, como padre, ver lo que pensaba; ni le quitaba el sueño nada que no significara peligro para los suyos. Apegada a lo viejo, la mujer, según ella, debía hablar poco, trabajar sin descanso y vivir de puertas adentro.

Mamá era alta, dedos más baja que papá, aunque parecía⁴⁵ de estatura más aventajada. Tenía el cabello gris, anudado siempre en pequeño moño sobre la nuca. La quijada cuadrada le llenaba la cara de rudeza; así como los ojos pardos, casi negros, ariscos y recelosos; y la boca ancha, y la frente plana, aunque alta. Era escasa de cejas y abundante de canas. Tenía complexión robusta; pero la color desteñida y vacía. Sabíamos que no era saludable; pero lo disimulaba a maravillas, porque trabajaba de sol a sol.

A veces mamá se endulzaba y nos entretenía contándonos historias, o dibujando malos muñecos en papel de estraza. Sucedió ésto pocas veces: le placía más rezar, lo que hacía noche a noche, con verdadero fervor.⁴⁶

⁴⁴ ...*indignaba*:

⁴⁵ ...aunque *parecía más aventajada*.

⁴⁶ ...*con fervor imponente*.

Padre parecía más cariñoso, sobre todo cuando retornaba de algún largo viaje. Sabía cientos de juegos, miles de historias y cantaba motivos de su tierra con una voz gruesa, bella, dulce, acariciadora. De mañana nos llamaba a su cama y nos hacía cuentos maravillosos, de los mulos que hablaban, del río que se iba volando, de la golondrina que le contaba lo que hacíamos Pepito y yo. Todo esto lo sazónaba con cosquillas, con mordiscos y apretujones que nos hacían reventar en risas. Nada en casa tan alegre, tan jubiloso como los amaneceres. Lo aprovechábamos bien, porque al romper el día se hacía padre serio, seriote, y empeñaba a pensar en sus negocios, a tragar, a dar voces. ¡Oh! ¡Cómo hería la voz de papá cuando no se hacían las cosas según ordenaba! Así correteaba de un lado a otro, del potrero a la casa, de la casa al camino, hasta caer la noche. En la mesa hablaba poco y le gustaba que callaran los demás. Sólo al anochecer volvía a ser el padre cariñoso.

Recuerdo que gustaba, metida ya la oscuridad, de tirarse en el piso y levantar brazos y piernas.

—¡Vengan! —nos decía.

Madre regañaba. Hablaba de la ropa sucia, de trabajo, de niñadas y tonterías; pero nosotros no la oíamos, ni la oía padre, que nos tomaba por las cinturas y nos sostenía en alto, dándonos empujones hasta que caíamos revueltos en el suelo.

Yo quería entrañablemente a mi padre, porque a ser sincero, tenía por mí marcada predilección. Decía que yo haría carrera y sufría hasta lo indecible cuando enfermaba. De los dulces, trajecitos, zapatos, sombreritos o juguetes que nos traía al volver de cada viaje, lo mejor era para mí. Nunca hería a Pepito, no; pero mi hermano tenía predilección por cosas distintas: por ejemplo, reventaba de gozo si papá le traía cornetas, sables o tambores, cosas que yo detestaba; mis grandes placeres me los producían una pizarra, un lápiz, un libro con láminas...

¡Oh la vida aquella, tranquila, fresca y satisfecha como una tinaja! ¡Todo el campo haciéndose ondulado, ancho y luminoso frente a nosotros; el sustento traído y llevado en aparejos de mulos y serones claros; la salud en risas; el día en trabajos y la noche en cuentos...!

[6] Antes habíamos sufrido largo; es decir, si era sufrir aquello de vivir en perenne huída, de día y noche, amasando la oscuridad y el lodo de los caminos reales, ya sobre la frontera, ya cruzándola, volviendo y saliendo. Dos veces estuvimos refugiados en las lomas, mientras la tierra se quemaba al cruce de soldados ardidos. Extranjero padre, extranjera madre, ignoraban que en estas tierras mozas de América hay que vivir cavando un hoyo y pregonar a voces que es la propia sepultura. Altivos,

trabajadores y emprendedores, el éxito le sonreía en toda empresa. Llegaba la revolución en triunfos y los perseguía; entraba vencedor el gobierno, y los perseguía. Cansados, caíamos en Río Verde, donde mi abuelo había echado raíces y florecía como árbol de tierra criolla. Hombre de pocas palabras, de largo trabajo, de arrogante estampa, alto, oscuro, imponente, abuelo se hizo en pocos años patriarca del lugar. A su amparo empezó para nosotros la paz anhelada, o lo que es lo mismo, podía papá echarse por esos caminos de Dios en busca del sustento, mientras nosotros permanecíamos en casa. Padre levantó una recua y con ella llegaba a los confines del país. Se iba cargado de andullos, de maíz, de tabaco, de cacao, y retornaba con lienzos, jabón, azúcar...

Muy de tarde se hablaba de revueltas; pero en general se vivía dulcemente, sin que nos sacudieran malas noticias, ni persecuciones.

A Río Verde llegó padre un día con una mulita nuevecita, incapaz todavía para la brega de la recua. Era un animalillo vivo, nervioso, casi todo cabeza, que movía nerviosamente las orejitas y el rabo cuando le molestaba algún ruido.

—Esta es de San Juan —explicaba papá a las preguntas del vecindario.

Le retozaba el orgullo en los ojos y en los labios cuando la veía, cuando le acariciaba el anca, mientras la mulita temblaba de miedo bajo su mano.

Era oscura como la hoja del cacao seca; pero recién llegada estaba todavía lanuda, y aquella lana tenía un color rojizo que la hacía feúcha. Padre decía que procedía de un hato de renombre y que había dado por ella sesenta pesos “así tan chiquitita como estaba...”

Como se crió entre nosotros, soportó pacientemente el primer contacto con la realidad: la aparejaron, la ensillaron luego. Estaba ya grandecita y a la lana había sucedido una piel parda, brillante, que reflejaba graciosamente la luz. La silla fue para ella como una caricia más; pero... ¡Cómo pateó, se resistió, tiró mordiscos y corcoveó cuando la quisieron enfrenar! La asustaba el tintineo de los hierros y correteaba enloquecida entre las flores, que le desgarraban con las espinas, entre las pilas de cacao, cuyos granos saltaban como chispas. Se tiraba sobre las mayas que orillaban el camino y espumeaba por la boca, mientras los ojos parecían salirse a saltos.

—¡Ah mañosa! —gritaba padre— ¡Ah la mañosa!

Abuelo reía estrepitosamente desde la galería. Madre se sujetaba las sienes, arrimada a la ventana. Pepito se asustaba, se recojía entre una enorme mecedora donde estaba sentado. Papá volvió a medio día, sudado, rojo y fatigado.

No sé cuantos días duró la lucha entre el hombre y la bestezuela. Sólo sé que cuando se acostumbó al freno ya tenía nombre: La Mañosa. Y que él fue para nosotros como el de alguien de la familia.

[7] Cuando llegamos al Pino, la Mañosa era ya imprescindible. En ella hacía padre los viajes de negocios y los viajes veloces al pueblo, en busca de medicinas o de ropas. Mero, que había dejado a Río Verde por seguirnos, la quería entrañablemente. Anduvo enamorado por el Pino Arriba, lo que le alejaba de las tertulias en la cocina; pero confesaba que entre comprarle creolina al animal y esencia a la novia, prefería lo primero si el dinero no le alcanzaba para las dos cosas.

El vaso de potrero más cercano a la casa era el suyo. Yerba lozana, joven, tierna; era aquella bocado digno de bestia consentida.

[8] Se derretía la tarde en los caminos reales, casi a los pies de Mero, y él no lo notaba. Reparaba los aparejos, sentado en el quicio de la puerta, ultimando los detalles del viaje. Tenía la pieza en los muslos, las piernas cruzadas, una mano sujetando hilo y la otra extendiendo los agujeros. De rato en rato bajaba la cabeza, le metía el diente a la cuerda y tiraba con fuerza.

En el oscuro almacén estaba un hijo de Dimas cosiendo los serones mientras el padre tejía sogas de majagua, sentado en el suelo, la espalda contra la pared, el trozo de sogá sujeto por el dedo grande de un pié y los ripios entre los duros dedos. Dimas movía estos con asombrosa agilidad, retorciendo y tejiendo la oscura majagua. Por momentos sujetaba lo trenzado, halaba, se quitaba la cuerda del pié y volvía a amarrarla más adelante.

—¡Concho! —rezongaba—. Ni que fuera esta sogá para ajorcar gente... Don Pepe fuñe que fuñe con que se le rompen las cinchas, y yo teje que teje. ¡Muchacho! —volviéndose al hijo—: lo que sí te digo que asegures esos serones, porque en este viaje tienen mal tiempo...

El viejo Dimas escupía saliva negra y espesa, se pasaba el dorso de la mano por el bigote y la barba, se echaba atrás el sombrero y con un pedazo de lengua afuera seguía su trabajo.

—Digo yo que como la Mañosa no hay muchas, viejo Dimas...

Mero estaba hablando, pero seguía con la cabeza gacha, mordisqueando la cuerda con que reparaba los aparejos.

—Ayer me hizo dar esa condenada una juía larga por entre esos matojos, corriéndole al lazo. Está redondita, y vea: la manteca se le sale del cuerpo, créame.

—¡Jum! Lo que sí puede jurar, como si lo estuviera viendo, es que de este vuelve ella con las ancas afuera. ¿Uté no ha visto las señales del tiempo? ¿No?. Asunte: dende que yo tuve juicio vengo haciendo las

cabañuelas, y lo que es este Octubre... ¡Cristiano! Ni quiera Usté saber el agua que le espera por esos caminos viejos tan desamparados. Yo como don Pepe hasta dejara el viaje.

Un pedazo de mi padre asomó por la puerta del comedor, mientras su voz alta contestaba al viejo Dimas:

—En Noviembre tenemos más agua Dimas, y cuando hay que comer no se espera para mañana.

—Hasta comprendo eso, don Pepe; pero yo que usté no llevara si hay que dir. Vea: está esa mulita de linda que no parece sino una muchacha. Un animalito como ese no lo meto yo en caminos tan largos...

—Y esa es su mejor recomendación —dejó oír Mero—. Nuevecitica estaba ella cuando nos tiramos a la Frontera, ¿se acuerda, don Pepe?. Vea, Dimas: eso sí era sol tupío y andares endiablados. Usté no más topaba espina, espina, espina... ¡Concho! Bueno: ni an sé yo como vive la gente en esa Línea mentada.

Entusiasmado con la conversación, Mero había vuelto la cara y olvidado el aparejo.

...No pechamos más que una recua, y eso fue cerquininga de Dajabón. Bueno, viejo: eso era no más negro y negro, negro y negro... Asina, asina, como las arenas del río. Anduvimos ya en el Guarico, como quien dice, y para no cansarle, le aseguro que ya yo no podía conmigo y la diache de la Mañosa fresquecita, como si hubiera estado en potrero.

—Sí, sí —explicaba padre sonreído— aquel fue un viaje largo y duro... Yo sabía que la mulita lo aguantaba, claro; pero cualquiera no se mete en tanto andar si no va bien montado.

—Ello —Dimas alarga la palabra—. Compré yo una vez un caballo alazano en Almacén, que así como cojía el camino, en un tren sólo, así lo terminaba. No había apuros con ese animal, don Pepe. Pero a serle franco, la mulita no le anda muy lejos.

—¿Mi mula? Oiga, mi amigo: si ahora mismo me dieran por ella cien onzas, una arriba de otra, no las cojía. Y no crea que sea sólo por buena, no; es también por el cariño. Hace ya cuatro años que me gano la vida arriba de ese animal, ¿me entiende? Para mí ella sola vale más que toda la recua. Si ahora por ejemplo se me malogra la Mañosa, Dios no lo permita, desbarato el viaje, porque ¿cómo voy? Y que también le coje uno cariño a esas pobres bestias; que sé yo... Es como si fuera de la familia.

—¿Cariño? Asunte: un perro, un caballo o un gallo de pelea son como los hijos. ¿Usté no ha oído decir que los perros son ángeles? Bueno pues son más, porque lo salvan de la muerte. Si ahora, no lo quiera Dios dentro la muerte en esta casa, puede usté jurar que a naide se lleva, porque se le revuelca en la Mañosa. Por eso se debe tener en el patio un animal muy querido siempre... Bueno, yo... a mí no me falta el mío...

Dimas siguió trenzando su soga, un pedazo de lengua afuera y el trozo de cuerda sujeto al dedo del pié. Por la sombra del almacén traginaba su hijo y en los caminos reales, sobre el techo de la casa, entre las hojas de los árboles, el sol se iba haciendo espeso con la llegada de la noche.

Pero ni padre, ni Mero, ni Dimas ni su hijo lo notaban.

[9] Al otro día vino Simeón a recortar la mula. Simeón era la autoridad del lugar; mas sentía placer en servir a papá como cualquier peón; quizá porque padre le regalaba los zapatos que ya él no usaba, uno que otro pedazo de andullo y hasta los pardos, viejos y estrechos pantalones de paño que eran su orgullo.

Mero tenía que sujetar por la jáquima a la mula mientras Simeón le hurgaba entre las orejas con las tijeras, cortándole los crecidos pelos; o emparejándole la escasa crin, o embelleciéndole el rabo. La Mañosa se mecía constantemente de atrás adelante, de un lado a otro, nerviosa como muchacha. Tenía figura de estampa, limpiecita, brillante, pequeña, rellena. Era oscura como la madera de pomo reseca; tenía la mirada inteligente y cariñosa, mirada casi humana; las patas finas y seguras; las pezuñas menudas, redondas, negras y duras. Orgullo de mi padre y orgullo de nosotros, la Mañosa se merecía la admiración y el cariño que le profesábamos todos.

—Ni que fueras una niña que estuviera en casorio...

Mero le hablaba como a persona mientras golpeaba suavemente la frente del animal.

La Mañosa parecía asustada con la sombra de una mula que se removía en el camino, casi bajo sus patas.

[10] Yo estaba en el comedor, desmenuzando restos del desayuno. Un rayo de sol caía sobre el blanco mantel y en él retozaban caprichosas y pequeñitas palomas rubias. Simeón entró en silencio. Papá venía del patio cuando le vio el alcalde.

—Ya tiene la mula nuevecita —dijo.

Tornó a su silencio mientras derrengaba una vieja silla con su peso. Después sacó el roñoso cachimbo de un bolsillo, tabaco de otro y un sucio palo de fósforo de entre el sombrero.

—Quiero recomendarle, don Pepe —decía a la vez que encendía, envuelto en humo— que ande con cuidado en este viaje.

Padre puso la cara gruesa, la mirada muerta.

—¿Cuidado?

Entonces Simeón se levantó, se echó el sombrero sobre la nuca, abrazó a papá de lado, estrechamente, y como quien sabe lo que habla susurró:

—Hay malas noticias.

—¿Usted cree?

Padre parecía interesado.

—¿Que si lo creo? Bueno...

Simeón se mecía en la duda. Sobre los bigotes rojos se desteñían los ojos mansos.

—Don Pepe, póngamo caso: ya anda Monsito Luna recojiendo gente.

Papá tomó una silla.

—Oigáme, compadre: no es bueno llevarse de las apariencias.

Ya iba el alcalde a contestar algo definitivo cuando Dimas sopló un saludo. Nadie le había sentido llegar.

—¿Cuándo es el viaje?

Venía preguntando tontamente, al parecer; pero papá era hombre arisco como lagarto. Le clavó aquellos ojos azules tenaces y desconfiados:

—Estamos preparándolo, amigo; nadie sabe cuándo saldremos...

Simeón miraba a papá de reajo, bajo el ala del sombrero. El humo de su cachimbo cruzaba el rayo de sol que se iba retirando poco a poco de la mesa.

—Yo tengo —empezó Dimas— necesidad de mandar los muchachos al pueblo con una recuita de tabaco; pero asigún entiendo están los asuntos al voltiarse.

—¿Usted cree?

Simeón había hecho la pregunta como si nunca hubiera oído hablar de tal cosa.

—Yo no creo nada, compadre. Pero por si acaso, pasado mañana tengo ese tabaquito caminando...

—Bueno... —Simeón se miraba los pies—. Cada cual hace lo que le conviene.

Papá se incorporó. Afuera estaba Mero adulando a la Mañosa.

[11] De madrugada se llenó la casa con los gritos de padre, las voces de Mero y los relinchos de las bestias. De los potreros emergía un olor fragante, que se confundía en el patio con el que exhalaba el estiércol reciente.

Los mulos se movían incesantemente. Eran sólo montones de sombras y luces verdes. Uno pretendió morder a otro, y padre corrió dando gritos, le sujetó de la jáquima y la emprendió a bofetones con el agresor.

Pepito hablaba bajito y reía. Por allí caminaba Mero, manoteando entre los serones, silbando merengues, mientras arriba, hacia el Este, la luna atravesaba velozmente una inmensa nube morada.

Vimos a papá cruzar en dirección de la cocina. Parecía alegre, aunque apenas le podíamos ver la cara, que aquella fresca madrugada nos

disfrazaba de negro; pero le vimos acercarse a la Mañosa y palmotear sobre sus redondas ancas, murmurando palabras que con toda seguridad eran de cariño. El animal estaba sujeto al portón, cabecigacha, reposada, serena. La luna hacía esfuerzos por aclarar su color de hierro mohoso.

Con la taza de café en la mano tornó padre al patio, conversó con Mero y se acercó a la cocina.

—Me voy, Angela —dijo.

Cargó conmigo, entró al viejo comedor, me puso de pié sobre una silla y alumbrándose con la roja lámpara penetró en su habitación. Cuando tornó venía tocado con sombrero de fieltro y armado de revólver. La luz rascaba el cinturón de cápsulas, arrancándoles brillo. Mi padre se puso en cuclillas, nos llamó a Pepito y a mí y nos sostuvo largo rato con las caritas pegadas a sus mejillas.

—Pórtense como hombrecitos y verán regalos... —aseguró sonreído.

Después se incorporó. Madre dejó la lámpara sobre la mesa y miró a padre con ojos desolados. Cuando él la besó se hicieron un montón confuso, que entre los reflejos de la luz parecía surgir de un incendio.

—¡Adiós! —repitió él deshaciéndose de mamá.

Nos fuimos a la ventana para verle montar. Lo hizo de un salto, con asombrosa y natural agilidad; removió una mano, volviéndonos el frente, y clavó la mula. Llevaba la rienda entre los dedos diestros.

Nosotros salimos también al patio, justamente al tiempo que el último mulo atravesaba el portal. Iba sobre él Mero, sombra oscura con reflejos claros. Gritaba con voz honda, honda; y hacía restallar el fuate que resonaba en la casa como tiro.

A la orilla del camino, mientras la luna rodaba y rodaba por aquellos montes tupidos, veíamos la recua alejarse al trote. Padre nos decía adiós, erguido en la Mañosa. Pero en la Encrucijada había árboles que llenaban de sombras el camino. Y la Encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, robándose a nuestro cariño.

{SEGUNDA PARTE
LOS VENCEDORES}⁴⁷

[1] Al otro día, en la mañana, padre regañaba.⁴⁸

⁴⁷ Este fragmento aislado, aún con el personaje Ñamará —Momón en la versión definitiva—, corresponde a la segunda parte de *La Mañosa* (1936). Por eso hemos agregado [SEGUNDA PARTE. *Los Vencedores*]. (N. del E.).

⁴⁸ Frase manuscrita de Juan Bosch.

Ñamará era alto, delgado y triste. Tenía los hombros cuadrados y angulosos. Miraba⁴⁹ desde arriba, con ojos humildes, arrastrados. Papá le estaba hablando, la voz gruesa:

—No lo haga más, Ñamará. Me puede matar al muchacho. Es muy nervioso.

Caminaba frente a la mesa, pesadamente. Daba puñetazos en ella. De pronto se detuvo en seco, alzó la cabeza y miró fijamente a su interlocutor:

—¿No comprende que no se puede llenar la cabeza de un niño con esos cuentos? Después los creerá, si no lo mata la alferecía.

Desde mi catre veía yo a padre y a Ñamará. Oía las palabras claramente, cayéndome sobre el miedo como guijarros.

—Don Pepe, yo no hablo embuste. Eso que le contaba me pasó a mí.

Entonces papá le miró lleno de asombro. Parecía que iba a estallar en risas. Pero no lo hizo: movió la cabeza, a uno y otro lado; paseó frente a la mesa. El sol le alumbraba los pies. Le alumbraba también los pies descalzos a Ñamará, cuya figura parecía irse esfumando frente a las líneas rotundas de mi padre.

Mamá entró. Traía la cara pálida, los cabellos medio grises en desorden.

—Sí, Ñamará; no le cuente esas cosas. Me lo mata una alferecía.

Ñamará, silencioso, se miraba las manos.

—Lo que yo voy a hacer es irme, don Pepe. Ya yo estoy bueno. Yo quería entretener a Juan.

—No, usted no se va; no se va.

Padre movía una mano. Se agarró a la mesa:

—Usted se irá cuando esté sano completamente, si no quiere quedarse en casa. Pero ahora no.

Madre le miraba, le miraba. Ñamará se fue lentamente hacia el comedor.

Papá clavó los ojos en mamá. También se fue, tras el enfermo. Madre tornó a la cocina.

Yo me quedé viendo el sol, el sol que se tiraba a dormir en el piso, como lo hubiera hecho un pobre.

[2] Aquella luz, aquel silencio, aquella especie de sueño que tenían los días, era la paz. La fiebre seguía cociéndome; Pepito persistía en corretear⁵⁰ por los alrededores. A veces papá se quejaba y otras veces lamentaba haber prestado su mula. Sólo mamá iba y venía como si no estuviera sobre la tierra.

¿Y Dimas? ¿Y Carmita? ¿Y José Veras? Nada ni nadie. Lo que había era paz, paz y paz. Algo así como si desde los altos cielos desteñidos, casi

⁴⁹ Miraba como desde...

⁵⁰ ...persistía en pasar los días correteando por...

blancos, estuviera cayendo sobre nosotros un cuento infantil que nos hacía dormir.

Los días iban y venían, se marchaban por los cerros de Cortadera y Pedregal y volvían por encima de la Encrucijada. Uno de ellos, cuando la mañana de vidrio nadaba sobre los potreros, me levanté para ir al comedor. No pude; no pude. Era como si la claridad, el silencio, la soledad toda me hubiera chupado la vida. La cabeza se me iba, en círculos amplios y veloces. Todo me daba vueltas: la habitación, las sillas, las mesas. Las puertas me pasaban por los ojos, huecas, vacías, muertas.

Me recojieron en el suelo y me llevaron al catre, con la cara humedecida por las lágrimas de mamá, los⁵¹ ojos locos de Pepito flotando sobre mí, la⁵² cara amarilla y desteñida de Ñamará sobre la⁵³ frente, con las palabras espesas y desgarradas de mi padre sobre el pecho.

Era yo como un saquito de huesos que no tardarían en desunirse, en regarse.

Ñamará me acompañó todo el día. Y papá se estrujaba las manos mientras llegaba Simeón, a quien mandara a buscar.

Y eso, eso era la paz: la somnolencia gruesa, las puertas muertas, la luz borracha, las historias de Ñamará y el silencio grave de mi madre.

Pero una noche...

Llovía; llovía sobre los montes, sobre el camino, sobre los ríos. La lluvia era desde la mañana una cosa perenne;⁵⁴ alambres largos, tendidos desde arriba, juntándose hasta cerrar los horizontes. El agua tamborileaba sobre el zinc, roncaba en el alto espacio negro y llenaba de rumores la vasta casa de madera.

En mi habitación estaban, bajo la rubia luz de gas, mi padre y Ñamará, mamá y Pepito. Ñamará se había sentado en una caja vacía; tenía los codos en las piernas, la cabeza entre las manos, los ojos entornados y hablaba:

—Ese era un monteo muy serio, don Pepe. No más hizo la noche caérsenos arriba y ya estaba negrecita como fondo de paila. A Blanquito le dije yo: “Mire a ver compadre si colgamos las hamacas en buen palo”. “Ay Ñamará, si yo no me veo ni la palma de la mano”. Bueno. Entonces empezamos a dir tentando los troncos. “Lo que yo voy a hacer es prender una candela,”⁵⁵ dijo Blanquito. ¡Jesús, pa que fue eso! Cojió y se sacó de entre el seno una cuabita que teníamos, la quemó con un fósforo y recojió una jaranita de palos. ¡Cristiano! ¿Quién lo mandaría a hacer

⁵¹ ...mamá, con los ojos...

⁵² ... mí, con la cara...

⁵³ ...sobre mi frente...

⁵⁴ ...perenne; sobre la tierra; alambres...

⁵⁵ ...candelita...

eso? Estaba la candela lo más alebrescada⁵⁶ y nosotros contentísimos, cuando en eso oigo un pitido. “Compadre Blanquito, prepare su carabina vieja, que para mí ya andan las reses por ahí”.

Ñamará contaba una historia de montería. Era en las altas lomas de Bonaó, hacia el sur.⁵⁷ Aquellas son tierras negras como de hierro, con tan tupida vegetación que el sol cae muerto de cansancio sobre los recios árboles sin poder besar el suelo. Por entre aquellos troncos espesos e indolentes andaban Ñamará y un tal Blanquito en busca de reses cimarronas.

—Yo estaba muertecito, don Pepe. Ese era un monte tan tupido que desde que la lumbre pechaba con los primeros troncos, se quedaba ahí. Bueno. En eso: Juuúííí!!!! Cerquitica pitando el condenado toro. “Compadre Blanquito asegúrese con esa pendeja carabina”, le decía yo. Y él como si tal cosa, acostado al lado de la candela, con su cachimbo en la boca y mirando para arriba.

Allí estábamos todos tan silenciosos que el ruido de la lluvia se quedaba con toda la casa, se metía por las paredes, rodaba por el piso, arañaba en el zinc. Pepito, papá, mamá, yo: los cuatro éramos ojos nada más. Y Ñamará seguía sin moverse, cambiando de voces, los ojos entornados y las manos en las mejillas:

—¡Ay don Pepe...! Cuando yo le vi los ojos prendidos en candela a ese animal, con dos chifles como dos sables, paradito a la vera de nosotros... Bueno. No quiera usted saber. Hice así y jalé a Blanquito con una mano y con la otra le eché los dedos a esa carabina y en lo que pestaña un pollo ya estábamos arrinconados. Aquel animal era el mismo diablo, don Pepe. Mire: un toro grande y más alto que yo, berrendo en negro, con un yunque como el tronco de una ceyba.⁵⁸ Nosotros, juye atrás de los palos, y el condenado pateando, pitando y metiéndole los cachos a la candela. Saltaban las brasas por aquí, y por allá, y por allá. Y el toro, pezuña con ella, y mordidas con ella. ¡Juuííí, juuííí!!! Pitaba el maldito. Y después, aquel monte cerrado, más negro que el carbón y todo lleno de bejucos. ¡Mire! No quiera usted saber la carrera que dimos. Blanquito estaba con el corazón en la boca. Y malo, porque si lo matábamos no podíamos desollarlo esa noche. ¿Y cómo?⁵⁹ Entonces diban a venir los compañeros al olor de la sangre, porque esos animales no son de Dios, don Pepe. Saben como la gente. En cuantito usted se tira uno, ahí vienen todos a oler, y gritar, y pegar unos mugidos que le ponen a uno los pelos de punta.

⁵⁶ ...alebrescadita...

⁵⁷ ...poniente...

⁵⁸ ...ceyba. *La candela lo ponía coloradito*. Nosotros,...

⁵⁹ ...cómo? Y entonces...

Callaba Ñamará y mandaba la lluvia. La luz seguía moviéndose, ladeándose, cayéndose, levantándose. Le doraba la espalda a mi padre y las frente a Ñamará.

—Esa noche la pasé en clarito, don Pepe. Cada vez que se movía un palo estaba yo parado, con la carabina entre las manos. Los perros nada más eran ladra que ladra, ladra que ladra. En eso empezó a caer el agua. “Ya si nos fuñimos, compadre Blanquito, porque cualquiera no monte con mal tiempo”, le dije a mi compadre. “Yo lo que tengo es ganas de dirme, Ñamará”, decía él. ¿De dirse? Bueno, hay gente que no son personas. Teníamos las monturas en Arroyo Toro y desde⁶⁰ el amanezca estábamos metidos en el monte. ¡Vea, vea. Dizque pasarse un día caminando y una noche muertos del miedo para volver sin una tajadita de carne!

Ñamará sonreía. Sonreía y miraba a mi padre.

—Hay gentes que no son personas, don Pepe...

En eso: Clom, clom, clom.

Mamá miró en redondo. Papá irguió la cabeza y se murió para todo aquello que no fuera el ruido. Ñamará se puso en pié, llenando de sombras un rincón:

—Están llamando —dijo.

Y padre y él salieron, mientras madre los veía desde la puerta.

[3] El hombre que entró era bajito, oscuro y sólido. Estaba mojado de arriba abajo y sacudía el sombrero de canas contra los pantalones. Una sonrisa ancha, amarilla y sana le ponía los pómulos altos, en los que la lámpara regaba su tinta roja.

—Siéntese —dijo padre.

Pero el hombre se miraba los pantalones mojados, las manos mojadas.

—Usted está entripaíto, amigo —comentó Ñamará.

El hombre, siempre reído, contestó:

—Me cojió en el camino una tribunada de agua.

Y accediendo a la invitación de papá, se sentó en el borde [*de*] una silla, bajo la horadante mirada de mi madre.

Estuvo un buen rato callado, ojeándonos, observándonos. Parecía tener algo que decir; pero parecía querer dormir también.

—¿Usted es don Pepe? —preguntó de pronto.

—Sí.

Padre se acariciaba el bigote.

—Tengo que decirle una cosa; pero...

Papá le invitaba:

—Diga, diga.

—Es a usted solo —rezongó él.

⁶⁰ ...*dende*...

Madre quemaba a papá; Pepito quemaba al hombre; Ñamará quemaba a madre; entre todos me hacían arder.

—Dígalo aquí, no tenga miedo —recomendó padre.

—No, don Pepe. Es asunto delicado.

Padre nos señaló:

—Estos son mis hijos, ésta es mi mujer. A este amigo me lo dejó Nazarito para que lo curara.

El hombre alzó los ojos dudosos hasta Ñamará.

—¿De dónde viene?

Era papá quien preguntaba:

—De arriba —dijo, señalando indecisamente hacia el Este.

—¿Del Bonaó?

—No me comprometa, don Pepe.

El hombre tenía la cabeza baja, y le daba vueltas al sombre[ro], con aquellas manos gruesas, cortas.

—No tenga miedo. Diga.

Entonces el hombre alzó la frente:

—Usté tiene aquí un caballo rucillo.

Papá dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, yo vengo a buscarlo.

Ñamará comentó:

—Anjá. Vuelve la fiesta.

—¿A buscarlo? —inquirió madre.

—Sí. Bueno, ustedes saben ya...

Padre se puso en pié.

—Venga —ordenó al hombre.

Y por la estrecha puerta lo metió en el comedor, por donde andaba rodando el ruido que la lluvia metía bajo el zinc.

Cuando padre volvió escondía los ojos; pero desde ellos se le estaba cayendo una flojera.

—Ñamará —dijo—: necesitamos buscar el rucillo del General.

—Concho, don Pepe... Con esta noche si no creo yo que lo topemos.

—Sí.

Padre tenía una mano embolsillada y la frente caída.

—Pero este hombre no puede esperar a mañana.

El recién llegado tenía los ojos regados en toda la cara.

—No puedo, no. Tengo que dirme hoy. Y hasta suerte a que está lloviendo...

Mamá cortó el hombre a miradas.

—Bueno. —Ñamará se había sacudido las manos—. Yo voy a buscarlo, si hace falta.

—Usté está enfermo —objetó la madre.

—¡Falta que hace Mero aquí! —lamentó papá.

Efectivamente, hacía falta. Sólo él conocía como su casa el pedazo de potrero donde estaba el rucillo. Tanto lo había caminado, que a tientas podía meterse en él sin tropezar, sin torcer el rumbo.

—¿Sabe donde duerme siempre? —dijo padre.

—¿El caballo?

—Sí, el caballo. En el tronco de higüero.

—¿Para allá? —Ñamará señalaba hacia el Oeste.

—No, papá, no —atajó Pepito.

Su manecita hablaba tanto como su boca. La voz se metía como punta de cuchillo en aquel roncar terrible de la lluvia.

—Ayer tardecita estaba por los alambres que dan al caimito.

Padre se rascó la cabeza. ¿Dónde diablos estaría ahora ese animal? Y aunque fuera de día, ¿no era una barbaridad meterse entre las altas yerbas de guinea, bajo la loca lluvia, a buscar un caballo que estaría escondido, sabe Dios en qué rincón?

El recién llegado se adelantó, siempre en las manos el sombrero.

—Enséñeme dónde está el vaso. Yo lo busco.

Madre ya no pudo impedir que sus ojos destruyeron al intruso.

[4] Supimos que volvían porque la lluvia no pudo ahogar el chapoteo del caballo en el patio. Ñamará entró tiritando. En la puerta de mi habitación tuvo una tosesita menuda, menuda.

Había costado trabajo encontrar el animal; sí, había costado trabajo, pero aquel hombre era endiablado. ¡Bueno! Ni que hubiera sido su casa el potrero. Lo anduvo de arriba abajo, sin tropezones, sin “equivocos”.

Papá estuvo hablando con él, allá en el almacén. A poco de haberse ido me fui metiendo en el sueño, suavemente, como una hoja seca que planea desde el árbol al camino. Sé que desde lejos me llegaba la voz de papá:

—Otra vez estos líos, otra vez...

CUARTO MANUSCRITO
(COMPLETO)

Juan Bosch*

LA MAÑOSA
La novela de las revoluciones

1936

* A Isabelita Freire, chiquita como Puerto Rico, linda como Puerto Rico, acogedora como Puerto Rico, estos originales de "La Mañosa", en prenda de simpatía entrañable.

Y a José Ferrer, para que sea guardián de lo que vale en el cariño de
Juan Bosch

San Juan de P R

22 de enero de 939

PRIMERA PARTE
REVOLUCIÓN

Esto nos lo contó el viejo Dimas, cierta noche en que unas nubes pardas se entretenían en tragar estrellas:

—Yo andaba con uno de mis muchachos buscando caoba; ya teníamos buen trecho caminando cuando topamos la culebra...

Estábamos en la cocina². Las llamas del fogón se alzaban y removían incansablemente. Pepito y yo atendíamos a Dimas, mientras papá hacía chistes sobre la lentitud con que mamá preparaba el café.

El viejo Dimas explicaba:

—Dende la madrugada habíamos cogido el camino, porque yo sabía que la caoba no se orillaba mucho.

Se detuvo, miró la tierra dorada del piso y prosiguió:

—Dicen que si uno ve un animal de esos y no lo mata, el animal lo maldice. Asígún cuentan son obra del Enemigo Malo.

Mamá, que iba vaciando el café en el colador, exclamó, toda la arisca mirada clavada en Dimas:

—Jesús Ave María Purísima...

Allí, sobre el hombro de madre, estaba la cara de papá, y una sonrisilla maliciosa rompió a bailar entre sus labios.

— o —

Eran mansas como vacas viejas aquellas noches estrelladas de El Pino. A veces iba Simeón; tarde, después de ver a la novia, se detenía en la puerta Mero; una que otra noche no iban ni el uno ni el otro; pero jamás faltaba Dimas. Si llovía entraba la lluvia en la cocina y se tertuliaba en la casa; si no llovía bebían café, hablaban de la cosecha, de los malos tiempos, de la muerte de algún compadre. De mes en mes, reventaba la luna por encima de la Encrucijada. Una luz verde y pálida nadaba entonces sobre los potreros, subía las lomas distantes de Cortadera y

¹ Los números de los capítulos fueron agregados a mano por Juan Bosch.

² ...cocina. Sobre nosotros se empinaba una noche alta y dorada. Las llamas...

Pedregal, engrasaba las hojas de los árboles que orillaban el Yaquecillo y pintaba de azul las paredes de la vieja casa.

Aquella noche estaba dorado el cielo. Unas nubes berrendas salían por detrás de las lomas y se tragaban las estrellas. Dimas contaba:

—Asina que vide ese animal tan tremendo, tan negro, desenvainé el machete y le tiré dos veces; pero la maldita tenía el cuero duro y nada más le trocé el espinazo sin cortarla. Verda es que el machete no estaba bien afilado, por mucho que el muchacho estuvo dándole en una piedrecita vieja que hay en casa. Bueno, se fue el bicho, yo creía que a morirse lejos, y como yo no lo diba a seguir entre tanto matojo, le dije al muchacho: “Sigue, hijo, que horitica se mete la noche”. “Taita —me respondió—, pa mí que esa culebra no está bien muerta”. “Ni te apures... Esa condená ha dío a morirse por ahí”. ¿Morise?... Bueno.

La cocina se estaba llenando con el olor del café que humeaba. Las llamas se ahogaban bajo la marmita, se sacudían, alzaban, caían y removían. En todas las paredes bailaban esas llamas diminutas; y bailaban también en la frente, en las cejas y en las manos del viejo Dimas.

—Bueno... —el viejo parecía estar rezando—. Yo apuraba el paso, porque estábamos a boquita e noche y no quería que nos cogiera en el monte. Asina que, ya cansado, alcanzamos el rancho del viejo Matías. “Vamos a dormir en la cumbre, muchacho”. “Taita, no tenemos ni una yagua, y ahí nada más hay varejones podridos”.

El rancho del viejo Matías ya no era rancho ni pertenecía a nadie. Atrás, muy atrás, cuando aún estaba joven el padre de Dimas, Matías había construido aquella vivienda, bien metida en la loma. Vivía cazando, persiguiendo reses cimarronas. Pero los animales fueron abandonando lentamente el sitio, seguidos por manadas de perros jíbaros, y un día el hombre se vio forzado a dejar el rancho. Tomó los firmes de la cordillera, siempre tras las huellas de las reses, barbudo, silencioso y recio; bajaba de año en año, en busca de pólvora o a vender pieles. Después descubrió que el Bonaó le quedaba más cerca, y ya no volvió. Se sabía de él en el lugar por las noticias que traían las escasas recuas. Poco a poco se destiñó su figura y con el tiempo desaparecieron cuantos le habían conocido.

Matías se fue; pero su rancho quedó. A la cuenta de días, el viento vagabundo le perdió el respeto y empezó a arrancarle yaguas, reblandecidas por las lluvias. Comenzaron después a caérsele tablas, al principio en pedazos, más tarde enteras. Iban y venían por los espeques los hilos del traidor comején; gatearon los bejucos por los palos. Cuando los monteros descubrieron que allí se podía pernoctar, le limpiaron el frente, trozaron los arbustos que se entrometían por las rendijas, le amarraron pedazos de yaguas. Sin embargo, se monteaba poco: el mismo Matías había empujado las reses hacia el sur, hacia el monte tupido, cerrado, bruto.

“El rancho del viejo Matías”, decía la gente. Pero ya no era rancho, ni tenía dueño. No era rancho, por lo menos, la noche que llegaron Dimas y su muchacho. Gateando por los espeques ganaron el techo, donde las varas desnudas, ennegrecidas por las lluvias, se derrengaban bajo el pie cauteloso. Pudieron arreglar algo como una cama, casi en la cumbreira. Lo hacían tanteando, porque entre ellos y las escasas estrellas estaba la tramazón del monte.

A media noche despertó Dimas. Había oído, entre sueños, un golpe seco. A poco otra vez: tac. Alzó la cabeza.

—Despierta, hijo —recomendó.

Aquel golpe sonó de nuevo, y de nuevo, y de nuevo. Parecía medido el tiempo entre uno y otro.

—Alguno de esos varejones rompiéndose —aventuró el muchacho.

—¿Rompiéndose?

Dimas no era hombre de engañarse. Conocía todos los ruidos del bosque. Nunca había oído aquél. Era como algo que caía. A veces los árboles rozan entre sí, cuando hay viento; pero no sucedía eso, o por lo menos, el ruido era distinto.

La voz de Dimas tenía alzadas y caídas. Bajo las cejas tupidas los ojos se le hacían diminutos. No nos miraba, sino que parecía estar acechando algo que pasaba más allá de alguna pequeña rendija.

—¡Hola! —dijo padre.

Entonces Dimas alzó la mirada. En la puerta estaba Simeón, alto, simple, rojo.

— o —

En un banco corto y pulido por el uso, frente al fogón, tomó asiento el alcalde. Era hombre bueno, manso. Tenía entre los dientes un roñoso cachimbo de madera. Cruzó los brazos por encima del vientre y saludó echando humo con cada palabra.

Pepito y yo le veíamos con odio, casi. Allí estaba meciéndose entre nuestros oídos la historia de Dimas. Simeón la había roto en lo mejor.

—Orítica —habló el recién llegado— me dijeron que andan tiznados por aquí.

Impasible, quieto e indiferente como una piedra, ni soltaba el cachimbo para hablar, ni se tragaba el humo. Restregándose ambas manos, lo sostuvo un instante entre los dedos para lanzar al rincón un escupitajo negro y espeso.

Dimas se acariciaba la blanca barba y miraba al alcalde; padre, lleno de recelos, comenzó a ojearlo. Suspensa sobre todos, ardía la roja mirada de mi madre.

Papá rompió el silencio:

—Dudo que sean tiznados.

Simeón cruzó una pierna sobre la otra.

—En lo mismo estoy yo. Nadie sabe atrás de qué andan...

Elevó al techo su mirada clara. En el cobrizo bigote alentaba la llama.

—De todos modos, Pepe, no conviene descuidarse...

Mamá había hablado. Toda la cara de mi madre era filosa, agresiva. En ese momento se le llenaba con el rejuego de la luz.

—Ni tiznados ni nada.

Dimas había puesto los codos en las rodillas y tenía el cuerpo echado casi sobre las piernas. Las palabras le hacían temblar la barba.

—Ni tiznados ni nada. Están diciendo que de noche tirotean el pueblo.

Papá empezó a encender un cigarro. Disimulaba su impaciencia. Él, como todos, sabía que de un día a otro estallará la revuelta. Con la cara metida entre las manos, envuelto en el humillo y en la lumbre del fósforo, medio dijo:

—Vagabunderías, Dimas.

Y después, sacudiendo el palillo encendido:

—Mejor siga con su cuento; me estaba interesando.

Simeón pareció apretarse el vientre. Tenía los ojos entrecerrados y sobre la nariz y el bigote se alzaba el humo espeso de su cachimbo.

— o —

—Me tenían escambroso esos golpecitos. “Muchacho, haz candela”. Pero el muchacho no quería. “Eso es algún palo, taita”. Estaba bregando con él, cuando... ¡tac! Ya yo sentía frío en la espalda. “¡Hum! —dije—. Por aquí debe estar penando un muerto³”.

No era muerto; no. Cuando el hijo rayó el fósforo vieron, casi pegado a los pies de Dimas, un brillo como de carne recién cortada. Algo grueso, rojizo, pegajoso y pesado se movía sobre los varejones. El viejo observó detenidamente aquello que parecía estar colgando de mitad abajo. Sin duda alguna, lo que fuera retrocedía. Después... Dimas sintió que la mano de su hijo le apretaba el hombro, le desgarraba la camisa. En los dedos de la otra le temblaba la lucecilla, que se disolvía en la oscuridad. Ahí mismo, ahí enfrente, echándoles encima el calor sofocante de su mirada, un par de ojillos crueles relampagueaban llenos de duros reflejos. Parecían filos de machete o de puñal. Dimas sintió la sangre subirle a la cabeza y hacérsela crecer, como cuando se emborrachaba. De pronto

³ Falta cierre de comillas.

volvió la cara: el hijo tenía la boca retorcida, retorcido el pescuezo, retorcidas las cejas.

—“Taita, taita, taita” —resollaba.

Recuerdo todavía las palabras conque esa noche comentó Dimas la actitud de su hijo:

—Muchacho pendejo... A quién habrá salido.

Prosiguió después su historia:

—Ese animal caminó atrás de nosotros, sabaneándonos como a gallinas. Si no hubiera tenido el espinazo roto, nos ahorca. Pero como tenía que enderezarse para saltar los varejones, al llegar al pedazo roto se le caía. Esos eran los golpes que yo asuntaba.

De pronto Dimas se agarró la barba blanca.

—Pa mí esa culebra no era culebra, porque nosotros anduvimos largo y en camino cerrado. Yo creo que era el Enemigo Malo... ¡Tenía los ojos muy encandilados!

Yo levanté los desnudos piesecitos, los puse en la silla y con las manos frías y enrojecidas los sujeté fuertemente.

Trepado en su banco, Simeón sonreía con malicia por entre el humo de su cachimbo.

—Vea compadre —dijo—, con esas pájaras se pasan sustos grandes. Dígale a mi compadre Pepe que le cuente lo que nos pasó aquí mismo.

Su mano zurda indicaba la casa; con la otra se echaba sobre las cejas el sudado sombrero de fieltro.

Papá se puso en pie. Su sombra se quebró y subió por la pared de tablas de palma.

—No me gusta contar éso, porque me pone nervioso recordarlo. Pasé una noche endiablada.

Tomó asiento de nuevo y se quedó con la mirada sucia, como quien piensa en cosas amargas. Después rompió a decir.

Padre hablaba en voz alta. Simeón, oyéndole, cerraba los ojos y parecía dormir. Contaba papá su experiencia de la primera noche pasada en la casa.

Viajando con la recua había visto repetidas veces el caserón vacío; le gustó el tamaño y el sitio le resultaba conveniente. Un día salió dispuesto a conocerlo mejor. Ya en El Pino solicitó datos con el alcalde. ¡Buen amigo le salió aquel hombre simple, alto y rojo! La propiedad era de cierto rico viejo, que vivía en el pueblo. Padre estuvo recorriendo los potreros, viendo las palizadas, las aguadas, los árboles frutales: todo lo pesó, observó y midió. Atardeciendo salieron al camino real, y con la noche cayéndole encima tomó el camino de vuelta. Durmió en el pueblo. Otro día, recién salido el sol, buscó al viejo. Era persona complicada, y papá explicó que le encontró junto al fogón, en pantuflas y tocado con gorra de lana. Le estuvo sacando muchas vueltas al negocio; pero de repente se sintió cansado y le dijo a padre:

—Cójasela por lo que le dé la gana. Tráigame el dinero cuando le parezca.

—Entonces voy donde el Notario —argumentó papá.

—Si usted quiere, vaya; a mi no me hace falta. A usted se le ve la honradez por encima de la ropa.

Papá se hinchaba de orgullo cuando contaba aquello. Siguió el relato, tras algunas consideraciones sobre su seriedad.

Con una recua que pasaba le envió recado a mamá para que fuera preparando los corotos. Él tornó al Pino. Su primer cuidado fué buscar al alcalde de nuevo. Al abrir el caserón lo encontraron lleno de tusas, aparejos viejos, y una gruesa camada de polvo que apagaba las pisadas. Simeón buscó unas cuantas mujeres para que lo limpiaran, y en el primer día apenas pudieron arreglar la habitación mayor, la misma que después serviría de almacén.

Escasa ya la lumbre del sol, listos para salir, sintieron ruido en el interior.

—¿Qué suena ahí? —inquirió padre.

Era como el canto de un gallo; pero un canto ronco, extraño, impresionante.

El alcalde pretendió ver; pero se devolvió de la puerta, porque estaba demasiado oscuro. Padre le dijo que buscara un trozo de cuaba y Simeón salió. Pero papá, hombre desesperado, no quiso esperar y se metió en la habitación. Lo primero que sintió fue que había puesto el pie en algo blando y resbaloso. Pensó rápidamente que había pisado alguna gallina; pero a seguidas sintió que aquello se le envolvía en las piernas y le apretaba. Una desagradable sensación de frío le mordía el vientre. Aquel nudo se hacía estrecho; creía que iba a caer. De pronto sintió que otro nudo se le estaba formando más arriba de la rodilla. ¡Dios! ¿Qué diablos era aquello.

—¡Simeón! ¡Simeón! —gritó.

Tuvo que agarrarse a la pared para no caer. Recordó que tenía fósforos. Rayó uno, preso de sus nervios. Simeón entraba ya. El hacho se revolvía como copa de árbol en día de viento. Al reflejo de la luz vió padre el animal y le vió los ojillos, fijos y criminales. De pronto aquello dejó caer la cabeza contra el piso. ¡Concho, concho! ¡Y qué culebra! Larga, larga, negra y gruesa como un tronco!

—¡Maldita! ¡Maldita!

Simeón lanzaba palabrotas mientras sacudía el machete, que al beso de la luz se veía también rojo, como otro bicho.

El animal buscó un rincón; y ya estaba metiendo la cabeza por allí cuando el alcalde la alcanzó con el filo del arma. Al sentirse golpeada se volvió a su perseguidor. Allí en el suelo estaba el hacho, apagándose casi, mientras padre seguía sujeto a la pared, como persona agena a todo.

De pronto comprendió, echó a correr y sujetó la tea. Sintiéndose acorralada, la culebra abrió la boca para repeler de algún modo el ataque. Simeón se impresionó:

—¡Corra, don Pepe; corra, que me baja!

Una rabia sorda le encendió la sangre y empezó a lanzar machetazos. Parecía loco: tirando golpes, los dos brazos abiertos, las piernas torcidas, mecido el tronco, ya en sombras, ya en luz, enrojecido y oscuro, Simeón daba la impresión de un fantasma que hubiera emprendido un baile dislocado de borracho.

Al otro día revisaron toda la casa, hasta en los aleros; limpiaron el Yaquecillo y quemaron los pendones, para matarles los nidos a las compañeras.

Estábamos todos silenciosos. Pepito, preocupado, preguntó:

—¿Estaba en nuestro cuarto esa culebra, papá?

Pero padre apenas le oyó. Estaba tendiendo la mano para cojer la taza de café que le traía madre.

A través de la ventana se mecía una estrella desflecada, medio escondida en el humo que huía por encima de Simeón.

II

Papá era sujeto de pasiones, más que de pensamientos. Rojo, de frente alta, nariz gruesa y labios duros, hubiera parecido criollo a no ser por los ojos. Menudos y azules, de mirada hiriente y honda, los ojos de padre se imponían solos. Tenía el cabello y los bigotes rubios. La palabra se le enredaba entre los dientes y a veces necesitaba uno verle, además de oírle, para entender lo que decía.

Las ideas se le traducían en tormentos. Todo cuanto pensaba lo veía; y nunca buceaba en un hecho, sino que se dirigía de éste a las consecuencias. Si le decían: “tal mulo se quebró una pata”, veía el animal renqueando, dolorido, silencioso y derrengado. Sufría enormemente, más, de seguro, que la propia bestia. Pensaba: “se morirá; habrá que matarlo”. Veía el mulo en el instante de la agonía; y sentía la muerte de su carne, ese arrugamiento largo que sufre el cuerpo cuando se le pega un tiro. Si era de noche, no dormía, porque le perseguía la mirada desolada del animal.

Madre no distaba mucho de papá, si bien era más fuerte en sus sentimientos: había que odiar ésto o amar aquello; con eso le bastaba. No podía, como padre, ver lo que pensaba, ni le quitaba el sueño nada que no significara peligro para los suyos. No sentía el dolor ajeno de esa manera intensa que su marido. Apegada a lo viejo, la mujer, según ella, debía hablar poco, trabajar sin descanso y vivir de puertas adentro.

Mamá era de estatura aventajada, aunque dedos más baja que papá. Tenía el cabello gris, anudado siempre en pequeño moño sobre la nuca. La quijada cuadrada le llenaba la cara de rudeza; así como los ojos pardos, casi negros, ariscos y recelosos; y la boca ancha, y la frente plana, aunque alta. Era escasa de cejas y abundante de canas. Tenía complexión robusta; pero la color desteñida y vacía. Sabíamos que no era saludable; pero lo disimulaba a maravilla, porque trabajaba de sol a sol.

A veces mamá se endulzaba y nos entretenía contándonos historias o dibujando malos muñecos en papel de estraza. Sucedió ésto pocas veces: le placía más rezar, lo que hacía noche a noche con sincero fervor.

Padre parecía más cariñoso, sobre todo cuando retornaba de algún viaje largo. Sabía cientos de juegos, miles de cuentos y cantaba motivos

de su tierra con una voz bella, gruesa, dulce, acariciadora. De mañana nos llamaba a su cama y nos hacía relatos maravillosos de los mulos que hablaban, del río que se iba volando, de las golondrinas que le contaban lo que hacíamos Pepito y yo. Todo esto lo sazónaba con cosquillas, con mordiscos y apretujones que nos hacían reventar en risas. Nada en casa tan alegre, tan jubiloso como los amaneceres. Los aprovechábamos bien, porque al romper el día se hacía padre serio, y empezaba a pensar en sus negocios, a trajinar, a dar voces. ¡Oh! ¡Cómo hería la voz de papá cuando no se hacían las cosas según ordenaba! Durante todo el día no descansaba; correteaba de un sitio al otro, del potrero a la casa, de la casa al camino. Y así hasta caer la noche. En la mesa hablaba poco y le gustaba que callaran los demás. Sólo al anochecer volvía a ser el padre cariñoso.

Recuerdo que le gustaba, metida ya la oscuridad, de tirarse en el piso y levantar brazos y piernas.

—¡Vengan! —nos decía.

Madre regañaba; hablaba de la ropa sucia, de trabajo, de niñadas y tonterías; pero nosotros no la oíamos, ni la oía padre, que nos tomaba por las cinturas y nos sostenía en vilo, dándonos empellones hasta que no [*sic*] caíamos revueltos en el suelo.

Yo quería entrañablemente a mi padre, porque a ser sinceros, tenía por mí marcada predilección. Decía que yo haría carrera y sufría lo indecible cuando enfermaba. De los dulces, trajes y zapatos, sombreritos o juguetes que traía de sus viajes, lo mejor era para mí. Nunca hería a Pepito, porque mi hermano tenía predilección por cosas distintas: por ejemplo, reventaba de gozo si papá le traía cornetas, sables o tambores, cosas de que yo detestaba; mis grandes placeres me los producían una pizarra, un lápiz, un libro con láminas...

¡Oh la vida aquella, tranquila, fresca y satisfecha como una tinaja! Todo el campo haciéndose ondulado, ancho y luminoso frente a nosotros; el sustento traído y llevado en aparejos de mulos y serones claros; la salud en risas; el día en trabajos y la noche en cuentos...!

— o —

Antes habíamos sufrido largo; es decir, sino era algo más que sufrir aquello de vivir en perenne huída, de día y de noche, amasando la oscuridad y el lodo de los caminos reales, ya sobre la frontera, ya cruzándola, volviendo y saliendo. Dos veces estuvimos refugiados en las lomas, mientras la tierra se quemaba al cruce de soldados ardidos. Extranjero padre y extranjera madre, ignoraban que en estas tierras mozas de América hay que vivir cavando un hoyo y pregonar a voces que es la propia sepultura. Altivos, trabajadores, y emprendedores, el éxito les sonreía en todo empresa. Llegaba la revolución en triunfos, les pedía más de lo que

tenían, se negaban a dar, y los perseguía; entraba vencedor el gobierno, y terminaba en lo mismo.

Cansados, transidos, caímos en Río Verde, donde mi abuelo había echado raíces y florecía como árbol de tierra criolla. Hombre de pocas palabras y de muchos hechos, de trabajo largo, de arrogante estampa, alto, oscuro, imponente, mi abuelo se hizo en pocos años el amo del lugar. A su amparo empezó para nosotros la paz anhelada, o lo que es lo mismo, podía papá echarse por esos caminos de Dios en busca del sustento, mientras nosotros permanecíamos en casa. Padre levantó recua y con ella llegaba a los confines del país. Se iba cargado de andullos, de tabaco, de cacao, y retornaba con lienzos, jabón, azúcar... Muy de tarde en tarde se hablaba de revueltas; pero en general se vivía dulcemente, sin que nos sacudieran malas noticias ni persecuciones.

A Río Verde llegó padre un día con una mulita nueva, incapáz todavía para la brega de la recua. Era un animalito vivo, inquieto, casi todo cabeza, que movía nerviosamente las orejas y el rabo cuando le molestaba algún ruido. El vecindario entero desfiló por casa para verla.

—Es de San Juan —explicaba padre a las preguntas de los hombres.

Con éso lo decía todo. Le retozaba el orgullo en los ojos y en los labios cuando la veía, cuando le acariciaba el anca, mientras la mulita temblaba de miedo bajo su mano.

Era oscura como la hoja seca del cacao; pero recién llegada estaba todavía lanuda, y aquella lana tenía un color rojizo que la hacía feúcha aunque graciosa. Padre decía que procedía de un ható de renombre y que había dado por ella sesenta pesos “así tan chiquita como la veían”[.]

Como se crió entre nosotros, soportó pacientemente el primer contacto con la realidad: la aparejaron, la ensillaron luego. Estaba ya grandecita, y a la lana había sucedido una piel parda, brillante, que reflejaba limpiamente la luz. La silla fue para ella como una caricia más; pero... ¡cómo pateó, se resistió, tiró mordiscos y corcoveó cuando la quisieron enfrenar! La asustaba el tintineo de los hierros y correteaba enloquecida entre las flores, que le desgarraban con las espinas, entre las pilas de cacao, cuyos granos saltaban como chispas. Se tiraba sobre las mayas que orillaban el camino y espumeaba por la boca, mientras los ojos parecían salirse a saltos.

—¡Ah mañosa! —gritaba padre— ¡Ah mañosa!

Abuelo reía estrepitosamente desde la galería; madre se sujetaba las sienes, arrimada a la ventana; Pepito se asustaba, se recojía entre una enorme mecedora donde estaba sentado. Papá volvió a medio día, sudado, rojo y fatigado.

No sé cuántos días duró la lucha entre el hombre y la bestezuela. Sólo sé que cuando se acostumbó al freno ya tenía nombre: La Mañosa. Y que él fue para nosotros como el de alguien de la familia.

— o —

Para el tiempo en que llegamos al Pino la Mañosa era ya imprescindible. En ella hacía padre los viajes de negocios y los viajes veloces al pueblo, en busca de medicinas, de ropas o de cartas. Mero, que había dejado a Río Verde por seguirnos, la quería entrañablemente. Anduvo enamorado por El Pino Arriba, lo que le alejaba de las tertulias en la cocina; pero confesaba que entre comprarle creolina al animal o esencia a la novia, prefería lo primero si el dinero no le alcanzaba para las dos cosas.

El vaso de potrero más cercano a la casa era el suyo. Yerba lozana, joven, tierna; era aquella bocado digno de bestia consentida.

— o —⁴

Se derretía la tarde en los caminos reales, casi a los pies de Mero, y él no lo notaba. Reparaba los aparejos, sentado en el quicio de la puerta, ultimando los detalles del viaje.

En el oscuro almacén estaba el viejo Dimas cosiendo los serones mientras uno de sus hijos tejía sogas de majagua. El viejo escupía saliva negra y espesa y se limpiaba la barba con el dorso de la mano.

Mero hablaba, pero seguía con la cabeza gacha, mordisqueando la cuerda conque reparaba los aparejos:

—Digo yo que como la Mañosa no hay otra, viejo Dimas.

El interlocutor decía:

—Pero de este viaje viene con las ancas afuera. ¿Usted no ha visto las señales del tiempo? Asunte ésto: dende que tuve juicio vengo haciendo las cabañuelas, y lo que es este Octubre... ¡Cristiano! Ni quiera usted saber el agua que le espera por esos caminos viejos. Yo como don Pepe, hasta dejara el viaje.

Un pedazo de mi padre asomó por la puerta del comedor, mientras su alta voz y tranquila respondía:

—En Noviembre tenemos más agua, Dimas, y cuando hay que comer no se espera para mañana.

—Asina es, don Pepe; yo no lo discuto; pero si hay que dir, yo no llevara a la Mañosa. Un animalito como ese no es para meterlo en caminos tan endiablados.

Mero regó los ojos al decir:

—Su mejor recomendación es esa, viejo Dimas. Nuevecitica estaba ella cuando nos tiramos a la Frontera. ¡Y éso sí era sol tupío y bravo!

⁴ Inserción manuscrita de Juan Bosch.

Usté no más topaba espina y espina. ¡Concho! Ni an sé yo como vive la gente en esa Línea mentada.

Padre aprobaba con la cabeza, los labios llenos de sonrisas. Mero se entusiasmaaba y manoteaba.

—Solamente pechamos una recua, y éso fue ya dentrando a Dajabón. Anduvimos en el Guarico, como quien dice. A mi me dolían los huesos de la espalda, y la Mañosa fresquecita, como si hubiera estado en potrero.

Padre explicaba:

—Sí, sí, aquel fue un viaje duro y largo.

—Ello... —Dimas detenía la palabra— hay monturas legítimas, don Pepe. En Almacén compré yo una vez un caballo alazano que con el paso conque cogía un camino lo terminaba. Ese no conocía sesteo.

Los hombres de campo se entusiasman hablando de cosas queridas. Mero alzó más la voz:

—Asina es esa Mañosa, viejo Dimas. De día y de noche, en loma y tierra llana, no hay apuros con ella.

Padre remachaba:

—¿Mi mula? Por todos los cuartos del mundo no la doy. Y no es sólo porque me desempeñe, sino porque le tengo cariño, como si fuera persona.

—¿Cariño?. Asunte: a mi mujer le he dicho que no quiero perros en casa, porque a la hora de morirse me dan más pena que si fueran cristianos. La gente dice que son ángeles... Yo estoy en creerlo.

Dimas siguió cosiendo serones. Por la sombra del almacén trajinaba su hijo y en los caminos reales, sobre el techo de la casa, entre las hojas de los árboles, el sol se iba haciendo espeso con la llegada de la noche.

Pero ni padre, ni Mero, ni Dimas ni su hijo lo notaban.

— o —

Al otro día vino Simeón a recortar la mula. Simeón era la autoridad del lugar; sin embargo, sentía placer en servir a papá como cualquier peón. Quizá se debía ello a que papá le regalaba los zapatos que ya él no usaba, uno que otro pedazo de andullo y hasta los pardos, viejos y estrechos pantalones de paño que el Alcalde lucía con desmedido orgullo.

Mero tenía que sujetar por la jáquima a la mula mientras Simeón le hurgaba entre las orejas con las tijeras, cortándole los crecidos pelos, emparejándole la escasa crin o embelleciéndole el rabo. La Mañosa se mecía constantemente de atrás alante, de un lado a otro, nerviosa como muchacha. Tenía figura de estampa, limpiecita, brillante, pequeña, rellena. Era oscura como la madera a medio quemar; tenía la mirada inteligente y cariñosa, mirada casi humana; las patas finas y seguras; las pezuñas menudas, redondas negras y duras. Todo en ella era vistoso y

simpático. Simeón se esmeraba en hacerla más linda, más digna del amor que le profesábamos en casa.

Mero la acariciaba, le hablaba como a persona. La Mañosa acechaba con ojos de susto la sombra de una mula que se removía en el camino, bajo sus patas.

— o —

Yo estaba en el comedor, desmenuzando restos del desayuno. Un rayo de sol caía sobre el blanco mantel y el aire sano parecía mecerlo. Simeón entró en silencio. Papá venía del patio cuando vio al Alcalde.

—Ya tiene la mula nuevecita —dijo él satisfecho.

Tomó asiento en una silla vieja; sacó el roñoso cachimbo de un bolsillo, tabaco del otro y un sucio palo de fósforo de entre el sombrero.

—Quiero recordarle, don Pepe —decía a la vez que encendía— que ande con cuidado en este viaje.

Padre puso la cara gruesa, la mirada muerta.

—¿Cuidado?

Entonces Simeón se levantó, se echó el sombrero sobre la nuca, abrazó a papá de lado, estrechamente, y como quien sabe lo que habla, susurró:

—Hay malas noticias.

Padre preguntó, haciéndose el desinteresado:

—¿Usted cree?

—¿Que si lo creo? Bueno...

Simeón se hacía el importante. Sobre los bigotes rojos se le desteñían los ojos mansos.

—Don Pepe, póngame caso. Ya se está juntando la gente de Monsito Peña.

Papá tomó una silla:

—Óigame, compadre, no es bueno llevarse de las apariencias.

Ya iba el alcalde a contestar algo definitivo cuando Morillo sopló un saludo. Era hombre bajetón, anegrado y bruto de cara. Estaba henchido de malicia.

—¿Cuando es el viaje?

Venía preguntando tontamente, al parecer; pero papá era hombre arisco como lagarto. Le clavó aquellos ojos azules, tenaces y desconfiados:

—Estamos preparándolo, amigo; nadie sabe cuándo saldremos...

Simeón miraba a papá de reajo, bajo el ala del sombrero. El humo de su cachimbo cruzaba el rayo de sol que se iba retirando poco a poco de la mesa.

Morillo dijo:

—Yo tengo necesidad de mandar una recuita de tabaco al pueblo, y quisiera hacerlo con los muchachos de Dimas; pero asígún entiendo los asuntos están al voltiarse.

—¿Usté cree?

Simeón había hecho la pregunta como si nunca hubiera oído hablar de tal cosa.

—Yo no creo nada, compadre; se conversan muchos embustes... Pero por si acaso, pasado mañana tengo ese tabaquito andando.

—Bueno... —Simeón se miraba los pies—. Cada cual hace lo que le conviene.

Papá se incorporó. Afuera estaba Mero adulando a la Mañosa.

— o —

De madrugada se llenó la casa con los gritos de padre, las voces de Mero y los relinchos de las bestias. De los potreros emergía un olor fragante, que se confundía en el patio con el que exhalaba el estiércol reciente.

Los mulos se movían incesantemente. Eran sólo montones de sombras y luces verdes. Uno pretendió morder a otro, y padre corrió dando gritos, le sujetó por la jáquima y la emprendió a bofetones con el agresor.

Pepito hablaba bajito y reía. Por allí andaba Mero, manoteando entre los serones, silbando merengues, mientras arriba, hacia el éste, la luna atravesaba velozmente una inmensa nube morada.

Papá cruzó en dirección de la cocina. Parecía alegre, aunque apenas le podíamos distinguir la cara;⁵ pero le vimos acercarse a la Mañosa y palmotear sobre sus redondas ancas. El animal estaba sujeto al portón, cabeci-gacha, reposada, serena. La luna hacía esfuerzos por aclarar su color de hierro mohoso.

—Con una taza de café en la mano tornó papá al patio, conversó con Mero y se acercó a la cocina.

—Me voy, Ángela —dijo.

Cargó conmigo, entró al viejo comedor, me puso de pie sobre la silla y alumbrándose con la lámpara, penetró en su habitación. Cuando salió estaba tocado con sombrero de fieltro y armado de revólver. La luz rasca-ba el cobre de las cápsulas, arrancándole brillo. Mi padre se puso en cuclillas, nos llamó a Pepito y a mí y nos sostuvo largo rato con las caritas pegadas a sus mejillas.

—Pórtense como hombrecitos, que les voy a traer muchos regalos —aseguró sonreído.

⁵ ...la cara; que aquella fresca madrugada nos disfrazaba de negro; pero...

Después se incorporó. Madre⁶ miró a papá con ojos desolados. Cuando él la besó y abrazó, se hicieron un montón confuso, que entre los reflejos de la luz parecía surgir de un incendio.

—¡Adiós! —repitió él, deshaciéndose de mamá.

Nos fuimos a la ventana para verle montar. Lo hizo de un salto, con asombrosa y natural agilidad; removi6 una mano, volviéndonos el frente, y clavó la mula. Llevaba la rienda entre los dedos diestros.

Nosotros salimos al patio justamente al tiempo en que el último mulo atravesaba el portal. Iba sobre él Mero. Gritaba con voz honda, honda; y hacía restallar el fuste que resonaba en la casa con fragores de tiro.

A la orilla del camino, mientras la luna rodaba llevada por el viento, pegados Pepito y yo a la falda de mamá, veíamos la recua alejarse al trote. Padre nos decía adiós, erguido en la Mañosa. Pero en la Encrucijada había árboles que se agrupaban en sombras. Y la Encrucijada se arremolinó sobre el saco negro de papá, robándose lo a nuestro cariño.

⁶ madre dejó la lámpara sobre la mesa y miró...

III

Nuestra casa estaba pegada al camino. Era grande, de madera, techada de zinc, y el sol le había dado ese color de zuela tostada que tenía.

Antes de llegar a ella había que cruzar el Yaquecillo y poco más adelante, el Jagüey. El Jagüey era misterioso, porque cuando llovía era río, y cuando no, se lo tragaba la arena quemada del cauce, para reaparecer bastante lejos, en la vuelta que daba por nuestros potreros. El Yaquecillo es hoy una charca, poblada de cañas lozanas, en la que se crían mosquitos y sanguijuelas.

El lado norte de la casa daba al camino. Tenía ese frente cuatro puertas anchas y altas; las dos que estaban más cerca del Yaquecillo no se abrían. En la pared que recibía el primer sol había tan solo una puerta y una ventana; la puerta correspondía a la habitación esquinera que servía de almacén y pulpería, en la cual, medio hundidos en la penumbra, se amontonaban siempre serones de andullos, cargas de maíz, sacos de frijoles; un mostradorcillo mal parado se apoyaba en la esquina, pegado a la puerta que daba al este. La ventana correspondía al comedor que estaba justamente detrás del almacén-pulpería; y el sol tibio que se metía por la ventana, antes de la tarde, se echaba a dormir sobre la mesa, igual que muchacho mal educado.

En el lado sur, casi pegada a la esquina sureste, se vaciaba una puerta, desde la que salía la naciente calzada de piedras que conducía a la cocina. Esta se alzaba frente a ella, y era un humilde ranchito de yaguas con aspecto de cosa provisional. En las noches claras era, a pesar de su pobreza, el lugar más prestigiado de toda la casa.

El comedor tenía también una ventana abierta a la contemplación perenne del cielo. Le seguían dos puertas más, que se enfilaban en la misma pared y que eran salidas al patio de la habitación paterna. El cuarto que ocupábamos Pepito y yo tenía vistas al sur por una puerta y una ventana, y una claraboya alta de persianas que daba al oeste. Esa claraboya estaba cubierta con retazos de tela, porque miraba al Yaquecillo, que ya en esa época empezaba a arrastrarse⁷

⁷ ...rastrear...

penosamente por entre lodo y yerbajos, y mamá decía que por ella se metían los mosquitos.

El frente norte de la casa parecía tostado; el del sur era pálido, manchado de verde. Sucedió esto porque en él se restregaba la lluvia larga de los inviernos.

Nuestro patio estaba encerrado entre una palizada de alambres de púas que empezaba en la esquina noroeste y se cortaba a poco para dejar subir el cuadro del portón. Consistía éste en dos espeques gruesos y cuadrados de guayacán, puestos a cerca de tres varas uno del otro. Encima tenía un techito de zinc, gracioso por lo pequeño, que parecía techo de casa de muñecas. Después del segundo espeque seguía el alambre de púas, para doblar en ángulo recto a los veinte pasos y enfilarse hasta tropezar con el primer "vaso", la parte de potrero que cercaba el patio por el sur y la cual reservaba papá para echar en ella a la Mañosa, cuando retornaba de viajes largos.

El patio, en la parte este, como era camino obligado del portón al potrero, estaba dorado de menudo y seco polvo, huérfano de grama; pero la yerba se amontonaba en la caseta de desperdicios, que estaba al borde del potrero.

En el ángulo suroeste había un naranjal oscuro, de árboles nervudos y pequeños, con las cortezas blanqueadas de hongos. En esas cortezas grabábamos Pepito y yo nuestros nombres y las letras que papá nos enseñaba en las primas noches llovidas.

Vista de lejos, nuestra casa parecía una eminencia mohosa, con corona de plata, porque el zinc brillaba a todos los soles. No había caminante que no se detuviera un segundo a saludarnos o que, si era desconocido, no hiciera más lento el paso de su montura al cruzar el trozo de camino que se echaba frente a casa como perro sato.

Desde la puerta veíamos el tupido monte que orillaba el Yaquecillo: pomares, palmas reales, guayabales, algunos robles florecidos; a la izquierda se hacía alta y sólida la tierra en las lomas de Cortadera y Pedregal; a la derecha, siempre pegado al camino como potranca a yegua, se iba el monte haciendo pequeño, pequeño, cada vez más, hasta arremolinarsen en la fronda que cubría la primera curva.

En esa fronda se ahogaba papá cuando se iba; y al lugar, que llamábamos la Encrucijada porque allí cruzaba la vereda de Jagüey Adentro, íbamos a esperarle cuando pensábamos que ya era tiempo de volver. Pero si la lluvia roncaba sobre El Pino, teníamos que conformarnos con esperar en la puerta.

Sucedía a menudo que papá llegaba de noche. Cuando eso había, nos tirábamos nerviosamente de nuestro catre y correteábamos como locos entre las sombras rojas de la casa, dando gritos de contento y buscando con nuestros bracitos inexpertos el torso recio y caluroso de papá.

IV

A fines de Octubre la lluvia era cosa perenne sobre la tierra. Todos los horizontes se gastaban en el grís de los aguaceros. Ya cada gota se me antojaba un cordón largo tendido desde el cielo hasta mis ojos.

Una gallina había sacado, pero los pollitos se le fueron muriendo de frío poco a poco. De manera que para Pepito y para mí, el único entretenimiento posible fué, durante muchos días, corretear por la casa y jugar a escondidas tras los serones.

Mamá parecía haberse vaciado de espinas; los pómulos le hacían esquinas en la cara y rezaba a menudo. Cuando padre estaba no podía hacerlo, porque él se oponía, a veces con burla, a veces con pleítos. A la verdad, me gustaba rezar. Encontraba un placer delicioso en estar de rodillas, las manos juntas sobre el pecho, todo el cuerpo lleno de luminosa dulzura, seguro de que Dios estaba oyendo mis palabras. Una gran bondad me invadía y sentía la carne liviana, casi en trance de volar.

Orábamos en la habitación de mamá, que en el primer nudo negro de la noche se llenaba de sombras. Se veían éstas colgando de los rincones, pegadas al techo. Haciendo esquina, una tablilla soportaba una desteñida imagen de San Antonio de Padua, calvo y humilde, con el rostro envuelto en inexpresable ternura, la cabeza ladeada y un rollizo niño entre los brazos.

San Antonio, según mamá, hacía incontados milagros. Le encendíamos una hedionda vela de cera negra, se la poníamos enfrente, y aquella lengua de luz que se gastaba en humo denso, llenaba de resplandores rosados los más lejanos trozos de pared. El santo parecía llenarse de rubor, y la llamita le lamía la calva con enfermizo placer.

A menudo me sorprendía a mí mismo alejado de la oración, de los santos, de la tierra: me mecía en una especie de vacío total, emborrachado levemente por aquella lucecita temblorosa que daba tumbos a cada empujón del viento húmedo y rendijero, que parecía quemar las mejillas de Pepito y alumbraba los ojos oscuros de mamá.

Era tal el silencio que a veces nos rodeaba, que las cuentas del rosario, golpeando entre los dedos de mamá, sonaban como piedras lanzadas en

madera. Madre abría los labios y los juntaba tan de prisa que no podíamos seguir su movimiento; pero ni un murmullo salía de ellos: era la oración sepulta y sincera, en la que los labios intervenían tan solo por costumbre en la modulación de la palabra, aunque ésta no se oyera.

Al terminar ensayábamos un suspiro. Pepito y yo nos limpiábamos las rodillas, endurecidas ya, y mamá se estrujaba con la diestra la cenizosa cara, mientras sujetaba el rosario con la otra. Entonces empezaba con voz susurrante alguna vieja historia, de las muchas que heredó del abuelo.

Salíamos después de la habitación para registrar las puertas, los rincones distantes y debajo de las camas y catres. Hablábamos un poco de papá; deducíamos dónde estaría, ella refiriéndose a todo el camino, yo desde el Bonaó hasta El Pino, que era el único trecho que conocía, y Pepito de Jima a casa. Después nos acostábamos. Hasta cerca de los primeros plomos del sueño, seguía yo arropado por aquella sensación de liviandad y de silencio que me producía el rezo.

— o —

Cuando padre no estaba en casa y el ala de madre tenía que cubrirnos sin ayuda, se le limaban a mamá aquellos filos cortantes que tenía en la cara y en los ojos. Se hacía dulce, amable, silenciosa. Irradiaba un suave calor en la mesa, en la cocina; en todos aquellos sitios que la conocían agresiva. Le gustaba echar maíz a las gallinas, de madrugada, y hacer historias encantadoras. Por los días del último viaje de papá se mantenía arrebujada en una frazada gris, medio deshilachada y fuera de uso, porque la lluvia sembraba el frío en la tierra y al amanecer venía el viento cargado de agua, empujado desde los cerros azules que levantaban nuestro potrero.

Las mujeres del lugar venían con más frecuencia; lentas y tímidas, se metían en la cocina y allí hablaban de cosas vagas.

Pepito y yo teníamos las cortas horas de sol en nuestros pies; correteábamos por el camino, nos íbamos a Jagüey, apedreábamos los nidos. Un día, a la hora de comida, nos dijo mamá que no debíamos salir de la casa o del patio. Por la mañana había estado bastante gente entrando y saliendo. Dejaban caer palabras espesas e inaudibles; comentaban algo entre lentitudes y gestos importantes. Todo aquello lo veíamos Pepito y yo, pero cada uno se esforzaba en no oír y en no comentar.

Tras su recomendación, madre se quedó mirando el cielo sucio. Después lamentó:

—Y Pepe tan lejos...

Pepito alargó el pescuezo y preguntó de improviso:

—¿La revolución, mamá?

—Sí, hijo; están matándose otra vez; pero no se puede hablar de ello. Madre calló y un silencio embarazoso se dejó caer muerto sobre la blanca y sencilla mesa.

— o —

En la noche fue Dimas a casa. Era hombre bajito y fuerte, encanecido, peludo y de mucha barba. Tenía un vago aire patriarcal y cuanto hablaba interesaba. Nos gustaba por sus cuentos, llenos todos de un recio sabor de aventura, pintorescos y detallados.

Se sentó en la peor de nuestras sillas, escupió a un lado, extrajo el cachimbo y lo fue llenando lentamente de tabaco. Después me llamó, con una voz peculiar de hombre sufrido, y me dijo que le buscara “lumbre”.

Cuando mamá llegó se destocó haciendo una reverencia rural que trascendía nobleza y sinceridad. A seguidas subió los pies descalzos en los travesaños de la silla y preguntó:

—¿Cuando cree usted que vendrá don Pepe?

Mamá dijo que no sabía y se sujetó ambas sienes con fuerza, lo que indicaba que estaba preocupada. Inesperadamente, Dimas explicó:

—En el pueblo rompió la cosa ya, doña. Yo creo que para allá —y señaló la dirección en que estaba padre— debe estar la cosa fea.

A mamá se le estiró la cara de tristeza.

—Me lo dijeron desde esta mañana, y eso me tiene mortificada, Dimas.

—¿Por don Pepe? No se apure, doña; a ese nadie le hace un daño.

—Es verdad eso; pero...

Dimas chupó su cachimbo y se quedó mirándola, mirándola con estúpida fijeza. A poco se puso en pie y se arrimó a la puerta.

—La noche está cerrada —dijo.

Mamá contestó moviendo la cabeza. Un airecillo hacía remolinos junto a la lámpara.

—Será que va a llover —apuntó madre al rato.

Dimas confirmó:

—Esos aguaceros no tienen fin, doña.

Callaron ambos. Un silencio absoluto comenzó a estirarse entre ellos. Pepito y yo esperábamos no sabíamos qué para pedirle a Dimas que contara algo; pero el viejo se incorporó de pronto, caminó hasta un rincón, y con la misma actitud y el mismo tono de voz que si hubiera estado hablándole a otra persona y no a mamá, dijo: Los muchachos estaban en el pueblo con una recuita de Morillo, y el gobierno los reclutó ayer.

Madre se movió igual que si la hubiera picado un bicho.

—¿Cómo? —preguntó azorada.

Se veía que quería hacer otro comentario más vivo, que aquella noticia la había herido; pero la actitud conforme de Dimas mataba el comentario antes de que naciera.

—Sí —remachó él acercándose a nosotros—. Dios quiera que salgan bien de ese lío.

Yo sentía su olor de tierra, de sudor, de esterilla de mulo. Él se volvió:

—Vea, doña, a los santos le ruego que vuelvan vivos, porque yo estoy muy orgulloso de esos muchachos... Ni juegan, ni beben ni jaraganean.

Madre comentó, apenada:

—Sí, Dimas; récele a San Antonio para que se los devuelva.

El viejo tornó a acercarse a la puerta.

—Ojalá que don Pepe viniera pronto, para que usted se tranquilice —dijo quitándole importancia a su dolor.

Madre se acercó también; sacó la cabeza y miró hacia el este, esperando.

—Ojalá... —aprobó.

El viejo dijo adiós y se perdió en la oscuridad, camino del bohío.

Pocos días más tarde, fué a visitarnos la vieja Carmita. Llegó muy de mañana, trajeada con ancha bata de prusiana morada; no traía paño en la cabeza y sus cabellos grises resplandecían al sol.

La vieja Carmita vivía en Jagüey Adentro. Era alta, delgada, con la cara fina y salida de huesos. Nunca alzó la voz; nunca dejaron sus ojos de ser dos luces tranquilas y perennes en medio de aquel rostro oscuro y afilado.

Saludó en voz baja, desde el portal; entró moviéndose suavemente; ya en la puerta de la cocina apoyó un brazo en el marco y clavó el otro en su cintura.

—Doña... —dijo en tono suplicante.

Pero no quiso seguir hablando, como si temiera desatar aquella tristeza que le hacía nudos en los pómulos. Después se acercó a mí al tiempo que murmuraba:

—Dios te guarde, hijo.

Mamá la observaba, la acechaba. Aquella mirada cargada de perspicacia que tenía madre no se enredaba en palabras ni simulaciones.

—¿Ha sucedido algo por allá, Carmita? —preguntó.

—No, nadita —sopló ella.

Pero largo rato después, cuando habían parecido vidriarse sus ojos y cuando nadie esperaba sus palabras, dijo.

—Los muchachos que cogieron el monte.

Mamá no pudo reprimir un movimiento brusco del entrecejo. Miró en vuelo a la mujer, que se entretenía en desensortijar mis cabellos.

—¿Dice usted que cogieron el monte?

La mujer movió la cabeza de arriba abajo. No podíamos precisar qué sentía; parecía indiferente, si bien seguía ostentando aquellos nudos de tristeza en los pómulos.

—Las malas compañías —explicó de pronto—. Se fueron cuatro o cinco.

—¿Y qué pretenden hacer? —objetó madre.

—Bueno, doña... Ellos sabrán.

La voz se le apagaba, y se notaba que le molestaba hablar de tal cosa. Dejó quietos mis cabellos y tomó asiento en el banco. Empezó a tachonarse la falda con los dedos, buscando distracción; pero a poco alzó la cabeza y nos miró con amplitud. Irradiaba extraordinaria serenidad.

El humo de la leña se iba haciendo estrecho junto a cada rendija.

—Doña, los tiempos son malos —explicó ella— y debemos ser conformes. Ya yo perdí un hijo que se fué con el gobierno años atrás.

Mamá no cabía en su dolor.

—¿Y no sospechan lo que sufre una madre? —empezó a preguntar.

—Peor es que salgan ladrones o pendejos, doña —objetó ella.

Calló y se acercó a la puerta. Yo miré el cielo: en aquella mañana tan clara y tan alta sólo cabían palabras de resignación.

Cuando hubo salido me lancé al patio en busca de Pepito; quería contarle la nueva que Carmita nos trajera. Mi hermano no respondió a mis voces. Bajé por las barrancas del Yaquecillo, afanoso, porque mi hermano sabía responder a mis dudas, aunque inventara mentiras. Estaba seguro de que iba a gustarle la noticia. No estaba en el Yaquecillo. El arroyo se arrastraba entre cieno y los mosquitos zumbaban sobre el agua muerta. Me cansé de vocear; él no podía estar distante, pero no respondía. Saltando piedras, chapuzándome unas veces y rabiando siempre, tomé la dirección del agua y anduve por el cauce vacío. Poco a poco me fuí interesando en el estrecho paisaje, donde los helechos crecían con intenso verdor y se alzaban enormes cañas de castilla. Hacia el sur distinguí los cuernos de una res que había bajado a engañar su sed; dos ciguas saltaban y piaban a escasas varas del camino que pasaba por el arroyo sin saltarlo y sin perderse en él, sino reblandeciéndose un poco.

Olvidé en lo que andaba y me tiré de espaldas en un recodo de arenillas doradas. Un poco más hacia el norte se metía en el arroyo la yerba del potrero, después de haber descendido por la barranca. Desde donde yo estaba podía tocar con las manos las lilas que se abrían bajo el día.

El sol era llama brava sobre la tierra cuando desperté. A mis ojos adormecidos, todo había cobrado aspecto de cosa recién chamuscada. La voz de Pepito me perseguía con llamadas desesperantes. Me incorporé. De la parda arenilla emergía un calor insufrible y yo sentía los huesos vivos y sufridos bajo la carne. Los jevenes me habían llenado las piernas de ronchas y los mosquitos se habían cebado en mis brazos y en mi rostro.

Cuatro días después, al anochecer, un fuego cruel empezó a calcinarme las entrañas. Me dolían la espalda y las articulaciones.

— o —

Simeón fué a verme, una mañana, y dijo que había que darme tisanas de cuaba y mucha quinina. Lamentó no poder ir al pueblo para traerla él mismo.

Mamá estaba sentada a mis piés, en el mismo catre, y el alcalde en una silla, acariciándose el bigote áspero y rojo. Mamá le preguntó por qué no podía ir al pueblo, y en aquella pregunta unía dos intereses, el de mi salud y el de saber la verdad.

Simeón quiso rehuir la respuesta y dijo:

—El Gobernador me mandó buscar; pero yo no voy, doña...

Madre comprendió y resueltamente inquirió:

—¿Entonces es verdad todo?

—¿Todo?

Simeón había mirado de refilón, como persona que le molesta una duda.

—Todo éso —señalando al oriente— está prendido, dende el Bonao para acá.

—¿Pero se está peleando ya, Simeón?

—Y duro, doña. Anoche asaltaron el Cotuy.

—¿El Cotuy? —sopló mamá llena de sobresalto.

—Sí —atajó él—; pero no se apure por don Pepe, que todo el mundo lo conoce y lo respeta.

Mamá se quedó pensativa. Le llameaban los ojos y con una mano, maquinalmente, me acariciaba la pierna que la fiebre quemaba. Simeón miraba hacia la ventana con aires de persona que rumiaba un pensamiento importante.

V

Esa misma noche llegó papá. Oímos el tropel de los mulos, cuyos pasos se hicieron rápidos al sentir la cercanía del potrero, y los alegres estallidos del fueite conque Mero anunciaba la vuelta.

Papá fue a mi cuarto inmediatamente. Sonreía a toda cara; dijo que sentía cansancio y estaba lleno de lodo. Salió cargando a Pepito, para vigilar la descarga, y gritó enardecido, aturdiéndome a pesar de las paredes.

Desde mi catre seguía paso a paso la faena; por el ruido de los estribos comprendí que ya habían desensillado la Mañosa; mucho rato después oí a Mero arrear los animales. En la cocina chillaba la voz de mamá.

Papá tornó a mi cuarto. Para él era una cosa incomprensible e injusta que yo sufriera de fiebres. Me cubría la frente con su manaza, me hacía preguntas, murmuraba palabras incomprensibles. Tardó buen rato en sentarse y Pepito corrió a gavagear en sus piernas. Parloteó incansablemente, tirando de los bigotes de papá, y al fin preguntó qué le había traído. Papá llamó a voces, y cuando mamá,⁸ desteñida, lejana, apareció en la puerta, le dijo:

—En el pellón hay unas cosas para ti y los niños.

Madre, sin embargo, no fue a buscar el pellón, sino que entró al cuarto y tomó asiento en mi catre.

—¿Es cierto que ya estalló, Pepe?

Papá sonrió con malicia, mientras sujetaba a Pepito con ambas manos.

—Es tierra endiablada ésta, Ángela —dijo—. Milagrosamente he llegado hasta aquí.

Yo traté de incorporarme para ver la cara de padre, que debía estar grave, a juzgar por la voz. Un golpe de viento hizo tambalear la luz, que pareció borracha. Papá estaba oscuro, pero le brillaban los ojos con extraña fuerza.

Una voz saludó desde el comedor. La reconocimos como de Dimas y mamá salió a recibirle.

⁸ ...mamá, morada, desteñida...

Padre iba a levantarse cuando el recién llegado entró. Parecía muy contento de que papá hubiera vuelto; pero antes de hablar nada que realmente le interesase empezó a preguntar cómo estaba el camino, si había mucho lodo, si padre había venido por Bonao o por el Cotuy. Iba enredando su pensamiento entre un montón de palabras que caían de sus labios con un sonido muerto de cosas inútiles. Padre, malicioso, le dejaba hacer. Tampoco papá se traicionaba; había aprendido del campo una cosa: que la mejor tierra no se ve porque la cubre la maleza.

En esa lucha simulaban ambos su interés, cuando madre sacó la cabeza por la puerta para preguntar:

—¿Esa otra cosa que está en el pellón es tuya, Pepe?

Él contestó que sí y siguió acariciando a Pepito, mientras clavaba la mirada en Dimas.

Yo tenía unas ganas locas de saber qué era “aquella cosa”; pero hasta mi niñez estaba saturada de campo; también yo comprendía que no se debe hablar de lo que más interesa. Fue el propio papá quien llamó a madre para decirle que trajera “aquello”. Yo vi a mamá asomarse de nuevo a la puerta, con los ojos henchidos de astucia, pero padre insistió y no hubo más remedio que hacerlo.

Al retornar madre encontró que papá se había desabotonado el saco y despojado del revólver. Dimas lo tenía en las manos y lo observaba con cuidado. Padre le explicó que se lo había dado Dosilién, cierta vez que estuvo en casa arreglando los trámites para cruzar la Frontera con un contrabando de armas. Eso sucedió en Cabo Haitiano, donde yo recordaba haber visto al feroz cabecilla.

Mamá trajo un bulto negro que padre fue desenvolviendo poco a poco. Al retirar la tela dejó en descubierto un revólver oscuro, grande, que tenía reflejos indecisos a la luz de gas.

—Me ha costado cincuenta pesos —explicó a Dimas, poniéndolo en sus manos y recibiendo el otro.

Dijo que era de campana y muy seguro; pero Dimas no atendía a sus palabras. Acariciaba el revólver con los diez dedos; metía el ojo por el cañón; tentaba la empuñadura, movía los goznes. Al devolver el arma lamentó, más que dijo:

—Uno asina necesito yo, don Pepe.

Papá sonrió, no teniendo qué contestar; mamá no había hablado, aunque no dejaba de observar al viejo Dimas. Una vez que estuvo afuera, el viejo se acercó a padre y preguntó:

—¿Es verdad que está fea la cosa, don Pepe?

Quemándole con la mirada, le contestó padre:

—Más de lo que usted se cree, amigo.

El viejo se estiró hacia él; papá se remojó los labios con la lengua. Estaba negro. Se golpeó las rodillas con las manos, puso a Pepito en mi catre y empezó a contar.

— o —

El segundo día le amaneció pasada ya la Loma de las Gallinas. Había pernoctado en un bohío y con las luces de la madrugada empezó a cargar. La sabana toda, amplia y pelada, rezumaba azul claridad. El dueño del bohío le indicó el horizonte: a caballo y a pie, pero de tan menudo tamaño que parecían muñecos de cera, se adivinaban unos hombres que manchaban el amanecer.

—Son revolucionarios —dijo el campesino.

—¿Está usted seguro? —preguntó papá mordiéndose los labios.

—Sí —confirmó él—. Monsito Peña tiene todo esto alzaos.

Padre tenía entre sus ojos al país entero; conocía bien cada camino y cada dirección.

—Esos hombres van a Barbero —dijo.

El otro, sonriéndose con visible amargura, aceptó:

—Sí, a Barbero; pero no son más que un chín; ojalá no se tope con ellos.

—¿Yo?

Papá iba a vomitar alguna injuria; no lo hizo, sin embargo, sino que pensó: “aunque arda el mundo entro esta noche en el Pino”. Había visto la Mañosa, con los huesos apuntándole en el anca; sufría con el animal, y ya tan cerca del potrero nada lo detendría.

Le dejó unas monedas al hombre y montó. En el paso del primer arroyo había unos hombres regados. Las carabinas mohosas apuntando al cielo;⁹ los ojos enrojecidos por el trasnoche y el alcohol; la voz arrugada conque dieron el alto: todo indicaba que allí estaba el primer cantón de Monsito Peña.

Los revolucionarios alborotaron algo al verle llegar; él les gritó que dejaran seguir los animales, y en el tono que usó dejaba entrever a la vez una amenaza si no lo hacían y un premio si le obedecían. Los alzados le vieron meter la mano en el bolsillo y le oyeron después preguntar por Monsito. Los mulos pateaban el sucio camino arreados por Mero. Papá tiró unas cuantas monedas, y un hombre joven, seco y esquivo que le salió al encuentro, le dejó pasar mientras le cantaba al oído la voz de padre:

—¡Compren aguardiente!

Y nada más. Pero cuando hubo caminado apenas doscientas varas se le quebró encima la mañana con los ruidos retumbantes de cinco descargas. Unos cuantos rezagados encontró padre; estaban armados y reían bajo el sol. A voces sueltas supo que Monsito Peña acababa de fusilar cinco enemigos.

⁹ ...al cielo; los pardos sombreros de cana; los ojos...

Cerca ya de Jima empezó a topar palizadas caídas, ranchos que humeaban todavía, restos de animales muertos para alimentar la tropa a la carrera. Desde los montes iba ascendiendo un apelonamiento de nubes negras. Apretó el paso y llegó, con las primeras gotas, a una casa. El dueño le contó que los alzados habían asaltado el Cotuy.

En todo lo que anduvo no había visto un hombre ocupado en trabajo. Solos y silenciosos, los potreros se doblaban bajo el viento de lluvia que subía del río.

Había empezado la revuelta. ¡Revolución! Por todos los confines del Cibao rodaba un sangriento fantasma y la misma tierra olía a pólvora. Los hombres iban abandonando los bohíos a mujeres e hijos y se marchaban con la noche, o bajo la madrugada, apretando febrilmente el arma recién conseguida. Parecían ir a fiestas lejanas, a remotos convites. Respiraban una alegría feroz. Y los firmes de las lomas se iban poblando de tiros y de “quemados” en las primas noches.

Uno hubiera podido verlos pasar, fila tras fila, enfriándose en los barrancos de los ríos, quemándose en los caminos pelados, bajo el sol inclemente.

¡Revolución! ¡Revolución! Bien sabía padre cómo cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta; bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer andullos; bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que pronto ardería el maíz, cuando las bandas entraran de noche a asolarlo todo. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada.

En la parada supo que el general Fello Macario¹⁰ estaba acantonado a todo lo largo del río Jima. Desde Loma Miranda hasta Rincón, el prestigio del general Macario¹¹ era indiscutible. Padre se contaba entre sus amigos y decidió pasar. Aun no teniendo su amistad, lo hubiera hecho: a dos horas escasas estaban los potreros, el hogar, la mujer y los hijos.

Tenía ya buen rato orillando el Jima; había que cruzarlo bien abajo, porque tenía un repecho alto y duro, de brava roca, el mismo que le impedía desbocarse sobre los campos cuando crecía.

Mero fue quien le llamó la atención: había oído voces, pero tan lejanas que se confundían con el canto de la corriente. El río rebullía a sus pies. Es todavía una vena de agua rauda y limpia; salta los escalones de piedras y se cubre de blancas espumas. Un poco antes de que tomaran

¹⁰ Nazario.

¹¹ *Nazario*.

la bajada para cruzarle, un hombre oscuro, de expresión aturdida, atajó a mi padre para decirle que no pasara. Papá comprendió que tenía miedo y le invitó a seguir con él. El hombre no supo cómo darle las gracias. Montó de un salto sobre el mulo y papá le recomendó que debía apearse del otro lado, porque los animales estaban cansados. Tampoco contestó: la alegría le había roto la lengua, igual que si hubiera sido de vidrio.

Atravesaron el Jima. Entre las piedras altas y peladas que le encajonaban, disimulados por los pedruscos y las sinuosidades, estaba la vanguardia a la que el general había confiado su primer cantón. Papá fingió no haberles visto, y Mero trató de pasar como si no hubiera habido gente.

Uno, dos, tres, hasta doce revolucionarios saltaron, en alto las carabinas, gritando frases sucias. Padre tiró de las riendas. En un instante se percató de que las eminencias estaban coronadas de armas.

—¡No hay paso! —gritó alguien.

Papá simuló un asombro que no sentía; medio sonrió; sintió la sangre zumbándole en la cara; pero no dudó de que el momento se hacía duro. A pocos pasos estaba Mero, pálido de ira, rodeado por figuras estrafalarias y agresivas. Algunos animales se entretenían en morder la grama que asomaba entre las piedras.

Padre tiraba el ojo en redondo, buscando un amigo, un conocido, siquiera; y mientras tanto hablaba tonterías, procurando hacerse grato. Alguien se le acercó lentamente; al principio se veía como una masa negra y amenazante; después, al estar cerca, estalló en risas y dijo:

—¡Pero si es don Pepe, caramba...!

Y esa exclamación, que se le cayera como piedra del pecho a un hombre del montón, corriente y de dudosa estampa, decidió el asunto. Pero antes de seguir tuvo padre que tirarse de la Mañosa para beber, a pico de botella, un trago por el triunfo de la causa. Y que dejar también en el cantón de Jima algunas monedas para que aquellos infelices soportaran el frío cortante que se alzaba del río.

Una vez dejado a espaldas aquel trozo hostil del camino, los animales fueron amasando lodo denso hasta bien metida la noche. El nuevo compañero dejó su montura tan pronto dejó de oírse el griterío de los acantonados. Iba con los pantalones remangados y alzando la voz a cada dos pasos para arrear la recua y ahuyentar su miedo.

En Jumunucú se detuvo papá en una pulpería. A la escasa luz de la jumiadora había un grupo de campesinos bebidos y discutidores; hedían a tabaco y ron malo. Preguntaron algunas cosas; quisieron saber dónde estaba la revolución. Algunos cabeceaban pegados al mostrador y el pulpero se movía de un lado a otro sin decir palabra. En la frente se le leía este pensamiento: "no pagarán". Padre pidió dulces para nosotros; el grupo le invitaba a beber y no sin trabajo pudo escapar. Ya sobre su

mula, comprendió que aquellos desgraciados despedían la vida corriente: esa noche, o al amanecer, tomarían caminos extraviados para unirse a los alzados.

El paso de Jagüey quedaba cerca. Antes de llegarle había que atravesar una ceiba gigantesca que estaba atravesada en la ruta. Papá iba observando cómo una hilacha de luna¹² forcejeaba con las nubes; Mero venía tras él y cerraba la recua el desconocido que se les unió antes de cruzar el Jima.

Metiendo estaba la Mañosa sus primeras pezuñas en el agua cuando, inesperadamente, surgieron cuatro o cinco sombras del recodo. No se les distinguía; tan sólo eran sombras a la escasa luz de aquel pedacito de luna. Papá tuvo tiempo de ver que alzaban armas, que los desconocidos agitaban a la vez que gritaban atronadores altos. Padre sintió que se le quemaba el corazón. Tiró del revólver, con ánimos malsanos, precisamente al tiempo en que una de las sombras se agarraba a la rienda.

—¡Bandidos! —tronó padre.

Entonces una de las sombras gritó:

—¡Ah! ¡Es Pepe, es Pepe!

Papá sentía que se ahogaba, que se asfixiaba.

—¿Eres tú, Cún? —preguntó fuera de sí.

La voz respondió que sí. Le rodearon. Eran amigos de la ciudad, gente honesta y de trabajo a quienes el alzamiento había sorprendido en campo enemigo. Todavía recuerdo algunos nombres: Mente, Cún, Ramón.

Ya fuera del río, y mientras lamentaban el error, aquellos amigos pidieron noticias casi implorándolas. Temían a la revuelta; buscaban caminos extraviados, lo mismo que los que tomaban el monte; sólo que ellos lo hacían para huir.

Papá les explicó dónde estaban los cantones y les dijo, además que era preferible caer en las manos del general Nazario. Pero ellos no estaban dispuestos a tal cosa; sabían que era caudillo generoso y valiente; comprendían que no podían escapar a los revolucionarios si tomaban la ruta del Bonaio; pero preferían correr el riesgo de encontrar a la gente de Monsito Peña, cabecilla sanguinario y sordo al perdón, porque los cantones de éste dominaban menores distancias.

Padre comprendió que nada los detendría; entonces pensó que el compañero que traía desde Jima podría serles útil.

—Váyanse con este hombre —dijo—. Él les llevará por las lomas de Sierra Prieta; si logran atravesarlas, corten derecho y tomen el rumbo de Maimón. Es el único camino. Pudiera también suceder que ya Nazario tenga gente más arriba; pero no importa. De todos modos, insisto en brindarles mi casa...

¹² ...luna morada forcejeaba...

Pero los amigos no quisieron. Abrazaron a padre y se fueron. El guía se hubiera negado a acompañarles si aquellos hombres no hubieran tenido armas.

Se fueron. Papá los vió cruzar los escasos hilos del Jagüey y perderse en la curva. Iban como prófugos, dejando atrás sus hogares, caminando por veredas escondidas, con el corazón pendiente de cualquier ruido. Eran individuos honrados y trabajadores. El sangriento fantasma que enloquecía al Cibao les hacía semejantes a bandoleros.

Con el dolor de aquella despedida llegó padre a casa. Y todavía ese dolor le hacía sorda la voz, mientras contaba al viejo Dimas su accidentado viaje.

VI

Aunque el día amaneció nublado, con las nubes espesas y oscuras rozando las copas de los árboles y los techos de los bohíos, mucha gente conocida y desconocida estuvo visitándonos desde que las gallinas dejaron los palos.

Mero llegó antes que el sol, tomó una botella de creolina en el comedor, charló algo con madre, buscó un poco de cal en el almacén, y se fué a los potreros a curar dos mulos que se estropearon en el viaje.

Mero vivía en Pino Arriba y a lo que parece no tenía padre ni madre, porque nunca le oí hablar de ellos. Se había echado novia, y las primas noches le encontraban sentado en el bohío de ella, silencioso, mirándola con actitud tímida.

Él era persona moza, de pocas líneas y carne indecisa. Parecía que todas las palabras habían muerto sobre sus labios; y que todas las luces nacían en sus ojos. Medio mulato, alto de pómulos, trabajador y sufrido, no tenía estampa fija ni se sabía a ciencia cierta en qué acabaría. Entró al servicio de papá en Río Verde, se le acomodó en el corazón porque no contestaba a sus regaños, porque era honrado y porque como no hablaba, no ofendía. Madre le quería mucho, y siempre encontraba corto el café para guardarle su tacita.

Ni en Río Verde ni en El Pino vivía en casa; allá tenía la suya y al mudarnos encontró bohío en Pino Arriba. Se retiraba cuando nos sentía con sueño y volvía antes de que despertáramos del todo.

Alguna que otra vez hablaba de su hermana, mujer a la que parecía profesar un cariño limpio. Ella tenía unos hijos que él llamaba “mis sobrinos del diablo”; y cuando la ocasión le ponía frente a una recua que debía pasar por Río Verde, amarraba algunos “clavaos” en un pañuelo y se los enviaba a los muchachos “para que compraran dulces”.



Papá conversaba con Simeón, que entre palabras se ponía en pie para recomendar a mamá cómo había de hacer la tisana que me curaría las calenturas. A mi padre le tenía disgustado el estado de alarma y de

desórden que se había producido, y lamentaba sobre todo el reclutamiento de los hijos de Dimas.

Ellos no eran asiduos de casa; pero trabajaron con padre, uno viajando con la recua; y en ocasiones los dos, cuando padre contrató cierta venta de troncos de roble y los utilizó para que ellos los cortaran y los sacaran al camino; y cuando había que preparar las cargas de andullos o frijoles, en vísperas de salidas.

Aquellos muchachos gozaban fama de serios y de trabajadores. Ambos eran blancos, ligeramente curtidos por el sol; ambos finos, respetuosos, bien criados. No nos visitaban con frecuencia, porque estaban en edad de hacerles ruedas a faldas jóvenes y libres; y por eso se les encontraba en los campos distantes, en las galleras o en las fiestas; de noche, sobre todo, se mantenían en velaciones lejanas. Dimas estaba muy orgulloso de ellos, aunque era discreto al alabarlos.

Padre le estaba explicando a Simeón algo relacionado con ellos cuando se asomó por el patio la vieja Carmita. Estuvo callada mientras padre no la saludó; después preguntó si no había visto a sus hijos. De seguro que papá mentía al decirle que sí; y ella lo notó porque aunque se despidió con ánimos de irse, se mantuvo rondando por la cocina alrededor de mamá, como quien busca un consuelo que no quiere pedir.

Probablemente papá estaba enterado de todas las nuevas del lugar; se las contaría mamá en la noche. Quizá por eso habíamos estado oyendo hasta bastante tarde el ruido peculiar del fósforo cuando se enciende, señal de que estaba insomne y fumaba.

Yo estaba extenuado por la fiebre del día anterior; sentía una flacura interior, algo que me desteñía los colores y me invitaba a un sueño intenso. El frío me nacía en los propios huesos, se me adueñaba de la carne, me martirizaba.

Papá y Simeón seguían comentando sus asuntos; de rato en rato se levantaban, estrechaban manos anónimas, hablaban en alta voz. Pero de improviso padre gritó, notándosele el asombro:

—¿José Veras? ¡Caramba!

¡Estaba en casa José Veras! Salí corriendo, lleno de un impulso estúpido, tropecé con una silla, oí a mamá clamar que me haría daño, y me lancé¹³ sobre aquel hombre a quien quería entrañablemente. Él me recibió en el pecho, me apretó, me tentó con sus manos duras y me sostuvo cargado con un brazo mientras echaba el otro en el hombro de padre.



¹³ ...lancé a los brazos de aquel...

¡José Veras! Ladrón, haragán, valiente, simpático, dueño de una vida aventurera y atrayente, recalaba en casa después de algunos meses de ausencia. Se había criado en Río Verde y veneraba a mi abuelo.

Era cuellicorto y cabezón. Tenía bigote copioso, frente estrecha, espesas cejas, la mirada afilada y la boca siempre rota en risas. A veces resultaba pendenciero, si amanecía con la sangre gorda; pero los que le conocían no se le atravesaban porque a José Veras le pesaba el ruedo de los pantalones.

Nunca trabajaba y robaba a plena luz. Sin embargo, la propiedad del amigo no tenía mejor celador que él, ni su familia más abnegado enfermero cuando hacía falta; ni río botado ni tiempo de agua ni revoluciones le paraban cuando andaba en diligencias de gente de su querer.

Al parecer abusaba de su fama, y en el juego engañaba miserablemente a los demás o pedía lo que él sabía que nadie le negaba. Es el caso que vivía y que no doblaba el lomo. A veces desaparecía y averiguábamos que estaba en la cárcel, ya porque hubiera vendido un novillo ageno, ya porque hubiera tendido a alguien en pleno camino, con las tripas afuera.

Tenía el cuerpo bien medido y musculoso, tanto que parecía un saco lleno de piedras. Vestía traje gris; estaba descalzo y usaba sombrero de fieltro verde, medio raído y con lamparones de sudor y polvo. Comenzó a charlar de muchas cosas, vigilado por la mirada astuta del alcalde.

Se fué largo rato después, dejándome acostado; él mismo me llevó al catre y me recomendó que me cuidara. Volvió en la tarde, cuando hubo encontrado acomodo en un bohío desvencijado que estaba al otro lado del Yaquecillo. Las yaguas calcinadas se le caían a pedazos y el viento cantaba con ronca voz entre sus rendijas. Todos decían que en aquel bohío salían muertos. La vegetación que le rodeaba era greñuda, llena de mayas, pajonales y bejucos; éstos gateaban por las esquinas del bohío y rompían en verdor sobre el techo. En el Pino nadie se hubiera arriesgado a dormir en él; y cuando mamá le preguntó cómo se atrevía a hacerlo, le contestó José Veras que para los muertos tenía su oración y para los vivos su revólver. Entre risas dijo más tarde que el bohío le gustaba porque nadie le pedía cuentas si le arrancaba las tablas para hacer su "candelazo" en las noches de frío.

VII

La vida del campo estaba suspensa para todo aquello que no fuera revolución. En las tertulias de casa se contaban historias de sangre; se hablaba de tal pleito de las bajas que hubo en tal lugar. Cada día aparecían noticias nuevas que nadie sabía de donde procedían, puesto que ninguno de los contertulios salía del Pino. Se decía que las tropas pasaban de noche, y alguien aseguraba que sentía los pasos de las monturas.

Papá era o crédulo o muy incrédulo. Sus simpatías etaban con los alzados, quizá porque era amigo del General Fello Nazario, quizá porque el gobierno había reclutado a los hijos de Dimas, cuyo dolor, manifiesto perennemente, aunque lo disimulara, indignaban a quienes le querían.

La amenaza de la revolución paralizaba las vidas. A cada momento se la creía ver aparecer por el recodo de la Encrucijada, arrasándolo todo.

Sin embargo, la tal amenaza no podía matar el deseo de diversiones. A pesar de que a cada amanecer faltaba alguna cabeza de hombre en algún bohío, porque en la noche tomó el camino de los cantones; a pesar de que nadie sabía qué cosa desagradable le aguardaba la revuelta; a pesar de que nadie sabía cuándo podía aparecer, la gente se preparaba a bailar.

Desde muchas noches antes a la del sábado se oía retumbar la tambora por los lados de Jaguey Adentro. Eran ruidos sordos, epilécticos, con ritmo de tiroteo lejano. Los hombres ensayaban merengues; y cuando la brisa venía del este, llegaba hasta nosotros claramente la voz desgarrada del acordeón.

El entusiasmo iba cundiendo en los campos vecinos. Desde la tambora parecía irse desprendiendo un calor que emborrachaba. En la noche trepidaban las sombras bajo el convite apremiante de aquella tambora.

Simeón habló con papá para que pusiera cantina en Jaguey Adentro; pero padre le contestó que él no contribuía para esas cosas, cuyo final era siempre sangriento. Él sabía bien cómo va levantando el ánimo la copa apurada sin medida, cómo enardece la música ardiente del acordeón. En toda fiesta flota un vaho viril y cruel, un olor confuso de sudor y de

mulo caminado, una pestilencia de pólvora, que acaba poseyendo a los hombres y termina en chorros de sangre.

El baile debía ser el sábado en la noche; sin embargo, desde antes del atardecer empezaron a cruzar por el camino incontadas mujeres. No se sabía de dónde salían tantas. Unas tenían color de cacao seco; otras eran blancas, con la sangre apretada en las mejillas; otras parecían negras de tan oscuras. Todas llevaban trajes anchos, de colores chillones; todas movían las caderas con vaivenes de hamacas y todas tenían ojos encendidos, como fogones en las medias noches. En los moños altos y copiosos lucían su gracia los claveles reventones y las tímidas rosas.

Pasaban también hombres, agrupados, en caballos, a pie, bien trajeados, descalzos; individuos de todas las razas y de todas composturas. Venían vociferando, reían, charlaban y bebían a pico de botella.

Papá y yo estábamos en el camino real, junto al portón. Veíamos aquel desfile abigarrado que padre comentaba con palabras despectivas. La tarde se arrimaba también hacia allá, hacia Jaguey Adentro; parecía ir cruzando el cielo en amplios pincelazos de luz morada. Oíamos claramente la tambora con su ruido esquivo, velóz, desesperante. Por el camino, con la cabeza gacha, venía Dimas; traía las manos a la espalda y parecía no querer andar.

En eso oímos tiros. Sí; eran tiros. Seis, siete. Sonaron claramente, por encima del sordo rugido de la tambora.

Dimas se detuvo. Nos miró con ojos desolados y absurdos. Estaba ya cerca de casa y corrió.

—¡La revolución, la revolución...! —roncaba.

Pero no era la revolución. Vimos un hombre que venía, desde la Encrucijada, en nuestra dirección. Corría alocado; se detenía de pronto, disparaba y tornaba a huir.

—¡Es José Veras! —gritó papá.

Sí; José Veras. Se le veía como una mancha gris, atareado en cargar el arma humeante. Cerca, cerca, tirándole los cascos de las monturas sobre las espaldas, le seguían cuatro nombres. Traían los sables en alto y se inclinaban hacia el camino.

Yo estaba asustado. Mamá y Pepito corrieron al portal boquiabiertos. Papá los atajó; los empujaba con las manos, con las palabras. Se metió en el almacén a todo correr. Cuando salió de nuevo, con el revólver oscuro en la mano, acababa de caer José Veras.

Los perseguidores saltaron sobre él en desorden. Vimos claramente el chorro de sangre que le nació en el pescuezo. Pero aun así, en el suelo, disparó dos veces.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! —tronó papá.

Y haló el gatillo tres, cuatro veces. Dimas corrió sobre el grupo; llevaba en alto su cuchillo.

Los caballos se arremolinaron junto al cuerpo herido de José Veras. Aquello parecía una mancha confusa, medio perdida en el atardecer. También papá corría, gritando insultos. Pero los desconocidos lograron montar.

Nos ahogaba el sobresalto, mientras el camino real se alejaba tras los cascos de aquellos cuatro caballos veloces.



Toda la gente del baile se desbocó en el patio de casa. Venían agrupadas como hormigas; una algarabía terrible se alzaba de aquel montón inquieto que gritaba y gesticulaba.

Tenían al herido tendido con la cabeza sobre la calzadita que llevaba a la cocina. Un machetazo cruel, que desde la oreja derecha hasta casi la mitad del cuello le había tumbado buen trozo de carne, había abierto salida a la sangre abundante de José Veras. La tierra mojada y negra se la iba chupando con avidez. Las mujeres y los hombres se inclinaban con miradas tímidas y asustadas sobre el herido.

A medida que pasaba el tiempo se agrandaba el grupo. Simeón escupía indecencias, mientras caminaba de un lado a otro con el entrecejo arrugado. No comprendía que se pudiera herir tan cobardemente a un hombre.

Sólo José Veras parecía tranquilo: ojeaba al grupo y trataba de sonreír; pero a cada esfuerzo le borbotaba la sangre por la herida. Tenía ya el pecho y los hombros rojos.

La vieja Carmita había venido también entre los curiosos; se alejó de todos, se dobló cerca de la alambreada y escogió algunas yerbas. Pidió después permiso a mamá para majarlas en la cocina. Pero ni madre, ni padre, ni nosotros ni nadie sabía que convenía hacer. Todo el mundo se movía de un lado a otro, protestando y asqueado del suceso; aquella masa confusa sólo sabía moverse en círculos sobre José Veras.

Carmita pedía una aguja con hilo y papel de estraza. Habló con Simeón. Dimas daba voces, queriendo pasar.

La vieja se inclinó junto a la cabeza del herido. Él quiso moverse para verla; la sangre le salió entonces a caños, ensuciando la falda morada de Carmita.

Estése quieto, compadre, que vamos a coserlo —recomendó el alcalde.

Él movió los párpados, aprobando. La vieja le llenó el hueco de carne viva con las yerbas mojadas, metió también papel de estraza y comenzó a coser la despiadada cortadura.

Todo el mundo trató de no ver. Sólo una mujer joven, de encendida color, dejó los ojos fijos en José, mordiéndose los labios.

Oyéndoselo contar a la gente supimos que José estaba jugando con unos hombres que decían ser del Bonaio, pero a quienes se sospechaba como procedentes del Cantón de Jima. Hizo trampas para quedarse con una onza; se la reclamaron, se negó a devolverla, y acaeció la tragedia.

Papá ordenó que le arreglaran con sacos viejos y aparejos una cama en el almacén. Simeón se le acercó para preguntarle quién era su agresor. Desde el suelo, apuntándole una sonrisa bellaca en la boca descolorida, respondió José Veras:

—Esas son cuentas mías, compadre...

La vieja Carmita explicaba a un grupo de mujeres:

—Ese no se muere... Yerba mala...

Los hombres buscaban, con justo disimulo, la dirección de la gallera.

VIII

Un día amaneció el Pino en revuelos, pues se aseguraba que la columna revolucionaria llegaba de un momento a otro. La gente correteaba por el camino, dando voces y arreando los cerdos y los becerros. Ladraban los perros y los hombres se manguaban, se acercaban, se cuchicheaban y guiñaban los ojos.

En realidad, lo que había sucedido era que media docena de alzados apostados en Jima se hicieron de caballos y llegaron hasta Jumunucú para comprar ron. En la pulpería bebieron de lo lindo y estando en calor se les ocurrió disparar los revólveres. Uno de los vecinos, cuando la noche se cerró silenciosa sobre los tiros, salió cautelosamente, cruzó unos cuantos guayabales y llegó al bohío más cercano.

—Por ahí vienen ya —dijo.

En ese bohío se alarmó la gente, y corrieron donde unos primos que tenían cerca de Jagüey.

—Por ahí viene la revolución —dijeron.

Uno de los muchachos, que oyó la voz y creía que amanecía, se echó afuera, cruzó el río y llegó hasta la casa de la vieja Carmita. Le aseguró que la columna estaba casi entrando al Pino y hasta le juró que sus hijos venían con ella. La vieja Carmita tocó en las puertas de todos los bohíos cercanos, alborotó a los hombres, y en la madrugada estaba El Pino entero sobresaltado, esperando oír de momento la corneta que anunciara la llegada.

José Veras, que estaba bastante aliviado de su herida, pedía que le dejaran salir o, por lo menos, asomarse a la puerta, porque quería ver si entre los que llegaban estaban sus heridores.

El frío apretaba, aunque estaba despejado el cielo. José Veras se había recetado a sí mismo resina de amacey, y tenía el cuello rojo, morado casi. Me tenía consigo cuando las fiebres me permitían levantarme; me hacía preguntas y cuentos. El día del revuelo en el Pino estuvo nervioso; pero a medida que se acercaba la noche, como viera que se trataba de alarmas falsas, se le fueron haciendo mustios los ojos, como las flores castigadas por el sol de medio día.

En la tarde, mientras la gente todavía se removía de arriba abajo y en la cocina se hacían vaticinios y se adelantaban conceptos, José Veras desenredó sus mejores voces para contarme una historia. La luz del atardecer persistía temblona en las rendijas. Él, con los pies cogidos, de nalgas en su camastro, la mirada infantil y alegre, entretenía mi impaciencia.

—... Bueno... “Pata e Cajón” estaba aquí, un ejemplo, y estaba en La Vega. Andaba con un saco más grande que una casa y ahí diba metiendo cuanto muchacho topaba. Una vez nos llamó el gobernador a cinco presos, que estábamos en la cárcel por desgracias que le pasan a uno, y nos dijo: “Ya Pata e Cajón” está haciendo mucho daño; yo los suelto a todos ustedes si me lo consiguen...”

Salieron los cinco presos; cada uno tomó caminos distintos, hacia los pasos de los ríos, porque “Pata e Cajón” tenía la propiedad de aparecer en varios sitios a un mismo tiempo. Casi nadie le había visto; pero se dió el caso de desaparecer cuatro niños a la vez, en lugares distintos, y en todos habían encontrado las huellas cuadradas, increíblemente grandes, del fantasma.

Uno o dos viejos aseguraban haberlo topado, ambos de noche. Era, según aseguraban, hombre bajito, que podía crecer o hacerse como una hormiga, de acuerdo con sus deseos. Se rumoraba que había venido de Haití y que tenía panales de avispas en las barbas, blancas, espesas y largas.

Mas de un mes estuvieron los presos acechando a “Pata e Cajón”. Una noche, pasada ya la media, José Veras, que cuidaba el paso de Pontón, vio bajar por los cerros de Terrero dos hachos de cuaba, grandes como pinos nuevos. José no era hombre capáz de sentir miedo; pero era tan impresionante el sordo ruido de pedregones desprendidos que salía de los cerros, y tan azul y extraña la lumbre que despedían aquellos hachos, que José se hincó, rezó un padre nuestro y dos salves y sintió no tener vela para alumbrarse el camino de los cielos.

Por la sabana de Pontón, tostada, amplia, llana como palma de mano y despoblada, empezó a cruzar una gigantesca figura que se envolvía en la sombra, a pesar de los hachos que la precedían. Los tales hachos caminaban solos con pasmosa serenidad, igual que si la mano del diablo los sujetara.

Ya estaba cerca la aparición. José pudo distinguir el tamaño de los pies, diformes, cuadrados y grandes como cajas de mercancías. Sobre ellos se alzaba la figura dudosa que él estaba en la obligación de apresar.

José se había metido entre las mayas que orillaban la sabana; miraba con ojos enloquecidos de pavor y sentía ganas de correr, de hacerse ligera guinea entre aquellos pajonales pardos, enrojecidos por la lumbre de los hachos.

Recordó la misión que le habían confiado; pensó en los niños que desaparecerían esa noche. Se sintió heroico y comprometido, ya no dudó y desenfundó el revólver.

Pero los tiros no salieron. José Veras sudó frío. El fantasma caminaba sobre él, así, volando, volando. se aterrorizó hasta los mismos huesos y lanzó un grito terrible. Después... No supo más. Los vividores del lugar le encontraron, a la mañana siguiente, tendido de cara al cielo, apretando el revólver con mano agarrutada.

—Asina —terminó— puede jurar que lo vido, como se lo estoy contando...

Se apretó más los brazos contra los pies. Una tristeza absurda le poblaba de pena el rostro.

—Hace ya mucho tiempo que “Pata e Cajón” no sale —explicó—. Me dijeron que se fue otra vez para Haití.

Parecía lamentar en su interior la ausencia del fantasma, mientras manoteaba matando los mosquitos que se le asentaban en las piernas. Yo me sentía debilucho.

Y me levanté para dejar a la jumiadora que se adueñara del vasto almacén: sobre el techo de zinc se iba haciendo gruesa la noche picada de estrellas.



Enfermo estaba yo, con una fiebre que me hacía arder la sangre, cuando recibimos las primeras noticias seguras. Se sabía sin lugar a dudas que llegarían en la tarde y además que las avanzadas del gobierno se replegaban con precipitación hacia el pueblo, porque una columna de la revolución había atacado por la espalda.

El camino parecía un hormiguero y en todas las caras había risas insolentes. Desde que el sol dejó su inclemencia, empezó la gente a apostarse en las palizadas. José quería levantarse; pero una llovizna menuda empezó a salpicar los campos y se fue haciendo gruesa. El viento sin ley de las lomas la tornó chubasco; sin embargo los hombres no se iban.

En casa se trajinaba como nunca y padre hizo ensillar la Mañosa para que Mero fuera a toda carrera hasta Pedregal y comprara algunas medias botellas de ron en la pulpería que vegetaba allí.

Entrando ya la noche oí el rumor vago, confuso y atronador, que iba creciendo rápidamente. Pepito estaba a mi lado, temblando de frío, hecho un manojo de nervios. Sentíamos igual que si un río salido de madre se hubiera adueñado del camino real y corriera arrasando con bohíos, con árboles, con piedras. Algunos disparos sueltos cantaron en el anochecer; se distinguían gritos roncós, voces ardidas, palabras desnudas. Papá caminaba a grandes trancos¹⁴ de una habitación a otra.

¹⁴ ...trancazos...

Al amparo de las sombras, que se metían apelotonadas en la casa; salté del catre y me fui al almacén. Me sentía exhausto y crecido a un tiempo. José Veras entreabrió una puerta; veíamos el agua gotear por las arrugas del zinc.

—Ese es Fello Macario —dijo él.

Señalaba al primero, ginete elegante, de pecho salido, que montaba un nervioso y bien parado caballo rocillo. Tenía la piel oscuro y llevaba sombrero de Panamá. No se le veía arma. Vestía saco achocolatado y pantalones azules y estrechos, cubiertos de rodilla abajo por negras polainas. A medida que se acercaba se distinguía mejor el rostro viril del general. Se adornaba el labio superior con bien hecho bigote; usaba pañuelo de seda arrollado al cuello. Miraba por encima de los hombros, sereno, arrogante, seguro, como hombre acostumbrado al mando.

Su caballo era también de jefe. Marchoso, embarbado, brioso y alto; no movía la cola y pisaba como si temiera hacerle daño a la tierra.

Tras el general se adivinaba un hormigueo de hombres montados y a pie. A su lado venía un negro bajito, ginete en alazano pequeño; tenía la corneta terciada sobre el amplio pecho.

De la columna, que caminaba torciéndose, moviéndose, ladeándose, se elevaba un vasto rumor de conversaciones alegres; alguna que otra voz se alzaba en gritos; muy atrás se adivinaba otro grupo, medio ahogado en la neclia llovizna.

José Veras estaba nervioso y ardía en deseos de tirarse al camino; le bailaban los ojos; se mordía las rabizas del bigote, palidecía... Yo me sentía colmado de entusiasmos, enamorado de la postura elegante, viril y simpática de aquel general legendario, de quien se contaban cien generosidades, mil hazañas y no sé cuantos gestos de valor. Se decía que en todo el Cibao no encontraba compañero en la seguridad de su muñeca; que no perdía tiro; corría de boca en boca la historia de que cierta vez, en la fiebre del combate metió su caballo en la montonera enemiga para arrancarle a una rumba de muertos el cadáver de un compadre; que se lo echó por delante y que retornó a su tropa al tren picado de su montura, sin apresurarla, sin disparar y sin volver el rostro.¹⁵

¹⁵ ...el rostro. Decían también que él solo, por la única fuerza de su hombría recorrió en una noche las lomas que circundan al Bonao y amaneció al otro día con una tropa formidable que se metía al poblado para obligar a la gente del gobierno a que dejaran en libertad una mujer que mató heroicamente al asesino de su padre; y que no pudiendo conseguir la libertad de aquellos comandantes estúpidos y crueles, entró solo hasta las mismas puertas de la Comandancia de Armas, desenfundó el revolver y dijo estas palabras terribles en un hombre de su medida: "O la sueltan ahora mismo o me pego un tiro aquí, sin moverme de este caballo. Si mi gente saben que he muerto, arrazarán el Bonao entero y no quedará piedra sobre piedra" Retornó con la muchacha montada y él a pié y como su gente,

Cincuenta merengues cantaban las hazañas del general Fello Macario; y yo lo tenía ahora al alcance de mi vista, y sentía que una felicidad ardiente y desconocida descendía sobre mí. Pero cuando ví que, ya casi frente a casa, el general dirigía su montura hacia el portal, y sentí que papá salía a recibirle, dejé la rendija y corrí a mi catre.

Oí el saludo cordial de mi padre; oí la voz del recién llegado, autoritaria, salida a borbotones, como las burbujas de la botella metida en el río; oí la voz alegre de mamá dándole la bienvenida y oí las pisadas del rocillo en el patio.

Pepito corrió al comedor y subió a la ventana. Volvió inmediatamente a decirme que había muchos, muchísimos caballos en el portal, tratando de entrar, pero que el general lo había prohibido.

Las pisadas de las bestias, frente a la casa, en el trocito de camino que se nos echaba delante como perro sato; las voces aguardentosas de los revolucionarios; el tintineo de los estribos y los frenos, cuando los animales pretendían sacudirse la llovizna de encima: todo aquel clamor ronco, nuevo y vertiginoso, penetraba en mi habitación, cabeceaba contra las paredes y me golpeaba en las sienes.

A poco sentí pisadas recias en el comedor y sonido de espuelas. La voz de Fello Macario, baja y mandona, colmó la casa. Estuvo largo rato hablando con padre y me dí cuenta perfecta de cuándo llegó Mero con el ron y cómo chasqueó los labios el visitante, indicando que le había gustado. Después se pusieron en pie y creí que él se iría; pero las pisadas se acercaron e irrumpieron en mi habitación. Mamá les seguía con luz. A su gracia pude verle mejor.

Era de expresión adusta, cerrada, imponente. La nariz afilada y la boca prieta, la barbilla pronunciada y el entrecejo encogido le hacían difícil a las intimidaciones. Sus ojos pardos, manchados de rojo, se movían con impresionante pesadez, igual que si estuvieran metidos en barro. Tenía la quijada sólida y la cabeza pequeña, con el pelo cortado a rape y jaspeado por puntos de canas. Estuvo sentado en una silla serrana, junto a mi catre; me pasó varias veces la mano por la cara, al descuido, mientras contestaba las preguntas de papá. Al descuido también pareció tentarme por el pescuezo, con el dorso oscuro.

—Este muchacho se está quemando, Pepe —dijo.

—Unas calenturas... —comentó mamá.

—Yo lo voy a curar de una vez —aseguró.

A la sonrisa de duda que se descosió en el rostro de mi padre, respondió él con otra de sapiencia. Se desabotonó el saco, sacó del cinturón un

enardecida, quisiera pleito, la dispersó a tiros limpios y se metió en su casa como si volviera de la pulpería de la esquina.

Cincuenta...

hermoso puñal que tenía el mango negro y adornado en plata, buscó a tientas una cápsula y lentamente, como hombre que de nadie depende, comenzó a desplomar la munición. Logró sacar el cascarón, no sin algún trabajo, y había vaciado la pólvora en su mano zurda cuando retornó mamá trayendo el ron. Él se bebió un trago, sin asquearse, igual que quien bebe agua, echó la pólvora en el resto y me tendió el brazo. Papá gritó que no me diera tal bebida, pero él le contestó, sonreído, que “ésa era la medicina de los hombres”. Sujeté asustado el vaso, tragué el ron y sentí que un candelazo me abrasaba la garganta.

Fello Macario me miraba con sus ojos pardos, pesados e impresionantes. Las lágrimas me saltaban de los ojos y entre ellas veía la expresión apesadumbrada de mi padre, cuya abstinencia era irreductible. De pronto pareció recordarse de algo, le dijo al general que esperara y salió.

El general no habló palabra, como tampoco mamá, mientras papá estuvo afuera. Él parecía estar jugando con algún pensamiento y yo atendía a las voces de Pepito, que se elevaban entusiastas y agudas en el patio.

Padre entró con el revólver de Dosilién en la mano.

—Quiero dejarle ésto de recuerdo, ya que ha honrado mi casa —explicó tendiéndole el arma a Fello Macario. —¿Sabe usted a quién perteneció ésto?

El general movía la cabeza a un lado y a otro, indicando que no. Al fin, a la sonrisilla pedante de papá, respondió:

—Ni lo supongo.

Papá acarició con visible satisfacción el revolver.

—A Dosilién... —dijo al rato.

Macario se meció hacia adelante:

—¿A Dosilién? —preguntó asombrado.

Papá afirmó con gestos. Afuera engrosaba el ruido. Siempre me seguía pareciendo a un río que arrastraba espeques, alambres, hombres, árboles. Pepito vino corriendo a decir no sé qué cosa al oído de mamá, y ella salió apresurada. Fello Macario escuchaba atentamente a papá. Cuando él terminó aventuró:

—Me habían dicho que estaba compuesto.

—Sí, —aseguró papá—; está compuesto. No hay bala que lo corte, mientras usted lo tenga encima.

El general sonreía satisfecho.

—Usted no sabe lo que le agradezco este regalo, Pepe —dijo poniéndose en pie.

Caminó dos pasos, con igual torpeza que si estuviera aprendiendo a moverse sobre la tierra, despojado de su caballo. Se acercó a mí, y con una ternura que me abrumaba empezó a peinar-me la cara con su mano áspera. Alta la cabeza, mirando lejos, dijo:

—Pepe, acuérdesse de que arriba y abajo, en gobierno o en revolución, el general Fello Macario es su amigo.

Había hablado con voz entrecortada. Al salir se le regó la luz en la espalda. Era, efectivamente, un bello ejemplar de mulato. Ya en la puerta se volvió en un movimiento lento, señaló al oeste y recomendó:

—Ahí en Pedregal voy a dejar un cantón; cuídeme esos muchachos como si fueran suyos, Pepe.

—La gente que anda con usted —respondió papá notándosele la emoción— es gente que manda en esta casa, general.

Se fueron. Por las otras habitaciones iban sonando sus pisadas, acompañadas de ruidos de espuelas. Y las espuelas eran de plata, si yo no había visto mal.

IX

Una semana después había renacido la paz en el lugar. El sol rubio, retozón y malcriado, llenaba de oro los pardos caminos del campo. Mero iba y venía sin cesar; sacaba los mulos, los peinaba, les curaba las mataduras y les revisaba las patas; recosía aparejos maltrechos, serones rotos; se pasaba horas enteras retejiendo sogas desflecadas. A menudo iba Carmita para cambiarle la resina de amacey a José Veras, hablaba poco o no hablaba y rara vez se refería a sus hijos, lamentando no haberles visto cuando la revolución pasó. José le explicaba que ellos estarían en otros sitios, “porque la guerra era muy grande, y había mucha gente en el monte”.

José se arriesgaba a salir y se metía en la cocina bien de mañana, para hacer rabiar a mamá con su descuido o para contarme cuentos en los que no faltaba un muerto que ora galopaba en las ancas de su caballo hasta derrengarlo en cualquier recodo del camino lleno de tinta, ora le mandaba buscar una botija repleta de onzas, ora le pedía que le rezara para sacarle de penas.

El viejo Dimas silenciaba y la mayor parte del día la pasaba apretándose la frente con la mano corta y recia. Nadie le traía noticias de sus hijos y a ratos sólo sabíamos cosas desagradables para el gobierno, en cuyas filas estaban.

—En estos días —rezongaba a menudo— no hay que pensar en trabajo. Todito lo echan a perder estas condenadas revoluciones.

Apenas venían campesinos a casa; alguno se aparecía, de tarde en tarde, con un mísero andullo, o con dos cajones de maíz. Papá se quejaba del mal tiempo, aunque entre días se le oyera decir que, a pesar de todo, la vida iba adelante.

Y así era... Con algunos empujones, es cierto; pero la vida iba adelante. Podíamos compararla con las aguas escasas y pestilentes del Yaquecillo: cuando le lloviera en las lomas bajaría impetuoso, alzándose hasta lo más alto de sus raquílicas barrancas.

El jefe del cantón de Pedregal se presentaba temprano en busca de su café, volvía a medio día a comer y retornaba en la noche para tertuliar y echar un trago, si aparecía.

Era aquél un tipo pintoresco, negro, rechoncho, de mirada viváz y alegre decir. Resultaba gracioso y simpático con nosotros, a quienes miraba como personas superiores; pero hombre que le cayera bajo la voz de mando, era hombre perdido. Le chillaban las palabras de una manera atroz, y si contaba un hecho de armas en el que había actuado, anulaba a cuantos intervinieron en él para crecerse de modo desaforado. Él había mandado el fuego, y repartido la guerrilla; y fué él quien, en tal pleito, le tumbó la cabeza de un machetazo al general tal; y él quien hizo prisionero a aquel otro general; y él quien, cuando tal pleito estaba perdido, se apareció con seis hombres y un corneta y a toque de avance y descarga cerrada, salvó la situación.

Era de verle cómo saltaba y removía los brazos, y cómo se le incendiaban los ojos, y cómo se doblaba e imitaba la corneta con la voz y los tiros con un ruido seco de la garganta. Era un remolino vivo y no cabía en espacio alguno, por ancho que fuera, cuando contaba lo que él llamaba “un sucedido”.

Se mantenía cargado de armas. Tenía un sable terciado, sujeto a la cintura por una cinta ancha y tricolor; dos revólveres, el uno cacha negra y el otro nacarado; usaba un puñal largo y agudo, que llevaba envainado a la espalda, con el mango vuelto hacia el lado derecho. Del hombro izquierdo hasta la cadera del otro lado le pendía una cartuchera cuajada de municiones y otra se le enroscaba en la cintura, sobre la guayabera de fuerte-azul. A todos les resultaba chocante, y José aseguraba que los hombres así no salían guapos, pero que aquel “diache” comía balas. Para mí era un mortificante problema pensar cómo se hacía para dormir tan repleto de hierros peligrosos.

En las tertulias de la cocina y por los labios de aquel hombre desfilaron todos los generales habidos y por haber. Contando los pleitos en que había figurado, resultaba que había recibido su bautismo de fuego por lo menos veinte años antes de nacer. Él mismo no recordaba de adónde era, y unas veces decía que había nacido en Piedra Blanca, otras que en Santiago, otras que en la Línea.

Algunas noches se ponía a detallar por qué sitios estaba triunfante la revolución, cuáles eran los lugares por los que el gobierno podía recibir refuerzos. Papá dedujo por esas conversaciones que la gente que estaba en el pueblo se veía apretada y que nada más por la línea férrea mantenía contacto con el gobierno. Con un candor infantil dibujaba planos en el suelo, utilizando astillas o el cuchillo de Simeón.

—Aquí está tal tropa —decía señalando el lugar en la tierra—; y aquí tal estación y el general Fulano está acantonado allí.

El negro se sujetaba la mejilla, miraba y comentaba, muy serio:

—Ajá, ajá...

Una vez papá aseguró que si él estuviera en el pellejo del general Fello Macario, ganaría la revolución con un solo encuentro.

—Yo... —explicaba— corto por Pedregal o por los Magueyes, hago que algunas guerrillas tiroteen el pueblo por la entrada de Pontón y cuando me están esperando les salgo en la misma vía férrea, cortándoles las comunicaciones.

—Bueno, don Pepe —observaba José Veras—; pero usted no cuenta conque ellos tienen todo el pueblo y para mover tropas lo hacen corriendito. Continúas que si se tiran con la guerrilla y se afloja, se meten por este camino hasta el mismo Bonaó, y le alborotan el gallinero al general.

Padre le miraba pesadamente, obligado a callar, porque por boca de José Veras hablaba la verdad aplastante del hombre que no ha teorizado en su vida, sino que ha actuado siempre.

—Lo que pasa —terciaba el negro—, es que en el pueblo hay balas y soldados de a verdad. Correteando de arriba abajo no se ganan pleitos, don Pepe, sino metiéndose entre la candela.

Inmediatamente comenzaba a contar una acción en la que él había intervenido. El general decía que así y él que así; discutieron, por poco si se matan en el calor de la disputa; pero cuando hubo que atacar, se hizo como él dijo y se triunfó.

—Ahora tan murmurando —soplaba Simeón— que esperan refuerzos y que tal vez le traigan hasta unos cañoncitos...

El negro alzaba los ojos asombrado. Absorta en su oficio, mamá acechaba el glu-glu del agua que estaba en el fogón.

—o—

A medida que fue tomando confianza, el jefe del cantón se fue apareciendo acompañado. Los que con más frecuencia iban eran un hombrecito descolorido, con sólo la piel sobre los huesos, silencioso, de modales lentos, cabellos muertos y negros y ojos de matón; y un mulatazo enorme, que casi no cabía por la cocina, dulce al hablar, al moverse, al mirar. En su cuerpo todo era flojo y caminaba como persona con sueño. Otros muchos se turnaban en las visitas; pero no eran asiduos. José los interrogaba a todos y como al descuido preguntaba por gentes del Bonaó. Bien se veía que vivía alimentando el deseo de vengarse. Dimas se interesaba por noticias que vinieran del pueblo, deseoso de que alguien le dijera un día que sus hijos estaban sanos y salvos. Generalmente se mantenía exprimido, como las guayabas que el mulo pisa en los caminos; tenía los párpados amoratados y la lengua pesada para la conversación.

Sabíamos que la revolución no acometía de manera resuelta, y hasta el negro se quejaba de ello, lamentándose de que el general no encontrara oportunidad propicia para lucirse. No era muy discreto hablar así, pero él se sentía seguro y sabía que en casa nadie le iba a hacer una mala jugada.

Oyéndole hablar, todos fuimos cobrando un miedo vago a no se sabía qué cosa; temíamos que un suceso inesperado hiciera cambiar los acontecimientos, o por lo menos, que los detuviera allí donde estaban. Ya hubiera sido bastante amargo eso, porque aunque yo no entendiera que vivir era cosa difícil, se lo oía decir a los mayores y la vida, tal como estaba, me llenaba de sustos. Sabía que la revolución estancaba las fuerzas en marcha; que entre los conucos iba haciendo estragos el bejuco bravo; que el maíz ennegrecía al sol, sin que la mano que lo había sembrado fuera a recojerlo; que en su propio tallo se hacía tripa oscura e inútil la fragante hoja del tabaco, y, sobre todo, que por los callejones de cada campo empezaba a crecer el fantasma del hambre.

Una noche, pesada de incertidumbres, llegó el negro cabizbajo, tum-bó el pilón y tomó asiento en él. Con la frente en la mano estuvo largo rato, sin decir palabra. Se rascaba las piernas y parecía quejarse. Papá le miraba y se asombraba.

—¿Se siente malo? —preguntaba solícito.

Al cabo de buen rato, alzando la mirada, el hombre dijo, sencillamente:

—Entraron refuerzos al pueblo.

Todo el mundo abrió la boca; pero el asombro las llenó de silencio.¹⁶

¹⁶ ...pero el silencio las llenó todas.

X

A carrera desbocada, un ginete que traía los brazos abiertos y el sombrero sobre la nuca, pasó como una exhalación frente a casa y nos gritó:

—¡La revolución viene por ahí!

Atosigado por los nervios, padre se tiró al camino y llamó a voces; pero el hombre iba ya metiéndose en la Encrucijada, cubierto por una ligera nube de polvo.

No sabiendo qué partido tomar, papá se dirigió velozmente hacia el oriente, buscando de seguro acercarse al cantón de Pedregal; pero ya cruzado el Yaquecillo se devolvió y entró mordiéndose los labios al almacén; anduvo rebuscando por su habitación y tornó armado.

—¿Dónde está Mero? ¿Dónde está Mero? —preguntaba desorientado.

Nos dimos a llamar a Mero, a voces colmadas, correteando hasta la alambrada de atrás, y bastante tiempo después le oímos gritar desde el fondo de los potreros. Padre le indicaba con la mano que apresurara el paso y cuando estuvo cerca le dijo que trajera un mulo cualquiera, porque tenía que hacer un mandado.

Mero aparejó el animal y no sé qué cosas le recomendó papá, porque él se avivó en los preparativos y cuando estuvo montado pegó con los talones en las costillas del mulo, que partió al trote. Después padre entró, nos llevó al comedor y cerró las puertas que daban al camino real.

Hacia el medio día, lívido, con un montón de noticias siniestras atragantado hasta no dejarle hablar, volvió Mero y se metió de un salto en el comedor.

—Hay más de veinte heridos ahí en Pedregal, don Pepe; cuando llegué estaba uno agonizando.

Los ojos de aquel infeliz eran incapaces de fijarse en cosa alguna; la cara de papá se hacía gruesa y Pepito miraba como los perros apaleados. Con señales, más que con palabras, le hizo papá contar todo lo que sabía, y supimos de esa manera que desde el amanecer se estaba librando un combate feróz a la entrada del pueblo. Los muertos no se podían

contar y¹⁷ se iban despachando los heridos menos graves hacia Pedregal, con el propósito de que los atendieran y, de ser posible, los enviaran más atrás. El negro que comandaba el cantón, persona con experiencia en esas cosas, no quería mal impresionar a la gente del Pino y por eso se mantenía allí con los heridos, tratando de curarlos con agua y yerbas, multiplicándose, abnegado y heroico. José Veras estaba entre ellos, cortando taponos de maguey en los pajonales vecinos, taponando balazos, aliviando con palabras y caricias a los infortunados.

Aun allí, entre la sangre cálida que imponía respeto, José Veras removía a los heridos, les tomaba las caras entre las manos y se las estudiaba con interés manifiesto: buscaba una que él debía recordar con justo odio.

Al decir de Mero, entre ratos se oían las pisadas veloces de algunos caballos, llegaban los ginetes, cada quien con un abaleado sobre las piernas, los soltaban en silencio y dando escasas noticias de lo que sucedía allá alante, se marchaban con las bocas cerradas, pálidos y rabiosos. Uno que otro decía, al llegar: "Mataron a Fulano". O si nó: "Cortaron malamente al Capitán Tal".

Deprimidos por las nuevas estuvimos esperando hasta la llegada de José Veras. Entró a pie, con insolente lentitud. Como tuviera la mirada pesada no hizo falta preguntarle nada. Él mismo, cuando lo creyó conveniente, empezó a contar. Sus noticias eran fatales: según él la revolución había perdido el empuje y solo gracias al coraje del general Macario se estaba aguantando; pero la derrota era inminente. Comprendiéndolo así, el negro que mandaba en Pedregal había dado orden de que fueran repartiendo los heridos de manera discreta, llevándoselos sobre todo, a la loma, acompañados por hombres sanos. Los más graves quedarían allí, y como era inhumano exponerlos a la intemperie y a la crueldad del enemigo, se les ultimaría dándoles un balazo en la sien a cuantos padecieran.

Mamá se sujetaba ambas manos, apretándolas, y unas lágrimas limpias empezaban a rodarle por las mejillas. Mirándola, José quiso consolarla:

Esa es la guerra, doña; no hay remedio... O se mata o lo matan...

Pero esas palabras ni a él le satisfacían, porque bien claro se le veía el dolor.

La expresión triste de mi padre no se debía tan sólo a la posible derrota de los que habían ganado su simpatía, sino al temor de las represalias, al miedo de que, triunfante el gobierno, se viera obligado, como antes, a buscar su seguridad en la huida perenne, en el escondite,

¹⁷ ...y a medida que se podía, se iban...

en la fuga. Se alzaba ante nosotros, una vez más, la amenaza de la mala vida, del refugio en las lomas inhóspitas, o en la remota frontera, o en otro país, en último caso.

Torva era la expresión de cada uno en casa, hasta el atardecer, cuando de manera definitiva nos enfrentamos a la realidad: la revolución había sido derrotada.

Mero fue el primero en señalar a los prófugos, una fila de sombras aplastadas que correteaban por las lomas que nos quedaban atrás. Otros iban gateando afanosamente por los repechos y a la distancia los veíamos como niños que jugueteaban. Después... Después ya no hubo tregua para los que huían. Descaradamente irrumpían en el camino real, tiraban las armas entre los matorrales, en los guayabales, bajo las mayas; se metían por los potreros o en el monte de enfrente; huían de manera vergonzosa, llenos de un miedo cervical e inhumano. Algunos venían en caballos canijos, taloneando a las pobres monturas que ya llevaban desflecados aparejos, ya estaban al pelo, ya ensilladas. Se oían tiros sueltos, imprecaciones y advertencias. A ratos gritaba alguno:

—¡Párense, pendejos! ¡Párense!

Aquellas voces aumentaban la confusión y el miedo, encendían los ánimos de huir que llevaban algunos y denotaban el profundo desconcierto que llenaba el momento.

A la puerta de casa, al trote más que a la carrera, llegó uno de los hombres de Pedregal, aquel descolorido y flaco, que tenía ojos de matón. Se metió como en propiedad suya y tenía aires serenos.

—¿Qué pasa, por fin? —le preguntó papá, sujetándole por el hombro.

—Ya lo ve —respondió el hombre señalando con un gesto el camino, los montes y las lomas.

—¿Derrotados?

—No; todavía no; el general está peleando duro a estas horas; pero casi toda la tropa se le ha huido.

Tomó asiento y murmuró, en voz baja:

—Ha sido una carnicería... Ojalá que usted viera cómo están los heridos ahí en Pedregal.

Pepito se agarraba a la falda de mamá, pálido y con la mirada huidiza. Papá tenía anudado el ceño y la boca trancada. Madre rompió en preguntas, todas vagas; José Veras callaba junto al hombre. Por la puerta se podían ver los grupos que pasaban en fuga.

El visitante procuró saber cuál era el camino que lo llevara a Sabana del Puerto, donde tenía una tía. No era de esas tierras y no quería caer mansante en las manos del gobierno. Se conocía que era valiente sin titubeos, pero que estaba seguro de no haber hecho muchas cosas buenas, y quería evitar tropiezos.

José Veras le estuvo explicando, lo mejor que pudo, señalando con la mano, mencionando nombres de individuos que encontraría en la

marcha. Papá le regaló unas monedas y antes de que la tarde cayera del todo se fue cruzando los potreros para caer en Jagüey Adentro. Estuvimos en el patio mientras pudimos estar viendo su cabeza meciéndose entre la alta yerba páez. Ya íbamos a entrar cuando nos sorprendieron las voces de Pepito, que llamaba a gritos. Corrimos todos a través de la casa, en dirección del camino real, atropellándonos en la carrera. José Veras se tiró afuera, con el revólver en la mano.

Había frente a la puerta un hombre, jinete en penco bayo, que sujetaba por un brazo a otro que se descolgaba penosamente de las ancas. Cuando éste hubo tocado tierra con los piés, desplomándose sobre José, el que le sujetaba golpeó las costillas del penco con sus recios talones y partió al galope. No había dicho palabra y ni siquiera volvió la cara, como si no hubiera dejado allí nada.

Padre se tiró al camino, enrojecido de súbito, y tomó al hombre por los pies mientras Veras le clavaba sus manos en las axilas. Entre los dos lo llevaron hasta el quicio de la puerta; al soltarlo se quedó flojo, encojido, los brazos junto al cuerpo. Durante un segundo movió la cabeza y levantó con visible esfuerzo los párpados: sus ojos tristes y pardos se mecieron de un lado a otro, rotos, sin gobierno.

Tornaron a cargarlo, doblado como hamaca, y lo recostaron en el mismo sitio que acojió a José Veras la tarde de su tragedia.



Los gallos empezaban a cantar la media, uno tras otro, en el vasto círculo del campo, cuando el herido pretendió incorporarse. Un esfuerzo sobrehumano le hinchó la cara; pero se desplomó sobre el aparejo mordiendo un gemido. José se apresuró a calmarlo, golpeándole suavemente el hombro.

Estábamos velándole en el almacén, a la luz de una jumiadora que daba tumbos sin cesar. Mamá rezaba y Pepito dormitaba en su falda.

Pasado un tiempo, el hombre logró alzar la frente y entreabrir los ojos; su primera actitud fue mirar en redondo con la boca abierta. Sus ojos eran dos luces sin voluntad en mitad del rostro. Estaba encendido de fiebre y preguntó, lleno de miedo:

—¿Donde estoy yo?

Papá y mamá corrieron sobre él musitando:

—En su casa, amigo; en su casa.

El hombre pareció comprender, movió la cabeza de arriba abajo y se dejó caer de lado, como quien no quiere luchar más. Temíamos que la

¹⁸ Inserción manuscrita de Juan Bosch.

vida no quisiera retornar hasta el corazón de aquel desconocido. Pero él luchaba en firme. Cuando menos lo esperábamos se torció, apoyó una mano en el suelo y alzó medio cuerpo.

—Me duele mucho aquí —dijo de manera clara, señalándose la tetilla.

Era allí donde estaba herido. Un hoyo fino de bala le había subido la carne viva y José Veras le había puesto un tapón de maguey en él, sustituyendo el de trapo sucio que había traído.

—Sí —le explicó papá—; en un balazo; pero ya se está curando.

El hombre le miró con los ojos cargados de dulzura, sonrió algo, igual que si una lucecilla verde le hubiera iluminado los labios, y murmurando las gracias y las buenas noches se acomodó[do] de nuevo en su camastro.



Ibamos a levantarnos ya, para irnos a dormir. José Veras había porfiado por quedarse a cuidar el herido y rebuscaba sacos en los rincones para arreglar una almohada. Estábamos en la puerta del comedor, madre, Pepito que dormitaba, papá y yo, cuando oímos un tropel afanoso cruzar el Yaquecillo. Padre se detuvo en seco; mamá tomó actitud de acecho; Pepito me miraba con ojos alocados. Sentimos a los caballos detenerse de golpe y casi de inmediato tembló la puerta a unos golpes insistentes y nerviosos.

—¿Quién va? ¿Quién va?

La voz de papá no tenía nada de tranquila; era alta y áspera. José Veras cruzó la habitación en carrera, se pegó a la pared para oír y desenfundó el revólver. Los golpes persistían y persistían también las preguntas de papá, que nos metía apresuradamente en el comedor.

—¡Pepe, Pepe! —demandaba una voz ronca, cortada y nerviosa.

—Es el general —aseguró José tranquilizándonos

Padre se dirigió a la puerta, interrogando quién era.

—Soy yo, Fello Macario —contestaron de afuera.

Papá se agachó para destrancar; abrió la puerta con cautela; pero la mano oscura y nerviosa del general tiró de ella. Inmediatamente le vimos entrar, con paso rápido y ruido de espuelas.

—Perdone, doña —dijo dirigiéndose a mamá, mientras se quitaba el sombrero con extraña y noble cortesía.

Papá pretendía preguntar algo; mas antes de que hablara se le adelantó el general para explicarle:

—Mi caballo está herido y necesito una montura buena.

Padre pareció perplejo un momento, mientras afuera sonaban los hierros tascados por los animales de los que acompañaban a Fello Macario.

—Lo único que tengo es una mula, general —aventuró papá—, aunque buena.

—Cualquier cosa, Pepe, cualquier cosa...

Todos los gestos de aquel hombre acusaban su prisa. Nada le importaba en la vida; nada... Necesitaba tan solo una montura. Papá estaba también nervioso.

—José, José —dijo de pronto—; vete al primer vaso y tráete la Mañosa.

José Veras atravesó el almacén, atravesó el comedor y abrió la puerta que daba al patio. Un viento frío se coló por ella, se arrastró de barriga sobre el piso y dió de bofetadas a la jumiadora. El herido se movió como para resguardarse de ese airecillo entrometido; lanzó un quejido sordo y volvió a estar tranquilo.

—¿Quién es? —dijo el general señalándolo.

—No sé —contestó padre—. Está herido de un balazo en la tetilla.

El general se le acercó, se agachó y removió la cabeza del hombre para verle mejor. Clavaba en aquella carne ardiente sus dedos recios de caudillo.

—Es Momón —explicó poniéndose en pie.

Y luego, dejando caer una mirada compasiva sobre él:

—Lo cortaron esta mañana, en la salida de Pontón.

—¿Estaba con usted? —preguntó papá mirándole fijamente.

—Sí —respondió a secas.

Y luego, como justificar esa afirmación, dijo, indicando con la barbilla la dirección del Bonaio.

—Es de los lados de casa.

E inmediatamente se dirigió a la puerta, donde masculló unas órdenes a los hombres que le esperaban. Se volvió para decir que tenía urgencia en salir. Le habían herido el caballo, aquel noble y bello bruto que parecía hecho para la fiesta de los tiroteos. Recomendó a papá que lo curara y lo cuidara, por que él volvería.

Oímos a José Veras abrir el portal. Fello Macario sacó la cabeza al camino, ordenó que desensillaran el rocillo y enjaezaran la Mañosa. Iba a despedirse de nosotros ya, cuando el herido levantó la cabeza y lo llamó a pobres voces.

—Dígale a máma que yo estoy bueno y sano —rogó el hombre.

El general nos miró pesadamente, casi angustiada.

—Pierde cuidado, Momón —afirmó.

En eso José Veras se le puso delante.

—Yo me voy con usted, general —dijo.

Papá pretendió protestar; pero Fello Macario le atajó con una mano, mientras sonreía levemente, satisfecho sin duda de que, todavía derrotado, su presencia marcial y mandona arrastrara vidas por los caminos tuertos de la revolución.

Él ignoraba que José Veras se acojía a su prestigio para buscar a un hombre.

SEGUNDA PARTE
LOS VENCEDORES

XI

Sin duda alguna aquello era la paz; es decir: en todo había un cansancio, un desabrimiento, una especie de sueño profundo aunque inútil. El sol lamía y lamía los montes distantes, los dormidos caminos y los bohíos escasos. La guerra se había ido con la noche, ensuciando de sangre los ríos, galopando en las ancas de la Mañosa y arrastrando consigo a José Veras.

No volvían los hombres que habían abandonado el quicio de sus casas, el machete al brazo, la carabina a la espalda, a pie o con el espinazo de algún penco bajo las piernas; pero había paz.

Padre y Mero curaban del rocillo del general. Momón se levantaba ya, caminaba por el patio, se bañaba con aquel sol inofensivo. No estaba bien del todo, porque tenía en la cara un color desabrido de caña madura y los huesos le salían de entre la carne como piedras; pero Momón se estaba curando.

De noche, cuando no me aturdí la fiebre, se sentaba él en la orilla de mi catre y me contaba sus historias, sin verme, con la voz floja.

—Aquel condena gato empezó a crecer, compadre Juan. Mi compadre no era un hombre blandito, pero ¡concho!, cualquiera no le cojía gusto al gato...

Nunca estábamos del todo a oscuras, porque la luz del comedor se atrevía hasta mi cuarto. Así podía yo verle, hecho una masa negra, inmóvil como un tronco. Su voz se llenaba de flojeras y me ponía tierno de miedo.

—Decían que era un extranjero blanco como su taita y dizque tenía un baúl de morocotas que eso daba pena. Pero lo enterró y se embromó. Cuantito mi compadre me dijo: “Momón, no puedo dormir porque siempre está ese hombre llamándome”, yo me malicié en andaba penando. “Pregúntele qué quiere”, le dije al compadre.

Al otro día le fué el compadre con el cuento a Momón: el blanco tenía una botija. La había enterrado poco antes de morir en un botado, al tronco de una mata de cajuil, poco antes de llegar a la sabana de Cañabón. Allá se fueron ellos, esperanzados y alborotados; pero desde

que dejaron el Jima atrás se les pegó aquel gato negro, que maullaba, les miraba y esponjaba el rabo. El compadre tiraba el ojo y se impresionaba con aquel animal tan pertináz. Con mucho disimulo esperó a Momón, que iba detrás, y le dijo al oído:

—Para mí que ese gato es Abenuncio.

Momón calculó que sí; bien podía ser él. ¿No estaba penando el muerto? De seguro que el diablo no quería dejarle ir. Pero Momón tenía una oración que le había enseñado cierto brujo haitiano y con ella era capaz de irse hasta el propio infierno. Me explicaba:

—Esa oración no la dejo yo... Cuando sea grandecito se la voy a enseñar, por si se ve en apuros. Con ella no se siente miedo y si lo andan buscando usted la reza, le pasan por la verita y nadie lo ve.

Por eso Momón no temía. El otro no era blandito; pero cualquiera... Cuando empezaron a orillar la loma les pareció que el gato endemoniado comenzaba a crecer. Ellos lo miraban con la rabiza del ojo... ¡Sí! ¡Crecía! Ya estaba como un perro; ya estaba como un puerco; ya estaba como un potrico. Momón rezaba y rezaba. Oía las quijadas del compañero golpeando como dos piedras, oía el viento zumbando entre los árboles, oía el río que a lo lejos se desbarrancaba entre pedregones. Le corría por el pescuezo y por la espalda un sudor frío, que le sacaba el calor del cuerpo y le dejaba la boca amarga. Se hacían los fuertes, acorralados entre su miedo y la noche; pero llegó un momento en que ya no pudieron más porque los pies se les fueron haciendo pesados y eran como pilones de madera verde. Agarrado a él, el compañero temblaba. Se atrevieron a volver la cara. ¡Pegado a ellos estaba el gato, grande como un caballo, con los ojos encandilados como dos fogones, el rabo esponjado como un pino!

En ese instante, cuando la voz de Momón sonaba ronca y angustiada, ví una sombra crecer en la puerta. Se me erizó la piel, se enfriaron las manos y los pies; un grito cortante me ahogaba. Momón callaba y miraba; miraba y me sujetaba una pierna. Se movió la sombra y sentía que el grito me desgarraba por dentro, se me agigantaba en la garganta. No pude con él y sentí, al vaciarlo, que me dejaba ezhausto.

Me pareció que papá corría sobre mí. Pero no era papá, porque tenía los ojos encandilados, y era grande como un caballo y tenía un rabo esponjado como un pino.

Después, además del miedo, toda la noche empezó a caerse sobre mí, igual que si hubiera sido de tierra seca. Y junto con ella, la mano de mamá, untada de aguardiente con romero.

Al otro día, de mañana, desperté a las voces de papá, que regañaba con Momón. El era delgado y triste; tenía los hombros cuadrados y angulosos y miraba con ojos humildes, arrastrados. Papá le estaba explicando que no debía contarme tales cosas y él protestaba, ignorante de

que impresionaba vivamente, porque en él mismo había un aire de persona casi difunta.

Padre caminaba frente a la mesa, pesadamente; daba puñetazos y argumentaba que no se podía llenar la cabeza de un niño con mentiras trágicas. Desde mi catre veía los pies de ambos y oía claramente las palabras de Momón, cargadas de pena, que caían sobre mis nervios como guijarros.

—Lo que yo le contaba a Juan no eran embustes, don Pepe; éso me pasó a mí y le pasa a cualquiera.

Papá se movió de prisa y clavó en Momón una mirada repleta a la vez de asombro y de ironía. Parecía que iba a estallar en risas; parecía también que pretendía arañarle. Movió la cabeza a uno y otro lado; paseó frente a la mesa... El sol le alumbraba los pies; y alumbraba también los de Momón, cuya figura se esfumaba junto a las líneas rotundas de mi padre.

Había algo en el rostro de papá que decía: "Es un hombre tonto". Pálida, en desorden los grises cabellos, entró mamá y comentó:

—Sí, Momón; no se le pueden contar esas cosas al muchacho; lo mata una alferecía.

Momón, silencioso, se miraba las manos.

—Lo que voy yo a hacer es dirme, don Pepe. Ya yo estoy bueno; quería entretener a Juan...

—No; usted no se va, no se va.

Padre decía que no con las manos; se sujetó de espaldas a la mesa.

—Usted se queda aquí, Momón, y se irá cuando esté bueno, si no quiere quedarse; pero ahora no.

Bajo la mirada de mi madre se fue Momón lentamente al almacén; padre permanecía allí, pensando, tal vez.

Yo estaba viendo el sol, el sol, que se tiraba a dormir en el piso, como lo hubiera hecho un pobre.



Aquella luz, aquel silencio, aquella especie de sueño que tenían los días, era la paz. La fiebre seguía cociéndome; Pepito persistía en corretear por los alrededores; Mero había pedido permiso para ir a Río Verde, donde agonizaba un sobrino. A veces papá se quejaba de haber prestado la Mañosa, otras se agradecía de haber hecho un servicio al general Fello Macario.

¿Y los hijos de Dimas? ¿Y los de Carmita? ¿Y José Veras? Nada ni nadie. Lo que había era paz, paz y paz; algo así como si desde los altos cielos desteñidos, casi blancos, hubiera estado cayendo sobre nosotros un cuento infantil que nos hacía dormir.

Los días iban y venían, se marchaban por los cerros de Cortadera y Pedregal y volvían por encima de la Encrucijada. Uno de ellos, cuando la mañana de vidrio nadaba sobre los potreros, me levanté para ir al comedor. Me sentí vacío, alto y transparente. Era como si la claridad, el silencio y la soledad me hubieran chupado la vida. La cabeza se me iba en círculos amplios y veloces; todo me daba vueltas: la habitación, las sillas, las mesas. Las puertas cruzaban ante mis ojos huecas, vacías, muertas.

Me recojieron en el suelo y me llevaron al catre, entre el llanto de mamá, el susto de Pepito y las voces de mi padre.

Era yo como un saquito de huesos que pugnaban por regarse, por desunirse. Momón me acompañó todo el día y papá se estrujaba las manos mientras llegaba Simeón, a quien mandara buscar.

Y éso, eso era la paz: la somnolencia gruesa, las puertas muertas, la luz borracha, las historias de Momón y el silencio grave de los otros.

Pero una noche...

—O—¹⁹

Llovía; llovía sobre los montes, sobre el camino, sobre los ríos. La lluvia cerraba los horizontes distantes y cubría las distancias cercanas. El agua tamborileaba sobre el zinc, roncaba en el alto espacio negro y llenaba de rumores la vasta casa de madera.

En mi habitación estaban, bajo la rubia luz de gas, mi padre y Momón, mamá y Pepito. Momón se había sentado en una caja vacía; tenía los codos en las piernas, la cabeza entre las manos, los ojos entornados y hablaba:

—Ese era un monte muy serio, don Pepe. No más hizo la noche dentrar y ya estaba negrecita como fondo de paila. A Blanquito le dije yo: “Mire a ver, compadre, si colgamos las hamacas en buen palo”. Pero él dizque ni se veía las palmas de las manos. Me costó a mí dir tentando los troncos; entonces se le ocurrió a él prender candela. Sacó del seno una cuabita que teníamos, la quemó con un fósforo y recojió unos palos. ¡Cristiano! ¿Quién lo mandaría a hacer eso? Estaba la candela lo más alegre y nosotros contentísimos, cuando en eso oigo un pitido. “Compadre Blanquito —le dije—, prepare su carabina, que para mí ya andan las reses por ahí”.

Momón contaba una historia de montería. Era en las altas lomas de Bonaó, hacia el sur; aquéllas son tierras negras como de hierro, con tan tupida vegetación que el sol cae muerto de cansancio sobre los recios árboles antes de poder besar el suelo. Por entre aquellos troncos espesos andaba Momón con un tal Blanquito, en busca de reses cimarronas.

¹⁹ Inserción manuscrita de Juan Bosch.

Decía Momón que estaba deshecho y que le abrumaba el monte, cerrado en árboles. Allí estaba la candela tratando de abrirlo, cuando sonó, a su vera, el rugido del animal. Momón seguía:

—“Compadre Blanquito, asegúrese con esa carabina, que lo tenemos arriba”; y él como si tal cosa, acostado al lado de la lumbre, con su cachimbo en la boca y mirando para arriba.

Allí estábamos todos tan silenciosos que el ruido de la lluvia se quedaba con toda la casa, se metía por las paredes, rodaba por el piso, arañaba en el zinc. Pepito, papá, mamá, yo: los cuatro éramos sólo oídos y ojos. Y Momón seguía sin moverse, cambiando de voces, los ojos entornados y las manos en las mejillas.

—Cuando quiso darse cuenta, estaba el animal paradito a la vera de nosotros con los ojos prendidos y dos chifles como dos sables. ¡No quiera usted saber el susto que me dí, don Pepe! Cojé la carabina con una mano y con la otra jalé a Blanquito y en lo que se revuelca un burro ya estábamos nosotros arrinconados. El diache del animal era el mismo diablo, don Pepe: un toro más grande que yo, berrendo en negro, con un yunque como el tronco de una ceiba. Nosotros rompimos a correr por entre los palos y él a largarle pezuña a la candela. Saltaban las brasas arriba de él y él metiéndoles cacho. Muertos del susto estábamos y sin poder correr por entre ese monte más negro que el carbón y tupido de bejucos. Yo quería flojarle un tiro; pero no íbamos a poder desollarlo esa noche, contimás que esos pájaros son muy delicados, y donde usted mata uno se arremolinan todos a pitar y gritar. Yo estaba, don Pepe, con el corazón en la boca. Los perros ladraban, saltaban y se le iban encima al animal y él ni caso les hacía. En una de ésas un cachorro muy bueno que llevábamos se le acercó más de la cuenta, se viró y le clavó el cacho entre la barriga; le sacó las tripas enteritas y se las pisoteó el muy condenado.

Callaba Momón, para recordar y descansar, y mandaba la lluvia. Entraban retazos de viento, se medio caía la luz...

—Esa noche la pasé en claro, don Pepe. Cada vez que se movía un palo estaba yo parado, con la carabina entre las manos. Los perros se mantenían ladrando y ladrando. En eso empezó a caer un agua templada. Entonces sí era la cosa de a verdad. A mi compadre le dije: “Ahora sí nos fuñimos, porque con este tiempo no hay quien montee”. Aquel demontre de hombre era hasta su poquito jaragán. ¿Sabe lo que me dijo? Que él lo que tenía era gana de dirse. ¿Usted ha visto? Bueno... hay gentes que no son personas. Teníamos las monturas en Arroyo Toro y desde el amanecer estábamos en el monte. “Pero compadre —le dije yo—, ¿cómo vamos a estar un día y una noche caminando en el monte, muertos de miedo, para volver a casa sin una tajadita de carne?”.

Momón sonreía; sonreía y miraba a mi padre.

—Hay gentes que no son personas, don Pepe...

En eso: clom, clom, clom.

Mamá miró en redondo; papá irguió la cabeza y se murió para todo aquello que no fuera el ruido; Momón se puso en pie, llenando de sombras un rincón.

—Están llamando —dijo.

Y padre y él salieron, mientras madre los veía desde la puerta. Oímos cuando la abrieron y los oímos retornar enseguida. Entraron con un hombre bajito, oscuro y sólido. Sacudía el sombrero contra los pantalones, desde los que caía el agua a chorros. Una sonrisa ancha, amarilla y sana le ponía los pómulos altos.

—Siéntese —dijo padre.

Pero el hombre se miraba los pantalones, las manos, la camisa; se le veía que no quería mojar la silla. Padre insistió y él se sentó en la caja que ocupaba antes Momón, bajo la horadante mirada de mi madre. Estuvo buen rato callado, ojeándonos, observándonos. Esperábamos que iba a pedir posada, a decir que no podía llegar a su destino con semejante tiempo; pero nos sorprendió a todos, preguntando de pronto:

—¿Es usted don Pepe?

—Sí.

Padre se acariciaba el bigote.

—Tengo que decirle una cosa; pero...

Papá le invitaba:

—Diga; diga.

—Es a usted solo —rezongó él.

Madre quemaba a papá; Pepito quemaba al hombre; Momón quemaba a madre; entre todos me hacían arder.

—Dígalo aquí, no tenga miedo —recomendó padre.

—No, don Pepe; es asunto delicado.

Padre nos señaló:

—Estos son mis hijos, ésta es mi mujer; este es de la casa.

El hombre alzó unos ojos dudosos hasta Momón.

—¿De dónde viene?

Era papá quien había preguntado.

—De arriba —dijo, señalando indecisamente hacia el este.

—¿Del Bonaó?

—No me comprometa, don Pepe.

El hombre tenía la cabeza baja y le daba vueltas al sombrero, con aquellas manos gruesas, cortas.

—No tenga miedo; diga.

Entonces el hombre alzó la frente.

—Usted tiene aquí un caballo rocillo.

Papá dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, yo vengo a buscarlo.

Momón comentó:

—Anjá... vuelve la fiesta.

—¿A buscarlo? —inquirió madre.

—Sí; a buscarlo. Ustedes saben ya...

Padre se puso en pie.

—Venga —ordenó al hombre.

Y por la estrecha puerta lo llevó al comedor, por donde andaba rodando el ruido que la lluvia metía bajo el zinc.

Cuando volvieron escondía papá los ojos; pero se notaba que desde ellos se le estaba cayendo una mortificación.

—Momón —dijo—; necesitamos buscar el rocillo del general.

—¡Concho!... Con esta noche sí no creo que lo topemos.

Padre tenía una mano embolsillada y la frente caída.

—Pero este hombre no puede esperar a mañana.

El recién llegado tenía los ojos regados en toda la cara.

—No puedo, no; tengo que dirme esta noche sin falta. Y hasta suerte a que está lloviendo...

Mamá cortaba el hombre a miradas.

—Bueno... —Momón se había sacudido las manos—. Yo voy a buscarlo, si hace falta.

—Pero usted está enfermo, Momón —objetó madre.

—¡Falta que hace Mero aquí! —lamentó padre.

Efectivamente, hacía falta; sólo él conocía como su casa el pedazo de potrero donde estaba el caballo rocillo; tanto lo había caminado que a tientas podía meterse en él sin tropezar y sin torcer el rumbo.

—¿Sabe dónde duerme siempre? En el tronco del higüero.

—¿Para allá? —Momón señalaba al oeste.

—No, papá; no —atajó Pepito.

Su manecita hablaba tanto como su boca. La voz se metía como punta de cuchillo en aquel roncar terrible de la lluvia.

—Ayer tardecita estaba por los alambres que dan al caimito.

Padre se rascó la cabeza. ¿Dónde diablos estaría ahora ese animal? Y aunque fuera de día ¿no era una barbaridad meterse entre las altas yerbas de páez, bajo la loca lluvia, a buscar un caballo que estaría escondido sabe Dios en qué rincón?

El recién llegado se adelantó, siempre en las manos el sombrero.

—Enséñeme adónde está el vaso, que yo lo busco.

Madre ya no pudo impedir que sus ojos destruyeran al intruso.

—o—

Supimos que volvían porque la lluvia no pudo ahogar el chapoteo del caballo en el patio. Momón entró tiritando. En la puerta de mi

habitación lo sacudió una tosecita menuda, menuda. Dijo que había costado trabajo encontrar el animal; pero que aquel hombre era endiablado. Ni que se hubiera criado en el potrero: lo anduvo de arriba abajo, sin tropezones, sin equívocos.

Papá estuvo hablando con él allá en el almacén. A poco de haberse ido me fuí metiendo en el sueño suavemente, como una hoja seca que planea desde el árbol al camino. Sé que desde lejos me llegaba la voz de papá:

—Otra vez estos líos, otra vez...

XII

Durante dos días estuvo Momón quejándose; decía que sentía la cabeza crecida y que “un viento malo” se le había metido en la espalda. Al tercero no pudo levantarse y cuando padre fue a ver qué le pasaba lo encontró ardiendo de fiebres, rojo, reseco los labios y brillantes los ojos. Tosía y tosía sin descanso; a ratos le oíamos gemir; a veces hablaba de manera atropellada y en alta voz. Deliraba, cocido por la calentura traidora.

Mamá se mortificaba; recojió yerbas viejas, especias y no sé que más; se metió en la cocina y volvió después con una tisana. Papá no quiso que la llevara ella misma, arguyendo que debía cuidarse por nosotros. Decía él que más tarde o más temprano, Momón estaba llamado a morir del pecho, porque aquel balazo le había malogrado un pulmón.

Yo no entendía qué quería decir él con éso de “morir del pecho”. Sólo sentía la enfermedad de Momón porque me hacía falta. El me arrullaba con sus charlas el sueño; él me acariciaba la quemada cabecita, cuando la enfermedad me removía las entrañas; él me velaba; él me cantaba merengues movidos, él me cargaba cuando, estando aliviado, me emperraba en ver el patio o los potreros. Estaba quebrantado, tirado en el oscuro almacén, a solas con su dolor, gimiendo y retorciéndose, y a mí me dolía bien adentro su soledad. Le había hecho daño aquel corretear de noche en busca del caballo, bajo el agua; y según entendía por las palabras de padre, nunca más se levantaría del lecho. Con muchos días de anticipación lloré sin consuelo la muerte que le anunciaban a Momón.

Antes de la semana estaba flaco, descolorido y lacio. Los huesos de la quijada, los de la sién y los del hombro le hacían fillos. Tenía una mirada humilde y despavorida; los labios amarillos e inmóviles. Seguía tosiendo y al hacerlo se agarraba el pecho con dedos crispados. Carmita venía a diario, Simeón le acompañaba en las primas noches y trataba de alegrarle con cuentos picarescos, mamá seguía haciéndole tisanas; pero papá se mantenía alejado y no quería que nosotros entráramos al almacén. A menudo murmuraba con mamá, en la cocina o en el patio; aquellas murmuraciones se referían a la inconveniencia de tener a Momón en casa.

Estando así, abrumados todos por el malestar de aquel hombre, a quien habíamos recojido herido sin sospechar que lo íbamos a querer, llegó una tarde Mero. Entró vociferando desde el portal, llamando a gritos. Padre le abrazó con efusión y mamá puso la cara de fiesta para recibirle.

—El viejo les manda muchos recuerdos —fueron sus primeras palabras.

Tenía la boca colmada de risas y enseguida empezó a contar cosas del abuelo, el patriarca de Río Verde. Estaba bien de salud, aseguraba Mero, pero vivía comiéndoselo la rabia, porque una tropa del gobierno que pasó por allá, camino de Licey, le había llevado un caballo y tres novillos. El viejo pataleó cuanto pudo, dijo que los tales animales no se los sacarían de su casa estando el vivo. Oía yo a Mero contar y me parecía ver al abuelo, chispeantes los ojos, quietos los brazos y soltando por la boca toda clase de insultos. La tropa dizque veía a sus jefes atareados con el viejo, y reía a escondidas; pero los oficiales lograron, tras mucha adulación, sacar el caballo y los novillos a cambio de un vale en el que le aseguraban que los animales serían religiosamente pagados al terminar la revuelta. Abuelo consintió y pegó el vale en la pared, para mostrarlo a las visitas y tener un motivo real que justificara sus desahogos, que no eran pocos, por cierto.

Madre y padre oían la historia complacidos; Mero tenía una expresión bulliciosa, infantil y agradable. Contó que el sobrino había estado a las puertas de la muerte; pero que él consiguió una curandera que lo salvó con sopas de auyamas y unas friegas de no sé qué hojas maceradas en aguardiente. Hablaba por los codos, como quien teme no poder decirlo todo. Fué al cabo de buen rato cuando preguntó por Momón.

—Está muy delicado —sopló papá bajando la voz.

—¿Delicado?

—Sí; se mojó hace unas noches y para mí está malogrado ahora.

Mero movía la cabeza en redondo, manifestando²⁰ su pesadumbre; casi sin hablar le indicó mamá que estaba allí, en el almacén; y con pasos livianos, destocado, respetuoso igual que quien se acerca a un cadáver, Mero fue entrando hasta detenerse junto a²¹ Momón. Le contempló apenado, movió los labios en un gesto cansado y dudoso y tornó de la misma manera para decir:

—No lo salva nadie²², don Pepe.

Yo sentí que otra vez me nacía adentro un dolor lacerante, un desconsuelo incolmable. Rompí a llorar tratando de ahogar los sollozos con

²⁰ ...redondo, indicando su...

²¹ ...detenerse a la vera de Momón.

²² ...naiden...

la almohada, para que no me sintieran, mientras en la cabeza me golpeaban aquellas palabras crueles:

—No lo salva nadie²³, don Pepe...

—o—

En la noche se reunieron en el comedor papá y Mero, Simeón y mamá. Yo pedí que me levantaran, medio calmado ya, y me llevaron después de haber cerrado la ventana, por donde entraba un airecillo fresco.

—Hubo un pleito duro en Lacey —dijo Mero.

Parece que la revolución trató de detener los refuerzos que iban al pueblo, los mismos que la desbandaron pocos días después, y que los encontró en Lacey, donde, según Mero, se enredaron en una batalla ruda, sangrienta y larga. Cuando él llegó a Río Verde encontró todavía huellas de la pelea: heridos, ropa ensangrentada en algún bohío y tumbas frescas. Triunfante el gobierno, entró en Río Verde y se llevó lo que encontró a mano: hombres, cerdos, víveres y hasta una muchacha, que se fué tras el oficial. En general, allí no habían sufrido la guerra mayor cosa.

Nosotros le oíamos atentos. Él acaba de callar²⁴ cuando saludaron en la puerta. Mero se incorporó sin aspavientos y salió a recibir al viejo Dimas, que ya tenía un pié sobre el piso.

—Por allá vide a sus muchachos —dijo.

El viejo se quedó agarrado al marco, tembloroso y serio. Quería reír y se esforzaba en no hacerlo; quería llorar, quería abrazar al que le daba nueva tan feliz... Pero fue metiéndose en el comedor poco a poco, buscó a tientas una silla, cruzó las piernas y sólo preguntó, con una voz borrada:

—¿Los vido?

—Vienen para acá, pronto —respondió Mero.

Todos rompimos en inquisiciones atropelladas. Mero explicó que estaban sanos, aunque tristes; uno, el menor, se había dado bravo y le gustaban los tiros; al otro le habían hecho un rasguñito en una pierna, cosa de nada.

Anhelante la mirada, entreabierta la boca, el viejo le escuchaba sin hablar y sin moverse.

—¿Y dice que vienen pronto? —habló al rato.

—Sí —aseguró el otro—. Los van a licenciar.

Dimas pegó los codos en ambas rodillas, bajó la cabeza y empezó a comentar:

²³ ...naiden...

²⁴ ... llegar...

—Lo que es el diablo... Mis muchachos metidos en esos líos.

Se le iluminaba la frente con el contento; y a lo largo de la conversación estallaba en risas sin motivo aparente.



Por la mañana, bien temprano, se juntaron en el patio de casa el alcalde y Dimas, Mero y papá. Los tres primeros tenían machetes; Mero estaba todavía con la alegría de la vuelta; Dimas tenía la que él le trajo. Pidieron café y se fueron.

A medio día, cuando retornaron, supimos que habían estado arreglando el bohío donde dormía José Veras. Le chapearon el frente y los lados, le remendaron el techo con yaguas nuevas, le aseguraron las tablas falsas y le pusieron trancas en las puertas. De donde Simeón trajeron un catre medio viejo, algo sucio de polvo y telarañas, y Mero lo llevó allá, después que hubo comido.

Yo no sabía qué querían con tales remiendos y composturas; pero en la tarde, entre Dimas y Simeón tomaron a Momón, que ya era apenas un hacinamiento de huesos de los que salían quejidos interminables; le sujetaron por debajo de las axilas y bajaron con él al camino real.

Cuando me asomé a la puerta iban más allá del Yaquecillo. El enfermo se desmadejaba, incapáz de tenerse.

Por mamá supe que se había hecho menester sacarlo, porque vomitaba sangre y eso era peligroso.



A las preguntas de cómo le iba, contestaba papá:

—Viviendo.

Y así era en realidad. Aquella palabra, seca y extática, expresaba en todo su alcance el estado de ánimo en que nos hallábamos; lo explicaba²⁵ con la mayor sencillez, con una limpieza que no detenía el entendimiento. "Vivíamos". Entre días, por hacer algo, papá y Mero revolían el almacén, llenándolo de polvo; ensacaban el maíz, estibaban los andullos, enseronaban el café. Decía padre, como justificando su innecesaria actividad, que había que ir preparando un próximo viaje, el que haría tan pronto como volviera la Mañosa. Ya no podía tardar, puesto que el general había mandado por el caballo; pero el hecho de pedirlo de manera tan discreta, tan escondida, tenía una significación enorme. Sospechábamos que él retornaría pronto y la sospecha nos abrumaba, es

²⁵ ...hallábamos todos; lo explicaba todo con..

decir, abrumaba a papá y mamá, que a Pepito y a mí lo que nos preocupaba era la seriedad con que ellos comentaban sus recelos.

Cuantas veces les era posible, se detenían secreteándose, en el patio, en la casa o en la cocina. Se conocía que nadie debía darse cuenta de lo que hablaban. De noche les escuchábamos rumorando en su habitación, discutiendo en voz baja hasta que la oscuridad ahogaba el insomnio. A nosotros nos llegaban retazos de esas conversaciones:

—Dios no lo quiera... Es que esta gente se ha vuelto loca... De momento el general le dá un susto al gobierno...

Pepito, que entendía mejor que yo, me iba explicando los alcances de esas frases. Yo comprendía apenas, y me alegraba pensar que tendría otra oportunidad de ver al general, y que tal vez con su vuelta curara Momón o que retornaría José Veras.

Cierto día, como epilogando una de esas conversaciones importantes entre ellos, madre le dijo a papá, cuando estábamos comiendo:

—¿Por qué no volvemos a Río Verde?

—¿A Río Verde? —preguntó padre muy extrañado.

Explicó a seguidas que ya había estado allí un tiempo y que no era justo molestar al abuelo; que en aquella época había motivos, pero no entonces. Mamá le discutió algo, tratando de convencerle y se levantaron de la mesa exponiendo cada uno su punto de vista.

Creyente con una fé infantil, al volver a mi habitación me hiqué y lleno de fervor sano, le pedí a San Antonio que hiciera posible nuestro viaje a Río Verde. Me gustaba aquel campo; pero me gustaba de una manera honda, difícil de explicar. Encontraba que allí se me volvía pesada de felicidad el alma; que una confianza inexplicable me poseía al lado del abuelo. Él era duro para con los hombres, pero conmigo se hacía tan tierno como el ala de un ave²⁶. Tenía aquel viejo agrio una manera original de entretenerme y enseñarme; sus historias estaban salpicadas de explicaciones útiles; sus regaños eran mesurados y juiciosos. Nunca decía: “porque me da la gana” sino “por tal cosa”, “por tal razón”.

El mismo lugarejo era encantador, recatado, silencioso; más poblado que El Pino; con más niños de mi edad, un río bastante robusto y una vegetación rica en árboles frutales, diversa y henchida. Todo allí parecía vivir jocosamente, con placer de estar vivo.

Río Verde no estaba echado a la orilla de un camino común, como El Pino, sino que tenía uno para sí, uno que terminaba poco más adelante de la casa de mi abuelo; un camino que se desprendía del real, lo que evitaba vivir con el ojo de todos los caminantes puestos sobre uno.

²⁶ ...como una ala de ave ingenua. Tenía...

Estuve acariciando el sueño de volver allá, y ya me sentía flojo de pesadumbres, seguro, ágil de cuerpo y alma, a distancia de las fiebres y de la gravedad de Momón, de la ausencia de la Mañosa y de la preocupación de mis padres.

Pero a la hora de cena, como mamá tocara de nuevo el tema, papá le contestó de manera definitiva, diciéndole que no había que pensar más en ello.

—Aquí dejo los huesos antes de volver a considerarme un derrotado —dijo.

Le lucían los ojos de extraño modo; y yo sentí que adentro se me elevaban los escombros de una ruina nueva.

—o—²⁷

Con una recua que, cargada de lodo, compuesta por caballos descarnados y dos hombres turbios, pasó por El Pino y, según parecía, procedente del Bonaó, se enteró Simeón de muchas cosas que nos contó esa noche, en la cocina cálida y discreta.

—Esa gente que diba en derrota —explicaba él—, cojió por estas lomas porque después les era fácil descolgarse y caer en el Bonaó. Ahora dizque están por volver a lo suyo y asígún noticias que me dieron el general Fello Macario no ha sacado la cabeza todavía. Ustedes verán como el diablo se menea otra vez.

Papá, que tenía su temor, que presentía muchas cosas y que trataba de esconderse a sí mismo tal presentimiento, empezó a echarle nudos a la conversación.

—Yo no creo que sea posible eso, Simeón. La revolución quedó deshecha para siempre. Fue un golpe muy duro...

—Creerá usted eso, compadre; pero yo que conozco las vueltas del mundo le aseguro que vuelven, y si vuelven no los para nadie.

—¡Jum!

Dimas gruñía. Sus hijos estaban en el pueblo; permanecían atados a la suerte de la paz. Cuantas veces se quebrara ésta, se le quebraba a Dimas el corazón.

—Pa mí que debieran dejar ya esas caballás. Total, nosotros no cambiamos si no es para mal. Sube éste, y el precio del tabaco igual; sube el otro, y lo mismo. Lo más que pueden hacer con nosotros es reclutarnos y llevarnos a un pleito para que nos maten como a perros. Cuando están por armar sus desórdenes, todo se les vuelve ir de casa en casa, diciendo que nosotros los del campo somos los hombres, que si la revolución triunfa nos salvamos, que si ésto y que si aquello.

²⁷ Inserción manuscrita de Juan Bosch.

La cara patriarcal y conforme de Dimas se llenaba de una amargura plena, de un aire de dolor impresionante por lo callado.

—Suerte he tenido yo —comentaba Mero—. Andando arriba y abajo, todavía me he salvado de una reclutá de ésas.

Y agregaba:

—Por allá, por casa, todos perdían el juicio por andar con su revólver y caer en una desocupada... Gracias a Dios, nunca he usado éso... Con nadie me meto para que no se metan conmigo y no le ando atrás a ningún general de ésos que entusiasman a uno, y después, cuando suben... “si te he visto no me acuerdo”.

Padre, aprobando con la cabeza, mantenía una expresión cerrada.

—¿Pero volverán?

—Sí, compadre —hablaba Simeón—; vuelven. Todo es que Fello Macario toque una corneta.

—Hombre endiablado... —decía Dimas.

Así era: hombre endiablado, que no sabía vivir si no era volcando sobre la tierra montoneras de vidas; que removía los más oscuros instintos de sus prójimos y los arrastraba tras la cola de su caballo rocillo; que había nacido capitán, como José Veras había nacido ladrón.



Muerto parecía el campo; lánguidos los caminos; innecesario el cielo; sobrante el sol.

Las fiebres se me crecían dentro de la carne otra vez; me lanzaban en abismos de delirios; me hacían la sangre agua.

Papá meditaba a la vera de mi catre; mamá correteaba de la cocina a la casa; Simeón chupaba su roñoso cachimbo; Dimas movía la cabeza, como si hubiera sido la rama de un árbol. Entre sueños oí decir que Momón se secaba por momentos, y que ya apenas le quedaba un rinconcito de vida en aquellos pulmones destrozados. También él estaba padeciendo, en su bohío²⁸, a solas con aquel pensamiento radiante: “Dígale a mamá que yo toy bueno y sano”.

Siempre, como una pesadilla, oía esas palabras y le veía en el instante en que se movió para decirlas. Quería hacerme la idea de su madre y me la figuraba igual a una vieja que conocí en Río Verde: Eloísa, Eloísa la de frente a casa; Eloísa, chiquita, arrugada, que andaba meciéndose y se mantenía cubierta con un chal negro de burda tela. En mis delirios se asomaba esa madre ignorada, la que estaría esperando en el Bonao la vuelta del hijo que “estaba bueno y sano”.

²⁸ ...en la soledad de su bohío...

Había momentos en que la fiebre me enloquecía materialmente; empezaba sintiendo que me alzaba lentamente de los pies y que la cabeza se me iba haciendo grande, grande, grande. Después se me tornaba pesada y tenía la impresión clara de que el cuerpo se alargaba fantásticamente. Más tarde me parecía que el cuerpo se iba evaporando, perdiéndose en el aire, desdibujándose, hasta que sólo quedaba sobre el catre una cabeza descomunal, roja, monstruosa. Unos sueños macabros empezaban a rondar en torno de ella: aves gigantescas, mariposas de alas duras y enormes... Una culebra de escamas rojas y verdes se iba arrastrando poco a poco, con mirada ansiosa y temible... Gritaba, hablaba, daba voces. Mi padre y mi madre acudían, pero se iban transformando en seres pavorosos en presencia mía; estiraban los brazos para ayudarme y aquellos brazos se tornaban visiones dantescas; hablaban y sus palabras tenían sonidos fúnebres, extraños.

Por lo regular despertaba frío del miedo, con la garganta repleta de gritos. Miraba en redondo, y todavía con los ojos abiertos sentía que tenía a mi lado las multiformes pesadillas que me asediaban antes.

Mi madre me untaba aguardiente con romero; me hacía oler ajo, por si tenía lombrices; me acariciaba y me hablaba con voz doliente. Cerca estaba padre, gruesa la expresión y en la mano la frente.



Cuando las fiebres cedían al cuidado de mamá y podía levantarme, era tan débil como la llama de la vela expuesta al viento. Sentía la voluntad anulada y me parecía vivir lejos de mi propio cuerpo. Entonces amaba el sol, sobre todo el sol; me divertía cualquiera futilidad, adoraba los colores, el canto de los pájaros y las flores. Con pasos inseguros caminaba por el patio, me iba hasta el naranjal a recoger azahares, me apoyaba en los espeques del portón para avizorar el camino.

En un cuerpo nacido años antes empezaba a aposentarse la vida de nuevo; todas las cosas aparecían por primera vez ante mis ojos asombrados; el amor me colmaba el pecho, un amor vasto y tranquilo, para las piedras y los animales, para las plantas y los hombres, para la tierra y para el agua... Un amor... Un amor que no se siente a menudo y que lava el alma, la purifica, la limpia.

XIII

—¡Lo peché! ¡Lo peché! Ahora yo me voy, don Pepe; tengo que andar apurando el paso porque no quiero que me alcancen esos condenados. La Mañosa viene por ahí. Usté no la va a conocer, don Pepe...

José Veras montaba un caballo "melao" que espumeaba por la boca y chorreaba sudor. Era justamente el medio día. Arremolinados a su vera, nosotros hacíamos coro a su prisa con gestos e interjecciones. Papá, más que con la palabra, preguntaba con los ojos.

José venía de allá, del Bonaio. Había estado buscando aquel hombre con una constancia feróz; lo había encontrado, y el cuchillo se le fue entero en la carne del otro, por la tetilla. Ahora tenía que huir, que tirarse hacia remotos parajes, hasta que no perdieran el odio los hermanos del difunto. Pero aquellos serían también como él, vengativos y crueles, porque nadie, absolutamente nadie les sembró en el pecho, cuando eran niños, la semilla de la generosidad.

Los hicieron rezar;²⁹ y alguna vez los llevaron al pueblo para que confesaran, siendo pequeños. Y es seguro que el cura les hablaría del poder de Dios, de la venganza divina, del castigo de los cielos; pero ellos nunca habían visto descender un rayo sobre la cabeza de un malvado, ni en el momento de cometer un crimen ni después; nadie les dijo que un cuerpo humano era una maravilla de la naturaleza, que los otros hombres veían, como ellos, y que eso era un prodigio tan asombroso, que sólo por el placer de ver vivía el hombre; nunca les enseñaron... Ellos procedían devolviendo con mal el bien que no les hicieron.

José Veras jamás había temido; tenía una conciencia sorda, en la que acumulaba odio tras odio. Esa vez huía porque le perseguían y la persecución era justicia, personal o no, pero era justicia. No temía a los hombres, sino a la justicia que ellos querían hacer en él.

No quiso dejarnos hablar. Alzó una rama fuerte que tenía en la mano, arreó la montura y se alejó. Cruzó el Yaquecillo al trote, chispeando de agua las piedras y las orillas.

²⁹ ...rezar, de seguro; y ...

De pie junto a la puerta, le vimos perderse en el recodo. Padre volvió la vista, cargada de pesimismo, y tropezó con la de mi madre, húmeda, desolada. Entramos.



Esperamos una hora, dos, tres... La Mañosa no venía. Caminando del patio al comedor, del comedor al portón, las personas que frecuentaban la casa discutían y comentaban la actitud de José Veras. No había habido lugar a explicaciones y nadie sabía a qué atribuir aquello de que la mula venía atrás y de que no la conoceríamos.

La tarde se iba consumiendo entre conversaciones pesadas y lamentaciones cuando Pepito, que jugaba en el camino, entró dando voces y diciendo que la mula venía. Se olvidaron de mí y se lanzaron todos al portón; yo logré abrirme paso por entre las piernas de papá. Estacionados todos allí, discutían que si era ella, que si no era ella. Una mula venía, cierto; pero se trataba de un animal esmirriado, flaco como un machete, de pelambre descolorida y escasa. Traía paso lento, haragán, y la montaba un hombre canijo, a quien de lejos se le veía el aburrimiento.

Pero cuando mula y jinete se fueron acercando, aquella fue alzando las orejas como con trabajo y aparentaba estar cobrando aspecto más vivo, más alegre. Papa dijo:

—No es ella, pero...

Simeón, quitándose el cachimbo de la boca, sujetó a padre por un brazo y aseguró:

—¡Esa es la Mañosa, compadre!

—¡No! —roncó papá.

Él mismo trataba de engañarse; porque aquello que le traían era un despojo y su Mañosa no podía ser tal cosa; él no se resignaba a la idea de que le hubieran convertido al animal en tal lamentable esqueleto.

Sin embargo, era ella, la Mañosa, la misma. La reconocimos cabalmente a diez pasos, más que por otra cosa, por la expresión regocijada que le reanimó el rostro al oler sus potreros y al vernos de nuevo. Pero no podía tenerse. Los huesos de la cara cortaban; sobre los ojos tenía dos huecos profundos; traía las orejas caídas; las costillas de relieve, las ancas afiladas. Le habían cambiado el color, por el lodo, por lo reseco del pelo y sobre todo... ¡sobre todo por aquella terrible culebrilla que no le pudimos notar sino estando pegados a ella; por aquella culebrilla que le había vuelto llaga toda una pierna!

—Pero... ¿Cómo es ésto, cómo es ésto? —sollozaba casi mi padre, sujetando a la Mañosa por la jáquima y al hombre por una pierna.

—¿Qué le ha pasado a mi mula, qué le ha sucedido? —preguntaba con una voz dolida, amarga.

El hombre nos miraba desde su aparejo, un aparejo desflecado que traía por jáez. Su expresión era estúpida, infeliz.

—Me entregaron esta mula para que la trajera —dijo.

—Apéese, amigo; apéese —recomendó Simeón, tratando de evitar que explotara el enojo de mi padre.

Él se dejó caer, se sacudió los fondillos y saludó quitándose el sombrero. Todo lo hizo con un aire de perfecta idiotéz.

Padre contemplaba a su mula y se le aguaban los ojos.



En la sombra húmeda del naranjal, la mano puesta sobre el anca de la Mañosa, Mero monologaba. Desde el corazón le subían, en una creciente incontenible, todas las palabras tiernas que tenía sepultas, las que no les decía a los sobrinos ni a la hermana, las que él hubiera deseado secretar al oído de la novia. Aquel extraño sentimiento que le torturaba le hacía suponer en la Mañosa capacidad humana, sensibilidad humana.

Pepito y yo silenciábamos, respetuosos; Mero espantaba con el sombrero las moscas que ronroneaban sobre la llaga. El animal, poseído de una lentitud religiosa, movía el rabo y la cabeza, trataba de acariciarse la carne enferma, miraba con los ojos fúnebres...

—Consígame un poco de cal, Pepito —dijo Mero.

Ido mi hermano, siguió a solas:

—Estás muy mala, Mañosa. Esos condenados te han dejado en el hueso y de ñapa con una culebrilla que te está matando...

Hablaba sin mirarme, siempre la mano en el anca, compungido y respetuoso:

—Yo voy a procurar curarte; pero si la Virgen no me ayuda...

Incapáz de comprender bien el dolor de Mero, absorto, yo le oía sin ponerle atención. Me llegaban voces de la cocina y me daba cuenta de que allá trataban de hacer hablar al hombre.

Pepito vino corriendo, mancha blanca sobre el fondo descolorido de la casa y el patio. Traía cal y creolina. Mero tomó la primera en las dos manos, las puso altas, sobre la carne viva del animal, y apretando el blanco polvo entre las palmas, lo fué estrujando lentamente. La cal caía pintando la costra hedionda de la culebrilla. La bestia movió una pata, le tembló toda la piel, alzó la cabeza...

—Malo —dijo Mero.

Y se quedó mirando lejos, lejos. Se recostó en un tronco de naranjo. Nosotros le hacíamos coro a su ausencia.

Papá se acercó, preguntando de lejos.

—No se salva, don Pepe —le contestó Mero.



Sospechaban en casa que aquel hombre callaba mucho porque sabía demasiado. Aparentaba ser distraído; pero a la hora de cena puso toda su atención en lo que servían. No quiso sentarse a la mesa, sino que ocupó una silla pegada a la pared, encaramó los pies en el travesaño, tomó el plato con una mano y se lo llevó a la altura de los ojos. Se metía cucharas repletas en la boca golosa y contestaba con gruñidos a las preguntas que padre le dirigía.

Era él delgado y amarillo como la naranja seca; la nariz fina le limaba todo el aire de imbecilidad que le daban los ojos, apagados, pequeños y sosos. Tenía los pelos de la barba y el bigote escasos y crecidos, así como los de la cabeza, brillantes, grasosos, que le cubrían el pescuezo y le caían en mechones sobre las orejas.

Chocaba verle sin armas, cosa inusitada aun en los más pacíficos hombres. Vestía sucia camisa amarilla, pantalón azul, duro, corto y estrecho y un sombrero de cana. Cerca de él se respiraba un olor desagradable, que tenía mucho de animal y mucho de basura podrida.

A la hora de dormir se arregló él mismo un nido en el almacén, siempre silencioso, y se retiró hasta que no se asomó la madrugada por encima de la Encrucijada. Por la mañana tenía cara más dispuesta, saludó con cierta confianza y se fue a la cocina a pedir su café como si tal cosa. Ya en la tarde empezó a echar los primeros párrafos con Simeón.

Hablando se le fue quitando el miedo o la timidez, y hablando fue soltando cabos, que padre y madre, Dimas y Mero anudaban. Hubo un momento en que el alcalde hizo una pregunta, a simple vista, curiosa:

—¿Cuándo sigue para el pueblo? —dijo.

El hombre movió la cabeza y le sacudió algo el cuerpo. Miró por entre el entrecejo y se pellizcó la palma de una mano. Estuvo buscándose espinas por la muñeca, disimulando. Al fin dijo:

—Yo no voy al pueblo.

—Anjá... Yo estaba creyendo que sí —comentó Simeón.

Padre se encerró en algún pensamiento oscuro.

—Entonces ¿para dónde va usted? —preguntó de repente.

—Bueno... —el hombre rompió a reírse—... Bueno... Yo me vuelvo para casa.

Señalaba la dirección que le había traído, el camino que había dejado atrás. Padre aumentó su confusión cuando insistió:

—¿A usted lo mandó el general, el general Macario?

—¿A mí?

El hombre se señalaba el pecho y miraba extrañado. Madre cruzó por delante del fogón, puso los brazos en jarras, después los cruzó por el vientre, se quedó viendo al hombre y le interrogó, con suave voz:

—¿Por qué traje esa mula aquí? ¿Quién se la entregó?

—¡Ah! Asunte ahora... ¿Y el diache de José Veras no se lo explicó a ustedes?

—No —dijo papá, interesándose más.

—Y así son las cosas, don. Yo estoy aquí, como quien dice viviendo, y ustedes no saben quién soy ni para qué sirvo. Yo creía que ese diablo de hombre...

—José Veras no dijo nada —repitió padre.

—Bueno, entonces...

—Cuente, amigo.



Era aquella una historia que comenzaba atrás y en Licey. No estaba claro por qué quisieron matar un hombre en un baile; pero sí estaba claro que José Veras le defendió, machete en mano. Al otro día, en un callejón cualquiera, uno de los agresores apareció muerto, horriblemente apuñalado. El hombre tuvo que huir y tomó rumbo hacia arriba, hacia la salida del sol. Eran locos los tiempos y el trabajo apenas producía. Así fué como él se dedicó a vender animales, caballos, reses, cerdos. Le tomó cariño al oficio y acabó haciéndose de ellos sin dar nada en cambio. Por senderos tuertos, atravesando lomas, caminando por los cauces de los arroyos escasos, caía al otro lado de la cordillera y por allí vendía sus presas.

El general Fello Macario llegó un día derrotado, perseguido por el gobierno, y buscó refugio en las orillas del Bonao; no le era difícil conseguirlo, porque le querían todos. La montura del general era una mula pretenciosa, parejera, bonita. La había cambiado³⁰ por su caballo rocillo, que había dejado herido en el camino.

—Guárdeme esta mula aquí —le dijo el general a un amigo—. Cúdemela, que yo la mandaré buscar.

Fello Macario solicitó un animal cualquiera y con algunos compañeros se internó por las vueltas de Arroyo Toro. José Veras no se le desprendía del lado. El general estuvo mandando recados, día y noche, y a las tres semanas reunió a los compañeros.

—La cosa está lista ya —dijo.

Encargó a José Veras que volviera a buscar la mula y que la llevara él mismo al Pino. José Veras bajó, solicitó el animal y encontró a la gente desconcertada: alguien se había robado a La Mañosa.

José se rascó el pescuezo, movió la cabeza; al cabo dijo:

³⁰ ... cambiado en el camino por ...

—Ahora sí se pone malo el asunto. Yo vine aquí atrás de un hombre y no me voy sin conseguirlo; pero ahora tendré que sabanear también la mula.

Volvió a donde el general.

—Se han robado la mula —explicó—; así es que déme cinco días para buscarla, porque yo no me le presento a don Pepe sin ese animal.

A pie, hurgando los potreros, preguntando en cada bohío, resuelto y desorientado, Veras anduvo y anduvo hasta que un día vió en el lado de un callejón unas huellas que le resultaron sospechosas.

—San Antonio —dijo con una irreverencia insultante—, te voy a prender como siete docenas de velas si me la pones atravesada por aquí.

Siguió aquellas huellas, emperrado en que pezuñas tan pequeñas sólo la Mañosa las tenía. El rastro se le perdió en una cerca inculta, llena de breñales, cadillos y gramales; pero José notó que alguien había andado por la cerca en la madrugada o en la noche anterior. Siguió la ruta indicada por las breñas maltrechas y al caer la tarde columbró el techo de un rancho entre unos árboles apretados. Apuró el paso. Pronto se iba a cerrar la oscuridad y no quería perder tiempo. Ya cerca distinguió una montura amarrada y un hombre echado a su vera. Se hizo de cautela, cosa que nadie realizaba mejor que él y sorprendió al desconocido encañonándole el revólver a diez pasos.

—¡Párese, vagabundo! —tronó José.

El otro se puso en pie de un salto, saltó y sujetó la mula por la jáquima. Movía la cabeza indicando duda; abría los ojos y los cerraba de prisa. José se le acercaba lentamente.

—¡Pedazo de sinvergüenza...! Lo que más lejos tenía era que te diba a pechar por aquí.

A pesar de sus palabras, el tono de José no tenía nada de amistoso; una amenaza tremenda llenaba el momento de³¹ vaho asfixiante.

—¡Pásame! —le dijo dándole un manotón a la jáquima de la mula.

El desconocido estaba pálido y asustado.

—Compadre José, no me haga nada. Usted sabe que yo le debo la vida... Si la mula es suya, cójala y perdone...

—¡Mire cómo la ha puesto! —tronó José señalando la culebrilla que ya mostraba más de una cuarta de llaga en la piel.

—Pero eso no le pasó conmigo, créame, compadre José, éso no le pasó conmigo.

El desconocido estaba seguro de que Veras le iba a matar. Amparado en la abrumante soledad que les rodeaba, le pegaría un tiro y después se alejaría tranquilamente, montado en la mula, a pasos cortos.

³¹ ... de un vaho...

—¡Coja por delante, vagabundo! —ordenó José, señalando el camino de la vuelta. —Si sé dejo que lo maten como un perro aquella noche...

Se refería a la noche del baile, cuando aquel hombre que se había robado La Mañosa estuvo a punto de caer destrozado por los machetes de sus enemigos.

El hombre se hincó lleno de una angustia mortal y de un miedo enorme.

—Haga conmigo lo que quiera, compadre José; haga conmigo lo que quiera, pero tenga en cuenta que yo soy agradecido y que si hubiera sabido que la mula era suya, ni le pongo la mano.

El cuatrero abriendo camino y José detrás, ginete en la Mañosa, anduvieron toda la noche. Cuando al uno se le fue pasando la rabia y al otro el temor, empezaron a conversar con monosílabos y acabaron dirigiéndose frases enteras en las que no había rencor.

—Sabaneando ando yo a un hombre que me cortó en el Pino —dijo José, ya en la madrugada.

—¿Y ese diache no sabía con quién se estaba metiendo? —preguntó el otro.

—Asigún parece...

José le explicó cómo era, y las figuras de los compañeros. Cavilando y cavilando, el otro llegó a concluir en que conocía a su heridor.

—Vive por los lados de Jayabo... Sí; es un hombrecito medio atrevido —aseguraba.

—Entonces usted me va a llevar allá. Lo que soy yo no me voy sin verle la cara.

Anduvieron. Pedían posada en los bohíos escasos, comían poca cosa, y a la tercera noche dijo el otro:

—Horita estamos en Jayabo.

La culebrilla de la mula seguía en progreso; enflaquecía a ojos vista; acortaba el paso, y cuando el ginete se descuidaba, caminaba con lentitud de buey, abrumada, cansada.

A eso de la media, el otro le señaló un bohío a José y le dijo que el hombre vivía allí. Veras desmontó, apretó un brazo del compadre y le masticó estas palabras terribles:

—Usted me lleva esta mula al Pino, donde don Pepe; y si por un por si acaso no llega con ella, lo busco y lo arreglo aunque se meta en el fin del mundo.

El otro le juró por su madre que así lo haría. Se despidieron y el cuatrero buscó el camino real. Al otro día, cerca de las doce, sintió a su espalda pisadas veloces y se viró: José Veras venía montando un "melao" que se bebía los vientos. Se detuvo a su lado apenas un segundo para decirle:

—Los hermanos del difunto me vienen pisando el rabo. Acuérdesse de lo que le dije... A don Pepe, en el Pino.

El cuatrero le vio seguir en rauda carrera. Apenas si pudo decirle, con la voz ahogada por los cas[ç]os del caballo:

—Adiosito, compadre.

Media hora después le pareció que una cabalgata irrumpía a su espalda. Eran tres hombres bien montados, los hermanos del muerto. Si José no andaba vivo, se lo comían.

—¿Usted ha visto pasar un hombre por aquí, vestido así y asá? —preguntó uno de ellos.

—Hombre... Yo vide uno que pasó hace un rato; pero cojió por aquí, el camino del Cotuy. Diba en un “melao” bonito...

—Sí; ése era. El caballo es robado y él mató a mi hermano.

—¿Cómo?

El cuatrero se esforzaba en aparentar alarma y horror. ¡Ay de él si aquellos tres diablos sabían que él había señalado la casa del difunto al matador!³²

Los perseguidores se internaron en la dirección que él les indicaba. Sintió liviano el corazón. ¡Ya le había pagado con buena moneda a José Veras!



El hombre hizo cuantos esfuerzos pudo para hacer creer que él no era el ladrón de la Mañosa; pero en casa comprendieron todos y alumbraron con entendimiento los puntos oscuros. Después de todo, se había portado bien y no valía la pena echarle en cara su robo. Por eso, todos, tácitamente, convinieron en hacer que le creían; y hasta para darle mayor fuerza a tal generosidad espiritual, Simeón masculló, en acabando el hombre:

—Yo ni supongo quién será él; pero se lució en ésta.

El hombre estuvo buen rato callado. Al fin dijo:

—Me vuelvo esta noche, con la fresca. Tengo que caminar a pie...

Todos pensamos, mirándonos: “Será bien poco, porque en el primer potrero le cae arriba a un animal”.

—Yo le voy a buscar unos clavaos, amigo, para aliviarle el camino —prometió papá.

Él, con la mirada resbalosa, agradeció la bondad de mi padre. Tornó a su silencio redondo y, cruzado de brazos, los pies en el travesaño de la silla, se dió a esperar la hora de salir.

Allá, en el naranjal, la mula inocente miraba el enjambre de moscas que se le acercaba sobre la llaga³³ y esperaba, esperaba...

³² ...difunto a José Veras!

³³ ...herida...

XVI³⁴

Era domingo. En aquel campo,³⁵ los domingos se denunciaban en el enorme silencio que parecía emerger de la propia tierra, en la ropa planchada de las mujeres y los hombres, en el paso de algún³⁶ ginete que llevaba sus gallos a lugares cercanos, y más que nada, en el sol. El sol del domingo era allí despacioso, discreto y ardiente. Parecía estar clavado en un cielo chato, pintado expresamente para tal día; parecía estar enardecido... Las nubes se arrinconaban más allá de las lomas, mucho más allá, bien lejos.

Era domingo. Habíamos comido y yo jugaba a la sombra del almacén, en la orilla del camino. Buscaba piedrecillas blancas para lavarlas y entregarlas a mi hermano como monedas, a fin de quitarle alguna tontería, cuando alcé la cabeza y ví aparecer unas figuras entre el verdor de la Encrucijada. Balanceándose al paso de los animales, aparecían un hombre, una mujer con paraguas, dos niños. El hombre y la mujer tenían sendos bultos por delante. A poco ví³⁷ que sobre las piernas de él se perfilaba una figura humana, bien pequeña, bien corta. Llamé a Pepito. Sujeto a la puerta, sin descender al camino, miró y miró.

—Son viajeros —me dijo.

¿Viajeros?. No entendía. Para mí eran, sencillamente, unas personas que montaban caballos y si me atraían se debía, más que nada, al paraguas con que la mujer parecía defenderse del sol.

El grupo se acercaba y crecía. Distinguí la ropa del varón, negra y de paño, y distinguí la de los niños, mayores ambos que yo y que Pepito.

³⁴ Error en la numeración de los capítulos que se mantiene hasta el final del manuscrito. Aquí debería ser el XIV. Hasta esta página los folios estaban numerados a maquinilla del 1 al 50. En la página siguiente comenzaron por 2 hasta el 16 a maquinilla, pero colocados a mano en el margen derecho superior del 51 al 66.

³⁵ ...campo desabrido, los...

³⁶ ...algún que otro ginete...

³⁷ ...distinguí...

Después noté en la cara del hombre una mancha oscura³⁸; a poco me dí cuenta de que gastaba grueso bigote. Se tocaba con sombrero de fieltro y lo que traía entre piernas era una niña. Esta usaba un sombrero que debía ser del padre, porque padre sin duda era él. Detrás caminaba³⁹ la mujer, con falda azul y blusa blanca. El paraguas le tapaba el rostro; pero en los brazos sujetaba una cosa que yo no acertaba a definir.

Pepito, visiblemente alegre, dijo:

—Mira, Juan... son dos muchachitos.

Yo no⁴⁰ contesté. Miraba aquella niña que venía a la delantera del señor; me ensismaba en sus cabellos rubios, que refulgían a la luz del sol. Los tenía largos hasta el hombro y en ellos se enmarcaba una carita rosada, saludable, contenta.

El grupo estaba ya cerca, casi a nuestro alcance. El señor hizo adelantar un poco su caballo y lo acercó a la casa; tomó⁴¹ dirección como si caminara sobre mí, detuvo la montura y dijo, con voz bastante cansada: y vuelto hacia la mujer:

—Vamos a desmontar⁴² un rato aquí.

Yo dejé de buscar piedrecillas. Mamá, que de seguro había visto a la gente por el patio, entraba al almacén, secándose las manos, cuando tropezó con Pepito, que corría⁴³ hacia ella.

Se asomó a la puerta y recibió el saludo cortés del hombre.

—Quisiéramos descansar un rato aquí, doña —dijo él en tono de súplica.

Madre contestó afablemente:

—Cómo no, cómo no. Váyase apeando en lo que aviso a mi marido.

Papá llegó todo atareado, a tiempo de recibir⁴⁴ la niña que el señor trataba de poner en tierra; se acercó a la mujer, mientras el desconocido desmontaba, y diciendo algunas palabras de cortesía sujetó el bulto que ella tenía sobre el pecho. Era un mamoncillo, un pequeñín lindo, blanco y llorón, un niñito diminuto, que apenas entreabría los ojos y plañía con apagado sonido.

—Tiene sólo dos meses —explicó ella, como si le hubieran preguntado la edad.

Mi padre se lo entregó a mamá⁴⁵, que lo acunó en los brazos, lo meció, le puso los dedos entre los cortos labios. Yo corrí sobre él, alborotado y

³⁸ ...negra;...

³⁹ ...padre debía ser él. Pegada a él caminaba...

⁴⁰ ...no le contesté.

⁴¹ ...tomó la dirección...

⁴² ...descansar...

⁴³ ...corría ya hacia ella para avisarla de seguro.

⁴⁴ ...recibir con sus brazos la niña...

⁴⁵ ...madre...

sintiendo no sé qué loca alegría: nunca, nunca había visto cosa tan graciosa, personita tan pequeña, figura de gente tan borrosa y tan menuda; jamás había visto un niño de meses, y aquél me atrajo y me colmó de una ternura inexplicable. Me lo figuraba y lo quería igual que a un polluelo⁴⁶ recién nacido, o a un gatito o a un potriquillo.

Mamá decía cosas gratas para el niño, y sonreía a la madre, y miraba a la otra, la hembrita que venía en las piernas del padre; y mientras acomodaba al mamoncillo sobre su hombro, se dirigía a la mujer, diciéndole esas cosas tiernas y agradables que las madres saben decirse entre sí.

El señor y papá estaban bregando con los animales, tratando de meterlos por el portón, cambiándose palabras. Pepito se dirigía a los niños mayores, preguntándoles mil cosas, poseído de un aire grave y simpático de afabilidad y cortesía⁴⁷.

Las mujeres entraron a las habitaciones con el pequeñín, los hombres buscaron asiento en unas sillas que padre sacó del comedor y nosotros, los tres niños visitantes, Pepito y yo, escogimos un rincón para sentarnos en círculo y parlotear.

Explicaba uno de ellos su viaje, se mantenía seriecito el otro, y yo me entretenía oyendo hablar a la niña⁴⁸. Era una mujercita de mi edad, más o menos, trajeada con batita azul, zapatitos rojos y medias rosadas que le cubrían las rodillas. Tenía una extraordinaria vivacidad en la carita; se le amontonaban los pómulos cuando reía y hablaba cortando las palabras, sazónándolas con expresiones aturdidas. Conversaba de su casa,⁴⁹ y de sus muñecas y de un libro que le había regalado el padre, lleno de figuras.⁵⁰ Era incansable. A su lado me mantenía yo mudo, bebiéndomela con la atención. Era un placer doloroso para mí verla tan expresiva, tan sana, tan rosada. Por lo visto la había enrojecido más de la cuenta el solazo del camino. A su lado debía parecer yo un semivivo, pálido, enclenque, silencioso y hasta consumido por la extraña tristeza que la fiebre me dejaba en las entrañas, como un sedimento inexpulsable.

La niña, que parecía estar en todas, se incorporó de súbito y atravesó el almacén corriendo⁵¹, llamando a su madre. La había visto cruzar el comedor y se tiró en su regazo, buscando no sé qué alivio, como si se hubiera impresionado con mi expresión enfermiza o como si de pronto le hubiera entrado ese sueño profundo que parece atontar a los nenes.

⁴⁶ ...pollito...

⁴⁷ ...cortesía que cautivaba hubiera sido una tarde feliz aquella, hubiera sido, hubiera sido...pero...

⁴⁸ ...hembrita. Era...

⁴⁹ ...su casa, la que había dejado, y de...

⁵⁰ ...figuras, de colores. Era...

⁵¹ ...almacén a toda carrera; llamando...

Estuve un momento perplejo, medio viendo al comedor, a las mujeres, a la niña, al pequeñuelo. Oía vagamente la voz de mi padre y las respuestas del otro. El niño seriecito mantenía caída la cabeza y Pepito y el otro discutían. Les puse atención:

—Papá tiene gallos —decía el uno.

—Y el mío una mula que se llama La Mañosa...

Me incorporé. Detestaba del tema que los dos muchachos habían escogido; hubiera querido conversar con el otro, oírle, saber algo de él; pero su seriedad precóz me distanciaba. Me fuí al comedor. Las dos mujeres reían a cada palabra. La visitante mecía sobre el hombro al pequeñín, cuyos ojos aparecían hundidos entre gruesos párpados.

—Ahora —decía mamá— voy a prepararles una comida ligera.

—¡No, no! —protestaba la otra— ¡Si horita estamos en el pueblo...!

—No me diga que no; es algo rápido.

Mamá tenía el tono y la expresión alegres. La mujer la atajó:

—Entonces, espérese, que me iré con usted a la cocina... No me gusta oír hablar a los hombres... Siempre...

—Sí —atajó mamá—. Sólo saben ocuparse en negocios.

Ambas salieron. El sol florecía junto a la puerta. Oí el fru-frú de la falda azul y ancha, miré de paso la minúscula cara del niño. Otra vez la tristeza me ahogaba, aquella tristeza demasiado grande para mis pocos años...

Las conversaciones de padre y el visitante rodaban cerca, en la otra habitación. Me acerqué con disimulo.

—No, nada —decía padre.

El otro, caído el bigote sobre una boca fina y dolida, afirmaba:

—Nada, amigo. Ahora se han puesto los tiempos muy duros para los hombres de trabajo.

Papá parecía meditar lo que oía. Puso una mano en la rodilla del visitante.

—Esta sería una gran tierra si no fuera por esas condenadas revoluciones.

—Así es. Ya usted ve: yo estaba encaminado. Vivíamos con brega y con muchas privaciones; pero vivíamos. En eso, la maldita revolución revienta... No sabe uno adónde estar ni con quién. Cuando Fello Macario se alzó, corrieron a casa, me cojieron zapatos, comida, dinero, telas... Todo eso dizque lo pagaban a los pocos días. Coje el general Fello Macario el pueblo y me quita el resto, con promesas de cubrir el valor seguida. A mí, francamente, no me pesaba darle lo mío al general, porque me gusta y me siento su amigo; pero cuando parecía estar mejor la cosa, lo derrotan y me embromo...

El señor parecía no reparar en mí: parecía no reparar en nada. Su mirada muerta se tendía hacia ninguna parte, y las manos le pendían juntas, como manojos de hojas mareadas.

—El gobierno no quiso pagarme porque yo había aprovisionado al general... Bueno, amigo, la de acabarse... Ya usted vé ahora. Esperando que reviente otra vez la revolución, con la esperanza de cobrar algo para enderezarme, se me muere el muchacho y tengo que dejar el sitio. Ni la mujer ni yo podíamos seguir viviendo ahí... Ella no estaba acostumbrada a tan mala vida y...

—Comprendo —dijo padre apretándose la frente—. Considero que debe ser cosa tremenda perder un hijo.

Miró en redondo, buscándose. Un temor hondo bullía en sus pupilas. Yo mismo sentí como si mi fin hubiera estado cerca y tuve la seguridad de que la muerte nos rondaba. Sentía una suprema lejanía en la carne. Padre seguía mirándome. Se volvió inesperadamente, quizá tratando de ahuyentar el fúnebre pensamiento que le asediaba.

—¿Y se dice algo? —preguntó.

El otro parecía lamentar a solas la pérdida del hijo y contemplaba a los dos muchachos, al seriecito, sobre todo.

—Sí —aseguró—. Es una cosa de momento, que yo no sé cómo ha tardado tanto. Ya el general está juntando gente.

Empezaron a hablar sobre Fello Macario. El hombre dijo que le conocía desde hacía años; contó su historia a retazos, explicando que había sido persona mansa y de trabajo hasta un día en que una tropa le hendió la vida fusilándole a un hermano. El hermano aparecía como gente distinguida, seria y apreciable; teníanle en gran respeto por su lugar y apuntaba hacerse de prestigio que a la postre podía resultar peligroso para un gobierno desordenado. Algún enemigo le preparó naza y cayó en ella. Fello Macario le vió partir, amarrado sobre un caballo, precedido y seguido por soldados sanguinarios. Se abrazaron y el menor juró vengarle, si le sucedía algo. Y le sucedió. Suerte fue que pudiera encontrar su tumba, entre un monte cerrado, medio hoyada ya por los gíbaros y los cerdos cimarrones. Frente a la tierra blanda que cubría la huesa del hermano, Fello Macario lloró en silencio. Después... Después se hizo sentir el hombre. Acechó su oportunidad y un día, cuando la gente del pueblo murmuraba no sé de qué injusticia, Fello Macario montó, se armó de revólver, visitó bohíos, comprometió gente y bajó de las lomas al frente de un centenar de hombres; sitió el pueblo, puso plazo a las fuerzas para que se rindieran, desafió al comandante de armas a matarse delante de sus tropas respectivas... Cuando pudieron darse cuenta, había florecido un nuevo general sobre el estercolero de una injusticia: el general Fello Macario. Como una llama voráz, su prestigio cundió en todo sitio, llenó el Cibao, colmó los confines del país. Se le reconocían valor, nobleza, entereza, dignidad. Se abrazaba a toda causa que contara con el favor de los humildes, y aunque no sabía realizarlas, las hacía triunfar en el campo de las armas.

Padre oía al hombre hablar y le apuntaba cierta insana satisfacción en los ojos. Él estimaba y admiraba al general Macario; en cambio...

—Lo que no se va en lágrimas se va en suspiros, amigo. Ahí tiene usted a Monsito Peña.

—Sí, Monsito Peña...

El otro movía de arriba abajo la cabeza. "Monsito Peña", habían dicho ambos. Era el reverso.

—La última que hizo, ahora, en estos días, fue cortarles las orejas a cinco soldados.

—¿Cortarles las orejas?

—Sí. Y lo peor fué que se las hizo comer cocinadas.

—¿Cómo?

Padre, involuntariamente, se puso en pie. El ceño cortaba, y cortaban ciertas palabras que yo oía asombrado. Rápidamente paseó de un lado al otro. El hombre le veía sin comentar nada.

—¿Cómo?

Había tornado a su asiento y clavaba la mirada en el visitante.

—Como lo oye —confirmaba él.

—¡Oh! ¡Oh!

Claramente se le notaba el asco a papá. Arrugaba toda la cara y tragaba saliva.

—Pero tampoco es culpa de él, amigo —explicaba el señor—; tampoco es culpa de él, sino de la maldad que hay aquí.

—¿Maldad? ¡No! ¡Qué maldad ni maldad! ¡Eso es el colmo de la crueldad, señor mío!

Bajo el bigote caído le apuntaba una sonrisa amarga al hombre.

—Crueldad... ja, ja. Crueldad... Monsito Peña ha hecho cosas que no pueden decirse, cosas que nadie creería.

—¿Y no ha encontrado quien le cobre alguna?

—Es hombre muy esquivo, amigo; y tiene su gente también, no lo dude.

—Bandoleros, serán.

—Sí, éso, bandoleros. Hasta los criminales tienen sus simpatías.

Papá silenció un rato. De seguro pensaba en la tremenda verdad que acababa de soltar el otro.

—Hasta los criminales... —corroboró al rato.

Ambos callaron, y así estaban, meditando, cuando llegaron las mujeres a llamarles.

—La mesa está puesta —dijo madre.

—No se hubiera molestado, doña —murmuró el desconocido incorporándose.

Cuando hubo llegado a la puerta se volvió sonriendo a papá.

—Ustedes son muy gentiles —aseguró.

Y se volvió para llamar los niños, que estaban con Pepito, discutiendo todavía sobre lo que sus respectivos padres tenían.



Estaban las visitas terminando su refrigerio y yo absorbo en la conversación graciosa de la pequeña cuando llegó a la puerta un muchachón y saludó pidiendo la bendición.

—Dice Carmita que si usted puede ir allá, que Momón está muy malo —dijo dirigiéndose a mamá.

—¿Qué tiene? —inquirió ella sin levantarse.

El muchacho le dio vueltas al sombrero, entrecerró los ojos, y al cabo de rato sopló:

—Dizque está agonizando...

—¿Agonizando?

Madre se había incorporado de pronto. Sus manos revolotearon, como dos mariposas gigantes, y, pálida, impresionada, se dirigió con los ojos a mi padre, que golpeaba la mesa con los nudillos y contemplaba al muchacho.

—Perdonen —dijo madre a los extraños.

Sin preguntar otra cosa se dirigió al camino.

Yo seguía el vuelo de su falda, el resbalar de sus pies.

—¡Mamá! ¡Mamá! —grité, echándome afuera, súbitamente mordido por un dolor insufrible.

—No, no —respondió—. Irás después, más tarde, con tu papá.

Se iba de prisa, de prisa, gastando velozmente la distancia. Me volví. De pie, estupefacto, mi padre me observaba. Corrí alocado y me tiré sobre él, incapáz de contener aquel llanto crudo que me ahogaba.



Los extraños nos acompañaron hasta el bohío donde moría Momón. Íbamos con ellos papá, Pepito y yo. Desde lejos vimos innumerable gente arracimada a la puerta. No sabíamos de adónde salía tanta, ni cómo la noticia había cubierto tan pronto las distancias que separaban los escasos bohíos de El Pino. Frente a la morada del desdichado se detuvieron los visitantes, cabecearon algo; a la mujer le brillaron lágrimas en los ojos. Yo estaba con Pepito casi entre las patas de los animales, deseando ardientemente subir en uno de ellos y mirar lo que los ginetes veían. No me atreví a entrar, por miedo a papá. El hombre llamó y estuvo un momento hablando con padre. Le encargaron saludos para mamá, nos dijeron adiós y se fueron. Imposibilitado de ver a Momón, y lleno de un vago sentimiento de dolor, los ví alejarse. Ellos no se volvieron. El

sol del domingo esplendía bajo el cielo chato, tras las figuras de aquellos viajeros tristes.

Pepito me sujetaba una mano. Estaba inquieto, frío, y le abrumaba la gente, que se agrupaba sobre nosotros, se movía, nos empujaba, nos mecía. Nadie lloraba. A veces oíamos algunos quejidos que debían ser de mamá o de Carmita. Pepito hizo esfuerzos y se fue acercando a la puerta siempre con mi mano entre la suya. Por entre una pierna y un pantalón ví el catre, los pies de Momón, amarillos, traslúcidos, y una vela ardiendo. Traté de alzarle. Alguien pasaba una mano sobre la cara del muerto. Me levanté más: los huesos de la quijada de Momón estaban allí, agresivos, filosos. Tenía la barba crecida. No sé por qué me sentía sereno, aunque molesto por el olor de tanta gente y por el murmullo de las conversaciones. Vimos a papá acercarse y tratamos de salir. Pepito me llevó a la orilla del camino opuesta y desde allí observamos cómo papá salía con Dimas, con el viejo Morillo, con Simeón y con otro hombre. Estuvieron comentando algo en una esquina del bohío y después Dimas se fue con Simeón hacia su casa.

Algunas mujeres salieron de los callejones vecinos y se encaminaron hacia la casa del difunto. A poco distinguimos el murmullo de los rezos que empezaba a llenar la tarde como el abejoneo de millares de insectos. La tarde empezaba a manifestarse. Sobre los cerros de Cortadera, el cielo se hacía más bajo, más cercano, más sólido. Pepito me hablaba del muchacho que charló con él en casa, y yo apenas atendía a lo que decía. Vimos a Dimas y a Simeón aparecer con algunos varejones, en el confín del camino. Venían tratando de algo, al parecer. A poco de entrar ellos empezaron a salir hombres y a formar grupos. En algunos discutían, suavemente, como si hubieran temido despertar a Momón. Decían que si era muy tarde, que si había que hacerlo, que si el difunto no aguantaba... Pepito callaba, con los ojos quietos como manchas azules.

Persistía la tarde en hacerse sentir. Ya aparecía sobre nosotros una inmensa mancha parda y el sol parecía descender deprisa, como deseando echarse a rodar por las faldas de las lomas.

Simeón, fumando su roñoso cachimbo, estaba con el frente hacia el poniente. De pronto sujetó a Dimas por un hombro, le hizo virarse y señaló. El viejo se quedó perplejo y dijo:

—Cualquiera cree que es mi muchacho.

Simeón le miró y pareció sonreír.

—Ese mismo es, compadre.

Dimas tornó a ver. Allá, en el recodo distante, aparecía una mancha movida, que caminaba tambaleándose, se detenía, alzaba los brazos y lanzaba gritos que oíamos vagamente.

—No —aseguró Dimas—; ése no es de los míos.

Desinteresado en apariencia del que venía, se volvió a la puerta; pero Simeón le apretó el hombro de nuevo y remachó:

—Po ése es de los suyos, compadre.

Dimas alzó los ojos y contempló al alcalde, después detuvo la vista en la figura que llegaba y se le ensombreció el rostro. A esto algunos hombres miraban también hacia allá, comentando algo.

—¿Ese no es el hijo de Dimas? —preguntó alguien.

La figura se distinguía, aunque no del todo. Era, a todas luces, un borracho que caminaba haciendo festones y vociferando no sé qué cosa. Poco a poco la gente fue deteniendo la atención. Ya el hombre estaba a la distancia de una piedra. Ya...

—¡Es él! —gritó una voz del grupo.

Dimas miró en redondo, como los toros bravos, y pareció desafiar a todos. Avanzó dos pasos, retrocedió, clavó los ojos en el borracho.

—¿Será mi hijo? —preguntó en tono candente— ¿Será mi hijo?

Pacientemente, uno dijo:

—Es él.

Unos cuantos empezaron a caminar sobre él que venía. Dimas casi gritó, volviéndose a todos:

—¿Mi hijo borracho?

Y era su hijo; sí. A unos cuantos pasos se detuvo, hosco y torpe, levantó un brazo y vociferó:

—¡Viva el gobiernooo!

Los hombres se le acercaban. Dimas se abrió paso, y cuando estuvo frente al hijo, como quien se queja contra el mundo, gimió:

—¡Esto es lo que me devuelven, un borracho!

Abatió la cabeza, frente al hijo que parecía no reconocerle, y volvió los desolados ojos a todos los conocidos, a todos los amigos, a todos los que le veían.

—¡Un borracho...! —terminó.

¡Y todavía podía dar gracias, porque el otro hijo quizá no se lo devolverían, como no le habían devuelto los suyos a Carmita, como no le habían devuelto a Momón a la madre que esperaba en el distante Bonaó, a la madre que creía que el hijo estaba "bueno y sano"!



La queja aguda de Carmita, el llanto silencioso de mamá, las lamentaciones de algunos hombres y las lágrimas mías, las lágrimas que me diluían en una ansia incontenible de seguirle, fue lo único que acompañó unos cuantos pasos a Momón. No tardaría en anochecer. Diez o doce campesinos marchaban a su vera, para relevar a los que llevaban las parihuelas. Los vimos subir un ligero desnivel, los vimos irse apagando

en el camino. Momón iba alto, en hombros, en hombros, casi pegando al cielo que empezaba a ennegrecer, el cielo chato y denso del domingo.

Momón iba alto...

XVII

—Borracho ha venido, borracho...

Esto era a veces, cuando todos silenciaban; el viejo Dimas no era hombre de vivir lamentándose; pero se quejaba porque ya no resistía. Aguantó callado que le reclutaran los hijos; soportó impasible la noticia de que le habían herido uno; sólo él y Dios sabían cuántas lágrimas tuvo que tragarse cuando se encerraba a solas en el bohío, ignorando la suerte de los muchachos. Todo lo había sufrido con paciencia; ¡pero hubiera preferido ver al hijo muerto y no borracho!

—Eso se le irá quitando, Dimas —decían en casa para consolarle.

El negaba con gestos y miraba hacia los rincones.

—No lo deja; y ahorita le pierde el gusto al trabajo, y el hombre que no trabaja roba, porque si no ¿cómo vive?

Sus razones tenía. El hijo andaba rondando por las pulperías lejanas, de mañana en Pedregal, de noche en Jumunucú. No le dirigía la palabra al padre y se llevaba bien con ciertos amigos de flaca fama cuya vida consistía en esperar, sentados frente al mostrador de una pulpería, el paso de viandantes que entraran a comprar algo y le brindaran un trago.

Al muchacho era milagro verle; no conservaba la apariencia limpia y cuidada de antes; ni tenía el aire ingenuo y simpático. Estuvo en casa una o dos veces, contando episodios de su corta vida militar, y el viejo Dimas no escondía el disgusto que le proporcionaba tenerle al lado.

—Ahora veremos cómo sale el otro —decía consolándose.

“El otro”, según supimos, se había encariñado con la carabina y con las costumbres del pueblo.

—Le va a ser difícil conseguirlo —comentaba Mero.

—Asigún...

—Ojalá le saliera general, Dimas —chanceaba papá—, a ver si lo saca a usted de apuros.

—¿General? No don Pepe; yo lo que quiero es que se dé hombre serio, como su taita. En esos trances de tiros lo que puede sacar es lo que el pobre Momón.

Poniendo la cara triste, mamá rogaba:

—Dios lo tenga en la gloria.

En la gloria... Yo pensaba: "En la gloria". Sí, allí debía estar Momón, en aquel paraje alto y lleno de luz que me describía madre, en aquel jardín lejano, donde las plantas florecían de ángeles y donde músicas que yo era incapáz de materializarme resonaban día y noche. Allí debía estar, sólo que se me hacía trabajoso figurarme a Momón entre santos vistosos, él, Momón, con sus pantalones remendados y desteñidos, con su barba crecida, con sus pies descalzos.



¡Qué pesadas se hicieron las primas noches que siguieron a la muerte de Momón y a la vuelta del hijo de Dimas! Las conversaciones se estancaban, degeneraban en palabras lastimosas; todo se volvía suspirar y mugir como los becerros abandonados. A mí se me cargaba el corazón con un peso insoportable, me faltaba aire, me abrumaba el desgaire con [*que*] se movían y hablaban los otros.

Las fiebres parecían haberme olvidado, pero todavía me sentía inseguro y propenso al lloro, débil, incapáz hasta para jugar con Pepito. Durante todas las horas del día me mantenía consumiéndome a mí mismo, escogiendo con un placer torturante los pensamientos que más me dolieran. Me esforzaba en buscarle un fin trágico a José Veras, y no apartaba de la mente el último momento en que lo ví, cruzando el pobre caudal del Yaquecillo, anhelante y apurado en poner tierra entre las patas de su caballo y las de los que le perseguían; me detenía horas enteras en el recuerdo de Momón, y de noche despertaba mirando sus pies muertos, sus pies amarillos e inmóviles; o contemplaba la escena aquella en que él iba en hombros de cuatro o cinco campesinos toscos, camino de la fosa, solo, tan solo. La figura del general Fello Macario entraba a veces en aquellos siniestros pensamientos míos, gallarda, marcial y atrayente. Ya le veía cargando con su caballo rosillo sobre la gente del gobierno, ya le veía cayendo lentamente de la montura, roto el pecho de un balazo, laso el brazo, torcida la cabeza; o se me figuraba estar a su vera oyéndole mandar en la fiebre del pleito, remolineando un sable bruñido en la diestra, con la mirada fogosa, con las palabras veloces e hirientes. Inesperadamente me asaltaba la imagen del cuatrero, triste, zonzo y comilón. Le veía perdiéndose en un camino largo y oscuro, montando un asno descarnado.

Mi padre no dejaba de echarme el ojo de tarde en tarde y viéndome con cara tan poco infantil, tan preocupada, se alarmaba y me decía que estaba enfermo; me tomaba el pulso, me hacía sacar la lengua. Después llamaba a mamá:

—Ángela, este niño tiene algo; este niño está muy triste.

Mamá me alzaba, me sentaba en sus piernas y me alisaba los cabellos con sus manos afanasas. No hablaba, no comentaba; acaso decía, con entonación sufrida:

—Cuándo podremos dejar este lugar, para que mi hijo sane...

Y se quedaba contemplando el patio, los potreros, que verdeaban allá, en el confín del cielo, parejos y satisfechos.



Escasos días habían transcurrido cuando empezaron los contertulios a mostrar[se] inquietos y a decir que Fello Macario había levantado cabeza. Se acechaban las recuas para pedir informes.

—La revolución se está armando —decían.

Pasaba algún desconocido que iba en viaje de diligencias al pueblo.

—La revolución se acerca —decía.

Dimas y Simeón, Mero y la vieja Carmita, el hijo de Dimas y el viejo Morillo, que alguna vez se arrimaba por casa, todos traían noticias recogidas al azar, en bocas pasajeras.

Un día, por fín, la voz del campo, salida de todas partes a un mismo tiempo, rompió en clamores:

—¡La revolución! ¡La revolución!

De los montes cerrados y lejanos acudía gente que repetía la voz:

—¡La revolución! ¡La revolución!

En todos los bohíos, las manos callosas recogían ropas y hacían bultos; en las pulperías se agotaban las reservas de sal. El que iba a beber ron y a comprar gas, el que iba a buscar creolina y a vender frijoles, la mujer que pedía jabón, la que llevaba maíz, todos repetían el clamor:

—¡La revolución! ¡La revolución!

Una tarde, ahogándose de miedo, el viejo Morillo llegó a casa, metió los dedos en las orejas de papá, le ten[í]ó el pecho, nervioso.

—A Pedregal acaba de llegar una fuerza del pueblo.

Papá se atrincheró en un silencio cargante; de hito en hito miró al hombre.

—¿Fuerzas? —inquirió cuando se hubo satisfecho.

El viejo Morillo no acabó de asegurar sus palabras: velóz como un ventarrón, el alcalde se metió en la casa y dijo:

—Una tropa en Pedregal.

Y después, Dimas; y Mero, que traía la cara azul; y más tarde otro; y otro. Innumerable gente corrió a casa, masticando lamentaciones y lloros. Padre les atendía, les calmaba. Pero después, a la anochecida, empezaron a venir con peores noticias: la revolución venía ya, a toda prisa. Iban a chocar en Pedregal, iban a tropezar con aquella tropa ignorada, iban...

Papá escuchó, impávido, y pensó. Después, impaciente e inseguro como la brizna que el viento agita, empezó a recoger opiniones y nuevas con todos los que se arrimaban. Al fin, medio oscuro ya, se fue a un rincón con Mero.

—Hay que ver al general —dijo.

Mero huyó la cara.

—Hay que ver al general —repitió papá.

—¿Y cómo? —preguntó el otro.

—¿Cómo? Yendo adonde él esté.

—Anjá.

Mero se cojió ambas manos tras la espalda. Padre se rascó la cabeza.

—... Si la Mañosa estuviera sana... —lamentó[.]

Encendió un cigarro y se acercó a otra gente que llegaba, otra gente igual a la anterior, a toda la que había estado entrando en casa aquella tarde, con idéntico miedo, con el mismo ánimo abatido.

Habla y habla, papá se fue comiendo una hora, dos horas. Cerrada la noche vimos pasar a un hombre tambaleandose al amparo de la luz que nuestra lámpara regaba en el camino.

—Véalo —despreció Dimas—. Borracho...

Papá tuvo una idea súbita.

—Llame al muchacho, Dimas, llámelo.

El borracho accedió a acercarse. Se le movía la cabeza como un péndulo, babeaba y tenía sucios los ojos. Padre le preguntó de adónde venía. Con una risita imbécil él indicó que de arriba, de Jumunucú.

—Ahora —explicó— voy a juntarme con mi gente.

Era un borracho manso, hasta cortés, si se quiere. Reía y reía; eso era todo. Dimas quería fulminarlo con su rencor.

—¿Con la que está en Pedregal? —preguntó padre[.]

El beodo afirmó con la cabeza. Casi se caía y persistía en sonreír.

Papá dió unos pasos por el almacén.

—Hay que avisarle; hay que avisarle —decía.

De pronto alzó la cabeza y clavó los ojos en Simeón.

—¿Usted se atreve, compadre?

—Ello... —el alcalde rehuía.

Padre le cojió por los hombros.

—Oiga, Simeón, si se prenden aquí vamos todos a correr peligro. Yo no quiero aguantar un tiroteo con mi mujer y mis muchachos en este caserón de madera.

Con las inquietas manos indicaba la inseguridad del sitio, señalaba las paredes, el zinc. El alcalde se puso en pie de un salto.

—No hay que decir más, compadre.

Iba a tirarse al camino ya. Papá le llamó y estuvo recomendándole algo en el comedor. Mamá, mientras tanto, trataba de levantar el espíritu

de unas mujeres asustadas, a las que Pepito y yo, ignorantes, veíamos con pena y con cierto desdén.



A los pequeños nos hicieron dormir, mientras los mayores velaban la vuelta del alcalde. Pepito y [yo] comenzamos alguna conversación que se fue apagando con el sueño. Oíamos el ruido de pasos en el almacén; oíamos la voz de Dimas. Todo aquello se fue hundiendo, hundiendo...

Nos despertó el trajín, los golpes de las puertas, las órdenes de papá. Mamá vino a decirnos, quedamente, que nos vistiéramos porque teníamos que irnos. Pepito se tiró del catre, muy asombrado, y vino a decir que estaban empaquetando muchas cosas, y que al parecer íbamos al pueblo. Yo me tiré al suelo; papá me besó. Era impresionante su premura, el tono de su voz, lo anudado que aparecía por los nervios. Me asusté. Inconscientemente me encontré en el patio, agarrado a una mano de mamá. Lo atravesamos a toda carrera. La noche negra se iba abriendo pesadamente frente a nosotros. Recuerdo a trozos nuestra huida por el potrero, cortándonos las piedras que se escondían entre la húmeda yerba. Hubimos de pasar por una alambrada, bajo una mata copiosa de caimitos. Ante nuestros ojos apareció la mancha vaga de un camino. Mamá llamó. Un perro empezó a morder la oscuridad. Mamá llamó otra vez. Cerca estaba un bohío. La cabeza de la vieja Carmita se suspendió en el hueco negro de una ventana. La salita del bohío bailaba a la luz espesa de una pobre jumiadora. Palabras pálidas se arrastraban por el camino.

¡La revolución! ¡La revolución! En el vientre inmenso de la noche todo se arrinconaba, todo se guarecía, todo huía del sangriento fantasma que venía tronando desde el remoto Bonaó.



En la madrugada desperté y todavía creía dormir. ¿Por qué estaba sobre mí aquel techo bajito de yaguas? ¿Y por qué mi madre lloraba sentada en mi catre? ¿Porque había tantas bocas siseando secretos en la otra habitación? Me sentía afiebrado y de seguro estaba sufriendo otra pesadilla, otro delirio. En las rendijas abundantes azuleaba el amanecer. Madre levantó la cabeza, pareció escuchar y se acercó a la puerta. Poco a poco la fue abriendo.

—Pepe, Pepe... —llamó en soplos—. Pepe, Pepe... Óyelos.

¿Que oyera qué? Me incorporé. Pepito se estrujaba los ojos y bostezaba. Un rumor crecía por los lados de la Encrucijada. De pronto Pepito se sentó.

—¡La corneta, la corneta! —gritó.

Me miraba y me clavaba las uñas. Sí, una corneta vibraba lejos, lejos; y se oía el lejano trepidar de cascos de caballos. Papá se asomó a la puerta y nos indicó que calláramos; después entró y nos acarició maquinalmente. Mamá guareció su cabeza en el hombro de padre y rompió a sollozar.

—No te pongas nerviosa —dijo él con entonación muy dulce.

Crecía el rumor. Simeón llamó a papá.

—Ya tan prendiéndose, don Pepe —dejó oír.

Una descarga nos desplomó el cielo encima. Sonó de manera limpia, llenándonos de pavor. La corneta cantaba. A poco otra descarga. Debían estar tirando por casa. Otra, y otra, y otra. Tiros graneados y seguidos comenzaron a estallar. Pepito seguía apretándome el brazo. Yo creía escuchar voces altas. Simeón y Mero comentaban de sorda manera. Mamá, como la gallina sacada, pretendía cubrirnos con sus brazos. Padre salió.

—No tengan miedo, no tengan miedo —rastrillaba madre.

Otra descarga. Sentimos que el rumor engrosaba, que los tiros se iban multiplicando. A la vez parecían correrse hacia el poniente, hacia las lomas, hacia Pedregal. Simeón sacó la cabeza y sonrió a mi madre.

—Se tan dando cojío, doña; se tan dando...

Tornó a comentar con Mero. A poco volvió padre.

—Están ganando, Ángela.

—¿Quiénes? —inquirió madre, alargando el pescuezo.

—La revolución. Los tiros suenan más lejos.

—Ah...

Pepito se acurrucaba entre las piernas de mi madre y mi espalda. Silencio. O mejor dicho, un ruido vago, distante, cada vez más. Otra descarga, apenas resuelta. Otra, más lejana. Tiros, y tiros, oyéndose de momento en momento más diminutos, menos completos. Los nervios iban dejando a mamá.

—Parece que van arrasando, Ángela —dijo papá.

Inmediatamente salió. Oíamos sus pasos, rondando la puerta de la calle. Al[gu]nos animales cruzaban el camino asustados. El perro empezó a gemir, a gemir.

—Doña, la cosa pasa.

La vieja Carmita nos miraba desde su habitación.

Allá, en el límite de lo posible, resonaron otras y otras descargas. A veces oíamos un cachito de la corneta, cuando el viento se revolvía sobre nosotros. Sentimos que alguien abría la puerta. Todavía se hacía trabajo-so ver; todavía no era día absoluto. La aldaba cayó. Madre se levantó y abrió del todo; yo me pegué a su falda. En la puerta del camino estaban Simeón y papá tratando de hurgar con la vista entre los pajonales de la loma. El viento trajo otro tronar. De pronto otro, otro, otro. Nos pareció distinguir mejor los últimos. Más disparos. Más disparos. Simeón se viró y miró fijamente a papá; papá se viró y miró fijamente a mamá.

¿Sería...? Por los lados de la Encrucijada se acercaba alguna tropa. Alguna, alguna... Pero los tiros parecían retornar, y ronco estampido retumbó rompiéndonos de miedo. ¿Sería...? ¡En los potreros de casa se estaba peleando! ¡Sí, se estaba peleando en los potreros! La luz verdosa del amanecer nos impedía ver, pero oíamos claramente el tamborilear de la fusilería resonando allí. ¡Y los disparos venían paso a paso, paso a paso!

Simeón cerró la puerta de golpe y nos miró desolado.

—¡Por ahí viene gente juyendo! —gritó.

Estaba acabando de decirlo. Unas manos alocadas empezaron a golpear contra las paredes de la casa.

—¡Abran! ¡Abran! —suplicaba alguien.

Padre se tiró contra la puerta.

—¡Escóndanse! —tronó.

Apenas le pude ver sacar el revólver de la canana. Parecía un relámpago su brazo. Nos atropellamos bajo el catre, Pepito y yo. Mi hermano no podía tenerse, tembloroso. Lloraba. No sé que cosa dijo papá en la puerta. Después sí le oí:

—¡Entre! ¡Entre!

Era una mujeruca. Se sujetaba el pecho y venía despeinada.

—¡Por ahí viene acabando con todo el general Fello Macario! —sollozó.

Y no encontrando qué hacer, se tiró en los brazos de mamá, que hubo de sacar fuerzas para decirle alguna cosa que la tranquilizara.

Sobre nuestras cabezas, súbitamente, estalló un loco retumbar, una fiera música de tiros, una horrisona tempestad. Esta vez sí pudimos sorprender voces tremendas, elevándose por encima del rugir de las carabinas. Y encima de todas ellas, como flotando, como volando, el canto metálico de la corneta.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaba Simeón a la mujer, rompiéndole el brazo con los dedos, comiéndosela con los ojos.

Ella se había idiotizado.

—¡La revolución! ¡La revolución! —repetía sin conciencia.

—¡Sí, la revolución! ¿Pero qué pasa?

Las descargas, y las descargas.

—¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir, mamá! —gemía Pepito, incapáz ya de soportar más.

Padre corrió sobre él, lo alzó, se lo echó sobre un hombro.

—No, mi hijo, nó.

Pero padre también estaba loco. Aunque era indudable que el estruendo tornaba a alejarse. Padre también estaba loco. Mamá corría de un rincón al otro. La vieja Carmita, tranquila, tranquila, no se movía de una silla. Y el estruendo alejándose a todo correr, hacia Pedregal, hacia el oeste...

XVIII

Al tiempo de la vuelta, desde el mismo bohío fuimos cayendo entre grupos alborotados. El día era ya cosa decidida. Cierta olor acre parecía flotar sobre la tierra. Los hombres de las cercanías caminaban de prisa y desde lejos voceaban palabras contentas y a las veces bastante puercas. Íbamos recogiendo explicaciones a retazos:

—Dizque parejereando con ese toro....

—Na más fué que Fello Macario dentrara...

—Por entre esos pajonales andan como guineas...

Una brusca alegría estallaba en todos los rostros. Papá iba de unos a otros preguntando; volvía a nosotros, aclaraba algo...

—El primer pleito, el de la madrugada, no lo dio el general; él llegó después.

Mamá no acertaba a interesarse ni a comprender. Un tinte cenizoso le sacaba la carne de la cara. Pepito se prendía de mí y repetía cuanto oía.

—¡Ey, amigo!

Papá voceaba a todos los que veía pasar. Muy callada, Carmita dejaba acercar a la gente para preguntar:

—¿Y no sabe si diba alguno de mis muchachos...?



Retornamos atravesando el potrero que la noche anterior cruzamos casi en vuelo. A lo lejos divisábamos el camino, y en él hombres que correteaban, gritaban y agitaban armas.

—Parece que se peleó allí —decía papá indicando las cercanías de nuestra casa.

Los dos pequeños pretendíamos alzarnos en unos pies inútiles. Mi madre se sujetaba la quijada, y bien veíamos que sus ojos no tenían acierto y que todo el ancho campo no le cabía en ellos.

—Vamos...

Papá guiaba. La casa dorada parecía caída y malherida. Habíamos pasado ya la alambrada que cerraba el primer vaso y estábamos acercándonos al patio. Seguían pasando hombres, aunque menos numerosos.

Hacia allá veíamos todos, hacia el camino. De improviso padre se detuvo, abrió ambos brazos, moviendo las manos. De espaldas, como estaba, le notamos la intensa impresión. Madre se asustó y corrió sobre él. Acercó la cabeza por encima de su hombro, movió los brazos buscando algún amparo, se sujetó las sienes y volvió el rostro desencajada, murmurando algunas cosas.

—¡Pepe! ¡Pepe! —gritó angustiada.

Los niños corrimos a su lado. Padre dió media vuelta, la sujetó, la apretó; pero no apartaba la cara del patio, ni variaba la dolorosa expresión que le desarmaba el rostro.

Lleno de un pavor horrible, empecé a temblar y a llorar. No sabía qué sucedía; no comprendía. Alzaba los ojos y veía a mamá sollozando. Traté de ver... ¡Allí, en nuestro propio patio, igual que un muñeco destrozado por las manos torpes de un niño, había un hombre tendido boca arriba, con los labios blancos y entreabiertos, los dientes crecidos bajo ellos en siniestra sonrisa, la carne tumefacta y verde, un boquetón en la frente y el boquetón cubierto de moscas ávidas!

Le habían desgarrado los bolsillos, le habían arrancado la carabina y la cartuchera, y por los desgarrones de la ropa se le veía la piel mulata templada de hinchazón, fría, muerta.

Madre se agarraba a la camisa de mi padre. Lloraba. Lloraba por todas las madres que habían perdido sus hijos en la trágica fiesta de los tiros.



Pese a que durante todo el día anduvieron en casa atareados, recomponiendo la casa, sacando todo lo que habían enseronado —desde almohadas y sábanas hasta cubiertos—, no pudimos arrancar de la mente la figura de aquel hombre derribado por una bala en los abismos sin fin de la nada. Con mucho trabajo, según contaron después, pudieron sacarlo del patio entre Mero, Dimas y unos cuantos hombres que el alcalde recojió en los alrededores. Llevaron el cadáver, a traves de los potreros, hasta el mismo Pedregal. A la vuelta contaron que la tierra había quedado sembrada de muertos en aquel sitio, y que entre ellos había pasado arrolladora la revolución, camino del pueblo.

¡Qué hormiguelo el que padeció el camino aquel día! ¡Qué de gente estafalaria, mal vestida y peor armada, la que pasó a la zaga de los revolucionarios! Los veíamos cruzar en bandadas⁵², apresurados, vociferantes. Al paso velóz sostenían conversaciones sembradas de risas, y al vernos gritaban, ebrios de un alcohol terrible:

⁵² ...en bandadas, todos lucidos de ojos, como si apresurados...

—¡Viva el general Fello Macario! ¡Viva el General Fello Macario!

Todavía no era redondo el triunfo de la revolución y ya innumerables hombres empezaban a dar hurras al nuevo vencedor.

Por todos los rincones del campo cundió aquella borrachera funesta; en bohío alguno se atendió a otra cosa que a recojer noticias, a aumentarlas, a pasarlas adulteradas al vecino.

—¡Derrotó el general a otra fuerza en Pontón!

—¡La gente del gobierno está dejando el pueblo a la carrera!

Mi padre oía a todos, pero sólo atendía a su propio pensamiento, a la tortura del cerebro que le había impuesto aquel infelíz tirado en el patio de casa, pasto de moscas, víctima inútil.

De codos en la mesa, cerrado el rostro, calló y vió comer a los demás. Se incorporaba, paseaba, saludaba a éste o al otro vecino que lamentaba, hipócritamente:

—¡Vea qué matanza!

Abroquelado en un silencio hostil, veía pasar los últimos restos de la gentada que iba hacia el asalto del pueblo.



Y triunfó la revolución. Había cobrado fuerzas increíbles, como si las piedras y las semillas hubieran parido hombres para sumarlos a sus filas. En casa lo dijeron, acaso una hora después de haber sucedido. Se peleó corto en las calles del pueblo. El general Fello Macario metió su tropa en la fortaleza, copó las boca-calles, ocupó los pasos de los ríos y se nombró a sí mismo gobernador. Apenas sabía firmar; pero rubricaba como ninguno con su sable páginas horrendas escritas en las sabanas o en los callejones.

Papá estaba por el potrero con Mero, en busca de la Mañosa. Sólo movió la cabeza cuando supo la nueva.

—¿Y no se pone contento, don Pepe? ¡El general es gobernador!

Simeón, que le había hablado, le oyó el único comentario que hizo desde que topó el muerto.

—El general será gobernador; pero mi mula está casi agonizando.

E inmediatamente le dio la espalda, se pasó los dedos gruesos por entre el cabello, y caminó hacia el patio, donde el sol derrengaba la cocina y los naranjos.

XIX

—Ahora viene Monsito Peña —se decía en El Pino, con cierto tono de disgusto.

Ya no había guerra; pero aquel cabecilla sanguinario la encendía donde estaba: las descargas de sus fusilamientos resonaban peladas, se erizaba de cruces la tierra que él pisaba.

—Ahora dizque viene Monsito Peña —murmuraban.

Papá no respondía con el más incoloro comentario. Si se trataba de Fello Macario hablaba esperanzado, y decía que tenía que hacerle una visita tan pronto pasaran los primeros días de atareo. Sin duda padre se hubiera entusiasmado con el triunfo del amigo; pero la gravedad de la Mañosa le dejaba exhausto, si bien apenas hablaba de ello. Otra cosa había: el mundo se tornaba, se hallaba al revés y mientras la gente se acostumbrara, iba él a estar de brazos cruzado[s], agotando las reservas de que disponía para sacarnos adelante en la brega del vivir. Las mejores horas del día las gastaba [*en*] silencio, haciendo cálculos o dando paseos. A menudo llamaba a Mero y se dirigían al potrero. En uno de esos viajes me llevó. Anduvimos sorteando los malos pasos y tuvimos que meternos bien adentro para encontrar la mula. Estaba bajo un memizo, y daba pena verla: en relieve el costillar, color de barro reseco el pelo, el pescuezo flaco como una tabla, abultada de huesos, nos sintió llegar y apenas movió trabajosamente la cabeza. Mecía un rabo lento para espantar las moscas y parecía clavada en la tierra.

Con dolida expresión nos miró Mero.

—Ya no dura una semana... [—]dijo.

La bestia, como si entendiera, volvió a él la pedregosa cabeza y le barrió la figura con unos ojos opacos y fatigados.

—o—

La gente seguía con su noticia:

—El que viene es Monsito Peña.

Nosotros esperábamos, un poco asustados. Pasados dos días, empezaron a dudar de la veracidad del informe. Papá le fue dando suelta a la lengua:

—Lo mejor que puede hacer el general Macario es dejar ese hombre en Cotuy...

Mi madre rezaba a escondidas pidiendo a San Antonio que contuviera al feróz Monsito Peña, que lo dejara en aquellos lugares, acostumbrados a sus correrías, donde la huella de su montura cabía apenas entre los montones que cubrían a sus víctimas. De paso por su habitación la veíamos, hincada, musitando oraciones, fervorosa, cándida.

Una que otra tarde, grupos de tres, de cuatro, de cinco hombres armados pasaban hacia el pueblo. Eran los rezagados, los que se habían quedado requisando en el camino o los que habían guardado puestos avanzados. Algunos irían en son de agregados, sin otro título que el de simpatizadores. Pretendían todos cojer su tajada de la res que el general Fello Macario desollaba a su antojo en el pueblo.

Viendo esos grupos, cuando los contertulios de casa los columbraban en la fronda de La Encrucijada, se pensaba que eran los primeros de los que acompañarían a Monsito Peña. Un ligero revuelo de pies y manos llenaba el almacén, algunas cabezas se asomaban vueltas hacia el este...

Pero Monsito Peña no venía. Un día, entre la tarde y la media, Mero llamó con señales e indicó hacia el oriente. Nos apresuramos todos en tirarnos afuera y vimos: un grupo de hombres que parecían enfilados venían seguidos por dos de a pie y uno de a caballo. Papá tenía las manos embolsilladas y apenas se movió para decir:

—Son presos.

Nos quedamos allí para verlos pasar. Notamos que uno de los ginetes revoleaba un brazo, como enviándonos pruebas de amistad.

—Don Pepe —dijo Mero entre dientes—, ¿aquel diache que saluda no es el negro que estaba en Pedregal?

Padre dijo que no con la cabeza; pero mamá intervino:

—El mismo —afirmó tranquila.

Los que venían delanteros se acusaban ya. Notamos que los traían amarrados en cuerda y que los hacían caminar de prisa. El jinete que saludó espoleó la cabalgadura, echándose sobre las piernas la carabina. Acercándose la veíamos la gran risa que le alboreaba bajo los ojos.

—¡Don Pepe! ¡Don Pepe! —empezó a gritar cuando estuvo a distancia de dejarse oír.

Padre también levantó una mano y correspondió:

—¡Cómo estás! ¿En qué andas!

El negro clavó de nuevo, tiró de la rienda justamente sobre nosotros, se desmontó, siempre sujetando la carabina y sonriendo, echó un brazo

sobre el hombro de mi padre y saludó a mamá con el mayor respeto. Entonces se volvió para señalar a la fila:

—Trajendo unos presitos —explicó.

Y a seguidas:

—Traigo mucha sed, doña; consígame un vaso de agua que se lo voy a agradecer.

Con una mano agarraba el freno, con la otra el arma. No me explico cómo pudo acariciarme al pasar por mi lado.

Desde que entró al almacén empezó a removerse.

—¡Concho, don Pepe! ¡Esta sí ha sido una brega larga! ¡Se me está trozando la cintura!

Él mismo tomó una silla, amparado por la cara cordial de papá, se destocó y se echó fresco con el sombrero.

—Bueno, don Pepe... Dimos un pleito por los lados de Barbero que éso dió pena. ¡Concho!

Se puso en pie y sacó la cabeza.

—Traigo cinco presos peligrosos —dijo poniendo ojos de misterio.

Mamá le traía el agua pedida. Corrió a recibirla, y bebiéndola nos miraba a todos. Tragó como una res, glugluteando de manera ruidosa.

—¡Ay doña! Este se lo pagará Dios en el cielo.

Otra carrera hacia la puerta.

—Son peligrosos, don Pepe.

No daba tiempo a nadie para hacer preguntas ni para moverse; él solo llenaba el almacén de voces y de acciones.

—¿Y qué gente es esa, amigo? —preguntó papá como sin querer.

—Jum... Unos diaches que andaban preparando un pronunciamiento.

Ya los presos estaban cerca, porque oíamos las recomendaciones de los guardianes.

—¡Párense, párense! —gritó el negro sacando una mano.

Papá se puso en pie y se asomó al camino.

—¡Oh! —gritó altamente impresionado.

Se volvió al negro y lo cortó con una mirada velóz.

—¡Ahí van dos amigos míos! —clamó señalando a los presos.

—¿Amigos?

El negro parecía muy extrañado. Los ojos de mamá saltaban del uno al otro. Mero abría la boca, pretendiendo hablar.

Papá se echó afuera, súbitamente, y corrió sobre la cuerda. El negro corrió tras él y le sujetó por un hombro. Nosotros nos acercábamos al grupo. Oímos algunas palabras que papá casi le secreteaba al negro.

—¡Cómo no, don Pepe; cómo no! —dijo él.

Inmediatamente se dirigió a los presos, ordenó no sé qué cosa a los guardianes, y él mismo encaminó la cuerda hacia la sombra del alero.

Los prisioneros se inmovilizaban de asombro. Padre se tiró en los brazos de dos que iban al centro, medio ahogándose al decir:

—¡Cun! ¡Mente!

Imposibilitados de abrazarle, ellos se contentaron con recibirle en los pechos y gemir:

—¡Pepe! ¡Pepe!



Sueltos, libres por un rato, los dos amigos se estrujaban los brazos y se acomodaban en sus sillas. Padre estaba sentado frente a los dos y en un rincón el negro, mirándoles con creciente interés. Uno de ellos contaba:

—Cuando nos dejaste ahí mismo, en el Jagüey, cojimos el monte y salimos en Almacén. Pasó la revolución, los compañeros hicieron unas compras de cacao y tabaco y volvieron por tren al pueblo...

Papá lo interrumpió:

—¿Por qué se quedaron ustedes?

—Teníamos que hacer negocio, Pepe —contestó el otro—, algo que nos diera siquiera los gastos del viaje...

Siguieron contando. Pasada la revuelta, en derrota la gente de Fello Macario hacia el Bonaó y las huestes de la revolución que asediaban por el lado del oeste, encontraron que podía darles buen resultado comprar armas y municiones de los revolucionarios que huían. Juntaron bastantes.

Padre no podía contener la amargura que le rebosaba en la cara.

—¿Y por qué compraron cosas tan peligrosas?

—Para llevarle comida a los hijos —fue la tranquila respuesta de uno.

La conversación degeneró. Apenas ocultaba papá su disgusto. Eran amigos, sus amigos. Ya había tratado de salvarlos, al principio de la revuelta, cuando ellos lo asustaron en el paso del Jagüey. Les brindó entonces su casa y no la aceptaron; les dio un hombre para que los sacara hasta el otro lado de las lomas, y torcieron el rumbo. Ahora iban presos ¡presos!, sabe Dios hacia qué destino ingrato.

El negro se puso en pie. El día corría más veloz de la cuenta.

—Trátelos con consideración, amigo —recomendó papá.

Ellos protestaron:

—Nos ha tratado bien, Pepe, dentro de lo posible.

Inmediatamente empezó el negro a alborotar de nuevo. Corrió a buscar el caballo, que trataba de mordisquear en el camino alguna pobre grama; dió voces, ordenó, gritó. Mente y Cun retornaron a la fila. Se despidieron de mamá con aparente tristeza. Ella ni siquiera pudo hablar.

Amarrados de nuevo, y listos para partir, se le ocurrió a papá llamar al jefe otra vez.

—¿Cree usted que les pasará algo malo? —preguntó.

—¡Jum! Yo no sé, don Pepe; pero...

—¿Qué?

—Son gentes peligrosas. Se pueden salvar, si la Virgen hace un milagro.

—¿Cómo?

Papá trataba de esconder su interés.

—Como le digo, don Pepe.

Como si le hubiera desgajado un profundo dolor, padre se fue acercando a mamá, lentamente, lentamente, mientras los presos gritaban sus adioses y el caballo del negro desmenuzaba el polvo del camino.



Había la cuerda desaparecido, comida por el recodo glotón. Con la voz estrecha de sufrimientos, papá comentaba:

—Los van a fusilar, Ángela; me lo ha dicho él.

Repetía sin cesar esa frase, que de seguro le obsesionaba, y mi madre le contemplaba destemplada, llorosa.

—Tú eres amigo del general, Pepe; usa de tu amistad; habla con él.

Papá se detuvo en seco. Parecía que acababa de descubrir su razón de vivir.

—¡Eso es! —dijo entusiasmado de repente.

Comenzó a dar carreras.

—¡Mero! ¡Mero! ¡Tráeme cualquier mulo; el mejor, el que esté más cerca!

Mero cortó hacia los potreros, a toda pierna, y papá se metió en el cuarto seguido por mamá, a vestirse, a alistarse. Hablaban y hablaban. Una esperanza súbita embargaba a los dos.

Cuando estuvo vestido se encontró con el mulo ensillado. Era un animal de carga que le iba a dar mal viaje; pero él no lo sentiría. Al montar, la bestia se encabritó y reculó.

—¡Ah condenado! —gritó—. ¡Bien se vé que no eres la Mañosa!

Mero se apresuró para sujetarle el freno. Papá casi voló sobre la silla. Le vimos alzar una mano, vimos el anca redonda del animal, fue teada por el rabo velóz, vimos el camino torcer...



Pasó una hora y pasaron dos. Llegó a casa Carmita y dijo:

—Dizque diban con una cuerda de presos...

Llegó Dimas y dijo:

—Ví pasar una cuerda como de diez presos...

Llegó Simeón y dijo:

—Me cuentan que llevaban como veinte presos...

Se detuvo un rato un hombretón que vivía en Pino Arriba, y dijo:

—Por ahí pasaron un montón de presos.

Mamá les fue contando a todos la historia de los prisioneros y explicó que se trataba de gente buena, unos amigos a quienes papá había encontrado a la vuelta del último viaje. Decía después que papá andaba por el pueblo, y que había ido a ver al general para pedirle la libertad de esos amigos.

Se corrió la voz por el campo y empezó a llegar gente que saludaban, haraganeaban, hablaban de mil sucesos... Todos buscaban que mamá les confirmara el cuento de que papá iba a pedir que no fusilaran a cincuenta enemigos que se habían pronunciado la noche antes.

Esperando nos sorprendió el atardecer, creció la noche, se cerró, se hizo pesada sobre el mundo. En el comedor de casa, hablando siempre de lo mismo, estaban los visitantes de todos los días. Nos vieron cenar y no se fueron. Sazonaba la noche, asomándose a las ventanas. Si oíamos pasos de monturas nos acercábamos a la puerta. Mamá lamentaba:

—Pepe se ha tardado mucho.

Dimas o el alcalde le decían que esperara, que esperara. Y observando sus consejos nos alborozó la llegada de papá. Nos juntamos todos en la puerta, malgastando gritos. Él se tiró del mulo, lo abandonó, como si no le importara el animal, y sin decir palabra cojió las manos de mi madre, se las sujetó, se las acercó al pecho, las soltó de pronto y se metió en su cuarto, tirándonos encima el tremendo dolor que le había hinchado los ojos.

—o—

Y dijo mi padre, mucho después, rompiendo aquel mutismo tenso y lóbrego:

—Se me resistió el mulo en el camino...

Se le había resistido el animal. Llegó al pueblo casi dos horas más tarde de lo justo, y enderezó los pasos hacia el centro. Vió mucha gente, demasiada, gente que se separaba, que se disolvía. Al parecer la multitud había estado reunida en algún sitio. Preguntó:

—Fusilando unos, que estaban.

¡Oh! ¡Y qué salto le dió el corazón en el pecho! Arreó al mulo y le fué buscando el núcleo a los grupos. Todos parecían venir de los lados del cementerio. Hacia allá se fue. Efectivamente, un hacinamiento de hombres, mujeres y niños con caras feroces y discutidores se desprendía de las cercanías. Siguió andando, medio confuso y medio asqueado. Alcanzó ver un pelotón que abandonaba el lugar. Las casas y las calles le

daban vueltas por delante. Gente pasando, pasando... Oía trozos de relatos y veía más grupos. Desembocó en una placeta descuidada. Al fondo estaban las paredes del cementerio. Trató de acercarse a la puerta; pero allí había un abigarramiento difícil de hendir. Los curiosos indicaban un sitio y al sitio miró él. Era un paño de la pared; estaba manchado de sangre, salpicado. Sintió horror. Toda la cabeza le ardía y le sonaba. Anduvo más. Cerca de la puerta vio un corro y en él un hombre que parecía pinchar con un sable algún bulto que yacía a sus pies. Padre iba montado, y por eso pudo ver. En viendo sintió vértigos y volvió la cabeza del animal. Una hoguera se le encendía en el pecho. Tenía ganas de tirarse, de arremeter contra toda aquella gente, a tiros, a mordidas; quería desgarrarles las carnes. ¡Aquella gente estaba contemplando cadáveres ensangrentados, que se amontonaban uno sobre el otro, juntando los pies, las cabezas y los destrozados pechos en un manojo horripilante! ¡Y entre los cadáveres, verde, lívida, asomaba la faz de Cun, contraída, torcida, rota!

Padre clavó desesperadamente las espuelas en el vientre de su mulo y como un loco cruzó calles, calles y calles hasta no llegar a un edificio bajo, custodiado por soldados. Se tiró y se lanzó a una puerta. Trataron de detenerle; pero él abatió el brazo que le cruzaba una carabina delante, y se metió impetuoso hasta el mismo escritorio del general. Fello Macario lo vio llegar y se puso en pie. La habitación estaba llena de gente.

—¡General, cómo ha hecho éso! —casi sollozó papá.

El general pareció no entenderle.

—¡Cuánto me alegro de verle, amigo Pepe!

¿Ah? ¿Se alegraba? ¿Era capaz de estar alegre aquel mulato⁵³, mientras una órden de él abatía a hombres de trabajo, a hombres honestos? ¿Era capaz de alegrarse?

Papá no pudo contenerse y le escupió toda su amargura, toda, ante los militarotes y los compadres que le miraban estupefactos. El general parecía molesto y suavemente lo llevó a un rincón.

—Era necesario —explicó cuando le pareció oportuno.

—¿Necesario, general? ¿Es necesario matar?

—No, matar no, Pepe; pero hay que dar ejemplos.

¡Oh! ¿Y era aquél Fello Macario, el revolucionario noble, el de las generosidades que andaban de boca en boca? ¿Era él? ¿Él? ¡Conque Fello Macario consideraba que había que dar ejemplos!

A papá se le caía el mundo encima, se le derrumbaba el cielo sobre la cabeza.

—¿De qué ejemplos habla, general? ¿De qué ejemplos?

⁵³ ...aquel hombre, mientras...

—Esa gente quería turbar la paz, Pepe, y la paz está sobre todo.

—¿La paz? ¿Y no la turbó usted? ¡Ah, comprendo, comprendo! Papá casi quería reír, casi quería llorar.

—Comprendo, general. Hay dos paces, la suya y la de los otros. Usted puede turbar la de los otros; pero los otros no pueden turbar la suya. Comprendo...

Fello Macario parecía imperturbable; sin embargo, pretendió amenazar:

—No, Pepe; usted no comprende. Usted es mi amigo, y por eso lo oigo; pero atiéndame... Es la paz...

Padre, sintiendo que se ahogaba, clamó, desesperado:

—¡Yo soy su amigo, sí! ¡Ellos también eran amigos míos! ¡No es la paz, no; no se trata ahora de paz! Se trata de que esos hombres dejan viudas, huérfanos; se trata de que eran hombres y ahora no son nada, porque usted ordenó que los volvieran nada, nada...

El general, aunque impacientándose, permanecía cortés.

—Usted no entiende, Pepe; no entiende de estas cosas.

—Sí, yo sí entiendo. ¡Pero óigalo usted, de una vez y para siempre, general: esa paz de que me habla no se sostiene con patíbulos, no se sostiene con carabinas, porque a las carabinas se les pierde el miedo un día, y cuando eso suceda, acab[ar]rán con usted, que será al fin el responsable, y conmigo, que no lo soy!

El general se esforzaba en no violentarse. Tomó a papá por la cintura, como a un niño malcriado que se quiere mucho, lo fue llevando con disimulo hasta la puerta.

—Vuélvase por aquí, don Pepe, cuando esté más calmado. ¡Si usted supiera lo que es ésto, lo que es esta política...!



Ya maduraba la noche sobre la tierra generosa de El Pino. Papá había callado, y miraba hacia el piso, con todos los ojos suspensos sobre su cabeza viril y gallarda. La luz de la lámpara se aventaba con la brisa que trapeaba en la ventana. Enfrente fumaba Simeón, a su lado lloraba mamá.

El se puso en pie, poco a poco, me acarició la cabeza al pasar. Su mano ardía, y debía arderle el pecho. Se acodó a la ventana, trató de ver, gastó las azules pupilas en la masa densa de la noche. Después se fué volviendo lentamente, lentamente, al tiempo que decía, con palabras que le salían mascadas:

—Tengo el alma podrida, señores...

Y al rato, desalentado, roto:

—A mi mula le pude quitar las mañas; pero a los hombres no se las quita nadie.

APÉNDICE B

PALABRAS DEL AUTOR PARA LA TERCERA EDICIÓN

La Mañosa fue escrita en el año 1935, pero su tema se remonta a una época anterior. Por una de esas contradicciones inherentes a la naturaleza de las tiranías, dejó de leerse en Santo Domingo durante un cuarto de siglo a pesar de que un libro sobre los desórdenes armados que se llamaban en nuestro país revoluciones no debía considerarse peligroso para el régimen, sino todo lo contrario.

Sin embargo La Mañosa no fue escrita para poner de relieve una situación política, correspondiera o no al presente o al pasado de nuestra convulsa sociedad. La Mañosa fue escrita con un propósito estrictamente literario. La Mañosa obedeció al plan de elaborar una novela en la que no hubiera un personaje central ni caracteres de carne y hueso que pudieran atraer la atención del lector y “robarse” el libro. En La Mañosa no debía haber ni siquiera un tema desenvuelto con los requerimientos normales de intrigas, la habitual lucha del “bueno” y del “malo” que tanto atrae a los lectores, la presencia de la mujer cuyo amor es el premio ofrecido al “bueno” como recompensa por sus trabajos y por el heroísmo con que se enfrenta al malvado de la trama. En La Mañosa, según el plan que me hice, debía haber un “personaje” central, y sería la guerra civil; y todos los seres vivos que desfilaran por las páginas del libro, sin exceptuar la mula que le daría nombre, deberían ser, en un sentido o en otro, víctimas de ese personaje central. El mismo jefe del movimiento armado, Fello Nazario,^{abc} sería otra víctima de la fuerza que había desatado, puesto que su imagen de combatiente leal a ciertos principios debería quedar destruida al final.

Sólo en ese sentido La Mañosa sería política, puesto que las continuas revueltas armadas causaron tantos males al país que contribuyeron a impedir su desarrollo. En una forma o en otra, todos los dominicanos sufrieron las consecuencias de esas contiendas personalistas planteadas y resueltas a balazos.

^{abc} ...Macario...

Frente a un plan literario como el que he resumido en lo que va dicho, quedaba por resolver un aspecto importante; el de la forma. Si lo que me proponía era presentar los efectos de nuestras mal llamadas revoluciones en todos los sectores de la sociedad dominicana, ¿cómo hacerlo? La solución era describir esos efectos, no la "revolución" en sí misma. Eso es lo que explica el escenario de la novela, la casa en el camino real, por donde debían pasar los hombres y las mujeres que circulan por las páginas de la obra; la situación de esa casa familiar en un campo, donde necesariamente tenía que ser el centro de atracción de los vecinos.

La Mañosa no es una novela autobiográfica, pero hay en ella muchos detalles autobiográficos: los nombres del padre, de la madre, de los dos niños y de José Veras son auténticos; José Veras fue como se dice en el libro; la casa existió en El Pino, y en esa casa fue curado José Veras de la herida de machete que le infirieron por fechorías antiguas de José; papá tuvo negocio de recuas y su mula de silla fue robada por un cuatrero de los lados de Bonao. Con esos datos se agota lo que hay de autobiográfico en la novela.

La Mañosa fue un título simbólico. La mula de silla de papá se llamó La Melada. En la obra se llama La Mañosa porque nuestras llamadas revoluciones de aquellos tiempos eran una maña nacional, la versión tumultuosa y populachera y sangrienta de lo que después de 1930 serían los ya clásicos golpes de Estado latinoamericanos.

La novela es un género que en su aspecto formal comenzó a evolucionar en Europa después de la primera guerra mundial y ha seguido evolucionando tanto que ya hoy ha abandonado del todo los viejos moldes que le dieron los maestros del siglo XIX. La Mañosa fue un esfuerzo juvenil en ese camino de novedades; un camino que dejé abandonado cuando los infortunios dominicanos me forzaron a dedicar mi limitada capacidad de escritor a la lucha política.

Esto quería decir en la oportunidad que me ofrece una tercera edición de La Mañosa.

JB

Santo Domingo,
12 de agosto de 1966.

PALABRAS PARA LA EDICIÓN ESPECIAL

El 12 de agosto de 1966 escribí unas palabras que iban a figurar al frente de la tercera edición de *La Mañosa*, y el 31 de agosto de 1968 le daba fin en Benidorm, España, a la primera versión de *Composición Social Dominicana*. Entre las dos fechas había sólo dos años, pero en esos dos años todo el conjunto de mis ideas había tomado un rumbo nuevo.

En agosto de 1966 me dolía de las interminables guerras civiles que había padecido el país, y *La Mañosa*, escrita algo más de treinta años antes de esa fecha, era la expresión novelada de ese dolor; pero para ese mes de agosto de 1966 ignoraba la causa de esas guerras civiles tanto como la ignoraba cuando escribí la novela; y en agosto de 1968 estaba diciendo, en *Composición Social Dominicana*, que la causa de nuestras guerras intestinas era la lucha de clases, una lucha de clases que carecía de orientación ideológica y que además se llevaba a cabo entre capas diferentes de una numerosa pequeña burguesía que peleaban a muerte porque la guerra civil fue, durante muchísimo tiempo, el canal de ascenso social más seguro que conocía el país. Por la vía de la guerra civil cualquier bajo pequeño burgués pobre o muy pobre, del campo o de los pueblos que llamábamos ciudades, podía llegar a general casi de un salto, y del generalato se pasaba a una posición de privilegio, aunque se tratara, en la mayoría de los casos, de privilegios muy limitados. El general Fello Macario, que tuvo otro nombre, desde luego, nacido en un campo de Bonaó de una familia bajo pequeña burguesa pobrísima, se hizo general con dos o tres asaltos audaces, y como tenía presencia y autoridad natural pasó a comandante de armas y a gobernador, pero apenas aprendió a firmar; ahora bien, al morir era dueño de una finca. Por la vía de las guerras civiles había ascendido socialmente desde bajo pequeño burgués muy pobre a propietario rural acomodado. Había luchado para llegar a ese nivel; se había jugado la vida no una sino varias veces, aparentemente por seguir ciertos principios políticos encarnados en su caudillo, y en realidad lo había hecho para obtener lo que alcanzó y para retenerlo.

¿Qué fue lo que le dio a la larga historia de las guerras civiles dominicanas ese aspecto de cadena de violencias sin sentido que todavía hoy es usada para presentarnos a los ojos del pueblo como sanguinarios sin remedio; eso que llevó a uno de los personajes de *La Mañosa* a decir: “A mi mula le pude quitar las mañas; pero a los hombres nadie se las quita”?

Fue la sensación de inutilidad de nuestras mal llamadas revoluciones. Gracias a ellas hubo hombres que ascendieron socialmente, pero fueron tan contados que no cuajaron en una burguesía, y sin una burguesía que lo dirigiera el país no tenía salida histórica. Esto es lo que explica el desaliento que dejaban las guerras civiles en las capas superiores de la pequeña burguesía, que no veían posibilidad de pasar a la burguesía; eso es lo que explica el desaliento del final de *La Mañosa*.

Yo no sabía lo que acabo de decir cuando escribí la novela en el año 1935 ni cuando escribí en el 1966 las palabras para su tercera edición; vine a saberlo cuando el conocimiento de lo que es la lucha de clases iluminó para mí la historia del país y me llevó a escribir *Composición Social Dominicana*.

Ojalá que igual que yo, y por las mismas razones, puedan explicársele los lectores de esta edición especial de *La Mañosa*.

JB

Santo Domingo,
24 de abril de 1974.

EL TOMO III (NARRATIVA), DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE
JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS
MIL NUEVE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF,
S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.